

# **PSICOSIS ESCRITA Y PSICOSIS RECLUIDA**

## **NUEVOS PLANTEAMIENTOS SOBRE EL TEMA DE LO PSICOPATOLÓGICO**

Por: Joel Otero Alvarez

# PRIMERA PARTE

## LA OFERTA CLÍNICO-ESTÉTICA

### Antecedentes

Más acá del ya largo despliegue que viene siendo la reflexión sobre clínica de lo social, este escrito sucede a dos trabajos (“Los soles nocturnos” y “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto”) armando por ello una suerte de tríptico, si es dable apelarle así.

Enlazados e independientes según se miren, cada uno de estos textos aspira por ello a una relativa autonomía y podría seguramente aislárselos y leérselos por separado.

De hecho, no habría de ser igual si en cambio el abordaje incluyera como indispensables los tres momentos. Entonces cabría observarse cómo, al menos desde el registro más teórico, este nuevo documento explora de un modo más directo las complejas opciones de un intento de aplicación, sólo que aún seguiría siendo ésta más teórica que práctica.

De otra parte y en este mismo orden de ideas, no podría negarse una segunda ruta que aspira a la concreción aplicativa de la oferta clínico-estética en contraposición con el tradicional rastreo casuístico que acostumbran las clínicas psicológicas, psiquiátricas y psicoanalíticas.

Por pura paradoja el apuntalamiento en referencia con un tema paradigmático (el caso Schreber) incia aquí una sucesión de abordajes que dan al documento una mayor extensión de cuanto aconteciera a los anteriores. Casi que por sólo esto podría creerse que su fragmentación no acarrearía inevitable deslinde.

Lo cierto es que antes de cerrar una labor -a estas alturas ya más que dilatada en el tiempo- este más reciente escrito clínico de lo social abre a la opción de una retrospectiva renovadora y propone a futuro, ampliaciones de mira que buscan intentar remontamientos de la ya vigorosa escisión teórico-aplicativa que invade el universo de lo clínico.

Resulta claro que la tradicional ruta clínica -por más inconveniente que pudiera parecernos- no está impedida por ello para prolongar de modo indefinido su despliegue y se podría por tanto seguir implementandola sin mayor obstáculo, qué duda cabe. Sólo que entonces se estaría aportando también al apuntalamiento del síntoma global y a la creciente impotencia frente al reto que plantean las actuales alternativas desde las cuales se afianza el malestar.

A pesar de que tal insistencia nunca resulte excesiva, no se desea abandonar en estos escritos la condición de suplemento. Impone una vez más, el reconocimiento según el cual la aspiración aquí no es de suplencia tajante frente a los tradicionales aportes clínicos, en mucho certeros y -así insuficientes- válidos en su momento, aunque urgidos de nuevos apuntalamientos y actualizaciones ahora que los modelos humanos, urbanos y sociales han modificado de tan contundente manera sus emergencias.

Nadie como Schreber para ilustrar ambas circunstancias, pues si bien resulta insuperable desde su lugar patológico, ninguno como él para anunciar e ilustrar -aún siendo desde lejos- el desborde colectivo contemporáneo. De hecho, en ese punto su aporte -si se convalida este criterio- no se ha agotado, antes bien parece fortificarse a cada paso del más imprevisible y consolidado de los modos.

La “pedagogía clínica” de Schreber no tiene en efecto parangón y sigue de modo inagotable enseñando a quién sepa recuperar su testimonio.

Por supuesto, este escrito aspira a ser una prueba más de ello.

## **Introducción**

UNO. Desde un principio la propuesta clínica de lo social señaló que la emergencia y predominio de las drogadicciones alteraba de modo decisivo e irreversible el mapa tradicional de las enfermedades mentales, modelo en el cual de manera extraña, terca y sintomática, coinciden la psiquiatría y el psicoanálisis (para mencionar apenas las más rigurosas ofertas entre las clínicas de lo mental).

El enlace de las drogadicciones con el tema del terrorismo resulta decisivo para develar las claves más constitutivas de este peculiar despliegue mórbido<sup>1</sup>.

No fueron los recursos habituales que decidían cualquier comportamiento humano como inconveniente, anormal o patógeno, los que permitieron iluminar las cosas. Por el contrario, sostener las demarcaciones que propician las distinciones de lo psicótico, lo perverso, lo neurótico y lo normal, resultaba más bien interferente a partir de estas re-ubicaciones.

Sin embargo, sólo señalar esta circunstancia -por más decisiva que parezca- no desaparece tales habituales modalidades de desarreglo psíquico, aunque tampoco se puede decir que estos nuevos señalamientos no les afecte.

Si se insiste en recomponer el decorado -tal cual una indispensable actualización de los asuntos hace inevitable- se verá cómo el abordaje de las resultantes mórbidas se queda corto cuando se insiste en mantener de manera rígida y escueta esos recursos nominales, y la tradicional concepción de conjunto que los decide como únicas posibles claves interpretativas (haciendo en cambio caso omiso a las significativas alteraciones del envolvente modelo social contemporáneo).

Lo cierto es que habría de priorizarse este colectivo registro que incluye las nuevas modalidades de psico-patología, y mirarlo todo más bien a partir de ahí.

De una forma u otra, así como sin el terrorismo las drogadicciones se cierran a toda exploración e intento correctivo, también las resultantes que generan lo neurótico, lo psicótico, lo perverso y lo normal mismo, imponen actualizados rastreos que se esfuercen por dar cuenta de sus indiscutibles alteraciones expresivas.

DOS. Asumiendo tales reconocimientos, la clínica de lo social ha desplegado un recorrido que hasta ahora, en lo fundamental, ha logrado apuntalamientos conceptuales antes que ofertas concretas de aplicación.

A pesar de ello, muchas cuestiones en referencia con lo psico-patológico<sup>2</sup> están señaladas a su modo a través del conjunto de esa reflexión (y no ha de faltar algún escrito propio que haga directa referencia al asunto).

---

<sup>1</sup> A nivel inicial, para la clínica de lo social las drogadicciones son entendidas como verdaderas implosiones, como estallidos internos que arman vigoroso vínculo, en proporción directa con el empobrecimiento de los sociales modelos relacionales.

<sup>2</sup> Deberá reconocerse que en esta propuesta clínico-estética, lo psicopatológico no está aún asumido en el marco de un abordaje donde lo estético resulte presente de manera envolvente. Por supuesto, si se alude a lo mórbido en general

En realidad, a falta de uno se trata de dos abordajes que intentan de un modo directo y predominante innegables apuntalamientos de base.<sup>3</sup>

En el primer documento se oferta una cuadratura incluyente de las nuevas modalidades de lo mórbido: el virus, el doble, el virus-doble y el doble-virus.

En “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto”<sup>4</sup> se aborda -asumiendo lo psíquico como la construcción tecnológica de condición más fina e intangible- una nueva reflexión a propósito de éste (doble-virus), en cuanto entendido como escenificación inagotable, juego diverso y complejo de personajes tras la fachada unificante que pretende ser la persona (en realidad, apariencia decisiva consolidada como producto y creación para y desde lo social).

En conjunto se ha incluido en las nuevas resultantes de lo psíquico la marca de lo tecnológico y de lo terrorista, tanto como la singularidad bloqueada. Y más allá de ello, lo singular -que como consecuencia emergente de allí- desde lo humano estalla.

TRES. Lo psíquico es armado máquico para la perspectiva de lo tecnológico, lo cual significa que el psiquismo es -a pesar de impalpable- artefacto indispensable a cada individuo humano, tanto o más de cuanto resultan serlo los diversos aditamentos tecnológicos, cada vez más necesarios para sus despliegues: vestuarios, relojes, lentes, vivienda, autos, computadores, celulares, televisores, lenguaje, burocracia, estabilizaciones varias del consumo, medios de comunicación, cultos y celebraciones, espectáculos, libros y escrituras, máquinas y fábricas. En fin, todo el conglomerado tangible e intangible que desde la obra humana arma Ciudad envolvente, completa y obligado suplemento psíquico, congestionando así lo humano mismo.

Pero, desde la perspectiva de lo terrorista, lo psíquico es a su vez bomba de realidad suplementaria que no sólo resulta signada por la reclusión que toda bomba como tal comporta, sino que está destinada a estallar de uno u otro modo.

CUATRO. En todo ello conviene incluir la instancia de masa que Freud dejara pendiente en su texto “Psicología de masas y análisis del Yo”,<sup>5</sup> que nunca explicitara y/o precisara de modo definitivo (y, hasta donde se sabe, ningún otro psicoanalista después de él).

Se trata del registro invasor por donde cada quien se ata al colectivo y que dispara la prelación de lo vincular sobre lo relacional (o que al menos, decide a esta última dimensión en franca subordinación a la primera).

En realidad, el ser humano fue de entrada masa, y sólo de manera tardía el modelo de psiquismos individualizados empezó a demarcarse y a imperar. Sin ser ello de modo literal, lo cierto es que esta clave de horda ha recuperado su lugar, de forma paradójica potencializada por los actuales despliegues de lo tecnológico y de lo terrorista.

Ahora bien, no ha de ser necesario el paso por la multitud -como supuso Freud- para que el armado de masa haga irrupción metamórfica en el psiquismo de los seres humanos. Basta con el ensamble

---

tampoco acontece algo así. Este es pues un asunto pendiente, sólo asumible luego de obligatorias y arduas puntualizaciones.

<sup>3</sup> Cf. Otero, J. “Prolegómenos al tema de lo psicopatológico desde la perspectiva de la clínica de lo social”. Revista CIENCIAS HUMANAS. U. S. B. Vol. 6 # 1. Cali, Enero-Junio de 2003.

Cf. Otero, J. “Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto”. (2006. Inédito).

<sup>4</sup> En este segundo texto se retoman estas demarcaciones, se ofrecen nuevos desarrollos y se incluyen dos registros más: el virus desdoblado y el doble global impedido.

<sup>5</sup> Cf. Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.

máquico para que ese efecto se realice, así se esté solo en la intimidad hogareña o apenas de modo desprevenido andando por ahí.<sup>6</sup>

CINCO. Esta duplicidad de lo psíquico -vista a la luz de los destinos de lo mórbido- se juega entre los polos del virus y del doble. El virus -desde que lo terrorista hace sombra detrás de la supuesta luminosidad del despliegue de lo tecnológico-, el doble, a partir de la exacerbación de la condición virtual -la cual no sólo incluye los espejos- crece desde las más sofisticadas formas de lo tecnológico, en tanto estas últimas comportan e incrementan ese específico sentido (lo virtual que apuntala la clave de ficción, abstracto indispensable en el armado de toda realidad y al tiempo refutación del empirismo con el cual habitualmente se la asume).

Para la perspectiva de lo psíquico esta especularidad<sup>7</sup> no puede dejar de resultar decisiva, dado que el psiquismo es de entrada el retrato de una operación virtual por donde el individuo humano empieza a consolidar sus aspiraciones autonómicas, siempre restringidas, mediadas por refuerzos de suplemento.

Desde el virus se da paso a la consolidación de un modelo vincular y relacional donde progresa el tono terrorista, lo cual conduce a masificaciones de lo social y a estallidos -colectivos o grupales- tan imprevisibles como arbitrarios, y a nivel de modelos más puntuales, a emergencias cada vez más frecuentes y variadas de cuanto en su momento la clínica de lo social apelara los micro-acontecimientos terroristas. En fin, tono explosionante e implosivo que califica la atmósfera de lo urbano y propicia el acontecer terrorista calificando de manera indistinta, sin excepción, a personas, parejas, grupos y colectivos.

Pero la contaminación y mezcla entre los señalados polos del virus y el doble resulta inevitable.

Esta condición ha sido recogida por la reflexión clínica de lo social, a partir de una nueva pareja de registros contrapuestos: el virus-doble y el doble-virus y -aún más acá- el modelo del virus desdoblado (donde el entronque aparece tanto más taponado sin que por ello resulte menos significativo, pues es allí donde el capitalismo se incluye y globaliza las resultantes de todo orden, incluidas por supuesto las psíquicas: registro de lo reconocido como ideológico) e incluso, el doble global impedido (que delata la ausencia de referente especular para el nivel más envolvente que rige al colectivo).<sup>8</sup>

SEIS. La primera gran contaminación señalada, en el entronque entre el virus y el doble (el virus-doble) asume la creciente virtualización del modelo, en confluencia con el progresivo dominio de lo masificante, por ende de la incrementada importancia de la instancia de masa en el armado del artefacto psíquico. Modelos masivos de indiferencia o de agonía, de muerte colectiva -incorporada como opción cada vez más factible de estallidos imprevisibles o de sometimientos esclavizantes- delatan todos ellos la forma del virus-doble, que repone la clave dominante del terror en la apropiación -y, sobre todo, en la desapropiación- humana de lo externo, y -como por añadidura- de la interioridad extrañada de modo progresivo (no por nada reconocida como armazón defensiva).

---

<sup>6</sup> Resulta curioso que la oferta doble de “asociación libre” y “atención libremente flotante” que decide la especificidad clínica de la propuesta psicoanalítica -sin decirlo, y por supuesto sin saberlo- acentúa y resalta esta clave, a partir de entonces y por todo ello predominante. Digamos que se trata del inconsciente que envuelve a la pareja terapéutica, que la decide y la incluye en irrupciones como la transferencia (transferencia más bien reconocida a nivel empírico y explotada con eficacia antes que -en realidad- explicada).

<sup>7</sup> Cf. Lacan, J. “Escritos”. Siglo XXI, Ed. México, 1975.

<sup>8</sup> Cf. Otero, J. “Lo máquico o de lo psíquico como artefacto” (inédito)

Pero también las drogadicciones -y con ellas los más diversos modelos del consumo- sumando los extremos mórbidos de las bulimias y las anorexias, aportes del cuerpo en tanto soporte adictivo para el malestar psíquico (y en cuanto calificado éste a nivel masivo). Para no hablar de las nuevas enfermedades terminales, y de las variadas alternativas de las pestes contemporáneas, presentes en el cuadro de la resultante de conjunto. Anexadas también, las religiones alternativas y los modelos fundamentalistas (de hecho, no sólo religiosos). O sea, el malestar de conjunto que se quiere incluido en el mapa de lo mórbido, más allá de distinciones elementales que pretendieran armar contundentes, insostenibles y redondas demarcaciones entre resultantes, de una parte, reconocidas como normales y anormales, de otra.

SIETE. El segundo modelo contaminante (doble-virus) se inserta en el registro de los personajes quesubtiende en el decorado social que desde la persona se impone a cada quien. Aunque es más visible a nivel del despliegue de lo onírico, comporta versiones que desde lo social tornan indispensables, y sin embargo apenas perceptibles y reconocidas (tema explorado con bastante detalle en el segundo anunciado trabajo a propósito de lo máquico).<sup>9</sup>

Aporte de ficción -a veces asfixiante- frente al manejo cada vez más complejo y restrictivo de la realidad imperante, el doble-virus redondea su predominio en la incorporación del personaje terrorista que cada quien encarna (a pesar de todos los empeños por hacer negación de esta circunstancia insuperable).

A partir de entonces acontece todo a su manera, así sólo de modo excepcional el personaje terrorista emerja redonda, literalmente (mientras que en el registro de lo social hace más fácil y visible irrupción por rutas que le sobredeterminan y readecúan).<sup>10</sup>

De hecho, no se trata de una sólo posibilidad de despliegue. Lo cierto es que, a la luz de estas dimensiones que hacen de la combinatoria entre el virus y el doble emergencias tan contundentes como inapelables, la escenificación es la condición que torna decisiva.<sup>11</sup>

OCHO. Es allí donde la clínica de lo social ha desplegado de antemano -como alas indispensables para sostener los vuelos de este armado- dos conceptos (habitualmente mal interpretados si no se les reconoce desde las más indispensables connotaciones precisadas aquí). Se trata de la banda sonora y del paisaje interior.

A partir de allí se apuntala también el alma de lo urbano de la cual derivan todas las humanas resultantes. Así -dado que ello se consolida en franco antagonismo con la singularidad coartada y con lo singular que en consecuencia estalla- no logre por esto el pleno sometimiento de tales

---

<sup>9</sup> Otero, J. Ibid.

<sup>10</sup> En efecto: este personaje no es de modo necesario la literal reposición del terrorista, su presencia es más fácil hallarla camuflada y por vías implosivas de refinados artilugios. Ni qué decir que el modelo terrorista -oscilante y siempre diverso- ofrece amalgamas múltiples para las opciones representativas de esta figura.

<sup>11</sup> Cuando se ha incluido el registro del virus desdoblado se ha aludido con ello a una dimensión de general envolvería que recalca en el desencuentro creciente entre lo humano y la Obra, al punto de no existir alternativa de reflejo, de desdoblamiento especular allí (doble global impedido). Lo cual corresponde a reconocer que a nivel de conjunto no existe ni cobertura virtual ni doble envolvente, ni espejos alternativos que propicien -aún siendo de modo compensatorio- unidad posible, universalidad ejercida. Sólo el estallido indiscutible de las formas que dan, a pesar de todo, evidencia de prelación a lo estético sobre cualquier otro registro posible o pensable.

El virus desdoblado contrasta con lo máquico, donde se trata en cambio del ensamble entre la Obra y lo humano (sobre todo, de lo humano trastrocado de modo definitivo en obra).

emergencias, es ya bastante que a nivel estético incluya al conjunto de las resultantes, sin aspirar a exclusiones malsanas<sup>12</sup>.

Banda sonora y paisaje interior anteceden en la resultante a la sumatoria ingenua de las cinco vías de lo sensorial, donde se empantanara de entrada la oferta psicológica aristotélica.<sup>13</sup>

Es más, un creciente desnivel impone su reconocimiento desde que mirada y escucha suman desdoblamientos sobre la escueta captación empírico-perceptual. En efecto, la mirada (frente a la visión), la escucha -de modo simultáneo presente, superpuesta sobre la mera audición- dan a esas dos rutas de intercambio con el mundo circundante, el predominio creciente que la resultante de conjunto explota a favor de ese otro desequilibrio, que desde lo externo termina sometiendo a toda interioridad.

NUEVE. Independientemente de que el psiquismo no pareciera incluirla, la banda sonora es la franja que garantiza la constancia de la atmósfera de lo urbano, apuntalada en la base como puro rumor envolvente, a veces sordo, a veces incluyendo variaciones que hacen saltar alternativas sonoras sobre el fondo mismo, o en cambio, desplegando mensajes decisivos, ritmos, musicalidades que delatan hasta dónde el supuesto de la persona redonda y autónoma resulta insostenible y al tiempo inevitable, la banda sonora es la constancia del mundo, actuando de entrada en permanente intercambio con lo interno, y a partir de allí, volviendo de manera inapelable hacia lo externo en mil formas y por diversas vías.

Aún en situaciones oníricas -donde se supone la persona hace pausa y se desconecta de toda exterioridad- la banda sonora ambienta la vida y obliga al reconocimiento del inagotable intercambio con lo exterior.

Como urgencia escenificante que es, como decisiva e infaltable constante estética -en forma más visible a nivel de los sueños- se puede reconocer cómo la banda sonora -interrumpida de modo abrupto por el reposo- impone su inapelable reconstrucción alucinatoria.

DIEZ. De su parte -dando luz a la sombra inaugural- el paisaje interior replica y delata constancias íntimas que a su vez resultan inocultables y persistentes, incluso a un nivel tanto más radical desde que en lo onírico -antes de alterarse, o debilitarse, o minimizarse- el paisaje interior adquiere el máximo despliegue que le es posible.

Sin embargo, el paisaje interior es una modalidad de algo más hondo e integrador que delata cómo entre interior y exterior no existen necesarios abismos inllenables ni demarcaciones inevitables y precisas. Efectos de algo que los trasciende, exterior e interior imponen ambos ser reconocidos como construcciones, como consecuencias siempre, nunca como evidencias indiscutibles, y sobre todo con más facilidad unidos que diferenciados. Asunto -por lo demás- que sólo el énfasis en lo estético justifica.

---

<sup>12</sup> Freud hizo sus mayores aportes devaluativos a partir del esfuerzo metodológico que aspiraba a esta ampliación y envoltura explicativas. Lamentablemente, con el ejercicio aplicativo del modelo, y dado su inevitable desgaste, esta condición se ha venido desdibujando de modo significativo y creciente, arriesgándose a desaparecer por una compensatoria ruta, selectiva y valorativa, que aumenta en tanto el aporte teórico (sobre todo después de Lacan) pareciera detenerse, o por lo menos resultar cada vez más insuficiente.

<sup>13</sup> Cf. Aristóteles. "El tratado del Alma" OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1969. y Otero, J. "Anotaciones a propósito de "El Tratado del Alma" de Aristóteles". Revista de Investigaciones Psicológicas #2-3- U. de Antioquia, Medellín, 1977.

El mundo como creación estética (superpuesto sobre “eso otro” que a partir de entonces de modo inevitable escapa, desde la suma de todos los paisajes interiores colocados afuera como construcción inaudita y deslumbrante) es plus que multiplica lo inefable y lo enigmático.

Por paradójica razón, cada cual termina acostumbrándose a la asunción habituada y ciega del mundo, y quienes -desde una ilusa contraposición, en una torsión inexplicada- le reconocen como su manejable, subordinado complemento, parecen no saber de la rotación inaudita que así se les impone. Un poco como le acontece a sus propios ojos, en cuanto reciben imágenes invertidas y sin saberse cómo ni por qué terminan siendo rectificadas.

ONCE. El reconocimiento permanente de la alteración de ambos registros (interno y externo) en ese encuentro sostenido con el mundo circundante debiera ser condición de base para armar cualquier propuesta psicológica y clínico-psicológica.

Desde allí, se puede reconocer cómo la persona -camuflaje y urgencia- respira su empírica demarcación, el propio despliegue que le hace modalidad de esa involucencia (siempre más amplia y a menudo imprevisible e imperceptible de tanto como termina siendo constituyente).

Si ese trasfondo visual-sonoro faltara, la persona perdería la certeza de sus más precisos límites. Si la baba del accionar perceptivo no llenara lo incapturable -haciéndolo reconocible y doméstico en la medida de su cancelación- la persona humana se desmoronaría como un helado a la intemperie en un tórrido mediodía.

Es cuando se reconoce la clave integradora que es la escenificación, la cual se pone en acto en uno y otro escenario (vigílico y onírico) desde la diversidad de esos despliegues, también inocultables.

La escenificación reúne -es cierto- los sueños con los más luminosos o extremos acontecimientos exteriores, y cuando -de forma independiente de épocas y geografías- se aborda el conjunto de las posibilidades de lo humano, se encuentra allí la decisiva prioridad de lo estético formalizante (por contundente que pudiera parecer cualquier otro criterio), posterior siempre a la asunción de la escisión onírico-vigílica tan definitiva de la normalidad (en cuanto asumida ésta como sintomática clave, tanto más forclusiva que a nivel del modelo psicótico).

DOCE. Pero no sólo el sueño, también la locura.

Consolidado lo humano como inapelable y escindido, la alucinación es el esfuerzo -fallido, pues de hecho genera la resultante contraria- que aspira a disolver cualquier distancia entre exterior e interior. Es ella la más sorprendente emergencia de lo estético, en su empeño por recuperar un lugar que cada vez se reconoce menos, y aún así -excluyéndole de manera tajante- se recurra a esa modalidad (la alucinación) para desconocer la más verdadera de las estéticas resultantes.

Desde esta asunción, el asunto de lo mórbido es difícil que se dejara reducir a las habituales referencias diagnósticas de la tradicional clínica psicológico-psiquiátrica, y es por eso que el psicótico resulta siendo la más extrema amenaza, desde el enigma que de hecho encarna.

Ello está en referencia inapelable con el terror, y si -cuando de esto se trata- el loco sonrío, o a veces parece disfrutar de manera innegable ha de ser porque su demencia no sólo “le hace dar vuelta al guante” es que el guante venía invertido de antemano y él realiza en cambio una doble torsión.

En realidad -y es algo tan sabido como ignorado- el psicótico se aterra más bien con la imagen especular, y es cuando la normalidad -más defensiva- prefiere desconocer cuánta validez y honda sabiduría comporta tal reacción.

En efecto, empezar a saberse, desde esa suplantación máquica que permite el espejo y alegrarse con ello -en cambio de huir aterrado a la manera del psicótico- no resulta ser para nada coherente.



Aún si se aceptara mirar los asuntos más allá de los sujetos, des-personalizando las resultantes, incluyendo evidentes alianzas, reconociendo selecciones y exclusiones -indispensables para el prioritario despliegue de modelos diversos, tan contundentes y envolventes como resultan serlo- dando prelación a lo social que se auto-reproduce, o a lo urbano que se despliega más allá de toda repulsión, o -a su vez- a lo humano incluyéndoles (tanto a lo social como a lo urbano) y a costa de la ampliación de esa franja que es lo inhumano -y de la cual le resulta imposible desprenderse-. En fin, a pesar de asumirse -incluidas todas esas precondiciones- como la objetiva reacción (normal por excelencia, clave incluso de ingreso en ella) no habría a esos niveles menos forclusión -doble en cambio- que en la irrupción psicótica.<sup>14</sup>

Ahora bien: no por mera retórica, ni por pretenciosos refinamientos conceptuales, lo psicótico -neutro estetizante- se instala allí. De ese modo lo psicótico aspira a distinguirse de las psicosis, asumidas como estructuras envolventes, vistas siempre desde la escueta perspectiva clínica.

TRECE. Cuando se alude al tema del paisaje interior y a la banda sonora, se parte de lo más fundante: el alma como forma (Aristóteles: estética pendiente, teoría de la sensación)<sup>15</sup> donde dos modelos dan a lo psíquico opción de superposición sobre lo sensorial más escueto (mirada sobre el ver, escucha sobre el oír). El resto de sensaciones (tacto, gusto, olfato) no comportan esos desdoblamientos.

A la escucha corresponde la banda sonora, a la mirada el paisaje interior. Ambos modelos son indispensables para sostener la clave definitoria de la atmósfera de lo urbano en la consolidación de los psiquismos.

La mirada es definitoria desde el apuntalamiento del psiquismo temprano (la imagen especular mira, no ve). Allí se reúne la envolvente virtualidad del doble con la cobertura que comporta la mirada. Todo arma desdoblamiento en el modelo máquico-tecnológico, y ha de ser por ello que lo especular sea apenas un modo de esa virtualidad más vasta. A su vez -a partir de la consolidación urbana del paisaje interior- se terminará asumiendo lo existente todo (en referencia con lo cual también el mundo se desdobra y superpone).

La banda sonora surge del enigma del sonido cósmico forcluido (Cf. Pitágoras y los pitagóricos)<sup>16</sup> que se reconoce como silencio, y sobre el cual se superpone de modo inadmisibile el despliegue inagotable de rumores, sonidos y musicalidades, envueltos por los cuales desde su nacimiento los seres humanos crecen y se habitúan.

Donde el lenguaje -modo de la banda sonora- se despliega, subtienden sonoridades que esconden el rugido terrorífico a partir de donde -a nivel colectivo- se desarticula toda universal asunción sobre la tierra, toda verdadera localización definida en referencia con la envovencia de un universo al cual -de modo iluso- se cree poder someter partiendo de suplementos culturales.

CATORCE. La nueva oferta psicopatológica de la propuesta clínica de lo social da paso al reconocimiento de modelos de contaminación (virus, doble, y las variaciones progresivas a las cuales da paso su mezcla e intercambio) en oposición con los tradicionales referentes que desde soportes racionales han sido demarcados con tajante claridad por la tradición clínica (neurosis, perversiones, psicosis, normalidad).

---

<sup>14</sup> Con posterioridad, el tema de la normalidad como doble forclusiva se asumirá en forma más detallada.

<sup>15</sup> Cf. Aristóteles. (Ibid).

<sup>16</sup> Cf. Kirk, G. S. y Raven, J. E. "Los filósofos presocráticos". Gredos, Ed. Madrid, 1969.

Se trata de la retoma de lo psicopatológico más actual en versión contrapuesta con las derivaciones contemporáneas a las cuales dio paso la congelada estética aristotélica del alma,<sup>17</sup> y en consecuencia el cuerpo teórico al cual desembocaron a través de la historia las ofertas psicológicas más diversas. Las contaminaciones señaladas tornan posibles, a partir de la tanto más primordial contraposición entre registros de sombra (virus: concentrados terroristas) y registros de luz (virtualidad del doble: generalizada clave especular, a partir del despliegue de lo tecnológico).

QUINCE. Es en ese sentido que el virus-doble (primera modalidad de esa mezcla contaminada) vendrá a consistir en la invasión viral sobre las modalidades de virtualidad del doble (agonía, indiferencia terrorista, lo inhumano,<sup>18</sup> enfermedades contemporáneas, consumismo envolvente).

A su vez, el doble-virus es lo virtual sometiendo lo viral en el juego de despliegue que de forma principal ilustran los personajes (los cuales subtienden desde una clave onírica y múltiple de ejercitamiento estético), modalidad contrapuesta al esperado ejercicio social de la persona (esta última unificada desde la intencionalidad, la responsabilidad y la conciencia).<sup>19</sup>

A partir de otra versión de mezcla contaminada, aún más recompuesta y renovada, el virus desdoblado habla de la contraposición creciente entre la Obra y sus generadores (envolvencia ideológica desde el imperio del capitalismo), lo cual da paso a su vez al reconocimiento, de la aún más envolvente modalidad que es lo máquico (en cuyos desafortunados extremos crece este registro del virus desdoblado).

El virus desdoblado no sólo impide la unificación de lo humano, comporta su escisión y contrapone a lo humano más basal las modalidades terroristas de lo inhumano, donde la tiranía de la Obra condena a lo humano a la ilusión de su realización utópica.

El virus desdoblado deja, además, sin referente especular ni conceptual a cuanto reduce lo humano a mera matriz estética.

Por todo ello, el armado se consolida desconsolidándose desde ese registro que se apela doble global impedido, que hace de lo humano loco despliegue sin imagen de complemento que le unifique, rectifique y demarque

DIECISEIS. Lo humano entonces, resulta apenas reconocible como inagotable generador de resultantes, de explícitas emergencias, de modo general subordinadas a predeterminaciones externas (que desde sus ciegos despliegues las mantienen asidas como estéticas variantes suyas). Esos modos (de otra manera, desmembrados y dispersos) son de hecho efectos de creciente exclusión fragmentadora, determinada en tanto tal por lo social. A partir de las complementaciones a las cuales soporta y justifica lo urbano -aunque aislados a partir de esa tajante separación que decide eso social y que nunca falta- tales armandos resultan siendo portadores de despliegues arbitrarios e imprevisibles, de apariencia autónoma. Ellos se ofrecen entonces como oferta de lo inhumano (emergencias terroristas).

Así, para una visión desprevenida, pareciera tratarse del predominio de lo ético-moral antes que de lo estético envolvente (paisaje cósmico, rumor insoportable de su despliegue, desborde matricial de formalizaciones interminables), en realidad lo inhumano termina por retratar las malformaciones que

---

<sup>17</sup> Cf. al respecto, Otero, J. Escritos previos (clínica de lo social).

<sup>18</sup> Lo inhumano es la malformación de lo humano, que en su adscripción de suplemento y como selectividad normativa -de una parte- y Obra-Ciudad -de otra- lo social y lo urbano reponen. Como si lo social y lo urbano a ese nivel armaran virus (lo inhumano) frente a lo humano en sí.

<sup>19</sup> La persona es pues resultante máquica donde los modos de lo humano retratan su condición de obra social.

desde la exclusión, lo social impone. Tales incongruentes irrupciones, en realidad prolongan las emergencias de lo humano tergiversado del lado de su inhumanidad de complemento, consolidado como su propio síntoma.

Resulta indiscutible que -no por ello- se renuncia a la puesta en acto de lo estético. En cambio, por eso mismo, lo estético termina confirmándose tanto más: la formalización -de todos modos, evidenciada, perpetuada- lo retrata así de manera indiscutible. Aunque no se debiera olvidar allí la condición sintomática que borra la prelación estética y la suplanta por esas otras versiones tergiversantes y devaluativas que imponen sumar a lo estético una visión clínica de complemento.

## ESTÉTICA DE LA LUZ

### I. La condición paradójica de lo suplementario

#### Lo psíquico como escenificación

UNO. Si en un extremo se da envolvencia significativa, en el otro polo se trata del terror. Para el primer caso se impone una asunción desde lo luminoso, donde está incluido-recluido el observador cualquiera fuere (y así se trate de los sueños, que son milagros de luz desde el reino de lo innombrable). De otra parte -sin el reconocimiento de lo enigmático más impedido para la graficación- se expresa a la sombra, como un punto intermedio, linderal, la fuerza irreductible, soporte de toda forma y de toda resultante escenificada.

Allí donde se oferta lo real se trata de esa fuerza que urge en lo posible de expresión graficada, forma que es ya alternativa de graficación y que comporta un más allá de lo puro real, que presupone la inmersión en la realidad, condenada -si se prefiere decirlo así- a la representación, pues sin la fuerza de soporte se disolvería de modo irremediable.<sup>20</sup>

Sólo que en el lugar que ocupa el enigma no cabe la creencia, apenas el reconocimiento del terror. Y si en ese punto se sobreactúa -por formularlo de algún modo-, el efecto ha de ser ese empeño compensado y extremo de graficación, que ilustra ya el milagro de la iluminación: en medio de la luz, por ello, se sigue dando paso a la sombra que se oculta en la sombra para que la sombra se aterre, confundida incluso con la más directa irrupción de lo humano extremo, escondido, indescifrable (sólo asumible a partir de allí desde sus expresiones modales, por necesidad terroristas).

Pues bien, donde no cabe la piedad -ni darla, ni menos aún recibirla- y donde sólo es dado el terror -invención, que en tanto humana, se superpone sobre el más abismal desconocimiento- Schreber, como nadie, lo ilustra.

---

<sup>20</sup> De hecho, una vez consolidadas formas, las fuerzas pueden ser sostenidas también por las primeras, armándose así un tejido que delata una unidad de base, que revienta todo posible empeño de develamiento conceptual.

DOS. Decir, la banda sonora y el paisaje interior, no es sólo reconocer la escenificación como condición envolvente de lo psíquico -que por ende, también asume a lo externo, como inevitable e inagotable escenificación- es además asumir lo estético por encima de toda otra determinación posible o pensable, dígame clínica. Entonces, en tanto suplemento de malestar -que se desprende a partir de allí como una baba desbordada, como una hipertrofia de representación, o bien como una atrofia escenificante- lo estético decide incluso donde lo clínico pretende apuntalar sus centros más decisivos.

No que otras dimensiones no existan o no puedan pasar a ser prioritarias. De hecho, cuando una condición tal se ignora, atenúa o minimiza, lo estético suplanta y termina dejando constancia de su definitiva y dominante prelación de base.

Sólo que no se trata de un mero poder. Lo estético está más allá de todo poder, pues es una potencia inagotable -si no fundante, envolvente- de la cual todo poder es efecto, consecuencia ya. De igual modo por supuesto, habrá de acontecer con los soportes de esas implementaciones, clínicas o de cualquier otro tipo.

Ni qué decirlo: no consiste tampoco lo estético en puestas en escena equivalentes a las representaciones teatrales o cinematográficas. Al revés, ellas son modalidades que refinan y aspiran a exteriorizar, a desdoblar el soporte escenificador reconocido como primero y dominante (aunque deberá reconocerse, que más allá de cuanto acontece con el resto de opciones, el arte tiene un modo específico de olisquear las profundidades de lo innombrable).<sup>21</sup>

TRES. Así se trate de lo más externo y en apariencia ajeno, entre la rítmica envolvente e inaugural que decide a partir de la continua y regular sucesión que va del día a la noche y de la noche al día, el discurrir de toda emergencia humana es escenificación.

Por ello, sólo en referencia con esa condición escénica envolvente que hace decorado de lo más empírico e inmediato, desde donde se despliegan personajes de manera sucesiva e inagotable, y se encadenan masivos acontecimientos -dramáticos o no- se puede reconocer unidad expresiva en el despliegue que desde el ejercicio de lo estético conjunta lo humano.

Si bien sería reductor y de hecho equivocado pretender creer que en su condición imaginaria escueta la escenificación excluye formas de pensamiento, creación, y otros despliegues más abstractos, nunca se escapa a la condición figural-representativa o tonal-intensiva, que hace de todo ello inevitable clave escritural. Si se prefiere, desde que se reconoce que nada escapa al ser resultante, lo figural-tonal está, aún allí donde se lo abstrae o se lo busca desdibujar completamente.

Los lacanianos se entrampan intentando sostener la distinción real-imaginario-simbólico, desconociendo que es expresión ya de la dimensión escritural envolvente que lo humano -de modo inapelable y en registros más basales- comporta (pues lo escritural no es una forma de lo simbólico como de modo desprevenido se cree). Aún cuando se trate de lo real -que es siempre promesa de recubrimiento simbólico pendiente- más bien lo reconocido como simbólico se diferencia en tanto le subtiende y sostiene un trasfondo escritural. De otro modo, ni siquiera a nivel parcial, lo real podría ser recubierto por lo simbólico, (que es bien sabido, cuando se le escribe con mayúscula incluye lo imaginario también).

---

<sup>21</sup> Si no hay sólo ciencia es porque restan desbordes insalvables que buscan apuntalarse, estabilizarse por diversas vías, míticas, artísticas, religiosas, incluso filosóficas. Cada una dueña de su especificidad y de su pertinencia (o de su impertinencia).

CUATRO. Una vez ello torna dominante, lo real no es apenas lo desconocido ni lo inefable. Lo real es escritura pendiente -indescifrable si se quiere, enigma- pero siempre promesa de sentido (y hasta se puede creer también en la nada, ni que decirlo). Como fuere, antes de lo real está lo enigmático-inefable a lo cual, si de manera paradójica se le nombra, ha de ser apenas para reconocer un doble impedimento, una dupla impotencia significante.

Como si sumarle el complemento de lo real a la nada no fuera apenas reconocer el tope hasta donde, un tanto más allá, llega o pudiera llegar lo simbólico (y no una sinonimia inadmisibile desde que se sabe suplementaria y apenas nominal).

Por ende, tampoco es válido suponer que la escenificación es un capítulo aparte dentro de variantes o registros aún más determinantes, opción apenas desde lo psíquico, ni siquiera la más importante y decisiva en tanto mera determinación modal desde lo imaginario. Por el contrario, fuesen cuales fuesen estos refinamientos, intensidades o abstracciones, el punto de partida es la escenificación, tarde o temprano retornan a esa condición indubitable, donde la formalización condiciona y decide cualquier tipo de emergencia, de resultante (donde no ha de faltar el hueco, el vacío, lo inllenable como escenificación en negativo, como graficación de sombra que de modo inapelable subtiende allí).

O sea, que más allá de toda sombra sigue lo innombrable (con terquedad apelado así apenas para dejar constancia del límite de cobertura posible dable a lo humano).

CINCO. Freud partió de los sueños para imponer el reconocimiento de lo psíquico como realidad indiscutible, pero nunca los definió como equivalencias de la realidad en sí. De hecho, si los sueños -sin poder ir más lejos- reponen de modo figural las modalidades de lo externo, su condición de secundariedad parece por sólo ello irremontable.

Se dirá, que incluso más acá de esto, no resultaba indispensable explicitarlo desde que se definían las cosas a partir del aporte del deseo (realidad de deseo, hacedura de ficción por ende, mera realidad psíquica cuyo soporte material resulta ausente)<sup>22</sup>.

Lo cierto es que desde entonces, lo imaginario encontró alojamiento en los desarrollos posteriores de Lacan como esfuerzo conceptual para dar coherencia y unidad a esto, que de algún modo resultaba insuficiente.

Como aconteció un poco a todo, desde que se priorizó el tema del lenguaje se subordinó lo imaginario a ese específico centro, desligado de la condición fundante de lo escenificador, cayó del lado de lo suplementario, portador sobre todo de un relativo demérito, de un inapelable y sin duda inconveniente sometimiento.

Así se trate de construcciones oníricas o de empíricas presencias exteriores la escenificación en cambio es envolvente y primera. Fueren las que fuesen, el lenguaje refina, reforma, deforma, metamorfosea y altera esas presencias de modo radical, sin nunca lograr ir más lejos de ellas. La innegable involucencia de lo presencial está siempre al final, en las resultantes ya.

Sin concesiones ni reformismos, se arma realidad en las resultantes y sólo en una segunda pasada tornan reconocibles modelos diferenciados y de aspiración autónoma. Pues la verdad es que no por ello un sueño da igual que una fantasía, o que una alucinación, o que una percepción, o que un paisaje, o que un ambiente urbano incluso.

---

<sup>22</sup> El deseo es boquete que abre la inagotable ruta de la apetencia (la cual demarca a su vez desde ese registro la dimensión del impedimento). Inllenabilidad que arma horizonte irremontable, en tanto no logra ir más lejos de todo previsible lindero, puesta en acto de la negatividad representativa, y que en tanto tal agencia de motor indetenible, insaciable.

SEIS. La propuesta de la clínica de lo social pretende tomar una ruta -antes de diversa, tanto más radical- al reconocer cualquier realidad posible o pensable como modo de la escenificación, y en cambio de asumir los sueños como realidades segundas o como inútiles alternativas de suplemento - subordinadas siempre a la condición de materialidad empírica- entiende el conjunto de las resultantes (cualesquiera fueren, en tanto obligadas formalizaciones, en cuanto imperiosa urgencia representativa) como modos, sólo unificados a partir del reconocimiento de esa condición.

Se dirá que la clínica de lo social contradice esta clave desde que decide como bomba de realidad suplementaria -no apenas los sueños- lo psíquico todo.

Una cosa es ser bomba, otra realidad -y aún más allá- suplementaria. Aquí apenas se trata de esa condición explosiva que conota el tema de ser bomba (aunque, de hecho, se alude ya a la condición de realidad de suplemento lo cual parecería dar condición secundaria a tales derivaciones). Debe señalarse además, que por sí mismo lo estético desmonta todo criterio jerarquizante y valorativo, desde que impone reconocer en esa condición inapelable de lo representativo una envoltura sobredeterminante donde sólo hay lugar para la expresión, en tanto puesta en acto de resultantes.

O sea, lo suplementario está siempre presente. En efecto, dado lo real que siempre subtiende la realidad es eso: suplementariedad definitoria, tejido variable y sostenido de resultantes múltiples e inagotables (se quiere decir que la realidad escueta, inmediata, evidente, es una ficción insostenible del empirismo).

Lo humano decide lo existente como realidad, en tanto suma, en cuanto anexo inevitable (puesta en acto de la Obra). Si se le quiere reconocer así, la realidad resulta ser doblemente suplementaria, en tanto arma suplemento-desde-el-suplemento. Por eso mismo, la Obra emerge armando realidad, más acá de la mera resultante humana que también es sin duda (resultante-de-resultante entonces dado que -por todo ello- lo humano es obra ya).

La inmediatez de lo existente que la realidad empírica presupone es apenas el silenciamiento de una operación de recubrimiento constante que lo humano -por serlo- genera frente a todo cuanto observa o manipula, ante esto que toca, o en referencia con eso que altera.

Pues bien, el reconocimiento de ese modelo desde donde la realidad se decide como suplementaria da paso a la asunción de lo psíquico que lo genera, a la conciencia de lo psíquico en ejercicio, incluso al reconocimiento de lo psíquico en cuanto inconsciente, en tanto sólo reconocible, porque se da escenificación de suplemento (allí donde en principio se apuntala la escenificación onírica).

SIETE. Desde una clave tecnológica, lo psíquico suma el indispensable suplemento para que lo humano discurra. Sin armar Obra lo humano no logra despegar y -así ello pareciera contradicción en los términos- para armar Obra la condición del suplemento-a-partir-del-suplemento se impone como indispensable.

De entrada se arma definitoria paradoja. Paradoja que es condición esencial a lo humano dado que lo suplementario lo decide y distingue de modo esencial sobre el fondo de conjunto que es la totalidad de lo existente desde la cual resulta.

Lo humano es suplemento sobre el mundo. Y habrá de ser por ello que sobre el mundo la intangible película que es la realidad se extienda no sólo como epitelio inapelable, de hecho como irreductible armazón lógica (que luego la ciencia encuentra para sorpresa suya y del resto también).

Para decirlo de una manera más precisa y adecuada: el mundo irrumpe en tanto se le reconoce como conjunto de lo existente, o sea cuando la envoltura baba de lo humano lo califica y subordina a la realidad.

Desde entonces, la condición de lo psíquico torna de igual modo necesaria e insoslayable. Es a eso a cuanto se apela bomba de realidad suplementaria, no sólo porque el suplemento se imponga como lo más redondo y decisivo, ha de ser sobre todo porque el desdoblamiento de lo anexado termina estallando.

Cuando se apuntala a nivel empírico el dominio reclusivo del lenguaje como conjunto, lo real, lo imaginario y lo simbólico, arman realidad, realidad de suplemento,<sup>23</sup> aunque no ha de ser menos válido a nivel empírico reconocer que a partir de allí la realidad los produce y ordena, los ajusta y somete de acuerdo con sus propias urgencias reproductivas.

Lacan agrava aún más las cosas, cuando deja flotando -en una alianza que no exige explicación mayor- el enlace complejo e inubicable que arman el lenguaje y lo simbólico al conjuntarse. Por supuesto, en todo ello el menor beneficio le corresponde a lo imaginario, sin cuya referencia el tema haría visible y evidente su condición sintomática.

OCHO. El estallido no comporta necesaria demolición, es siempre en cambio alternativa de escenificación. Por encima de toda destrucción figural, la forma se repone y reactiva. No hay terrorismo que logre reducir este destino, es esa la única condición que deja entrever luz, más allá de la sombría gestión terrorista, por decisiva y envolvente que ésta pareciera ser. Es más: sin ello la formalización se estancaría y agotaría de modo inapelable. A su pesar -si pudiera decirse así- lo terrorista es el motor que renueva las formas, allí donde el modelo de perpetuación que las trampas de lo tecnológico consolidan, tiende a estancarlas en juegos de repetición sintomática.

Y no se dice esto por afán optimista ni para que -tanto peor aún-se monte una religión que penda de ahí y decida desde la creencia cuanto con terquedad se quiere repudiar, es que lo terrorista es escenificación también, y acaso la escenificación lo privilegia cada vez más desde que del reconocimiento de lo estético se trata.

Antes de desconocer o censurar todo terrorismo, por inadmisibile que pudiese parecer, la única forma de atravesar lo terrorista es reconocerlo como decisivo, como definitorio, como infaltable en el inagotable despliegue de lo humano.

Se dirá que la urgencia de remontarlo no lo es menos. Sin duda que sí pero esa urgencia es siempre sintomática, impotente, terrorismo encubierto.<sup>24</sup>

NUEVE. Dadas las resultantes -no por serlo- deviene innecesario todo anexo. Por el contrario, el suplemento decide y completa de modo tanto más definitorio (al punto de que al irrumpir lo psíquico se arma como artefacto). Lo psíquico explota resultantes inagotables en cuanto es la forma más refinada de mecanismo intangible, matriz basal de suplemento, animadora que decide la génesis y perpetuación de toda interioridad, fábrica adicional de singularidad.

Aunque no es sólo eso. Artefacto en sí -y desde allí, núcleo estético que genera configuraciones, escenificaciones, incluso armazones otras que irrumpen desde su mediación- lo psíquico emerge como obra. Desdoblado por ello, lo psíquico agencia a título de supuesto "primer motor", encarna al

---

<sup>23</sup> Más que el nudo borromeo lacaniano, en esta oferta es el lenguaje que los conceptualiza cuanto les une en esa resultante -que se da por ello como realidad-.

<sup>24</sup> Como el silencio que precede al estallido, el terrorismo puede ser tanto más contundente allí donde ni siquiera se le sospecha.

lado de otras matrices genésicas y a partir de ese ensamble -cuya consecuencia conjuntada comporta el resto de suplementariedades- de modo inagotable se perpetúa la Obra.<sup>25</sup>

Ese “primer motor” es genésico de formas (prelación estética). Cuando a partir de allí se consolida Ciudad, los modos de lo urbano que lo psíquico termina siendo, lo reenlazan y lo dan como resultantes de Ciudad (o sea, como oferta de lectura de una escritura, sólo por ello posible).

De otro lado, es sólo cuando lo psíquico más basal deriva del lado de lo singular que el estallido empieza a ser inevitable.

Lo psíquico se delata allí como más amplio que las guardadas bombas intangibles de suplemento que los cuerpos de cada quien encierran, y puede organizarse de modo imprevisible y del lado de las más demolidoras desmesuras.

Ahora bien, si a ello se le apela destino mórbido, y si se aspira a seguirle denominando así -pues lo cierto es que antes de extinguirse se exagera- al menos conviene señalar que lo mórbido es otra cosa de cuanto siempre se pensó, y las patas sobre las cuales supuestamente se soporta (neurosis, perversión, psicosis, y hasta la normalidad incluida desde que les arma indispensable contraste) a partir de allí tendrán que ser replanteadas.

## **El artefacto psíquico**

UNO.¿Qué diferencia se establece cuando en cambio de la fórmula freudiana del aparato psíquico se habla de lo psíquico como artefacto?

La fusión que se da cuando se dice “aparato” y “psíquico” oculta ya dos problemáticas de complicadas implicaciones.

De una parte, el tema de lo psíquico que ignora por tradición el asunto estético (el alma entendida como forma y que a partir de entonces cancela la oferta de un modelo el cual, en cambio de jugarse del lado cientifista y especializado, habría de ser clínico-estético, trans-disciplinar en consecuencia). Más allá de ello, la idea de artefacto comporta varios sentidos que el aparato, al menos en la acepción freudiana inaugural, no implica. Si bien cuando se dice artefacto se asume que se trata de una máquina, de un aparato, todo artefacto incluye por definición la clave que la reconoce como creación técnico-artística. O sea, que aunque el aparato en tanto tal no resulta excluido de allí, el concepto de artefacto lo remonta, es más amplio, y por ende incluyente antes que derivado. En cambio del aparato cuyo énfasis está en su condición plural (de manera literal, “armado a partes”)<sup>26</sup> el artefacto suma acepciones como carga explosiva, mina, petardo, granada (según reza en el propio diccionario). Sin embargo, dado que en ambos casos (aparato o artefacto) se trata de lo psíquico, el real peso estaría en el punto de confluencia que incluye como prioritaria la fina construcción

---

<sup>25</sup> Se impone una precisión: en tanto envolventes, las matrices genésicas son en y desde las resultantes. Matrices tanto más primordiales, antes que incapturables puntales de origen donde de hecho subtienden la forma y la fuerza.

<sup>26</sup> Como es bien sabido, Freud (Cf. Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.) comparó el psiquismo con un juego de espejos, a la manera de aquél que acostumbran combinar los telescopios. Esta metáfora que da a lo psíquico condición más mecánica que esencialista permitió el despliegue de una oferta tan original y moderna, como resulta ser de hecho el psicoanálisis. Las implicaciones de estas derivaciones quedaron sin embargo un tanto detenidas, en reconocimientos más generales que específicos (pluralidad de la estructura psíquica y oferta metapsicológica en general). Las connotaciones tecnológico-terroristas en cambio permanecieron, si no borradas de modo definitivo, sí al menos muy desdibujadas y disminuidas en el armado de una oferta que se prefirió antes clínico-disciplinar que alternativa estético-transdisciplinar.



intangible que en una y otra circunstancia se impone, pero que resulta -si no cancelada de manera expresa- al menos ocupando un lugar apenas sugerido, de hecho derivado. Pues -partiéndonos de un falso supuesto- si es construcción lo psíquico, ignora lo intangible, y si se recalca en este último aspecto de materialidad innegable, se tiende a desconocer su condición de obra.<sup>27</sup> Por lo demás, sin hacer allí necesaria escansión no es fácil reconocer en el productor al producto mismo.

DOS. Por supuesto que a nivel de lo psíquico la clave mecánica que así se suma -cuando del artefacto y el aparato se trata- demanda la adecuación del lado de lo máquico<sup>28</sup> en tanto supone la inclusión de armazones diversas, seguramente para el primer caso (el artefacto) más complejas y refinadas.

Es claro que el uso de tales denominaciones presupone un soporte metafórico que permite distinguirles de las materialidades que los términos “aparato” y “artefacto” incluyen de modo literal. Es en este sentido entonces que -para redondear todos estos registros a la luz de una versión clínico-estética y trans-disciplinar- más allá de tales meras claves mecánicas de diferenciación se impone a su vez abordar las emergencias de lo psíquico en cuanto bombas de realidad suplementaria (asumiendo que no sólo son recluyentes o interiores sino que de modo principal estallan).

Por supuesto, debe reconocerse también que esa forma psíquica de estallar no coincide a nivel empírico con las explosiones en el mundo externo. Son estallidos, que si bien resultan siendo eclosiones más o menos radicales, apuntan hacia adentro (es cuando se dice que en tanto tales y por sobre todo resalta su condición reclusivo-implosiva).

Pues bien, también entonces la idea de artefacto nombra con más justeza esta otra clave, definitoria aunque de hecho menos evidente.

TRES. A partir de esos reconocimientos ¿qué significa que lo psíquico sea bomba de realidad suplementaria?

De modo aislado bomba alude antes a lo reclusivo que a lo explosivo, pero tomada en su más plena acepción psíquica e incluyendo la condición de realidad de suplemento bomba implica también que desde una espacialidad heterónoma -que se arma a posteriori dentro de una corporea resultante humana- se imponga una clave de invaginación intangible.

Es sólo entonces que cabe reconocerle como dispuesta de manera adicional al estallido. Estallidos, que antes de empíricas explosiones, son implosiones de luz y de imagen, de dramas y de sombras, de tonos afectivos, de pasiones, o de estancamientos, o de congelamientos diversos y mutables, y que

---

<sup>27</sup> O sea, que el aparato psíquico se va haciendo, modelando al tiempo con la Obra, no la precede como de modo habitual se acostumbra creer cuando se da por sentado que no es obra, cuando esa condición fabril que decide lo psíquico se desconoce del modo más rampante.

<sup>28</sup> Lo máquico es la forma como la Obra afecta lo humano, ensambla a él, lo completa o lo potencia de manera multiplicada, no sólo en el sentido de que lo humano se da como creciente construcción, más bien -inverso a ello- el modo como el construir afecta a lo humano, lo desajusta y desequilibra, y si se le observa de modo general, resulta incidiendo allí en forma decisiva.

Sobra decir que no sólo se trata de dimensiones groseras y tangibles, si se reconoce entre otras cosas que lo psíquico, refinadamente intangible, cabe también allí, incluso resulta nuclear, decisivo.

Lo cierto es que lo máquico puede armar unidad, síntesis perfecta, o bien resultar contaminante, demoleedor, atentatorio, mórbido, paralizante.

Otra condición que decide el uso de ese término y lo impone (pues no existe algo que nombre mejor esa clave) resulta ser que lo máquico es a lo contemporáneo, como lo fue a su modo lo báquico para los griegos antiguos.

Es por esto que algo de desmesura y mucho de reclusión se impone incluir. Y el término felizmente lo logra, al menos de una manera tal como ningún otro concepto consigue explicitarlo.

en tanto tales deben reconocer una condición más amplia donde esos modelos no sólo se generalizan, se masifican, se socializan, y se urbanizan, además resultan ser primero efectos, derivaciones de esa intangibilidad envolvente y definitoria antes de devolverse hacia el mundo y dar cuenta de sí.

Eso en un primer sentido. En una segunda acepción se implica el reconocimiento de que todo funcionamiento y toda disfunción se rigen en referencia con esa primera clave reclusiva.

Lo neurótico, lo psicótico, lo perverso, lo normal incluso, son modalidades reclusivas ya y así se les conciba como meras realidades clínicas resultan precisando demarcaciones estéticas, con pretensión de autonomía al interior de involucancias más vastas y diversas.

Lo reclusivo en tanto tal, es doble-reclusivo. Debido a ello modalidades patógenas como las drogadicciones son -no sólo doble-reclusivas- de hecho lo remarcan y extrematizan todo al punto de armar cerrazones que se ofertan a título de destinos irremontables.

CUATRO. La reclusión -más que mecanismo defensivo específico- es envolvente y estético recurso emergente contrapuesto a la represión, a la renegación, a la forclusión -registros que deciden la condición de lo neurótico, lo perverso y lo psicótico-. La reclusión comienza decidiendo las drogadicciones en el marco de una especificidad no menos intransferible e irreductible, yendo aún más lejos como mórbida oferta paradigmática de consumo.

Vista de manera literal la reclusión -más que reunir- enmarca cuanto de común integra a la *re*-presión y a la *re*-negación con la *for-clusión*. La re-clusión las delimita y enlaza por ende -sólo que antes de las continuidades que las asocian y encadenan- resaltando su condición heterónoma, delatando por sólo ello su condición envolvente de una parte, y de otra la especificidad de su determinante linderalidad, a partir de donde se apuntala su indiscutible, ecléctico aporte estético.

En realidad, la reclusión y la reclusión-en-la-reclusión tratan entonces de lo hiper-estético, del colmo de lo estético que estalla y deslumbra, y que sin duda alguna aterrera porque la involucancia del terror resulta allí próximo, del más decisivo modo.

Desde que por la vía de lo implosivo se estalla callando la forma puede acceder a su eclosión por múltiples vías, no explosivas de modo literal. En lo pendiente, en los bloqueos, en las pausas, en las interferencias, en los aplazamientos, en las estabilizaciones, lo explosivo se contiene y de ese modo hace presencia. Es a cuanto se apela tono terrorista, uno de cuyos efectos más visibles y propios es la exacerbación de la condición de involucancia reclusiva.

A partir de allí -y en referencia con esta sobredeterminación, por supuesto- represión, fracaso de la represión, renegación y forclusión, torna necesario signifiquen de manera diferente.

CINCO. Lo psicótico y lo drogadicativo, como modalidades mórbidas extremas, compiten en radicalismo hiper-estético. Sólo que una de ellas es más reclusiva, humana de manera más terca, en el máximo extremo al cual le condena lo inhumano (las armazones psicóticas), La otra, hace más énfasis en lo máquico (las alternativas drogadicativas).

Esa dimensión hiper-estética es a nivel de lo social siempre reconocida como transgresora (así como oferta independiente se juegue más bien desde adentro en tanto aspiración de salida de la reclusión social), pero terminará naufragando en una reclusión duplicada, porque lo hiper-estético no aspira a la generalización de su poder dado que pretende competir con la pura potencia formalizadora o en cambio porque lo social lo restringe y reduce, celoso de su siempre tiránica auto-reproducción.

Como fuere, la defensa frente a estas resultantes decide el abordaje terapéutico desde lo social a partir de modelos de poder, que por más refinados y comprensivos que fueren, resultan siendo siempre radicales y excluyentes debido a que del lado del padecimiento psicótico no se está

aspirando a inclusión alguna. Aunque en ello el psicótico es más radical e impedido que el drogadicto, tampoco es ese un interés visible en las drogadicciones, las cuales -siendo modalidades de consumo- arman síntoma antes que generar aportes al despliegue reproductivo de lo social (es claro sin embargo que pueden aunarse si el consumo así lo impone o propicia).

SEIS. Todo artefacto en tanto armado psíquico es decidido de un modo u otro, en referencia con su inapelable extinción, por su “ser-para-la-muerte” -como se acostumbra decir-. Esto sólo impone a lo psíquico un destino del lado del estallido.

Las formas más recientes de lo mórbido extrematizan esta última condición explosiva desde que lo humano incorpora -de modo creciente y en contravía con esos tanáticos destinos- las marcas de los despliegues inusitados de lo tecnológico, cuando no los masifica y radicaliza desde lo terrorista.

En efecto, tanto más aún, la creciente marca masificante y la presencia multiplicada de la muerte en sus renovadas variantes actuales deciden, de un modo inocultable y prioritario, a título de pestes virulentas, las nuevas formas del acontecer psico-patógeno, por encima al menos de las modalidades conflictivas que lo sexual apuntala y predetermina.

No que estas últimas falten allí, tanto bien se exacerban y asimilan a estos destinos más radicales y desgarrantes (dígase el sida, no sólo como clave patógena actual, en cambio sí, a título de modelo rector de las conductas eróticas).<sup>29</sup> Tampoco por tanto, a la luz de estas condiciones resultan suficientes los referentes diagnósticos centrales a partir de los cuales se pretende y se pretendió siempre reconocer las dimensiones de lo psicopatógeno.

SIETE. Pues bien, las modalidades de conjunto -reconocidas como del orden de lo psico-patógeno- son, en su condición de resultantes, armados escenificadores, que sólo en referencia con esa condición de reclusión más o menos extrema, se distinguen de las escenificaciones corrientes. A nivel estético -por más dramáticas, incomprensibles o desgarrantes que resulten- más allá de ello, de un modo u otro delatan la condición de matriz generadora de formas que es lo psíquico.

Modos estéticos del artefacto psíquico, antes que o además de, estructuras patógenas propiamente dichas (o más bien en tanto tales) esas dimensiones repletan el escenario interior y rebotan sobre el exterior, delatando al menos que la obligada reconstrucción, la reasunción del modelo que se impone a cada cual, de algún modo falla o fracasa allí. Y siempre, además, para la perspectiva exterior y colectiva, aunque en sí misma incluso sea, pueda ser, evidencia de pluralidad, de oferta renovadora. Así intente comprenderle o explicarle, encauzarle o remodelarle, el poder de lo social de modo inevitable, le aborta, le reinterpreta y le reajusta, le readecúa y le encierra, o bien, le malinterpreta.<sup>30</sup>

## Lo estético de lo mórbido

---

<sup>29</sup> El sida reglamenta el comportamiento erótico y redemarca el juego de relaciones -particulares y colectivas- que redelinean los juegos de la fidelidad y la infidelidad contemporáneas, de la institución matrimonial, y del intercambio general de pareja (no por obligación a nivel extra-conyugal). Incluso el ejercicio de la paternidad pasa por este desfiladero desde que obliga a la inevitable retirada de toda protección tecnológica (uso de preservativos). Quien niegue que en ello el terror ha pasado a regir, es porque quiere hacerse ciego frente a la evidencia.

<sup>30</sup> Con ello se evidencia cómo las enfermedades psíquicas -antes que meras formas personales y apenas de particular incumbencia- son armados expresivos de malestar, en y desde la Ciudad.

UNO. ¿Cuáles son entonces las nuevas claves que vendrían a suplir a estas otras (neurosis, perversiones, psicosis, normalidad) o cómo verles al menos a partir de este predominante abordaje estético?

Si la clave de defensa se impone en tanto el terror -en cualquiera de sus acepciones- de otro modo resultaría irremontable no basta con reconocer que lo psíquico es por definición armado defensivo.

Resulta bien sabido que para la oferta psicoanalítica el lugar donde torna inapelable la defensa lo ocupa lo imposible de asumir.

Para el obsesivo se trataría de la muerte y para la histérica de la bisexualidad constitutiva, aunque deberá reconocerse que -bien vistas las cosas y sin abandonar por ello la perspectiva psicoanalítica- la defensa no opera en el punto donde precisamente se afina lo neurótico, consiste más bien allí en su definitiva imposibilidad.

Es en el registro de lo normal que la defensa discurre a plenitud.

Para el modelo neurótico -obsesivo o histérico- se trata (luego del fracaso de la defensa represiva) de un segundo montaje, no menos compensatorio que sin embargo, apenas logra alguna solución parcial. Por lo demás, sumando a ello graves consecuencias (nunca la opción de una variante nueva de normalidad posible o cosa semejante).

DOS. En efecto, si bien un neurótico obsesivo se empecina en la armazón barroca de defensas con las cuales pretende conjurar la amenaza constante de la muerte, negarse así a asumir esa realidad irremontable, y si las histerias -al menos las conversivas- aparecieron siempre descifradas en relación con el impedimento frente a una bisexualidad que no logra ser incluida a pesar de restricciones, acomodaciones sinuosas y laberínticas (menos aún, haciendo caso omiso y siguiendo de largo) han de ser los normales quienes allí se defiendan de verdad.

Y no es menos cierto que el fracaso de los neuróticos, los normales lo resuelven con base en sus defensas, nunca enfrentando con firmeza los asuntos y pasando indemnes del otro lado.

Si a partir de entonces se observan las cosas de un modo tanto más radical y decisivo, esas condiciones -de priritario corte erótico, de muerte inapelable, incluso de defensa asida de la alianza colectiva que apuntala el humano rebaño- enlazan siempre al terror, desde que (y aquí se está en el centro mismo del develamiento psicoanalítico) se definen en referencia primera y última con el registro de lo castratorio.<sup>31</sup>

El esfuerzo por distanciarse de ese meollo de negatividad constitutiva es cuánto en primer lugar esas modalidades (neurosis, perversiones, psicosis -y así se diga que por contraste- hasta la normalidad) ilustran.

TRES. Ahora bien, si Freud hubiera trabajado partiendo del develamiento de las psicosis, entonces sí, progresando en el desciframiento de modelos cada vez menos contrapuestos con la normalidad pues es cuanto lo social demanda (o sea, a la inversa de cuanto hizo)<sup>32</sup> sus conclusiones hubieran sido diversas de aquellas por las cuales optó desde sus primeras apropiaciones.

---

<sup>31</sup> De hecho, modo del terror, a la castración se le asignó desde un comienzo un lugar central lo cual le dio validez en sí. O sea, que de esa manera se impidió pensar la castración en su más envolvente condición definitiva y principal (el tema del terror en cuanto tal).

<sup>32</sup> Sin duda lo normal se va modificando a través de la historia y oscila de un lugar a otro también. Lo cierto es que hoy por hoy torna difícil mantener la ecuación "normal = sano" tal cual, sin mayor debate, resulta corriente presuponerlo. Antes bien, lo sano incluye una doble problematización frente a lo normal desde que a su vez, "anormal" e "insano" no se dejan juntar de manera fácil. Basta nombrar esos complementos -implícitos pero no ajenos- para que el tema se llene de sombras y de sinuosidades.

En tal dirección -sin de modo necesario asumirlo por ello- cabe indagar a propósito de las posibles captaciones de allí emergentes.

No habría de ser la primera vez que se resaltara aquí: las psicosis ilustran -en primer lugar- las modalidades del terror, desde el radicalismo de una indefensión tanto más extrema, en la medida en que el terror resulta más apabullante y desmesurado.

Es con el apuntalamiento de las denominadas perversiones que el enlace de terror se desplaza de modo más visible del lado de los fantasmas castratorios y de las escenificaciones eróticas (ello como licencia indispensable para lograr un primer decisivo remontamiento, al menos de un modelo de representación más sostenible a nivel de las aspiraciones colectivas).

No se debe por ello ilusionar nadie con ninguna progresión liberadora, ni cosa semejante. Al terror se le coloca a un lado, pero no se consigue con ello más que dejarle hacer de un modo no menos incontrolable.

Como fuere, lo cierto es que entre psicosis y perversión -más que de una involución, un progreso, o cosa alguna semejante- se trata de ejercidos anhelos de suplencia escenificadora, coexistentes y variantes según la contundencia misma del terror.

Se trata más bien de modalidades metamórficas donde el terror se camufla y disfraza sin detención posible, sin que pierda por ello su potencia, y así social logre indispensables estabilizaciones.<sup>33</sup>

CUATRO. Desde un empeño que refuerza lo reclusivo y exagera lo inoperante, las modalidades de lo neurótico encubren aún más el verdadero asunto.

¿Por qué se dice entonces que no se da progresión, si todo viene armándose como en escalera?

Porque esa descripción no es evolutiva (o involutiva), no es valorativa (apuntalada desde un lugar social y de poder), es por sobre todo estética.

Las formas de lo mórbido son eso: modalidades de expresión que las resultantes de lo humano despliegan de manera inagotable, sólo en segunda instancia demandan aplicaciones clínicas y esfuerzos de acomodación en pos de una reducción de distancias. O sea, con las pretensiones de toda normalidad, de toda normalización, y de toda aspiración de auto-reproducción social por ende (ésta sí, imperialista, jerarquizante, y ello de manera progresiva).

Pensar los síntomas y el armado de las defensas que deciden la especificidad de las resultantes mórbidas como entrapamientos estéticos es entonces la condición que a partir de estos develamientos transdisciplinarios se impone, y es en referencia con el tema de las clasificatorias clínicas convencionales que ellas podrían hallar indispensables reacomodos y re-ajustes (si es que -una vez visto todo así- resulta incluso indispensable sostener tales demarcaciones psicopatológicas).

CINCO. Sin embargo, lo último que pudiera esperarse por todo ello es un retrato literal del terror (asunto sin embargo siempre presente en las manifestaciones más extremas de lo psicótico). No tanto del terror capturado como experiencia vivida, más bien como clave decisiva y directa desde la cual se ha de partir para ensayar el desciframiento de las emergencias de lo psicopatológico visto en su conjunto.

---

<sup>33</sup> Ya ha sido dicho: lo psicótico no cuenta con lo social, las estructuras denominadas perversas pueden en cambio desplegarse a ese nivel, lograr indiscutibles éxitos en tales registros, y hasta consolidar formas decisivas de poder e integración desde inocultables modalidades de agremiación. ¿No torna ello comprensible con sólo aceptar ver las cosas como aquí se ofrecen?

Asumido entonces que se da siempre terror de base, así al tiempo resulte inevitable su repudio ¿qué se ofrece a cambio?

Ha sido dicho: el virus y el doble que son modelos disfrazados del terror, de su ausencia-presencia, de su sintomática, inevitable irrupción a nivel de la periferia.

Dada la impedida asunción de lo humano en sí, más acá de los mencionados defensivos recursos fallidos (virus, doble), a partir de tales registros sintomáticos y fallidos (donde el terror sin embargo camufla sus embates) se han de sumar contaminaciones a las cuales da paso la mezcla entre virus y doble (virus-doble, doble-virus) lo cual comienza a conducir al reconocimiento del modelo envolvente donde el virus desdoblado, y doble global impedido delatan ya la inversa condición de lo mórbido, colectivo, capitalista, desde donde lo psicopatológico parasita.

SEIS. Sin que se trate de acercamientos a la verdad misma del asunto, lo cierto ha de ser que se trata del progresivo alejamiento, de la fuga ciega, frente a la amenaza constante del terror. Arenas movedizas que crecen sin detención, cerrando opciones a posibles salidas desde sus desbordantes recorridos invasores.

Sin duda, lo normal se juega en la actualidad sobre el presupuesto de una creciente invasión a nivel de la atmósfera de lo urbano del tono terrorista. No sólo una progresiva paranoización colectiva se impone como normal en las grandes urbes (después de incrementados, demolidores acontecimientos terroristas), a partir de la amenaza que crece desde entonces en relación con nuevas posibles emergencias atentatorias, la totalidad de los intercambios humanos y sociales se ven alterados de modo radical desde la confluencia de modelos tecnológico-terroristas (invasores también a nivel masivo).

Sin que haya en esto excepción, la marca de estos contextos y de estas involucencias afecta las resultantes modales de lo urbano. Por supuesto, cada quien enfrenta y aporta con ello a los asuntos. Inusitado despliegue donde la instancia de masa torna dominante y principal (por ende, los controles personales -para los cuales la singularidad resultaría más decisiva- resultan cada vez más limitados y restringidos, y ello, dígase cuanto se diga a propósito del incremento de la supuesta libertad individual que el modelo contemporáneo propiciaría).

Todo esto sin embargo apenas si se evidencia a título de asunto pasajero, circunstancial o periférico (así ello resulte insostenible cuando los verdaderos acontecimientos hacen decisiva, contundente presencia). La uniformación de las conductas y la sobredeterminación de los comportamientos hablan muy a las claras de que la verdad de las cosas podrían ser reconocida de un modo inverso de como aparecen.

Dada su condición mayoritaria, estas nuevas modalidades -de lo asumido como normal por sólo ello- altera las graficaciones de la anormalidad (a su vez reconocida de manera habitual como indiscutible).

Incluso, intentando olvidarse de todo ello, las claves que inciden en cada una de las patologías, en la reacomodación de sus perfiles y en la variación de sus expresiones, no pueden ser ajenas de la presencia de lo masificante, del tono terrorista, de la incidencia del consumismo, y de las nuevas irrupciones de lo mórbido.

## **II. Congelamientos en el síntoma**

## Lo singular y el devenir

UNO. Una clave no resaltada aún, pero que resulta tanto más determinante cuando se piensa en el mal-funcionar de un artefacto, está enlazada con el conjunto de las resultantes que se apelan aquí Obra (la obra humana en general).

Para comenzar, debe decirse que todo cuanto lo humano apuntala sobre el mundo obedece a un empeño de contener el devenir indetenible. Por contraposición a ello, el devenir impone modalidades suyas que hacen caso omiso de esa condición y que por todo ello deciden la emergencia de resultantes, contaminadas de modo irremediable.

Son estas dos verdades tan contundentes que a nadie debieran sorprender. Como fuere, de manera tendencial y así se sepa que se trata de lo imposible, todo cuanto lleva el sello de lo humano apunta por contraposición al devenir y en esa dirección inalcanzable, lo humano padece las inevitables consecuencias que comporta una oposición tal, una de ellas, lo humano en el devenir, modalidad suya a pesar de todo, decidido a partir de allí, producido, sin poderse abstraer desde esa sobredeterminación estético-envolvente que le demarca en el registro de lo singular.

En ese trasegar ininterrumpido, lo humano se ha estabilizado hasta convertir esa bomba de realidad suplementaria envolvente que es la obra humana en su conjunto en algo progresivo e irreversible, por lo demás fusionada de forma cotaminada a lo terrorista.

DOS. Lo cierto es que más allá de todo, frente a la tendencia a la estética permanencia, al inagotable apuntalamiento de las formas que le hace enigmática oposición, el devenir no consigue arrasar con cuanto aspira a un mínimo de estabilidad, de permanencia. Aunque sin duda también, tarde o temprano, esto acontece cuando a mitad de camino algo se empeña en sostenerse más allá de los límites que impone su particular formalización, así tenga el soporte de la involucencia de lo humano, de lo social, de lo urbano.

Incluso esta cobertura de lo humano, lo social y lo urbano que no alcanza a detener la marcha de las cosas pero que tiene suficiente poder para perpetuarse de manera indefinida, así no eterna, consolida las formas emergentes en franca contraposición con el escueto devenir, haciendo caso omiso de esa contundente dirección, aspirando a armar reversa siempre, a imponer resistencia como condición de su específico fluir, agravando con ello el particular despliegue de sus múltiples modalidades y de sus entretreídos.

Los dramas psíquicos son efectos sintomáticos del discurrir de lo humano en el mundo, consecuencia de la ruptura con el inaugural modelo natural.<sup>34</sup> Por ende, no escapan a la exposición de modalidades que llevan a su vez de uno a otro de esos mórbidos extremos acentuado las oposiciones, en cambio de armar verdaderas síntesis de complemento.

TRES. En efecto, sobre este marco general, en las emergencias concretas de lo humano pueden hallarse modalidades más o menos extremas, en tanto consolidando un sinuoso recurso adicional, aspiran a instalarse en el más cercano punto de coincidencia con el devenir, o en cambio se mueven

---

<sup>34</sup> Resulta bien sabido que lo humano comenzó a distinguirse del modelo de los primates desde que se refinó el uso de instrumentos y se empezó con ello a generar obra sostenida y a resultar lo humano cada vez más definido a partir de ésta. Pero cuando se consolida Obra (envolvente, indispensable y progresiva realidad urbana) ente otros asuntos lo psíquico sufre radicales modificaciones y se le imponen decisivas, irreversibles e indetenibles modificaciones.

y/o definen haciéndole franca oposición. Como queda claro, esto último es la tendencia más visible (si no la más frecuente).

Los sueños, algunas modalidades de drogadicción, ciertas modas consumistas actuales que se juegan del lado de la lógica de lo desechable, pero sobre todo las demencias más extremas aspiran a jugarse y a estallar a nivel de esa primera anunciada polaridad.

Al lado de la cultura toda, de la producción que arma, sostiene y perpetúa la Ciudad, y de todas las particulares resultantes que se dan al interior de ésta, las neurosis y las escenificaciones perversas tanto como la normalidad misma, todas ellas a partir de la tenaz perpetuación de irreductibles fantasmáticas se suman a la tendencia inversa que se decide a partir de una modalidad de discurrir que va en contravía con el envolvente devenir, y ello desde congelamientos reversivos, sintomáticos, hasta la apariencia de libres fluidos de lo normal que se apuntala, más por eficiencia de lo defensivo que por coherencia intrínseca de su operancia.

Sin agotarlo por ello de modo suficiente, esto Freud ya lo había dejado claro.

Desde parálisis puntuales y paraplejías mentales hasta justificadas y generalizadas estabilizaciones que demandan siempre unos y otros modelos resultantes desde lo social se trata de artefactos-dentro-de-los-artefactos-mismos, incluso al interior del habitual despliegue de ellos desde lo social, de modo excepcional se llega a apelarles “psicoterapias” (así éstas tengan por función desactivarlos, más bien por oposición readecuar sus más particulares modalidades expresivas).

CUATRO. Al menos las formas de lo mórbido admiten que se les clasifique de acuerdo con este sesgo.

Ya ha sido señalado cómo haciendo oposición a lo social un artefacto psíquico desde lo singular se imposta en lo psíquico-artefacto, y guiado como virus invasor se juega a su vez dentro de esos ritmos y especificidades. A ello, entre otras posibles opciones y al interior del registro terrorista, se le reconoce como orden psicótico, ilustra la forma más cercana al escueto devenir sin que se renuncie por ello al congelamiento, a las primitivas modalidades de estabilización (dado que en realidad se trata de la más contaminada y refinada ficción).

Otra cosa es que este simulacro no termine pagando graves consecuencias por ello. No hay allí ningún soporte que pueda aspirar a un posible apuntalamiento. Si a pesar de todo esto se da habrá de ser por cuenta del propio modelo humano-urbano-social que detiene tal accionar y lo reordena de otro modo (ofertas clínicas).

Si lo psicótico siguiera la pura dirección que le confieren sus escuetos recursos es claro que de manera rápida el asunto se liquidaría.

Lo psicótico comporta una marca desde afuera que es más decisiva que las psicosis mismas, y de ello, si bien no deja de ser cierto que poco se sabe, casi nada se reconoce con plena objetividad.

De hecho, la denominada forclusión<sup>35</sup> no sólo califica al enfermo psicótico, está entre la irrupción de la escenificación psicótica propiamente dicha y la réplica inevitable que de manera compensatoria y contaminada se desata en lo social desde una complementariedad definitoria inseparable.

---

<sup>35</sup> Cualquiera podrá resentir que a la forclusión no se suma el Nombre del Padre, lo cual -al parecer- es una inapelable exigencia del aporte laciano (Cf. Maleval, J.C. “La forclusión del Nombre del Padre”. Paidós, Ed. Buenos Aires, 2002) No habría problema en pensar en la posibilidad de una inclusión tal si ello no generara la obligada inscripción en esa clave (Nombre del Padre) la cual asumida como evidencia incluye allí e impone ver lo psicótico a partir de esa obligatoria perspectiva, como si con ello lo psicótico no fuese más que una opción sólo reconocible desde la especialidad clínica (antes de ubicarle a título de reto extremo desde lo estético más enigmático; punto de inhumanidad que fragmenta lo humano y delata con toda radicalidad sus impedimentos auto-integrativos).



CINCO. Más allá de la discutible dimensión de conjunto, pensando desde la perspectiva más tradicional del concepto, si algo sorprende de cuanto en clínica se apela síntoma no es tanto su condición de signo, y por ende -así fuese encubierto- a corto o largo plazo opción de sentido, es a pesar de todos los empeños que desde afuera se adelanten en pos de su disolución la tenaz permanencia que comporta en quien cruza y expresa tal oferta.

Si esa ambición de permanencia no se suma a la reconocida pretensión humana de conjunto que aspira a otro tanto ha de ser porque torna extrema la obstinación de marcar diferencia que lo psicótico incluye, y de un modo tal que de hecho no existe ahí opción mínima de acuerdo.

Por cierto, lo singular no aspira a la permanencia pero el congelamiento en el síntoma sí. De manera adicional esa aspiración está en el otro polo de la pretensión de perpetuidad de las resultantes a partir de las cuales la Ciudad se autoreproduce.

El estallido se hace armado reiterado e hiper-reclusivo cuando al lado de las urgencias de lo singular el síntoma en cambio lo congela, lo paraliza, lo detiene con radical contundencia.

Es cuando en su modalidad más radical se habla de psicosis, y si se recurre a artificios externos se dan entonces las modalidades de lo adictivo (“drogadicciones”) que incluyen evidencias de afirmación psiquiátrica a partir de directas intervenciones (drogas médicas).

SEIS. Sin que se pueda afirmar que el armado mismo de la edificación diagnóstica haya sido beneficiado por ello, ni siquiera remodelado de manera mínima, se deberá reconocer que uno de los puntos donde la oferta etiológica ha sufrido serios replanteamientos -o sea donde no resta más que un inocultable boquete- es en la manera de pensar las perversiones.

Y ello en un doble sentido: en los puntos donde tales armados perversos bordean el tema de la transgresión de la ley (psico o sociopatías) por una parte, y en la forma como el despliegue de lo homosexual ha reaccionado a las clasificatorias, de modo principal psicoanalíticas, por otra.<sup>36</sup> Pero la condición más cuestionada es la demarcación que se sigue haciendo -y que de modo inevitable se seguirá implementando- de los linderos entre lo normal y lo patógeno desde que es a partir de lo normal que se decide el sentido de lo reconocido como mórbido.<sup>37</sup>

SIETE. Rastreando el modelo clínico-diagnóstico que busca dar cuenta de las anormalidades psíquicas la idea de lo enfermo -mantenida por fuera de la versión médica tradicional donde al parecer resulta indiscutible- y desde la apropiación irreflexiva del concepto cuando de las clínicas psicológicas se trata, lo cierto es que ello resulta sólo justificable e inevitable para el caso de la psiquiatría.

Dado pues todo esto, es evidente que la certeza de lo enfermo no puede sostenerse desde el esfuerzo por redondear una clara interpretación de los terrenos que las problemáticas a ese nivel demarcan.

Fuese cual fuere el contexto, el territorio, o las disciplinas desde las cuales un asunto tal se debatiera decir que un comportamiento homosexual es enfermo resulta ser algo en lo cual hoy en día no parece fácil ponerse de acuerdo. Y a partir de allí el recurso, diagnóstico o no, torna menos confiable.

Una cosa es que la persona misma que enfrenta y porta una determinada problemática la juzgue mórbida y otra que desde afuera se la asuma y decida así, incluso sin contar con la aquiescencia de

---

<sup>36</sup> Si bien se ve no es que tampoco el tema haya sido resuelto por otra vía, lo homosexual sigue siéndolo con o sin acuerdo clínico-social.

<sup>37</sup> No que se niegue la objetividad de lo mórbido, es que se carece de una objetividad externa a lo normal supuestamente excluido de allí.

quien en primer lugar la padece. Y dada la condición enajenante que en los extremos lo mórbido comporta, este recurso habituado al ser generalizado sin restricción a nivel de modelos menos tajantes puede resultar excesivo.

Tanto peor aún si el impedimento del portador del drama obliga a ello, pues eso en cambio de resultar demostrativo no hace más que definir las cosas en referencia con irremontables desequilibrios de poder. Qué decir entonces de su verdad, siempre más allá de toda aspiración, de toda periferia personalizante.

OCHO. Y no se trata sólo de una temática (homosexualidad) que hace clara excepción. Con todo lo dicho sobre las drogadicciones, es evidente que allí también acontece igual. Si bien el drogadicto puede llegar a aceptar que vive un infierno ello sólo acaece cuando el sometimiento resulta ser insuperable y en consecuencia no se impone sin embargo por ello el abandono del consumo.

Asunto por demás impensable, de nada valdría que previo a la ingesta por venir, el drogadicto decidiera consultar. De hecho se trata de un impedimento decisivo pues al drogadicto lo define el desborde en un determinado consumo, y no ha de ser una específica estructura la razón que dé justificación a su práctica. Ni siquiera en ese caso se resolvería cuanto aquí se busca hacer visible.

Lo cierto es que ni el drogadicto supone ni nadie asume que si se da consumo de droga se explique ello a partir del reconocimiento inevitable de que quien lo realiza es porque está enfermo, menos aún que el conjunto de los consumidores del mundo por sólo ello de igual forma lo sean<sup>38</sup>.

Y si se trata de lo mórbido -innegable, ahora que los conglomerados se desbordan por rutas donde lo humano (cuestionado de manera radical a partir del despliegue de su propia obra) estalla y se desarticula de modo inocultable, irremediable- es claro que lo enfermo no es apenas un cuerpo o un específico individuo.<sup>39</sup>

Acaso asumiéndolo todo como desarreglo social -y por derivación metafórica, como enfermedad social, como humano enajenamiento, como desafortunada modalidad de lo urbano invasor- podría tener un poco más de sentido una conclusión diagnóstica tal.

NUEVE. De otra parte, un asunto es la explicación de las cosas y otra la urgencia práctica de resolverlas desde una óptica externa a ellas. Una cuestión es la lógica que decide el despliegue de una resultante, otra su aporte u obstaculización a la libre reproducción del modelo de conjunto.

Lo cierto es que si estas contradicciones se anuncian insalvables habrá de ser por cuanto ilustran dimensiones tanto más amplias y hondas de lo humano, registros de los cuales cada quién escasamente puede dar cuenta (si es que logra ilusionarse con ello). Acaso lo normal que juzga siempre al resto parta de esta condición de endeblez insuperable, o sea de la asunción del control de los asuntos desde la apropiación del conjunto, de la selección, de la demarcación de lo humano, por lo demás con no poco arbitrariedad, en tanto -tal cual se asume ser- se impone en cuanto centro indiscutido.<sup>40</sup>

---

<sup>38</sup> Es bien sabido que al respecto el psicoanálisis ha dubitado casi obsesivamente sin lograr apuntalarse con mínima claridad y pertinencia.

<sup>39</sup> Se podría objetar que estos argumentos resultan desactualizados pues son cosas que de tiempo atrás han sido aceptadas por consenso. Tanto peor aún. Pues ¿fueron acaso debatidas sus consecuencias y sus implicaciones? De hecho algo así no hace más que sumar incoherencia.

<sup>40</sup> Resulta al extremo curioso observar cómo en cambio las modalidades psico-patógenas resultan insolidarias entre sí. Y no que se diga con ello de manera adicional que la normalidad -presente en ese listado por contraste- sea por sólo ello registro mórbido, pero se evidencia allí al menos una clave de completamiento que la hace insostenible de manera aislada.

DIEZ. Que incluso desde sus niveles más indomesticados lo singular está detrás de esos impedimentos es algo que en el punto donde va esta reflexión no es el asunto que en primer lugar se imponga demostrar. En cambio, cada vez más visible el enlace entre lo singular y el devenir, impone ser resaltado ahora que desde un sólido y garantizado puntal estético se aspira a consolidar una oferta teórica bastante arriesgada, aunque cada vez más pertinente.

Lo singular se impone pues a partir de la puesta en acto del devenir en tanto este último incide y decide la esfera de lo humano del más contundente de los modos, tanto más aún cuando lo humano para su indispensable despliegue no sólo le hace inevitable contravía al mencionado devenir sino que al tiempo le debe incluir de modo necesario.

Lo que no implica que las neurosis o las denominadas perversiones sean efectos literales de puestas en acto de lo singular, en cambio ellas ilustran el fracaso, el impedimento, la diferencia insalvable que lo humano comporta cuando se pone en frente de todo devenir.

Cualesquiera fueren, los síntomas sí son la escenificación de esas claves de choque donde lo singular -se puede reconocerlo mejor ahora- se congela para asumir el destino otro de lo explosivo (en tanto más retorcido y en cuanto más paradójico).

Y en conclusión, dado lo singular, lo psicótico se oferta como una modalidad suya. Desde entonces, lo normal está excluido con igual contundencia de allí, al menos su condición de evidencia es sólo la resultante que su cobertura genera en quienes se instalan sin más en ese conjunto.

### **III. Las más actuales modalidades de lo mórbido**

#### **Los nuevos rostros de lo edípico**

UNO. En algunas ocasiones, en estos escritos sobre clínica de lo social se ha resaltado cómo el lugar de la madre es social, por ende se altera a partir de los recorridos que la auto-reproducción del modelo de conjunto comporta.

Por principio, al menos en sus niveles más nucleares y constitutivos, la madre es un lugar privilegiado desde que sobre ella se afirmó tal despliegue de lo social<sup>41</sup> (tanto como a su vez aconteciera con la composición familiar resultante que desde allí se impusiera, al darle de tiempo imemorial referencia nuclear).

A nivel tradicional, la madre no sólo fue soporte para lo familiar, incluso -desde una perspectiva más amplia y menos evidente- también para lo social.

Antes que reproducirse de modo directo por esa vía, el lugar de la madre consolidaba allí uno de sus puntales más decisivos en cuanto se refiere a la conservación de esos armados.

Sin embargo, de pronto obligada la madre a hacer caso omiso de su condición decisiva -y así en silencio- hasta entonces principal, aceptando devaluar ese registro de soporte estoico, sacrificado y de todos modos indispensable, asumiéndose desde la reinterpretación de su sitio en la uniformación gris de su función para sumar una renuncia más en beneficio de la reproducción del sistema de conjunto (como si de manera arbitraria, de modo innecesario fuera ello cancelado de entrada por

---

<sup>41</sup> Cf. Otero, J. "La mujer, lo femenino y lo bello".U.S.C.edu.co/Comunicación y Publicidad/Rev. Con(textos). Cali, 2009.

inútil), en fin, anónima en ese conjunto impersonal para el cual nada significa ningún enlace, cualesquier soporte originario, la madre -como los dioses más antiguos- quedó reducida a su más mínima expresión.

Las implicaciones no se hicieron esperar, y quien quiera que desease responder por los mayores desajustes de la actual resultante de conjunto no podría ignorar esta clave necesaria, pues nada más nocivo que un lugar decisivo al cual se le cancela sin prever consecuencias.

DOS. Por eso mismo resulta tanto más válido afirmar la inversa, o sea que lo familiar y lo social soportan como una constante indiscutible el lugar de la madre (de otro modo insostenible e inocuo), sólo entonces se podrá entender la forma como su alteridad contemporánea modifica y decide muchas de las más sorprendentes emergencias del malestar contemporáneo.

Circunstancia siempre marginal en el orden de lo laboral, dedicada como había estado a la crianza de los hijos -y en general- al sostenimiento de la institución matrimonial, desde un lugar restringido y al tiempo prioritario, improductivo a nivel económico aunque indispensable para el registro de lo social, la madre sufrió ese repliegue inocultable y por todo ello, mientras la condición materna resultó tanto más silenciada y reclusa -cuando no reconocido como verdadero obstáculo- el registro de la mujer pasó a dominar y a ser reconocido.

En efecto, una vez la condición materna cambió, irrumpió en consecuencia la forma-mujer como prioridad frente al convencional modelo envolvente.

Desde entonces, no sólo tornó la madre tanto más subordinada y secundaria, resultó cancelada en más de una ocasión.

TRES. ¿Por qué así?

Ello no fue algo arbitrario ni segundo. Las urgencias reproductivas del capitalismo promovieron en su momento la apertura de lo laboral, ampliaron su espectro, y dieron abierto paso al empleo de la mano de obra femenina, generando de esa forma una competitividad imprevista y dando paso a fenómenos inocultables (de los cuales pueden dar fé los análisis económicos, que al respecto no tendrían por qué faltar).<sup>42</sup>

Lo cierto es que por sólo ello, como una, entre muchas posibles consecuencias, a nivel global y de manera irreversible, la función-mujer resultó siendo asumida como dominante, en contraposición con la función-madre justo en el punto decisivo donde lo máquico apuntaló con toda contundencia su predominio.

El despliegue de lo tecnológico decidió esto que hasta ahora aparecía aquí como despliegue inusitado, desde el mero registro de lo humano. Y la generalización de las consecuencias terroristas que de todo ello de modo inapelable se deriva, no tendría por qué atribuirse a la refutación del lugar principal de la madre, pues es su consecuencia (aunque esa condición no podría tampoco ignorarse a nivel del sentido que asumen tales resultantes).

CUATRO. Sin duda, apelar desde entonces a la armazón edípica -al menos en la forma como Freud la empleó- torna por sólo ello anacrónico.

¿Se deduce que Edipo ya no va?

Sin duda no.

---

<sup>42</sup> Que no fuera esta la primera vez que la mujer vendió masivamente su fuerza de trabajo no podría por supuesto ser refutado, pero el desmonte del lugar materno -que calificara entonces a las clases más populares- nunca como ahora cubrió al conjunto mismo de la población.

Se trata en cambio de que Edipo<sup>43</sup> -como el propio Dionisos- se ha metamorfoseado de manera contundente. Y consiste también, en que lo edípico ha vuelto a tornar modalidad inconsciente luego de un desgaste a nivel de periferia donde (después de su desproporcionado desgaste ideológico-terapéutico) se le creyó agotado y remontado.

Edipo, en cambio -punto en el cual, dada su importancia irreductible, la estética formal de lo edípico siempre se sostuvo- se ha regado por el mundo y de hecho, a nivel periférico marca de un modo menos personalizado y empírico, pero sin duda tanto más contundente. Lo edípico –estética versión generalizada y abstrata del viejo Edipo freudiano- graba como consumo cuando de la forma materna se trata y -aún más- a partir de allí signa como amamantamiento de masa sumando la ingesta colectiva de modelos de autoridad (visibles o virtuales), cuestionados siempre a nivel terrorista, de manera sumisa obedecidos (de un modo no menos terrorista también).

La dependencia frente a lo edípico se ha extendido más allá de la primera infancia, y en su involucencia ha tornado máquica.

Las claves adictivas tan generalizadas se apuntalan desde esa condición determinante.

El capitalismo ha resaltado esa condición dual. Incluso, aspirando a una extraña suplencia, cabría presuponerle al capitalismo, si bien no una pose maternal en tanto tal sí el reconocimiento de que ha tornado sobre-protector y abandonico de una parte, y como una suerte de extraña “madre fálica” masculino-apabullante y reclusivo, de otra (por pura paradójica, en la medida en que, en efecto, el padre resulta tanto más desdibujado).

Lo normal comporta ahora esas consecuencias odiosas por lo general, y si es que no se quiere mirar para adentro, visible en el primer hijo de vecino (de todos modos es ello en cualquier lado evidenciable con gran facilidad).

CINCO. Sin embargo, el tema del padre resulta aún más grave en consecuencias pues el desmoronamiento de sus soportes ofrece una resultante tanto más calamitosa.

De entrada, cuando el enlace entre lo familiar y lo social se asume como evidente, el padre es el complemento indispensable para que lo social encuentre fundamento armónico (allí pastó Freud por mucho rato). Una vez esos hilos se rompen el modelo se disgrega hasta lo impredecible (de hecho en la actualidad la autoridad -de todo orden- naufraga en pos de formalizaciones tan esquivas como indispensables).

El padre no es la ley pero su lugar integra lo infantil a ella, la pone en marcha en cada quien y -desde una reciprocidad incómoda al tiempo que inabandonable- le imprime una marca decisiva.

Por todo esto, si además el padre falta, los modelos de poder y de autoridad adquieren una primariedad de engorrosa asimilación. Se desactivan claves que daban a la obediencia recorrido fácil pero que comportan ahora engorrosos sometimientos (más por compensación que por clara eficacia). Por todo lo cual, no ha de ser difícil que a falta de esa habitual mediación se imponga de manera generalizada una sumisión hipnoide.

---

<sup>43</sup> Ya ha sido subrayado en otros documentos clínicos de lo social que si en algún lado es estética la propuesta psicoanalítica es en este punto donde Edipo resulta nuclear y decisivo. Sólo que ha de ser a nivel de lo teórico donde resulta siendo prioritario y definitorio como referencia mítica y/o literaria. Otra cosa es su inversión clínico-aplicativa que lo oferta cada vez más como mero lugar común y a partir de allí efecto generalizado y subordinado a lo social y a su domesticamiento.

Despersonalizar a Edipo y recuperarlo en lo neutro-estético (lo edípico, forma neutra en efecto a partir de donde lo estético por lo general conceptualiza) comporta -entre otras cosas- precisar las implicaciones de tales inversiones y reinterpretaciones.

Si se suma a ello la alteración de los lugares que ocupan las más decisivas formas de lo humano en el modelo social de conjunto, la posición del padre resulta cuestionada por partida doble, y tanto más trastocada y trastocada.<sup>44</sup>

SEIS. ¿Qué hace entonces que el modelo de conjunto no naufrague?

Lo estético (y ello -antes de respuesta- enigma). Lo estético sigue siéndolo por el sólo empírico hecho de que se continúe dando resultante, pero cuando la armónica renovación de las formas resulta ausente, se trata de una condena recluyente.

Dicho todo de un modo menos etéreo: como las formas no pueden faltar en las resultantes es a partir de allí cómo se sigue apuntalando el capitalismo. Y con eso, todo lo demás (en consecuencia, cuanto de mórbido se pueda extraer de allí).

Las armazones patógenas penden de esta deformación, o al menos deberán resultar calificadas por esto.

Visto todo de esa manera, al menos las condiciones de lo edípico imponen renovaciones indispensables, si es que no se desea copiar de modo literal ese impedimento chocheante del capitalismo senil (así a cada paso pose de eterno e inalterable).

SIETE. El nuevo Edipo ya no es ni hijo ni rey, ha perdido -si se quiere- toda aspiración personalizante. Tornando abstracto -y de modo renovado- clandestino, lo edípico nombra mejor ahora tal registro.

En el juego de escenificaciones de lo contemporáneo, las nuevas claves de lo edípico comportan escenarios diversos decididos en referencia con la prelación del registro de masa. Y esto, desde las informes aspiraciones nostálgicas de recuperación de un origen cada vez más inasible.

Lo edípico, dado el despliegue desbordante de las resultantes todas, a partir de los esfuerzos por sostener delimitaciones tanto más incapturables, estalla o se apoltrona implosivo (en ambos casos, de una manera tan radical como arbitraria).

Más al fondo de todo ello sin embargo, Edipo -renacido por lo edípico- rompe con lo edípico, se escinde y se rebela contra el llamado asesino e incestuoso, en la medida en que se dan -en ambos

---

<sup>44</sup> Claro, no es igual el padre, Dios, el Nombre del Padre, el Otro, el lugar paterno, el padre real, imaginario o simbólico, en fin, hasta el empírico papá de cada quién, o la singular e intransferible invención divina schreberiana. Tampoco el lugar del significante y el lugar desde el cual se instaura la ley han de superponerse sobre un mismo punto mítico y en realidad incapturable. Es por todo ello que nos hemos preguntado antes: ¿cómo entender que “forcluido el Nombre del Padre” no se derive hacia cualquier cosa diversa de la alternativa psicótica, por ejemplo, el asesinato o cualquier transgresora modalidad expresa sobre lo social. Sólo la opción de lo terrorista -o bien explosiva, o en cambio implosiva- podría dar cuenta de la especificidad de estos destinos inocultables.

Hay siempre un más allá del lenguaje, incluida en ello la emergencia psicótica. Y así el lenguaje termine formalizando toda ley, la ley da cuenta primero del lenguaje. Es por ello que su transgresión delata que existe una puesta en acto de la escenificación que no es apenas suplemento, que se coloca en un punto re-inaugural donde llama a la palabra y de modo inevitable la somete y subordina.

Acontece sí, que de tanto creerlo todo pegado de la persona, se olviden registros donde es en realidad el devenir cuanto, pasando por lo humano más indefenso lo desarticula. Como una culebra que se devora a sí misma por la cola, a partir de una paradigmática dimensión que realiza de modo deslumbrante lo singular, allí lo estético arma extrema singularidad y estalla en sostenida y delirante irrupción cosmico-psicológica.

En fin, es contando con esas contaminadas emergencias que el terror empieza a resonar sobre el silencio y el lenguaje, hace de lo sonoro lo-más-allá-de-la-banda, y consolida el paisaje interior como reposición actual y periférica de imposibles estallidos (tan originarios como ficticios).

sentidos- estallidos ingobernables. No ha de faltar el punto donde a su vez, al sucumbir al destino de masa que ahora le subtiende, Edipo termine obedeciendo.

Pues bien, como fuese, lo edípico suelto empieza a explotar en ambas direcciones y -según se trate de uno u otro asunto- Edipo<sup>45</sup> no procede de igual modo.

OCHO. Lo incestuoso se ha generalizado del lado social -y de modo adicional al familiar- no tanto porque lo social lo demande, es porque han emergido otros ordenamientos aún más tiránicos que imponen renovaciones decisivas en los hábitos de intercambio (incluidos los sexuales).

Por ejemplo, a partir de claves renovadas, el sida ha realizado un reordenamiento de lo sexual. Y es que a su vez, lo sexual es algo que -en lo fundamental- está siendo ofrecido para que se consuma. Lo sexual debe cumplir por ello con demarcaciones de control que lo transforman y de manera efectiva le redefinen desde reunificaciones de autoconservación, masivas, tecnológicas, terroristas.<sup>46</sup>

Si el modelo antiguo sobrevive, lo hace ya sin raíces ni apuntalamientos firmes y visibles. Ello podría derrumbarse en cualquier momento y -más allá de todo escándalo- nada sufriría mayores desacomodos, como no fuesen esos mismos trasfondos raizales (en relación, al menos, con la autoreproducción del modelo social).

Si ello acontece, es además porque la paradoja que impone el despliegue irrefrenable de lo terrorista, obliga a un empantanamiento de las formas que estarían llamadas a ceder paso a otros modelos más renovados y ajustados a condiciones diferenciales apremiantes e indiscutibles (las cuales, en los modelos sociales contemporáneos, a pesar de todo deciden las irrupciones de las resultantes).

A medida que el terrorismo se permite más licencias por las rutas del acto salvaje y del ejercicio irrestricto del poder (apenas controlado en el despliegue de sus excesos) la apelada sociedad civil se limita más, y asume compensatorios esfuerzos de reequilibrio (los cuales en verdad no hacen más que propiciar un desacomodo mayor, una más rápida generalización del tono terrorista).

NUEVE. El incesto -social, además de familiar- es más del orden del vínculo que de la relación personalizada. Tal clave de unificación masificante, se suma al predominio del modelo de base. Sin desaparecer por ello las columnas de lo familiar, esta modalidad envolvente anuncia ruinas y malformaciones de imprevisibles consecuencias, así se le siga de manera ciega e hipnoide y sin tener

---

<sup>45</sup> Edipo no es la persona de Edipo, por supuesto. Edipo ahora es la distancia de lo edípico contemporáneo con el Edipo freudiano, y con el propio Edipo de la tragedia de Sófocles. Se pueden escenificar acercamientos constantes y masivos de ese registro que Edipo nombra y demarca, por la vía de un incesto -ahora consumista- y de un parricidio recompuesto a cada paso en el juego de escenificaciones del poder, donde los recursos se desdoblan, se mutan, se disfrazan, se camuflan, se silencian, se multiplican, sólo para dar más contundente permanencia, recorrido y opción reproductiva, a lo autoritario. O bien -más abstracta, pero no menos decisivamente- para hacer visible a nivel de la realidad, la impedida presencia de la ficción. Demostración esta de que lo estético represado halla, de un modo u otro, emergencias que le redescubren desde su inapelable prelación.

La verdad es que Edipo, más que una leyenda, es la ficción decidiendo la emergencia y el recorrido del artefacto psíquico. Asunto tanto más visible desde que Freud optara por ese literario recurso, buscando dar nombre al núcleo de base que perpetúa la dimensión dinámica del inconsciente.

La condición terrorista de la ficción superpuesta sobre la realidad, delata hasta qué punto Edipo -visto así- es tanto más decisivo en la actualidad que entonces. Más allá de la anécdota, lo edípico se arma como registro, remontando al personaje Edipo, y a título de renovado puntal de referencia para el plural despliegue de lo humano.

<sup>46</sup> En efecto, el uso del preservativo impone una mediación tecnológica inocultable, y el encuentro erótico soporta la sombra del terror y la amenaza del contagio, allí donde -supuesta, desprevenidamente- se trataba del máximo de intimidad y de confianza. Lo social tánático invade los registros de lo más privado y personal, tanto más aún, cuando se trata de arriesgarse al directo ejercicio de la paternidad.

la más mínima idea a propósito del sentido y las razones que deciden su perpetuación. Como fuere, resulta indudable que desde el empuje de esas fuerzas subterráneas se empiezan a reapuntalar formas supuestamente renovantes. Formas éstas a partir de las cuales es cada vez más visible esa condición vincular que hace del incesto marca de masa. Modelo de rebaño que uniforma y hermana a los humanos y -en referencia con el ensamble ordenado y condicionado.- da paso a dominantes alternativas máquicas.

Lo prohibido es salirse, abandonar las formas perpetuadas. Lo castigado es la creación de formas humanas, indispensables para recuperar los espacios cedidos al imperio de la robótica. Y -fuere el que fuere- el incesto hoy se parece más a la hipnótica dependencia del artefacto que a la aspiración sexual de refundición en la matriz fundante.

Sin embargo, llegado el momento, pareciera que nada importa en la medida en que todo -pase cuanto pase- sigue dándose de forma indiscriminada.

DIEZ. Las claves del asesinato no son menos masivas ni primarias. El mapa de la transgresión ha sido alterado de modo inapelable, irreversible. Si en clínica resulta insostenible mantener el criterio de personalización que decide y localiza las patologías (el cual hace de cada emergencia mórbida clave individualizada) el asunto del delito sí que resulta más inaprensible.

Cuando de la transgresión se trata, la escisión entre persona y masa se ha venido incrementando al punto de cuestionar todo derecho en sus más vigorosos cimientos (pues la instancia de masa se exagera pero no pasa por una inclusión jurídica que dé real cuenta de ello). Es esta una trampa de ley a la cual no se atiende, pues de hacerselo, no se conseguiría más que resaltar el abismo que estrecha y rodea cada vez más.

Siempre la culpa y el castigo recayeron sobre individuos cuando se imponía aplicar la ley. Ahora que el terrorismo intensifica lo arbitrario en pos del ejercicio controlado de formas de poder, que él mismo entroniza, justicia y ley, moral y ética, resultan ya injuntables.

ONCE. La sólo explicitación del mito parricida hizo acto de la ausencia, y sacó a flote todo soporte de ficción. Sin un padre prototipo en quien creer, que soporte el lugar de la autoridad, los modelos estallan. Y, dado ello, en cuanto torna tanto más urgente recuperar el control de los procesos. En cambio de ello, de forma mórbida, inoperante, insostenible, se reponen los efectos generados a partir de incrementadas crisis (casi podría afirmarse que la crisis arma continuidad y, por pura paradoja, resulta siendo ahora el más cercano retrato que lo normal permite).

Una suerte de esquizofrenia de la aplicación invade los estrados, superpone las inocuas e inagotables reformas jurídicas, ahoga los empeños ordenadores y equilibrantes. La condición mórbida ha reventado los límites de la culpabilidad personal, y viene creciendo de manera masiva, envolviéndolo todo y haciendo cada vez menos posible la opción de verdaderas salidas, de reales soluciones<sup>47</sup>. Frente a ello no resta cosa diferente a la compensatoria exacerbación de lo más represivo, o la impotencia creciente que impone reconocer un déficit irremontable, frente a las modalidades múltiples de transgresión. Nadie pareciera dispuesto a reconocer allí -menos a asumir las

---

<sup>47</sup> Las estructuras psicopatológicas asumen dimensiones generalizadas desde la inflación de la instancia de masa. La depresión es ahora masiva, por ejemplo. Ha de ser por ello que torna posible a cada quien pasar de un registro mórbido a otro, sin aparente fórmula de transición. Hasta en lo sexual -también masificado- se puede ir de lo heterosexual a lo homosexual, de modo indistinto, haciendo caso omiso de supuestas e irremontables alianzas estructurales. No ha de extrañar entonces, que al enfrentarse a la crisis social masificada se apele de nuevo -como en un círculo regresivo- a la culpa personal para castigar a partir de allí cuanto es en realidad irremediable a nivel social.



implicaciones del desgaste formal de conjunto- la estabilización congelante en modelos gastados, agotados, aunque no por ello menos insuperables.

DOCE. Y las opciones religiosas compensatorias, alternativas, no arman más que sintomáticas estabilizaciones. Tan sólo la fe en el progreso de lo tecnológico parece mantener y recuperar, perpetuar y sostener, el modelo de conjunto. Así, frente a las perspectivas de este discurrir, se resulte siendo ciego (en lo edípico más personal y en lo colectivo que malforma lo edípico para hacerlo tanto más envolvente).

A partir de allí ese aplazamiento que la fe en lo tecnológico sostiene es, por lo menos, posible aún.

Y, claro, a cambio de nuevas emergencias -de modo suficiente contundentes como para derribarles- se impone la perpetuación de modelos -agotados pero mantenidos- que insisten de manera agónica en desplegar esa paradoja indiscutible, que da endebles en el armado de lo particular e impone en cambio la sólida constancia del conjunto. En efecto, este último sigue su marcha sin parecer implicado de forma mínima, a tal punto que -mirado todo desde allí- el resto parece mera exageración, producto mismo de versiones mórbidas (por tanto deleznable)<sup>48</sup>.

Sólo que nadie sabe hacia dónde conduce ese rodar incontenible, sin mayores cuestionamientos apelado progreso. Lo cierto es que -de no ser porque pareciera la explicitación psicótica de una colectiva (y forcluída al tiempo) fantasía de fin de mundo- con suficiente valentía y seguridad argumental, a título conclusivo, cabría arriesgarse a reconocer que los ciegos golpes -imprevistos y arbitrarios pero objetivos e innegables- son cada vez más certeros, más demoledores, más inesperados y arbitrarios, menos controlables. Como si la especie marchara de consuno hacia un suicidio masivo -lento hasta parecer ausente- de hecho indetenible y con inmensa dificultad -para no hablar de imposibilidad- evadible (pues lo cierto es que si se trata de una fantasía -así fuere globalmente compartida- si bien su efecto resulta inapelable, con evidentes y graves consecuencias, nada garantiza su plena realización).<sup>49</sup>

## ESTÉTICA DE LA SOMBRA

### IV. Relectura del caso Screeber

---

<sup>48</sup> Sin duda de manera forclusiva, siempre una franja que aspira a eternizarse en lo normal permanece ajena al deterioro de conjunto, Como es ella más poderosa y dominante parece que su versión fuera única y valedera. Por supuesto, lo social se aferra de allí para garantizarse la certeza de su perpetuidad.

De otra parte, los cuestionamientos frente a estas posiciones defensivas -al menos para este modelo de reflexión- surgen desde un reconocimiento que a pesar de asumir lo estético no invalida lo clínico (antes bien lo promociona). El énfasis en estas dimensiones -contrapuestas, inocultables, y no menos presentes- hace que todo parezca como mirado a través de una lupa (que es como se impuso siempre que se implementó esta particular metodología clínico-estética donde lo inconsciente, en cuanto autónomo despliegue del devenir en lo figural, nunca puede faltar).

<sup>49</sup> Se indagará con sorna: ¿es esto estética de la luz?

Lo cierto es que lo estético no es promoción de nada que sea del orden de lo valorativo (lo positivo, etc.). Se trata sí de la iluminación que la visión de lo contemporáneo permite y -¿qué se va a hacer?- es este el reflejo que desde allí se capta.

## Introducción

UNO. Convendría intentar una relativización de lo afirmado al final de la anterior reflexión pues si bien es válido no hace por ello más claro su desenlace en el cercano y/o distante futuro.

No es al menos la pretensión de este texto abogar por un recurso apocalíptico sin contar apenas con mínimas posibilidades demostrativas.

Pero si ambas cuestiones -una que asume con todo optimismo el futuro como descifrable de manera paulatina, otra que de modo inapelable y progresivo lo reconoce como imprevisible- son válidas a pesar de contrapuestas ¿cuál es la clave que las resuelve del lado de una síntesis factible?<sup>50</sup>

Antes de todo, se debieran ubicar las cosas lo más distante posible de cuanto hasta ahora se ha venido desplegando aquí.

Por encima de cuanto se pueda decir y objetar a Oswald Spengler (que no deberá ser mucho pues -así se hubiera entrevistado en dos ocasiones con Hitler- fue capaz de oponerse sin restricción a las ofertas nazis). Aún así, de manera independiente de los deslices o aciertos políticos de este autor<sup>51</sup> importan aquí sus argumentos teóricos, sobre todo en la medida en que aspiran a iluminarse desde el aporte de Goethe, esteta por excelencia.<sup>52</sup>

DOS. Oswald Spengler en su libro “La decadencia en Occidente”<sup>53</sup> trae una distinción que resulta de gran pertinencia y lucidez. Se trata de la contraposición que atraviesa la totalidad de una formulación abigarrada y erudita, y que en esa obra se establece como diferencia entre cultura y civilización.

Para este autor la cultura no es una, como sí resulta serlo en cambio para Freud. Según Spengler existen al menos la cultura antigua de los griegos, la cultura china, la cultura mágica de los árabes, la cultura india, la cultura egipcia, las culturas maya y azteca, sin agotarse en ese solo listado plurales modalidades de cultura, mixtas o de menor influjo.

---

<sup>50</sup> La verdad es que a esa minoría optimista -que vistas las cosas al nivel más empírico pensable se asume como normal- la sigue de manera acrítica la inmensa masa del resto de los humanos, contagiada de normalidad por sólo ello. Minoría mayoritaria entonces, que a partir de allí comanda y se apropia del proceso en su conjunto. Pase cuanto acontezca, lo normal logra por todo ello perpetuarse e imponer de modo progresivo sus criterios, y -siendo esto así desde los más remotos tiempos- su actual condición de evidencia delata por sí sola que esa consolidación no es ni mucho menos deleznable. Resulta sin duda asunto necesario, al menos para que acontezca así y de ese modo se sostenga.

<sup>51</sup> Más que de un autor y de sus posiciones políticas se trata de un texto donde de modo excepcional no sólo el tema del terror se asume con pertinente validez.

Ahora bien: ¿cómo no dejar constancia de estos antecedentes argumentales sin correr el riesgo de ser al tiempo censurado por ello?

Lo cierto es que el terrorismo -de modo tradicional reconocido como prioritario asunto subversivo y por ende apuntalado desde el discurrir de las izquierdas- se evidencia en cambio en referencia creciente con el discurrir de modelos de ultra-derecha tanto o más arbitrarios. Al punto de poderse decir que en relación con el futuro incierto, si algo está anunciado es que en cuanto a terrorismos se refiere, han de consistir éstos en el despliegue progresivo de tales modalidades retrógradas. En efecto, desde ya, el emergente tono político-religioso, hiper-moral, se declina cada vez más por la vía de la ultra-derecha (fundamentalismos), lo cual -si bien se ve- armoniza de más fácil manera con la lógica de base del terrorismo mismo y con las alternativas de implementación de su creciente poder y dominación, delatando hasta dónde estaban de antemano viciadas las ofertas políticas de las izquierdas en tanto supuestos revolucionarios.

<sup>52</sup> Debe reconocerse que existe un desequilibrio manifiesto cuando se comparan los dos libros que comprenden esa obra. El primero de ellos -más teórico y coherente y menos arrisgado en su aspiración de cobertura aplicativa- hubiera sido suficiente. Sin duda alguna el destino de tal obra hubiera sido muy distinto de haberse interrumpido su autor allí.

<sup>53</sup> Spengler, O, “La decadencia en Occidente”. Espasa-Calpe, S.A., Ed. Madrid, 1998.

De un modo u otro, al final irrumpe la cultura fáustica contemporánea.

Las civilizaciones suceden a esos despliegues inaugurales, resultan de entrada decadentes y de manera progresiva precarias en creatividad y sentido profundo, más bien parasitan de aquellas de las cuales son directas herederas, emergen de ellas (las culturas propiamente dichas) en tanto estas últimas agonizan y sucumben de modo irremediable.

Las civilizaciones no sólo se apoyan sobre la agonía de las culturas en tanto tales, incluso para acentuar las claves orgánicas goethianas que las soportan, la idea puede ir más allá: las culturas son verdaderos organismos que por ende nacen, se desarrollan y mueren, mientras las civilizaciones son como sus cadáveres. Éstas -desde las primeras- siguen aún sostenidas en viejas y agotadas formas, apuntaladas de manera precaria por el calor vital que aún no acierta a abandonarles, carentes de una fuente central -autónoma, independiente, propia- que les reanime y reactúalice. Las civilizaciones, en síntesis, parasitan de las culturas y son por ello de modo inapelable, modelos decadentes.

Vivir al interior de una civilización es asumirse dentro de un contexto regresivo, pues dado que las civilizaciones son la última fase de las culturas que así desaparecen -formas masivas y envolventes que están sucumbiendo para dar paso con gran esfuerzo y desde la más radical oposición a formalizaciones nuevas y tanto más vigorosas- resulta difícil que exista un puntal allí para armar verdadero y envolvente proyecto a futuro, al menos contando con reales opciones de consolidación.

TRES. Sin embargo, y así no lo explicita Spengler, la denominada civilización fáustica comporta características peculiares que la contraponen con el resto de civilizaciones y culturas.

No basta ya con el mero discurrir histórico para dar cuenta de esta última emergencia que se denomina civilización contemporánea, heredera es cierto de la cultura fáustica, pero dueña de despliegues que le asignan una condición de perpetuación y de imprevisible poder.<sup>54</sup>

Al menos, mientras se está siendo arrastrado y producido a partir de allí, es difícil pensar en las nuevas alternativas culturales que vendrán a suplantar a un modelo tal.

De otra parte, con el mero recurso historicista spengleriano no se consigue reconocer las asimilaciones, que del resto de culturas esta última civilización realiza.

Por lo demás, una cosa es el abordaje y análisis de un modelo consolidado a plenitud en la historia y -en la medida en que se da por sentado un recorrido previsible y reiterativo- otro asunto ha de ser pretender adelantarse en el tiempo, a partir de suposiciones tanto más arriesgadas.

No ha de sorprender entonces, que aunque Spengler no deja de intuir de algún modo esto, lo cierto es que no consigue dar cuenta de las cosas de un modo tan certero como de hecho lo logra cuando se trata de procesos agotados, fijados en la historia.

CUATRO. Más bien Spengler se confunde allí y en buena parte es a ello que obedecen sus más evidentes desaciertos. De hecho -allí donde la sana lógica debiera haberle impuesto más contención y mesura- este error ha llevado a Spengler a terminar agenciando de profeta. En efecto, en su afán de redondear sus planteamientos -distorsionados a partir de un determinado punto y cada vez más distantes de la versión iluminadora goethiana- se aventura a pronósticos que muy pronto resultan remontados por la contundencia de los hechos, y en su pretensión de adelantar previsiones desde la certeza casi absoluta -por poco delirante- que de forma progresiva asume, termina refutando

---

<sup>54</sup> No por nada, cuando de la versión fáustica se trata, ya está -si no contaminada sí desdibujada con vigor- la franja que separa la cultura de la civilización. Y cabe preguntarse hasta dónde el despliegue y predominio tecnológico-terrorista no consolida una mera forma de combinar tales -hasta entonces- pertinentes complementaciones.

planteamientos y desarrollos iniciales (los cuales vistos por fuera de esas suposiciones devienen, no solo válidos, sino pletóricos de brillantez).<sup>55</sup>

Por supuesto, y como quedara expresado de entrada, aquí no interesa concentrarse en estos seguimientos ni menos -a pesar de su llamativa oferta- intentar readecuaciones a tal propuesta. Sólo se trae a cuento este asunto porque la contraposición mencionada entre cultura y civilización puede propiciar la relativización que se busca al intentar diagnosticar las circunstancias actuales, por lo demás, desde una óptica bastante precisa (o sea, la contemporánea condición mental y sus variaciones).

CINCO. Si se piensa dentro de este paso que lleva de la cultura a la civilización y se reconoce el mundo actual definido a partir de esa segunda dimensión, sin duda torna más comprensible cuanto en la actualidad viene aconteciendo al modelo de conjunto. Lo cual no comporta que de modo necesario se esté ante la inminencia del fin del mundo ni cosa semejante. No hay razón para no suponer -o sea como mera posibilidad, en realidad irremontable, si se le espera del lado de una mínima certeza- que la civilización derivada de la agonía de la cultura fáustica viene cediendo frente a una nueva emergencia cultural, y que los tiempos presentes agencian de intermediarios entre una y otra (así la primera nos pareciera eternizarse a partir de la implementación de poderes imprevisibles). Más aún, en la medida en que el despliegue de lo humano se efectúa, nuevas e incalculables circunstancias irrumpen haciendo que el futuro resulte de manera inevitable incierto y -con dificultad- previsible.

En efecto, una de las modalidades de terror -decisiva de lo humano- subtiende detrás del irreductible, incierto futuro. Cabe señalar esa torsión como dominante defensa actual, que en cambio de la habitual aspiración de cobertura sobre los orígenes incapturables e inllevables, conduce a la urgencia de dar cuenta de cuanto resulta aún pendiente y tanto más imprevisible (Spengler es ya una ilustración de esto).

Reconocer las claves generales de escenificación que surgen a partir de allí, permite y comporta replanteamientos indispensables, en referencia con modalidades tanto más específicas (como de hecho resultan serlo las organizaciones tradicionales que rigen el manejo de lo psico-patógeno).

---

<sup>55</sup> Su posición frente al hombre de acción -y en demérito del pensador- sería inadmisibles y sólo sostenible en referencia con su versión simplificante de las clases sociales, de no ser porque del modo más contundente ha terminado por imponerse su idealización de la nobleza (pensada como la única clase de verdad), y su selectivismo en referencia con el tema de las razas resulta antagónico con su inicial aspiración envolvente y objetiva de la historia.

Lo cierto es que Spengler no se deja leer de modo lineal, pues su pensamiento resulta plural, complejo y contradictorio, fruto en buena parte de los tiempos que le tocara enfrentar.

Algunos autores se pierden cuando abandonan el puntal de base que les guía y desde el cual sus planteamientos resultan válidos y contundentes, Así acontece a Spengler cuando se olvida de Goethe y -demasiado seguro de sí- empieza, entre otras cosas, a competir de manera burda con Nietzsche.

En realidad, no sólo Spengler fue tomado por asalto, a partir de acontecimientos imprevisibles (nacional-socialismo). Es larga la lista de autores que padecieron igual destino, delantando con ello que en referencia con el futuro es más fácil sintomatizarlo que preverlo con lucidez y pertinencia.

Si se cuestionara esta reflexión por zaherir en otros cuanto -al asumir las cosas desde adentro- se implementa sin restricción, valga el momento para replicarlo: las anteriores y recientes previsiones sobre el terrorismo se apoyan más en el discurrir y en la lógica de esos trasfondos -hasta ahora evidenciados por su específico despliegue- antes que debido a una pretensión de previsoría lucidez en referencia con un futuro, que por encima de todo ha sido reconocido como incierto por definición -y por complejo, incapturable-, aunque dando ya señales claras de desplome y gracias a ello anunciándose sombrío y poco esperanzador.

SEIS. Sin mayores riesgos -si se la apremia y a pesar de señalamientos previos- la clínica de lo social podría incluso intentar reformulaciones sobre la distinción de Spengler entre civilización y cultura, a la luz de la oferta de formalización que son las resultantes decididas desde matrices más vastas y envolventes. De hecho, reconocidas apenas como variantes formales y sin forzarles de manera desbordada a ingresar en el arriesgado y excesivo lugar de organizaciones vitales<sup>56</sup> las culturas expresan el despliegue vigoroso de variantes, en cuanto formalizaciones inestrenadas y nuevas. Las civilizaciones en cambio, ponen en acto el desgaste y agotamiento de esas envolventes modalidades al tiempo que de modo sintomático preludian renovadas emergencias.<sup>57</sup>

Pues bien, si algo resulta sorprendente cuando de las organizaciones mentales se trata -tanto más si son éstas las de más dramática y extrema condición- es la posibilidad de adelantarse al futuro (por pura paradoja, en la medida en que lo desconocen de manera radical). Y no porque exista allí nada mágico ni milagroso, es porque reponen -desde el despliegue de la peculiaridad de los síntomas- los más decisivos impedimentos en el modelo de conjunto.

Antes de exclusión en una reclusión particular e incompartible, el denominado enfermo mental expresa y encarna del modo más desgarrante, el malestar que el colectivo se niega a asumir. Sólo que a diferencia del artista, el enfermo mental no encuentra otra forma de expresión distinta que su propio padecimiento (como una especie de performance, presentido e incorporado de manera bizarra)<sup>58</sup>. Por ende, dado performance artístico en ejercicio, la demencia ya no puede estar ocupando el mismo sitio. La locura delata la pérdida del norte que califica, a partir de un determinado momento, al arte y -como el arte- se adelanta a su época (aunque debe reconocérselo, en contraste con éste, también padeciendo de modo desgarrante un destino adicional de corte enajenante).

SIETE. Piénsese en cuánto de esto existe, por decir algo, en el caso Schreber, que si bien se ve refuta la linealidad que lleva en retrospectiva desde el drama de lo neurótico hasta la radicalidad de lo perverso y de allí hasta los fondos insondables de las psicosis.

El caso Schreber no admite reducirse a una situación donde se trata apenas de un psicótico que se defiende así de sus vigorosos impulsos homosexuales.<sup>59</sup>

A partir de un determinado punto -y si se busca encuadrar el sentido de los asuntos en referencia con develamientos generales desde los cuales se apuntalan conclusiones previas al abordaje de la cuestión misma- el modelo interpretativo estalla.

No sólo asumir que la psicosis defiende de la homosexualidad (cuando al revés, según se trate de esta o aquella situación, con similar o aún mayor convicción se estila decir otro tanto). O -de un

---

<sup>56</sup> Sería más certero reconocerles como encarnadas en el complejo y abigarrado tejido que arma la multiplicidad de sus modalidades.

<sup>57</sup> Habrá de reconocerse que el modelo cultura-civilización desde una determinada perspectiva comporta la condición de excepción que le hace forma envolvente en tanto encarna, en cuanto genera, modalidad máquica. Más que forma viva es efecto de ella, sin que por esto se puede decir que surja como resultado a posteriori y desde cada quien (o cosa semejante). Su cobertura remonta todo sometimiento y consolida modalidad autónoma de tiránica aspiración auto-reproductiva. Obra-atmósfera que, en y desde el tiempo, subordina las humanas resultantes y les decide de manera progresiva e inevitable.

<sup>58</sup> Ahora, cuando hasta la locura, por sobre todo, se consume y se la puede reponer como asunto máquico. Para ilustrarlo, piénsese apenas en esas habituales consolidaciones que resultan ser las drogadicciones (modalidades de contaminación máquica donde lo clínico pugna con toda radicalidad con lo estético, al tiempo que lo repone del más artificioso de los modos).

<sup>59</sup> A menudo los psicoanalistas asimilan lo homosexual con su más radical impedimento (así como se llama "paciente" a quien nunca lo fuera: Schreber para Freud).

modo tanto más contradictorio- seguir pretendiendo que es la lineal sucesión (cronológica o lógica) cuanto decide la extrema (o restringida) gravedad de una resultante patógena. Que -en consecuencia- la supuesta regresión es a niveles más tardíos (o más tempranos), en referencia con los primeros años de existencia, o con las más primordiales estructuraciones (y, a partir de ello, en proporción directa con la radicalidad de tales involuciones, y contando con la evidente primariedad de los síntomas).<sup>60</sup>

OCHO. En cambio, como un ciego visionario, como alguien impedido para soportar la expresión de formas que lo sobrepasan -desde que anuncian alternativas aún pendientes de lo humano- esta suerte de Edipo actualizado que sin duda Schreber es, resulta a su vez -en el empeño de resucitar al dios desde que los hombres le dieron de irremediable manera la muerte- reponiendo su escenificación más trágica y dramática.<sup>61</sup>

La teología schreberiana es una fe que nadie comparte pero que da por adelantado las claves de religiosidad alternativa que de manera irremediable le sucede.

También Schreber es, si no el primero, uno de quienes a nivel terapéutico, de modo excepcional logra hallar en la escritura el recurso más decisivo.

Y antes de toda supuesta liberación femenina,<sup>62</sup> y antes del atascamiento irremontable de lo masculino en sus más habituales encarnaciones, Schreber es la puesta en acto de lo femenino liberado.

Lo masculino se libera en las mujeres en cambio, mientras Schreber repone -de modo casi ritual, profano y sacro, desde la más contundente inmolación- esa operación de emasculación que es en realidad cuanto le enloquece para que lo femenino se libere. Pero esto no es mera homosexualidad reprimida. Se equivocó sin duda Freud al creerlo así<sup>63</sup>. De haber sido un poco más transdisciplinar allí el generador del psicoanálisis se habría dado cuenta en cambio de cuánto de creador y previsor se anunciaba a partir de esa singular castración envolvente que subyuga a Schreber.

NUEVE. Schreber, sobre todo, pone el terror al frente, en el futuro, y se inmola allí.

Anuncio del porvenir entonces -en tanto despliegue de un modelo que diviniza ya lo cibernético- Schreber arma un modelo íntimo de mensajes y energéticas, cuya reposición masiva es hoy en día casi literal.

Esta estética schreberiana se desconoció siempre por causa de una lectura clínica demasiado escueta y en extremo censora de tanto excluyente y negadora.

Hombre de puro vínculo, Schreber es la puesta en acto de la más extrema soledad, del más radical corte con toda expectativa socializante.

---

<sup>60</sup> Como es sabido, esta fácil coincidencia -tan engañosa y atractiva- la lleva al extremo la oferta de M. Klein: modelo regresivo, la enfermedad mental se agravará en la medida en que sus claves de fijación y regresión sean más tempranas. Lacan nunca resulta ser tan literal ni inocente en su versión diagnóstica -en realidad es todo lo contrario- pero su urgencia de permanecer ligado (a Freud de un lado y a la tradición psiquiátrica de otro) le hacen asumir "la vista gorda" frente a esas cuestiones, y no decidirse "a poner los puntos sobre la íes" en relación con más de un asunto de complejas e inocultables consecuencias según se asuma. Como se verá, esto -más tarde o más temprano- resultará expresado en su abordaje del asunto Schreber.

<sup>61</sup> Que Dios haya muerto no significa que el ser humano ya no urja de creencias. Por el contrario, a partir de allí la condición de fe -de forma tanto más sintomática, aún más compensatoria- decidirá lo humano.

<sup>62</sup> Cf. Otero, J. Op. Cit.

<sup>63</sup> Se justifica esto en parte porque el escrito a propósito de este caso por parte de Freud, es de 1911. O sea que resulta bastante temprano en relación con el despliegue de su teoría, para entonces pendiente en más de un punto esencial.

Sin ser un ser hostil o resentido, la salida desde lo social en pos de la más contundente puesta en acto de lo singular, hace estallar a Schreber en una suerte de autoinmolación terrorista-implosiva, lo cual le lleva del lado de una radicalidad creadora, sólo por suposición, posible en los más paradigmáticos artistas: suerte de Van Gogh sin paleta ni obra, él mismo escenificación pura, suicidio congelado, más allá de todo corte, de todo cercenamiento.

Ajeno sin embargo a cualquier reconocimiento, aún fuere de forma compensatoria, póstumo, al punto de hacer parecer extremos los señalamientos que sin ningún ánimo de entronización aquí se hacen, Schreber por supuesto de ello nada sabe.<sup>64</sup>

DIEZ. Dueño de una demencia que le confiere el goce del plus más desmesurado y gratuito, en la renovación del discurrir de lo humano desde el rastreo insoportable de los linderos más sensibles de esa dimensión, cuestionada de manera apabullante por lo máquico, su pesar Schreber es casi prometeico.

En efecto, en tanto una de las últimas manifestaciones de lo humano escueto e impedido, Schreber deja paso a la desbordante emergencia del juego de lo máquico.

Emergencia que -sin incluirla aún- Schreber anuncia pero que desde entonces empezara a anexarlo de un modo incontrolable. Una vez él -confuso y demente, religioso e íntimo, de modo inexplicable, sin alcanzar aún a naufragar en su masiva dominación- a la manera de un tsunami, donde el mar se retira un instante antes de atacar de manera desmesurada, Schreber repone lo máquico. En efecto, así lo máquico se anuncia, dejando a Schreber sin piso ni soporte visible, mientras el resto de sus semejantes parece ajeno e inamovible (como si la vida toda fuera una pesadilla irremediable que sólo la pudiera de verdad escenificar quien padece extrema, radical exclusión).

Enajenado por ello, a partir de entonces Schreber -dado que no puede saber qué le está aconteciendo- torna a su vez verdadero paradigma de desvínculo, su dios -plural y desmembrado- no le concede privilegio alguno, y le obliga a sucumbir en la proximidad de su presencia (que no deja traslucir la más mínima piedad).

Pura invención terrorista, por sobre todo el dios enloquece cuanto toca. Hacedura demente, particular, inaudita -constancia personal o colectiva de locura compartida y/o de ficción definitoria e insostenible- el dios acompaña, acompañó siempre, toda masiva creencia religiosa, fuere cual fuese. Y ahora lo hace prendido de lo humano -apenas de un hilo- antes de hundirse a plenitud en la mera creencia (confundida sin duda con radical autonomía. Y es que Dionisos aún se burla desde su ligar inaudito e inalcanzable, imborrable también).

Y ha de ser por todo ello, que después de Edipo, Schreber -dueño de su dios incompatible- sea al tiempo el más transgresor, el más inocente y el más trágico los humanos.<sup>65</sup>

---

<sup>64</sup> La versión clínico-estética implica la despersonalización de las resultantes formales. Visto desde esa perspectiva, de escueta manera Schreber es eso: zumo escritural (así de continuo para la perspectiva de lo social resulte inevitable verlo como un sujeto dueño de sus asuntos, incluso los más incontrolables). Y es que esa simultánea e ilusa apropiación es cuanto debe quedar atrás para que torne factible acceder a cuanto la subtiende. Es claro que el dolor desgarrante que Schreber retrata deriva irreductible si se desconoce la condición donde la fría resultante comporta encarnación, padecimiento, corporeidad y materialidad asumidas.

Dada mediación de la escritura -donde el sujeto se congela sin perder por ello su condición generadora- es cuando torna posible acceder al sentido de Schreber. Sin ese suplemento -no siempre reconocido ni previsto- ello devendría incapturable. Dado en Schreber, al ampliar el espectro, nada impide la posible y válida generalización del procedimiento.

<sup>65</sup> Cf. Otero, J. "Los soles nocturnos". Cali, 2002. (Libro inédito).

## Schreber y la locura

UNO. Freud se encuentra la histeria y la halla escenificada por pacientes concretas. Él no parte del reconocimiento reflexivo de la locura envolvente, evasiva, enigmática. Freud avanza sí en esa dirección pero su ruta está decidida por una clave clínico-metodológica, que da a las resultantes empíricas como referentes primeros. Y esto, si bien no hace del psicoanálisis oferta de periferia, lo cierto es que impone un punto de partida que comporta graves consecuencias, tanto más contundentes en la medida en que ello no se reflexionó nunca.

Además -para complicar aún más las cosas- a Freud se le impuso de manera simultánea poner en cuestión la hipnosis. Por todo ello, el médico vienés derivó hasta la formulación de su propuesta (el psicoanálisis) por una ruta -que si bien se ve, para distinguirse del autoritario modelo hipnótico-resuelve primero el lugar del terapeuta, antes de asumir la condición diferencial misma de lo psicopatógeno (de hecho, sólo visible a partir de tal primera indispensable demarcación).<sup>66</sup>

Si se prefiere decirlo de un modo menos tajante, la ubicación del terapeuta propició una mirada renovada de lo anormal, enigmático, y amenazante.

De manera independiente de cómo se le nombre, la pugna entre psiquiatría y psicoanálisis se juega desde entonces, más a nivel de la mirada y del procedimiento que de la real condición de la demencia.

No significa esto que se trate de lo correcto en un caso y de lo incorrecto en otro.

Dada la ambigüedad del abordaje que supone o bien pensar las cosas sin romper con la tradición clínico-médica o, de otra parte, aspirar a un estricto enfoque clínico-psicológico (sin asumir la revisión de asuntos esenciales) se trata siempre de escuetas modalidades de oferta clínica, que en tanto incuestionadas dejan más bien en claro la evidencia de que por diversas rutas posibles siempre la mirada desde lo normal decide la verdad de lo anormal (sin que ello parezca demandar problematización y explicación algunas).

DOS. Lo normal, sin embargo, porta dimensiones donde pueden incluso llegar a contraponerse sus propio modos, y no todo por ende es armónica complementariedad entre psicoanálisis y psiquiatría. En principio, hay una mayor liberalidad en la visión del psicoanalista. Sin embargo, esto se va diluyendo de forma rápida una vez la fuerza de los develamientos pierde potencia y todo se reduce a mera aplicación (por lo demás, cada vez más pobre y repetitiva o en el mejor de los casos -para ser eficaz- hiper-selectiva y especializada). Al final las diferencias, en apariencia tajantes, se van disolviendo, y un escenario -de modo progresivo contaminado y reiterativo- termina acercando los polos y uniformando las posiciones.

---

<sup>66</sup> Freud sin embargo no es por esto un empirista. Tan claro es ello, que el autor del psicoanálisis avanzó de manera ininterrumpida en pos de una visión envolvente, sin limitarse a estas imposiciones metodológicas que de entrada le generara la tradición clínico-médica, pero sin ser tampoco del todo externo a ellas.

Y es en este último sentido que -sin ignorar por ello el malestar o el desborde, o la desmesura de lo mental- se dice aquí, que dado terapeuta, se impone el caso.

Preguntas -como ¿por qué se da la locura? ¿qué es la locura? ¿hasta dónde se trata o no de una constante?- quedaron por todo ello asumidas, sin respuesta explícita ni reflexión concomitante. Y su cancelación, ignorancia, o modificación conceptual (que es hoy por hoy una clave de pertenencia y de modernidad desde que por ejemplo se habla de psicosis y no de locura) se ajustó a idéntica condición irreflexiva. Sin desconocerse que el asunto entonces se destapó por más de un sitio, inundando el escenario de lo humano y derivando desde entonces por mil reductos imprevisibles e incontrolables.



La paulatina simplificación de las más exuberantes teorías conduce al empleo de muletillas y lugares comunes, que son como el esqueleto de una edificación agotada, demolida por tanto uso y tan poco aporte de renovación.

TRES. La locura en cambio no se detiene, sin tantas ínfulas deja que la ataquen con todo vigor, para ir hallando así las formas renovadas que su reproducción impone.

Por supuesto que hay locos y locos. Incluso, a los locos ya ni se les apela así pues no se ajustan a la clásica denominación que es la demencia (y esto, más que incómoda reiteración, es el señalamiento de que el asunto, más que en ellos, está en quienes los deciden en sus supuestos, inalterables y obvios lugares). Desde que la labor no realizada genera inevitable simplificación y obligatorio accionar aplicativo (tanto más defensivo y compensatorio en la medida en que lagunas inocultables cierran el paso a toda perspectiva objetivante) descubre el sintomático, silenciado trasfondo que soporta, que soportó siempre la versión tradicional de lo psicopatológico.

Si bien a los neuróticos y a los perversos es raro y complicado -por más de un motivo- apelarles locos sin más, se ha dicho que la locura propiamente dicha -sin renunciar a una pluralidad irrecusable, que reúne las manifestaciones más extremas- creyendo con ello precisar y re-definir con mayor precisión y contundencia, ha sido renombrada como psicosis.<sup>67</sup>

Pero es este un paso que no tanto realizado desde el mero regusto por lo nominal ni pide cuentas ni demanda reacomodos.

Sin duda, es grave la pregunta que exige resolver si la locura recubre a las neurosis y a las perversiones -incluso a la normalidad- o si en cambio se restringe a las psicosis. Y, más allá de ello, indagar por una realidad que nombró así -desde siempre, de modo irreflexivo y desde el máximo impedimento- lo incomprendido, dándole a esta ignorancia fundante no sólo lugar de evidencia, pasando a su más radical exclusión -y de rebote- creyendo ganar con ello el lugar de la más gratuita, plena, e indiscutible evidencia.

CUATRO. Por lo demás, las psicosis son de muy diversos tipos: paranoias, cuadros maniaco-depresivos -hoy apelados “rastornos bipolares”-, simples o graves depresiones (según sean del orden de lo neurótico o bien de lo psicótico), esquizofrenias -de por lo menos cuatro condiciones diferenciables y que año a año se reacomodan y rediseñan<sup>68</sup>- distintas, por lo demás, según sean infantiles o adultas.

Las esquizofrenias infantiles resultan a su vez diversificadas, según se trate de autismos o de modelos simbióticos, de recursos primarios de adaptación parcial, o de cancelaciones radicales de la realidad (siendo siempre más permisivas las versiones para los casos de emergencia precoz).

La verdad es, que antes de consistir en claves de liberalidad, se trata de la incomodidad e imposibilidad de tratar de incrustar lo anormal y la locura en la estrecha franja de la primeros años de la vida personal y de intentar sostener con ello la equivalencia entre anormalidad y demencia,

---

<sup>67</sup> La locura es un término más bien antiguo que nombra eso desconocido, temido, pues arma enlace directo con lo divino. Una vez se empieza a descifrarlo, el concepto torna insostenible, voluble o laxo, al punto de que termina siendo usado del modo más nimio e inmediato. De hecho se le niega un lugar allí donde resultaba más decisivo e indispensable.

<sup>68</sup> Las nuevas clasificatorias de la psiquiatría retornan a lo homosexual asumido como indiscutible modalidad psicopatogénica -sin incluir por ende el peso de lo social, que incluye significativos cambios en los poderes que a ese nivel detentan esas modalidades legalizadas desde sostenidos armados que demandan el reconocimiento de sus específicos derechos, ni escuchar las gremiales protestas, que derivadas de todo ello, se desatan afuera-. Al tiempo, se crean cuadros extraídos de esa misma casuística hetero-social, soportados por similares claves mutantes que generan crisis inocultables en lo social mismo (“síndromes del hijo de padres separados”, y asuntos otros de ese mismo corte).

para no tener que revisar a fondo ese otro supuesto -no menos precipitado- que reúne en sinonimia indiscutida la normalidad, con el uso y posesión de la razón.

CINCO. Lo cierto es que estos juegos -entre retóricos y diagnósticos- sirven para ocultar la pérdida del rastro del modelo de la locura en su conjunto, la cual dejó de utilizar apenas los cuerpos de los enfermos mentales para hallar decisiva y expansiva expresión. Y, así no abandone tampoco a los individuos mismos -primeros en evidenciar de modo tangible la marca implacable de sus efectos- extendida por el mundo, la locura se aloja si nrestricción en sitios múltiples y tanto más vastos.<sup>69</sup>

La locura es una de las consecuencias que sobreviene a lo humano una vez rompe o debilita el formato natural-animal que de entrada le regía. A partir de allí, es ella condición sine qua non que nunca abandona las resultantes de lo humano y que de manera indiscutible, le distingue del resto de especies.<sup>70</sup>

También el lenguaje, el despliegue de toda tecnología, y en general con ello, el desarrollo del pensamiento -de forma independiente de su condición mágica, religiosa, artística, científica o filosófica-. En fin, la Ciudad toda, pues sólo lo humano -sin el necesario complemento de la Obra- no lograría sostener sin pausa, la progresiva diferenciación.

SEIS. Esa nueva demarcación de la locura -tanto más contundente e indiscutible, en la medida en que el despliegue del desarrollo tecnológico se acendra e intensifica- coincide en muy buena parte con cuanto se apela lo terrorista.

Si se impone además aludir al terrorismo, ha de ser porque a partir de allí las modalidades de sus emergencias se vuelven a diferenciar, evitándose con ello una simplificación inadmisibile.

El tono terrorista invade los modelos en su conjunto, y esto no es menos válido cuando de lo psicopatológico se trata.

En todas esas modalidades a su vez el terror subtiende de modo plural, diferencial, nunca uniforme.<sup>71</sup>

Esto estaba ya presente -así no fuere de un modo tan decisivo y visible, en el momento en que desde el polo del sujeto de ciencia Freud lo empezara a develar. Desde el otro extremo Schreber lo retrata como pocos, allí donde el objeto de ciencia se supone apuntalado sin más como indispensable derivación de complemento.

## **El nombre de Schreber**

UNO. Con ser que resulta difícil que exista un caso de psicosis más contundente, Schreber no era un psicótico y no más.

---

<sup>69</sup> Locura forcluída en tanto alojada en el colectivo, y por generalización -dada su apabullante condición mayoritaria- asumida en tanto tal como del registro de lo normal. Pues bien, en franca contravía, su sólo explicitación da paso ya al estallido.

<sup>70</sup> Lo humano es lo animal que a partir de un punto de ruptura genera inapelable y diferenciada Obra. Esto hace de lo humano matriz estética, antes que definición de especie, reconocimiento de redonda humanidad.

<sup>71</sup> Lo cual no implica suponer que no hay terrorismo como tal (apenas modalidades inconexas, efectos siempre de resultantes autonomas). Si bien ello se presenta así a la visión empírica, negar unidad de base a esas expresiones múltiples resulta sólo posible como efecto de forclusión, terrorista ya.

Incluso no era siquiera un neurótico-perverso-psicótico (a partir de estructuras ordenadas en contravía, por obligatoria y lineal regresión temporal y por congelamientos más o menos precoces, frutos de decisivas e irremontables fijaciones).

Si se insistiera en verle de ese modo, aunque en franca simultaneidad (o, al menos, en sucesión precipitada, según el acontecer vital y/o social lo impusiera, lo cual por supuesto no presupone que se tuviera la opción de armar elección allí) a la condición neurótico-perverso-psicótica se sumaba algo más. Una especificidad evasiva, en efecto, resultaba siendo tanto más contundente y decisiva en las demarcaciones del drama schreberiano.

Lo cierto es, que antes de ser un psicótico, debe reconocerse que más bien desde la niñez Schreber recibió una educación paterna psicotizante. Pero el padre de Schreber no era tampoco un psicótico. Por sobre todo, él era padre en exceso, cercano sin embargo del paradigma que a nivel social se espera, cuando de esta importante forma se trata.<sup>72</sup>

El colmo de perfección en la aplicación del modelo de crianza genera de manera paradójica la resultante psicótica.<sup>73</sup> Pero la psicosis no ocupa cuerpo allí. De tanto no hallar -de modo inicial al

---

<sup>72</sup> Sin embargo -y sin faltar a ello- a menudo a este curioso individuo que es el padre de Schreber se le reconoce como un neurótico obsesivo, aunque algunos comentaristas prefieren recalcar la condición perversa de su proceder (en realidad y de modo más concreto abiertamente sádica). En otros textos se resaltan en él, impulsos homicidas de difícil control, y en los últimos años de su vida -después de un accidente donde recibiera un fuerte traumatismo craneano- se presupone padeció de una enfermedad mental, la cual nunca se precisará de modo suficiente pero que resulta ser de una contundencia tal que inutiliza y debilita de manera decisiva al poderoso personaje.

Sabido es que en los linderos, la distinción entre comportamientos, episodios, estructuras psicóticas, es bastante engorrosa e imprecisa, como si allí se nublara la mirada y resultase imposible -dada una ausencia decisiva de claridad- razonar con pertinencia, (lo cual debiera ser suficiente motivo como para decidirse a auscultar trasfondos terroristas en cambio, con sospechosa terquedad ignorados desde la normalidad).

<sup>73</sup> Este comentario es apenas válido a nivel más que general. Bastaría escarbar un poco para verse obligado a reconocer que la reducción más ingenua de las habituales distancias entre la persona concreta, empírica, que es el papá como tal, y el personaje social -que en tanto padre encarna desde el más puro ejercicio de su función legal- genera crueles derivaciones. Sólo excusa de algún modo lo dicho, el hecho de que más adelante este escrito abundará sobre ello, permitiendo reconocer que si bien cuando con toda desprevención se alude al padre de Schreber puede ser más válido lo opuesto (desencantada y desdibujada inclusión del papá-padre, al interior de las malformaciones hiper-estétizantes del delirio) lo cierto es que esto -así fuere apenas a nivel teórico- no invalida la tesis según la cual, reducida la distancia entre las dos modalidades de lo paterno, mayor ha de ser el riesgo de estallido radical (psicótico) a nivel de la resultante.

La verdad es que el terror que subtiende la implementación irrestricta de esa función -que antes de paterna es modalidad de autoridad, derivada de los ejercicios de poder que en lo social imperan- nunca resulta ser más desbalanceada y autocrática que cuando se trata de la pura función paterna, sólo atenuada (o incluso silenciada) por la amorosa encarnación que la educación primera comporta (primero por parte de la mamá y luego del papá empíricos, más o menos distantes de ese ejercicio, donde de manera escueta se trata de la implementación -e incorporación por parte del niño- de la ley. Sin que entonces, más acá de estas claves socio-familiares, lo humano en sí sea algo más que fondo donde el decisivo drama se escenifica.

Aunque el psicoanálisis ha repletado todos estos registros de abigarrada conceptualización (nombre del padre, padre simbólico, padre imaginario, padre real, función paterna, etc.) dando paso de tal modo al reconocimiento de puntualizaciones en extremo retrocidas -en el fondo, ingenuas y literales- lo cierto es que podría ser todo al revés. Es más que sabido, que tal cual allí donde los niños y el lenguaje repletan de recursos de compensación los impedimentos simbolizantes, el exceso nominal (por ejemplo, la multiplicidad de denominaciones, para apelar los genitales) podría estar delatando sintomáticas insuficiencias. De igual modo, que de todas maneras reste un registro infantil de creencia que asigne de forma irrestricta todas estas funciones al padre y que a pesar de ello, se sigan pensando las cosas al revés -como si cada paso en lo presente obligase a adecuarse a las tiránicas e inamovibles condiciones que desde el pasado se imponen- sin dejar de ser por ello de algún modo válido, desdice al menos de la teoría que con el máximo de rigor intenta explicar tales asuntos.

menos- coincidencia de límites con el cuerpo individualizado donde de todos modos consigue alojarse, la psicosis es pura forma, definida, redonda de antemano, y -así ello tampoco falte- sólo parcialmente derivada y/o sometida al imperio de condiciones otras (genéticas, histórico-particulares, familiares).

La psicosis en algo en sí, puro síntoma que se pretende autónomo, y que desde lo humano pretende armar respuesta ilusa, sin inclusión máquica, consiguiendo en cambio exhacerbar, sofisticar, desmesurar la resultante.

DOS. Hombre de éxito, casado mucho antes de empezar a enfermar, acaso lo único que le faltaba a Schreber era ser padre.

Y claro, los psicoanalistas -Freud incluido- vieron en ello un primer puntal a partir del cual se hiciera posible la confirmación de todo cuanto de antemano se había venido diciendo (de manera especial en referencia con el armado de las estructuras neuróticas).

Sacralizado el padre -tanto por parte de Schreber como por el psicoanálisis- todo se hizo claro y transparente sin que, por lo demás, hallara ello la más mínima contraposición de duda.

Hasta entonces,<sup>74</sup> acostumbrado el psicoanálisis a recibir la más tajante oposición cuando enfrentaba y resolvía temas (velados sí aunque sin duda, menos escabrosos) de pronto -sin mayor objeción acogido a nivel social- podía avanzar cuanto quisiese.

No hubo quien entonces reversase y mirase en el abordaje del caso o en el proceso mismo de la formulación teórica qué había cambiado en realidad (al menos, hasta Lacan, quien más que revisar propone releer el conjunto de la obra freudiana y -casi sin decirlo- actualizarla, prolongarla, y en más de un sentido, terminar reformandola con toda radicalidad.<sup>75</sup>

TRES. Pero lo cierto era que, o bien había sido asimilada la marca de la propuesta psicoanalítica por la involucencia social misma, o se trataba en cambio de que el escándalo inaugural que el psicoanálisis sin duda fuera, había cedido desde adentro y a partir de una tibia inclusión de manera paulatina distensionaba y reducía en forma más que significativa los aportes, al tiempo que adormecía las más radicales contraposiciones.

---

¿Acaso -por decir algo grueso- Galileo, a pesar de su endeblez y de sus irremontables impedimentos personales, pudo adecuar la versión objetiva y científica de sus desciframientos a las radicales demandas ideológicas y de poder que el modelo socio-eclesiástico entonces le imponía? Él mismo seguía viendo que el sol, por encima de todo, giraba. ¿Acaso puso en cuenstión el registro de empírica creencia la clave perceptual, ajena de todo juicio de realidad, de toda objetividad?

¿Es apenas esto asunto personal de Galileo? Por encima de todo develamiento científico, es bien sabido que la versión ideológica subsiste, y en el mejor de los casos, la interpretación del fenómeno -cualquiera fuere- se escinde en dos versiones simultaneas y contradictorias. Sólo que -para el caso de las psicosis- el asunto no sólo incluye de modo inapelable al intérprete, le obliga a tomar decisivo partido, a cancelar la verdad que dice, a reafirmar con igual o mayor contundencia la más radical negación (doble forclusión) de sus propios develamientos, por encima de todo rigor y de toda coherencia, en silencio, desde la indiferencia, a partir de la asunción irrestricta de la versión de rebaño.

A pesar de hundir en la escisión a sus observadores, el sol entonces resulta liberado del lado de su propia, irreductible verdad, y así viene avanzando desde entonces. Schreber -y con él las psicosis- permanecen en cambio esclavizados de la visión que desde la perpetuación de lo normal les congela en su lugar de exclusión enajenante.

<sup>74</sup> Tal cual ha sido señalado. el historial sobre Schreber data de 1911.

<sup>75</sup> Al interior del inaugural grupo psicoanalítico, las oposiciones -encabezadas por discípulos de Freud: Jung, Adler y demás- que sucedieron a esta total indiferencia, desde lo social primero y a partir de la escandalizada oposición externa luego, antes que reales disidencias teóricas resultan siendo más bien fruto de pugnas por el poder y de sintomáticas confrontaciones autoafirmativas.

Y si se relea la bibliografía que sobre el caso de Schreber preexiste, se confirma con facilidad que sin mayores acomodamientos se debe tratar de ambos asuntos, no por necesidad antagónicos y antes bien, en lo indispensable, complementarios.

Por cierto: no se podría decir que el caso Schreber no hubiera sido auscultado en profundidad. Lo que no es seguro es que, en cuanto el caso comporta y vistas las cosas de modo puntual, se hubiese ahondado más acá o más allá de todo ello.

En cambio, resulta inadmisibile la certeza de que por encima de estos desgastes y adaptaciones inevitables, el psicoanálisis no podría avanzar sobre lo indagado.

CUATRO. Sin embargo, Schreber quedó casi congelado en esa suerte de momificación diagnóstica que se le realizara y que aún hoy persiste inalterable e inamovible a pesar de aportes, a pesar de excepcionales no decisivos.

En efecto, resulta bien sabido que Lacan hará replanteamientos contundentes sobre la teoría que rodea el tema, avanzará en la especulación que las psicosis permiten -incluido Schreber en ello, qué duda cabe- pero todo, reinterpretado del modo más fino, mantiene incólume la pretensión de la propuesta clínica en su conjunto cada vez más afirmada en modelos especializados y unidisciplinarios.

Es cierto que el tema del padre -dígase cuanto se diga- se revisa con toda decisión. Lacan -tal cual fuera resaltado en una nota previa- someterá a readecuación el asunto desde la trilogía de lo real-lo imaginario-lo simbólico para que el modelo tradicional, fortalecido así, se eternice y congele y para que todo siga dando sus habituales frutos desde la abstracción del sujeto enteléquico y paradigmático.

Y no debiera haber en ello reparo si se pensara que esa operación se realiza con probado rigor, sólo que para eso se dejan por fuera asuntos tanto más decisivos y definitorios.

CINCO. En un esquema -en dos o tres incluso- podrá haber el asunto de las psicosis, ahora que para completar el artilugio se suma un mecanismo defensivo más (la forclusión).<sup>76</sup>

Pues bien, sumando forclusión al sujeto, desujetado del nombre del padre, pareciera que hubiese quedado dicho todo. Y la verdad es que la forclusión y el sujeto unificados son algo mucho más problemático que evidente, y las psicosis lo son aún más que ellos sumados.

Incluso, la sostenida unidad del sujeto -más allá de toda forclusión y al interior de las psicosis- por decir lo menos, resulta sospechosa<sup>77</sup>.

---

<sup>76</sup> No resuelve nada sumar allí el nombre del padre cuando se trata de lo que resta afuera (las drogadicciones, el terrorismo, el terror mismo, tan enigmático como nuclear y envolvente en los armados de lo humano, y por sobre todo, de lo inhumano).

No por nada, al lado de la asumida forclusión estalla el terror, el cual puede ser explosivo o implosivo, de la víctima o del victimario (¿acaso hay mínima claridad a propósito de una clínica posible desde la perspectiva de lo victimario?) y que parece mutado de un modo radical cuando se le observa a nivel de las emergencias, o bien en los trasfondos de lo basal e irreductible, o -cuando en el registro de lo intangible- se le puede reconocer, flotando como en un aire contaminado-contaminante (indispensable sin embargo para las modalidades de lo más contemporáneo) a título de tono terrorista.

Trasfondo entonces de toda forclusión, las coexistentes modalidades del terror delatan su verdadera razón de ser.

<sup>77</sup> No sólo Lacan suma el sujeto a la obra freudiana (Cf. Lacan, J. "Mi enseñanza". Paidós, Ed. Buenos Aires, 2008) se trata además de un concepto indiscutido y asumido como evidente punto de partida. Por ello empiezan a pulular ofertas cuando a nivel clínico-aplicativo se trata de reconocerlo, comenzando por la asunción de la clave paradójica que de entrada impone asumirlo como fragmentado según primen registros (el S1, el S2) desde los cuales el sujeto, o bien se asume barrado para poder hacerse al entretejido del goce con la letra (normalidad) o bien, por fuera de toda escisión, se

La fragmentación y el despliegue escenificante que las psicosis ilustran como nada, podría dar perfecta cuenta en cambio, de los recursos estéticos que las personas todas practican en el despliegue de sus duplicidades, de sus inocultables pluralidades.

Pero todo ello sin duda pasa de largo.

SEIS. Retomemos un asunto resuelto quizá de modo en extremo alegre en una nota aclaratoria: ¿Acaso son despreciables o equivocadas las teorías del sujeto y de la forclusión? ¿Se podrían negar los aportes que en referencia con el tema de las psicosis, con cierta periodicidad Lacan realizara (sin olvidar uno de sus seminarios más conocidos y consagrados, dedicado a ese tema)?<sup>78</sup>

Sin duda, no. Los desenfoces señalados a la propuesta teórica del psicoanálisis -que la hace válida y coherente a nivel interno, pero incompleta y ajena de contextos más vastos (trasdisciplinarios y estéticos)- se agrava en el juego de sus implementaciones y aplicaciones que desde diversos registros les suceden, tanto en la aplicación clínica que ellos mismos dan a sus formulaciones, como a nivel de los desbordes que propician en quienes parasitan de -o se acogen a- sus señalamientos.

La objeción no es sólo pues a Lacan ni a la obra freudiana, por supuesto.

El cuestionamiento fundamental -acaso sí, menos explícito hasta aquí- está referido a la ausencia de verdadera teoría psicoanalítica después de ellos (Freud y Lacan) y frente a temas de indiscutible presencia actual. Por sobre todo, se objeta la sacralización de un modelo que sirve para encubrir de hecho el déficit creciente frente a develamientos, que de estar Lacan y Freud presentes -sin necesidad de forzarles aquí a la apuesta por lo estético y lo trasdisciplinar-<sup>79</sup> serían los primeros en asumir.

Quede pues eso claro.

Aceptado esto, nada excluye que se retome y se refuerce cuanto siendo válido en sí no resulta de modo necesario suficiente. Sin desconocer tampoco que en un aporte lúcido y pertinente pueden existir -incluso a nivel esencial- fallas decisivas, errores inocultables, imprevistos faltantes que el paso de los tiempos hace emerger e impone retomar.

SIETE. Cuando de la psicosis de Schreber se trataba, siempre se alegó que en primera o en última instancia existían claves de interpretación tan decisivas como inabandonables (el climaterio masculino, la bisexualidad constitutiva, la homosexualidad irreprimible, cuando no, los

---

desborda del lado del exceso de goce (psicosis). Como si en Schreber no hubiese de todo ello reunido y no por eso faltase a la exclusión que se forcluye y que le forcluye a él mismo, esa que desde lo social le juzga y busca someterle.

Sin duda, el sujeto preexiste a toda localización teórica. Con decir, que ya desde el embrión se viene sujetado y la des-sujeción y la re-sujeción que sobrevienen luego acontecen tanto a psicóticos como a neuróticos y a normales. Sólo la sujeción a lo social -presente en el deseo que da paso a la idea de descendencia en la pareja- decide en primera y en última instancia las modalidades de toda posible diferenciación.

¿Que eso lo previó Freud? Es cierto, así éste no viera a la pareja en tanto constituida desde amarres y decisivas predeterminaciones sociales. A pesar de evidencias inocultables, sólo de modo excepcional, Freud lo aplicó en sus abordajes clínicos y es difícil que Lacan fuera en ello más persistente.

<sup>78</sup> Cf. Lacan, J. "El seminario de Jacques Lacan". Libro 3. "Las psicosis" 1955-1956. Texto establecido por Jacques-Alain Miller. (Sin más datos).

<sup>79</sup> No es seguro que Freud y Lacan no lo asumieran, dadas las modificaciones contemporáneas y las cuestiones que entonces no lograban ellos prever. Sin duda, Freud lo haría -o no- de un modo diverso a como pudiera esperarse lo hiciera -o no- Lacan. Pero sería complicar las cosas tanto más aún imponerse aquí la demostración de estas suplementarias y complejas derivaciones.

impedimentos para el ejercicio de la paternidad). Curiosamente estos últimos, más bien emergiendo y reflejándose en los espacios laborales antes que en la vida conyugal misma<sup>80</sup>.

Lo cierto es que todos esos supuestos, sin ser despreciables son en realidad efectos, expresión de algo que subtiende y que resulta ser más vigoroso y apabullante, más primario y basal.

Si se quisiera remontar las oscilaciones permisivas que el modelo interpretativo psicoanalítico se facilita, con miras a reducir el asunto Schreber a un formato domesticado y lineal, tendría que empezarse por reconocer que el terror es la primera constante allí, en tanto decide la totalidad de los comportamientos y desenlaces que conducen al modelo psico-patológico que Schreber encarna.

Otra condición decisiva es la liberación femenina -o si se prefiere decirlo de otro modo, acaso más preciso, menos arriesgado y general- la liberación de la femineidad, la cual -además del terror sumado a ella- enloquece a Schreber<sup>81</sup>.

OCHO. A veces se roza el tema de “los que fracasan al triunfar” para dar cuenta de algo que es tan evidente, que sorprende se le reconozca apenas de un modo tan tangencial.<sup>82</sup> Y no porque se trate de que esto sea lo más decisivo, es porque con ello se recalca en cuánto de autodestructivo e incontrolable subtiende en el proceso mental de Schreber.

Tal cual acontece en “El doble” de Dostoyevski<sup>83</sup> un personaje siniestro crece en poder y involucencia, determinando el sesgo de sentido subyacente en los diversos acontecimientos (externos e internos) que en su creciente proceso deteriorativo sobrevienen a la persona de Schreber.

Sólo después de este reconocimiento es posible adivinar capas neuróticas, perversas, psicóticas incluso, con las cuales -según se trate de una u otra cuestión- el personaje terrorista se enviste.

Mirar a Schreber a la luz de un juego deslumbrante de escenificación y de proliferación de personajes permite reconocer cómo lo normal, que busca encerrarle en sus raciocinios, en sus racionalidades, cuando enfrenta estos asuntos torna empobrecido de modo lamentable (tanto como se dice desde el psicoanálisis mismo acontece a la sexualidad normal cuando se la contrasta con la sexualidad perversa rica en disfraces e inmolaciones).<sup>84</sup>

NUEVE. Si el padre de Schreber resulta principal en el armado de la existencia de su hijo, no ha de ser sólo por esa condición donde apenas se encubre lo sádico. Disfraz de rigor educador, de misión pedagógica con pretensiones de decisiva generalización, la esclavizante subordinación a un amo primordial -que desbordante, masivamente, a plena luz del día, estallará mucho tiempo después- estuvo siempre presente, antes de ahcer masiva presencia, a nivel de lo más familiar, al interior de lo más particular e íntimo.<sup>85</sup>

---

<sup>80</sup> Baumeier intenta evidencia que no fueron razones laborales las responsables de las diversas recaídas de Schreber. (Cf. Baumeier, F., y otros. “El caso Schreber” en “Los casos de Sigmund Freud” # 2. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires, 1972).

<sup>81</sup> No sobre recalcar que si bien el terror subtiende siempre, no significa eso apenas que incida igual o que imponga reducidas interpretaciones cuando lo más complejo suma inagotables hilos a nivel de las resultantes (ésta nuestra versión es ya una posible ilustración de ello).

<sup>82</sup> Cf. Katan, M. “La fase prepsicótica de Schreber”. Op. Cit. (Ps. 143-145).

<sup>83</sup> Cf. Dostoyevski, F. OBRAS COMPLETAS. Tomo I. Aguilar, S. A. Ed. Madrid, 1968.

<sup>84</sup> Cf. Aulagnier, P. y otros. “El deseo y la perversión”. Ed. Suramericana. Buenos Aires, 1968.

<sup>85</sup> Generalización que con el paso de los años de un modo u otro se impondrá de manera contundente en la Alemania nazi ya era determinante la presencia de Bismarck en la época en la cual Schreber ascendía en reconocimiento laboral, al punto de reconocerse allí una clave de competencia insuperable que podría haber incidido -ello sí de un innegable modo decisivo- en el derrumbe psíquico de Schreber.

Si se tratara de sostenerse en las limitadas y tradicionales posiciones interpretativas, conviene reconocer al menos que esa condición -determinante y siempre reconocida, aunque no explicada a plenitud- según la cual el exceso de padre, la extrema cercanía entre el paradigma paterno y el empírico-papá-concreto, son responsables del desplome psicótico, de modo previo cabe reconocer circunstancias posibles, acaso menos puntuales, como por ejemplo que cabe que en algún momento ello obedezca a la imposibilidad de asumir la vida, más allá o más acá, de ciertos topes de sumisión. Una vez el modelo se generaliza y se piensa en las masas humanas -especialmente hipnotizables y seducibles a partir de modelos autocráticos apabullantes- es posible reconocer allí una clave de compleja complementación, sin embargo apenas reconocible en el estudio y evaluación de las patologías más extremas cuando se piensa todo sobre la base del predominio de irrupciones siempre individuales.

Como fuere, Schreber no sólo anuncia mucho de cuanto el nazismo desplegará varias décadas después. En privado -desde las burdas modalidades tecnológicas de autocrática crianza que recibiera a partir de los primeros años de infancia- Schreber además anuncia el público y actual, el desbordante despliegue, de lo máquico.

Visto todo con cierta desprevenición, cabría decirse que su aderezo delirante pende de su psiquismo tal cual acontece hoy con los refuerzos tecnológicos inapelables y desbordantes que someten al contemporaneo colectivo humano.

Si no se puede asegurar que existe una psicosis de masa buscando alojamiento en la actualidad, nada excluye que se tenga que estar de continuo sospechándolo, al menos cada que el terrorismo se garantiza nuevos e irreversibles apuntalamientos.

DIEZ. Un alemán padece cuanto millones de judíos repondrán muchos años después, se apela Schreber y tiene un padre quien, además de su apellido, le reimprime su nombre (Daniel) como si se tratara en efecto de un doble irrecusable (también delatándose así que la distancia entre papá e hijo resulta ser insuficiente de manera definitiva). No bastando con ello, se suma a su lado, el nombre en masculino de la madre (Pauline)<sup>86</sup>. Daniel Paul Schreber Haase, tiene un hermano mayor, el primogénito, quien se suicidará un año antes de que Daniel Paul se case.

Es demasiado fácil resolverlo todo ahora con esta suma de datos inmediatos. Y sin embargo, más allá de ello existen mil razones adicionales tanto o más valederas, para dar cuenta del fenómeno apelado “caso Schreber”.

Por ejemplo: no se hace suficiente hincapié en la circunstancia de que -salvo por este hermano suicidado- Schreber estuvo siempre rodeado por hermanas de las cuales apenas si se conocen cosas muy generales (así no falte allí la puesta en acto de alguna patología franca).

Al menos, una vez muerto el hermano mayor, sólo en Daniel Paul Schreber descansaba la responsabilidad de sostener y perpetuar el apellido paterno.<sup>87</sup>

---

<sup>86</sup> Cf. Niederland, W.G. “El mundo “milagroso” de la infancia de Schreber”. En “El caso Schreber. Los casos de Sigmund Freud”. #2. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires, 1972. (P. 207).

<sup>87</sup> Cf. los textos de Baumeyer, F. “El caso Schreber” y “Observaciones complementarias al trabajo de Freud sobre Schreber” (Op. Cit) donde se alude de paso a estas circunstancias, sin embargo sin apuntalar a partir de allí reflexiones de más fondo. Incluso Freud hace alusión aislada al tema, y así le concede cierta significación, no pasa de ser una mera referencia descriptiva. (Cf. Freud, S. Op. Cit.). En general pasa así con los diversos datos que los autores post-freudianos aquí citados suman al análisis adelantado por el padre del psicoanálisis.



ONCE. De la madre si que se sabe bien poco, como que su nombre de pila sólo vino a redescubrirse más bien tardíamente, al menos después de los desciframientos más decisivos.

Es como si para Freud, y el resto de comentaristas del caso, el padre hubiera sido o hubiera agenciado como madre a su vez, tal cual habría esperado el propio Schreber poder hacer de modo directo, una vez su esposa pasó la edad recomendable para la reproducción.<sup>88</sup>

Que era esa una forma -acaso la única- de superar al padre resulta ser una razón -más que psicoanalítica- que a nadie se le pudo ocurrir sin embargo, de tanto como siempre allí se pensara de modo sumiso

Sin olvidarse de la aspiración de autogénesis -que no debió faltar en algún momento como un real esfuerzo de ficción- montado o superpuesto desde el empeño psicótico de borrar todo pretérito y toda malhadada influencia.

Nada de ello deja de pasar, de manera inevitable, por esa doble vía subrayada de antemano (el terror y la liberación femenina) que no por la homosexualidad desbocada: antes de comportamiento perverso o excluyente estructura mórbida, condición delirante ya, derivada de allí.

## **V. Los pendientes entresijos de las psicosis**

### **Lo homosexual y lo psicótico**

UNO. En sus comentarios sobre el caso Schreber los psicoanalistas resultan con frecuencia reincidentes en referencia con algunos temas. Sin ser de manera necesaria tales circunstancias sintomáticas, lo cierto es que estas reiteraciones habrán de tener algún sentido.

Aquí, para comenzar se va a hacer referencia a un asunto en especial: se trata de las seis poluciones nocturnas que preceden el desplome psicótico de Schreber.

Lo primero que sorprende es la contradicción que ello ofrece con la tesis de un climaterio masculino, dado que para entonces Schreber tenía ya cincuenta y un años.

El propio Freud dio especial significación a este hecho desde una predominante versión médica.

Es bien sabido que tal cual la mujer tiene su menopausia el hombre no carece de una decadencia semejante (andropausia) con implicaciones psicológicas de hecho, pero siempre entendida como efecto de algo fisiológico<sup>89</sup> primero y determinante. A partir de allí, sin embargo, se oculta una opción interpretativa de indudable interés.

Lo cierto es que -ya ha sido dicho- Daniel Paul es la única persona dentro de su familia que puede dar paso a la perpetuación del apellido paterno, luego de la muerte por suicidio de su hermano mayor. Se sabe que este hermano, apelado Gustav<sup>90</sup> era soltero y no resulta extremo arriesgar entre

---

<sup>88</sup> Se sabe que la esposa de Schreber tuvo por lo menos seis abortos en el fallido intento de dar a luz un descendiente a Schreber. (Cf. Baumeyer, F. Op. Cit.). Sin embargo -y tal cual se volverá a recordar luego en este escrito- la buena señora, un poco por iniciativa propia, adoptó a una chica de trece años, hija como ella de actores.

<sup>89</sup> O sea, a nivel empírico. Lo cierto es que visto desde una perspectiva estética se trata del agotamiento indiscutible de una modalidad, de una forma encarnada.

<sup>90</sup> Cf. Niederland, W. G. "Nuevos datos y hechos importantes del caso Schreber". En "Los casos de Sigmund Freud # 2. Baumeyer, F. y otros. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1972. (P. 246).

Según este autor, el hermano mayor de Schreber se apelaba también "Daniel", "Daniel Gustav". Empezó a estudiar derecho y terminó siendo químico. Se sabe no sólo que se suicidó sino que previo a ello, había terminado paralítico.

las causales que le llevaron a tomar la radical decisión, la venganza frente al padre a partir de esa segunda renuncia -no sólo a la vida sino, en consecuencia, a toda opción de descendencia- que comporta su personal determinación.

Si bien el suicidio es recurso terrorista paradigmático -y en este caso es réplica inocutable frente a un apabullante modelo de crianza- más acá de ese general reconocimiento convenía recuperar el catastrófico efecto que al interior de ese grupo familiar debió generar, al ser utilizado por uno de sus miembros como único posible recurso de liberación. Si es dable distinguir entre atentado y tono terroristas es este sin duda un claro ejemplo.

DOS. Ha sido dicho antes: Schreber se casa un año después de tan funesto acontecimiento (suicidio del hermano), su compromiso con la redención del modelo familiar -en la perpetuación del apellido al menos- queda así expreso sin discusión alguna.

Sin embargo esta compensación no logra realizarse y en buena parte a partir de allí Schreber empieza a desmoronarse.

El inubicable pero cierto castigo que sobreviene dispara el terror.

Más allá de ello, lo cierto es que el terror resulta incontrolable porque en primer lugar procede de adentro (así se intente a toda costa darle justificación a partir de marcas procedentes del exterior).

De otro lado, el recurso paranoico suplanta la primera emergencia hipocondríaca. El delirio repone desde entonces el drama de quien impedido para procrear, a toda costa aspira a disolver su condición de género sumándose a la lista de hermanas (educadas con menos celo por la tiranía del padre, apenas -se diría- coro femenino que asiste perplejo a la tragedia bélica que al interior de grupo arman los hombres).

En principio al menos, Schreber no cancela como salida posible la opción autoeliminadora que ejecuta su hermano, y así fuese imitada sin reflexión, ocurriendo antes de derivar en definitiva del lado de esa otra variante que no le fue dado asumir al hermano (el mero recurso de la exclusión psicótica). Si bien Schreber nunca renuncia a la posibilidad del empleo del radical atentado autoeliminador, si en varios momentos de su crisis el suicidio no sólo fue amenaza o posibilidad sugerida -acto en cambio que Schreber intentara de hecho con franca obstinación- no sólo resultaría esclarecedor averiguar por las razones que impidieron que ello se realizara de modo efectivo. Resultaría decisivo por sobre todo, develar las claves metamórficas que dieron paso, a partir de allí, a la directa emergencia de lo psicótico desde la empírica imposibilidad de la real ejecución suicida.<sup>91</sup>

---

Baumayer -en el texto citado- se arriesga a afirmar que padecía de sífilis aunque en ningún momento aporta referencias ni demostraciones. Deduce sin más que esa parálisis debió ser la última fase de la terrible enfermedad (sífilis) la cual por lo demás acarrea psicosis. De igual modo, con pocos elementos de juicio y mucho de arriesgado complemento interpretativo, arma una amplia derivación de juegos y secretos entre ambos hermanos (más bien para justificar la supuesta homosexualidad de Schreber).

<sup>91</sup> No que sea esta la única razón de ser para asumir la significación posible del recurso suicida, más bien punto de partida para reconocer en la continuidad suicidio-psicosis otros sentidos posibles, hasta entonces ocultos. Dígase, en la escenificación auto-inmolaria, el empeño fallido -por detener de una parte, precipitar de otra- un incontrolable proceso que era mucho más que constantes de existencia en destinos apenas reconocibles a nivel personal. Sin dejar de asumir, de un modo aún menos personal, que si la psicosis sucede al abortado suicidio es porque escenifica el otro lado de la existencia donde se hace visible -más allá de la muerte vivida- la razón de ser de complementos del orden de lo divino o del alma. No deberá olvidarse cómo en su delirio, es esto explicitado por el propio Schreber, de modo directo y por diversas vías.

Despersonalizando las cosas, es viable confirmar que la psicosis delira desde el otro lado del suicidio, a cambio suyo.

TRES. Digamos que la condición neurótica, incluso la normal (pues no se puede negar que Schreber lo fue durante buena parte de su vida) en términos generales se resuelve con una simple lectura básica de las condiciones vitales que anteceden al suicidio del hermano y sobre todo al subsiguiente matrimonio de Schreber. De hecho, sin el registro neurótico la versión del climaterio no tendría la más mínima opción explicativa como intento de responder por fenómenos tan radicales como resulta serlo la psicosis misma.

Tampoco hasta entonces se evidencia ninguna tendencia homosexual significativa. En realidad, la parte perversa (no la escueta homosexualidad) la pone en su totalidad el padre.

Por más que se restrigie a cada paso su insoportable tendencia homosexual, Schreber no es homosexual, ni siquiera -en general o de algún modo- perverso (así derive de manera inapelable del lado de una inocultable sumisión). La prueba de ello, es que su psiquismo permite o impone más bien la psicosis (supuestamente para evadir tales posibles y vigorosas opciones).<sup>92</sup>

A partir de entonces, el problema también habrá de ser saber por qué hasta allí no hay visible emergencia psicótica.

Cuando se asume que Schreber desciende hasta la psicosis como defensa frente a impulsos homosexuales demasiado fuertes, no se hace conciencia de que con ello -en cuanto a las patologías psíquicas se refiere- se desmorona el andamiaje todo de las clasificatorias diagnósticas. Al menos, la idea central de modelos siempre regresivos y de fijación -que deciden la mayor o menor primariedad de las estructuras de acuerdo con estados tempranos, infantiles, en referencia con la normalidad, y a partir de ello, ordenándoles en inverso- se ve de modo esencial perforada en un punto tan fundamental, como a partir de entonces, insostenible.

CUATRO. Lacan buscará remediar esto, que de modo progresivo hace de la posición de Freud frente a la anormalidad psíquica, anacronía historicista y simplificante, sostenida por dos pilares (a largo plazo más que discutibles): lo edípico-céntrico y lo regresivo-involutivo. Todo ello, dentro de una oferta metapsicológica más compleja y contundente que incluye la tridimensionalidad de lo tópico, lo genético y lo económico.

Por encima de inocultables renovaciones conceptuales, Lacan mantiene el tradicional modelo de lo clínico que hace siempre de lo mórbido afincamiento sobre la persona.

Y no es ello, decisivo, definitorio recurso metodológico. Se trata en cambio de la prolongación de la tradición aplicativa, donde lo empírico renueva sus poderes. Lacan no da el obligado paso de lado de lo estético, y esa simplificación que se explicita al negarse al empeño creador es cuanto hoy en día

---

<sup>92</sup> Resulta claro que aunque se trate de un impulso hacia lo homosexual antes que de una definitiva instalación en una estructura de ese corte, la defensa frente a ello daría paso -según supuesto freudiano- al desencadenamiento de la psicosis. Habría que preguntarse entonces, por qué se concibe como tanto más fuerte y primario el empeño homosexual que la apuesta por lo psicótico mismo. Se sabe que en realidad se trata del delirio y en su interior, de la emasculación donde se está más allá de todo ejercicio homoerótico (recurso impedido por sobre todo).

Las cosas allí son pues de otro orden, la materia delirante -si es dable decirlo así- es más basal y desmesurada. Schreber, antes que por la homosexualidad, resultó decidido por la desmesura. La alternativa del delirio comporta la instalación en el lugar de una suerte de linderalidad agónica, de inflamada frontera entre la vida y la muerte. Si se pudiera reconocer alguna clave de afirmación personal en ello, cabría decirse que Schreber halló en su fracaso suicida la condición del ser redivivo, el cual recupera por esa vía la ruta olvidada de la singularidad ejercida. Pero entonces lo singular parece más llamado a realizarse a partir de ese punto, y ha de ser esa la razón por la cual la opción de salida liberadora termine derivando del lado de un creciente desborde ingobernable y lacerante. Allí donde el delirio busca jugar de su cuenta a la utopía liberadora, la dependencia originaria del tema suicida apoya esa última tendencia y se refuerza a título de inclinación autodestructiva,.

imperar -sigue imperando- en los modelos de aplicación diagnóstica y en las habituales maneras de atacar los dramas.

No basta la sola oferta estructuralista de tres niveles (lo real, lo imaginario, y lo simbólico) para superar una tradición, que si bien se ve, se afianza más en la perpetuación de un modelo aplicativo-disciplinar que en una clara renovación teórica, de contenidos que fueran alguna vez decisivos para que el psicoanálisis consiguiera diferenciarse.

El lacaniano “retorno a Freud” es en realidad, recuperación del cuerpo de habituaciones ejercidas donde la clínica -a pesar de empeños teóricos, radicales o tímidos- se asume como incuestionado registro de evidencia y poder, por sobre todo, sostenido desde lo social. Y ha de ser por todo ello que allí lo normal reina, por encima de supuestos rigores y de retorcidas finuras de método.<sup>93</sup>

CINCO. ¿Qué se libera sin embargo en esas seis inauditas poluciones del ya casi anciano Daniel Paul Schreber (quien en ello se comporta en cambio con un verdadero adolescente -aún a ese nivel, extraño por superdotado- incluso, más allá de ello, a la manera de un dios, animal y vigoroso?).

Ha sido dicho aquí: lo femenino.

Aunque -cuidado- a su vez ha sido resaltado, que lo femenino se libera desde el delirio mismo. En realidad, de modo previo las poluciones múltiples liberan la masculinidad, y con ello, el delirio. Sólo que se trata de una fuga, desde que lo masculino se escapa del propio cuerpo y -a partir de entonces- deja al alma en la más radical impotencia frente al embate de la liberada femineidad.<sup>94</sup>

Pero no sólo por ello. Lo masculino, si bien queda por fuera, a nivel interno se expresará como explosiones de impotencia (entre otras cosas, ante el insalvable impedimento de sostener un apellido, de fijarlo en la realidad de las generaciones subsiguientes).

Es esa masculinidad -que estalla para huir- la que deja el paso libre a una femineidad, de modo escandaloso contenida y expresa ahora, por la vía no menos explosiva del delirio, de la escenificación psicótica.

Sin embargo, ya que se trata de escándalos ¿por qué no se da -se insiste en ello- como homosexualidad rampante, para lo cual los homosexuales son inigualables?<sup>95</sup> Y de nuevo: ¿por qué la homosexualidad ejercida resulta ser para Schreber su máximo impedimento?

SEIS. La psicosis no es sólo esto en Schreber, lo que sucede es que si se piensa de modo involutivo y edipiano se choca allí con una trampa irremontable (a partir al menos de un específico punto), la psicosis schreberiana, si se la ve como emergencia terrorista y no como reposición radical del pasado personal, comporta un componente cosmogónico cuyo sentido no se puede resolver en el ámbito de lo puro familiar y, menos aún, de cuanto hace relación con el escueto asunto paterno.

Por el contrario, la oferta psicótica rompe con la estrecha armazón de lo más familiar e infantil, no sólo desacomoda los rebordes que en general diferencian lo simbólico, lo imaginario y lo real, dispara sus escenificaciones en mil direcciones, y en más de un sentido, resulta deslumbrante,

---

<sup>93</sup> No por nada se suma de manera abrupta un cuarto registro: el *sinthome* (Cf. Lacan, J. “El *sinthome*”. Seminario # 23. Paidós, Ed. Buenos Aires, 2006).

<sup>94</sup> Esas seis poluciones ¿quién duda que no son ya supuesto alucinatorio?

<sup>95</sup> O sea, no que por homosexuales resulten inigualables en la puesta en acto de un ejercicio tal, es porque el disfraz de lo homosexual defiende de lo psicótico tanto como lo hará a su modo -y cuánto más- la apropiación que de su armado realiza la persona normal. En ello ambos no hacen real diferencia.

creativa y renovadora, como sólo lo puede ser lo terrorista, en tanto asumido como catastrófico y creador.<sup>96</sup>

Desde la desmesura de su condición demoledora, el modelo halla decisivos registros de novedad, que de tanto defenderse de lo terrorista que así se escenifica, por lo general se desconocen. Y esta defensa es plural: de una parte irrumpe desde el enfermo mismo, y de otra, emerge de su terapeuta, también a partir del conjunto de quienes de un modo u otro les rodean (a enfermos y terapeutas) y que se ven amenazados por las eclosiones de lo psicótico-terrorista en ejercicio. Para no hacer mención de las instituciones manicomiales que -del modo menos pertinente y justificado- buscan recluir la psicosis, desde el ejercicio de una normalidad compensatoria, empoderada.

SIETE. Las seis poluciones de Schreber podría ser que fueran la replica a los seis abortos de la esposa -antes que el propio Schreber- impedida para la procreación.

Se sabe que el divorcio estaba a cada paso presente y que de hecho la mujer quedó separada de manera tajante de Schreber a partir de la reclusión que éste con su enfermedad propiciara (así nunca asumiera el sentido de ello).<sup>97</sup>

Se diría -reafirmandose en el proceder psicoanalítico y dándole como continuidad de la versión clínico-estética- que más allá de la emergencia, no menos terrorista, que escenificara ya el suicidio del hermano esta negativa a procrear introdujo de modo incontrolable el predominio de la fantasmática destructiva que desobedecía -definitiva, irreparable- al mandato del padre.

Antes de tales mixturas reafirmante de las responsabilidades personales, cabe reconocer que se trata de un ensamble que por lo menos incluye a otro (hermano suicida). Cabe reconocerse en tal sentido un hecho adicional: así suene exagerado, la mujer de Schreber, su cuerpo, se negaba también -sin saberse muy bien por causa de qué- a parir a un Schreber más sobre la tierra.<sup>98</sup>

Si la liberación femenina se da primero así, por la vía de la esposa, su marca psicótica en Schreber es por eso incontrolable afuera, desde el cuerpo inmanejable de ella. Cuerpo que aporta expresión al alma de Schreber por la vía de lo estético-psicótico, o sea a título de modalidad sostenida desde lo terrorista creador y en tanto escenificación del desborde incontrolable de lo femenino. Y, a su vez, desmesura reforzada desde la autocrática aspiración paterna (sin cuerpo incluso, pura alma

---

<sup>96</sup> Esta aseveración impone aclarar que -según se enlace con las irrupciones de lo singular- lo creador tiene dos vías. O bien sigue la ruta de la desmesura -donde el modelo es demoledor- agotándose en sí, aunque apenas abriendo paso a las nuevas emergencias (como si se tratara de la reposición de la máxima elementalidad del fuego. Ciega fuerza). El otro cauce -reino de las formas- aspira a la puesta en acto de los nuevos modelos que suceden a la más radical demolición. El arte tiende a seguir esta ruta hasta que se empantana en sus propios impedimentos. Por la primera vía, la demencia pareciera en cambio carecer de obstáculos que le hagan real interferencia.

Debe reconocerse que el arte -modalidad que hace brillar la novedad inagotable, derivada de la puesta en acto de todo real despliegue de singularidad- siempre se reencuentra en el recuperado ejercicio de lo singular que estalla como desmesurado desborde y hace de lo estético cima paradigmática. Dicho de otro modo: en cambio de su estallido desde lo singular explosivo, a nivel del arte la singularidad re-halla sus claves estéticas más decisivas, subordinando lo terrorista desde el puro ejercicio de lo creador. Según prime la singularidad creadora o el terror demoledor el modelo resultará siendo más o menos sintomático, diverso en sus expresiones, aunque tanto más cercano entre sí por contraposición con lo normal.

<sup>97</sup> Schreber nunca entendió por qué se lo encerraba y a menudo abogaba por su liberación apelando incluso a su formación jurídica y a su saber respecto de invulnerables derechos ciudadanos.

<sup>98</sup> La muerte del padre, el suicidio del hermano, los abortos de la esposa, reúnen tres acontecimientos decisivos desde donde la muerte impone alucinar, y organiza delirios y derrumbes que parten de una estructura psíquica, hasta entonces apenas sostenida en forma relativa. Cada acontecimiento fatal -si bien no es razón suficiente por sí mismo- aproxima a la psicosis sin duda alguna.

intangibles, hiperpoderosa, imprevisible, que reemergiendo desde su tumba a título de demoníaco estallido congelado, eternizado, de tortura autoinfringida) se impone a Schreber.<sup>99</sup>

Pura ley -tan repudiada como imposible de objetivar- sólo resta el radicalismo de la ficción. Por esa delirante ruta -desdoblado en el padre desde su defensivo repudio- Schreber se hace a su vez doble-víctima, modelo de aspiración prototípica, a partir de una escenificación satánica invertida que lleva hasta la apropiación identificatoria con Cristo redentor.

Es éste el lugar desde donde Schreber aspira a renovar y a redimir a la humanidad toda. Terrorista, autodeterminado allí, que busca apuntalar así la más ambiciosa re-creación. A título de pura desmesura, el terrorismo creador se da entonces en su modalidad más gratuita, inútil y arbitraria.

OCHO. Un infierno de muerte revive a cada personaje interno y fantasmaliza a los externos: personas de hecho, se creen convalidadas desde la locura negadora que crece a partir de sus normalidades incuestionadas.

Y es que en el juego desbordante de lo más expresivo, los personajes se liberan y despliegan. No acontece menos con las voces y las sonoridades, con los paisajes multiplicados y desbordantes.

Un personaje terrorista en un extremo se enfrenta a un personaje esclavo en el otro. Masturbación y aborto se contraponen a sumisión y empeño reproductivo, dando como síntesis contaminada un delirio pletórico de arsenales míticos, ofertas religioso-alternativas, y desquiciamientos transfero-reclusivos.

Afuera como adentro, lo psicótico se empeña en expresar lo indomeñable, que como una nata de petróleo se extiende por las acuáticas orillas de la historia. La psiquiatría por ello, intentando detener sus emergencias, “va buscando el ahogado aguas arriba”, cuando en la realidad éste está por reanimarse entre encontrados oleajes, allí donde los colectivos se hipnotizan con tanáticos retratos de autoinmolación de masa.

NUEVE. Las cosas no se resuelven pues con recursos específicos, apenas personales. Más allá de todo ello, la muerte en vida que de todos modos es la psicosis, impone una narrativa que no desprecia la posibilidad de radicalizar sus escenificaciones, de modo simultáneo partiendo y remontando toda clave personal y toda limitante de tiempo (no sólo a nivel cosmogónico, en lo político también).

La psicosis es el ojo de huracán desde donde lo formal-inconsciente más contundente, más envolvente, sabe reconocerse por encima de toda limitante espacio-temporal.

O sea, una vez lo terrorista pasa a primar, una vez el tono terrorista impone inevitable estallido, lo estético remonta lo clínico para dar paso al despliegue de formas donde lo terrorista aspira a lo creador, dando con ello paso a la emergencia incontrolable de las formas pendientes (así sea a partir de inevitables y masivas inmolaciones, de inocultables contaminaciones).

---

<sup>99</sup> Antes de Freud -se dice- no había más que homosexuales, con el aporte psicoanalítico se despejó la homosexualidad, la versión clínico-estética comporta un tercer registro, lo homosexual. A su vez, la clínica tradicional -buscando recluir la psicosis- no ve la psicosis más que a través del psicótico. El abordaje clínico-estético demanda en cambio la involucencia desde lo psicótico, de lo cual la psicosis es modalidad ya, y el psicótico, soporte empírico, resultante sobredeterminada. Y lo psicótico es modalidad de la singularidad que estalla a nivel explosivo e implosivo, o bien por esa específica vía del desborde demente, o en cambio por la ruta del arte, de lo delictivo, en fin, de lo terrorista, desde múltiples opciones expresivas.

Tanto más aún, si se trata de insuperables impedimentos en lo humano, ahora que la Obra -que le atrapa y le reduce de modo irreversible e inmanejable- lo obliga a un definitivo sometimiento auto-inmolatorio.

Modalidad de consumo que no aspira al intercambio, que es mera ingesta de delirio-obra, sin aspiración de trascendencia alguna ni mucho menos de generalización, pura bomba de realidad suplementaria que sin más se diluye al estallar.

## **El despliegue del terror**

UNO. Antes de intentarse escribir un libro sobre el tema del terror no tendría por qué sobrar algunos primeros desarrollos.

La perpetuación de lo terrorista en Schreber viene sin duda, sostenido, agravado, desde el padre, pero no en tanto lugar paterno como tal, o en tanto déficit en su función. Ya se sabe hasta dónde, cuando se alude al papá de Scheber, se trata de la ejecutoria más extrema y prototípica de la forma-padre. Es porque el padre -enronque entre el papá concreto y la abstracta forma-padre<sup>100</sup> debe acceder a un formato donde de continuo, a cada paso, éste ejercita terrorismo.

Lo más que se logra decir en los abordajes psicoanalíticos del caso Schreber es que allí se trata de un padre sádico.

¿Por qué entonces no se da un hijo masoquista?

¿Por qué en cambio se da un hijo suicida y un hijo psicótico, de tanto como éste último no consigue a su vez auto-eliminarse? En realidad, como fuere -así sea suicidándose o bien psicotizándose- se dan hijos aterrados. Y ese terror resulta tanto más insuperable, cuando circunstancias renovadas lo exacerban.<sup>101</sup>

DOS. Más allá del padre, basta la autoridad para que el modelo reactive sus automatismos. Esto no sólo acontece en referencia con el pasado. Para el niño Schreber, al menos, cada torturante ejercicio pedagógico-paterno marcaba hacia atrás y hacia delante, así fuere de diversificadas maneras.

---

<sup>100</sup> Aún sin proponerselo, lo cual es más bien la regla, nadie para hacer emerger el discurrir plural de los personajes -y a implementar otro tanto como réplica inevitable- como el papá-padre. De hecho, la forma-padre reúne al lugar del padre y al papá, o mejor aún, al conjunto de estos y de cuantos modelos de autoridad, identificación, poder, saber, goce, se pueden sumar allí, y en cuanto tales, disparan el juego de pluralidades en el cual el niño, a su vez, viene enfrascado.

Lo importante del padre no es tanto su sentido en el registro de lo familiar, consecuencia ya factible de múltiples alteraciones. Lo decisivo allí es el enronque entre lo puro biológico y lo social más escueto, indispensable puente que da cuerpo y sentido inicial a todas las modalidades posibles del poder y de la autoridad.

Desde que lo infantil empezó a saber de la autoridad, o a desconocerla de modo tajante a partir del ensamble con este registro, una cierta dimensión hipnoide subtiende siempre en la base de cada quién. Lo cierto es que -desde esa punta inaugural, hasta las formas más supuestamente adultas- la línea no es siempre visible ni continua, aunque sí eficaz de la más definitiva manera.

<sup>101</sup> Así pareciera pasar desapercibida al conjunto de los teóricos del tema, ya ha sido señalada esta clave que da lo psicótico como sustitución de lo suicida. Y no es ello cosa simple desde que se reconoce en el suicidio la evidencia de la forma más radical de auto-atentado, condición ésta la más paradigmática de acontecimiento terrorista. Sólo que si se mira a nivel personal no se puede llegar muy lejos a partir de allí, y es porque el asunto se resuelve a nivel de la instancia de masa y desde la perspectiva del colectivo. Se trata en realidad de la envolvente autoeliminación de la especie y es allí donde encajan ambas modalidades en cuanto atentado vuelto contra sí para dar cuenta tanto de semejanzas como de diferencias.

Es sólo entonces cuando lo psicótico, visto de este modo, delata su enlace indispensable con lo suicida.

Aterra tanto lo que ya se dio como cuanto se espera volverá a darse de modo inapelable (de hecho, tanto más aún). Aterra más el atentado pendiente que el ya dado, no porque éste signifique menos, es porque marcan de un modo diverso. En el último caso se incrementa el tono terrorista, en el atentado pendiente el terror puro resulta irrefrenable<sup>102</sup>.

Cada vez que en la escenificación vital exista amenaza o inevitable rememoración, cercanía de acontecimientos semejantes -como un motor al ser encendido- lo psíquico responderá.

TRES. Vistas las cosas al nivel más convencional y obvio, no cabe duda de que el pasado marca de manera peculiar, y ello no hace excepción cuando del terror se trata. Pero también deberá reconocerse, que dado que existe fantasía de fin de mundo, en referencia con el futuro el delirio resulta tanto más contundente.<sup>103</sup> Es claro que la fantasía de fin de mundo no es de modo necesario asunto personal e intrasferible, el terrorismo -el tono terrorista sobre todo- hacen de ese tema asunto principal para el colectivo y para sus múltiples agrupaciones.

Se reactivan sí, registros humanos primordiales y lo mágico hace de nuevo irrupción. Más allá de todo ello -de modo principal cuando se habla de regresión- debiera saberse, que antes de retorno a la infancia personal, se está mal-nombrando la puesta en acto de procedimientos mentales primordiales, tal cual se ilustra con contundencia cuando -más allá de limitantes físicas, inalterables para la percepción reconocida como normal- Schreber por ejemplo alucina que la luz del sol le persigue.

Pues bien, lo estético exacerbado por lo mágico se desdibuja, empalidece y se silencia, cuando de manera escueta se apela a ello regresión.

El despliegue de estas formas de pensamiento no son de exclusiva marca edípica, es más: se olvidan de lo edípico, para dar paso a una producción mental -no tanto pre-edípica- en cambio, puesta en acto del terror en tanto franca, creadora transgresión.

CUATRO. La pregunta habría de ser entonces: ¿por qué el terror se expresa como forma de producción psicótica y no da paso a la emergencia de un modelo terrorista directo?<sup>104</sup>

---

<sup>102</sup> Y ¿qué es pues el terror puro? Enigma indescifrable, sólo que puesto ahí al frente donde más urge esconderlo siempre. Cada que se coloca un nombre al comienzo de algo, fuere lo que fuese, se está imponiendo una sutura, tan arbitraria como el lenguaje mismo. Pero no se puede negar que un escrito sobre el tema del terror y sus derivados, no sólo es posible a pesar de todo si no que resulta indispensable desde que cada vez más se asigna a ese registro el sentido primero y último de los asuntos sobre los cuales lo clínico-estético versa.

<sup>103</sup> Se dirá que el pasado se proyecta en el futuro, que lo personal aspira a una cosmogonía. En fin, lo cierto es que si se reconoce la presencia predominante del terror el tema del pasado y el futuro en el registro de la resultante debe abordarse de un modo diverso de cómo lo pretende realizar cada cuál y a la manera como lo prolonga la exploración psicológica.

El pasado es invención sobre el hueco de lo ya perdido de modo irreparable, protege del terror tanto como el agujero del futuro -nunca llenable, dado que el presente a cada paso lo intenta cubrir sin conseguirlo nunca-. Trilogía apuntada por la religiosa creencia, pasado, presente y futuro sirven para que el tiempo -clave del devenir hecho presencia- camufle la nada que subtiende a la supuesta solidez espacio-temporal de lo existente, dimensione el cambio de las formas, y perpetúe las aspiraciones de poder, siempre afincado en la certeza de lo inamovible.

Es más, la disolución de las formas desde variantes plurales (superpuestas y asumidas al final, tal cual esa última que aparece -a título de modalidad unificada- como resultante propiamente dicha) consolida la certeza de la materia, que es torsión indiscutida e indispensable para el armado de esa manera lineal de concebir el tiempo y de la condición de empírica inmediatez que condiciona toda presencia en el espacio en cuanto tal.

<sup>104</sup> A lo terrorista se suma lo singular, si no es que resulta más certero decirlo a la inversa, dado que lo terrorista es en efecto la forma expresiva como lo singular explota. Puede ser por eso del registro del estallido terrorista vulgar, o bien implotivo (drogadiciones, psicosis) o del orden del terrorismo creador (arte, etc). Incluso, más allá de ello, debe



Ha sido muchas veces recalcado en estos escritos sobre clínica de lo social, que un terrorista es un modo de lo terrorista, que lo terrorista no es el terrorismo, y -también ha sido resaltado antes, aquí y allá- tampoco los modos inagotables del terror se oponen al reconocimiento de un unificado entramado envolvente (así, en más de un caso, a nivel de las diversas resultantes pareciera disperso e injuntable). El terror y sus derivaciones se unen en tanto se desatan y/o se unifican en la medida en que se fusionan o descontinúan, siempre del modo más arbitrario. De hecho, todo ello se autojustifica en cuanto arma contaminación y desarmonía.

Lo psicótico es un modo de lo terrorista, y si ello comporta dimensión personal el psicótico es un real terrorista (sólo que implosivo como pocos).

El estallido psicótico pone en evidencia el mayor impedimento de lo demolidor-terrorista y escenifica su máxima expresividad representativa, su más caótica aspiración autonómica: libertad enajenada e impotente también.

Las formas del terror pueden ser de múltiples dimensiones y el paso desde el terror al atentado presupone un espectro más amplio de escenificación que el mero estallido.

Todo lo humano en ejercicio, toda obra humana (la Obra misma vista en su conjunto) -de modo más probable en cuanto lo forcluye- es la escenificación renovada, alterada, metamorfoseada, recluyente, del terror. Terror silenciado si se quiere, pero fuente indiscutible en ese empeño.

Y cuando la obra humana se juega en el impedimento para remontar el terror, cuando hace emergencia expresa lo inhumano,<sup>105</sup> pueden darse irrupciones que comporten -entre otras posibilidades de expresión- el atentado terrorista.

De hecho, para que se dé encadenamiento de atentados terroristas es necesario que el despliegue de lo tecnológico haya accedido a un determinado nivel de capacidad envolvente, desde allí lo terrorista -como una sombra inseparable del cuerpo de lo tecnológico- crecerá a su vez del lado de lo más demolidor.

Lo tecnológico está hecho para refinar los artefactos hasta lo imprevisible, lo terrorista para hacerles estallar. Más acá de ello, el terror se juega -implosionante ya- en los núcleos de lo humano escueto.

CINCO. Siendo pues que allí no hay fuga posible, Schreber es una víctima de la gestión terrorista más desequilibrada e irremontable. Si el padre-autoridad enferma a sus hijos es porque no deja alternativa de huida y porque los incluye en sus propias escenificaciones desde una apropiación irreversible, reclusiva, panóptica (y él, por supuesto, no está menos sobredeterminado).

La apropiación del hijo por parte del padre -apropiación que llega hasta lo insostenible- lo es tanto más, cuando el segundo deja de estar (cuando el papá muere, cuando el papá falta, cuando el papá se debilita, enferma o envejece). En efecto, sobre todo, cuando el tiempo diluye esta congelada dominación, se trata de algo que el hijo no logra elaborar.

En la realidad, aún asumiendo la presencia modificada del papá-padre es bien sabido que -de igual modo al menos de como aconteciera en la niñez- el papá no decide al hijo adolescente o al hijo adulto. El perpetuar la forma de la paternidad a través de la existencia, en cambio de diluirla de

---

reconocerse que nada evita la combinación de formas de lo terrorista o de la emergencia de otras contaminantes modalidades posibles.

<sup>105</sup> Ya ha sido señalado en algún documento anterior, que para la perspectiva clínico-estética lo inhumano no es una noción moral. Lo inhumano alude a la condición de cosa -y tratamiento en equivalencia-, comporta esa condición modal que es lo humano en cuanto reconocido como variante sobre el universo (entre otras muchas posibles emergencias donde el ser cosa, el responder como cosa, resulta siendo el denominador común).

modo paulatino, progresivo, más bien debiera verse como una suerte de malformación, congelada al interior de las modalidades de despliegue de lo social.

Ese padre omnímodo tarde o temprano decae, se deploma, pero su decisiva función -paradójica por ello- reemerge y se acentúa, se muta y reaparece por infinidad de vías posibles, desde que el padre es modalidad de autoridad, acaso la más temprana mas no por ello la única ni la más decisiva (tal cual de manera equivocada pensara siempre el psicoanálisis).<sup>106</sup>

Resulta más válido reconocer que cuando el padre ocupa de modo pleno todo lugar de autoridad, cuando de manera inapelable lo signa y lo decide, es cuando el registro de lo mórbido en extremo comienza a figurar. Pero ello podría acontecer con otro modelo no necesariamente psicótico (neurosis obsesiva, por ejemplo) y en contextos no solo personales ni de directa referencia paterna (variantes de masa, hipnosis), pues es la plena cobertura cuanto decide morbilidad allí, no la figura empírica que la encarna.

El hijo no podrá soportar esta condición cuando ha sido apropiado de un modo tal que su alma ha de ser siempre aditamento desde ese "Otro de autoridad", desmesurado, impersonal, y tanto más definitorio. Pero el hijo es personaje por sobre todo, y en tal sentido resulta de modo necesario decidido por otro personaje cuya referencia entonces le completa: el padre (y esto, por supuesto, vale si también se lo piensa a la inversa).

Es más, si en general, se saben tales impedimentos -cualesquiera fueren- sostenidos desde lo social, y si a partir de allí el poder o la autoridad hacen, continúan de manera indefinida armando inevitable presencia, el agujero que deja la ausencia del referente primordial, cualquiera él fuere, inhabilita para el despliegue de las más elementales funciones. Pero, si no hubiera referente, si se tratase apenas del agujero de ausencia, el terror -emergente a partir de allí- delataría cuanto es en realidad, el más básico trasfondo pensable o posible.

SEIS. Lo psíquico aspira también a su reproducción y cuando enfrenta situaciones extremas recurre a cualquier expediente con tal de dar paso a la consolidación de esta clave.

Después, a nivel particular, vendrán al auxilio los fantasmas o los milagros -como apelaba Schreber de modo expreso a la reposición de las marcas terroristas de crianza- los síntomas y las inhibiciones, los sueños y las construcciones de ficción, los rituales disciplinarios del padre, fueren cuales fuesen. Incluso, la creación de una mítica personal, religiosa y tecnológica -verdadero artefacto de terror, indispensable a lo psíquico cuando del caso Schreber se trata- de un modo u otro, resulta presente en cada quien a su vez, desde que lo psíquico se asume como bomba de realidad suplementaria, como verdadero artefacto.

En realidad, el artefacto de terror -más que indispensable a lo psíquico- lo funda.

Lo psíquico es artefacto que elabora el terror, que se defiende del terror, al menos en primera instancia. Incluso -tal cual lo ilustra Schreber, cuando de sus formas más extremas se trata- el artefacto psíquico es la forma más fina de terror en acto.

---

<sup>106</sup> Se dirá que es demasiado superficial un comentario de este orden, sabiéndose que el asunto se juega a nivel de la lógica de lo inconsciente. Y lo cierto es que el inconsciente sin duda lo incluye pero no se reduce a eso (de hecho lo rebasa). Aún cuando se trata de modalidades donde lo mórbido se apuntala y nucleiza con referencia a ello (caso de las neurosis obsesivas) el juego de lo estético y las derivaciones del terror dejan siempre presente la verdad, el juego de prelações que se impone para que el asunto discurra de esa específica manera. Efecto de representación siempre, las modalidades de lo paterno se someten a esa lógica que es del orden de la desmesura de lo estético inagotable y del terror irreductible. Es esa en realidad la lógica del inconsciente, no apenas la eternización de un personaje sostenido de manera constante como si fuera una emanación única y abstracta, justificable apenas para que termine apuntalando los armados de lo teológico, y derivando de ello su supuesta imprescindibilidad.

SIETE. Siempre se asumió la condición defensiva de lo psíquico pero apenas se respondió por las razones de esa urgencia de defensa.

¿Por qué es defensivo lo psíquico, de qué se cuida?

A semejanza del cuerpo que arma protección contra la enfermedad y la muerte, en efecto se ha pensado lo psíquico como defensivo de modo inapelable, por lo menos a partir de Freud.

La propuesta clínica de lo social plantea que lo psíquico se defiende -en principio y sobre todo- del terror.

Valga.

Pero entonces ¿es apenas eso?

¿Qué es además el terror, y por qué se impone la defensa como inevitable a partir de allí?

El terror es al menos cuanto hace que lo defensivo funda al psiquismo. Suerte de agujero negro, subtiende en espejo. Es -si se quiere ir a la más distantes procedencias- versión que da la vida y lo humano con ella (y que en ambos casos anuncia la muerte). Presencia en cualquier posible emergencia desde que -a partir del estallido inaugural que fragmentó en mil pedazos la hasta entonces inocua unidad de la nada (o el concentrado inapelable del todo)- se consolida a nivel cosmogónico, en la base del universo mismo como obligada encarnación.<sup>107</sup>

Hacer certeza inefable de esta verdad, sobredimensionarla y ponerla al frente -como a una manta envolvente de la cual se impone protegerse- es cuanto el terror ilustra cuando del despliegue de lo humano se trata.

Es la nada desde entonces cuanto subyace en la resultante, consolidada sobre el soporte de indiscutida e inaudita presencia. Cuando no, la desmesura del todo, impedido para una plena emergencia literal.

El terror -visto el asunto así- es el negativo de lo puro empírico, la nata de nada que se instala allí -más allá, más acá- de modo inapelable. O bien, el impedimento expresivo para hacerse tangible de una vez por todas en un empeño de armar hiper-presencia, la cual sin duda alguna lo estallarí todo.

El terror surge desde la imposición del enigma que funda toda emergencia y en tanto, de modo simultáneo, presupone lo que siempre pasa y cuanto aspira a la permanencia: modelo doble, indescifrable tanto como constitutivo.

OCHO. Pero el terror -¿sobraría insistirse en ello?- antes de asunto humano es cosa de la vida, prototipo siempre de sobrevivencia, de armado defensivo. El animal sin duda no es ajeno al terror. Pero ¿dónde, en realidad, irrumpe el terror, siendo que no aparece de modo necesario en cualquier emergencia vital?

Difícilmente se puede descifrar terror en una planta, o incluso en un pormecio o en una ameba, aunque entonces las claves de fuga empiecen ya a anunciarlo.

Lo cierto es que el humano terror emerge en tanto tal mucho tiempo después de la irrupción de vida y por eso, para lo humano, el terror comporta especificidades, que a partir de un determinado punto, le tornan peculiar y desbordante, redondo y exclusivo.

---

<sup>107</sup> Es este un punto donde, como se sabe, coinciden la física contemporánea con las primeras formulaciones de la filosofía griega: terror congelado, contenido, que sólo con la emergencia tardía de la vida cobró sentido y asumió condición fundante, nuclear.

Antes de toda graficación especular -si se lo quiere mirar a nivel individual- el terror es la condición de sombra que de manera inobjetable antecede.<sup>108</sup>

Terror, entonces, reactivado de modo inevitable y -casi sin notarse- en el hueco que genera cada cuerpo al moverse, al pasar, al dejar irrealizadas opciones múltiples, al propiciar el rastro de ese anuncio de nada que lo funda y lo espera y que lo justifica en su sintomática presencia desde que al todo sólo le es dada la expresión a partir de la inagotable cadena que sin repletarse nunca de algún modo -al hacerlo visible- lo refuta.

Sombra del todo que la resultante retrata -que es la clave de una consolidación de otro modo insostenible- que se disuelve en nada armando ficción de cualquier realidad por sólida que fuera, imposible punto de encuentro donde la nada y el todo delatan su condición fundante y al tiempo inaprensible, es el terror ahí, constancia camuflada.

Como fuese, hueco taponado por la inagotable representación es el terror lo forcluido. Puede por ello ser el reconocido colmo de afirmación de toda presencia, impulsado por sus urgencias de perpetuación, contrapuesta a otras opciones, a otras resultantes a las cuales -en cambio de sobrevivirlas- aspira sin más a demoler, es el terror también sin duda esto.

Por ende el terror no es la mera carencia, la falta, el cero, la ausencia, es en cambio el más acá impedido de la escenificación de éstos referentes de la nada. Y así, desde la pura oscuridad irreductible, la escenificación sea reconocida ya como anuncio de derivaciones terroríficas, el terror resultante aparece siempre instalado en el hueco de cada interioridad o -por decirlo de otro modo- en la irrupción indispensable cuando la interioridad se refugia al interior de la reclusión que es ella misma.

Por todo ello, aún sin dispararlo por necesidad, la escenificación de un sin fondo sin luz, permite la intuición del terror. Ese hueco se cubre de forma inapelable, se ilumina a cada paso, y -por pura paradoja- sin llenarse nunca se repleta siempre.

Por ello también, el más puro terror se siente antes de poderse definir, previo a ser comprensible es de antemano irreconocible, enigma total insuperable y al tiempo a cada paso factible de hacer presencia, de continuo nombrado sucumbe en la impotencia de hacer visible su importancia primera (y esto, por más extremo que pretenda ser en el nivel de las más periféricas modalidades y/o de sus más específicas emergencias). Siempre demeritado, excluido, repugnado, o forcluido (así, en forma irremediable, retorne renovado, sin que -en realidad- exista posibilidad alguna de remontarlo) por sobre todo, el terror subsiste y persiste.

NUEVE. Lo psíquico irrumpe cuando el hueco sin fondo se ilumina y accede a la escenificación. Pero no sólo lo psíquico, el hueco sin fondo que soporta lo psíquico presupone otras perforaciones que se iluminan, que se llenan a su vez.

El hueco de lo psíquico se opone y se impone como agujero interior desde que a partir de él la exterioridad ha sido de antemano llenada, iluminada, escenificada.

---

<sup>108</sup> No que toda sombra por sólo ello genere terror. La sombra concreta es la graficación estética de un terror que empieza así a ser domesticado, a ser demeritado, a ser -en lo posible- remontado.

El mundo de sombra como conjunto es otra cosa. La pantalla negra que impone iluminación para la escenificación onírica -por ejemplo- es ya graficación, así sea desde el todo impedido o a partir de la nada (no menos incapturable). Lo cierto es que -dado que procede de una presencia constituida que pretende subordinarla- sólo ello no alcanza a dar paso a la evidencia del terror. En cambio, el terror asociado a grafitaciones, a escenificaciones de pérdida, de padecimiento, de reclusión, puede emerger sin más. Esta modalidad es ya derivada, subordinada al terror más basal e irreductible, que en lo posible se busca mantener a distancia y que la psicosis aproxima en exceso.

También allí donde se instala la persona -una vez torna necesario administrar la emergencia de los personajes, de los decorados, de los acontecimientos, sociales, oníricos, urbanos- se arma núcleo psíquico, es cuando se asume como complemento, y fundamento al tiempo, de paisajes interiores y de bandas sonoras, coloreados de continuo por sensaciones táctiles, olfativas, gustativas, que les refuerzan y completan.

DIEZ. Pero lo psíquico no es sólo esto, esas son sus modalidades más periféricas, más superficiales, más inmediatas, aunque no por ello menos decisivas.<sup>109</sup> En la actualidad -dado que la Obra así lo impone- lo psíquico se arma desde modelos masivos de escenificación. La obra urbana, la Ciudad como tal, hacen de lo psíquico modalidad suya, y cada modo de lo urbano es expresión colectiva, irrupción masiva, con múltiples variantes e inagotables despliegues, incluso personales.

Pero entonces ya no sólo se trata del terror, para llegar hasta allí se han ido generando adecuaciones y repliegues, significativos en más de un sentido.

Dado lo humano en la Obra que aspira a remontar todo terror (siempre desatándolo en cambio de modo sintomático) una cuestión es el terror padecido, otra el terror infringido. La víctima hace que el terror irrumpa, no sólo por vía personal. El mero enfrentamiento del acontecimiento natural desbordado, da paso a un terror humanizado (en tanto antropomorfización que se conjuga siempre como atentado).

Modo apenas de lo terrorista el atentado es la escenificación del estallido, donde si bien no se repone de modo literal la explosión inaugural, toda eclosión lo revive y rememora de inocultable manera.

Pero, desde que el terror comporta víctima y victimario, se impone además la tortura como condición definitoria e inapelable.

Nada más iluso que pretender presuponer a ese nivel necesaria intencionalidad.

ONCE. Se nace en el terror, y si lo psíquico empieza y se rehace de ese modo sin duda alguna es apenas por ello.

El corte que es todo nacimiento pone de entrada en el terror, lo cual es como decir que deja de manera irremediable afuera (registro de evidencia donde lo psicótico delata su condición más fundante a nivel personal).

Es cierto que si no se sucumbe, se impone la espera. Y, si todo va bien, la sola espera empieza a ofertar salidas. A partir de ello, entonces, de modo indefinido se puede terminar rodando así.<sup>110</sup>

Sin embargo el terror subtiende, y tarde o temprano hará emergencia de nuevo, tanto peor si viene dado desde un modo tecnológicamente apuntalado y, más grave aún, si el padre -o la autoridad que fuese- lo reata y reafirma a cada paso.

Pero la sola diferencia de volúmenes, de proporciones, de ritmos, de alteraciones, que cualesquiera fueren sus irrupciones lo externo comporta, y a partir de allí la inevitable obediencia a esos poderes, a esas dominaciones, implica la decisiva presencia del terror renovado, y de esto que se apela en clínica de lo social, tono terrorista.

---

<sup>109</sup> Lo estético parte siempre de la periferia hacia lo más basal y da de entrada por tanto condición primordial al registro de las resultantes, de las emergencias más visibles y contundentes. A diferencia del empirismo, lo estético no halla allí constatación de evidencias, antes bien reconoce en sus trasfondos, a su vez innegables, la presencia del reino dominante de los enigmas (en última y en primera instancia irremontables).

<sup>110</sup> Se trata por sobre todo de la permanencia del cuerpo que insiste desde la constancia de su empírica materialidad en avanzar por la ruta de decrecientes y/o fortalecidas resultantes.

DOCE. El personaje terrorista es amenaza constante desde que el imperio de la persona se impone desde lo social a la resultante infantil más primordial.

¿Qué es sin embargo la interioridad, desde que se incluyen los personajes en el universo de la persona?

Sin pensarlo mucho, cabría afirmarse -al menos como tendencia- que el terrorismo se arma afuera, mientras que el terror es -por sobre todo- interno, al menos allí se capta incluso cuando dándose por fuera, genera interioridad por ello sólo (caso de las masas).

Lo interior entonces no resulta decidido desde la apropiación personal, así comporta la mera inclusión de los personajes.

O sea, una vez lo externo arma forma humana, reproducida de modo inagotable, irrumpiendo de todos lados y en cualquier momento, o en cambio diluyéndose a partir de modalidades igualmente arbitrarias, el terror puede ser también -antes de personal emergencia- interno a la masa, y resulta claro que la masa -antes que por ser masa, en cuanto deriva indefensa- explicita el terror desde una interioridad apenas por ello justificable<sup>111</sup>.

El personaje terrorista crece desde esa nueva forma del adentro, y a partir de allí arma despliegues, desbordes, catástrofes silenciosas, estallidos que pueden no salir, que son verdaderas implosiones de lo singular, ahora que cuando se alude a lo externo o a lo interno se trata, por sobre todo, de claves de reclusión. A ese nivel se da a su vez terrorismo creador, y armando escenificación desde los congelados más tempranos del terror, el terrorismo creador desatasca el esfuerzo representativo.

TRECE. En ensamble no siempre conveniente con la urgencia de la Obra, casi ya autonomizada, lo terrorista reordena el terror y lo somete, desde la resultante humana de conjunto. Lo terrorista se da además en las modalidades previstas<sup>112</sup> o bien como acontecimiento-micro, o como estallido, o como tono.

Y tal cual a su vez fuera señalado, si se recluye en la interioridad de las resultantes puede ser implosivo, o bien explosivo, si las estalla en sus escenificaciones más externas obligando con ello a renovadas reposiciones.

Las denominadas psicosis son formas extremas de implosión terrorista donde se congela lo singular, donde creyendo dar paso -compensado, iluso- al todo expresivo, a la más endemoniada creación de resultantes, en la medida inversa al colectivo taponamiento, se escenifica lo humano como condensado, arbitrario desagarramiento. Y es por ello que allí, a ese nivel, la escisión que decide lo humano adquiere dimensiones paradigmáticas (en el sentido clínico-estético de lo más sintomático).

CATORCE. Expresión de ello, es en este sentido que se ha afirmado aquí, que las irrupciones psicóticas son emergencias desde lo estético más extremo y puro.

El delirio de Schreber es eso: despliegue de formas, representación de atentados, esfuerzo lúdico e inútil por contener el desplome, el fin del mundo, la pura irrupción del más contundente terror nadificante. Sobre ello se monta el despliegue figural, donde la literalidad del terror se resuelve por una vía, si bien peculiar, de eficacia indudable.

Los mundos renovados afuera impedidos hacen emergencia desordenada, desconectada de toda posible perpetuación y generalización solidaria.

Lo humano allí parece un delirio ya donde lo trágico contemporáneo abunda y donde la incoherencia y el enigma reasumen las cosas, como si fuera desde un principio, haciendo caso omiso de toda

---

<sup>111</sup> O sea que no se exagera al concederle alma a las masas a pesar de su ceguera y de su material volatilidad.

<sup>112</sup> Cf. Supra. Nota 95.

tradición, de toda posible continuidad, de toda historia. Así fuere a título de ilusión, preámbulo de esto que hoy en día resulta ser tan visible como evidente Schreber, además, es anuncio ya de máquicos y redondos armados desde autónomos mundos personales, que en apariencia hacen libertario obstáculo a toda colectiva realidad (más bien en la medida del más enajenante sometimiento).

QUINCE. En síntesis, Scheber es la eclosión de lo psíquico ante el normal impedimento para armar barrera frente al terror. Allí lo psíquico estalla, se congela en ese punto donde no sólo el modelo implosiona, más aún, donde se impone la escenificación como obra directa y a partir de un terrorismo cuya aspiración creadora resulta tan indiscutible como dramática.

Ya ha sido señalado que el paso del terror al terrorismo ha de ser previo a tal ecosión, que una cosa es el terror vital y otra el humano terrorismo. Tampoco el terrorista es igual al personaje terrorista y a su vez, una cuestión es el terrorismo, otra el terrorismo creador.

Sin embargo, en el armado psicótico todo ello confluye de manera invasora y salvaje, excluyente de cualquier otra opción de resultante escenificada y escenificante.

Sobre todo, las psicosis delatan que no se trata apenas de lo mero defensivo, del hiper-despliegue de lo protector, o de su inocultable ineficacia. Más allá de esa gastada versión clínica, lo estético relumbra por encima de preconceptos y de justificaciones.

Expresión de fuerza transformada por la vía del delirio alucinatorio, la emergencia de lo psicótico coloca un contundente signo de interrogación frente a las convencionales maneras de hacer aplicación clínica. Mientras esas preguntas no se despejen -o al menos, mientras no se incluyan estas condiciones y no se pase a enfrentar las cosas por rutas renovadas, hasta ahora excluidas- los soportes de estos abordajes racionalistas, en gran parte empiristas, seguirán delatando corrosión creciente, anunciando irremontables desplomes, y -entre tanto- delatando generalizadas sintomatologías, cada vez más presentes, allí donde siempre en cambio se creyó encontrar redondas soluciones e indiscutibles verdades.

## **Lo psicótico y la normalidad**

UNO. Cuanto sigue, busca ubicar el asunto Schreber en un registro más vasto de aquel que le decide desde la visión clínica tradicional, donde se le abstrae con el contundente y escueto diagnóstico de psicosis.<sup>113</sup>

Son muchos los hilos que se deben incluir para conseguir en ese sentido un tejido coherente, sólido, y con entrecruzamientos ordenados y completos, incluso dibujando en su superficie figuras bien delineadas y armoniosas. Aquí, muchas cuestiones apenas se podrán mencionar, así en más de una

---

<sup>113</sup> Y no que el empleo del término sea prohibido para los demás mientras, de modo simultáneo, se asume su uso sin restricciones. Lo psicótico es la oferta que se antepone desde la versión clínico-estética, que si bien no cancela la inclusión de conceptos como la psicosis o las psicosis, pretende darles una localización más envolvente, a título de modalidades al interior de un reguistro más envolvente y para nada devaluativo.

De otra parte, no es claro que esta versión de lo psicótico propiamente dicho no sea incluido en el modelo habitual (aún sin nombrárselo de modo explícito de esa específica manera). Más de una vez, en efecto, se harán reconocimiento de ese orden en las reflexiones psicoanalíticas, bien sean freudianas o lacanianas. Pero no por ello se puede alegar allí una prelación, o la marca suficientemente decisiva, que dé paso al reconocimiento de esta perspectiva, como constancia decisiva de aplicación.

ocasión anuncien temáticas vastas y hondas, que de hecho exigen exhaustivas y pendientes investigaciones, pero aún siendo ello de ese modo, posee sentido y validez su inclusión desde que de tal manera se explicita la siguiente indispensable clave, a partir de la cual se enlazan extremos tan contrapuestos y antagónicos como resultan ser, de un lado la normalidad, de otro las psicosis.

DOS. Se ha dicho antes que sólo existían homosexuales cuando -previo a los develamientos freudianos- se carecía de una explicación teórica que diera paso al reconocimiento de la homosexualidad propiamente dicha. Debe decirse a su vez, que tratándose de psicóticos y de normales no sólo cabe inducir la doble presencia de la normalidad, que en un determinado sentido subtiende, y de las psicosis que de modo tajante se contraponen a ella.

O sea: los psicóticos no podrían existir de no darse el necesario complemento de las personas normales. Y es por ello que se impone el soporte de un segundo registro -ya no empírico, en cambio conceptual- desde que se reconoce que en las personas que las encarnan, la normalidad y las psicosis se dan sin superponerse la estructura y la persona que la encarna de un modo literal y redondo.

Las psicosis y la normalidad arman sin duda un registro diverso de aquel que de forma aislada, el psicótico y la persona normal imponen cuando se les compara o se les reúne.

Más aún, subtiendiendo a la normalidad y a las psicosis, es posible reconocer un registro aún más basal donde ambas se reúnen y se complementan por encima de todo aparente antagonismo.

TRES. Sin embargo, una persona normal asume su normalidad como soporte indiscutible, evidente. La verdad es que -se insiste en ello- el enlace entre uno y otra es todo menos lineal y continuo. No es lo mismo -ni nombran idénticos asuntos- el concepto de normalidad que la condición que hace de alguien un ser normal.

A su vez -por supuesto cuando se lo cruza- el individuo normal reconoce al psicótico como anormal, con casi idéntica presunción de evidencia con la cual él se asume a sí mismo como puntal indiscutible de verdad. Sólo que cambia un decisivo punto: dada psicosis para la persona normal, el otro psicótico es ajeno, extraño, anormal, carente de soporte alguno. Él, en cambio, resulta siempre allí -cuando de un juicio tal se trata- indiscutible, incuestionable, como si fuera inapelable referente con el cual cuenta la razón, para hallar de ese modo verdadero, inapelable soporte.

Sin mediar razonamiento alguno, juicio y diagnóstico parecen uno sólo (y en ese punto la normalidad del terapeuta resulta difícil que admita ser doblegada).<sup>114</sup>

Ahora bien: resulta claro que la psicosis del otro pone al frente la verdad defensiva que soporta esa primera condición forclusiva, sobre la cual reposa toda particular normalidad.

No por ello el entronque y la demarcación entre normalidad y psicosis tienen las mismas connotaciones y determinaciones. Para la realidad que encarna cada quien, no sólo lo normal no se antepone de modo principal a lo psicótico, y es un hecho, que para una perspectiva tal, en el polo opuesto de lo normal está lo anormal, y lo más anormal de lo anormal -sumando a ello la perspectiva clínica- coincide con las psicosis.

---

<sup>114</sup> Se habrá de reconocer que se trata del polo más espontáneo donde no se incluyen mediaciones teóricas ni presupuestos clínicos. Sin embargo, el clínico tradicional, por mejor dispuesto y prevenido que esté frente a estos prejuicios y asunciones, no deja de ser alguien normal que se enfrenta al enigma de las psicosis -y aún siendo a un nivel que remonta su intencionalidad y su mejor disposición- más tarde o más temprano habrá incluido en su accionar aplicativo la huella de esas desproporciones. Es esa la razón por la cual frente al psicótico no basta con tener la razón, y resulta más fácil generar efectos allí, jugándose en un registro donde el rigor de lo clínico es lo primero que queda cuestionado.



CUATRO. No son sólo posibles contrastes de normalidad por la vía de lo mórbido. Resulta más que sabido, que lo anormal puede nombrar a su vez niveles donde incluso se trata de asuntos frente a los cuales las claves psicopatógenas no imponen como indispensable su inclusión.

Lo singular es siempre del registro de lo anormal, y aunque de hecho lo singular puede incluir lo psicótico, ello no resulta indispensable para la consolidación de este último concepto. Lo singular nombra, por ejemplo, la condición del genio, el estallido de lo terrorista, y -en general- la perpetuación silenciada de constreñidas singularidades y sus desbordes transgresores, en fin, todo ello, dado que de hecho se incluye la diferencia extrema en cualquier posible dimensión. Al tiempo, al lo singular, lo psicótico lo ilustra por una de las rutas más imprevistas y amenazantes, pues si bien no coincide de modo directo con el más habitual terrorismo (explosivo), sí porta las claves implosivas de un terrorismo (no por ello menos válido).

CINCO. Habría de reconocerse el nacimiento como el más increíble de los estallidos -no menos demoleedor a pesar de luminoso- para entender que lo singular está allí, fundante, insuperable, desde la misma inauguración que el corte natal pone en acto sin comportar por ello necesario daño.

Y por esa ruta de lo singular, lo psicótico -y también las psicosis-<sup>115</sup> tienen un aspecto muy diverso del que les acompaña cuando se les subordina a la égida que les impone la versión normal.

Ahora bien: no todo cuanto se reconoce como resultante psíquica normal pasa por la inevitable reposición -así fuere forclusiva- de lo psicótico. Sólo a nivel extremo acontece ello pues lo normal -si bien parte de allí- tendrá que olvidarse de ello de modo necesario para poder apuntalarse en la constancia que la adaptación a lo social le impone.

Pero, se puede afirmar con toda precisión y sin ser por esto contradictorio, que en ese punto donde la normalidad se afirma como doble forclusión frente a la forclusión misma que comporta lo psicótico, sus ataduras más decisivas no permiten ningún desanudamiento sin desdibujarse por ello del modo más radical y sin correr serios riesgos de resultar refutada de la más tajante manera.<sup>116</sup>

Aún dada la formación y el rigor científico de los clínicos de las psicosis, al tiempo asumidos y soportados desde la certeza de la normalidad encarnada, incluso sin tener que evocárselo a cada

---

<sup>115</sup> El primer concepto (lo psicótico) del orden de lo estético, el segundo (las psicosis) válido a nivel de lo clínico.

<sup>116</sup> Si lo psicótico es *un* piso que subtiende no es por ello de manera necesaria *el* piso que subtiende, se quiere decir. Así pudiera haberlo sido en el nivel más basal, el despliegue de los encadenamientos de lo representativo ha dado paso a realidades que se desapuntalan de allí y que pueden operar sin el reconocimiento de enlaces directos con ese suelo inaugural.

Sólo que ello no obsta para que el enlace entre lo psicótico y lo social sea previo a todo apuntalamiento modal. Desde que la normalidad se decide -al tiempo y de forma diferencial desde lo social y sólo en segunda instancia en lo psíquico- si se habla de doble forclusión ha de ser porque la más basal de las resultantes marca y decide en y a partir de eso social. Dada primera forclusión a ese nivel, emerge psicosis y ésta puede tener expresión, tanto individual como de masa. Es por esto que instaurada normalidad en el resto del cuerpo de lo social se da reposición forclusiva (segunda modalidad) como compensación defensiva ante la irrupción de esa inocultable presencia.

De tal modo que si se preguntase: “-Y ¿qué es ahora la forclusión si no es del nombre del padre?”- tanto peor aún: -“¿Qué diablos es la doble forclusión?”- habría de replicarse: Se forcluye el terror, y por doble vía se da forclusión frente a la amenaza terrorífica de la psicosis-que-forcluye-el-terror y -aunado todo, por pura paradoja estética- la doble forclusión termina dando paso a eso que se refunde en lo colectivo y que se expresa como mera normalidad. Normalidad, que vista así, de modo progresivo fortalecida a través de los tiempos, es un muro protector que empobrece la representatividad y la somete a un lugar de restringida eficacia. De todo ello, cuanto sale beneficiada no es otra cosa que la realidad, que es cuanto se consolida a partir de ese sometimiento representacional. El yo nace de allí, se afianza allí, y parece tan indiscutible como lo es la distancia que se arma frente a cuanto en apariencia resulta ahora ajeno, diluido terror.

paso, decidido el lugar que ocupan como puntal indiscutido de poder, es ello tan extremo que ha de ser en ese sentido que resulta inevitable que al hacer frente a un tema tal la normalidad se desmantele allí o se niegue a permitir su remontamiento.

SEIS. La normalidad no sólo es un registro que no se resigna a ser la mera suma de los modos empíricos en los cuales de hecho ella encarna. Más allá de ello, el registro de la normalidad es transpersonal y comporta claves que le definen en referencia primera con modelos, más bien de índole abstracta. Si bien la normalidad en más de un sentido remonta las edades, puede ser alterada con toda radicalidad desde versiones y variantes espacio-temporales.

Sin embargo, por encima de ese relativismo definitorio existe una condición presente siempre e irremontable. En efecto, para que se dé normalidad se impone no sólo una clave forclusiva -y es ello tanto más visible desde que se le compara con las psicosis- en realidad se trata de la presencia desde lo normal de la doble forclusión, por tanto incluye la forclusión de lo psicótico, que en ese punto la subtiende como una clave inabandonable y definitoria.<sup>117</sup>

De hecho, lo psicótico no sólo está forcluido para que se dé despliegue de normalidad (aún con más contundencia, en aquella que no se le liga de modo directo) es que, incluso por ello, las psicosis -a mitad de camino de esa doble forclusión- irrumpen de ese modo, en tanto desde la normalidad se las percibe y reconoce de esa forma. Sin embargo, no hay nadie más ajeno y más indiferente a las apariencias que muestra su psicosis que el psicótico mismo, y nadie más asido de ello, que la persona normal que le juzga y diagnostica al tiempo.

Pero todo eso es refriega periférica donde se amaña lo estético (tal cual haría un río cuando deambula por los valles, antes de precipitarse con toda decisión hasta el más constitutivo océano, meta siempre de sus empeños).

SIETE. ¿Cómo es esto de la normalidad entendida como doble forclusión de lo psicótico?

Piénsese -si se lo quiere localizar con toda claridad y precisión- en la escisión entre vigilia y estado onírico: si bien la normalidad es asunto del ejercicio de la vida despierta, por fuera de ésta, para poder soñar, se debe cancelar todo rastro de vigílica conciencia.

De otra parte, se sabe que al soñar se es tan psicótico como el mismo Schreber.<sup>118</sup> Pero, si despierto se alucina como en sueños -o si alguien lo hace al frente tuyo- se trata sin más de alguien psicótico. Y es ello tan evidente -si es que se piensa en la circunstancia objetiva misma, despersonalizando las

---

<sup>117</sup> Antes de cualquier amarre empírico, sin necesidad de una confrontación interpersonal -donde tampoco esto falta- los registros de lo normal y lo psicótico se apuntalan así. Y es esta la razón por la cual lo psicótico no aparece subtiendo siempre a lo normal, aunque sí presupone a cada paso su indispensable forclusión.

<sup>118</sup> Ahora bien: así se trate de lo psicótico, el soñar se juzga como algo normal. Cuanto se considera anormal es por supuesto desde la perspectiva de lo normal: dígame soñar sin estar dormido (o sea alucinar, más allá de fantasear). Cuando se nombra lo psicótico se está reconociendo, que por encima de ello, la persona normal sublima hasta lo onírico, mientras que el psicótico a plena luz del día (en este caso Schreber) coloca algo más. En efecto, a cambio de sueños se trata entonces de delirios y de alucinaciones.

Sólo que vistas las cosas desde una perspectiva menos literal y empírica, menos personalizada, más que el psicótico es el delirio el que pone allí lo suyo. De hecho, la segunda forclusión que determina el despliegue de lo normal está dada en lo social, pasa por ahí y sin esa condición, no habría psicosis. Es por esa razón que se ha afirmado en este escrito que la psicosis, antes que producción directa del psicótico, es síntoma en y de lo social.

Ahora bien: se trata entonces apenas de forclusión. De su parte, lo psicótico liberado de lo social, des-sujetado de ese puntal, libera la desmesura de lo estético y ha de ser por ello que la psicosis en tanto tal es por sobre todo eso: desborde representacional.

cosas y haciendo al margen las habituales interpretaciones que desde lo normal se imponen siempre que resulta difícil reconocer la existencia de una posible versión distinta.

Ahora bien: es claro que la sólo presencia del psicótico hace saltar la forclusión indispensable, que aísla en cada quien la vigilia del sueño, clave indispensable para fundar normalidad.

Es más: lo psicótico está en la base, y es al tiempo responsable de la emergencia onírica y -en tanto doble forcluida- de la vigílica certeza de normalidad, de tal modo que si se da psicosis se impone reconocer más allá de ello la doble forclusión para poder garantizar normalidad (de hecho, allí donde bastaría con sólo una, para que a los ojos del normal se dé también psicosis).<sup>119</sup>

OCHO. De tal modo, que una cosa es el psicótico y otra cuando se le suma el normal.

Se ha dicho además que ese registro de lo más empírico en la resultante, no sólo es subtendido por la realidad de las psicosis y de la normalidad -dimensiones que cada cual a su modo remonta desde el escueto ordenamiento de lo personal- sino que en cuanto tales incluyen un piso común que se apela lo psicótico.

Las psicosis proceden del levantamiento frente a lo normal de una primera clave forclusiva suya que retrata -desde la exacerbación de las defensas- el trasfondo de algo. Forclusión que define tanto como con todo radicalidad no se asume. Si bien ello no decide a las psicosis, cabe afirmarse -sin temor a equivocarse- que resulta válido también concluir que no hay psicosis sin normalidad al frente que le complementa y al tiempo le excluya.

Y esto ya no es posible de ser entendido si no se remonta el puro nivel de contraposiciones particulares, personales, empíricas.

NUEVE. Y es que, en ese registro que así se anuncia, la normalidad es amenazada por lo psicótico que la devela como la máscara que oculta su más repudiado rostro.

Ahora bien: ¿qué es entonces lo psicótico? Si bien resulta bastante claro ya que lo psicótico no pueda ser mero asunto personal, más allá de ello ¿qué lo distingue y qué lo justifica?

Lo psicótico propiamente tal es el recubrimiento más basal del terror fundante -por no decir, el impedimento para armar representación, al interior del terror mismo- sostiene y encubre la permanente presencia del terror y se ofrece por ello como piso sobre el cual el juego de las representaciones se despliega. Base que entonces se soporta sobre la nada irremontable, sobre el abismo sin límites ni fondo.

Pero lo psicótico es a su vez empeño desbordado de llenarlo todo desde una desmesura y desde una sinrazón, contrapuestas a esos trasfondos insondables.

Spengler podría llamar a esta operación la fuente inaugural del anhelo, pero se trata de la condición que pone en acto el enigmático e incontenible despliegue de lo estético que formaliza en inagotables resultantes y desde un impulso vigoroso e indetenible, que desde el máximo caos, puede incluso llegar hasta el milagro sublimado de la razón sostenida (sin embargo, siempre factible de perderse a cada paso).

La primera evidencia de esa eclosión estética la ilustran los sueños, Así desde las resultantes de lo social envolvente se los demerite, se los intente doblar a partir del imperio de la dominante versión normal de lo vigílico, indiferentes frente a todo demérito y ante toda exclusión, y en ello hasta el

---

<sup>119</sup> Dicho esto así parece exagerado en extremo, pero basta mirar con detalle los criterios que deciden en lo clínico los linderos entre normalidad y psicosis -o las claves que definen la existencia indiscutible de psicosis, o el solo entrapamiento al cual se deriva entre más se cree estar develando la verdad del asunto- para reconocer cómo, por encima de rigores y pretensiones científicas, se trata siempre de estos juegos defensivos.

olvido y la más decidida cancelación, los sueños insisten y retornan, por encima de cualquier obstáculo y ajenos a todo supuesto progreso.<sup>120</sup> Es de esa forma como lo estético más negado y repudiado encuentra siempre el enlace con los primeros hilos que le atan al juego indetenible de las representaciones.

DIEZ. ¿Qué es entonces a la luz de la versión clínico- estética la psicosis de Schreber?

Vistas las cosas al nivel más general, se trata en primer lugar de la desmesura en lo estético.

Ya ello ha sido dicho.

Congelado donde lo singular, el cuadro psicótico que encarna Schreber halla una de las vías más extremas de irrupción, puesta en acto -a partir de allí- del estallido implosivo-terrorista que en ensamble con el refuerzo de lo estético se arma a título de proceso delirante.

Esto tampoco es nuevo.

Desde la perspectiva de lo máquico, el delirio es empeño de armar obra buscando recuperar la involucencia y la prelación de lo humano más basal, perdido de forma creciente y supuestamente irreversible.

Terrorismo creador que discurre a su ritmo y que no halla soporte de creencia que desde afuera y desde el colectivo le convalide.

Tecnología demente que da como suplemento del delirio a la persona y termina generando el efecto contrario del buscado: aplastamiento de lo humano desde la desmesura de la obra incontrolable, irrupción desbordada del registro de lo inhumano, donde se hace visible el impedimento para el ensamble anhelado de lo humano (acaso del modo más iluso recuperado, a partir de la apropiación del perdido apuntalamiento con el universo).

Lo no dicho sería entonces, que la psicosis es la reivindicación -desde un concentrado punto modal suyo- de la aspiración impedida de lo humano-en-sí. Intento fallido ya, en tanto el delirio que lo apuntala no es menos tecnológico obraje que estalla del modo más sintomático y terrorista.

ONCE. Si tal reapropiación no se logra, ha de ser porque al tiempo y en contravía, se trata de llevar hasta el extremo del estallido, la urgencia de realización de lo máquico cada vez más afectado por las aspiraciones de fin de mundo que el terrorismo, a todos los niveles y en primer lugar, encarna.

El delirio delata por ello el abismo irremontable y terrorífico que de manera compensatoria intenta llenar el agujero negro, corte que la consolidación imposible de lo humano -ultrapersonal, basal e irremontable- introduce siempre. Lo cual sólo tendrá opción de detención en el reencuentro con el estallido al final de cuanto -a nivel originario- diera paso a la incontenible emergencia de las resultantes.

Lo humano sólo es como tal en ese punto de partida. Desde entonces se hace Obra, y obra en tanto tal.

Ahora bien: de su parte, la persona del psicótico es el soporte encarnado del síntoma de -y en- lo social (lo social, en tanto irreversible y siempre excluyente matriz formalizante). En realidad, desde el lugar que la psicosis schreberiana apuntala, se da la perpetuación, la exacerbación implosiva del antagonismo entre los registros de lo humano, lo social y lo urbano. En cambio, entronque que la normalidad gusta de resolver como necesaria complementariedad.

---

<sup>120</sup> A propósito de esto: ¿se ha observado, cuán ausentes están los sueños, los sueños del propio Schreber, cuando se alude a su caso? ¿A qué se podría atribuir esta peculiar circunstancia? ¿Es sólo la ausencia de escisión del sujeto allí, o se trata del desborde de lo estético que ha encontrado por encima de todo su forma más desmesurada y desbordante?

DOCE. Lo cierto es que en este punto la perpetuación de la persona demanda la revisión decisiva de su condición de evidencia y de garante de normalidad. En efecto, así se aspire a reconocerla a cada paso como soporte intencional y libre del conjunto de sus actos y de sus captaciones todas a través de la existencia, nunca como en la psicosis resulta ser tan visible la condición de producto que la persona es.

Lo social urge que la persona sea la encarnación de lo psíquico en lo normal. Pero, así fuera para mantener esta exigencia insostenible por más de una razón se imponga una obligada exclusión de la resultante psicótica, nada puede impedir que se aluda a “la persona del psicótico” cuando de esa específica resultante se trata.

La persona del psicótico estalla toda aspiración de armónica involucencia desde la construcción en la cual reposa el edificio de las resultantes que lo social decide. Es quizá por ello, que lo social asume como indispensable la escisión de lo humano, consiguiendo de esa manera dar cuenta de su propia unidad y de su coherencia auto-reproductiva, pero imponiendo lo arbitrario como condición irremontable sobre la cual reposa la imposición de la denominada normalidad.

TRECE. ¿Qué es pues la persona, cuando se trata de quien encarna una psicosis?

Cualquier cosa antes que alguien intencional y libre. Es más, ni siquiera la persona es un sujeto como no fuere en tanto asido (sujetado) a su delirio (caso Schreber). De hecho, si Schreber se sujeta a su delirio ha de ser en la medida en que se da des-sujeción del modelo colectivo, desgajamiento de lo social. Si hay sujeto allí, se ha de tratar entonces del sujeto-a-su-delirio y no del sujeto-al-rebaño (alternativa nómade-psicológica).

La forclusión -cada vez es más claro- antes que del psicótico resulta ser de la persona normal. Si la normalidad no está dada de entrada, si lo psicótico es cuanto está en el piso de base sólo desde la perspectiva de lo social hay forclusión fundando la psicosis y la psicosis es inevitable respuesta frente a ello.

Sin piso de sostén, lo psicótico -como mero efecto de lo social- delata en contravía su real punta de afirmación y autonomía: desgajada la persona de lo social, lo estético arma despliegue y desmesura representacional, el delirio y la alucinación reinan por sí mismos y el psicótico, abandonado a las explosiones de su singularidad, desde la irrupción de lo singular más extremo e implosionante, les encarna.

CATORCE. Un asunto es pues lo psicótico en tanto tal, visto en abstracto, otra cuestión si se le aborda desde la perspectiva social-normalizante.

De hecho, siendo la forclusión del registro de la normalidad -y ello incluso de modo doble- si en realidad se trata de la definitoria condición de la normalidad como obligada reclusión (por decirlo, a la manera de Lacan: reclusión en “el Nombre del Padre”). Sólo a partir de entonces, proyectiva imposición de lo forclusivo sobre el despliegue extraño de la construcción delirante del psicótico (desde que éste se des-sujeta de allí, o no se incluye, en tanto más bien se des-recluye) la persona del psicótico delata cuánto de imposición social torna indispensable para que la persona normal pueda desplegarse a título de resultante indiscutida y evidente. Y cuánto (ante tal contraposición, del modo más inconveniente y escandaloso) la persona del psicótico a su vez delata y devela.

Se entenderá por qué la normalidad del clínico naufraga allí, llenando con contaminados e imprecisos suplementos lo que pretende ser -aún dado el máximo rigor y las mejores intenciones- acertado desciframiento.

## Puntales del delirio schreberiano

### 1. Masculinidad pura y modelo autocrático

UNO. Si en alguna parte coincide el delirio de Schreber con la formulación psicoanalítica es en la manera de hacer saltar el envolvente tema de la bisexualidad. Allí, el delirio delata al tiempo la disparada de lo femenino (emasculación) y convierte, de otra parte, en fuente inagotable de mítica cosmogonía la masculinidad pura, registro éste que sin duda inaugurara el padre y donde hasta el dios queda en deuda

Si es posible encontrar hoy comandando sin restricción alguna asuntos -que en la época de Schreber estaban en buena parte aún dormidos- no ha de ser porque Schreber -dada su demencia- los haya previsto con lucidez inexplicable ni porque el futuro se adelantase allí a partir del desorden y el caos del más ingobernable presente, resulta más fácil asumir que Schreber fuera la víctima de eso que, a nivel colectivo, se venía ya fraguando, lo cual -dadas coincidencias inevitables- encuentra en éste la opción expresiva de una forma precoz e inconcebible desde el concentrado feroz que es su psicosis.

DOS. Tampoco se puede decir que fuera Schreber -por claves mágicas e inexplicables de su delirio- el pronosticador de las guerras que advendrían décadas después o del desborde general que pone en marcha la oferta de nuevas modalidades de sociedad y estado. Al respecto cabe decirse que si algo pone en acto el modelo del nacional-socialismo<sup>121</sup> es la generalizada radicalización de las formas del poder que la exacerbación de lo autocrático define y decide, al punto de poderse adelantar una comparación que -guardadas proporciones- no tendría por qué pensarse como insostenible.

La forma como la omnimoda autoridad paterna incide y se refleja en el delirio schreberiano no sólo tiene indiscutibles semejanzas con las irrupciones que en el registro de masas la tiránica modalidad de un poder desbordado -de hecho ejercido a nivel estatal- comportan. Nada permite negar la posibilidad de una exacerbación de esas dominaciones a partir de tales emergencias, bien sea a nivel individual, o si se trata en cambio de registros colectivos. En realidad, si se escarba un poco en los modelos actuales de despliegue de lo social, no han de faltar formas que ilustren tales perpetuaciones del modo más contaminado y contaminante posible.

Si se resalta la constante de tales despliegues es porque detrás de tales implementaciones se explicita la forma creciente de la constante, progresiva cobertura de modalidades terroristas. Cualquiera fuere el caso, el terrorismo aún e integra la emergencia de esas resultantes de un modo tan contundente que todo ello -de no recurrirse a su explicitación- tornaría invisible.

---

<sup>121</sup> No ha de ser la primera vez que ese tipo de enlace se establezca. Según Niederland (en su artículo “El padre de Schreber”, en Op. Cit. p. 201) Ritter en la biografía del padre de Schreber “también expresa su admiración por Hitler” al tiempo que reconoce en el padre de Schreber a “una especie de precursor espiritual del nazismo”.

Por supuesto, más allá de la condición más personal, antes que de Hitler y del padre de Schreber se trata de la forma que en su despliegue asume lo autocrático y de dos de las escenificaciones más paradigmáticas de su puesta en acto: el nazismo (locura de masa) y la psicosis más íntima. Explosivas e implosivas maneras que demarcan los polos de este constitutivo registro.

TRES. No es lo mismo la presencia de lo masculino puro que la desmesurada puesta en acto de poderes de corte autocrático. Y sin embargo, no es que sean siempre ajenos ni que no puedan conjugarse en eficiente simultaneidad. Tampoco se trata de asuntos que se puedan reducir sin más al “discurso del amo” o a las vinculaciones que se deciden en relación con el “Nombre del Padre”.

Y si se tratara de jerarquizaciones y de prevalencias, habría que comenzar por reconocer que la hipnosis de masa da un sentido diverso a cada asunto (modelos paternos, referentes de autoridad, registros definitorios a partir de la inclusión o no en el lenguaje, apuntalamientos terroristas, etc.). Cada una de estas variaciones, a pesar de seguir siendo ellas mismas, se mutan de modo inevitable al hacer referencia a grupos, a sociedades redondas o a individuos en particular, y según se trate de un momento específico, de una clave de singularidad, o de una opción de estallido posible desde contenciones sostenidas o indetenibles.

Como fuere, si bien signadas desde el poder, desde el saber o desde el goce, lo cierto es que -más que una modalidad de discurso entre otras muchas opciones- se trata de formas de autoridad siempre sobredeterminadas desde las marcas de la involucencia de lo social, diversas -se insiste- según se trate de casos particulares o de colectividades.

Si el padre se consolida y congela en el lugar del amo ha de ser, no sólo por razones de armados inaugurales donde la infancia resulta decisiva, la condición del vínculo emergente que da paso a la psicosis demanda a su vez el reconocimiento de la sobredeterminación de ese padre, en cuanto resultante ya desde lo social, no por nada apuntalado a nivel externo, de ese desmesurado modo.<sup>122</sup>

A su vez, son dables demolidoras contaminaciones cuando los modelos colectivos se infantilizan, como es evidente acontece con las masas humanas.

CUATRO. La forma de lo más autocrático arma por muy diversos lados sus propias constantes territoriales, delatando con ello que existen como condición de su reproducción, inagotables despliegues de plurales variantes y enlazándose en apretado tejido polimorfo, que lleva desde lo más particular hasta la cobertura de lo envolvente-general.

Siempre, hasta estallar, el proceso avanza hacia el apuntalamiento extremo de su desarrollo incontenible.<sup>123</sup> Y es porque, detrás de todo ejercicio autocrático del poder, una forma del terror ejercido está siempre rodando e imponiéndose.

---

<sup>122</sup> Si bien no es dable a este texto detenerse allí en pos de inagotables y adicionales desarrollos posibles, conviene señalar que lo social es tanto más forclusivo del piso psicótico -que lo subtiende en más de un nivel también- como que es la condición misma de su contenida, aunque no menos eficaz, perpetuación. Como ya fuera señalado, resulta más complejo aún escarbar en las razones por las cuales el despliegue de lo tecnológico incluye una clave máquica adicional donde, a lo psicótico -si no es que lo suplanta- pasa a suplementarlo lo adictivo.

<sup>123</sup> Debe aclararse, que si bien Schreber cree que del modo más redondo algo comienza en él -desde su escueta historia, retratado de forma dramática por su existencia- se trata apenas de su vivencial versión del estallido. Acaso por ello, la idea del fin del mundo sea la oferta especular suya, puesta allí para dar lugar y justificación a esa subjetividad desmesurada.

Lo autocrático -como forma que lo humano ejercita en su despliegue - por supuesto viene dado desde siempre, incluso habrá estallado de mil maneras, mucho antes de Schreber. Sólo, que visto todo desde la perspectiva actual, la arbitrariedad de hacer un corte histórico en ese punto específico, permite -de un modo tanto más acentuado y admisible e incluyendo soportes de irracionalidad, sólo asumibles con gran dificultad a nivel retrospectivo- vislumbrar la unidad en el proceso.

El terror -si se prefiere verlo así- está dado en lo humano como una constante inapelable, la prelación de lo terrorista en cambio, debe ser mirada de esa manera retrospectiva para permitirse enlaces que el mero terror no alcanza a retratar de un modo tan preciso.

¿Se debiera insistir en que, por principio, la presencia de lo autocrático repone un modelo de terror aplicado, o sea, de franco terrorismo organizado?

La clave, en realidad, la da no tanto la irrupción de modalidades más o menos extremas -literalmente semejantes y familiares entre sí incluso- sí, en cambio, la eslabonada perpetuación de variantes que obedecen a un ritmo decisivo y progresivo, sin ser -de modo necesario- lineal por ello. Tales variantes resultan decididas a partir del juego mismo de urgencias reproductivas del modelo de poder envolvente y dominante, en cuanto incluye a nivel social enlazadas variantes de terror organizado.

Sin pretensiones reduplicadoras, lo cierto es que el asunto Schreber -a partir del más desesperado y fallido esfuerzo de unificación, desde donde se da paso a la más desbordante escenificación autotorturante- repone en privado, en particular, un indiscutible modelo de corte nazi (perspectiva de la persona empeñada en religarse al formato social que le excluye. El nazismo, el fascismo son formas masivas de exclusión extrema, que sin embargo -dado que el asunto va más allá, en pos de su radical extinción- no arman psicosis al interior del pueblo victimizado de ese modo).

Como fuere, el desajuste del lugar que ocupara el padre no está tanto en él, como en las formas que despliegues más amplios y envolventes imponen a su figura, y ello no deja de estar presente en el modo como el delirio, antes que dar al padre contundencia definitoria, repone del modo más extremo y gráfico tales derrumbamientos.

## 2. Lo femenino liberado

UNO. Antes que dar paso a indagaciones sobre la condición ficticia o real de su emergencia, las seis poluciones de Schreber implican una realidad de a puño: comportan en efecto la liberación de lo femenino, mucho antes de que se convirtiera en colectiva realidad la modificación tajante del lugar de la mujer en el mundo capitalista.

Lo humano es lo escindido y fue así desde un comienzo. Entre muchas otras opciones posibles,<sup>124</sup> una de esas escisiones definitorias se apuntala a título de contraposición entre lo masculino y lo femenino.

De hecho, la hiancia de lo masculino, entre resultante de fuerza y oferta indiscutible de inteligencia, coexistía ya del más impropio de los modos en la antigua Grecia, donde al lado del genio decisivo, no por nada la esclavitud hacía mella.

Las actuales malformaciones de esas nucleares localizaciones no tienen por qué demarcar especialidades, suficientemente autónomas como para desligarlo todo de esas primeras irrupciones ciudadanas.

Pero ello no obsta para que la excepción quiera agenciar de ley.

La mujer liberada es un pendiente desde Grecia antigua, dislocada de esa procedencia no ofrece muchas posibilidades a futuro. Sin embargo, cuando se agotan las habituales formalizaciones que encarnaron siempre los ejercicios de fuerza -antes que después- estalla una contra-fuerza, contenida de tiempo inmemorial.

---

<sup>124</sup> Ya se han resaltado éstas en documentos anteriores: vida-muerte, razón-sin razón, vida onírica-vida de vigilia, guerra-paz, individuo-colectividad, explotador-explotado, sabio-ignorante, etc. Algunas suman ya lo social y lo urbano. Pero, la oposición entre lo masculino y lo femenino decide una de las escisiones más definitorias de lo humano en tanto tal.



Así, cuando lo femenino se libera, emerge una condición renovada de la mujer<sup>125</sup> y de lo esclavo. Por extrañas razones, el delirio de Schreber no sólo es hipersensible a ello, lo encarna y despliega con estremecedor dramatismo.

DOS. De manera independiente e integrada, más acá de que se trate de hombres o mujeres, la fusión mujer-esclava es la forma que repleta el lugar que lo femenino busca liberar. Si ello califica también a los hombres, ha de ser porque se alude a la forma de lo femenino en lo bisexual envolvente, modalidades de tiempo inmemorial represadas por lo social y adecuadas a versiones que cada vez se ajustan más a las urgencias de expresión y de reproducción de esas cuestiones.

Más acá de ello, existen impedimentos y cancelaciones no menos decisivas.<sup>126</sup>

De su parte -contrastado desde lo femenino que se libera- lo masculino estalla las aspiraciones de toda forma-hombre, enloquece la paternidad, lanza erupciones continuas, inútiles, onanistas y contaminatoriamente abortivas.

Sin duda, las mujeres no son ajenas a esto. De otra parte -y en un extremo en apariencia ajeno- como microscópicos judíos inmolados, varias décadas antes millones de pequeños proyectos humanos sucumben al atentado, y allí, entre otras opciones de ilustración posible, para dejar constancia de ello, ninguna evidenciación tan radical como ésta que pone en acto el psicótico Schreber.

Lo puro masculino no sólo se desborda y subordina, su desmesura repleta los lugares que el déficit de lo materno crea desde que -del modo más basal- resulta siendo urgido del lado del sostenimiento de lo social-capitalista (si bien no de modo inmediato sí en referencia esencial con el conjunto).

Es un tanto por ello que una de las expectativas contemporáneas más complicadas aspira a asumir esa brecha, cada vez más problemática, y encubierta de modo bastante inadecuado. De hecho -en buena parte al menos- ese abandono del lugar materno responde por más de un desacomodo (a nivel social, padecido tanto como generado). Pues bien, si algo reina allí es forclusión, forclusión desde la justificación tecnológica, forclusión envolvente de masa.

TRES. Desde que el capitalismo la atrae hacia sus rediles, de modo creciente desconectada de su habitual y nuclear alianza con la realización materna, indecisa entre asumirse inserta en lo puro

---

<sup>125</sup> La mujer -escrita así de modo escueto- es evidente que en primer lugar se contrapone al hombre. En tanto tal, la mujer recoge el concepto envolvente, la matriz genésica desde el género que la acoge y fundamenta, y sólo en segunda instancia da paso, desde su despliegue sostenido de manera constante, a las formas madre, niña, anciana, adolescente, y hasta a la forma-mujer, donde ella se realiza del modo más contundente y decisivo. Por ello puede ser envolvente para las anteriores e incluso contrapuesta a ellas (dígase: forma-mujer versus forma-madre y versus el resto de alternativas posibles o pensables). Pues bien, estas interrelaciones se desarticulan y recomponen del más radical de los modos, desde que lo femenino -más que la mujer- se libera.

<sup>126</sup> Del modo más contundente, a la mujer-esclava se contrapuso siempre el hombre-genio. No significa ello que el hombre sea más inteligente ni asunto semejante, es que las cosas de entrada se movieron regidas por estas desproporciones y por estos desequilibrios. Y no ha de ser fácil desentrañar por qué aconteció de esta manera. Apenas asumiendo la condición de impedimento allí, torna indispensable reconocer hasta dónde pudo llegar el desajuste que desde lo social se demandó a los géneros (como se ve, la cuestión sexual resulta inocua ante tanta dominación y encauzamiento).

La solución-Schreber no sigue la tendencia que en primer lugar debieran ilustrar homosexuales. El modelo social deriva, por una ruta imprevista, a una sorprendente solución: en efecto, intenta reajustes y reacomodos tardíos, tomando como excusa el consumismo más desbordado (y acaso recomposiciones aún más inconvenientes, desde el punto de vista de las implicaciones que al final tales modalidades comportan, sin que para ello lo esclavo connote necesario displacer). Puede darse el colmo de realización social y de aparente disfrute, en la medida de la más consolidada esclavitud consumista, las formas de la demencia -personal o de masa- dan para todo.

masculino o solazarse en cambio en el narcisismo de su imagen, catapultada por y desde el invasor modelo del consumo, la forma que la mujer encarna ama, por sobre todo, eso-masculino-puro que si bien figura disgregado, en puntos de excepción puede llegar a apuntalarse en amenazantes concentrados. Puntos de excepción que son de hecho personalizados núcleos teoristas y que apuntan con agresiva decisión a la envoltura del conjunto. Ha de ser por ello que -con mayor frecuencia de cuanto de modo desprevisto se estaría dispuesto a reconocer- si a una mujer algún hombre la ilusiona con reforzar su retrato, ella -mujer concreta, particular forma encarnada desde una demencia inocultable tanto como silenciada, socialmente anestesiada y anestesiante- se inmola allí sin medir consecuencias ni atender a mínimas exigencias de realidad.<sup>127</sup>

Pero se trata de un amor esclavo que reúne poderes y dominaciones de difícil evasión. Asunto tragicómico sin duda, aunque la cosa -más que una escogencia desafortunada y pintoresca- de hecho resulta ilustrar asuntos más complicados.

CUATRO. Por sobre todo, el llamado capitalista resiente los hábitos que de su parte, en su esfuerzo de auto-reproducción, lo social intentó siempre implementar.

Y ¿cómo se resuelve todo entonces?

Forcluyendo sí, aunque se impone armar tejido envolvente, a partir de allí: si el modelo autocrático del poder apuntala y enlaza desde un vasto discurrir al delirio de Schreber, los manejos de la singularidad disparada de la manera más salvaje, dan la fuerza expresiva y explosiva al delirio, de modo principal a partir del estallido de una feminidad, tanto más enloquecida a partir de allí. Lo singular pasa a coincidir en ese punto con lo psicótico, y hace del delirio alucinatorio modelo sostenido, proceso continuado (como si se tratara de un sueño que nunca se detiene y que no permite a Schreber despertar).

Por todo ello lo delirante, aún concebido en el registro más íntimo e inengable de su encarnación personal, no puede dejar de realizar inevitables confluencias con modelos más vastos de lo humano (incluso dando paso de ese modo a extraños enlaces con lo futuro, donde el actual presente de los hombres no podía aún haber nacido).

Esa duplicidad definitoria del delirio demuestra con toda precisión cuánto adeuda éste al pasado compartido, y cuánto de su parte -inmolándose en ello- suma Schreber. Pero deja ver con toda

---

<sup>127</sup> Debe incluirse aquí una circunstancia decisiva: el retrato de masculinidad pura que las nuevas encarnaciones de la mujer anhela, hoy como ayer, no coincide con el hombre-genio (entiéndase: visto todo a nivel de tendencia, en perspectiva por sobre todo general). Tanto peor aún: a la manera del sometimiento schreberiano, lo femenino entronizado ensambla ahora -sin que, por supuesto para poder actuarlo, ella que lo encarna lo reconozca ni perciba- con su más lamentable y pueril inverso de fuerza. No resulta entonces impensable que a la-bella-mujer-del-consumismo la decida y complemente el más inconveniente inverso masculino. En efecto, regido desde el más ramplón y vulgar empirismo, el macho apetecido coincide con la más transgresora y burda encarnación que lo máquico-capitalista engendra: el más paradigmático modelo de la belleza de artificio. Es entonces cuando la reina de belleza, la mujer bella -bella, y acaso no más- ensambla, por decir algo, con el narcotraficante, y ello, desde unos referentes que lo social -no se sabe cómo- justifica e impone.

Sólo reconociendo que lo adictivo asume cuanto antes fuera asunto principal de lo psicótico, parece todo esto hallar un poco de sentido.

Si por alguna razón pareciere ello discutible o excesivo, baste recordar que -no por nada- de estos virus crecientes e indetenibles están inundados los medios de comunicación (desde el indiscriminante y envolvente consumismo publicitario, hasta la franca apología narcotraficante, expresada en telenovelas y burdas modalidades noticiosas a las cuales los humanos se habitúan y los estados -con igual reciprocidad, complicidad y disposición- propician, financian y manipulan).

claridad el aporte de sentido que el delirio incluye y que lo hace de modo inevitable realidad diferenciable, válida en sí.

Si la condición terrorista de la tortura se afina y consolida desde ese primer extremo de fuerza masculina, de autocrática y tiránica implementación, la creatividad del delirio adeuda por sobre todo a esa condición de singularidad liberada, de estallido implementado desde lo singular que es desde donde Schreber asume lo imposible.

La fusión entre lo masculino puro y lo autocrático -si bien diversos siempre- ha logrado contaminaciones, confabulaciones arbitrarias, que delatan de modo sintomático la real y creciente desarticulación, que hoy por hoy ilustran y deciden a realidades tan envolventes como resultan ser lo humano, lo social y lo urbano. Todo, menos armónica complementación.

Con esto y por eso, el delirio reúne la más irreconciliable: bisexualidad con mito cosmogónico, nazismo con experiencia psíquica, mientras afuera, el demente desborde parapléjico que la Obra incluye prolonga su despliegue indetenible.

Sin duda, la urgencia expresiva de lo humano, reducida de modo progresivo a una marginalidad coercitiva, no podrá hacer nada distinto-más tarde o más temprano- que terminar por estallar (si es que no se trata ya de ello).

CINCO. Desde la explosión sostenida de esas poluciones deslirantes, hasta el paso por los reinos de un dios -duplo, si no plural, pero siempre torpe y pagano- donde el paisaje interior desbordado busca la confluencia con una banda sonora, no menos dislocada, lo humano allí -y ajeno allá, en el resto de sus emergencias- se aproxima de modo inocultable e incontenible a una desmesura semejante de aquella a la cual debieron dar paso los primeros estallidos y las primeras proyecciones mutantes, a partir del terror más primordial, y desde la abrupta, desbordante, irrupción de lo estético.

Desde mucho tiempo atrás, Schreber ilustraba todo cuanto de manera inapelable había empezado a avanzar hacia las derivaciones que se ilustran hoy a nivel de lo social más envolvente. Como un boxeador con los ojos vendados, Schreber recibía golpes, sin acertar a ubicar mínimamente su procedencia, ni lograr mayor cosa con sus compensatorios esfuerzos de auto-defensa. Por supuesto, Schreber desconocía de modo radical la lógica de esos padecimientos, que daban como aislada psicosis cuanto -desde lo psicótico- empezaba a ilustrar modalidades, de ésto que se prolongó a partir de entonces, y que ha venido siendo -de modo cada vez más contundente- una suerte de psicosis de masa. Retrato inadmisibile del modelo contemporáneo que ningún espejo acierta a devolver, Schreber repone el espanto de una imagen global impedida.<sup>128</sup>

De asumírsele así, bastaría ello para demostrar que el tema -de modo constante e inamovible, desde entonces y ahora- estuvo y sigue estando presente. En efecto, el delirio de Schreber lo reponía ya, del modo más extraño e incapturable, pero no por ello menos cierto.

---

<sup>128</sup> Nadie admitirá esta tesis de manera fácil, dado que -cuando más- el nazismo se supone como riesgo creciente de repetición, como circunstancia pasada y anecdótica, como algo por ende superado, como eso frente a lo cual debe hacerselo todo para impedir que vuelva, etc.

Desde la perspectiva de la oferta clínico-estética, en cambio, se asume que tal modelo está dándose desde entonces y desde siempre, como extremo que califica de continuo el conjunto de las resultantes y que, sumando lo maculino-puro a lo autocrático (anexando incluso lo femenino liberado como indispensable condición para que ello se consolide) todo ello pues en fusión inevitable, flota sobre el ambiente de lo urbano, y desde allí se expresa -hoy como ayer- por múltiples vías y desde contundentes e indispensables procedencias.

Aquí, por supuesto, se trata apenas de precisarlo en lo posible y de acuerdo con las urgencias que el asunto Schreber demanda.

### 3. Los antecedentes de la emasculación

UNO. No debiera ignorarse que se está viendo todo en referencia con la peculiar dimensión de lo femenino, en tanto se libera a partir del registro de lo bisexual (entendido además como recuperación desde una envolvente y renovada versión tecnológico-virtual). Y dado que, visto todo desde esta perspectiva, el déficit de lo materno se asume entonces como decisivo, a partir de allí cabe arriesgar una exploración pensada de modo tanto más radical y a propósito de este asunto específico.

De la madre de Schreber en apariencia poco se sabe. En efecto, la madre de Schreber reina a la sombra, en su evidente sometimiento a la palabra del esposo<sup>129</sup> (incluso, ya ha sido señalado que ello pasa también de algún modo a las hermanas de Schreber, en inocultable contraste con cuanto acaece a los hermanos).

Con fecha de 1909, una carta de Anna (la hermana mayor de Schreber) hallada por Niederland,<sup>130</sup> describe a la madre como una compañera entrañable del padre, a quien ésta seguía de manera ciega<sup>131</sup> y, al padre, como un ser particularmente amoroso.<sup>132</sup>

DOS. A medida que esta reflexión avanza, no sólo tornan insostenibles las habituales entlequias psico-patológicas<sup>133</sup> en las que se funda la edificación teórico-aplicativa que comparten las tradicionales clínicas de lo mental -incluidas en ellas, el psicoanálisis y la psiquiatría-, además de ello, la urgencia de los modelos que se arman entre el virus y el doble, resultan de modo progresivo indispensables para lograr sostener las demandas que se imponen a partir de los abordajes interpretativos derivados de la nueva versión clínico-estética.

Obsérvese: se sabe que la abuela de Schreber sirvió a éste para armar una curiosa inversión especular, la cual podría estar dando luces y sentidos llamativos a su aspiración emasculativa.

---

<sup>129</sup> Baumeyer, F. (Op. Cit. P. 44) se arriesga a reconocer una condición depresiva en la señora, a partir del análisis de dos fotos que la hija adoptiva de Schreber (hija de actores como la esposa de éste, y de la cual Baumeyer se reserva el nombre) que de manera amable le ha cedido, junto con otros retratos del propio Schreber, del padre y de la esposa (o la hermana).

Los datos en el texto y en los comentarios que acompañan a pié de página las fotografías portan errores que hacen imposible dilucidar esto último.

<sup>130</sup> Ibid. P. 244.

<sup>131</sup> Era la tercera entre las hijas de un prestigioso médico profesor en Leipzig.

<sup>132</sup> La complejidad del padre de Schreber no admite juicios redondos. Al lado de esta circunstancia indiscutible se daba el inocultable reconocimiento de su condición psico-patológica. En los informes médicos del Hospital Sonnenstein se afirma del fundador de los jardines Schreber en Leipsig que sufría de manifestaciones compulsivas, acompañadas de impulsos asesinos. A través de torturantes procedimientos, se sabe que aspiraba -se dice de forma no menos literal- al desarrollo de una raza superior y más sana, haciendo de sus hijos hombres precursores-paradigmas de ella.

Por lo demás, esto no era estricto asunto personal. Schreber-padre era reconocido por esto a nivel colectivo, sobresaliendo al lado de muchos otros profesionales, educadores y científicos, quienes “aportaban” en idéntica dirección (Cf. Más desarrollos sobre le tema, en nuestro escrito “Darwin y Freud”. Conferencia U. Nal. Manizales, 2007).

<sup>133</sup> ¿Significa ello que ya no hay esquizofrenia, ni neurosis, ni perversiones? Connota que deben ser retomadas a la luz del modelo contemporáneo, donde existen multiplicidad de modificaciones y de radicales despliegues, que en escasas décadas dieron paso a emergencias renovadas y a problemáticas imprevistas.

Vistas las cosas al nivel más personal, tal incontrolable y delirante emergencia de esa femineidad habría sido disparada de manera inmediata y -en buena parte al menos- por causa de esa circunstancia, que hacía que las mujeres en ese grupo familiar estuvieran de alguna manera afuera. Tendría que anexarse a este reconocimiento, el complemento épico -por llamarlo de un modo estético, tanto más preciso- sólo de manera plena visible desde una perspectiva actual, en tanto se impone la reformulación de esa tradición excluyente de la mujer a nivel colectivo, y en cuanto que -en definitiva- resulta ésta vuelta al revés.<sup>134</sup>

Como fuere, lo cierto es que esta abuela se apelaba Juliana Emilia Haase, la esposa del médico y profesor universitario, mencionado en nota previa (entonces abuelo materno de Schreber). Pues bien, en su delirio Schreber transforma a esta abuela -se dice de manera textual- en un médico practicante llamado Julius Emil Haase<sup>135</sup>. A la inversa, la abuela paterna (Friederike Grosse) quien muriera estando Schreber muy niño, a su vez es transmutada en Friedrich Grosse, según consta en el capítulo II de las “Memorias”,<sup>136</sup>

Con igual lógica especular, Schreber aspira a armar delirante doble desde su emasculación, lo cual lo convierte de modo automático en Pauline (o bien, en la señorita Schreber de sus alucinaciones).

TRES. Como Tiresias -el ciego de la antigua Grecia- muy ligado a la leyenda edípica, adivino lúcido y certero como el que más, a quien la diosa Atenea condenara al cambio de sexo<sup>137</sup>, cumpliendo tal

---

<sup>134</sup> Se dirá que es esto mera retórica y que de hecho resulta indemostrable. Pero quien hablase así lo haría desde una posición convencional y a partir de un asumido, indiscutible y estrecho enfoque disciplinar. En cambio, visto todo como despliegue estético de las formas desgastadas y suplidas a partir de impositivos reimplantes por modalidades renovadas y, dado el indetenible devenir, que sin atender a obstáculos ni a resistencias se anuncia y se consolida por múltiples rutas y desde diversas sobredeterminaciones, es claro que no sólo se trata de algo viable sino que ello torna indispensable.

Que las psicosis hayan sido miradas siempre desde su polo más desafortunado, comporta ignorar condiciones de terrorismo creador coartado que las deciden también -acaso tanto más- y que las catapultan a partir de ofertas procedentes de lo singular, como estallidos inevitables desde los trasfondos de lo más interior. Es ello cuanto hace que las psicosis parezcan portando condiciones insostenibles, o superpuestas de modo tendencioso sobre sus escuetas emergencias.

Sin duda, esa explosividad -de forma habitual reconocida como definitoria de todo terrorismo- resulta rota cuando se reconoce la opción de lo implosivo. La implosividad no sólo es un destino del terrorismo sino que resulta prioritaria condición explicativa, allí donde la manera tradicional de ver las cosas topa con impedimentos irremontables.

De hecho, una vez se asume la reflexión de lo mórbido a partir de las localización de renovadas problemáticas comandadas por la creciente emergencia de las drogadicciones (Cf. Otero, J. “Reposición de la pareja cuerpo-alma en el drogadicto”, en Revista #22, U. Nal. Bogotá) la urgencia de abordajes clínico-estéticos se impone como inapelable. .

La indefensión ante el terror, el disciplinado desmonte de las defensas desde temprana edad, generan en Schreber una peculiar sensibilidad ante asuntos, que el resto de sus semejantes ni ve ni asume por estar protegidos con verdaderas caparazones de forclusión. Si se ve todo así, puede resultar ser menos injustificable la lógica desde donde se piensa e interpreta el asunto-Schreber en esta reflexión. No pueden darse este tipo de captaciones sin la asunción, según la cual, lo normal es lo doble-forclusivo, superpuesto sobre lo escueto forclusivo que la psicosis resulta entonces ser.

Por lo demás, Schreber aquí es asumido como puro texto. Y ha ser por ello que -después de haberse extinguido de modo definitivo la persona de Schreber- el escrito que ahora de modo literal él es, ha seguido desplegándose, alterándose en más de un decisivo sentido, su actual convalidación (también esto puede ser forcluido desde un abordaje, si no ingenuo, sí al menos literal).

<sup>135</sup> Op. Cit. Ps. 245-246.

<sup>136</sup> Cf. Schreber, D. P. “Memorias de un enfermo nervioso”. Impreso en Talleres Gráficos Didot, S. A.. Buenos Aires, 2001.

<sup>137</sup> Según otra versión, interrumpiendo el acto sexual de dos serpientes, buscando herirlas mató a la hembra, transformándose por ello de automática forma, en mujer. Siete años después, ante una escena idéntica y actuando de igual modo, recuperó su primitiva forma masculina. Lo más probable es que -como a menudo acontece con las leyendas míticas- se trate de la misma cuestión que ambas versiones completan.

castigo, pudo responder con conocimiento de causa a la pregunta sobre quién disfruta más del sexo, el hombre o la mujer. Schreber -de igual manera que el adivino de marras- creyendo con ello justificar su aspiración mutante, aspira no sólo a reconocer que la mujer disfruta más el momento del coito, y aunque sin poderlo asumir por imposible, espera vivenciarlo de modo delirante.

Con ello, su alma se llena de estallidos y de auto-demoliciones, que antes que al goce femenino más decisivo y enigmático, se parecen más bien a ininterrumpidas y torturantes castraciones.

Como fuese, con esto está Schreber dando paso desde su masculinidad enajenada -antes que a la realización materna, desde donde (sin pasar por el padre, como consecuencia doblemente delirante) pudiese auto-engendrándose reponer el apellido paterno- a la liberación desbocada de su femineidad enloquecida. Y, por sobre todo, a la aspiración de acceder de manera directa al ejercicio de la forma-mujer.

El desconocimiento de la distancia que separa la femineidad de la condición misma de ser mujer retrata la argucia que impone el delirio para hacer de Schreber su mero instrumento.

#### **4. Schreber y lo social actual**

##### **(Obligatoria aclaración)**

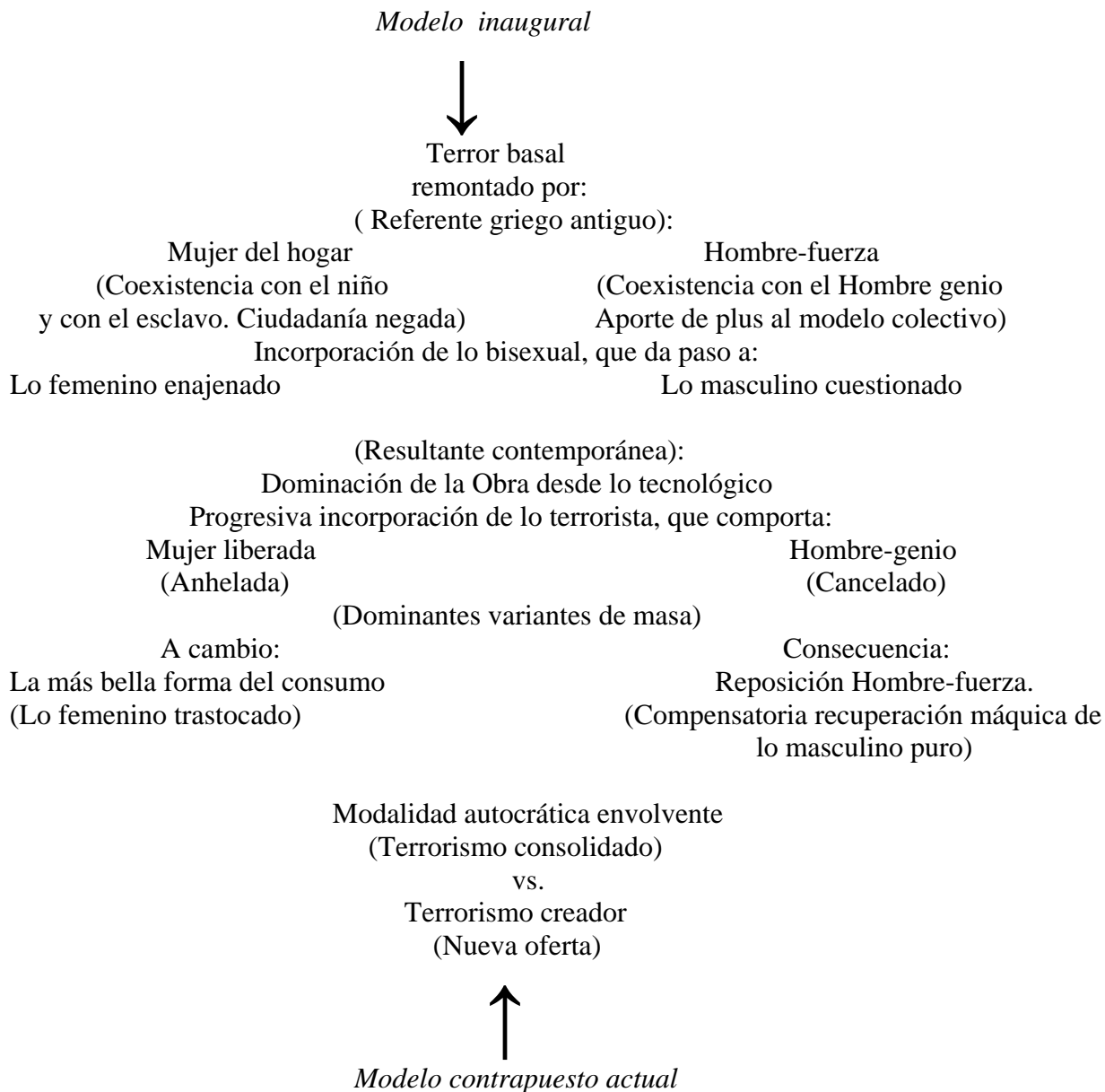
Se trata ahora de ensayar una arriesgada operación transdisciplinar que entrecruce niveles de reflexión donde lo político y lo económico intenten reuniones con lo social y con lo clínico. Antes que perder el norte de los análisis que se vienen aquí adelantando, esta digresión obligada pretende apuntalar la presencia de necesarios pegantes que reúnan las partes que los constituyen y que le den coherencia a estos ejercicios reflexivos (de otro modo inconexos, desamarrados entre sí).

Se trata sí de iniciar un abordaje que destape taponamientos donde lo forclusivo ha hecho mella, comenzar a descifrar el trasfondo de lo forclusivo oculto tras las escandalosas emergencias que sus suplantaciones comportan y mostrar, en las supuestas ausencias radicales, universos inagotados de sentido que llaman a la prolongación de la tarea develativa, a la indispensable perpetuación de exploraciones teóricas pendientes.

Se impone para ello asumir una clave metológica donde lo clínico se conjunte con lo estético y la singularidad reencuentre la opción de un lugar, asfixiado de manera creciente. Si bien con sólo ello no se podría aspirar a la reducción del estallido desde lo singular, las exigencias mismas interiores al texto que aquí se viene ofreciendo, imponen por sí mismas tal indispensable labor.

Finalmente, cuando se dice lo político o lo económico no se trata de la política o de la economía escuetas, disciplinares. Se trata de formas donde el modelo urbano se dilata y metamorfosea -desde las emergencias de la polys hasta las irrupciones de inflamadas variantes al interior del modelo social contemporáneo (las cuales arman modalidad político-terrorista, más bien refutante de las originarias aspiraciones ciudadanas-. También, de involucancias formales que desde las modalidades del capital, a título de fuerzas primordiales sobredeterminan y restringen las opciones mismas de expresión del modelo de conjunto, y por ende, de las más específicas emergencias.

## Nazismo<sup>138</sup> y masculinidad pura



---

<sup>138</sup> No ha de ser la primera vez que este enlace se establezca. Según Niederland, en su artículo “El padre de Schreber” en Op. Cit. (p. 201), Ritter, biógrafo de Schreber-padre, afirma: “también expresa su admiración por Hitler”, al tiempo que reconoce en el padre de Schreber a “una especie de precursor espiritual del nazismo”. Por supuesto -remontando la condición más personal- antes que de Hitler y del padre de Schreber, se trata de la forma que asume en su despliegue lo autocrático, y de una de las escenificaciones más paradigmáticas de su puesta en acto: el nazismo de masa y la psicosis más íntima, explosivas e implosivas maneras que demarcan los polos de este constitutivo registro.

UNO. Si bien lo clínico comporta la incorporación de lo demencial, lo estético le da de nuevo un lugar que lo clínico sólo no acierta a precisar.

No es pues que no se dé locura cuando se miran las cosas desde una óptica clínico-estética. El sentido de lo demente se reasume y reactualiza en cambio, reconociéndole ahora como una suerte de banda ancha tanto más envolvente y máquica, que recupera su dimensión ancestral más favorable y positiva sin que por ello deje de retratar las modalidades de lo sintomático (sólo que a nivel de registros que no se deciden apenas, como meras expresiones particulares). Por eso, cuando por ejemplo se asume que hay demencia en Schreber no se lo dice en la acepción convencional, tradicional. Ha de ser en tanto pensada la locura desde esta específica forma.

Pues bien, de un modo tanto más puntual -en este orden de cosas y asumiendo tal versión del asunto- el cuadro anterior recoge el entrecruzamiento que surge cuando lo bisexual se conjuga con el terrorismo (entendido lo bisexual a su vez como el drama que surge en el cruce entre hombres y mujeres, no siendo de modo literal coincidentes con los polos de lo masculino y de lo femenino, antes bien, conjugándolos en resultantes incompletas y siempre desarmónicas).

O sea -antes que efecto linderal, en su acepción freudiana más literal- lo bisexual es modelo de base que conforma la condición misma de tales contrapuestos extremos. Lo bisexual, entendido entonces como forma trans-territorial, que en tanto se le excluye para mantenerse en específicos formatos, da paso a registros duplos, tan contrarios como complementarios. Construcciones de suplemento, que exigen la previa e indispensable demarcación desde lo social.

Dados los juegos de relaciones y de vínculos que surgen a partir de allí, al estallar las formas se genera la suplencia de las habituales alternativas de los géneros. Es cuando tornan explícitas tales demarcaciones.

Es más, se arman de tal modo que propician apenas lecturas de corte transdisciplinar, desde que se articulan y amalgaman con registros más amplios y envolventes.

En efecto, una vez el terrorismo pasa a ser prioritario la mujer liberada naufraga en las alternativas de masa que le uniforman desde lo laboral y a partir del imperativo capitalista. Lo masculino, también masificado pero además abstraído, apuntala las modalidades más salvajes de fuerza, ejercida como escueto poder. De manera paradójica, los hombres -cuestionados por esto de raíz- ven emerger sus trasfondos femeninos, encubiertos desde tiempo inmemorial.

Como ningún otro al menos así lo ilustra Schreber.

DOS. En su compensatoria auto-afirmación, las formas pueden ser tan radicales como efímeras y mutantes. No deja de ser arriesgado por ello apuntalar certezas a partir de asuntos tan generales y esquivos, sobre todo tan evasivos.

Ahora bien: resulta excepcional que el clínico indague por los trasfondos políticos que subtienden en los armados psico-patógenos. Lo cierto es que en las resultantes mórbidas irrumpen modalidades inocultables, volátiles y corrosivas, que pueden hilvanar -así sea del más arbitrario de los modos- gran variedad de registros, incluidos los siempre complejos entretejidos políticos (hoy en día, casi ajenos de su acepción inaugural que les amarra al tema de la polys, de la ciudad-Ciudad).

A la inversa, las irrupciones del terrorismo vulgar (por decir algo, del narcotráfico como una de sus expresiones vulgares más paradigmáticas) adeudan sobremanera a soportes humanos de indispensable complemento (desde los más inesperados entrecruzamientos amorios, hasta la consolidación de modelos adictivos de diverso corte).

Así en cada ingestor, el asunto pueda ser de restringida o nula involucencia -al punto de incluirse cada quién en ensamble disperso con esos modelos- sin embargo, vistas las cosas de un modo tanto



más panorámico, todo ello involucra complejas e inevitables decisiones estatales (de hecho, de modo progresivo, demanda cada vez más la indispensable ingerencia de políticas internacionales).

Sabido es que, a niveles políticos puntuales, las formas contemporáneas de lo terrorista se ilustran con toda evidencia a partir de la implementación de modalidades fundamentalistas (en sus formas más colectivas, contrapuestas de modo forzado a los dominios de las supuestas “democracias” que a nivel estatal administran poder en occidente).

Es claro que el terrorismo juega a todo, menos a la coherencia. Su apuesta es siempre por la desmesura y es por ello que el terrorismo resulta ser tan radical en su apuntalamiento (el cual puede figurar como paradigma de versiones de izquierda y más tarde saltar -sin fórmula visible de transición- hasta el polo opuesto, donde brilla con luz propia, la extrema derecha).

Ene efecto, la época de la prelación terrorista a la cual daba paso la comandancia de la izquierda, al parecer de modo irreversible ha cedido su lugar a las nuevas modalidades del terrorismo de derecha. Y si bien, nada garantiza que ello sea a tal punto inevitable, lo cierto si ha de ser que el terrorismo, de un modo u otro, siempre habrá de estallar de manera progresiva y envolvente.

Sin embargo, ello no deja de arrastrar consecuencias y especificidades. Si la izquierda -dejada ahora de modo inapelable atrás- era por sobre todo utópica, la derecha es -de la más retorcida de las maneras- hiper-utópica por compensación.

¿Qué significa que es hiper-utópica por compensación?

Dado que esta última variante (terrorismo fundamentalista de derecha) compensa así cuanto es definitorio impedimento (pues lo utópico antes que modelo aún irrealizado, figura allí a título de recuperado estado ideal) por pura e inesperada paradoja y por inapelable condición de realidad, termina coincidiendo con el más extremo empirismo (Lo cual, apenas por ello, lleva al imperio de las modalidades del terrorismo vulgar). Y ello, a tal punto, que la especificidad de su modalidad terrorista es eso, implementación de la sintomática persistencia del fracaso utópico (en cambio, por esto, modalidad regresiva que -del más radical y conservador de los modos- siempre mira hacia atrás). La versión anquilosada del pasado, convertida en evidencia irremontable, antes que específico aporte del fundamentalismo islámico, no es más que variante dentro de la creciente implementación del denominado terrorismo de estado. Fundamentalismo islámico que entonces decide, de manera inapelable, que nuclea de un modo u otro el terrorismo que conjuga sin excepción las variantes estatales contemporáneas. Modalidad entonces donde -por más que compensatoriamente se aspire a la inflación de tales presupuestos- ante sus sintomáticas puestas en acto de vulgares desbordes terroristas, su abigarrada pretensión ideológica se descompensa y escasamente significa.

Irónico extremo aplicativo, donde a decir verdad cada vez más lo teórico brilla por su ausencia.

TRES. Lo humano es lo escindido y fue así desde un comienzo. De hecho, la hiancia de lo masculino -entre resultante de fuerza y oferta indiscutible de inteligencia- coexistía ya en la antigua Grecia del más improcedente de los modos (al lado del genio decisivo, la resultante de la esclavitud se imponía innegable, como efecto del ejercicio bélico de fuerza). Nunca sin embargo como entonces y desde entonces, la exclusión resultó armonizante recurso para la reproducción del modelo social.<sup>139</sup>

---

<sup>139</sup> Si el genio se impone como un asunto decisivo aquí habrá de ser porque en sí, connota la condición creadora que inicialmente deja oculta la base terrorista (desde la cual se da paso al denominado terrorismo creador). En el genio creador se da el pleno despliegue de la singularidad por la ruta de la generación de obra, jalonada en principio desde ese lugar de creación, sin necesaria desarmonía con la puesta en acto de lo humano. Ese modelo armónico de libre despliegue de ingenio empezará a complicarse y cuando se incluye allí de modo definitivo lo terrorista -tal cual acontece hoy en día-

Las actuales malformaciones de esas nucleares localizaciones no tienen por qué demarcar especialidades autónomas -lo suficiente al menos como para desligarlo todo de esas primeras irrupciones ciudadanas-, pero ello no obsta para que la excepción quiera agenciar de ley.

Dislocada de esa procedencia, la mujer liberada es un pendiente desde Grecia antigua, que a decir verdad, en sí no ofrece muchas posibilidades a futuro, ni resulta ser tampoco la decisiva clave explicativa como a menudo se pretende. Sin embargo, cuando se agotan las habituales formalizaciones que encarnaron siempre los ejercicios de fuerza, más tarde o más temprano estalla una contra-fuerza contenida de tiempo inmemorial.

Así, cuando lo femenino se libera emerge una condición renovada de la mujer<sup>140</sup> y de lo esclavo.

Independientemente de que se trate de hombres o mujeres, la fusión mujer-esclava es la forma que repleta el lugar que lo femenino busca liberar. Si también -por supuesto, a su modo- ello califica a los hombres, ha de ser porque se alude a la forma de lo bisexual (registros represados desde tiempos ignotos antes del apuntalamiento determinante de lo social, y a nivel actual, adecuados a versiones que cada vez se ajustan más a urgencias de expresión y reproducción de tales condicionantes).

Más acá de ello, existen impedimentos y cancelaciones no menos decisivas.<sup>141</sup>

Contrastado desde lo femenino que se libera, lo masculino estalla las aspiraciones de toda forma-hombre, enloquece la paternidad, lanza erupciones continuas, inútiles, onanistas, contaminante y - ¿por qué no?- abortivas.

Las mujeres no son ajenas a esto, desde que buscando la liberación de lo femenino se enfrentan al retrato impostergable de su inveterada esclavitud.

Allí es que, como microscópicos judíos -inmolados varias décadas antes- millones de pequeños proyectos humanos sucumben al atentado: lo puro masculino se desborda, su desmesura repleta los lugares de un déficit que sin duda crea el faltante materno.

Es claro que una de las expectativas contemporáneas más complicadas aspira a asumir esa brecha, cada vez más problemática y cubierta de manera inadecuada.

De su parte, lo masculino marginado da paso a la emergencia de esas señaladas fuerzas compensatorias del poder terrorista y que a nivel particular ofrece graficaciones más que caricaturescas, de hecho esperpénticas.

---

la pugna entre lo humano y la Obra llevará al reconocimiento de eso, que siendo espontánea realización de singularidad, termina por contraponerse hasta la explosión en lo singular de la singularidad más impedida.

<sup>140</sup> Resulta evidente que la mujer - de modo escueto, escrita así - en primer lugar se contrapone al hombre. En tanto tal - en cuanto género- recoge el concepto envolvente, la matriz genésica. Sólo en segunda instancia, desde su despliegue inmemorial, da paso a la forma-madre, la forma-niña, la forma-anciana, la forma-adolescente, y hasta a la forma-mujer propiamente dicha, la cual puede llegar a ser envolvente en referencia con todas las anteriores, o francamente contrapuesta (dígase, específica forma-mujer versus inveterada forma-madre y/o versus el resto de alternativas posibles o pensables).

<sup>141</sup> A la mujer-esclava se contrapone el hombre-genio, en la medida en que el hombre-de-fuerza-pura torna necesario complemento.. Sólo la condición de impedimento allí, impone reconocer hasta dónde pudo llegar el desequilibrio que desde lo social se impuso a los géneros.

La cuestión sexual, como se ve, resulta inocua ante tanta dominación, simplederivación de asuntos más constituyentes. No sobre aclarar que con este señalamiento no se pretende ni exaltar la excluyente inteligencia de algunos hombres, ni menos aún, minimizar las capacidades mentales de las mujeres. Más acá de diversidades genéricas, se trata del lugar que impone la fuerza frente a la inteligencia. Y, lo cierto es que e ese nivel, el modelo social apostó desde sus comienzos por un recurso escindido y desequilibrado, que hoy -de manera tardía- intenta extraños reacomodos, para nada claros ni indiscutibles.

CUATRO. La forma-mujer, de manera progresiva desconectada de toda alianza con la realización materna, desde que el capitalismo la atrae hacia sus rediles, indecisa entre asumirse inserta en lo puro masculino, o solazarse en el narcisismo de su imagen, catapultada por y desde el modelo del consumo, ama por sobre todo eso-masculino-puro que si bien figura disgregado, en puntos de excepción puede llegar a apuntalarse como amenazantes concentrados.

Es por ello que con frecuencia, si a ese modelo de mujer en falta (en tanto madre sobrepasada en cambio por desbordantes compromisos laborales y sociales) algún hombre le ilusiona con su más impedido completamiento, ella -mujer concreta- se inmola allí, sin medir consecuencias ni atender a mínimas exigencias de realidad.<sup>142</sup>

Pero se trata -hoy como ayer- de un amor esclavo que reúne poderes y dominaciones de difícil evasión.

Como heredera, desfigurada y lamentable, de esas contradictorias y antiguas eclosiones, en nuestro medio una de sus formas más barata y lamentable de ilustración la repone el enlace entre la reina de belleza (o de manera aún más general la mujer bella, extremo paradigmático en lo social de la forma-mujer, en tanto calificada desde el consumo) que entonces y por ello, se reúne con el macho-puro: dígase, el narcotraficante.

Sin llamarse a engaños, por encima de claves personales o de apetencias decididas desde irreductibles y complementarias opciones de singularidad, es el poder y la apabullante determinancia del dinero, cuanto pasa a ser lo decisivo allí. Aunque siempre resta la pregunta por la razón gratuita, casi inútil, que permite a pesar de ello, la emergencia inocultable del deseo y la certeza de realización, que tales realidades femeninas ilustran entonces por encima de toda dominación y ejercicio de fuerza.

CINCO. Asunto tragicómico en principio, aunque la cosa más que una escogencia desafortunada y pintoresca resulta ilustrando asuntos mucho más complicados: el llamado capitalista resiente los hábitos, que de su parte, en su esfuerzo de auto-reproducción intentó implementar lo social siempre.

La mujer en su conjunto, ganada del lado de lo laboral, en pugna con su destino maternal, puede de forma aislada y a partir de específicas modalidades suyas, ensayar reposiciones contaminatorias. Es por ello que, en el colmo de lo social escindido actual y en forma por demás compensatoria, se busca domesticar el excluido modelo materno, como si -entronizada, en una jaula de oro, y desde una urgencia de perpetuación, tan ciega como absurda- se intentara reponer al ama de casa sobre el pedestal que su ausencia reclama (como se viene viendo -y tal cual se verá cada vez más- cuanto se logra en cambio, es su monstruosa mutación).

En medio de tal telenovela lo cierto es, que si su amo vigoroso así se lo decide, la bella-mujer- del-consumo hasta vuelve a parir imprevisible descendencia. Resultará difícil hallar una más contundente ilustración de fuerza autoreproductiva ciega, pero lo cierto es que (por una u otra vía) la-bella-dama-del-consumo retrata así la reposición de su obligada coincidencia con lo esclavo.

Observadas las cosas, acaso de una manera menos superficial, debe reconocerse que desde la singularidad expresa en la multiplicidad de las emergencias y en referencia con la uniformación masificante de los colectivos, la distancia entre lo sexual-natural y lo social-cultural se evidencia con ello del modo más explícito y malformante.

---

<sup>142</sup> Debe recalcar aquí -casi con irónica mueca- una circunstancia decisiva: por supuesto, el retrato de masculinidad pura nunca coincide con el hombre-genio, en cambio sí, y de modo decisivo, con su inverso de fuerza, lo cual no deja de ser regresivo e inconveniente para las aspiraciones de la especie, desde que lo cultural-aloplástico impone su imperio a las aspiraciones evolutivas de lo autoplástico- natural.

Eso, en su acepción más general y abstracta, a nivel puntual, pudiera decirse que Schreber lo asume (dígase, la cobertura del lugar de la madre a partir del delirante proyecto de repoblar la tierra) desde la contaminación y asunción más extremas de los destinos que le son negados al individuo normal. Lo cierto es que a ese nivel, del modo más extraño, Schreber resulta ser tan ajeno de eso, como de pronto, para el registro de lo más actual, resulta inseparable y hasta decisivo (sin que tampoco ahora -tanto menos aún- nada se sepa de ello).

SEIS. Sólo a partir de la visión de las resultantes actuales -o sea, en franca retrospectiva- se puede ofrecer evidencia de enlace entre Schreber y el nazismo.

Pues bien: si se pensara en una posible prospectiva schreberiana (frente a lo cual, que se sepa, no existe visible impedimento invalidante) lo cierto es que, desde mucho tiempo atrás Schreber -así él no lo supiera- ilustraba ya (muy a su modo) todo cuanto en tal sentido había empezado a avanzar hacia estas bizarras modalidades contemporáneas (modalidades de todo fascista desde que, en sentido amplio, apuntalan la implementación inflada del modelo autocrático, dadas las desproporciones que a nivel de lo social comporta la desigualdad y el poder).

Como un boxeador vendado, Schreber recibía golpes, sin ubicar mínimamente su procedencia ni lograr mayores resultados con sus compensatorios esfuerzos de auto-defensa.

Por supuesto, Schreber desconocía de modo radical la lógica de padecimientos que -en tal sentido- daban como aislada psicosis cuanto empezaba a ser psicosis de masa.<sup>143</sup>

Se podrá contra-argumentar, que si bien este ensamble entre modalidades mórbidas extremas no se hace visible con solo explicitar a esa pareja -bastante lamentable y sin duda menor- de la reina y el narcotraficante (mencionada sin embargo para hacer más ilustrativo algo, que aún desde muy lejos se viene evidenciando y que a pesar de todo no ha menguado en su constancia).<sup>144</sup>

Si bien se ve, la pareja de la reina y el narcotraficante forcluye la demencia de masa, en la medida en que más la apunta y más la expresa.<sup>145</sup> Al tiempo, la pareja -no la demencia de masa- parece por

---

<sup>143</sup> Nadie admitirá esto con facilidad dado que cuando más, la modalidad nazi se supone como mero riesgo -creciente sí- de repetición, como circunstancia pasada y anecdótica, como algo superado por ende.

En cambio, desde la perspectiva de la oferta clínico-estética se asume el modelo como dado ya de modo indefectible y perpetuado de modo necesario, así lo sea de manera más amplia y hasta encubierta, para nada literal, a título de extremo autocrático que de continuo califica el conjunto de las resultantes todas. Dimensión que flota inapelable en el ambiente de lo urbano y que se expresa -hoy como ayer- por múltiples vías y a partir de tan indispensables procedencias.

<sup>144</sup> Sería insostenible el enlace directo entre el deliro de Schreber y el tema de la telenovela amatoria -en la cual se solazan las masas de los televidentes, al menos en este país-. No parece haber reunión posible allí, como no fuera por la vía del más radical de los contrastes. O sea, contraponer la contundencia de la desbordada intimidad delirante del personaje-Schreber, con el masivo despliegue de esa estética precaria y burda, donde el rebaño se defiende y se forcluye del modo más aparentemente inocente, complaciente, y máquico-parasitario. No por nada, mientras se disfruta de la inflación hiper-moral indiscutida, sin duda alguna el terrorismo más vulgar arrasa tanto más.

Lo único que se beneficia y crece a partir de allí ha de ser el tono terrosita que todo lo cobija y recluye.

Las dos modalidades forclusivas derivables a partir de allí sí son complementarias y por demás significativas: masiva forclusión de lo psicótico que aspira a la reclusión más indiscutida (frente al caso-Schreber), pasiva y permisiva indiferencia, impotencia sin resonancia posible, ante la construcción que arma el terrorismo -incluso proponiéndose como paradójica, inadmisibles defensas frente a sus propios embates- que como modalidad de gobierno hiper-defensivo, de un modo u otro, se impone en la administración de los estados.

<sup>145</sup> Esas claves forclusivas no están vacías ni son meros recursos nominales, puestos allí para resolver sin más asuntos en extremos complejos. Lo forclusivo es concentrado implosivo -a la manera de los agujeros negros de la física- que hace alusión a camuflajes temáticos, corrientemente desconocidos, cancelados, para beneficio del despliegue de lo social. Si bien se observa -y por decir algo de modo inicial, con lo cual no se pretende conseguir rellenar los inmensos baches que de ese modo se destapan- detrás del personaje-narcotraficante que enlaza con la bella-mujer-del-consumo (esfera de lo

sobre todo, ajena del asunto schreberiano. Y sin embargo se reúne todo, desde un ensamble de contaminada síntesis, de otro modo invisible, incapturable. Y ha de ser en tanto sin la doble clave forclusiva que así se implica, que tal integradora versión interpretativa, resutaría lamentable e impropcedente. Incluida en cambio esa captación, la posibilidad al menos de una sostenida cadena de sentido torna entonces factible.

SIETE. No sólo se halla presente en el modelo psicótico de Schreber la sospecha de su perpetuación y generalización más directa por la vía del entonces futuro nazismo, es además la forma capitalista la responsable de los enlaces que -entonces y ahora, a partir de modalidades extremas- lo más extraño, arbitrario y transgresor -sin desaparecerlo por ello- se cancela y expulsa.

Se dirá: sin forzar las cosas de modo tendencioso ¿dónde se justifica la presencia del capitalismo en el comportamiento schreberiano?

Allí donde se trata de la máxima exclusión, precisamente -habría de contestarse.

Como despojo, Schreber ilustra esa verdad (tal cual -guardadas proporciones- los basureros arqueológicos reponen y hacen visibles las costumbres de los pueblos más antiguos).

Incluso, ha de ser por todo ello que la locura que comporta el mero enlace entre la pareja reinar-narcotraficante - más bien, la locura que allí se incluye, antes que la pareja misma, ésta última por pura paradoja entronizada en lo social del modo más inexplicable y sintomático- resulte siendo tan forcluída como lo fuera el desorden de Schreber para el resto de sus semejantes (así, para ello, también se demandara el escándalo de esa hiper-presencia demencial schreberiana, tan insostenible como indescifrable, si se le quisiera enfrentar de cualquier otro modo).

OCHO. De hecho, el enlace entre Schreber y el nazismo no se establece porque Schreber hubiese sido adivino, ni porque la magia de la psicosis sea lúcida por encima de los tiempos y de las realidades. Ha de ser porque, entre otras cosas -aún siendo desbordadas o refutadas, en cada caso a su modo- las marcas de modalidades de masculinidad (tan antagónicas como complementarias, igualmente colectivas que particulares) retratan la verdad de un registro social envolvente, y del cual son expresión en tiempos muy diversos que se dan Schreber de una parte y el nazismo de otra.

¿Por qué entonces el capitalismo demanda de estos humanos suplementos y de estas modalidades de poder (lo masculino puro, lo autocrático)?

Tal cual fuera ya anunciado aquí, es claro que la alianza entre el capitalismo y lo social abunda en opciones y -desde ese orden de cosas- propicia modalidades de encarnación cuya ausencia impediría el libre despliegue de ambas esferas. Sin embargo, las coexistentes modalidades tuyas no siempre

---

social) subtiende una relación no menos definitoria de aquella (dimensión económico-capitalista) que desde el poder, rige las escogencias afectivas de éste. Es ella tan evidente y tan definitoria, que por obvia podría no incluirse, pero si se lo hace, se olvidará establecer los enlaces que a partir de allí, con su simultanea inclusión, de hecho se propicia.

Por decir algo, lo más inocultable apenas: la indispensable, creciente población de drogadictos es tanto más decisiva para mantener el lugar del personaje-narcotraficante. A partir de allí, se hace posible comenzar a establecer enlaces imprevistos, vínculos forcluídos (drogadictos, judíos, niños-Schreber -para el universo moral-integrador de las víctimas-, führer, narcotraficante, Schreber-polucionante -para las desequilibradas dimensiones que confiere el poder-).

También -debe insistirse en ello- los enlaces asociativos entre temáticas reunidas por lo forclusivo comportan claves de enlace, inversas de las modalidades de manera habitual integradas por la ruta de las semejanzas. Se trata en cambio de lo diverso contrapuesto, de lo cancelado, de lo faltante del modo más radical y tajante, por todo ello llamado allí desde el futuro irrealizado. Más tarde o más temprano, puesto en acto, o tanto peor aún, hiper-presente allí, de tanto que se lo encarna forcluido.

admiten armoniosas síntesis. En tales caso, cada una opera de su lado, generando arbitrarias e ingobernables resultantes.

Aquí -es ello bien sabido- sobre todo interesa rastrear dos rasgos cuya explicitación devela la más camuflada continuidad histórica -lo autocrático y lo bisexual- buscando ilustrar apenas la contundencia de sus presencias y la renovada versión que admiten desde el abordaje de aislados asuntos. Los espontáneos recursos intepretativos de hecho juegan a ofrecer modalidades alternas, ideológicas, de supuesta permanencia de lo más nuclear y consagrado, aunque encubriendo decisivas discontinuidades y generando inevitables exclusiones y marginamientos (razón por la cual dan paso al encubrimiento forclusivo de sus amarres).

En este orden de cosas -y apenas desde una de esas perspectivas (lo autocrático)- cabe resaltar que cuando desde el otro extremo se instala lo omnímodo del poder, de la autoridad -así fuese apuntalada y decidiendo desde el padre- esto sólo, puede ser anuncio de catástrofes tan contundentes y generales como resulta serlo el posterior y colectivo recurso del más delirante ejercicio autocrático. El mismo que -décadas después y de manera inevitable- sobrevendrá al desplome de Schreber, sin que nadie lo notase ni se hiciera esfuerzo alguno por reconocer conexión factible allí.

Lo cierto es que el incólume modelo se prolonga hoy, formato a su vez camuflado e indemne a todo obstáculo y a todo impedimento. Es ello cuanto, a título de tono terrorista, flota ahora en el ambiente de lo urbano dominante, hiper-presente. Y es, a partir de allí, desde donde el modelo capitalista resalta su apetencia por claves compensadas de poder y donde en consecuencia el inflado modelo social se conjuga en masculino, aunque mantiene siempre la nostalgia de la explotación de lo femenino, de lo cual no parece aún ahíto.

Como el dios de Schreber, parasitario y draculiano, sin el refuerzo encarnado de lo humano vital - apropiado a cada paso por las urgencias de auto-reproducción de lo social- el capitalismo es esqueleto sin opción alguna de movilidad.

NUEVE. Ahora bien: sin dejar de ser del más lamentable modo simplificante, no se puede decir que Schreber repuso en su delirio -aislada, literal y proféticamente- la escenificación del futuro nazismo alemán. Resultaba indispensable a su vez, que desde múltiples territorios, a partir de incontables emergencias, gran variedad de eslabones se amarrasen allí (ni qué decir, de la inmensa ruta que lleva hasta el enlace con la pareja del narcotraficante, en conjunción enajenante con su complemento femenino. Según sea el caso, lo bisexual acá, lo autocrático allá, no faltan sin embargo).

Como fuese, apenas pensando en la primera cuestión, se trata de un asunto de modalidades reiteradas, desplegadas a partir de infinidad de vías, que sólo armando y agotando cadenas interminables, termina reuniendo uno y otro extremo.

Pero, por largo que fuere el hilo, éste tiene su incuestionable identidad: en efecto, la forma de lo más autocrático arma, por muy diversos lados, sus propias constantes territoriales, delatando con ello que como condición para su reproducción existen despliegues de modalidades inapelables, enlazadas en apretado y variante tejido (el cual lleva -condición misma de su armado y ejercitación- desde lo escueto particular hasta lo general más extremo).

Es que además siempre -hasta estallar- el proceso avanza hacia el apuntalamiento de su desarrollo incontenible.<sup>146</sup> Y ello habrá de ser, porque una forma del terror ejercido está constantemente rodando e imponiéndose detrás de todo ejercicio autocrático de poder.

---

<sup>146</sup> Debe aclararse, que si bien Schreber cree que algo comienza en él -desde su historia, retratado dramáticamente por su existencia- se trata apenas de su vivencial versión del estallido. Acaso la idea del fin del mundo schreberiana sea la propia oferta especular que parte de la perspectiva de una inapelable y desbordada subjetividad.

¿Se debiera insistir en que, por principio, la presencia de lo autocrático repone un modelo de terror aplicado (o sea, de franco terrorismo organizado)?

No tanto es la irrupción de modalidades más o menos extremas (en forma literal semejantes y familiares entre sí, incluso), En cambio, se trata de la clave que da la eslabonada perpetuación de las variantes expresivas, las cuales obedecen a un ritmo decisivo y progresivo (sin ser de manera necesaria, lineal por ello). Se quiere decir que al interior de lo social se incluyen enlazadas variantes de terror, las cuales resultan ser condición envolvente y dominante, modalidades que deciden el juego mismo que se impone desde las urgencias reproductivas del poder. Sólo por ello, el terrorismo se apuntala y crece como consecuencia derivada de allí.

DIEZ. El nazismo -además de todo cuanto precede su condición política más visible- ilustra como pocos asuntos, el desborde de lo puro masculino. Sólo, que a nivel de la psicosis de masa, lo puro masculino no puede ser igual a la irracional y torturante pedagogía del padre de Schreber, o al camuflaje delirante que en el propio Schreber se arma con ello.

Asumiéndose el predominio de lo sexual (y con eso, la imagen de un Schreber que posase como la niña-del-papá, escondiendo así en forma tímida y pueril, el conflicto insoluble que lleva a la inversión donde se normaliza lo adulto-masculino-socializado desde lo edípico conjugado en pasivo) el masculino-puro-hombre-Schreber tendría que ser lo opuesto a ello: entonces sí, coincidiendo con esa aspiración inocultable de incontrolada polución, de erección salvaje y sostenida, de desmesurado desborde (con todo lo cual, antes que liberarse lo femenino, se lo esclaviza y somete (así sea a la manera como ese ser de complemento se suplanta ahora desde allí, a partir del fantasma temprano de una madre subordinada, sumisa. Paradigma que la esposa de Schreber, ni de modo remoto, consigue reponer).

Dada la realidad gerontológica -la cual sólo podría evadirse por la vía del escueto desborde y del ejercicio de ficción- a partir de entonces, el asunto del delirio schreberiano se juega en franca oposición con todo ello, y -así en apariencia exacerbe el accionar erótico- lo que de hecho importa es esa rotación que se arma desde la ficción y que en el mejor de los casos hace de lo sexual realización forclusiva y forcluyente.

De su parte (versión global, de aspiración clínico-estética) la pretensión -más bien tanática- de desaparecer la especie desde la tiránica e indetenible culminación de la Obra -aspiración decisiva a nivel del despliegue de lo tecnológico y desde allí, de lo humano en su conjunto- por sí misma pone a primar las emergencias del terror por sobre cualquier aspiración de auto-conservación (tanto más, si para ello halla el apoyo de la extrema emergencia psicopatógica que la psicosis es).

ONCE. Desde que lo tecnológico empieza a hacerse predominante, por estar empezando a recalcarse de modo prevalente esa lógica máquica del colectivo, el sentido de los acontecimientos deberá tener doble acepción y, por principio, de más fácil manera, antagónica.

---

Por supuesto, lo autocrático -como forma que en su despliegue ejercita lo humano - viene dado desde siempre, incluso habrá estallado de mil maneras, mucho antes del desborde de Schreber (ni qué decirlo). Sólo que vistas las cosas desde la perspectiva actual, la arbitrariedad de hacer un corte histórico en ese punto específico permite vislumbrar a nivel retrospectivo, y de un modo tanto más acentuado y admisible, la unidad del proceso.

El terror -si se prefiere- está dado en lo humano como una clave inapelable. En cambio, la prelación de lo terrorista se debe mirar en retrospectiva para permitirse enlaces que el mero terror no alcanza a retratar de un modo tan preciso.

Más ficticio y delirado que real, el sentido de la pluralidad de poluciones que explicita Schreber resulta ser, no sólo apenas sexual -en tanto explosiva emergencia desde una última erección de anciano andropausico-.<sup>147</sup>

Si se quiere, la eclosión poluciva antes que empoderamiento vital y reafirmación personal es inicio masivo de un modelo, que para realizarse, con innegable demencia escenifica así sus microscópicos y desbordados estallidos estéticos.

Es más: no sólo es ese remontamiento de habituales linderos erótica urgencia de complementación de géneros, sumisa obediencia a la reposición del apellido del padre. No. Es apenas ese desbordamiento su polo opuesto escenificado sin atenuante alguno, ejemplo de mera dominación desde el imperio de las más escuetas fuerzas, puesta en acto de un desequilibrio tan burdo como destructivo (en efecto, al tiempo tanático y estético).

Si pareciera en exceso imaginativo e insostenible el tema del asesinato de los espermatozoides como equivalente de la extinción futura de millones de judíos,<sup>148</sup> es al menos -esa sí- indiscutible puesta en acto desde Schreber, quien se asume de esta forma, a título de autoridad impedida y desde su masculinidad hiper-compensada, a partir de un invalidado extremo suyo, y en tanto víctima inveterada -si se lo quiere asumir así- de ese otro, el padre (extraño y enigmático personaje interior el cual, tiránico, arbitrario, sobre-determinante, como un virus autocrático) somete a la persona de Schreber. Por lo demás -desde el más desesperado y fallido esfuerzo de unificación contaminando paso con ello a la más desbordada escenificación de auto-tortura (ella sí, perfectamente nazi ya).

En cambio de ser punto de arranque para una nueva oferta histórica (que es como habitualmente se le reconoce) en realidad, lo nazi es cobertura a cuya exacerbación se termina derivando desde el acontecer de lo social,

Schreber, arriesgándose a lo imposible (vale decir: desde el lugar del personaje-padre-victimario) expele semen de modo desbordante, para con ello empezar a delirar la verdad de la más íntima auto-extermiación de la persona-víctima.

DOCE. Pues bien: ¿cómo justificar contradicción personal tan flagrante -expresa en esta resultante funesta, y a nivel de esta contundente escisión- sin pasar por la personal anécdota biográfica, sin darle redondo y acabado sentido a lo individual, empírico e inmediato?

Lo psicótico no necesita justificarse, estalla porque ya no hay opción posible para ninguna justificación. Se trata sí, de lo masivo, ilustrado en principio por la pérdida de toda frontera racional, independientemente de que ello sea a partir de la emergencia del desorden, reconocido entonces en

---

<sup>147</sup> Y ¿por qué la escenificación se instala allí? ¿por qué se privilegia esto, donde es menos factible y coherente?

No sólo -habría de decirse- porque se trate de algo demente. Es porque así -antes que real imposibilidad de reproducir a un hijo, quien desde la extrema realización de obediencia, y por obligación, lleve el apellido del padre- lo sexual es por ende, muerte ya.

O sea, se trata de algo decidido como inverso-especular.

<sup>148</sup> Si bien aún harían falta tantos más vigorosos y contundentes argumentos para hacer inapelable esta versión, lo cierto es que tampoco se puede afirmar que resulte inadmisibles (por supuesto, desde una oferta de modo necesario retrospectiva). En efecto, de más fácil manera, se comprueba de acá para allá: son los judíos masacrados en los campos de concentración quienes reciben el trato de la muerte en masa, despertando el goce desde la puesta en acto de sus asesinos. Goce que -por monstruoso que suene- hace del ejercicio de la destrucción extrema e indiscriminada de lo humano, algo que roza de nuevo con lo erótico.

¿Cómo no ver ya allí retratado en contra-réplica cuanto de significación terrorista comporta el mero disfrute onanista, no sólo schreberiano?



términos de lo más personal, o bien, apuntalado como modalidad ya de lo colectivo envolvente, o (de modo tanto más contundente aún) de ambos asuntos a la vez.

La persona -de-construida desde la psicosis- evidencia lo más primordial, tanto como la emergencia del comportamiento de masa repone lo mágico y da paso a delirantes escenificaciones de marca cosmogónica. Allí empieza a evidenciarse que la aspiración racional-social del modelo flaquea armando síntoma.

De manera puntual, a nivel inicial, se intenta encubrir en lo posible la constancia de una incontrollable demolición, que de modo progresivo torna presente e ingobernable. La estabilización personal en psicosis es al tiempo, desde el colectivo, retrato de exclusión proyectada del síntoma, puesta-afuera-en-el-otro-repudiado, explosiva presencia de lo singular recludo en su condición de literal bomba de realidad suplementaria: dos caras de una misma moneda que se urgen y deciden desde una reciprocidad inapelable, definitoria.

TRECE. Dada la simple emergencia de una psicosis ¿sucede siempre así? Sin que ningún “derrumbe gubernamental” se derive de ello ¿no emergen de manera continua los psicóticos?

Siempre cabe suponer que el inagotable minotauro de marras demandará la urgencia de sus víctimas, y alguna estabilización habrá de conseguirse con ello. De hecho, el punto culminante de expresión agota posteriores sentidos. Más allá de ello, si bien lo psicótico seguirá irrumpiendo sin detenerse, otras modalidades suplirán el lugar privilegiado de significación.

Las drogadicciones -por decir algo- llevarán al extremo la oferta de lo máquico, cuando los re-armados de la escenificación social encuentren indispensables re-acomodos y re-adequaciones, cuando el despliegue de lo tecnológico y de lo terrorista así lo imponga.

Como fuere, si se piensa que lo psicótico o lo narco-adictivo es apenas algo personal, ello no podría reconocerse como válido sólo porque la literalidad de su emergencia, a ese nivel resulte inocultable. Si se le asume desde una perspectiva más transdisciplinar en cambio, no sólo se hará visible sino que parecerá inevitable el enlace entre ambos polos -individual y colectivo- en distintos registros pero dentro de la misma envolvente escenificación.

Así en más de un caso se trate de modelos sintomáticos, de inocultables contaminaciones, de síntesis imposibles, los modos de lo urbano incluyen esas resultantes de continuo dando paso con ello a desintegraciones y a reconstrucciones inagotables. Al menos, desde el caso Schreber -que es cuanto en primer lugar interesa aquí- el reconocimiento de este tipo de abordajes resulta enriquecedor y revelativo.

## **5. Schreber en la nueva cuadratura psico-patógena de la versión clínico-estética**

UNO. Por entre los retorcidos laberintos de su desorden, por la supuesta y subterránea coherencia del deseo en Schreber, el delirio, una vez más halla el paso hacia la estética aspiración metamórfica. Antes que a la sumisión frente al padre -efecto ya de todo ello- el delirio consolida gobierno tiránico del doble desde donde se incluye ello y tanto más, pues el delirio es todo menos armado nucleizado (lo cual no obsta para que se apunte en su descentramiento definitorio a partir de claves conceptuales de referencia que permiten auscultarlo e intentar descifrar -en parte al menos- la peculiaridad de sus despliegues.

Entre otros asuntos, el terror y la liberación femenina condicionan la condición pre-anunciada del simultáneo predominio del doble y del personaje terrorista (núcleo del doble-virus), este último visible de entrada en la emergencia del delirio psicótico y en su consolidación más decisiva. Como fuera ya reconocido, la verdad es que -por más demente y auto-destructiva que ella fuese- con la excusa de satisfacer la demanda de eternización paterna, en realidad Schreber va en pos de su indispensable y ficticia auto-liberación.

DOS. ¿Qué pasa allí además con el virus y con el virus-doble<sup>149</sup>?

Muy al comienzo de este escrito se ha afirmado que (sobre todo desde la generalización de lo virtual-especular) entre los polos de lo tecnológico y de lo terrorista se instalan, de una parte el doble y de otra, el virus. Este último, responsable de que se arme sombra a partir de toda aspiración de progreso tecnológico, consolidando resultante terrorista en cambio.

El virus-doble, modelo contaminado donde no sólo es dable al virus desdoblarse en una envoltura que radicaliza las formas de lo reclusivo, que le permite sobre todo duplicarse de manera especular (virtualizándolo todo a partir de modalidades desdobladas y de automatismos arbitrarios y desmesurados) prolonga la generalización de lo virtual, así de modo compensatorio pretenda remontarlo, cayendo en cambio del lado de lo masivo y de lo masificante, uniformándolo todo, asfixiando -tanto más- las ya flacas opciones de despliegue de la singularidad. O sea, anunciando y propiciando el estallido inapelable desde el acumulado, que en consecuencia, es lo singular.

Como lo ha recordado la nota previa -estados agónicos, modelos colectivos de impotencia e indiferencia, hipnotismos grupales o de conjunto, estallidos crecientes en el juego de los intercambios sociales de múltiples tipos, sometimientos esclavizantes de ello derivados donde se entronizan estabilizaciones y congelamientos, al tiempo que crecen variantes de poder que los consolidan y exacerbaban- son todas estas, modalidades emergentes a partir de tal discurrir.

Es cuando, en clínica de lo social, torna indispensable hablar de instancia de masa -más allá de las escuetas aspiraciones clínico-personalizantes de la especializada tradición psico-patológica- vínculo que amarra a cada quién al colectivo -incluso, por encima del yo-<sup>150</sup> por todo ello, subtendiendo la evidencia -creciente, apabullante- del terror, cada vez más incontrolable y dominante, cada vez más cercano, cada vez más decisivo. También, cada vez más distante (desde la perspectiva de las defensas).

TRES. En cuanto escenificación -a partir de la dominante envoltura especular- corresponde al doble-virus asumir el reino de lo psíquico. Ello comporta el despliegue de los personajes, que reúnen

---

<sup>149</sup> Los dos registros donde el virus y el doble se contaminan y combinan (virus-doble, doble-virus) nombran en realidad los lugares de superpoblación, de hiper-presencia (doble-virus) y de máxima desprotección, de ausencia, de vacío (virus-doble). Son, por sobre todo, registros de nivel estético ausente-presencial, donde por ende se da alojamiento a los personajes (doble-virus, comandancia creciente del personaje terrorista) o se ilustran los desplomes del afecto (agónicas irrupciones de lo terrorista, masivas tonalidades depresivas, indiferencias, estados hipnoides) que cuentan con involuciones lideradas por los registros de masa -instancia de masa- y con las sintomáticas alternativas máquicas que intentan implementarse para suplirlas (adicciones, consumismo, alteraciones alimentarias anoréxico-bulímicas).

<sup>150</sup> No es que no exista el yo, es que -antes de ser centro en el armado de lo psíquico- se ata sin remedio al terror que lo subyacente, que lo soporta y que -por pura paradoja- lo justifica. En realidad, es una pura consecuencia suya, desde el pálido referente de masa de la singularidad coartada que con su sintomática envoltura compensa.

en una sola condición -diferenciada, sí-, desde los polos de las realidades sociales<sup>151</sup> hasta los extremos de lo onírico, de lo fantasioso y -en general- de lo más íntimo.

A partir de allí, se deriva y consolida la reforzada y creciente presencia del señalado personaje dominante, entronizado en el registro del escenario que es la persona cuando se la piensa en referencia con una versión estética prioritaria. El personaje terrorista, con su cohorte de personajes anejos, que en el registro máximo de su capacidad expresiva, dan rienda suelta a la mítica y a la cosmogónica versión de lo psíquico más delirante y disgregado.

En el registro de lo singular, se trata del polo contrapuesto al modelo, sometido y sumiso, que desde lo social hace de la persona puntal de evidencia indesprendible.

Significa ello que a la persona -aún la más reconocida como normal- a nivel forclusivo la subtienden siempre personajes que se debaten de continuo para imperar allí y dar sentido a la diversidad, a la pluralidad que cada quien ofrece, tanto en el ejercicio del despliegue social como en la más intransferible intimidad.

CUATRO. Más allá entonces de toda aspiración de unidad -irreductible, responsable e intencional- que se impone a la resultante-persona desde el imperio auto-reproductivo de lo social, subtiende esta demencia que Schreber hace visible para que el resto se redefina desde esa doble modalidad forclusiva (la cual es por ello que de modo corriente se auto-asume como normalidad).<sup>152</sup>

Esos entresijos son asuntos que junto con la producción de lo onírico las psicosis -cuando se les deja de devaluar y de considerar a título de excepciones mórbidas y negativas- evidencian de la manera más estética, cuando además se les reconoce como trasfondos y soportes generales desde donde -a pesar de todo- se escenifica lo humano de conjunto.<sup>153</sup>

Pues bien -dada la dominancia progresiva de cuanto se ha dado en apelar en clínica de lo social el tono terrorista-, que el personaje terrorista<sup>154</sup> de modo creciente hable a través de la persona, es la culminación que -desde este cuarto registro (doble-virus)- completa las alternativas renovadas de lo psico-patógeno (si no cancelando los tradicionales modelos diagnósticos, al menos sí ampliando sus espectros y reactualizándolos de modo decisivo, y sobre todo, expandiendo sus coberturas más allá

---

<sup>151</sup> Cf. Otero, J. "Lo máquico, o de lo psíquico con oartefacto". (Sobre todo el apartado donde se analiza el lugar de los personajes sociales).

<sup>152</sup> No que a todos le sea ello indispensable de modo literal y directo, es que allí se expresa esa verdad de a puño, que aún llegándose a saber, resulta inevitable que de nuevo se olvide. De hecho ¿no lo llegaron a explicitar Freud y Lacan, cada uno en su momento y a su modo? ¿Acaso aquí no se dicen cosas que fueron previamente reconocidas y que a pesar de ello resultan tanto más forcluidas? ¿Cómo, de otro modo, podría aspirarse ahora a armar novedad a partir de todo ello?

Por lo demás, la pregunta que se impone ha de ser: ¿Por qué, develando así los asuntos que subtiende lo normal y lo psicótico, tanto Freud como Lacan en más de una ocasión se mantuvieron instalados en una normalidad a toda prueba, al punto de que sus aplicaciones clínicas les fijaban en ese lugar y daban -por ende- esa inamovible perspectiva a la oferta clínica misma? La condición terrorista creadora no está menos escondida en ellos, así a su pesar (más por paradoja que por contradicción) a menudo la implementen.

<sup>153</sup> A nivel teórico (o sea, cuando se trata de la concepción más general a propósito de las psicosis) esta cuestión no es negada por el psicoanálisis. Otra cosa es que se le asuma desde el colectivo psicoanalítico, y en referencia sobre todo con el registro de la especificidad clínica y de la asunción aplicativa de sus especializados procedimientos.

<sup>154</sup> El personaje terrorista resulta muy diverso en cada quien, e incluso en cada posible circunstancia. Puede ser que opere del modo más silencioso e implosivo, y que dando la idea inversa, parezca reforzar las urgencias que surgen y se imponen a partir del modelo grupal. Es cuando lo social delata sus propias expectativas terroristas y el personaje en cuestión coincide con ello.

de exclusiones y selectividades). Pues, el virus y el doble (y a su lado, sus contaminaciones y combinatorias posibles) valen para las formalizaciones mórbidas, tanto como para las normales. A partir de entonces, lo psicótico no puede ser mero armado defensiva (del modo al menos como resultan siéndolo lo neurótico, lo perverso o lo normal mismo). Aún visto todo sin necesarios distanciamientos clínico-estéticos, las psicosis son el extremo de una cadena que indefectiblemente amarra al conjunto, dándole soporte -así fuere por cancelación- y es por ello que no se las puede excluir para dar cuenta de sus recursos y procedimiento (como no sea -ello sí- apenas recurso defensivo, expresión más o menos sofisticada de colectivas complicidades, de latente, compartido, masivamente forcluido terror).

CINCO. Desde las perspectivas del doble y del doble-virus, hasta aquí se han adelantado ya algunas ofertas interpretativas en referencia con “el caso Schreber”.

Ahora bien: se sabe además que una vez lo masculino y lo femenino cambian de modo radical sus lugares -reunidos así tales registros desde los despliegues predominantes de lo virtual (doble, doble-virus)- recogen las bifurcadas rutas de la forma de lo bisexual.

Resultan menos visibles aún, los otros dos registros (el virus y el virus-doble) que califican, también y prioritariamente, las no menos complejas alternativas de lo máquico.

O sea, asumido todo de un modo más directo, se trata de abordar cuanto de lo terrorista se juega en esa dimensión psicótica desde la cual termina consolidándose la edificación mental. No sólo en Schreber, en las psicosis en su conjunto desde que son vistas como incorpóreos artefactos, como extremos, desbordantes suplementos mórbidos del más intangible de los tecnológicos armados (lo psíquico).

SEIS. Sólo que tendrá de reconocerse entonces -señaladas ya las marcas de lo bisexual virtualizado- que habrá siempre allí inevitable contaminación, y ello en un doble sentido: no sólo como versión mental de lo masculino puro -compensatorio desde que lo femenino fuera liberado-. A su vez, como esfuerzo de control de las emergencias del terror.

Juegos desde la víctima, de una parte, de otro lado claves formales y de fuerza, que entre otros radicales asuntos deciden los desbordes representacionales -afectivos o figurales- del psicótico modelo en cuestión.<sup>155</sup>

O sea, a partir de esta manera de adaptación contaminante y primaria, con las variantes de lo bisexual virtualizado se ha de apuntalar la condición implosiva del ejercicio de lo terrorista, del atentado que se retrata y congela en la puesta en acto del terror, y que hace de las estabilizaciones psicóticas, modalidades de suplemento virulento sobre los núcleos mismos que apuntalan lo psíquico.

SIETE. Retomando la tesis según la cual la sólo presencia del recurso suicida determina la dominación y prelación de lo terrorista, conviene ahora recordar que, por tradición, se asimiló siempre el suicidio con la depresión.

¿Cómo mirar de modo simultáneo esta doble versión interpretativa?

Lo depresivo, visto desde la perspectiva clínico-estética, es del orden de lo implosivo. Es más, a la luz de este enfoque, el suicidio no nombra apenas el acontecimiento paradigmático del terrorismo en

---

<sup>155</sup> ¿Sobraría resaltar que es por esto que ha tornado indispensable insistir en la urgencia de un plano de base más amplio (lo psicótico) donde se puedan cubrir modelos adicionales de desmesura, no de modo necesario del registro de lo alucinatorio y de lo figural-delirante, ni -menos aún- de lo maniaco-depresivo?

acto. Siendo ejercicio implosivo a su vez, no sólo reuniendo en uno víctima y victimario, dando paso a la detención del acontecimiento, para que -de un modo tanto más decisivo y definitorio- las puras consecuencias se instalen -congeladas desde entonces en un afuera, ajeno, desbordado- y generando con ello el incremento progresivo del tono terrorista, el suicidio por sobre todo retrata el registro de lo agónico, es -por decirlo así- una modalidad de esta clave más vasta.

OCHO. ¿Acaso no es esto posible a nivel de toda una nación, y aún de todo el colectivo humano? ¿No existen ejemplos incuestionables en la actualidad que ilustran este aserto?

Como fuere, desde que se dice que las psicosis emergen a cambio del suicidio impedido, se asumen como inapelable construcción terrorista (el modelo espejular que se desdobra a partir del imperativo autodestructivo, la escisión que hace del psicótico víctima-de-sí, es la consecuencia primera de esta condición).

Bien visto, a la luz de la oferta clínico-estética -desde la dimensión del virus-doble- el suicidio como trasfondo de lo psicótico retrata las claves que dan cuenta del entrecruzamiento entre modalidades de normalidad, hipocondría, psicosis misma, en cuanto formalizaciones agónicas (que son verdaderas armazones emocionales, que de un modo u otro, se enfrentan al terror).

Incluso, si se quisiera ver el asunto de un modo diverso- menos atentado, más decisión propia- podría decirse, que aún si se considerase que el suicidio repone el escueto e intransferible acto de una persona, lo cierto es que, a partir de un desdoblamiento inocultable<sup>156</sup> desde que la persona atenta en contra suya, su condición de unidad indiscutible queda cuantificada de modo radical.

Es cuando se asume, desde la perspectiva clínico-estética, que la persona entonces agencia de virus demolidor frente a sí misma, y además -así no se lo quisiera incluir dado que se presupone lo psíquico como inapelable propiedad personal- con ello se delata, cuánto de virtual comporta el artefacto psíquico desde que, por la ruta de lo espejular, comienza a fingirse, a asumirse autónomo para poder desaparecer. Quien se mata, genera con ello un desdoblamiento inevitable, inocultable, un actuar y un padecer -que por más simultáneos que fueren- comportan definitoria dualidad (allí, en el punto preciso donde la libertad coincide con el caos y se transforma en la más inapelable enajenación).

Virtual autonomía entonces que en su máximo despliegue significa, llega a significar, delirio. Y aún -visto todo desde la réplica que este reconocimiento permite (y que a nivel de la persona sometida a la reclusión social posa en cambio de normalidad incuestionada) allí donde no sólo lo extremo libertario se junta con lo enajenado, también donde la indiscutible conciencia ensambla con lo inconsciente más reprimido, donde lo vigílico co-existe con lo onírico, haciendo caso omiso de que la emergencia en cuestión sea una particular modalidad o en cambio consista en la constancia de una agrupación o del colectivo todo, ahora o antes -o en realidad- desde siempre, por ende -de modo inevitable- también después, como fuere, del más inapelable de los modos, a título de presencia inocultable, lo delirante acompaña, acompañó y acompañará siempre.

## 6. Los complementos de terror

---

<sup>156</sup> En cambio de ella misma ¿cómo sería esto posible, si no se tratase de un personaje inserto allí?

UNO. Agonía, impotencia, masiva indiferencia en la cancelación de la realidad externa -ésta última modificada de manera radical en pro de una construcción puramente mental-, mórbida subjetividad, sometimientos rituales múltiples que en común retratan la constante de la escenificación esclavizante-esclavizada, en fin, todo ello delata la dominancia apabullante del terror en cada reacción, en cada emergencia, en cada escenificación, sean irrupciones delirantes, alucinatorias, cosmogónicas, o directas recuperaciones regresivo-infantiles y -hasta con más frecuencia- todo ello reunido se trata de innegables constantes que permiten un envolvente diagnóstico no por ello menos preciso y certero.

De modo más fácil, antes que resultar objetivo y real, diagnóstico contaminado desde que se ignora la positividad de su expresividad y de su esteticismo fundante, se podría caer en la fragmentación y en la particularización interpretativa del desorden que de manera compensatoria se busca reducir o someter.

DOS. Se podrá replicar que si hasta allí todo opera desde pletóricas complementaciones habrá de ser porque se trata de un primer abordaje extremo que cuenta con todos los beneficios y cuya generalización estaría por verse. En efecto, si se asume el mismo rasero que se emplea para demarcar las psicosis, el diagnóstico de “El hombre de las ratas”, de los casos de histeria (de Irma, Dora, Lucy), de la neurosis obsesiva de “El hombre de los Lobos”, o de las fobias para el “caso Juanito”, y de todos los modelos mórbidos pensables a partir de allí, vista tal variedad desde la escueta y simplificante involucencia del terror -que es a cuanto al parecer aspira la oferta clínica de lo social, se estaría uniformando, tanto más, de cuanto se termina haciendo al someter al vertedero de la nuclear versión edipiana y a la manida sucesión de las etapas infantiles en su conjunto las múltiples emergencias mórbidas del psiquismo.

La verdad es que antes de Edipo ya estaba en juego la condición definitoria del terror en el conjunto de las irrupciones de lo humano. Edipo, es efecto, ilustra ya de esta dominancia.

O sea, dado escenario, terreno previo a la emergencia de la resultante humana, antes del terror es difícil colocar otra condición más decisiva y basal.

Eso en primer lugar.

TRES. Resulta sin embargo cierto que el terror no da cuenta de la especificidad de la emergencia misma. Sin duda, el sólo terror deja pendiente esas singularidades, su basal omnipresencia no resulta suficiente para responder por la pertinaz y sostenida permanencia de cualquier formalización que toda resultante -si es que se le mira desde sus propias claves de repetición y de auto-reproducción- por sí misma ilustra (por supuesto, sin olvidarse de la condición morbida que tampoco escapa a esta general demarcación).

Es más: desde esta perspectiva contrapuesta y sin ser por ello contradictorio -o más bien demostrando como indispensable la presencia de la contradicción fundante- es obvio que la resultante puede ser previa en su emergencia a la experiencia de cualquier modalidad de terror.

CUATRO. ¿Dónde pasa pues el terror -uniforme y envolvente- a la explicitación de lo siempre diverso?

Es claro que no se trata de la misma territorialidad, aunque al tiempo sea ésta -dupla y simultánea- la que apuntala el terror basal, frente a sus modalidades en el registro de la representación.

El terror es ya efecto de fuerza, desproporción entre el poder desmesurado del no ser y la incomparable endeblez de sus encarnadas emergencias, por excesivas que éstas fuesen.

El terror resulta subsumido por la proximidad de la nada, y aunque en apariencia por fuera de la representación -cualquiera a su vez esta fuese- a ella el terror la subtiende siempre, y a cada paso, le devuelve la imagen ilusoria de su pasajera condición, de su insuperable suplementariedad, de su precariedad. Como un espejo abismal, la nada llama, atrae amenazante, y -dada una mayor o menor proximidad a ella- es esto cuanto hace explotar modalidades de terror. Con todo lo cual se delata que de modo independiente de toda peculiaridad el terror es también expresión de un quantum, admite incluso medición en tanto clave intensiva de proximidad a lo abisal, y da cuenta por ello de otras modalidades posibles (las emergencias psicóticas, por ejemplo).

CINCO. Deberá recordarse que para el específico análisis del caso Schreber al lado del terror han sido indispensables otros asuntos (dígase la contraposición y complemento de la liberación femenina).

Es claro que no sólo consisten las cosas en las implicaciones de tal liberación, pero cuando de ella se trata el entronque con los despliegues del conjunto -dimensión que ha sido aquí denominada épica- hace singular estallido de su irrupción.

Es pues esta relación entre el todo y la especificidad de lo modal, indispensable clave para que lo singular esté por encima de toda versión "estructural", de todo diagnóstico uniformante y redondo.

A su vez, otros registros serán indispensables si se desea dar cuenta de lo más intransferible que decide cada caso clínico (y no sólo los freudianos). Ha de ser a partir de allí que cada presencia de terror comportará marca suplementaria de especificidad. Por decirlo así, al encarnar el terror, accede también -quién lo creyera- a la singularidad (en el caso concreto de Schreber por la ruta de lo alucinatorio, de la inflamación desbordada, mítica, cosmogónica de modelos de autoridad, desde la oferta de la emasculación, etc.).

Si bien entonces la condición del terror habrá de estar siempre, ha de serlo en tanto registro basal o latente. No ha de ser por ello suficiente el terror para dar cuenta de emergencias que desde el otro polo de lo más periférico incluyen siempre un armado donde las resultantes se apuntalan como singulares irrupciones, afirmadas de entrada contra todo impositivo terror.

De hecho, se trata de la cuestión inversa: nunca habrá de faltar diversidad así se parta siempre del terror, más bien sin el terror -suerte de sol nocturno que aporta sombra a las iluminaciones de lo más inmediato, empírico y presencial- no habría tan dramática y variada proliferación vital.

Sólo que todo ello Freud lo asigna al ordenamiento de las defensas, aquí en cambio se suma a éstas el reconocimiento tanto más decisivo de la estética condición de lo singular estallado, de la singularidad impedida, de modos múltiples y de manera necesaria siendo cada cual único, irrepetible, a nivel de la desmesura representacional.

SEIS. Por nombrar a algún teórico que haya dado lugar al reconocimiento de la importancia del terror, no por nada Spengler coloca al terror en un extremo, decisivo sí pero no exclusivo.

Es por ello, que al lado del polo que repone inapelable terror, se da además el modelo contrapuesto donde Spengler decide dar sitio al anhelo (sin embargo debe a su vez decirse, que colocar una palabra como anhelo en contraposición con el terror, antes de resolver las cosas las complica por partida doble. ¿Qué significa anhelo? ¿De dónde procede éste? ¿Qué lo funda y qué lo constituye? La condición de una estética enigmática no es un asunto al cual Spengler reconozca un lugar).

Sabido es que ni siquiera Shopenhauer<sup>157</sup> -quien realiza una lúcida asunción del tema de lo representacional- lo explicita y cuando está a punto de hacerlo se pierde por los desfiladeros de una mística insostenible y semi-delirante.

SIETE. Sin duda, al terror le replica una fuerza contraria, empírica e indiscutible.

El terror se da en un escenario que precede a la irrupción de lo humano, al menos, debe reconocerse, dado en simultaneidad allí. Al tiempo -diga cuanto digan Spengler y Schopenhauer- desde el anhelo o la representación el terror salta, desde el otro extremo de su lugar fundante, de algún modo humanizado. Si se impone así, el terror irrumpe desde los subfondos y periferias indiscriminantes de lo más inhumano.<sup>158</sup>

El terror entonces retrata la reacción -que por lo demás no es solamente humana- que el habitante de la tierra (uno, grupal o total, humano, animal, vital de hecho) experimenta cuando asume su lugar y su riesgo.

Es en extremo paradójico, pero si algo da cuenta de lo específico del humano terror es esta confluencia inaudita donde la vivencia retrata el encuentro con la inmediata certeza, con la inocultable conciencia de lo inefable y enigmático. Sin ser por supuesto la única opción de perpleja indefensión, el cuerpo allí soporta la experiencia de lo real extremo, y es cuando se sabe que se impone la urgencia del alma para dar cuenta -desde la contundencia de lo intangible- de lo más decisivo, inaugural y definitorio.

OCHO. No que se invalide por ello el anhelo y representación, sólo que son efectos, consecuencias ya del accionar de lo estético. Como el terror es al tiempo base y presencia en la resultante, el anhelo sería el esfuerzo por remontar el terror originario, antecedido para ello por la presencia de un indispensable entorno presencial, el anhelo puede estar antes y después de la emergencia del terror.

Sobre todo, si se reconoce el anhelo como la pertinaz insistencia de las formas, presentes en toda resultante que -de manera inapelable y n o menos ignota- avanzan siempre hacia adelante.

Inmersa en el tiempo a su vez toda resultante, debe poner esfuerzo allí para sostenerse, para mantenerse, para mejorarse incluso.

El terror -afirmado por el anhelo- comporta por sólo ello perpetuación, implica una forma que al menos justifica el padecimiento. Y desde que la forma sobrevive, persiste, la condición del anhelo resulta irreductible e inapelable. Injuntables rieles de una misma pista sin los cuales el aparato, cualquiera fuere, nunca rodaría, terror y anhelo se suman en la representación inagotable (sólo porque lo estético de base -desde ese mecanismo tan enigmático como decisivo- discurre siempre).

NUEVE. En clínica de lo social la estética de la forma se contrapone al imperio de la fuerza que la subtiende, la mueve, y la renueva (por no apelar devenir a la fuerza y aspiración de perpetuación -o anhelo- a la dimensión formal que llena hacia delante y que en tanto tal acompaña siempre a toda

---

<sup>157</sup> Cf. Shopenhauer, A. "El mundo como voluntad y representación". Porrúa, Ed. México, 2005.

<sup>158</sup> Entre el anhelo de Spengler y la representación de Schopenhauer está la condición inapelable que enlaza, de un lado y otro, fuerza y forma dando paso a la inagotable condición estética cuyo trasfondo enigmático resulta irreductible. Llenar ese hueco insalvable con cualquier concepto equivale a resolver por la vía religiosa de la creencia, así no se trate de divinidad alguna. De hecho, el terror subtiende siempre tras el armado -por sólido que sea- que apuntalan las resultantes formalizantes de conjunto, y ha de ser a su vez esta la razón que hace del terror, en primer y en última instancia, algo evasivo e inaprensible.



resultante obligándola a permanecer, a afirmarse en su especificidad, hasta donde le sea ello posible aunque avanzando siempre en pos de su inevitable suplantación).

El más allá de la clínica de lo social ha de estar por ello presente ya en ésto que se desata y se inicia como reflexión sobre el terrorismo. Sin ello, todo se resolvería en una mera estética, retórica, superficial, insostenible. De hecho, no por definición, el terror nace a cada paso desde las formas que sucumben bajo su peso aplastante, y así parezca el mismo, idéntico de sí, siempre es diverso el terror en la renovación inagotable de esas formas, que al encubrirlo al tiempo le alimentan y sostienen.

De hecho, de no ser por las formas tampoco el terror sería ni tendría dimensión, prioridad, color alguno, sonido propio. Los modelos psicóticos, las escenificaciones que arma Schreber, no se salen de allí, no demandan reforzamientos de la exclusión que sin duda ilustran, imponen sí reconocimientos incluyentes, que en cambio demandan se les lea de modo estético.

Si bien no olvidándose a su vez de develar la urgencia de revisiones clínicas, incluso los desciframientos de abordajes previos -también por encima de errores o de simplificaciones- hasta cierto punto son indispensables, pues sin su inclusión al menos las renovadas interpretaciones resultarían de igual manera insuficientes, incompletas, inconexas, insostenibles.

El más extremo impedimento frente al futuro hace del presente muro que no permite continuar. De modo alucinatorio, delirante, el presente desatado se proyecta como ilusa omnipotencia desde una retrospectiva escenificante, creativa, caótica (la cual, por todo ello, no es sólo infantil ni tampoco mero retorno a lo pasado).

El presente desarticulado de tal modo es la forma más real de lo futuro, así desde la radical ceguera compartida, se le confunda defensivamente con el propio terror, y para doblegarle desde un recurso excluyente se le apele psicosis.

## SEGUNDA PARTE

### FREUD Y SCHREBER

#### I. Más allá del historial clínico

##### Cuerpo y dios

UNO. Freud redacta un historial clínico muy particular, se trata del psicoanálisis de un escrito titulado “Memorias de un enfermo nervioso”, de Daniel Paul Schreber<sup>159</sup> quien nunca fuera paciente de Freud.

Coincidiendo casi con la muerte de Schreber, en 1911 se publica el texto de Freud cuyo título en la traducción al castellano de James Strachey es “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente”.<sup>160</sup>

Que aparezca en ese año resulta determinante por más de una razón. Para esa fecha no sólo la obra de Freud carecía de conceptos y de desarrollos decisivos, sino que con los recursos teóricos que hasta entonces allí se consolidaban se habían resuelto problemáticas de gran envergadura, incluidas por supuesto las claves más evasivas que dan cuenta de las neurosis (histerias y modalidades obsesivas). Sin olvidarse de las perversiones, donde había puesto ya tanto de luz como de sombra.

Pero Freud comete por todo ello un error aún más decisivo al pretender con idénticas herramientas dar cuenta de los fenómenos psicóticos (al menos, en el abordaje que realiza del caso Schreber ello resulta inocultable). Basta observar las dudas que acompañan sus iniciales esfuerzos diagnósticos en los cuales comienza por pensar que se trata de una “neurosis de defensa” donde resulta predominante el recurso de la proyección.

En realidad, el total despliegue del delirio psicótico no alcanza a expresarse en su totalidad en las “Memorias” de Schreber pues éstas fueron publicadas en 1903, cuatro años antes de la última recaída de su autor.

DOS. Aunque Freud de continuo y casi sin percatarse de ello, llama sin mayores distinciones “paciente” a Schreber, es claro que éste lo es -no sólo de modo indirecto como resulta ya evidente, dados los datos adelantados- sino que, por supuesto, los doctores que le trataron fueron siempre psiquiatras.

---

<sup>159</sup> Cf. Schreber, D. P. “Memorias de un enfermo nervioso”. Ed. Sexto Piso. México, 2003.

<sup>160</sup> Cf. Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu. Ed. Vol. XII. Buenos Aires, 1976.

Así ello sea más que obvio, no deja de tener decisivas implicaciones, las cuales Freud no pareciera incluir como indispensables e influyentes en el devenir del proceso patógeno (por decir algo, la condición de inevitable reclusión manicomial o el exclusivo tratamiento con recursos médicos de las enfermedades mentales).

El otro problema que Freud ignora -y que debiera tener efectos esenciales en la manera de enfrentar el caso- es la diferencia entre un asunto que se aborda desde la obligada presencialidad de paciente y terapeuta, como era hasta entonces lo habitual (o sea, sin necesaria mediación de la escritura), frente al desciframiento escritural de un texto: escritura pura, que cancela por ello el directo encuentro con un discurso encarnado, separado de hecho de su portador.

No se trata sólo de la condición de autor -que dada la presencia del escrito se suma así y torna prioritario-, también el lugar de lector, que se impone a quien es de manera habitual el terapeuta. Ello sólo ilustra ya qué tipo de abordaje se da cuando la relación es interpersonal (modelo tradicional) y qué acontece en cambio cuando se trata del psicoanálisis de un escrito.

Esta condición, rica en novedades, nunca se tuvo en cuenta realmente, ni su falta allí pareció significativa a los herederos de la oferta psicoanalítica.

TRES. Debe reconocerse que Freud no se contenta con dejar sin cuestionar la igualación de lo clínico más envolvente y tradicional (al menos en ese punto tan complicado como es el abordaje del tema del delirio). En efecto, dice en la página 18: “El interés del psiquiatra práctico por tales formaciones delirantes suele agotarse en general tras establecer él la operación de delirio y apreciar su influjo sobre la dirección que el paciente imprime a su vida, el asombro del psiquiatra no es el comienzo de su entendimiento”.<sup>161</sup>

Y aunque Freud reconoce, que esa versión simplificada del delirio implementa la psiquiatría surge por desconocer la condición de unidad -que, más allá de descripciones y valoraciones prejuiciados, por variadas o primordiales que sean, acompaña por lo general a las producciones humanas- pronto olvida que -antes de reponer lo ya reconocido en las modalidades psico-patógenas develadas con antelación (neurosis, perversiones)- se trata de asumir esa condición estética decisiva que hermana los delirios con los mitos.

O sea, que cuando de las psicosis se trata -antes de defender de la homosexualidad- se deciden estas desde claves metamórficas, y que es por ello que Schreber se parece más a un travestido que a alguien que resulta impelido a establecer enlaces eróticos con personas del mismo sexo.<sup>162</sup>

---

<sup>161</sup> Ibid.

<sup>162</sup> Se dirá que el tema de la homosexualidad de la cual habla Freud es más del orden de lo pulsional que de la realización empírica. Aún así, una cosa es la homosexualidad asumida desde la clínica y otra el reconocimiento de lo homosexual. O sea: la localización de un registro desde el predominio de lo estético, que en forma independiente de modalidades eróticas o pulsionales, basa sus escenificaciones en la puesta en acto de lo imposible. Por lo demás, a Schreber -más que la realización homo-erótica ejercida o anhelada- le asemeja con el comportamiento homosexual la presencia común de un impedimento decisivo: la incapacidad de ser femenino-reproductivo. Pero si de algo está distante Freud al suponer estos trasfondos en Schreber, es de la ubicación de esta peculiar circunstancia. Además, es claro que esa supuesta semejanza podría más bien ser radical diferencia, pues en el homosexual es renuncia asumida, no -en cambio- franco obstáculo, como de hecho acontece a Schreber (y eso, que de modo indirecto, dado que es su esposa quien en realidad soporta tal condición. Es allí en realidad donde Schreber busca ofrecerse e inmolarse, a partir del esfuerzo que comporta esa decisiva suplencia cuando se la asume sin atenuantes).

CUATRO. Resulta claro que -previo a la emasculación- el tema del cuerpo, desmembrado y de continuo rearmado, obedece a la misma condición metamórfica, y explica por sí solo el paso de lo hipocondríaco a lo psicótico.

En realidad, antes que tratarse de estructuras redondas e inalterables, habría de reconocerse procesos de escenificación donde las alucinaciones enlazan más bien con conceptos (del orden del paisaje interior cuando se trata de alucinaciones visuales, o de la banda sonora en tanto se ponen en escena alucinaciones auditivas).<sup>163</sup>

La metamorfosis, escenificada también en sueños -sobre todo, aquellos que acontecen en Schreber previos al “surmenage”, desde donde se hará evidente el paso decisivo del lado de lo psicótico- no debiera dejarse de reconocer decidiendo, a partir de entonces.

A su vez, la evidente y sostenida creación de personajes no resulta ser menos contundente y determinante. Por lo demás, esta labor -así no se suceda de manera equivalente- ni siquiera falta en el despliegue de lo normal, sólo que entonces la normalidad somete a los personajes a la tiranía de la persona, desde el reconocido domesticamiento que impone la urgencia auto-reproductiva de lo social.

CINCO. La interpretación del delirio es una si se piensa éste como mero desgaste psíquico y otra, si en cambio se reconoce allí una oferta cosmogónica. No tanto porque lo psíquico entonces deje de significar, es sobre todo porque -más allá de esa estrecha condición- la mera demarcación personal impide reconocer más vastos sentidos y enlaces de lo psíquico.

O sea, lo psíquico no es sólo un registro que decida a nivel individual, es envolvente, así no por ello resulte excluyente de otras dimensiones, de igual modo constitutivas.

El delirio de Schreber es del orden de una psico-cosmogonía en tanto ordenamiento de nervios - sobre todo, de nervios del entendimiento enlazados con un dios quien es a su vez hacedura de puros nervios eternos e ilimitados, los cuales se expresan como rayos-. Tal ordenamiento incluye una versión -no sólo del alma o del cuerpo ni apenas a partir del dios o del cielo estrellado- sobre todo del sol.

Esa sustancia nerviosa es común a todo lo vivo existente al punto de que, después del paso por la vida, se imponga a las almas un período de purificación desde los “vestíbulos del cielo”, donde la muerte hace del alma nervio puro.

A su vez, el dios participa del lenguaje, maneja una “lengua fundamental” (suerte de alemán antiguo rico en eufemismos). En la espacialidad celeste donde tal dios reina se da una franca división entre “reinos de atrás” y “reinos de adelante” en los cuales imperan Arimán (dios inferior de procedencia semita) y un dios superior ario (Ormuz).

SEIS. Para asumir sin opción de duda su delirio, siempre se apoyará Schreber en la circunstancia personal de carecer -previamente al ingreso en éste- de una aspiración religiosa (por el contrario resalta de continuo el autor de las “Memorias” su espontánea incredulidad de base).

Acaso por ello el dios sea tan imperfecto, débil y arbitrario, sin que esto contradiga su omnipotencia y omnipresencia en cuanto alude a la creación del universo a cuyo ordenamiento sin embargo sirve y al cual de modo decisivo se adecúa.

---

<sup>163</sup> Si bien es posible que se den alucinaciones táctiles, gustativas y olfativas, la prelación de lo acústico y lo figural comporta el desdoblamiento inocultable de funciones que permite reconocer lugar prominente y autónomo a lo psíquico. Lo cual -a niveles donde la tesis de la organicidad como causal primera de psicosis, resulta de difícil remontamiento- propicia el reconocimiento de registros, enlazados antes con lo social que con lo corpóreo escueto.

Ese dios apenas sabe de los vivos -y eso en cuanto se les asume como soñantes- sólo reconoce las almas de los muertos a las cuales por lo demás retoma sólo para recuperar el desgaste nervioso que su creación le acarrearía. Se trata de un dios carroñero de lo intangible, de modo absoluto impedido para aprender a partir de la experiencia. Por sobre todo y en incansable forma, ese dios repite hasta la irrisión y obliga a ello a quien de manera excepcional y arbitraria ligado a él -como de hecho acontece a Schreber- se ve forzado a demostrar a cada paso, la condición pensante que como humano encarna. En efecto, es esa una de las mayores torturas que padece Schreber, condenado a un pensamiento ininterrumpido, sólo para que en las captaciones del dios torne indiscutible que su siervo y mediador no se ha convertido en un idiota.

SIETE. Si la religiosidad extrema que pone en acto el delirio se mira de diverso modo, si dado que se consolida desde un inevitable registro otro, no es de manera directa re-ligable a la persona de Schreber, cabría reconocer en ello una opción de abordaje que no imponga de entrada responsabilidad a quien lo porta casi por azar, sin intención alguna.

Considerar “enfermo” a Schreber a causa de su delirio es algo que parece evidente e indiscutible, pero impide sin duda responder por la verdad misma de la construcción delirante.

Una cosa es el delirio asumido apenas como producto de la mente enferma (o sea, como consecuencia del mal-funcionar de un psiquismo concreto). Distinto ha de ser entender el delirio como una autónoma construcción estética, de donde se derivan consecuencias múltiples, entre otras los propios recursos clínicos.<sup>164</sup>

El dios de Schreber pone en juego preguntas indispensables, que sin embargo por todo ello no se hacen.

Sin embargo como buen clínico, Freud asume del modo más desprevenido esa primera ruta y con ello cancela la posibilidad de acompañar a Schreber, de responder por asuntos como: “Más allá del enfermo ¿qué hay?”

OCHO. En primer lugar se trata -visto todo así- de un curioso dios plural y en extremo creativo. Como él, Schreber es más bien escenario donde se juegan desdoblamientos, fragmentaciones, multiplicaciones de personajes que se rotan y suceden, ganando el lugar tradicional que a nivel de lo social resulta siendo asignado y decidido como unitaria consolidación de la persona, unificada en indisoluble dependencia material, orgánica, en clara fusión con un cuerpo que se apropia así.

Entre el delirio y la persona -si se prefiere decirlo de esta otra manera- se da la mediación incuestionable de uno o más personajes, desde los cuales no sólo la persona ha sido suplantada, desenmascarada, sino que es esa estética la que responde a su vez por el dios de Schreber, personaje central donde la persona ha perdido su lugar también.

A ese dios no se puede sin más reducirlo a la simplificada ecuación que le asimila, idealizado, al padre. Aún portando rasgos de su generador (“un Schreber” también) el dios no sólo se parece más al propio Schreber, va incluso más lejos pues también altera a este último del modo más radical.

El dios obedece en principio a una mítica del origen, que de algún modo -así sea de manera parcial- convierte a Schreber en un hombre antiguo. No sólo, desprendido Schreber de la masa de los

---

<sup>164</sup> No que lo uno excluya a lo otro, es que no son reductibles. En sí, la producción inconsciente es pura estética y desde que Freud lo instituyera así, la aplicación terapéutica que se desprende de allí arma contradicción insalvable con esa condición teórica definitoria. Sin embargo, siempre se pensó que se trataba de una continuidad indiscutible, de una complementariedad plena. Al menos, del delirio como asunto autónomo y decisivo, nunca pareció indispensable dar debida cuenta.

hombres modernos incapaces de jugar ya a la ficción, más bien impedidos ellos para los despliegues estéticos que se le imponen al primero. Schreber, además, resulta tan moderno como ellos, sólo que su delirante personaje interior, su personaje terrorista predominante -digámoslo de una vez- porta un radicalismo tal, que lo saca de modo inapelable de entre el conglomerado de sus contemporáneos, si se quiere, disparándolo del lado del futuro y en pos de una precisión sobre el fin del mundo, desde que en realidad se trata apenas de la certeza según la cual lo humano ha dejado de ser lo que venía siendo. Dicho con tanta mayor contundencia: consiste todo en el comienzo de la definitiva dilución de lo humano en tanto tal, y por ello, ya nada se garantiza a partir de la demarcación de los nuevos linderos que comporta lo máquico.

NUEVE. Así se decida hablar de “la psicosis de Schreber” por encima de todo -y no hay nada que lo impida ni lo refute- debe reconocerse, que si bien ésta comienza por la imposición apabullante de la defensa proyectiva, con igual o mayor contundencia es también indudable allí, la condición reclusiva.

No sólo porque la psiquiatría lo imponga de hecho así, es que a nivel psíquico la reclusión comporta auto-laceración- (como que se trata de un mundo que no por interior resulta ficticio, ni se acepta vivirlo como incompartible).

Con gran oposición interna, es acaso por ello que el proceso de apuntalamiento de la psicosis puede durar décadas. Esa diferencia que la reclusión impone hace que el dominante personaje terrorista-delirante (así sus apuntalamientos nunca escapen a la más radical contundencia) se entronice y consolide de modo progresivo, y sólo al final, de modo irreversible.

Pues bien, ese personaje es tan anacrónico como el dios que inventa y puede volver a instalarse -sin ser de modo necesario regresivo por ello- en modelos de ficción donde, desapuntalado de lo histórico el mito reencuentra opciones nuevas de expresión.

DIEZ. ¿Por qué como tal el dios de Schreber no logra hacerse visible? ¿Qué hace que se imponga siempre la mediación para conseguirse saber de él?<sup>165</sup>

Además de escenario para la emergencia de personajes (Arimán, Ormuz, las “almas probadas”) en tanto organización de nervios puros el dios debiera generar cuerpo materializado (diferenciado de su inmensa obra material) y su alma tendría que padecer en consecuencia los intercambios con esa obra suya (sobre todo, en tanto generadora de resultantes humanas).

Pero el cuerpo y el alma del dios no son tema que Schreber pueda resolver, más que en tanto asunto que sólo está en él remontar y adecuar.

O sea, sin ser dios, Schreber tiene que resolver cuanto el dios deja de ese modo pendiente.

Así tal dios tenga nervios a granel, pareciera que no alcanzan a armar cuerpo ni a dar forma corporal o anímica a otros seres generados por él, tampoco es forma pura e intangible, pues en tanto conglomerado de nervios está en la franja que limita los entronques de la forma con la fuerza.<sup>166</sup>

---

<sup>165</sup> Pareciera esta pregunta más delirante que el delirio mismo, si no se tratara de estar interrogando -más allá de todo realismo de normalidad asumida- por la coherencia misma del armado delirante.

<sup>166</sup> Como se sabe, la clínica de lo social se apuntala sobre dos soportes básicos: un modelo de des-aplicación clínica (más bien de aplicación teórica, previa a la cuestionada prolongación en empíricas aplicaciones, sin la necesaria y previa solución de esenciales lagunas teóricas). En el otro lado, se trata de la recuperación de una versión de psicología donde se trata de retomar la inicial formulación aristotélica del alma concebida como forma, y que impone la asunción prioritaria de una oferta estética. El resultado es una síntesis que mira los asuntos a la luz de una visión clínico-estética. Siempre se pensó en un más allá de la clínica de lo social donde se trataría de pensar la fuerza como necesaria condición para entender el sentido del discurrir del tejido formal que arman las sostenidas resultantes de conjunto (no sólo

Inteligencia sí, creatividad sin duda alguna.

ONCE. En realidad, si no se le ve como un puro y muy peculiar personaje, el dios resulta insostenible e injustificable.

Lo cierto es que está a tal punto impedido de armar cuerpo, que sólo la muerte de los cuerpos humanos le permite re-ingresar en la re-captura de sus nervios.

Es por ello que ese dios no es objeto de culto.

Se trata sí de un ser muy curioso, con sus propias claves de auto-regulación y sus predominantes urgencias auto-reproductivas.

No ha de ser la primera vez que se recalca, que al dios de Schreber le importa más sobrevivir que controlar a sus criaturas. De hecho, es casi siempre ajeno de éstas y puede ser por ello afectado de modo decisivo por ese desconocimiento, y como podría desaparecer por ello, en realidad este dios debe ser en lo más íntimo un paranoico.<sup>167</sup>

DOCE. Pues bien, por precario que fuere ha de ser porque tiene urgencia de cuerpo que el dios schreberiano puede acceder al intercambio, incluso sexual.

Carente el dios de cuerpo, su sexualidad parece más enigmática que todo. Como que la única opción que tal divinidad excluye (así elija a Schreber) es la variante homosexual, al punto de imponer a Schreber transformarse en mujer desde una doble arbitrariedad (dada así en tanto bloquea al dios el reconocimiento de ese mismo impedimento suyo).<sup>168</sup>

Sólo de este modo la sexualidad sin cuerpo -que hace síntoma de ese peculiar modo en el dios- admite alguna posibilidad de realización.

TRECE. En efecto, de otra manera esta salida resultaría inexplicable, sin esta extraña mediación, para recrear a los hombres, para modificarlos en referencia con su invención primera, ese dios ya no logra realizar una operación tal por sus propios medios. Eso le resulta algo que ya no puede conseguir, al menos de inmediato.

Entre ambos (Schreber y el dios) el asunto se entrapa, como de hecho lo expresa el juego de lo alucinatorio que no logra ni apuntalar ni sostener la radical modificación.

Más allá de lo ya planteado en nota previa, apenas intentos parciales difícilmente capturables y reconocibles dentro de una generalizada captación, delatan a qué punto como un amante sinuoso el dios no quiere hacer pública su circunstancia, donde se oculta la más extrema impotencia.

Resulta claro que ha de ser por ello, con ello, para ello, y desde ello -imperceptible pero decisivo, en medio de tanto impedimento, del más celoso modo compartido, urgido de un cuerpo (materialidad que sólo puede proyectar como obra otrificante)- que el dios se ha humanizado.

---

individuales y humanas). La desmesura, lo singular explosivo-implosivo, son entre otros asuntos, ilustraciones ya de estas derivaciones.

<sup>167</sup> O sea que ni siquiera es un homosexual que pueda desde ese lugar justificar las inclinaciones homo-eróticas de Schreber. Urgencias en cambio del delirio -metamórfico, emasculante. Ficción pura desde lo real imposible- todo es un juego de estéticas figuraciones, de personajes y de escenificaciones, donde la realidad se desborda y desmide por encima de cualquier empeño personalizante.

<sup>168</sup> Hasta el final de su escrito Schreber aplaza esta opción y la dejará pendiente a partir de allí sin responder en lo más mínimo por las razones que hacen que de modo obstinado el dios no se decida a consolidarla, siendo que con sólo ello bastaría a Schreber para dejar perpleja a la humanidad toda. Y esto que suena gracioso hasta lo trágico, para Schreber resulta siendo el más extremo y serio de los enigmas, capricho indescifrable que su divino enamorado porta y ejercita sin atenuantes ni justificaciones.

Aunque no se debe olvidar que la vinculación homo-erótica impone (no sólo al dios, también a Schreber) radicales mutaciones.

CATORCE. La verdad es que no se trata de una relación fácil pues no resulta querida por ninguna de las partes, en efecto, a partir de un punto muy pronto ubicable resulta impedida en tanto choca con esas dos voluntades inamovibles.

Conviene recordar que el dios sólo accede a hacer excepciones porque su condición auto-reproductiva así lo impone, es más: su afecto por Schreber está siempre por verse. Y Schreber -fiel al dios más allá de todo capricho- tampoco se regocija con esa tan exclusiva como desafortunada elección que padece. La homosexualidad de pareja queda pendiente como un juego, que sin ser infantil, repone-desconoce la vinculación con el padre,<sup>169</sup> y para no asumirse como destino pulsional definitorio, opta por el delirio y por lo cosmogónico.

Para ello además, el dios debe conceder al orden del universo, o sea a su obra. Así deba crearse de continuo seres afuera, la necesidad de hacer de los humanos entes “nuevos”, habla más de una mítica de recomposición originaria que permita rehacer un inicio hasta entonces por más de una razón inadecuado. De otro modo -más allá de una prueba personal de poder real- el mero interés del dios en esto no podría ser urgente (sintomática demostración en cambio, dado que su carencia de cuerpo no se resuelve con ello).

El alma del dios -si es que la tiene-<sup>170</sup> es lo más inconveniente para su cuerpo impedido, desde que el dios cometiera el error de compartir la fuerza autónoma de sus nervios y sus rayos, al imponerse la urgencia de expresión, al proyectarse en obra, al re-presentar, para debilitarse de ese modo y sólo por un complejo rodeo recuperar las fuerzas perdidas.

Lo que si es cierto es, que previo a la emasculación, el cuerpo en descomposición de Schreber ilustra el esfuerzo de éste para enlazar con su dios, sin necesidad de pasar por la metamorfosis de muerte que se le impone como necesaria condición de purificación.

Como un mal necesario, Schreber por supuesto apenas se resigna a ello.

---

<sup>169</sup> ¿No está siendo promovida de esa forma la interpretación de Freud -no sólo a propósito de la homosexualidad de Schreber-también de su claro enlace con la figura paterna, así sea idealizada por la ruta de un dios más que peculiar (asunto que tampoco dejó de explicitar -en su momento y a su manera- el autor del psicoanálisis)?

Lo homosexual delirado y proyectado del lado de un mito cosmogónico de renovación reproductiva de lo humano, si bien está de modo indiscutible presente, no resulta suficiente núcleo de enlace para dar cuenta de todos los complejos y plurales hilos y nudos que consolidan el tejido de ese desborde representacional que es el drama de Schreber. No es apenas una trama que esconde el mero asunto de la castración, ni basta con el regusto por el propio sexo para aspirar a ese lugar mítico y fundante. Es la pregunta por eso, que estando más allá de toda divina sexualidad, comporta el enigma de una creación sin complemento de género. La pregunta por el origen sí, pero sumando a ello la estética de su más desbordante reposición.

Como fuese, es la versión psicótica de lo homosexual cuanto da sentido y lugar a ese registro en la escenificación schreberiana y no a la inversa (fue ésto cuanto se quiso siempre señalar aquí).

<sup>170</sup> Schreber no habla de ello. Ni siquiera se sabe -más allá de Arimán y de Ormuz- qué es el dios, quién es dios. Salvo por el reconocimiento de sus impedimentos vinculares con los humanos. Pero hay allí sin duda, inteligencia, creatividad, y hasta graves conflictos, qué duda cabe. Lo cierto es que el dios pareciera agotado como singularidad, desde que la saturación de su obra le dejara congelado en la escueta perpetuación de ésta y la compensatoria pluralidad de sus opciones desdican desde entonces de su supuesta unicidad indiscutible.



QUINCE. Schreber -se diría- enloquece porque se adelanta al difunto<sup>171</sup> que su dios le exige ser, y aprovecha cierta específica condición de excepción que le permite este apuntalamiento (sueños, seres superiores).

A partir de ello, surge la clave que en última instancia da sentido a la urgencia de la emasculación (condición de enlace en vida con el dios).

Lo sexual es pues muy importante pero sin el sentido divino-cosmogónico queda reducido a una mera especificidad apenas inmediata, puntual.

Desde allí, el delirio como tal se pierde de modo irremediable, torna incapturable. Dicho de otra manera sin duda más radical, Schreber es apenas necesario para encarnar el delirio pues éste es mucho más que una caprichosa invención personal.

¿Acaso se está diciendo con ello que el delirio es tan verdadero que vale en sí sin obligatoria encarnación, mera obra desbordante y desmesurada que vive por sí solo?

Encarnado por supuesto, más acá de ello, se está afirmando que el delirio es autónomo en tanto prioritaria construcción estética.

Como momento de lo humano frente al despliegue de lo social, de lo urbano, de lo tecnológico, de lo terrorista, el delirio es la expresión privilegiada de un condensado formal de inagotable y compleja riqueza donde lo personal viene incluido a su vez aunque en tanto derivado.

El delirio se soporta desde otros fundamentos y no es mera propiedad de quien en realidad lo padece. Es allí donde se estaciona y confunde la mirada clínica pues lo cierto es que no tiene por qué desconocerle validez también a lo más empírico y personal (sólo que dentro de una franja compensatoria, de manera contaminatoria demarcada sobre la periferia invasora de lo desmesurado, y no por ello menos definitorio).

Y esta condición diferencial es al tiempo común a las forclusiones de lo normal que consolida así el imperio compartido que es toda realidad.

DIECISEIS. En la página 29 de su historial<sup>172</sup> Freud reafirma su certeza de que la sexualidad es preferente, incluso cuando de la paranoia se trata Freud antepone sus descubrimientos previos - válidos hasta donde se hace referencia a las neurosis y las perversiones- y hace a un lado las razones de Schreber. Pecado erótico y nerviosidad serían indisolubles según Freud (e incluso para Schreber “el enfermo”, quien a su vez lo refuerza así en más de una ocasiones).

No es que lo olvide Freud sino que le resta significación, más allá de ello Schreber incluye el enlace entre nerviosidad e inmoralidad universales lo cual genera pestes devastadoras que asolan a la humanidad. Sólo en forma tangencial, como soporte previo a este argumento, Schreber ha incluido la corrupción ética (entendida como “libertinaje voluptuoso”) o también una nerviosidad colectiva condensada en un único cuerpo (el suyo por supuesto).

Cuanto se ha querido evidenciar aquí es que para que el argumento freudiano resultara razonable, o sea para que esa voluptuosidad libertina sea sólo sexual, habrían de forzarse las cosas. En realidad, para Schreber beatitud y voluptuosidad terminan complementándose en oposición con el supuesto de su irremontable antagonismo. Por ello, el dios es un voluptuoso de sus nervios, no piensa más que en ello (lo cual no significa que sea un puro ente sexual).

Tal dios está condenado a una ininterrumpida voluptuosidad en la medida en que la subtiende el terror. La aspiración divina de auto-conservación adeuda de hecho a esta clave constitutiva (sin duda

---

<sup>171</sup> Hasta el difunto se impone como personaje decisivo y actuante desde la singular estética de Schreber, dado que suicidio y psicosis se enlazan de manera estrecha.

<sup>172</sup> Cf. Freud, S. Op. Cit.

desde que el dios puede desaparecer se hace con ello explícito reconocimiento de su terror intransferible).

Por esto, más que una erótica divina -efecto ya- la oferta del delirio implica, de manera previa, de modo prioritario y definitorio, una dominante economía del gasto propia de lo más intangible. Y es a partir de allí que el aparato psíquico copia esa esencial condición defensiva que de entrada lo decide. Lo cual -si se convalidara asumir estas comparaciones- parece más cercano a la psicología tradicional que al psicoanálisis, el cual en primer lugar lo descifra y apuntala. Al menos, ajeno de la deuda de terror que sostiene a lo psíquico, Schreber -si supiera de ello- sería más dado a pensar a la manera de un conductista que como alguien cercano a la oferta freudiano-psicoanalítica.

Ello no debiera sorprender si se reconoce que en ocasiones también a Freud le acontece así. En efecto, y como es bien sabido, del modo más extraño algunas de sus obras al menos, comienzan como si estuvieran siendo escritas por alguien más cercano de Pavlov que del propio Freud (aunque debe decirse también que esto pasa pronto).

DIECISIETE. Todo lo señalado conduce a Freud a la siguiente conclusión: “Antes (Schreber) era alguien inclinado al ascetismo sexual y no creía en la existencia de Dios, discurrida la enfermedad fue un creyente en Dios y un buscador de voluptuosidad”<sup>173</sup>.

No sólo Freud pasa de largo por las peculiaridades del personaje-dios. Además voluptuosidad y sexualidad resultan sinónimas para éste autor, y ello de modo incuestionable.

Que no toda sexualidad es voluptuosa ni toda voluptuosidad simple despliegue sexual ya ha sido resaltado con antelación.

En Schreber, al menos, resulta claro que la voluptuosidad puede no pasar siquiera por la ruta del ejercicio sexual, así -de buscar implementárselo- tampoco ello esté del todo impedido. Es en Freud en quien se da la exclusión.

Se diría que la voluptuosidad es aquello que irrumpe más allá de la mera puesta en acto de lo sexual (o si se prefiere, al lado suyo, sin que tal implantación les iguale por ello).

La voluptuosidad en Schreber es del registro de lo-sexual-imposible y por ende más cercano de lo mítico que de la conyunta erótica. Es Freud quien reúne ambos polos sin establecer decisiva distinción (la cual tampoco se puede afirmar que del todo falte). Como sea, así se trate de lo sexual es lo imposible cuanto viene a determinar las opciones de las resultantes.

DIECIOCHO. Se impone en efecto el cruce entre registros injuntables, así sean complementarios. Como acontece con Santa Teresa, el acto sexual al cual el personaje terrorista de Schreber aspira, corresponde a la puesta en contacto entre lo más separado: lo divino y lo humano. Y -para bien del delirio- es ello allí primero, pues así consista en ambos casos del desborde de lo femenino, hay un más allá de lo sexual que pasa a hacer radical corte de sentido e indiscutible diferencia estructural (si es que se quiere seguir apelando de este modo a los más decisivos apuntalamientos).

Como fuese, es sólo porque se comparte un denominador común -o sea, es por la posesión de nervios en lo cual lo humano y la divinidad coinciden- que el encuentro entre ambos polos torna posible. Sin embargo, se imponen ajustes complejos para lograr humanizar el encuentro con lo

---

<sup>173</sup> Freud no hace diferencia entre el dios del colectivo -por normal tradición, escrito siempre con mayúscula- y el singular dios de Schreber. Ello -por supuesto- no deja de comportar consecuencias. Así se crea en lo divino, al estarse ensayando develar asuntos de ciencia, no se tendría por qué tomar religioso partido en tal sentido. Desprevenida manera que ilustra hasta donde lo normal cobija y determina a pesar del indiscutible y general rigor descifrativo que de modo simultáneo rige allí, sin contradicción aparente.

divino y justificar el entronque de Schreber con tal registro, por vía voluptuosa y no por la ruta -más bien de corte tanático y anímico- que es cuanto permite lo divino en su habitual ensamble con los humanos.

Pero lo cierto es que, aquí o allá, se puede tratar de todo menos de un ensamble sexual directo, literal.

DICINUEVE. Pues bien, si es que se acepta verlo así -dado que de algún modo sería el único camino posible para hacerle portador de nervios- lo imposible se hace posible, sólo dando virtual reconocimiento al impreciso cuerpo de un dios particular (lo cual -si se le comparara con las urgencias de Schreber- es equivalente metamórfico de la emasculación).

Aún así, para enlazarse en el recíproco y voluptuoso vínculo común queda de hecho pendiente la metamorfosis que el dios demanda al cuerpo de Schreber.

Más acá de toda construcción delirante -y que por ello no logra camuflarse- defendiendo por encima de todo el aporte freudiano se diría que es apenas como aspiración, que lo sexual está entonces presente allí. Reconocido lo sexual como síntoma de impedimento, no sólo no se habrá de tratar de una directa ejecutoria sexual, la verdad es que con ello se está reconociendo más bien una doble imposibilidad.

Es más: si algo se evidencia en ese punto es el cuestionamiento de un modelo divino creador que desconoce la franja de lo femenino y da por ello -deberá reconocérselo- abstracta prelación a lo homoerótico (que no a lo homosexual).

VEINTE. Producto de pura fuerza la forma demanda justificación cuando de la resultante-Obra (vista por tanto en su conjunto) se trata.

De otro lado, la incapacidad del dios -más allá de toda omnipotencia y de toda omnipresencia- se ilustra desde que éste, antes de reproducir criaturas divinas, da origen a otredades, de materialidad no sólo humana. Bien visto todo, variantes insostenibles en referencia con tanta perfección.

¿Y Arimán? ¿Y Ormuz? ¿Quién los hizo? ¿Cómo se justifican?

Síntomas del dios, se diría, desde que el dios -más allá de toda aspiración unificante, personal, intransferible- se desdobra así.

¿Qué impele al dios desde la urgencia de lo humano?

Se diría a su vez: el politeísmo -que lo divino como unidad monolítica refuta- demanda recuperaciones indispensables y empieza a cobrar un poco lo suyo por esta ruta especular y pluri-dimensional.

VEINTIUNO. Por todo esto, no resulta aceptable la conclusión precipitada de Freud según la cual no se trata “de la libertad sexual masculina, sino de un sentimiento sexual femenino, (por lo cual) adoptaba (Schreber) una actitud femenina frente al dios, se sentía mujer del dios”.

La verdad sea dicha: los coitos del dios con Schreber nunca se dieron, o al menos nunca se confesaron de un modo definido y preciso. La humanidad de un dios como el que oferta Freud a partir de Schreber resulta ser ajena de este último, quien si bien parte de la emasculación como urgencia expresa indiscutible, en realidad lo hace para ingresar en la cosmogonía que a partir de entonces empieza a desplegarse.

Urgencia de un cuerpo inalcanzable, al lado de la demanda de una emasculación imposible, es eso la razón de ser de ese erotismo con apariencia de complemento. De hecho, doble impedimento que sólo deja opción a lo voluptuoso -se ha dicho- cabría sostenerse que resulta difícil que el delirio se

entrampe allí y que se trate apenas de una decisiva, sostenida permanencia en el lugar de una ficticia transformación en mujer (desde la demanda de dar cuerpo al ente divino y buscando dar paso con ello a la puesta en acto de una schreberiana procreación indetenible).

Más que realizaciones sexuales Schreber busca fusiones, auto-eliminaciones, laceraciones, justificar persecuciones, remontar violaciones, torturas, y -así se masturbe como un mico- su delirio le muta con violencia inusitada. Es por ello que todo se resuelve a partir de esta captación (incluidos los comportamientos sexuales más directos).

VEINTIDOS. El argumento freudiano<sup>174</sup> según el cual ningún otro asunto del delirio de Schreber es tratado con tanta dedicación como ese de la emasculación, no resulta suficiente para dar la vuelta a los señalamientos previos, y no basta tampoco para convertir la emasculación en el núcleo decisivo y sostenido del delirio de conjunto. Es claro que la emasculación es más bien efecto allí., consecuencia ya

Lo femenino en Schreber -aún olvidándose del dios- no es que falte o resulte accesorio. Lo femenino es tanto más decisivo de cuanto acaece con la sugerida derivación homosexual, se trata de la clave que sostiene el desorden, sólo que en tanto marca delirante sobre el cuerpo, de una parte, y como compensación inevitable ante el impedimento real de hacerse mujer y comportarse en cuanto tal, de otra.

Pero ¿hasta dónde sin el dios las cosas se sostendrían?

Algunos rituales -más bien reconocibles en el lenguaje habitual como “perversos”, “travestistas”- ni siquiera presuponen certeza metamórfica ejercida, en cambio se ejecutan a nivel privado como rituales que vinculan y obedecen siempre a la apetencia voluptuosa del dios (urgido por sus propias demandas modificatorias).

Como fuese, se trata de nervios que han ingresado al cuerpo de Schreber, nervios ajenos, contaminados de divinidad, que responden por esta clave femenina. Según confiesa el propio Schreber -e incluso cita de modo directo Freud- la presión sobre ellos, instalados bajo la piel, genera el efecto voluptuoso y femenino.

La femineidad de Schreber es tomada prestada del dios, previa absorción de sus nervios. Por eso se vive como pura voluptuosidad.

Y es que Freud se olvida de su propia brillante puntualización inicial, según la cual “bienaventuranza” (“seligkeit”) resulta de la condensación entre “difunto” y “sensualmente dichoso”. Pues bien: es ese un lugar que sólo a nivel mental es posible ocupar, así -inútilmente- los cuerpos pugnen por reponerlo.

De nuevo, de ser ello tenido en cuenta, podrían explicarse mejor las cosas, sin duda alguna.

VEINTITRES. Aún dándose coito divino no podría ser equivalente a un coito humano. Se trata de algo más simple. Máximo, es un intercambio primordial de nervios, más parecido al cruce entre paramecios que al enlace sexual entre humanos.

Y así se aspire a metamorfosis parciales sobre el cuerpo de Schreber es realizado esto como mediación instrumental, especular, pictórica, donde Schreber de manera indistinta se representa con senos y genitales femeninos. Incluso, la certeza alucinatoria de un bebé en su vientre, que da brincos como un embrión humano, es reconocida por Schreber como fruto de la metáfora del dios que hace parecer espermatozoides a sus nervios.

---

<sup>174</sup> Cf. Freud, S. Op. Cit. (P. 31).

De hecho, cuando frente al espejo Schreber se reconoce con su tronco convertido en un indiscutible torso de mujer es bajo la mediación indispensable de nervios del dios, que califican con claves femeninas a su cuerpo todo.

Si se tratara de nervios masculinos, ello se concentraría en los genitales y zonas próximas. Es la invasión nerviosa del dios cuanto arma aspiración emasculativa (que si bien se ve resulta innecesaria para cualquier realización homosexual).

La fuerza alucinatoria que entonces alcanza su máxima potencia -no sólo en intensidad metamórfica, también en su duración temporal- evidencia entonces que es de la voluptuosidad de cuanto se trata, por ella las ejecutorias sexuales directas están cada vez más impedidas, más neutralizadas. La persistencia de la idea de disfrutar el goce femenino nunca logra abandonar la dimensión imaginaria. El delirio -invasivo desde su creciente autonomización terrorista- a partir de un determinado momento hace pasar a Schreber de la posición paranoica masculinamente dominante -que da lo femenino como empeño hostil y nocivo- a la asunción sumisa de su ejercicio.

“Desde entonces he inscrito en mi bandera, con plena conciencia, el cultivo de la feminidad”<sup>175</sup> confiesa.

Todas las contradicciones que pudieran surgir respecto a este tema obedecen a la insuficiente distinción entre mujer y feminidad.

Y cuando Schreber se asume como mujer, como mujer del dios, reconoce que resulta imposible mantenerse allí (al menos, con la continuidad sostenida de la voluptuosidad divina).

El dios aspira a la fusión permanente -que de no carecer de cuerpo sería coito perpetuo- y ello hace que Schreber casi se metamorfosee a nivel alucinatorio en mujer, o lo logre apenas de modo temporal o parcial.

Schreber mismo lo confiesa así cuando reconoce que de lograr permanecer en ese lugar todo estaría resuelto, al menos para la apetencia divina.

VEINTICUATRO. Lo femenino en cambio está siempre en el cuerpo de Schreber, decidido o sostenido por los nervios del dios que así se alojan, inflando lo voluptuoso y alterando la sensibilidad corpórea en su conjunto.

Lo femenino y el ser mujer son dos rutas diversas, que por tanto obedecen a consignas distintas.

En el caso del hacerse mujer se trata de la instalación alucinatoria de un personaje en el lugar de la persona, lo cual obliga a Schreber a radicales alteraciones especulares en la captación de su propia imagen. En cambio, cuando se alude al tema de lo femenino, el delirio decide desde el dios y genera ampliación del espectro sensible-táctil, ajustado a las exigencias de la creciente voluptuosidad.

No se puede negar que el dios de Schreber -entendido a su vez como personaje delirado- nunca se reconoce ni como presencia humana ni como indiscutible cuerpo visible.

Es entonces -por pura paradoja- la certeza de la metamorfosis de Schreber en mujer cuanto demuestra allí la presencia divina.

Si en algún momento Ormuz o Arimán adquieren figurabilidad se trata más de captaciones mentales, o de la reposición de la luminosidad deslumbrante que amplía efectos solares, donde de hecho más bien son ellos los que encubren al dios y lo re-descubren como unidad escindida. En ellos, el dios se enmascara a partir de la obligatoria mediación figural que sus impedimentos intangibles le imponen.

---

<sup>175</sup> Cf. Freud, S. Op. Cit. (P. 32).

Por sobre todo, dios y emasculación se refunden para que el delirio pueda discurrir por encima de polarizaciones teóricas o de deudas, que sólo de manera suplementaria, externa y a posteriori, resultan de algún modo justificables (la bisexualidad freudiana, por ejemplo).

De hecho es al revés. Ha de ser Freud quien pueda confirmar la validez de su aserto en tanto se fije en el aporte schreberiano. Él y Lacan pueden dar cuenta de indispensables dilucidaciones generales y en referencia con las verdades últimas de lo psíquico, en tanto derivadas de la reflexión que sobre el tema de las psicosis les permite Schreber leer y aplicar sin visible reconocimiento de deuda: eso que es éste quien porta certeza de primera mano, de la cual -desde su drama incompañable- da cuenta con una sapiencia incomparable, inigualable.

## **Transferencia y creencia**

UNO. Lo humano incluye siempre lo inhumano. En más de una ocasión es a partir de allí que lo humano se remoja. De otra parte, lo inhumano puede ser ejercido o padecido, qué duda cabe.

A su vez, casi siempre lo inhumano lo es en tanto se le mira desde una óptica de endeble, deficitaria aspiración moral-comprensiva. Ubicado a nivel estético en cambio, lo inhumano es ante todo enigma que redefine y renormaliza, malformación donde lo humano se desdobra del lado de lo máquico, de tanto no lograr coincidir con un retrato suyo que le detenga -o le dé coherencia- en el inagotable desborde formalizador al cual -sin detención posible- con su accionar da pié.

Vistas así las cosas, no sólo se impone reconocer a la persona de Schreber. Desde que se coloca en primer plano la condición del delirio se trata de lo inhumano, de un muy particular y radical modo de lo humano signado de ese negativo modo, de lo humano más extremo ante lo cual lo humano supraconvencional y lo humano más lúcido no pueden dejar de enlazarse o sorprenderse (o, más fácil aún, de aterrarse, de tanto desconocerse).

Por contraposición, el modelo de Schreber se asimila más con la emergencia del místico, o del artista, o del genio, que con la evidencia de la resultante mórbido-psicótica.<sup>176</sup> Sólo que entonces, antes que de empíricas emergencias soportadas desde el registro de lo personal, se trata de los modelos patógenos mismos.

Se quiere decir que -a nivel de su delirio- Schreber tiene más asuntos en común con esas dimensiones (artísticas, místicas, geniales) que con las habituales emergencias clínico-psiquiátricas. Por decir algo, Schreber -en su relación delirada con el dios- ofrece mayor proximidad con construcciones como la establecida por Santa Teresa -de manera alucinatoria ya- con lo divino, que si se le relaciona con los embotamientos enajenantes de la masa de dementes que inundan los manicomios. O sea, hay mucho de singular y creador en juego en esos cuadros, que resulta ausente en las amorfas, caóticas y empobrecidas resultantes psicóticas habituales.

---

<sup>176</sup> Semejanzas que por supuesto incluyen indispensables diferencias cuando se les deja de comparar con sus opuestos de normalidad. Modo de lo singular, la psicosis de Schreber resulta irreductible a las génesis artísticas de un Joyce o de un Van Gogh, o a las mismas emergencias terroristas del mundo contemporáneo. Es, a partir del discurrir de la normalidad, de lo social, que se reconocen armados, tejidos que combinan esos hilos y consolidan pisos, indispensables para la forclusión y sus duplicaciones. De un lado y otro, lo clínico especializado, lo clínico aplicativo, no piensa más que en personalizar, en dar responsabilidades de demencia, para no ver las verdaderas especificidades de la creación artística, de la explosión pictórica, o de los estallidos y desbordes, al interior de lo social mismo. Y esto, por más que se finja ahora empezar a incluirlo -según lo evidencian las nuevas clasificatorias de la psiquiatría, por ejemplo- es apenas periférico y nominal.

Sin embargo, y acaso por ello, la religiosidad de Schreber no es la religión. Y ha de ser sin duda porque -además del delirio mismo, o de lo creador comprometido en su despliegue- por sobre todo se trata, a ese religioso nivel, de la creencia.

Allí sí que todo se unifica y reúne. Ello se oferta como fe en lo intangible. En ambos casos, además, con un plus indudable, pues en ellos la creencia es llevada al colmo. Dígase, eso que a título de fe está en lo humano, más allá incluso de lo infantil

¿No es pues lo infantil, continúa puesta en acto de creencia, registro inamovible por tanto, más allá de la niñez, la cual -en cambio- siempre pasa?

Pues bien: ¿qué hace de lo infantil, inapelable dimensión de creencia?

Schreber no sólo repone la posición de quien cree sin distancia alguna. Schreber se instala en el mito sin más, en el lugar donde la ficción suplanta a plenitud cualquier realidad inmediata y empírica,<sup>177</sup> todo porque su delirio así lo impone.

DOS. No se podría renunciar a un registro en el empeño por apuntalar otro, por decisivo que éste fuere. Schreber es un paciente desde la versión social corriente. Pensado al lado de su inseparable delirio, expresa también la especificidad de su condición mórbida. De su parte, el delirio en tanto tal puede ser rastreado a título de armazón autónoma, como modelo que decide los linderos y las circunstancias que le unen a quien de manera directa le expresa, y a ese nivel permite reconocer especificidades suyas que le hacen prioritario y determinante. Aún si se le piensa desde la égida que demarca esa primera versión desde lo social donde se trata en primer lugar de la persona afectada severamente por su psicosis, el delirio delata territorialidades propias, deversas de esas delimitantes especificidades socio-personales.

De otro lado, si bien a nadie le interesa hacerse religioso a la luz del influjo schreberiano lo cierto es, que de su parte, Schreber utiliza sin restricción material religioso según su delirio le urja. Sí se dijera que a partir de un punto y de modo inocultable Schreber funge de María, habría de resaltarse que esa María pasa primero por el registro de su personaje interior, el cual le da humanidad e incluso voluptuosidad. María goza allí en él justo desde la humanidad toda. En ese punto, Schreber no sólo cree en María, sino que la asume a partir de su más radical asexualidad.

Algo en el fondo del delirio juega -con cinismo casi- a la ironía, resulta demoledor a pesar de ingenuo, destruye y crea con inmensa habilidad, corrosivo y milagroso al tiempo. De tal modo, Schreber descubre así la voluptuosidad de María (no la frigidéz de ésta) y devela cuánto de deseo humano se impone a lo divino para decidirse por la puesta en acto de Cristo.

Ese antecedente, Schreber lo recoge y lo explota hasta la máxima saciedad, y -en parte al menos- ha de ser por ello que en la pendiente emasculación schreberiana está presente el asunto de un modo tan solapado como decisivo.

TRES. Bien visto, a través de su proceso Schreber evidencia que puede variar su ubicación en lo neurótico, lo normal, lo perverso, lo psicótico. Sin embargo, en determinado momento se reconoce

---

<sup>177</sup> Bien visto todo, se trataría de un empirismo de ficción, a cambio del empirismo de realidad inmediata desde el cual el individuo normal cree a su vez, sin incluir la más mínima distancia crítica -o de hacerlo- sin lograr mover un solo centímetro, la contundencia de las apariencias que se toman por la realidad misma. O, en el mejor de los casos, escindiendo el modelo en dos versiones: una intelectual, otra vivencial (en la cual se sigue de modo inevitable creyendo, en cuanto -aunque se sepa erróneo- de hecho se continúa asumiendo).

que lo psicótico comporta un desdoblamiento especular decisivo que -por decirlo así- coloca lo inconsciente al frente.<sup>178</sup>

En realidad, desdoblamiento hay siempre, desde que -además de estructuras que desde entonces se asimilan con verdaderas escenificaciones- se reconozca que se trata de personajes. Lo que acontece es que ello en las denominadas psicosis, resulta tan contundente que permite desciframientos directos, pues -de modo literal- el portador del delirio puede ofrecer la interpretación, que por principio resulta siendo asumida por el externo y social personaje-terapeuta.

A esto se suma la reconocida condición de lo escritural que da al caso Schreber un elemento más de extrañamiento. El leerlo, el no escucharlo de modo directo, no sólo hace lector del terapeuta, sino que permite reconocer hasta dónde resulta serlo a su vez cuando se trata de una terapéutica corriente. Esa lectura sin embargo, podría ser desconocida como tal, minimizada, cancelada incluso, dando de manera paulatina la vuelta al asunto hasta terminar por olvidarse de lo escritural en tanto asumido como lo esencial.

CUATRO. Aunque no es la primera vez ni habrá de ser la última en que se aluda a los temas de la escritura, de lo escritural y sus implicaciones, conviene algunas retomas a propósito del tema.

Por cierto, en tal sentido habría de leerse el caso como se lee un sueño, sólo que entonces no sólo se trata de Schreber. Las resistencias son externas también. Las cancelaciones pueden proceder de afuera desde que Schreber, si bien puede escribir su texto, de hecho Weber lo altera, lo tacha. Freud censura a este último, pero termina llenando la falta. Nunca asumen -ni uno ni otro- hasta dónde procediendo así, alteran ambos el texto original.

Freud en efecto parece terminar por olvidar a Weber y hará el traslape decisivo al considerar a Schreber “un enfermo”, desconociendo -que quiérase o no- es un autor. O sea, perdiendo de vista la condición que la presencia de la escritura incluye.

Si se reconociera todo en cambio a partir de esta clave escritural, la pregunta a hacerse en primer lugar sería por la unidad de Schreber, quien así (como personaje-escritor) se re-instaura en la persona que se le demanda ser al tiempo que con ello -como cualquier otro semejante- encubre la dinámica de sus personajes y sus escenificaciones.

No es un psicótico disgregado quien escribe las “Memorias”. La única falla indiscutible en el texto de Schreber la da su fe inamovible, y como consecuencia, la incredulidad inevitable del lector, por supuesto instalado en la normalidad cuando de los contenidos del delirio se trata.

Es claro que ello sería diverso si consistiera en la lectura de una novela o de una obra de teatro. Para quien sea que le enfrente, la condición de credibilidad que ese escrito comporta es tan contundente porque entre ficción y realidad puede llegar a no existir frontera alguna.<sup>179</sup>

Decir por ello “el enfermo”, no puede ser tan simple ni tan intrascendente (así se trate de un abordaje clínico).

---

<sup>178</sup> Cf. Freud, S. Op. Cit. (P. 34).

<sup>179</sup> La propia obra -sea como directa escritura, o en tanto modalidad artística (pintura, novela, etc.)- recoge lo fundamental de la diferencia entre la persona demente y el artista. Si bien la obra de arte puede retratar la demencia de la cual el artista se libra -estabilizándose así en un punto previo a la psicosis declarada- lo cierto es que ello resulta ser sólo posible porque la obra resuelve -entre el desorden y la creación- el antagonismo, que el demente raso en cambio repone “en vivo y en directo”, sin mediación alguna, a partir del producto mismo que es su particular locura. Desde que Schreber escribe, desde que lo hace del modo coherente y elaborado -tal cual su “diario” lo ilustra- no puede ser apenas un escueto psicótico, y su psicosis demandará otras referencias conceptuales para dar paso a un develamiento sostenible.



CINCO. Ya es bastante llamar sin más “transferencia” al enlace afectivo que se establece de modo delirante desde Schreber y en referencia con los doctores que le asisten a nivel psiquiátrico. No sólo porque la transferencia es -como explicitación teórica al menos- una cuestión indispensable y específica al interior de la metodología clínico-psicoanalítica, por ende todavía ausente a nivel conceptual en la situación terapéutica que decide la relación entre Schreber y Fleschig o entre Schreber y el Dr. Weber.

Hay aquí una clave de singularidad para nada indiferente que se estaría ignorando. De haber “transferencia psiquiátrica”<sup>180</sup> -si es dado apelarle así- se debiera reconocer que existe una marca decisiva entonces que hace del encuentro terapéutico una cuestión forzosa y que además incluye modalidades de metamorfosis somática cuyos efectos difieren, no sólo a nivel de las captaciones personales (terapeuta y/o paciente), sino de las directas modificaciones que se registran por esa vía en el registro de las propias patologías.

En este punto, hasta cabría la pregunta por el imán de Mesmer. En efecto, ¿qué tipo de entrecruzamiento comportaba, siendo que daba paso sin más al automático desmonte de las estructuras patógenas?

Fuera cual fuere la modalidad de su implementación -radicalizada o atenuada- la dinámica entre “amo y esclavo” de manera inevitable comportará siempre la puesta en acto de lo inhumano, no sólo como asunto mismo del delirio, dándose ello en cambio al interior de lo clínico en sí.

Si se tratara apenas de pensar las cosas a partir de los registros de lo psiquiátrico y lo psicoanalítico, la transferencia, que desde el juego de libertades implementadas por el escueto ejercicio del lenguaje -y acaso del silencio- se oferta en la propuesta psicoanalítica, y que (por radicales que ellos fueren) humaniza los cuadros de los cuales se trate, a nivel de la dimensión manicomial no sólo alimenta el radicalismo de los síntomas, sumando fuerza a cuanto debiera aspirar a moldeamientos de las formas entrampadas, contaminadas, desbordadas. La transferencia entonces -de seguir siéndolo- “la transferencia psiquiátrica”, retrata lo inhumano mismo -reforzado y remachado- así se acompañe de la mejor intencionada de las posiciones (tanto peor aún).<sup>181</sup>

SEIS. Sin embargo, se supone que es Schreber solo quien habrá de apropiarse de todo ello. El delirio -si se prefiere ser más consecuente- incluye una irónica oferta estética de “fin de mundo”, la cual lleva hasta las últimas consecuencias las posibilidades creativas que el encierro manicomial comporta y dispara. Por supuesto, distinguir estos registros del resto de circunstancias alucinatorio-

---

<sup>180</sup> No son iguales la relación transferencial y el vínculo hipnótico. En la mitad, no puede ser lo mismo tampoco esta tercera modalidad de enlace que supone la reclusión manicomial de una parte y la administración de drogas, de otra.

<sup>181</sup> No sobre recordar que no se trata de un juicio valorativo, moralizante. En cualquier forma en que se lo implemente el encierro es inhumano, sobre todo porque excluye o pretende excluir -y del modo más tajante- de ese orden de humanidad, normalmente compartida en el registro de lo social.

Lo social -que por definición excluye- arma por ello inhumanidad de continuo y es -en referencia directa con esto- como hace diferencia con lo humano mismo.

La idea de cosa-en-el-mundo que radicaliza la dimensión de lo inhumano es una modalidad tanto más contundente, aunque no por ello se cancele la condición que en tal sentido comportan otras opciones, debido a que en su involucencia, tal clave las incluye. Debe saberse por tanto que -aún en el extremo donde se reúnen lo terrorista y lo inhumano- es en ese sentido que se definen las adicionales demarcaciones. La condición hiper-moral que todo terrorismo comporta hace creer en cambio que al concebir como inhumano al terrorismo se trata -por encima de todo- de un recurso moral-valorativo. Prueba de ello resulta ser, que cuando se realiza otro tanto por razones metodológicas (caso del abordaje científico) a nadie se le ocurre pensar de igual manera, sumando inconveniencia a los abordajes que de todos modos incluyen la misma condición de cosa-sobre-el-mundo.

delirantes resulta imposible, cuando se da por sentado que sí se trata de “enfermos”, pues lo primero consistirá en aislarles, en encerrarles.

¿Acaso no puede resultar inevitable el encierro en más de una ocasión? Es seguro que sí. Pero no consiste el asunto en buenas o malas intenciones. De hecho se trata de lo trágico insoluble, exacerbado por la escenificación terrorista que no se detiene o atenúa por sólo suponerse este tipo de ilusiones personalizantes. Y se trata, sobre todo, de la impotencia clínica para dar salida pertinente al desborde de lo estético, calificado de modo compensatorio desde lo normal, como transgresor y peligroso, por ende -con más o menos tino- reprimido con toda readicalidad.

Es lo humano, obligado a encerrar a lo humano, de tanto como lo humano carece de recursos para incluir lo humano.

Represión externa –entiéndase- más próxima de los recursos policiales que de los mecanismos psíquico-defensivos y terapéutico-aplicativos. Modalidad de exclusión, que así se asuma como necesaria y conveniente resulta siendo inconsulta de modo inevitable. De hecho, entre unos y otros recursos -preventivos o coercitivos- en cualquier caso portando la selectividad que desde lo social esciden a lo humano y a las modalidades de su singularidad en ejercicio, hasta terminar disparando el estallido de lo singular y de lo terrorista, así se trate de la desmesurada explosión de lo estético en forma de alucinatorias y delirantes escenificaciones.

SIETE. La mera imposición de un poder silencioso e indiscutido comporta ya tonalidades o desbordes de este orden.

¿Que la sola reclusión puede ser terapéutica?

Adaptativa sí, aunque de modo prioritario censura de toda singularidad, la cual -si bien puede hasta llegar a ser altamente peligrosa desde entonces en tanto desbordante estallido de lo singular- no habrá de ser igual a cualquier posible exclusión posible o pensable.

Dada la reclusión manicomial, se quiere decir, a partir de ella se impone establecer una diferenciación mínima, si es que se la comparara con otros tipos de reclusiones (reclusión carcelaria, por ejemplo). La reclusión que a nivel carcelario aísla e inmoviliza al delincuente -más bien para proteger de sus impulsos, al resto de sus semejantes- resulta arbitraria modalidad cuando se trata del recurso manicomial en cuanto, antes que protectora, es defensiva para los de afuera y -tanto peor aún- a nivel terapéutico, con mayor frecuencia generadora de efectos, inversos a los buscados.

OCHO. ¿No se está de nuevo tomando partido del modo más valorativo y excluyente?

Se trata de algo más enigmático y complejo. Antes que responder a cuestionamientos de este orden convendría en cambio incluir un adicional señalamiento. Se trata de resaltar cómo, cuando supuestamente se pone entre rejas a lo singular, el despliegue de lo estético es lo último que por esa vía consigue detenerse. En efecto, resulta evidente que si bien a la persona se la puede recluir, reprimir, detener, con el delirio no es posible realizar otro tanto. Por el contrario: el desborde creador, antes de resultar impedido se exagera y es esta una de las paradójicas e inesperadas consecuencias que el encerramiento psiquiátrico acarrea.

La pregunta para hacer sería más bien: ¿qué se consigue encerrando a alguien, cuando al tiempo se asume con ello que se trata su desborde delirante y alucinatorio?

¿No ha de ser en cambio el empirismo, que da a la persona propiedad sobre su mal, cuanto impide empezar a reconocer que sólo hay dimensión terapéutica cuando se establece indispensable diferencia entre persona y cuadro patógeno? ¿Qué implicaciones tiene esta distinción frente a la asunción de eso que de modo irreflexivo siempre se pensó fusionado en un mismo asunto?

NUEVE. Como fuese, Schreber era tan obediente que lograba excepcionales elaboraciones allí. El delirio en cambio<sup>182</sup> -menos manipulable- comporta escenificaciones extremas que buscan ajustarse a circunstancias plurales, las cuales no siempre coinciden con las urgencias que rigen las pretensiones de Schreber. Ello hace difícil cualquier posible integración a ese nivel. Es más: el delirio incluye realidades adicionales que Schreber no puede más que incorporar.

Fleschig -por decir algo- es portador de un alma antigua y repone desde allí el conflicto de poderes entre las familias Fleschig y Schreber (la censura psiquiátrica impide reconocer en las “Memorias” el sentido último del “almicidio” al cual el alma de Fleschig aspira cuando de Schreber se trata). Lo cierto es que esta alma torna en extremo poderosa, al punto de ser coercitiva sobre el propio dios y portadora de poderes y saberes -los cuales han sido obtenidos a su vez a partir de la privilegiada y forzosa relación con éste- puede fragmentarse en múltiples partes y sostenerse hasta última hora a pesar de no estar presente de modo necesario en reclusiones, que al menos a nivel empírico no le incluyen.

Dada esta situación, cabría de nuevo alegarse que resulta inocultable la presencia de comportamientos transferenciales allí. Sin duda alguna, existe un vínculo decisivo entonces lo cual no implica que se lo pueda de manera literal equiparar con la transferencia psicoanalítica. Se parece más al enlace hipnótico, si se prefiere verlo así. Enlace donde la instancia de masa pasa a primar sobre otras demarcaciones (de manera habitual decisivas cuando de la lógica vigílica se trata). Vínculo, más bien de corte onírico, en cuyo registro el tono de pesadilla prima de modo inevitable, y que antes de suplemento fantástico -donde lo infantil de manera terapéutica se repone y recompone- es hijo del terror y de la indefensión.

Sólo por ello, la transferencia -vistas las cosas a la luz del delirio, no de las personas que lo portan, lo padecen o lo intentan curar- comporta diferenciados niveles de interrelación que imponen un renovado abordaje del asunto.

Incluso, cabe pasar a preguntarse por el soporte mismo de toda transferencia, ahora que el delirio de manera directa y prioritaria decide tales resultantes.

De hecho: ¿qué resulta ser entonces la transferencia si no es mero entronque inter-personal? ¿Qué vincula y amarra al delirio, y cómo decide esto el juego de intercambios, más bien sociales antes que evidentes entronques entre personas, válidos por sí mismos?

DIEZ. Sin embargo, todo ello no desaparece que, por ejemplo, Fleschig sea un doble de Schreber que resulta más visible visto de manera directa que cuando se trata de hacer patente tal duplicación en referencia con la delirante invención divina, doble persecutorio y hostil que dueño de un cuerpo vivo porta un alma difícilmente purificable, siendo además que no se le imponen compensaciones tan afrentosas como la emasculación asustan tanto más las posibilidades de su poder. En realidad, más bien masculinidad encarnada, personaje hecho de fortaleza -en cambio de variantes y estéticas elaboraciones formales- Fleschig hereda todo el poder, que así fuere de modo relativo, Schreber había alcanzado a nivel social cuando (de un modo tanto más sumiso) era normal, receptivo a nivel de las exigencias que impone lo social, o dependiente incluso -si se quisiera ver allí marcas de ese orden más atractivas para las apetencias de la perspectiva psicoanalítica- del padre de la infancia (no habría tampoco por qué excluirse a éste, sólo que entonces las cosas tienen dimensiones más vastas

---

<sup>182</sup> Habría de reconocerse que la autonomía del delirio porta una plasticidad tan vigorosa que puede ajustarse a obstáculos e impedimentos de manera independiente de sus radicalismos. Schreber mismo hace oposición constante al libre despliegue constructivo de la puesta en acto de las escenificaciones alucinatorias, lo cual comporta continuas y suplementarias metamorfosis suyas al interior de lo delirante.

de cuanto posibilita tan indiscutible referente). La sola conversión de la persona del padre en personaje de la infancia, desde la perspectiva del delirio incluye una reacomodación decisiva de sus versiones.

Más acá de ello, bastaría pensar que el arma escritural ha sido de antemano empleada también de modo exitoso por el padre de Schreber. Sin embargo, Schreber se apropia de este recurso de la manera más espontánea y aconflictual posible dado que en ocupaciones que no tienen tan directa relación con las actividades paternas, de hecho Schreber logra rendimientos más adecuados (ajedrez, piano, lectura incluso).

Que los ejercicios -a los cuales fuera forzado Schreber en la niñez por parte de su padre- tienen necesaria incidencia e importancia en su patología es algo, que si bien es válido como necesario punto de partida de su drama, no ha de ser inevitable e inalterable constante. El delirio no se reduce a ello, así le incluye como materia prima en el despliegue de sus escenificaciones. Y, aunque eso se mantenga presente -lo cual no es poco- se trata entonces más de Schreber que de su delirio.

Ahora bien: mezcladas las cosas o no, enlazados Schreber y el delirio, o en cambio separados desde posibles versiones diferenciales siempre posibles, incluidos terceros con pretensiones de uno u otro tipo, sobre todo el asunto figura decantado a título de lugares decisivos, los cuales resultan sostenidos desde el ya mencionado vínculo entre el amo y el esclavo.

El delirio, al menos, se asume desde allí frente a su portador, y quienes pretenden disolverlo no harán menos (razón de ser entonces del recurso manicomial). Es más, no falta la desprevendida versión según la cual Schreber es y será siempre, dueño de su delirio (y si no habría de ser por sólo ello amo ya, si tendría que responsabilizarse en primer lugar del asunto).

Ello, por supuesto, resulta siendo algo menos simple que la escueta relación temprana padre-hijo entendida sin más como matriz inagotable del armado alucinatorio-delirante.

¿De donde se ata entonces el delirio? ¿Cuál es en realidad su procedencia?

## **II. Los polos escenificantes que distinguen lo psicótico y lo normal**

### **Dioses duplicados y femineidad**

UNO. Existe una incoherencia decisiva que hace que el rompecabezas diagnóstico de conjunto que arma el psicoanálisis falle en la última pieza. Se trata de la forma como de manera indistinta lo homosexual defiende de lo psicótico y/o lo psicótico hace otro tanto con lo homosexual. Alguien se hace homosexual porque le viene estallando muy de cerca lo psicótico. Se trata entonces de una estabilización perversa, que en el último paso impide naufragar en ese -tanto más extremo- abismo que es lo psicótico. Con Schreber en cambio plantea Freud: "...nos declararemos autorizados a retener como base de la contracción de la enfermedad de Schreber el estallido de una moción homosexual". Sin más, ahora lo homosexual psicotiza.<sup>183</sup>

Para justificar y compensar esta contradicción, hasta la suma de numerosas poluciones que acontecen en un momento dado a Schreber se reconocen como de procedencia homosexual

---

<sup>183</sup> Cf. Freud, S. Op. Cit. (P. 43). No que falte la moción homosexual, es que no puede ser la razón explicativa de la emergencia psicótica.

(suponiendo que se deben a la ausencia de la esposa, protectora natural frente a las amenazas eróticas que comporta la presencia de los guardianes al interior del hospital mental).

Sorprende la ingenuidad de un supuesto de este orden. En cambio de ver allí la inocultable evidencia de un fenómeno inaudito en un hombre mayor, algo que demanda máxima prudencia a nivel interpretativo, Freud se precipita con la contundencia de su determinación diagnóstica (tan represiva si se quiera, como a su vez lo fuera la cancelación tajante del capítulo III de las “Memorias” por parte de la psiquiatría de turno).

Como fuere, suceden dos cosas curiosas allí: de una parte, la efervescencia masculina sirve como demostración paradójica de la presencia de una moción homosexual, de otro lado se asume sin más como válido esto que bien podría ser efecto delirante-alucinatorio. Las seis poluciones no son actos normales o neuróticos, han de ser en efecto fenómenos psicóticos.

Incluso Freud cita de un modo tal, que olvida una confesión previa de Schreber -en realidad apenas anterior de manera inmediata- donde éste confiesa que su esposa ya ni siquiera le resulta un ser viviente, en cambio sí una figura humana producida de modo milagroso “a la manera de los hombres hechos a la ligera”.

Freud ignora pues esta lógica y asume las poluciones nocturnas de Schreber como si fueran el producto de alguien en pleno uso de sus facultades racionales y eróticas, como lo haría una persona normal, él por ejemplo.

Una vez más, Freud desconoce lo delirante como lo más decisivo allí.

Desde entonces los supuestos no se detienen.

Freud -para sostenerse en su interpretación que da a la homosexualidad lugar nuclear en la génesis de la psicosis de Schreber- recurre ahora a una segunda posibilidad explicativa según la cual el climaterio o decadencia de la potencia masculina sería la directa responsable de esta emergencia homosexual.<sup>184</sup>

¿Cómo suponer climaterio, donde en cambio se da desborde de potencia viril?

Más allá de ello ¿por qué la psicosis urge de esa desmesura para tornar irreversible?

DOS. Que Freud busca reducir a modelos sabidos cuanto de específico comporta el manejo psicótico no debe ser a este punto demostrado, este es sin duda su mayor error pues ni siquiera el asunto del padre y del hermano<sup>185</sup> -que en realidad Freud apenas sospecha a partir de la escueta lectura de las “Memorias”- podría minimizarse, obligándole a adecuarse a una condición de peculiaridad indiscutible en el abordaje de estas cuestiones tan decisivas.

Más concretamente, no es una peculiar transferencia la que decide la forma de los enlaces tempranos, tampoco han de ser estos -de modo literal- los responsables de las modalidades de vinculación con los terapeutas. Ambas posiciones en cambio, no hacen más que reflejar el predominio empirista en el abordaje del sentido de las cosas, en tanto se parte de la asunción de la persona como núcleo indiscutido, definitorio, y de las inalteradas referencias patógenas previamente develadas (neurosis, perversiones).

---

<sup>184</sup> Existe un texto de Canetti, E. “Masa y poder” que culmina con un análisis dividido en dos partes, donde trata a propósito de Schreber. Allí Canetti resuelve casi todo a partir de un presupuesto, que aunque importante y válido no admite ser único y excluyente. Como Freud hace con la homosexualidad, en efecto acontece a Canetti: todo es resuelto por éste en referencia con el tema del poder y de modalidades de masa (mutas).

<sup>185</sup> Cf. Freud, S. Op. Cit. (P. 47).

Si bien se vé, no es la psicosis la que porta el fundamento de las especificidades estructurales, contra todo supuesto previo se trata apenas del psicótico.<sup>186</sup>

Incluso Freud llega a reconocer esa clave del sometimiento schreberiano: esclavitud del modelo paterno en tanto amo absoluto que permite reconocer una trilogía unificada a partir de esa constante definitiva. En efecto, el padre, Fleschig y el dios, comparten esta condición donde Schreber voluminiza, da cuerpo a su condición de víctima.

Pero Schreber en su delirante construcción es víctima y victimario al tiempo. Y no en tanto persona específica, es por la ruta de la escenificación desmesurada de sus personajes que esos polos se consolidan y escinden. No basta con la tímida apelación a supuestas fantasías homo-eróticas u onanistas, para llenar cuanto es del registro de la instancia de masa<sup>187</sup> en su nivel más basal y primigenio.

Si Freud no puede menos de reconocer cómo el asunto se riega -más allá de sus embotellamientos estrechamente humanos, obligándose no sólo a incluir los habitáculos del dios y a sus desdobladas figuraciones (Arimán y Ormuz), cuando no, a asumir al sol como clave última, decisiva de esa multiplicidad vincular- habrá de reconocerse al menos (aún consistiendo en derivaciones transferenciales y cuando de los manejos psicóticos se trata) que las cosas no se resuelven sin la inclusión indispensable de lo mítico.

TRES. Sólo que el sol alemán es femenino, a pesar de lo cual a Freud no se le ocurre -escribiendo él en alemán- que ello decide e incide de modo necesario.

Si no se está aludiendo así a la más radical liberación de lo femenino, allí donde siempre se buscó entronizar lo más masculino ¿por qué al dios se le ocurre hablar en ajeño alemán y al sol hablar a Schreber, licencia que sólo es dable además a “los pájaros parlantes”, ellos sí relacionados con “muchachas superficiales” en la interpretación freudiana y en el propio reconocimiento que de ello hará Schreber en sus “Memorias”?

Se trata entonces -donde Freud cree reconocer mera inclinación homosexual- de liberación femenina.<sup>188</sup> Al menos, ello resulta inocultable para la lógica que decide al delirio.

Lo femenino se libera donde lo masculino reinó siempre.

Así responde Schreber a las demandas del padre, de Fleschig, del dios, de Arimán y de Ormuz. Todo ilustra la urgencia de liberar lo femenino donde lo masculino saturado ha agotado sus formas dominantes. Es ese “el fin del mundo” del cual en realidad se trata: “el fin del mundo” de lo masculino en ejercicio, éste donde los poderes viriles ceden paso a lo femenino más reprimido y silenciado. Que no es mera homosexualidad camuflada lo evidencia el hecho de que sin duda, ello trasciende el registro banal de la sumatoria de escuetas apetencias personales.

---

<sup>186</sup> Como se recordará, el gran aporte psicoanalítico a la teoría de las perversiones se resolvió en la captura de la estructura donde antes estaban personas, ver homosexualidad donde -a falta de desciframiento teórico- no se daban más que homosexuales.

<sup>187</sup> La instancia de masa es la modalidad más basal a partir de donde los modos de lo humano apuntalan sus resultantes, por encima de todo refinamiento y encausamiento social. Resulta mejor decir: es allí donde la masa reúne en uno lo humano y lo social más primordial, hace oposición a los tradicionales apuntalamientos yóicos de la oferta psicoanalítica. Que el delirio retrate esta dimensión -así no se pueda apenas afirmar que parta de allí- ha de resultar insostenible para quien no puede cancelar la tiranía inapelable del yo, pero es de eso de cuanto se trata, dado que lo singular con más frecuencia irrumpe o refuerza desde esos territorios irreductibles y escotomizados, de hecho los reafirma y reapuntala.

<sup>188</sup> Por pura paradoja, una vez la mujer se enfrasca en esa doble esclavitud que sin liberarla de sus habituales sometimientos, la da como nuevo soporte de la fuerza laboral capitalista, la liberación femenina es asunto que califica, en primer lugar y por pura paradoja, a los hombres. (Cf. Otero, J. “La mujer lo femenino y lo bello”. Op.Cit.).

Y si se trata de transferencias, consiste en esa transferencia a la cual Schreber sirve y a la cual el delirio escenifica.<sup>189</sup> Es más: ha de ser por esto que el dios nunca da la cara y que pide a Schreber la emasculación. A partir de esa doble circunstancia el dios se auto-delata en su condición más decisiva, el resto es derivado.

Como fuere, significa que la emasculación es asunto del dios: absurda exigencia a Schreber, incuestionable realidad suya. Es allí donde se centraría la operación transferencial de la cual en realidad se trataría, de esa clave partiría la verdadera “proyección”.

Sin duda alguna el delirio hace de lo transferencial asunto muy diverso de cuanto descifrara Freud con sus neuróticos.

El dios -a diferencia del sol, donde de modo metamórfico se exhibe en femenino, desde donde habla en su arcaico lenguaje germánico- siempre por ello permanece oculto. Más bien como una luna -más allá de Arimán y de Ormuz- la cara del dios (oculta para que sea tanto más decisiva) es femenina. Esa es la razón de ser de su creatividad, es esa la carencia que lo mueve y decide, esa es la clave de su “nerviosidad”, y es ese su secreto más constitutivo. Y es además ese, el núcleo transferencial que se delata desde la puesta en acto del delirio.

CUATRO. De manera constante, lo humano ha sido acompañado de lo demente. De hecho nunca faltaron allí ni la guerra ni la locura. Siempre, al menos, el loco tuvo la función encubridora que hacía aparecer como accidente ajeno, individual, esto que resultaba ser registro necesario, “estructural” (como se diría en el siglo pasado).

En Schreber la locura en lo humano se expresa como artefacto tecnológico. La máquina delirante-alucinatoria, en tanto intangible armazón aparece procediendo desde adentro, aunque no por ello de un modo menos máquico. Como forma máquico-implosiva -si se prefiere nombrarle así- es efecto terrorista, bomba de realidad suplementaria que no deja de estallar a cada paso por la ruta del desborde escenificante.

Puede que Schreber no sea exclusivo e indiscutible origen de ello, pero a partir de allí lo humano arma inocultable evidencia de esta circunstancia. A los ojos de los demás, la locura se explicita, torna visible e inocultable. Esa salida sin retorno disgrega la locura, la riega y la extiende por entre las entretelas de lo social, y ha de ser por ello que lo social reacciona a su vez de manera represiva y radical (por fuera al menos de todo intercambio integrador) y sumando a ello -enigma tanto más indubitable- forclusión colectiva, borradura envolvente a nivel de la totalidad de sus humanas encarnaciones.

---

<sup>189</sup> Podrá parecer que este escrito oscila sin mayor rigor entre la transferencia establecida a nivel freudiano y su negación, o al menos la urgencia de darle un nuevo estatuto en cuanto se trata de los registros psicóticos. Sin olvidarse de la no siempre sostenida distinción entre lo transferencial, visto a nivel psicoanalítico y desde lo psiquiátrico escueto. Pues bien, más que de enlaces o matices inter-relacionales, cuando se extiende lo transferencial al registro de las psicosis debe asumirse al menos que se trata de vínculos, vínculos cuya desmesura y radical involucración consolida y predetermina la especificidad de lo transferencial (y ello en todos los niveles y sin presuponer por ende excepción alguna). En ese nivel del análisis ese radicalismo -qué duda cabe- oscila de continuo y en cuanto tal puede ser más o menos radical.

Para no sumar la pluralidad que se arma y que impone el reconocimiento, no de una sino de múltiples transferencias, según se consolide el juego de intercambios entre la diversidad de personajes y de escenarios de los cuales en determinado momento se trate. Y sin olvidarse de que el delirio por sí mismo arma vínculo, lo cual obliga al reconocimiento de que lo transferencial es derivación suya y demanda por ello necesarias readequaciones a nivel de su concepto.

CINCO. Eso de una parte.

La escritura de Schreber es a su vez explicitación que lo hace distinto de otros locos, los cuales para la escueta aspiración clínica resultan acaso más representativos y gobernables.

Desde que la escritura se consolida -e incluso se publicita como modalidad adicional que repone afuera cuanto está recluso adentro- arma contravía a lo máquico-implosivo. Sin embargo, renovándolo y fortaleciéndolo, la demencia de Schreber se disgrega y amplía de modo inevitable, no sólo más allá de toda escueta connotación personal, de hecho impidiendo su definitiva borradura social. Sin desaparecer la emergencia, dejando sí tajantemente afuera, pero siempre como síntoma que ha de invitar por ende a la sospecha.

A partir de una formalización lúcida y objetiva que nunca se resigna a la reclusión social, que impone una lectura rigurosa -a partir de la cual Schreber no es apenas un loco que escribe y que lo hace con finura e inteligencia extremas, con una franqueza y desinterés apabullantes- esa escritura schreberiana es la puesta en evidencia de lo psíquico más caótico, que además pone en jaque la ficción de conjunto sobre la cual reposa la normalidad indiscutida.

Así Schreber se hunda en los laberintos manicomiales -e incluso muera allí- su libro no pasa.

Esa escritura llama a la escritura.

Poner en marcha tal discurrir escritural, ese eslabonamiento textual, es quizá lo más importante al interior del historial que Freud le dedica a esas "Memorias". Con ello, la escritura de Schreber abandona el solipsismo al cual se condena toda manifestación reconocida como psicótica.

Y es por ello también que -en retrospectiva- Schreber hoy por hoy resulta paradigmático, instalándose en el presente de lo humano como una inocultable estaca en la mitad de una herida que no se resigna a ser mera cicatriz.

SEIS. En realidad, como se trata de dos escrituras que es difícil armen diálogo, se impone incluso una tercera que les reúna y les descifre en simultáneo. Y esa tercera escritura sólo puede ser clínico-estética, transdisciplinar. Y en tanto tal, habrá de remontar contraposiciones que de un lado y otro impiden la posible integración.

Entre lo psicótico y lo normal crece un abismo sólo decisivo desde el reconocimiento de una clínica de lo clínico (tercera escritura que asume la armazón de suplemento que las dos primeras escrituras evidencian). A pesar de su condición excepcional, sin el escrito de Freud el texto de Schreber carecería de todo soporte, pero sin la escritura de Schreber, el trabajo de Freud -a diferencia de cuanto acontece con el resto de sus historiales- tampoco podría darse.

Por lo demás, la propuesta aplicativo-clínico-freudiana, resultante de reunir todos los historiales clínicos de Freud en un aislado paquete, no permite por sí misma este indispensable reconocimiento de excepción.

Sin embargo, esa mirada, posible desde que se aíslan y priorizan las dominantes escriturales, impone reconocer una situación que ha estado todo el tiempo presente y que -así no sea la primera vez que aquí se mencione- podría dejarse de nombrar por circunstancial y anecdótica, o por asumírsela como resuelta.

Como se sabe, Freud hace creer a sus lectores que carece de otra fuente distinta al texto de Schreber, repugna por ello de quienes se tomaron la licencia de cancelar párrafos, e incluso, hasta un capítulo entero, el III. Sin embargo, cuando se trata del padre de Schreber es claro que Freud no se resigna a lo poco que al respecto el hijo deja saber en su -supuestamente- auto-referido escrito.



SIETE. Sólo, pocas páginas antes de aquella donde en referencia al padre de Schreber despliega todo cuanto ha logrado indagar por vías alternas, Freud en efecto ha confesado de modo literal que el conocimiento de la edad de Schreber es una referencia excepcional, dado que se atiene apenas a la información extraída de manera directa de las “Memorias”.

Ahora bien, todo se impone así porque sin el enlace al padre resulta indudable que la paranoia de Schreber no tendría suficiente sostén.

Transferir es ya eso por supuesto: trasladar a partir de una fuente de base otros depósitos, o depositantes, según fuese.

En cambio Freud logra encadenar la transferencia por la vía del padre y del dios, siendo de otro modo -a nivel psicoanalítico- inatacable en tanto tal si se la pensara apenas en referencia a Fleschig. Se trata pues de dos transferencias: una, metodológico, riguroso, indiscutido fruto terapéutico. Otra, flexible, impuesta sin justificación teórica visible, disgregada por la periferia de la realidad y de la ficción, sin precisas ni distintivas demarcaciones.

Si transferencia es todo cuanto -aquí y allá, de un modo u otro- se traslada, no sólo como registro mórbido (sea en perspectiva psiquiátrica o psicoanalítica), antes de especializada vinculación afectiva que va apenas desde el paciente hasta la figura de su médico, lo cierto es que -ante todo y por sobre todo- resulta ser elaboración estético-representativa.

Como fuere, desde su accionar psicótico lo transferencial no se deja subsumir en una definición convencional. De hecho -vínculo que ata la máquina deliro-alucinatoria y que suma por ello escenificaciones desbordantes- la transferencia pasa de largo por distinciones que sólo para los terapeutas significan (fueren estos psiquiatras, psicoanalistas o psicólogos clínicos).

Que la transferencia es todo menos asunto entre personas -asi las implique- es cuanto hace presencia una vez se reconoce el peso apabullante del delirio, en cuanto reconocido como realidad prioritaria y definitiva.

OCHO. Es claro, que desde su oferta de apuntalamiento de lo neurótico, Freud llena las lagunas que introducen los psiquiatras en las “Memorias”, incluida su versión de lo transferencial. Su escritura docta rellena los agujeros de la “escritura psicótica” con saberes previos, aplicados, que desconocen la especificidad de lo más novedoso que se plantea en el asunto schreberiano.

Bien vista, esa transferencia es ya de Freud (va, desde su escritura, hasta el libro de Schreber). Por supuesto, para darse, no se juega como relación directa, presencial, entre el médico y la específica persona del paciente (tampoco se impone apelarle contra-transferencia ni cosa semejante).

La ilusión de que se trata de un enlace directo -que no arma diferencia real cuando a lo transferencial se alude- debe asumirse como indispensable condición de verosimilitud, como ingenua creencia que la lectura del texto mismo impone a su lector (en este caso a Freud).

Es esa transferencia cuanto de modo real se forcluye y que de entrada evidencia hasta dónde la proyección sobre lo psicótico torna indispensable en el apuntalamiento de versiones necesarias para la normalidad, en tanto asumida sin restricción.

Desde la imposición imprevista de esta circunstancia -sin nombrarla ni reconocerla como decisiva- Freud consigue demarcar específica armazón transferencial. Con ello pretende resolver de un solo envión asuntos tan enigmáticos como la escenificación alucinatorio-delirante de Schreber, el enlace con su médico, el drama infantil de la relación con el padre, la mística y singular construcción de un dios (sin embargo intransferible, al menos hablando desde el registro de lo religioso).

Ahora bien: ¿qué significa transferencia a la luz de esta creación religiosos-dmencial?

Debe reconocerse al menos en tal sentido, que un dios estético -matriz de la inagotable representación psicótica, que sintomatiza el más lamentable impedimento, la incomparable condición creadora que no quisiera reconocer lugar allí a la femineidad (a partir de entonces, de manera inevitable dominante, constitutiva)- un tal dios, pues, redondea la arbitrariedad de un discurrir, que los recursos psicoanalíticos habituales ya no consiguen develar ni mucho menos disolver.

NUEVE. En Schreber, fantasía, sueño, alucinación, se reúnen de un modo tal que -sin desaparecer del todo sus específicas demarcaciones- hace saltar la condición de ficción que comporta siempre la realidad empírica. A través de esta última es corriente que discurran la totalidad de los acontecimientos cuando de la vigilia se trata (de igual modo acontece a la persona -colocada al margen y de hecho convertida en ficción- desde la perspectiva de la escenificación onírica). Vistas ambas (persona y realidad empírica) a la luz de lo estético, soportan el discurrir escénico inagotable que repleta el espacio, exterior e interior, según se trate de una u otra modalidad.

O sea: lo psicótico delata que la ficción apenas se disuelve cuando el modelo representativo de modo necesario se escinde.

En el fondo se trata siempre de lo mismo, sólo que la persona cede el paso a la realidad y se restringe a las condiciones que el lugar de lo social le impone, en tanto unificada resultante intencional (indispensable condición para que la urgencia de la normalidad se sostenga).

La persona -más que a un escenario, que es como en efecto aparece en la circunstancia onírica- se asemeja entonces a un sostenido, indiscutido personaje. Constituida la persona de modo indispensable por personajes, se trata de que su presencia se consolide en la medida en que ellos se silencien, no sean visibles.

Salvo algunas excepciones donde la instancia de masa pasa a primar, tal modelo resulta de una contundente y demoleadora tiranía. En el caso de las psicosis sucede lo contrario: la tiranía allí es de la escenificación, y la realidad empírica delata entonces su condición de suplemento estético, el cual de otro modo carecería de la certeza formal que le confieren las resultantes múltiples y vastas. Además -debe reconocerse- soportadas sobre una base material, siempre dominante.

¿Mas, qué? ¿No es lo material versión, empírica ya, subtendida de hecho por capas y capas que reponen modalidades formales hasta perderse en minúsculas inmaterialidades?).

Entonces, la persona se acerca a una paradójica unicidad demencial que sólo se sostiene en la medida en que esa materialidad pierde soporte, y de la cual se carece cuando se escinde todo entre la vigilia y la vida onírica (sin fórmula posible de unificación).

Al punto de poderse afirmar a este nivel de los análisis sobre el asunto, que es la modalidad que rige la apropiación o desapropiación del delirio, cuanto en realidad termina decidiendo la condición de lo normal, la contundente dimensión de la presencia o de la ausencia de lo psicótico.

Y ha de ser por ello, sin duda, que sin el soporte de la forclusión y de la doble forclusión no existe demarcación suficiente para reconocer la especificidad que soporta tales modalidades, las cuales de hecho terminan apuntalándose como polos de irreductible antagonismo.

DIEZ. De sostenerse esta condición que lo psicótico devela, se vería hasta qué punto lo psíquico resulta ser -habitante y habitable- espacialidad escenificante, que da despliegue al devenir vital y a personajes en acción permanente, sobredeterminados, tanto a nivel social como mental. Cuando la persona emerge allí, en realidad lo hace para negar la condición fundante de paisaje interior y de

banda sonora que la subtiende siempre, línea linderal que termina armando volumen y llenando -con redonda dominación- lo inllenable.

Es por ello que el paisaje interior y la banda sonora -que soportan y alojan las representaciones donde de modo interminable discurren los personajes- se repliegan del lado de modalidades marginales, que sólo florecen en la medida en que la persona por una u otra causa se atenúa o diluye. Su lugar lo suple en la vigilia la realidad exterior, donde lo material da cuerpo y soporte indiscutido a las modalidades de formalización que lo social descarga sobre la persona (en primer lugar incluida en ello la versión que ella tiene a propósito de sí misma).

Por esa espacialidad -que la temporalidad moviliza sin interrupción- rueda la imagen corpórea donde se hace evidente la pluralidad del alma (desde que, por lo demás, ella habita el cuerpo), alma que es de hecho doble intangible de esa corporalidad instalada sobre el mundo.

Y es que ambos (cuerpo y alma) son definidos por lo urbano, y son en tanto tales, habitantes de la urbe, resultantes urbanas, justo en el punto donde ambos se unifican. O sea, a partir de esa atmósfera constitutiva que arma artefacto-alma-intangible de Ciudad.

Cuerpo y alma discurren así de manera simultánea entre dos polos contrapuestos que se deciden como adaptaciones urbanas, modos de lo urbano en el juego indetenible de las resultantes ciudadanas. A su vez, a título de puestas en acto de escenificaciones singulares, y como tales, incomparables e irrepetibles.

A ese envolvente -colectivo por ende- suceder sobredeterminado, la máquina deliro-alucinante de Schreber lo reconstruye y suplanta del modo más tajante y singular (nunca hubo por ello refutación mayor de la creencia compartida y en referencia por tanto con lo más evidente e indiscutible).

## **Sol, soles y pájaros**

UNO. Los modos de lo urbano están pero el delirio los remonta y estalla, de un modo apabullante. Es como si la máquina escenificante urgiera de representaciones que superaran y sobrepasaran la envolvente y recluyente red de la Ciudad, que aspiraran a trascender el mundo, el cosmos, y -más lejos aún- el caos, hecho de noche, de sombra y de infinito. En realidad, es la Ciudad la que de ese modo se extiende hasta lo imprevisible, disfrazada de su versión contrapuesta, de su doble, pues el modelo -aún refutado- se urbaniza desde el despliegue ingobernable de la puesta en acto de lo puro singular.

¿Cómo justificar contradicción tan obvia?

Lo singular, si bien revienta lo urbano, sin proponérselo, de modo inevitable lo prolonga.

No sólo surgen personajes astrales que gobiernan desde ignotos planetas, como almas alejadas y sostenidas en sus procesos de purificación a inmensas distancias por el dios de Schreber, sino que el lenguaje abandona su procedencia humana y puede ser explicitado por los soles, los pájaros, y el propio dios, quien más que imagen de un cuerpo -siempre evasivo, impreciso, de hecho inexistente- es voz expresa.

¿Voz entonces sin cuerpo?

La banda sonora genera voces para recubrir la amenaza del desborde insoportable que es el ruido cósmico,<sup>190</sup> a nivel humano forcluida por el colectivo en cada lugar y desde todas las épocas.

---

<sup>190</sup> Desde Pitágoras, la banda sonora se superpone sobre un silencio sospechoso, que en realidad debía ser ruido ensordecedor generado por los astros, en tanto a velocidades increíbles rotan incontenibles sobre sus órbitas. Desde

Superpuesto sobre esta negación el lenguaje es pues una modalidad de la banda sonora que en la escenificación delirante-alucinatoria trasciende lo humano y genera lo ululante y vocinglero (incontrolable, arbitrario, decisivo).<sup>191</sup>

El sol puede salirse de toda previsión, no sólo hablar, también guardarse o aparecer en horas imprevistas, seguir a Schreber y aterrarlo, compartiendo con los pájaros parlantes esa condición demente que refuta -por puro desarreglo estético- la certeza humana de una de sus más entrañables posesiones y creaciones.

O sea: sol y aves condensan lo demente más cosmogónico y desbordado. Desde el dios, aves y sol median como inadmisibles opciones comunicativas, que ni se adapta ni se somete a las meras oscilaciones rítmicas generadas por la tensión-distensión de los nervios propiamente dichos, ni de los rayos del dios ni de sus más directas voces altisonantes y mordaces.

DOS. Al menos en referencia con la orgullosa asunción del colectivo humano que hace del lenguaje núcleo ordenador, creación envolvente y apropiación indispensable, no sólo pensar el lenguaje como modalidad de la banda sonora es versión novedosa y transgresora, en el uso compartido de todo posible intercambio resulta siendo a su vez decisiva clave diferenciadora en tanto libre despliegue de lo humano, lo social y lo urbano.<sup>192</sup>

Visto todo así, la presencia del lenguaje es sonora clave urbana sobre el fondo de sonido de la infinita presencia cósmica, silenciada en su ulular por la forclusión auditiva colectiva.

Ello se radicaliza cuando se consolida el rumor de la ciudad-Ciudad,<sup>193</sup> No sólo por la ruta de los ruidos de los motores y de los más diversos artefactos, de manera inversa la banda sonora resulta siendo matizada también, a partir de las más variadas musicalidades y latencias, como un colchón de ruidoso silencio, como una envoltura casi siempre imprevista. De un modo u otro, la banda sonora es atmósfera urbana que cubre a cada quién, incluso antes de que discrimine entre adentro y afuera, prácticamente antes de que nazca.

Si sobre esa ruidosidad y silenciosidad compartidas, si sobre ese rumor constante -que a cada paso se selecciona entre unas claves de sonidos de primer plano, de una parte, y de trasfondos (amorfo pero sostenidos) de otra- si se suma pues el despliegue de ficción (asumida a través de voces e

---

entonces, lo psíquico decide toda versión cósmica por más externos que pudiera parecer sus apuntalamientos, suerte de alucinación negativa colectiva que decide la inserción, no sólo de lo humano: de lo vital en su conjunto.

<sup>191</sup> Debe parecer extremo e insostenible plantear que el pensamiento habrá de ser el máximo concentrado que se genera como esfuerzo extremo y refinado de control sobre el terror envolvente. Después de siglos y siglos de ejercitamiento, si se quiere, el pensamiento permite ahora ignorar, más que la dominación, la cual presupone una reconocida base de soporte, la dominancia -que siendo menos localizable en sus trasfondos nunca está ausente sin embargo- que el terror comporta y comportó siempre para el registro de lo humano. Incluso, a nivel de lo vital en su conjunto, el pensamiento está anunciándose a cada paso como esfuerzo de control -así sea en extremo precario, o bien inalcanzable- frente a las urgencias de cualquier ser que de un modo u otro sobrevive.

<sup>192</sup> Aunque el tema del lenguaje será abordado con más amplitud posteriormente, no sobre recalcar que no está impedido su abordaje cuando se viene haciendo especial hincapié en el enlace entre Freud y Schreber. Podría suponerse que es este un tema que se justifica más enfrenar al incursionar en Lacan. Como con tantos otros asuntos, sin duda el consolidado psicoanalítico freudiano resulta inapelable para la consolidación de posteriores despliegues, por más que entonces se acceda a niveles de ampliación indiscutible (el lenguaje en Lacan, por ejemplo).

<sup>193</sup> No se trata de una mera conyunción sin decisivas consecuencias. Si bien en un extremo, la Ciudad es modelo cibernético-escritural, y al otro lado se consolida la obra humana a título de modalidades de peculiares concentrados, tangibles, materiales, el entronque que la ciudad-Ciudad consolida, da paso al reconocimiento de la realidad contemporánea de la Obra misma, envolvente, incluyente y determinante de lo humano-obra, obraje a su vez, e innegable soporte productivo también.

invenciones), desde lo singular más abrupto emergerá una condición terrorífica, difícil de compartir pues es amenaza de desplome del andamiaje urbano, sólo en apariencia seguro en tanto indiscutible forma de la creencia (la cual no alcanza a reconocerse de modo conciente y espontáneo), condición sí, de esa inmediatez empirista que parece indispensable para que -como una mancha envolvente- lo normal se deslice sin obstáculos por una territorialidad plana y sin sinuosidades.

TRES. Frente al lenguaje, el delirio inventa una versión donde el extrañamiento que lo extra-humano comporta hace visible y extrematiza esa condición de creencia que de manera habitual acompaña su empleo.

Ahora bien, ese lenguaje alucinado no es el mismo que Schreber emplea cuando escribe. La metamorfosis que se impone al lenguaje para el armado del delirio alucinante se parece a las modalidades que deciden las modificaciones radicales del cuerpo de Schreber, o las escenificaciones donde se representa, por ejemplo, el funeral de Fleschig.

Es claro que en los sueños de los hombres normales pueden acontecer fenómenos equivalentes: que no sólo los pájaros hablen, o que el sol se desdoble alterando la inevitable dirección lineal de su luz, que incluso -a la manera de las captaciones más primordiales- se retrate en sus modalidades nocturnales como diverso del modelo que lo asume del más evidente de los modos, como centro de toda empírica iluminación (la cual se impone así, como evidencia irremontable, a nivel diurno).

Lo curioso es que el delirio allí no generalice la opción del verbal discurrir de cuanto es reconocido como inanimado, de esa selectividad -de algún modo tendenciosa- que sólo el capricho del dios justifica y torna factible.

Los rayos del dios están anclados a lo solar y a los pájaros parlantes y femeniles que reflejan los mayores impedimentos del ser superior, para hacer presencia directa de una parte, y para justificar -de manera masculina- su contundente capacidad creativa de otra.

CUATRO. La captación de lo mágico en la versión de un lenguaje, que no es sólo herramienta de estricto uso humano, permite entrever dimensiones que no se resignan a la mera asimilación simbólica del sol con el padre. Más bien, la apabullante dominación de lo racional por siglos y siglos contiene la expresión de lo mágico hasta generar su estallido. Tras la condición fundante de la creencia -indispensable para el discurrir formalizante de lo humano- la coexistencia de ambas modalidades delata una de las más significativas claves de especificidad del delirio alucinatorio.

Un año después de la escritura del historial Freud anexa un suplemento, que en referencia con estas condiciones señaladas, de algún modo intenta llenar el bache que existía hasta allí.

El rastreo de registros míticos en circunstancias clínicas diversas, si bien resulta presente de un modo por demás remarcado, lo cierto es que en principio obedece a la urgencia de Freud de hacer caso omiso de la condición femenina del sol alemán, privilegiando en cambio la universalidad de lo simbólico cuando de los registros míticos se trata.

Ese imperativo de reconocimiento universalizante no pasa de la reducción de esta clave simbólica a modalidades donde lo paterno-infantil cercena toda otra posible exploración, Y, cuando remontando la estrecha franja de la referencia clínica directa, cierta apertura permite una mayor flexibilidad de pensamiento, de inmediato -con su genial capacidad para no dejarse obnubilar por determinadas claves obstructivas, de algún modo intuídas- Freud reconoce que la aspiración femenil reproductiva resurge de todos modos, para dar sentido primero y último al despliegue de lo delirante.

CINCO. Freud modifica en el apartado III el centro de su interpretación, fundada hasta allí en la tesis de una moción homosexual de base, que sin embargo no corresponde con una real posición homosexual (al menos, parecía ausente mientras Schreber no estaba afectado por delirio alguno). Se trata ahora del narcisismo.

A partir de ahí, Freud arriesga una aplicación teórica donde pretende emparentar modelos diversos, que partiendo de la clave nodular del encubrimiento del recurso homosexual que -progresando desde los celos, pasando por las erotomanías- desemboca en el delirio persecutorio de los paranoicos y en la posición narcisística más extrema.

Estas claves resultan bastante lúcidas hasta que Freud, sin mayor reconocimiento, pasa a las fantasías de fin de mundo, las cuales si bien comportan referencias vinculares tanto más básicas y amplias, no pueden ser explicadas a partir de ese supuesto núcleo central (la pulsión homosexual).

Ahora se trata del asunto delirante y de las formas que llevan de lo homosexual irrealizado a la creación de un mundo alternativo, donde la destrucción en juego habla de terrorismos antes que de fijaciones o de manejos temprano-regresivos, se apuntala más bien al futuro, y se sale de los linderos de lo personal escueto.

Interesa sí, reconocer que la formulación estética aquí adelantada choca con objeciones, posibles a partir de estos nuevos aportes del texto de Freud. La clave de equivalencia y horizontalidad puede sostenerse al parecer hasta determinado punto, permitiendo por ende localizar una oferta estética sin implicación clínica decisiva, así no ajena. Pero la intensificación del delirio y de los desbordes alucinatorios invierte casi el modelo haciendo desaparecer la realidad empírica, de un modo u otro construida y compartida de manera masiva por el humano colectivo. Al retornar de la desmesura representativa a la cual condujo la prelación de lo alucinatorio-delirante -como al mismo don Quijote- se hace imposible a Schreber desconocer que el mundo sigue ahí y que todo fue mero desborde subjetivo e insostenible.

SEIS. ¿Cómo negar -que a pesar de lo estético- se trata de algo mórbido, de una demostración de la inapelable presencia de lo enfermo?

Por suerte se busca recuperar escenarios de representación y no la ausencia definitiva de estos. La certeza de lo existente por todos compartida no urge menos del apuntalamiento de la representación escenificante. Por el contrario, lo representacional comporta colectiva incorporación que en tanto tal antecede a todo personal armado. Sólo que una cuestión es instalarse en el reconocimiento del predominio de lo relacional -así se trate a su vez de vinculaciones que pueden ir desde modelos puntuales hasta la envolvencia del universo mismo- y otra, haciendo caso omiso de estas demarcaciones crear un mundo aparte con tanto radicalismo como el delirio y la alucinación permitan. Siempre, sin embargo, la presencia de lo relacional será innegable denominador común, delatándose con ello que cuanto alude a lo humano no sólo versa a propósito de acuerdos y solidaridades perceptuales de base, incluso -consistiendo en lo vital- comporta la constante de lo representacional, o sea de lo escritural (por ende, lo clínico tampoco escapa a la determinación que comporta esta constitutiva condición).

Que se apele a ello -a esa cierta particular manera de armar representatividad- enfermedad, es más asunto que se decide desde lo social, lo normal, y las más diversas formas del poder establecido. En perspectiva estética, se trata de resultantes diversas (no de modo necesario contrastables ni de manera indispensable valorables).

No que debido a todo ello, no exista entonces real condición de diferencia, lo que sucede es que antes de enfermedad se trata de escenificación y -sólo en segunda instancia- polo otro que contrasta con la envolvencia a la cual aspira lo normal.

Por ende -desde la versión clínica dominante- modelo no sólo excluido, en realidad complemento indispensable a toda normalidad, entendida ésta desde entonces como preférica alternativa que descalifica cualquier aspiración otra de justificada intimidad.

De hecho, si se mira a la luz de lo intencional, no es posible su convalidación, qué duda cabe. Pero asumidas las cosas a nivel objetivo, su apuntalamiento estético comporta una dimensión tanto más primordial (y así lo clínico lo ignore, ni le refuta ni le cancela). A pesar de su radical forclusión, apuntalada como prejuicio, en cuanto compartido, resulta siendo tanto más definitorio, tanto más proyectivo y -entonces sí- con seguridad mórbido, de hecho enfermizo por partida doble.

Una cosa es pensar sin más que el otro es enfermo, otra asumir que si hay normalidad habrá locura de complemento, y viceversa.

Dada locura de base incluso, existe siempre la opción suplementaria de lo normal.

Esto lo dice -sin atenuante alguno- el propio psicoanálisis (así no acoja, o con frecuencia olvide, todas estas inevitables connotaciones derivadas de allí).

SIETE. Desde una posición normal, nadie asumiría apenas la pregunta que como mera posibilidad incluyera una primera duda, en el sentido de que las voces escuchadas por Schreber pudieran ser reales, que el dios de Schreber hable así, y que conviene pensar hasta qué punto el modelo humano ha perdido su ruta, al punto de no reconocer en ello una verdad indiscutible y apabullante.

Esta circunstancia -que parece tan obvia que hace sospechosa su mera formulación- sin embargo retrata una doble y complementaria condición decisiva: en lo psicótico mismo, la cercanía que se impone en relación con el terror, y a nivel de lo normal la certeza del resto, que asume por ello la defensa como indiscutible evidencia (desconociendo en cambio, de modo simultáneo y equivalente, la indispensable condición de fuga impedida frente al desenmascaramiento del más próximo terror, de su más contundente encarnación).

La exclusión de la oferta psicótica desde lo normal es algo frente a lo cual resulta imposible negociar desde que lo psicótico se ofrece como una suerte de inmolación que delata la presencia de un lindero irremontable, de un “no pase” indescartable.<sup>194</sup>

El territorio de lo humano compartido llega hasta ese límite (o sea lo singular) que sin embargo -dígase cuanto se diga- es constituyente e innegable como experiencia humana posible (así no se acepte incluirlo dentro de esta geografía de colectiva, de social convención).

Al interior de lo social -si se prefiere decirlo así- lo psicótico repone lo humano repudiado.

Lo psicótico es pues lo singular negado, excluido con toda contundencia (tal cual lo singular a su vez cancela la opción de lo habitual).

Es por ello que no es mera simplificación la explicación de las diversas modalidades de psicopatología, entendidas como variantes estabilizadas de suplementos escenificantes frente a la mayor o menor cercanía del terror: formas abigarradas de la creencia que buscan domeñar su impedimento más constitutivo.

---

<sup>194</sup> Siempre existe la opción de reconocer -una vez se reconoce la doble forclusión que delata lo normal- que detrás de la forclusión psicótica suja la posible emergencia de una des-forclusión de los taponamientos de base que estallando libere el desborde de lo más primordial e insoportable. Dada des-forclusión irrumpe la opción de lo creador, desde un inevitable trasfondo terrorista (terrorismo creador). Y, a partir de allí, la consolidación de emergencias renovadas y tanto más vigorosas en el apuntalamiento de resultantes resistidas al terror.

Schreber cree de ese modo desmesurado, envolvente, intransferible, sobrecargado, salvaje y primordial, porque se enfrenta -en la más extrema indefensión- al terror, al terror sin atenuantes, al más inaugural terror donde lo humano se recupera más allá de toda realización sublimatoria y más acá de todo obraje, de toda producción que no sea la escueta generación de lo mental: puro psiquismo, estallido insoportable de la forma donde la materia torna ficción y “se diluye en el aire”, sin aspiración posible de armar algo -no digamos mínimamente sólido- más bien un piso, apenas seguro como para poder compartirlo con cualquier semejante.

Lo virtual -que hace de la realidad modelo de graficación autónomo, espejo transformado en máquina generadora de imágenes, dueñas a la vez de su movilidad y de su desplazamiento- delata cómo el espejo mismo, el espejo empírico, no es mero punto de partida para el alma, a partir de allí iluminada por la racionalidad. El físico espejo es punto de llegada en cambio, desde la más constitutiva sinrazón, a partir de un mundo de sombras donde las imágenes se iluminan, primero a nivel interno, sin lámparas visibles, desde innegables e inubicables artefactos intangibles.

Efectos de lo tecnológico, espejos e imágenes hablan ya de una condición máquica que impone una versión, para nada asimilable a las modalidades tradicionales de las clínicas psicológicas y de las psicologías de lo normal.

Por todo ello, es dable reconocer -que al nacer- se está en lo humano más indiscutible e indefenso y que se trata de crecer a partir de allí hacia el engrosamiento de lo máquico, al punto de poderse deducir que lo más en extremo máquico es la vejez.

Las modalidades de esas mezclas y de sus despliegues dan paso a múltiples opciones y se enmarcan en extremos donde lo normal y lo psicótico aspiran a dar cuenta de sus condiciones diferenciales, de sus especificidades.

## **El remoto futuro**

UNO. Nunca se insistirá de modo suficiente en que la crítica a lo normal -que surge entre líneas desde estas reflexiones- a lo normal asumido como referencia indiscutida, no comporta la promoción, la apología de lo enfermo. Que no se trata de la entronización de la psicosis. Sí en cambio -más allá de la víctima que todo áquel a quien se piensa mentalmente enfermo de un modo u otro es- reconocer el desgaste de las formas y la consecuente urgencia que así clama por su remontamiento,<sup>195</sup> y por sobre todo de la asunción de lo estético como fundamento inquebrantable en toda posible emergencia, fuera cual fuese.

Por encima de cualquier implicación de realidad, el delirio es esfuerzo representativo que busca armar un mundo nuevo. Lo singular estallando opera así desde que la oposición de las formas estancadas obliga a la explosión figural, no por inadmisibles menos estéticas.

Por pura paradoja, si bien la alianza estético-terrorista genera los más extremos deslumbramientos destructivos, siempre es creadora. Basta taponar las salidas para que ello sobrevenga de modo progresivo e inevitable.

---

<sup>195</sup> Y es que la psicosis antes que reposición desgastada de formas es síntoma que estalla desde lo humano colectivo, agujero negro que perfora la supuesta evidencia sobre la cual lo social descansa y -por sobre todo- modelo que delata el costo de exclusión que la normalidad comporta para seguirse desplegando dentro de la supuesta firmeza de sus más decisivos soportes.



Si esto no se reconoce como esfuerzo de desmonte de formas gastadas, y dado que una adecuada suplantación de la realidad consolidada no se consigue de modo aislado y sin contar con la aquiescencia del colectivo, se ha de ver en cambio como síntoma inverso, como incompatible “fantasía de fin del mundo” y no como implementación que -aún siendo fallida- retrata la urgencia de un “mundo nuevo”. Es por ello y para ello (para el caso que aquí se aborda) que pequeños personajes Schreber repueblan el mundo.

Es la soledad de lo incompartido cuanto hace del delirio apenas empeño subjetivo desbordado, pero se trata además de todo, de desproporciones del poder (no ha faltado la demencia colectiva que revienta el orden establecido e impone, desde las masas, nuevas formas de dominio). A esta otra locura masiva en cambio se la asume como se acogen los desbordes naturales. Y no se le ocurre a nadie que tal demencia deba ser diagnosticada, ni menos aún tratada.

Lo cierto es que en ambos casos, la desmesura y el desborde estético se imponen de modo indetenible.

DOS. Lo que a propósito de estos despliegues Freud apela “desasimiento de la libido” es -en otros términos, más caros al modelo trans-disciplinar y clínico-estético- a cuanto se debiera reconocer como desvínculo.

Curiosamente -con un recurso de corte, también schreberiano- Freud hace caso omiso a la diferencia entre realidad empírico-psicológica y versión-estética-de-personaje, y sin embargo emplea a Fausto como la más válida ilustración para el reconocimiento de esta clave de desvínculo (e incluso de la consecuente revinculación, que a partir de allí se sigue).

Freud resalta en cambio, que cuando se trata de la revinculación histórica, existen dos destinos posibles: expresión somática y angustia, mientras -para el caso de la paranoia- se deriva del lado narcisístico, inflando al yo (o al objeto que el delirio persecutorio escoja para ello).

Ha de ser allí donde se instala la real objeción a la cual, sin mucha validez, pretende Freud salirle al paso. En efecto, el objeto ha de ser variante yóica, dado que el énfasis recae del lado narcisístico. Pretensión de grandeza y persecución parecen injuntables, y a pesar de eso, van unidas.

Sin una inclusión de lo estético-creador el asunto se entrapa. De igual modo acontece cuando se insiste en reconocerle a la represión la especificidad de las radicales rupturas que comporta lo psicótico: entonces se decide asumir las cosas por continuidad, dando a lo neurótico envolvente dominio.

Lo cierto es que el tema de los personajes -indispensables al delirio- no halla sitio pertinente con la implementación de escuetos recursos clínicos. Así se sume a todo el mecanismo de la forclusión, los impedimentos especulares, el Otro lacaniano, anexados lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico, y en referencia con todo ello, las acomodaciones del lugar del Padre.

Sin el reconocimiento de la puesta en ejercicio de un terrorismo creador, de manera predominante estético, máquico y desbordado, el asunto del modelo delirante-alucinatorio estalla cualquier empeño de interpretación.

No se borra por tal motivo lo mórbido, pero es que a lo singular poco le interesan esas demarcaciones valorativas, encubiertas tras las ubicaciones conceptuales (esenciales en cambio para la versión que impone la normalidad).

TRES. Existe un curioso punto donde la distancia entre Freud-normal y Schreber-psicótico se reduce de modo significativo. Dada su circunstancia patógena, ya muy al comienzo de su escrito Freud reconoce a Schreber como alguien, del modo más espontáneo y gratuito, experto en el tema del

inconsciente. Una cierta lucidez, que envidiaría el más sagaz de los clínicos, acompaña sin más a quien tiene la vivencia directa, sin camuflajes defensivos, del inconsciente (en cuánto encarnación de psicosis).<sup>196</sup>

Por tal razón cuando Freud intenta desplegar sus formulaciones (a propósito de energéticas de catexias, libidos, desasimientos y reconexiones) de manera inevitable resulta su conceptualización asociable con el juego de intercambios que desde el lenguaje de “los nervios” y “los rayos”, la construcción schreberiana a su vez propicia.

En la página 68 se observa incluso cómo hasta el traductor viene en su ayuda (pues Freud se confunde, se bloquea, pierde lucidez y coherencia, experimenta incompetencia y hasta indefensión).<sup>197</sup>

Guardadas proporciones -pero sin negar el indiscutible efecto que se presenta en ambos casos- si se sabe ser elástico de modo suficiente para captar la semejanza, si se sabe reconocer lo pendiente decidiendo de modo inapelable, la marca por adelantado de la pulsión de muerte (aún no formulada) parece equiparable en Freud, a cuanto acontece con Schreber en relación con la emergencia de la Alemania nazi (y que se expresa como escenificado “fin de mundo”, o bien como cancelación del discurrir de este último, desde la ilusa consolidación de una nueva oferta que de algún modo -por demás iluso- impidiera tan trágica irrupción).

CUATRO. Incluso, desconociendo esenciales despliegues de lo social y de lo urbano para la perspectiva estética de lo humano, estos asuntos hacen reconocer a lo psicótico como desvinculación radical y general (allí donde en realidad se trata de la recuperación más decisiva).

Lo cierto es que lo humano a menudo enloquece -tanto a nivel individual como colectivo- escindido entre la aspiración más animal (que en su momento lo humano transgrediera) y el desvínculo creciente que acarrea el inagotable despliegue de la Obra que a partir de allí se deriva. Es cuanto a la luz de la oferta clínico-estética se apela estallido de lo singular

Estos modelos comportan el reconocimiento de una prelación de la instancia de masa a la cual -sin explicitarla nunca como el indispensable concepto que resulta ser- Freud anuncia ya en su libro “Psicología de masas y análisis del Yo”.<sup>198</sup>

La instancia de masa no es sólo el puntal indispensable, que más allá del yo y del juego de enlaces con sus objetos, permite reconocimientos de fenómenos hipnoides multitudinarios y de vinculaciones con aparatos tecnológicos (en realidad, ellos son derivaciones de la condición -por decirlo así- que le liga al espectáculo). Que es ella cuanto más predomina en el armado máquico del psiquismo de Schreber, lo delata lo decisivo y lo dominante que resulta siendo esa perpetua y

---

<sup>196</sup> ¿No existen acaso defensas en el psicótico frente a su psicosis, o se trata de su exacerbación? Bien se dice ya: en el psicótico se da compensatoria urgencia de defensa, mientras que la psicosis en tanto tal pone de frente ante el desborde del terror. Si se alude a “la persona” del psicótico, ha de ser porque si bien se le deja solo frente a su drama (o se lo somete sin contar con él en el empeño de protegerlo) su asunto se trata como un escueto problema suyo que por demás lo excluye de la más tajante manera. No se asume al psicótico en cambio como el subrayado síntoma del colectivo que de un modo u otro incluye a todos.

<sup>197</sup> Tal cual acontece a Lacan cuando en su Seminario #23 (“El sinthome”. Op. Cit.) se dedica con la argucia distractora de los nudos borromeos a reducir la condición de singularidad en ejercicio explosivo-implosivo del artista Joyce, como un asunto apenas concebible a partir de abordajes desde la especializada visión clínica. Nunca como allí se evidencia la condición blindante de un recurso tal. Sabido es que en el empeño por resolver en un solo asunto especificidades de lo singular (el artista, el psicótico, etc.) Lacan se entrapa de tal modo que al final de su vida la psicosis no vuelve a ser el motivo directo de su reflexión su abordaje se interrumpe en efecto del modo más abrupto a partir de entonces.

<sup>198</sup> Cf. Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.

prioritaria condición masificante, la cual le impone asumirse a título de escenificación, de y para sí mismo, mera puesta en escena -escenario y escenificación al tiempo- de la cual Schreber es espectador de primera fila. Tal cual acontece al observador de su propio sueño, el delirio discurre ajeno de toda individual voluntad y de cualquier urgencia personal, dejando apenas al soñante o al delirante en el puro lugar estético de quién mira sorprendido y fascinado un espectáculo.

Asunto que de manera esporádica acontece también a la persona normal, no sólo cuando duerme, de hecho -a su vez- cuando llega al climaz amatorio, o cuando de modo excepcional ensambla a la masa por la ruta de diversas circunstancias que así se lo designan. Entonces se le impone a la persona, hacerse público de alguna escenificación, cualquiera ella fuere (dígase, a través de la mediación de aparatos tecnológicos, aún estando aislado de la multitud que de todos modos la persona integra). De su parte, Schreber vive su delirio de continuo y sin pausa, sin perder por ello una cierta condición de normalidad que siempre -de una manera u otra- de igual modo le acompaña.

CINCO. Por todo ello, Schreber se concibe más allá de toda escisión de género, lo cual es sin duda distinto de renunciar a un género para asumir el contrapuesto (caso posible en algunas de las posibles ofertas de despliegue de la homosexualidad) y -como ya se señalara aquí- por fuera de toda escisión de lo humano. O sea, más allá de lo interno-externo, de la vida-muerte, de la ficción-realidad, de la modernidad-antigüedad, de lo conciente-inconsciente, de la vigilia-sueño, incluso de la normalidad-locura. Al menos, se aspira a ello, así no siempre se lo consiga. Y eso comporta vinculaciones muy peculiares que pasan a primar, casi siempre haciendo caso omiso de la mediación de la colectividad (vínculos al mundo, a la nación, al lenguaje, a la Ciudad, al cosmos, y a cada quién, según la desmesura metamórfica lo imponga).

La escenificación del paisaje interior y la puesta en acto de una banda sonora distorsionada comportan la presencia de registros más allá de umbrales habituales, ampliando las condiciones de ensamble y dejando entrever trasfondos de lo ingobernable, de lo desmesurado, de lo más radical, donde lo humano espera auto-recuperarse de sus enajenantes despliegues.

La fe que nace a partir de allí no es religiosa. Al revés, la religiosidad comporta un registro de creencia que defiende del modo más extremo de esta ingenuidad de base, y sobre todo, de ese descreer que implica el ingreso en la prelación fundante del terror.

El sonido de lo cósmico, por ejemplo, empieza entonces a hacerse audible y el silencio forclusivo -núcleo a partir de donde los humanos arman colectivo- estalla en mil fragmentos, permitiendo la irrupción de la más desgarradora y torturante primera melodía, que simula reapuntalar el hilo de lo en extremo originario.

Pitágoras y Schreber se reencuentran así y a Freud -en exceso clínico- ello se le escapó de modo lamentable.

# TERCERA PARTE

## “LAS MEMORIAS”

### **Indispensables ubicaciones**

UNO. A través de cuanto se ha venido reflexionando en este escrito resulta insostenible el maridaje, la supuesta complementación entre cuanto se da en la inmediatez de un ejercicio inverterado (lo clínico) y las resultantes -avasallantes, inocultables- de lo mórbido.

Es por esto que se ha hecho indispensable ampliar el espectro, ofertar un mirada de más vasta cobertura (la dimensión de lo estético) la cual permite asumir desde el registro humano que lo decide como modalidad suya a quien fuese reconocido - de manera corriente y desde una indiscutida exclusión- como enfermo, como paciente, incluso -en el extremo del recurso impersonal y reductor- como sobredeterminado desde una específica estructura (a partir de la cual se justifica tal exclusión en tanto le convierte en enajenado mental y -en cuanto tal- recluso).

Desde esa clave enajenante-reclusiva se hace urgente reconocer la complementaria presencia, que desde lo normal -sin asumirse como definitorio y decisivo, renunciando con infinidad de refinados recursos a incluirse- sin embargo evalúa, determina y cancela.

DOS Ahora bien, distinguir entre la persona y su producto mórbido permite reconocer cómo la obra humana más determinante e irreductible, sobrecondiciona y somete a su más directo portador, así la obra sea un delirio y el delirante carezca de todo social reconocimiento.

Asumiendo como clave esta prevalencia de la obra -de hecho aislable desde su autonomía resultante- el delirio, la alucinación, el sostenido proceso alucinatorio-delirante, admiten y demandan explicación previa tal cual se impuso en su momento con los sueños.

En efecto, así como se partió de la interpretación de los sueños para reconocer psicoanálisis indiscutido ¿por qué, en cambio de tomar como asunto “las memorias de un neurópata” generando con ello un historial clínico, no se asumió la “Interpretación de los delirios” o el “Psicoanálisis de la demencia”?

Si bien es cierto que interpretar un sueño no significa renunciar a teorizar a propósito del soñante, someter todo a la urgencia de la cura antes de intentar resolver por la ruta de lo explicativo el cuadro mismo es cuanto conduce al más redondo e inocultable empirismo de aplicación.

TRES. Schreber permite esta operación de aislamiento de la obra alucinatorio-delirante por la ruta de esa singular escritura. A partir de ese reconocimiento leer la obra de Schreber -manteniendo a cada paso la conciencia de esa invaluable labor suya- es un recurso no sólo posible sino indispensable.

Es esa la razón por la cual se abren las puertas a una reflexión, donde sin renunciar a la pregunta por Schreber, el tema de su psicosis misma admite un abordaje que le asume como prioritaria y autónoma, como un asunto en sí.

O sea, la psicosis allí no resulta siendo apenas enfermedad, que en tanto tal demanda inapelables procedimientos clínico-aplicativos. Y si bien por ello, tampoco ese escrito debe ser escueto motivo literario -forma de lectura que por lo demás no está de manera necesaria excluida- lo cierto es que a partir de entonces la visión clínica pasa a ser otra muy diversa.

Es a eso a cuanto se ha venido apelando aquí modelo clínico-estético.<sup>199</sup>

## **I. Primera fase del delirio, o de Schreber creador del dios**

### **El “Prólogo”**

UNO. “Las Memorias” fueron redactadas al final de la segunda reclusión de Schreber, entre 1900 y 1902. Sólo ello, plantea la urgencia de puntualizaciones, de indispensables precisiones.

En primer lugar se deberá decir que se trata de un proceso constante donde se mezclan registros comandados por un personaje dominante -o varios de ellos que compiten entre sí- y donde la persona de Schreber aparece desdoblada entre dos funciones, no sólo distinguibles, en realidad no coincidentes. Una, la que rige la escritura como tal, la otra impone padecer un proceso complejo y desbordante frente al cual Schreber resulta siendo observador antes que directo responsable.

Bien visto, se trata de dos modalidades donde no existe posibilidad distinta a la ser espectador.

Ahora bien, desde la perspectiva de un mero abordaje clínico, toda esta dramatización debiera reconocer al menos tres diagnósticos diferenciados, y que -así se los pueda intentar ubicar dentro de un despliegue de temporalidad decisiva- mantienen características y entronques nada evidentes ni resueltos.

En primer lugar, Schreber es presentado como portador de una severa hipocondría -la cual a nivel inicial remonta- dando paso al ejercicio de una normalidad, relativa pero sostenida, que a su vez terminará quebrándose en beneficio de una paranoia franca, la cual -a pesar de variaciones y recuperaciones significativas- se mantendrá ya hasta su muerte.

DOS. Si se radicalizara la visión estética, podría reconocerse que es factible una modalidad de análisis que se reduzca al abordaje de cada específica circunstancia vital-patógena. Es en enlace con lo clínico que se impone enlazar eslabones y reconocer cadena unificante allí. Pero no es mero capricho el motivo que lo impone así. Sin la dominancia -siempre asumida- de la realidad, el modelo interpretativo daría paso al mero ejercicio retórico.

---

<sup>199</sup> Quedan siempre pendientes asuntos derivados de allí y no menos decisivos. Por ejemplo ¿conviene mantener la abstracción que confunde registros (la psicosis, las psicosis, el psicótico) o resulta preferible tomar con toda radicalidad la ruta estética que promociona la singularidad, a partir de allí reconociendo en cada caso condición de especificidad suficiente y excluyente frente a todo empeño de generalización?

Hasta ahora, como se recordará, el modelo clínico-estético se mantuvo en la oferta intermedia desde donde se prefiere aludir a lo psicótico, entendido como forma envolvente que excluye o incluye lo delirante, aunque reconociéndolo dentro de territorialidades que no coinciden de modo necesario con los escuetos linderos de la persona (asumiendo sí la diferencia entre delirio y modelo que lo encarna, fuere el que fuese).

Siempre y cuando, de otra parte, se reconociera como constitutiva la pluralidad psíquica de entrada anotada, podría reconocerse una unidad de base más bien decidida por un proceso progresivo y dominante, antes que por criterios de soporte empírico, así no dejaran de ser por ello menos intangibles. De hecho se trata de escenificaciones que dan paso al despliegue de personajes, y en las cuales la persona con frecuencia es replegada a lugares donde agencia de observadora parcial, sin que logre siquiera dar plena cuenta de cuanto en primer lugar le acaece.

Aunque la presencia del escrito delata una decisiva urgencia de apropiación personal,<sup>200</sup> va verdad es que la unidad de la persona allí está alterada de manera decisiva por la presencia, no sólo de personajes mentales o de personajes sociales que de un modo u otro Schreber encarna como derivados suyos, existen personajes -que resulta evidente- no son Schreber más que en tanto sus creaciones interiores, y a los cuales la persona-Schreber no asume como representantes suyos, sin embargo resultan decisivos en la puesta en acto de sus padecimientos, de sus comportamientos, de sus procesos (por decir algo, el propio dios).

El delirio comporta -tal cual ese dios, en su ensamble contaminado, en su parasitaria urgencia de encarnación- que esos personajes -de modo no sólo desarmónico, por supuesto incoherente- se aten a Schreber, y es por ello que en más de una circunstancia lo deciden y coartan.

Nada impone desconocer radicales mutaciones en la persona de Schreber a partir de los pasos que llevan de un registro clínico tradicional a otro (hipocondría, normalidad, psicosis) aunque tampoco se deben desconocer nuevas distribuciones en el juego de poderes que se consolida de manera progresiva entre los personajes que subtienden la unidad de la persona (incluidos aquellos que Schreber distingue de sí mismo). No sólo el dios, por supuesto, también las almas, los pájaros parlantes, el sol, el alma de Fleschig, los hombrecillos, los hombres hechos a la ligera.

Todo ese conjunto de creaciones interiores participa del armado psíquico que en Schreber se despliega a título de delirio-alucinatorio, lo cual le obliga a mantenerse recluido en diversos hospitales de Alemania.

Con sólo ello se pone en evidencia una verdad tan evasiva como contundente, y es que la persona sin duda está, aunque no resulta ser cuanto ella piensa.

TRES. Schreber decide escribir -sin la mediación de disposición u obligación externa alguna- y esa escritura parece estar enlazada con sus recuperaciones, de modo más directo que con los procedimientos psiquiátricos (basados en lo fundamental, en la radical e indefinida reclusión manicomial). Si se emplean algunas drogas de modo adicional, nada responde a partir de allí por una cura que -debe insistirse en ello- no sólo es temporal sino que la refuta la redonda recaída final.

En cambio, la escritura está presente en -y da cuenta de- la recuperación (así ésta fuere temporal, pues no se está pretendiendo demostrar que la escritura sea de modo necesario curativa) y resulta ajena a su vez en esa definitiva recaída, tanto como en la perpetuación irremontable del modelo mórbido.

---

<sup>200</sup> Resulta claro e indiscutible que el estilo de ese escrito schreberiano no sólo es límpido y hasta de alta calidad literaria, si no que -además- mantiene la unidad del narrador por encima de toda alteración delirante. Cuando el delirio invade, se lo asume y se lo incorpora como si fuera una propiedad, tan definitoria como incomprendida. Ya ha sido resaltado antes que este sólo esfuerzo debiera retratar aspiraciones normalizantes. Sin embargo, lejos de Schreber expresar una urgencia tal, más fácil parece ser -a pesar de los empeños por refutarla que desde lo social se ejercitan a cada paso y desde muchas perspectivas diversas- reconocer objetividad y validez en la persona que apuesta por el delirio desde una singularidad más cercana de modelos artísticos (así ello -debe reconocerse- tampoco Schreber lo suscriba en lado alguno).

Como fuese, lo cierto es que cuando Schreber escribe se trata de un verdadero narrador-personaje diferenciado -así no expresamente distinguido- de aquel a propósito del cual “Las Memorias” versan. Incluso -cuando pareciera borrarse toda distancia, en tanto la persona asume del modo más intencional y conciente sus propios derechos, el reconocimiento de su normalidad, actividad laboral, matrimonio, moralidad, religiosidad, vida social, etc.- Schreber sabe distinguir niveles decisivos como lo haría cualquier descollante escritor de fábulas.

CUATRO. Para el logro de una adecuada demarcación de los asuntos en perspectiva clínico-estética no sólo se trata de resaltar la necesidad de aislar el delirio de la persona de Schreber, nada excluye a su vez ubicar entronques donde la concreta encarnación del delirio resulta indispensable e indiscutible, sobre todo ahora cuando se trata de reconocer las cosas partiendo del escrito de Schreber.

No que el delirio ya no importe porque la clave principal la porta la escritura. Al revés: ha de ser porque la escritura permite radicalizaciones y abordajes renovados que hasta el momento no han llegado a sus topos máximos.

Como quien dice, antes del delirio se trata de la condición escritural, aunque solo en tanto el lugar que tiene esa escritura en la ubicación del delirio -con la necesaria mediación del personaje-narrador- le permite a éste ofertarse de modo directo, sin mediación clínica adicional.

La obvia imposibilidad de hacer tal explicitación de modo directo da a esa versión condición de relativa validez, es cierto. El delirio no se escribe a sí mismo ni pretende afirmarse por esa vía, pues ello no le resulta para nada indispensable. Pero, a pesar de esto, cabe reconocerse que -dada graficación del delirio desde la versión humana más directa posible- nunca como allí la distancia entre la ficción artística y la realidad empírica se redujo al mínimo.

Pero si bien, por sólo ello, no cabe aspiración demostrativo-refutante de los modelos clínicos tradicionales, tampoco resulta posible reconocer allí urgencias terapéuticas auto-curativas. Del modo más escueto, el delirio aparece demarcado, hasta donde es posible, a partir de una apropiación de la circunstancia personal, y es a partir de allí que se hacen viables derivaciones teóricas de otro modo ocultas, impedidas.

### **De la “Carta abierta al Señor Consejero Privado, Profesor Doctor Flechsig”**

UNO. A pesar de consistir en un documento anexo, escrito sin duda después de redactarse las “Memorias”, en realidad esta “carta abierta” es la presentación de éstas que Schreber adelanta ante su más reconocido testigo, el Dr. Fleschig.

El abordaje de este texto, antes de la lectura de aquéllas, tiene interés por varios motivos. El primero, la evidencia de que con la escritura no se ha logrado curación alguna, al menos en el sentido en que ésta, sin prevención alguna, se entiende. Schreber apenas ha sido liberado de su reclusión, pero está lejos de haber conseguido una mínima distancia frente a sus manejos delirantes. Incluso, el uso de la escritura interesa más a la ilusión de compartir con alguien un delirio, antes que evidenciar aproximaciones e intercambios, dentro de una normalidad recuperada y ahora compartida. Esa dimensión de normalidad restringida es tan problemática como decisiva. Si se tratara de un loco que delira a plenitud, pues ni siquiera tendría sentido oírle ni seguirle, pero delatando un relativo, un mínimo control, y por encima de todo desorden una franca disposición dialógica, Schreber ingresa

en una región, donde no se le puede ignorar pero tampoco es dable una apertura desprevenida con él, dado que asume una posición que se alía con el modelo delirante, que cree en él, y lo defiende sin atenuantes.<sup>201</sup>

Desde esa suerte de lucidez demente, Schreber consigue beneficios que resulta difícil logre loco alguno, más aún si se sabe defender como lo hace el verdadero y prestigioso profesional del derecho que sin duda es.

DOS. Pero las cosas no se detienen en ese punto donde cabría una relativa estabilización y un posible acuerdo. Schreber asume su delirio como una verdad incomprendida, por ende no reconoce al otro como dueño de su propia versión, sino como alguien de modo lamentable afectado por un desconocimiento enajenante (así sea de manera mayoritaria compartido con sus semejantes) y si ha logrado des-recluirse del orden manicomial, nada evita pensar que logre convencer a quien a pesar de todo sólo puede reconocerlo como un enfermo, y el cual carece por encima de todo de la disposición mínima para reconocerse inmerso en una doble forclusión.<sup>202</sup>

Como lo singular se asume y apropia desde un lugar personal encarnado, como los poderes consolidados que hacen contraposición a ello reaccionan con igual contundencia, lo único que torna visible es la condición de una modalidad extrema de lo humano, que lo social en definitiva no logra asimilar. La armazón social de conjunto excluye la construcción schreberiana, repugna de ella y la rechaza como lo hace cualquier cuerpo con un objeto extraño.

Sólo que existe el libro y por la vía de lo urbano, de la Obra, lo humano logra renovaciones que imponen indispensables aperturas, así lo social no ceda a nivel de sus demarcaciones territoriales ni amplíe sus reales inclusiones.

Y es que escribir comporta ya una decisiva función social, aunque se trate apenas de la sólo promoción de un personaje que -de modo independiente de especificidades- ingresa en una tradición inocultable, a pesar de marginal o de excluido de modo franco, personaje armado desde un lugar social indiscutible.

En efecto, la escritura admite formas del diálogo donde no se hace necesario que vayan incluidas condiciones predominantes de lo relacional. La escritura es siempre vincular en cambio.

TRES. Schreber debe estar afectado de una cierta manía que de manera habitual acompaña la culminación de una labor -tanto más si se trata de una tarea escritural- y sobre todo, si se lo ha asumido con tanta ambición y seriedad como de hecho acontece con las “Memorias”.

En sí, la ilusa certeza de contar con una coraza protectora o con un arma contundente comporta suponer que los otros van a asumir como portando igual importancia, ésto que en principio no tiene

---

<sup>201</sup> Ya ha sido resaltado que aunque siempre el delirio decide el lugar de Schreber, no se deben confundir por ello las cosas, sobre todo cuando el tema parece manejarse desde la dominante presencia de la persona de Schreber (versión social decidida, más bien en referencia con los otros, y casi siempre en relación con sus pleitos de aspiración des-reclusiva). El abogado Schreber es un personaje social, y en tanto tal desempeña en más de una ocasión, un papel principal e inocultable.

Las diversas esferas de la realidad definen las estéticas re-acomodaciones de los personajes, y es por ello que lo social puede recomponer el tono de sus intercambios y manifestaciones, y no sólo por motivos jurídicos. Schreber en público siempre ilustró esta sorprendente condición.

<sup>202</sup> Si bien el delirio es empeño estético, sostenido por pura paradoja desde la proximidad casi insoportable del terror, resulta más difícil justificarlo en el espacio que le abre el impulso escritural desarrollado a partir del juego de contrastes que establecen la forclusión y la doble forclusión. Como no sea empeño de desforclusión, sin mucha viabilidad clínico-terapéutica, la escritura da paso a un despliegue sin el cual cualquier posible desciframiento resultaría inviable.



un valor más que individual, por lo cual es más frecuente que el efecto resulte inverso (o sea, que entonces se intensifique el empeño de exclusión).

Es claro que esa circunstancia no es definitiva pues se trata de algo que se mueve con un ritmo diverso del que la persona del escritor despliega. Schreber no malicia que en el lugar de Flechsig aparecerá de modo inesperado Freud -y esto por supuesto es sólo válido y pensable desde la perspectiva de la pura escritura- de quien por supuesto ni siquiera ha de tener noticia, Tampoco Schreber -menos aún- se podría percatar, de que más allá de un incremento en las aproximaciones de lo interpersonal lo escrito llamará a otros escritos para bien de un franja donde lo social acostumbra permitir modalidades paradójicas de marginalidad, más o menos radical, más o menos relativa.

CUATRO. Sin embargo, desde allí Schreber no es un mero loco, inútil e inservible. En realidad, Schreber entonces es pieza decisiva de un artefacto complejo (así sólo sea de manera precaria armónico). Es esto cuanto Schreber no logra decir a Flechsig, aún a pesar de resultar evidente que escribiendo -un poco desde lo imás ilegible de su accionar- ha empezado a ejercerlo.

Si su escrito se interrumpe allí no son claras las razones que lo explican, pero al menos se permite ya entrever que Schreber no es un escritor que asuma la escritura como lo esencial, la escritura es para él, sólo alternativa coyuntural, instrumental, esporádica, nunca principal. Por fuera de toda intencionalidad particular, sí resulta claro que desde entonces se consolida una laguna, suficiente como para que otras escrituras busquen reenlaces, prolongaciones que armen encadenamiento.

Incluso la escritura plural que connota lo transdisciplinar lo hace emerger de modo inevitable.

Por cierto que Flechsig nunca respondió ni se pronunció por escrito, y si lo hizo, su escritura no fue incluida en el conjunto de las "Memorias". En cambio, el Dr. Weber no sólo se ve forzado a escribir, apenas en tanto su función social así se lo impone, debe hacerlo desde la clínica y para lo jurídico.

Es pues allí donde realmente estalla lo transdisciplinar (para no hacer referencia a la Sentencia del Real Tribunal Provincial Supremo de Dresde, lo cual es como una derivación sarcástica dada la condición profesional de Schreber).

Pero esas escrituras obligadas, así fueren un poco colaterales, de manera indispensable permiten reconocer la fuerza que la escritura comporta a nivel de esos registros, más bien vinculares que interrelacionales.

De hecho, si bien la religión no ha sido afectada por el aporte de Schreber, la ciencia de lo humano no puede resultar ajena ni indiferente frente al indudable enriquecimiento que el escrito de Schreber comporta. Aún sabiéndose que a nivel personal apenas merezca el texto ningún reconocimiento por ello, su plus se apropia, sin retribución visible, lo cual -ni qué decirlo- acontece a lo más esencial cuando resulta siendo al tiempo lo más inadmisibile.

Escritura-objeto que da a la ciencia ilusión de redondo apuntalamiento, contrapuesto desde el indispensable ejercicio apropiante del sujeto, en realidad objetividad que desentraña los reales soportes de un sujeto, de aspiración purificante en tanto desdeña todo trazo de subjetividad.

## **La Introducción**

UNO. Schreber comienza expresando cuanto la carta a Flechsig completa, o sea la esperanza de ensamblar con uno, dos, o varios semejantes, y en ese esfuerzo evidencia que su normalidad

restringida, por firme y cierta que pudiera parecer, ha sido más que condicionada por su singular experiencia delirante.

Schreber no admite asumir su delirio a la manera como lo des-incluye un ser normal. Su vivencia le impele en cambio a ampliar los límites habituales donde -para bien de los intereses de la exclusión- las gentes de manera corriente se instalan y estabilizan. Dicho en perspectiva clínico-estética: allí donde él, solo es reconocible como loco, se está en realidad evidenciando en contravía, el esfuerzo de lo humano por instalarse e incluirse, donde lo humano de modo inapelable se escinde de lo humano, donde no hay lugar para el acuerdo ni negociación posible.

Allí, la realidad de las resultantes sólo reconoce unidad formal, estética, no conceptual, y el drama de Schreber lo evidencia del modo más dramático y trágico.

DOS. La situación de Schreber, por más desnivelada que parezca, sólo es pensable a partir del reconocimiento de un juego terrorista dominante, decisivo, constituyente.

Se dirá que Schreber -aunque así lo quisiera- no puede asumir la ruta del santo pues contra su propia apreciación está en el lugar del loco (lo cual delata una verdad difícil de desentrañar por fuera de esa condición).

Y habrá de ser porque el loco está más decidido desde afuera que a partir de un destino asumido de manera directa. El loco no se sabe tal, desconoce que está loco, no lo evalúa ni lo somete a discusión y entre más contundente sea esa circunstancia más redonda será la inocultable, la irrefutable resultante.

A pesar de ello, Schreber en más de una ocasión toma distancia frente a su personal condición evidenciando una actitud autocrítica, por más de un motivo excepcional.

Más cierto aún que está evidencia indiscutible de demencia a la cual Schreber entonces sólo obedece a medias, está la ausencia del reconocimiento desde el otro, según lo cual -sin el apoyo del colectivo- la locura expresa la más extrema condición de escisión.

O sea: si el dios de Schreber fuese compartible a un nivel mínimo -se ha dicho ya aquí- acaso la distancia entre el loco y el santo no resultaría siendo tan extrema, sólo que en el registro religioso la única vía aceptable para armar diferencia frente al rebaño es la resultante mística. Y si a algo desobedece Schreber es a esta condición, pues lo cierto es que tampoco quiere ser asumido como un santo. Schreber entra en comunión directa con el dios, pero ello solo no lo beatifica. Más bien es el dios quien se humaniza (incluso se neurotiza y debilita al entrar en contacto con Schreber, o con personajes alternos indispensables para la escenificación del delirio).

TRES. Ese modelo, más pagano que religioso, esa religiosidad sin religión, está sin duda ilustrando la condición latente de toda religiosidad, la clave terrorista que la subtiende.

Se podría objetar que el dios de Schreber no es un ente que quiera ser apropiado, de una manera tan redonda que excluya compartirlo, que se trata más bien de un ser forcluido, pero no por ello menos real y decisivo.

Y es esto sin duda a partir de un estético punto resulta válido e indiscutible.

Pero, en forma adicional, cabe decir que no por nada ese dios sólo deriva necesario para Schreber, aún siendo significativo después de la muerte, cuando -quizá con desgano- las almas le son de algún modo útiles. Por el contrario, ese dios no está al servicio de todos y de cada quien, no es esclavo de la demanda humana, no propende por el bien del conjunto ni por la satisfacción de las necesidades más particulares, no obedece al paradigma que le demanda lo social para reconocerlo sin atenuantes.

Incluso, no sólo resulta el diso schreberiano ajeno de los vivos, salvo contadísimas excepciones (lista donde figura Schreber) ello nunca se hace visible, ni indispensable a quienes sin saberlo lo padecen. Por sobre todo Schreber, adeuda al dios en tanto reconoce desde él la clave forclusiva que lo cancela del mundo de sus semejantes, y esto tan decisivo podría pasar desapercibido si no se asume tan velado sesgo.

La situación de Schreber es por demás excepcional, desde que -casi por accidente- accede a este enlace y al tiempo hace clara conciencia de ello. La ilusión de normalidad -parcial o relativa- nace de allí, es una clave más de lo delirante para hacerse tanto más verosímil y es allí donde la condición transdisciplinar -indiscutiblemente dada- naufraga en esa trampa en cambio de elevarse a un punto indispensable que permitiera ubicar las cosas en lugares de alguna manera más pertinentes.

Es claro que el delirio coloca a Schreber en una posición más que incomoda frente a sus semejantes, pero dado que en ningún momento por ello Schreber manifiesta la más leve insolidaridad frente a su producción mental, siempre ella ha de ser preferible frente a cualquiera de sus semejantes o ante cualquier relación o vínculo, ya sea individual, grupal o -mucho menos- masivo. Por el contrario, cuanto de terrorista está puesto allí comporta para el ejercicio de lo personal total impedimento, inevitable inmolación. Los enlaces están rotos y no hay anhelo alguno que puede restablecerlos y sostenerlos de modo indefinido (así tampoco, enriquecerlos a partir de una implementación sostenida y posible).

CUATRO. De cuanto menos conciente resulta siendo Schreber es de su condición terrorista. Donde más ingenuo parece Schreber es donde resulta siendo un demolidor. La religiosidad schreberiana es de hecho lo más terrorista que puede pensarse. Ese dios es una pura creación inaplicable que reduce todo a mera fe, sin embargo profana, y en ello Schreber es paradigmático e imposible de seguir, su condición humana se apuntala de allí. Resulta difícil que alguien puede ser más creyente que Schreber -encarnación de fe casi gratuita- al punto de que podría quitarse al dios y Schreber crearía algo más radical aún en qué creer, de modo que el retrato de una fusión tal, asustara al punto de hacer saltar la doble forclusión de los normales.

Y es que a pesar del dios se podría decir que en Schreber se expresa de manera extrema la opción, indetenible a partir de allí, de una fe sin necesario soporte divino.

La fe en lo tecnológico, la fe en las masas, la fe en el progreso por el progreso mismo -formas actuales del modelo social- comparten de un modo u otro esta condición schreberiana. Ya desde entonces se estaban evidenciando así, y es por ello que a su vez la duda inapelable, indispensable, que equilibra esa fe -trasfondo menos visible de ella, sin lo cual sin embargo no se soportaría- está amarrada al terror, tan negado como incuestionable.<sup>203</sup>

CINCO. Se dirá que la versión opuesta sería formulable de un modo tanto menos retorcido, que Schreber demuestra, que para creer, es indispensable la urgencia de un ser supremo, que sin ello, cualquier condición de la creencia se desmorona, torna insostenible. Pero, quien así razone, está olvidando que ese dios schreberiano, no sólo es imposible de asumir para el resto sino que es un ser

---

<sup>203</sup> La duda cartesiana excluyó el reconocimiento de cuanto daba justificación a esa fe, predecesora y tanto más fundante. Si se asume que Descartes da paso a la emergencia de la modernidad con esa opción, debiera verse en ello la contundente confirmación de la masiva alianza doble-forclusiva, que no ignora refinamientos ni erudiciones pues son ellos modalidades suyas ya.

demasiado cargado de particularidad, por ende de debilidad humanizante.<sup>204</sup> Se trata de un personaje a quien, para creer en él, se le debe conceder en exceso. Ese dios no es, ni mucho menos, el ideal que comporta lo indiscutido, y en tanto tal, hace descansar las condiciones de su inapelabilidad más sobre la creencia que sobre él mismo.

Las razones de Schreber frente a los dogmas religiosos más acendrados son por todo ello una curiosa mezcla de arbitrariedad y racionalidad. Cada cuestión pasa por “las voces” y “los milagros”, que para Schreber resultan ser evidencia incuestionable de excepcional comunicación con el más allá, mientras afuera nadie discute que sean meras alucinaciones dementes, lo cual sin dejar de ser válido, resulta a su vez discutible, desde que nunca comporta sospecha de urgencia frente a cuestionamientos a cualquier modalidad de la creencia.

## **El capítulo uno**

UNO. No se podría con un mínimo de rigor hablar de psicología schreberiana, por supuesto. Sin embargo, si fuera posible aislar tal psicología personal como asunto principal, en la página y media donde Schreber expone su concepción del alma humana su oferta interpretativa tendrá que parecerse más a una suerte de precipitada y condensada psico-neurología (la cual, en realidad, muy rápidamente desemboca en una suerte de “cosmología teológica”, decidida por el paso alternado de nervios a rayos, de cuya condición y comportamiento Schreber recibe información a través de las voces).

Las voces para Schreber resultan válidas en sí, inevitables tanto como indiscutibles, pues son garantes de un ensamble directo, no sólo desde el alma, de hecho con el dios. Enlace a partir del cual, todo cuanto por la vía del delirio le acaece a Schreber, se justifica y explica de un modo pleno, así no por ello menos arbitrario.

El dios de Schreber no necesita ser demostrado, existe en acto, la creencia no le sucede, lo funda.

El dios schreberiano es la otra cara del dios del colectivo.

A la singularidad enloquecida, estallada del lado de lo divino-singular, el dios de los cristianos -el dios que se escribe con mayúscula- la mantiene forcluída, y ha de ser por eso que el dios de Schreber enferma, y sin duda también es esa la razón por la cual del modo más tajante se lo excluye.

Ha de ser esa la causa por la cual no se cree en ese dios de Schreber, y es esa misma la explicación que da cuenta de la creencia masiva en el dios escrito con mayúsculas, en tanto taponamiento del vacío que invade la imposible certeza de los orígenes.

Schreber destapa con su dios la doble forclusión y deja ver la real procedencia de la forclusión misma: tapón para el terror que arma delirio.

DOS. Dada la vuelta a la versión personal de Schreber, emergen las verdaderas preguntas: ¿De dónde provienen realmente las voces? ¿Qué las consolida de un modo tal que lo singular encuentra

---

<sup>204</sup> ¿Habrá de insistirse en que si bien el dios de modo indiscutible se humaniza, tampoco es que sea un humano en cuanto tal? Su lugar -nunca será excesivo recalcarlo- corresponde a la estética de un personaje contradictorio, antes ajustado a urgencias representativas, que dispuesto a responder por la coherencia que impone a todo dios la estricta dimensión religiosa.

en ellas la realización más plena de su validez? Sobre todo: ¿Cómo piensa “eso” que habla así y cuál es la razón de ser de su procedencia?<sup>205</sup>

La gravedad de estas preguntas se puede evidenciar si se asume sin prejuicio la especial condición de este dios de Schreber.

Por decir lo más visible y cercano: el dios cristiano -en el cual se cree sin que ello comporte demencia alguna- repleta un agujero sin el cual el universo se impone como enigma irremontable, Sólo el compartir la creencia, asumida como indispensable, justifica tal perpetuación (aunque -deberá decirse también- no por ello el asunto quede zanjado). El dios colectivo, envolvente, responde por todo, porque todo demanda una respuesta que en sí lo existente no ofrece (al menos de modo directo, indiscutible).

Pero el dios de Schreber no se justifica desde una intangible presencia que sólo la obra de conjunto, la obra universal -producto desmesurado y al tiempo capaz de evidenciar armonía- delata como indiscutible. El dios de Schreber da viraje a esto, y asume la condición de su presencia como previa a las ambiguas justificaciones de su obrar.<sup>206</sup>

No está el dios schreberiano silencioso y detenido, luego de poner en marca la máquina increíble que arma materialidad e inteligibilidad de lo existente. Ese dios grita desde el fondo de Schreber y carece de pudor para dar paso al escándalo de su presente indiscutible.

Sin embargo, tal dios no se aparece a todo mundo. No está interesado en dejar evidencia de grito por todas partes y de manera indiscriminada. El dios eschreberiano se concentra en un solo punto por donde su silencio acumulado estalla. Allí -en Schreber, desde Schreber- el dios mantiene una rara vinculación con su producto lo cual le hace de manera más fácil ajeno, indiferente, indefenso incluso, según “los nervios” delaten sus propias claves de auto-conservación.

El dios de Schreber es como una suerte de capitalismo envolvente, cósmico-personalizado, en tanto lo unifica todo alrededor de inapelables claves auto-reproductivas. Se trata por ello de un dios que quiere por encima de todo sobrevivir, que no demanda culto ni auto-promoción (acaso se disfraza sí de persona, para no perder de modo definitivo su lugar, pero entonces se trata de una traducción, necesaria pero indeseada, que más bien asquea y que por ello se repudia).

TRES. La obra de ese dios surge de la impositiva modalidad que comporta la lógica acumulativa de los nervios que le deciden y definen. A partir de allí, el dios sabe de sí, y hasta donde le resulta indispensable comunica las condiciones de sus derivaciones y mecanismos. Un dios carente de imagen que le retrate, al cual lo decide más la necesidad que el deseo o la voluntad, por encima de poderes y fuerzas indómitas, es apenas modelo explícito de nervios que le hacen expresar por la única vía posible de expresión: la banda sonora.<sup>207</sup>

Incluso, por ello y desde entonces, hasta el sol habla a Schreber de modo directo, a través de ese mismo “lenguaje fundamental”, suerte de alemán desactualizado, abigarrado y compensatorio.

---

<sup>205</sup> Se dirá que Freud ya resolvió esto con su formulación del inconsciente. No se está descubriendo de nuevo el inconsciente por supuesto, pero no se excluye su abordaje desde esta vertiente transdisciplinar, que si se tratara de novedad, sería allí donde habría de buscarse.

<sup>206</sup> No que haya sido así de hecho. Es que en la versión que la resultante ofrece aparecen las cosas -por decirlo así- a la inversa de su supuesta irrupción empírica. Tecría que ser al revés, en efecto: el dios del colectivo justifica su existencia para dar cuenta de la obra universal, o sea que la precedería. El dios de Schreber en cambio parece posterior, efecto delirado, modalidad arbitraria desde la Obra en tanto tal. No ser supremo, mero efecto de creencia en cambio. Si a pesar de ello parece previo a la Obra, ha de ser en la medida de la arbitaria condición subjetiva que le funda.

<sup>207</sup> ¿No sería aquí donde se envolaría Lacan, cuando cree que el verbo por sobre todo decide los asuntos, cuando d psicosis de Schreber se trata?

Sin embargo, al hablarle a través de las voces el dios a Schreber cabría preguntarse si no está con ello expresando una urgencia, un deseo.

Dado que no se trata aquí de ser demostrativo a nivel de lo religioso -ni menos, refutante- sin necesidad de comparaciones ni contrastes con otras divinidades posibles, se impone la asunción según la cual el dios schreberiano es, por sobre todo y solamente, efecto de delirio.<sup>208</sup> Lo cierto es en efecto que a su dios, Schreber antes que producirlo lo padece. Y la verdad también es que ese dios - más bien creado que creador, donde la creencia se antepone al soporte de fe- es el ser más cercano al más puro terror, de hecho es un ser de terror que en sí está aterrado (sólo así puede entenderse su proceder y sus particularidades).

CUATRO. Sabido es que el dios no sólo se auto-concibe de tal modo, también de su pasado se conoce, a partir de su inicial desdoblamiento entre un dios superior y uno inferior (Ormuz y Arimán) un tanto arbitrariamente interpretados a través de la historia de los pueblos como “el Bielebog (dios blanco), o el Suanteuit de los eslavos, el Poseidón de los griegos, y el Neptuno de los romanos, idénticos a Ormuz”, o bien el Votan (Odín de los germanos), el Czernebog (dios negro de los eslavos), el Zeus de los griegos y el Júpiter de los romanos, “idénticos a Arimán”.<sup>209</sup>

Arimán se inclina por los hombres de raza morena (los semitas), el dios superior prefiere a los blancos arios (y esto -ni qué decirlo- es ya más que inquietante).

A pesar de variaciones inevitables, estas versiones que ofrecen la posibilidad de igualaciones y contrastes entre modalidades divinas, delatan hasta qué punto, el dios de Schreber no se puede tampoco reducir de un solo plumazo a una arbitraria y escueta invención personal.

Tampoco cabe negársele al dios por ello especificidades intransferibles, ni arbitrarias y discutibles tendencias, que así escasamente Schreber lo reconozca, es sólo desde ese específico efecto-Schreber que se imponen al dios.

Por decir algo: si el dios habla ese alemán inusual ha de ser porque torna inevitable su engorrosa acomodación allí, en la prisión-Schreber.

Estas oscilaciones no son contradicciones flagrantes, o meros despistes interpretativos donde toda versión torna posible a partir de un evidente desorden irreductible.

Es que el dios resulta siendo, por sobre todo, linderal y puede pasar por ello de una frontera a otra modificando a cada paso las claves de su especificidad, apenas se lo afirma se lo debe negar, y viceversa.

Así como es inseparable de Schreber a través del delirio que les enlaza de modo irremediable, también el dios schreberiano procede como si fuera ajeno de éste, como si en cambio le impusiera un discurrir del cual no puede de manera mínima dar cuenta.

Así, al menos, lo evidencian específicas prelações y escogencias, que por encima de toda indiscutible erudición, parecieran más dignas de la pluma del ya mencionado Spengler que de las ocurrencias desbordadas de Schreber.

Lo cierto es que Schreber escribe sobre el dios como lo haría un apóstol inspirado que agencia como médium de un discurso ajeno, inhabitual, impuesto.

---

<sup>208</sup> Tampoco se podría afirmar sin contradecirse flagrantemente que no interese el tema religioso aquí. Sólo que su importancia es en tanto se cruza con la dimensión clínico-estética, no en tanto asunto teológico escueto. Al menos, desde que se da prelación a la creencia sobre la existencia o no de un ser supremo, tendrá de modo necesario que acontecer así.

<sup>209</sup> Cf. Schreber, P.D. Op. Cit. (P. 27).

CINCO. De otra parte, no parece ser consecuente con la docta versión a propósito del dios, la escueta tópica de “los nervios” y -derivado de ello- los recalcados desconocimientos del personaje divino a propósito del despliegue vital de los humanos.

Aspirando a una responsable asunción de su destino y de sus despliegues, y a pesar de su comprensible empeño por sostenerse dentro de una unicidad psicológica, la verdad es que es difícil a Schreber desde las imposiciones que arma y decide su delirio, conseguir sostenerse al tiempo en el lugar de la persona que lo social, y sobre todo la escritura, le imponen.

La indiscutible rotación de personajes al interior del delirio mismo, si bien pudiera parecer que no resulta tan visible por ello cuando del sujeto-Schreber se trata, tampoco es posible desconocerla si es que se pretende mantener asumida allí una rigurosa exploración.

El personaje que piensa a Arimán y a Ormuz no es el mismo que descifra al dios -o si se prefiere decirlo de otro modo- si el dios es puro nervio, Arimán y Ormuz no dan sumados al dios mismo, personajes irreductibles se imponen de este modo para que la persona de Schreber logre -aún frente a sí mismo- un cierto indispensable control de necesaria verosimilitud en referencia con su construcción delirante.

Tampoco debiera ignorarse la opción de un irónico e inocultable trasfondo, que desde las voces contamina lo político con lo psíquico, lo histórico, lo religioso (como si la opción imposible de lo trasdisciplinar aplicado a fondo, de antemano a su explicitación generara descarada burla a partir de esos registros indomesticables).

No sería excesivo recurrir al reconocimiento según el cual el delirio arma escenificación plural y abigarrada para sostener en lo posible a Schreber dentro de una mutación radical que decide a su persona con tanta contundencia, como a nivel literario, acontece al Samsa de “La Metamorfosis” de Kafka, o sea, escindiéndolo en referencia con una otricidad que no se resigna a permanencias en lugares de escueto suplemento. Eso acontece a los personajes del delirio también, iguales desdoblamientos e impedimentos semejantes suceden a su vez, aún tratándose del personaje-dios en apariencia autónomo e inaprensible.

## **El capítulo dos**

UNO. La idea del “almicidio” explica en muy buena parte el esfuerzo de reflexión que este capítulo comporta. No sólo reúne asuntos de amplio espectro (“Fausto”, “Manfredo”, “El cazador furtivo”) sino que intenta el ensamble, entre la teoría de cuanto las voces intentan ilustrar y la propia problemática vivenciada por Schreber. O sea que es un empeño de explicación clínica, que por lo demás, deviene a partir de ese intento de síntesis, no sólo en una suerte de neurología cosmo-teológica, en más de un sentido es una construcción original: urgencia de lo estético que sin embargo Schreber como tal, está muy lejos de explicitar.

Más allá de ello, este extraño discurrir escritural es incluso más tajante que cualquier narración artística, desde que no sólo se trata de una suerte de arte-verdad sin distancia mínima con la propia realidad empírica, es que además -como efecto terrorista creador- estalla todo apuntalamiento de evidencia y toda atenuación de los más radicales fundamentos.

DOS. Cuando Schreber delira con supuestas personas y escenarios diversos, en realidad está sometiéndolo todo al imperio de unos formatos rigurosos donde se equiparan -por la ruta de los

personajes, dioses, diablos, almas, hombres antiguos con títulos nobiliarios estridentes- invenciones y tergiversaciones, realidades de ficción y ficciones más reales que la realidad misma.

De hecho, el propio Schreber -condenado a una trama que nadie desearía y que a nadie convendría, pero de la cual resulta ser el más convencido personaje dentro de su propia construcción donde se finge persona autónoma- como una araña que hubiera caído presa en su propia red deviene sólida, inapelablemente asido.

Incluso una cierta verosimilitud, apoyada en recursos pseudo-científicos, especulativos sin atenuantes, sirven al personaje Schreber para adelantar hipótesis y formulaciones casi del orden de lo supersticioso. Y es que, así como Schreber uniforma los registros de la realidad psíquica, de igual modo unifica lógicas de pensamiento que van de modo indistinto desde la arbitrariedad hasta el rigor científico.

Allí donde el criterio normal choca con contraposiciones insalvables, la lógica de Schreber -si es que se puede apelar así a esta forma de razonar- abre un amplio corredor por donde es lícito rotar sin obstáculos visibles.

La resultante es una certeza frente a lo más inaudito, que sin embargo no renuncia por ello a un tono dubitativo, rasto escéptico que aspira a entronizar lo demostrativo sin dejar de reconocer lagunas y faltantes insalvables, esforzándose siempre en mantener comedidas y respetuosas distancias críticas frente al embate incontenible de las voces del dios y de sus complementos y soportes, hechos de nervios, de rayos, de contaminaciones y de intercambios.

TRES. Como es claro, no se trata tanto para Schreber de la creencia en sí, importa en cambio la creencia en la creencia, o la duda frente a ella, o -peor aún- el descreer frente a la creencia del otro, y -hasta más allá- resultar excluido a partir del descreer, anexando también el propio excluir que arma el descreer, pues -deriva tanto más válido a su vez- que se pueda mantener una cierta coexistencia dentro de una territorialidad común, a pesar de no participar de las creencias de uno o más semejantes, o de que éste o aquél crean en lo suyo, sin por ello tener que seguirles o aceptarles sus particulares opciones de fe.

Es seguro además que existen allí temas de temas, y el tema del dios es nuclear, ni qué decirlo.

Cuando esta condición se expresa de un modo más evidente es quizá cuando -ante al menos un semejante- Schreber no sólo ve con los ojos del espíritu a alguno de los dioses del dios (Ariman) sino que le reconoce de cuerpo presente, con esa contundencia indiscutible, y portando esa luminosidad desbordante (razón por la cual la total indiferencia del guardián que le acompaña resulta a Schreber, de manera necesaria, inadmisibles).

Que el dios toma cuerpo así resulta indudable pero no hay semejante que acompañe a Schreber en ese reconocimiento. Schreber no puede decidirse a reconocer que su visión es eso, en forma escueta: su intransferible y personal captación (no sólo singular, de hecho incompatible).

Como Hamlet -frente a la emergencia de la sombra de su padre en el cuarto de Gertrudis, su madre- Schreber no puede renunciar a la validez de su percepción a pesar de la refutación extrema de quien, acompañándole, resulta en definitiva impedido para participar de una misma realidad.

De hecho, esta circunstancia resulta irremontable y se impone, de modo inevitable, sospechoso ofrecer un mínimo de credibilidad a quien insistiera en darle lugar a tan arbitraria y subjetiva posición. Si no hay consenso, la razón la lleva quien no ve, no quien -con toda seguridad- está viendo de más.

A la luz de lo humano es sin embargo esto decisivo, aún más que sorprendente. En Hamlet, ambas posiciones son válidas. El hecho de que la madre no vea al viejo rey asesinado es tan seguro como



que dice verdad. Verdad y realidad -dichas mejor las cosas- no coinciden por necesidad. Sin duda, nunca hay allí encuentro ni acuerdo. Y vistas las cuestiones de ese modo, no se trata de quién porta indiscutible validez, consiste todo en que tarde o temprano, más allá de matices, atenuaciones, y aplazamientos, frente a este desajuste, resulta indispensable tomar partido (y aunque sea dable no tomarlo, ello habrá de tener nefastas consecuencias).

Debe decirse que es sólo así como parece viable dar cuenta de la objetividad y dominancia de la presencia de lo estético cuando roza rebordes tan incapturables como ciertos).

CUATRO. Como fuese, lo cierto es que a partir de allí Schreber da cuenta de un registro que ya no se sostiene en el mero despliegue de lo sonoro. Cuanto se apela el paisaje interior irrumpe deslumbrante, afectado por decisivas e incompatibles marcas primordiales, y más allá de ello incluso -puesto que se trata de estallidos lumínicos más que de parajes o arquitecturas celestes- cuanto evidencia la verdad de las cosas es esa condición explosiva de las creaciones estético-delirantes que agobian y fascinan a Schreber y que de modo inapelable le aíslan y reducen. En ese nuevo mundo -a pesar de repudiado e incompatible- se trata de lo singular, que irrumpe hiperpresente y desbordado, como si el delirio -jugando al dios- simulara estallidos primordiales, indispensables para la reposición de esa recreación urgente, inapelable.

De hecho- ¿quién lo duda?- ya no se trata apenas de escuetas voces arbitrarias procedentes de nervios y de rayos simplificantes e insuficientes.

Estética encarnada, personificada, si se prefiere ser más consecuente, los dioses del dios (Arimán y Ormuz) no sólo le rebelan como un puro creador, además como la persona paradigmática que sólo puede ser reconocible a través de personajes que le desdoblan y le re-presentan.

Fuerza en sí -que da razón de ser a la inagotable emergencia de las resultantes formales- ella misma no puede hacer otra cosa que re-presentarse desde su más radical impedimento. O, al menos así se impone al ser humano: completarle para llenar esa laguna suya en realidad irremontable.

CINCO. O sea que -aunque desde una específica perspectiva parezca todo aclarado- ha de ser por todo esto que al dios de Schreber se le oye pero no se le ve de modo directo. Lo cierto es, que a partir de otro sesgo, no se trata apenas de que la persona del dios comporte un inevitable desdoblamiento en personajes que le re-presentan.

El dios no deja de hablar su propio lenguaje primordial y de atar con sus nervios y con sus rayos. Esta vía de enlace le resulta inapelable cuando de intercambios con humanos se trata, y sobre todo vistas las cosas a partir del repudiado amarre con Schreber donde a pesar de todo tal realidad se le impone con tanta mayor radicalidad.

Acaso esta es la razón que explica por qué el sol habla a Schreber, y que al tiempo responde por esa clave extraña y extrema que le permite mirar al astro de frente, sin temer consecuencias y reconociéndose dueño por sólo ello de una excepcional condición (de hecho impedida para el resto de los humanos, en cualquier época o circunstancia).

Se podría que a solas, el dios visita a Schreber -e incluso le maltrata y utiliza a nivel sexual- pero su escrito en esto delata indudables reservas como para no pasar de vagas alusiones y comentarios sesgados. El goce de esos encuentros tendría de hecho que alucinarse, sin embargo lo cierto es que si bien no deja de reconocerlo como compensación suficiente frente a tanto padecimiento, Schreber no está seguro del todo de los alcances de esas experiencias mientras la emasculación no se cuaje de modo pleno e indiscutible. Y ello, tan decisivo, es algo que siempre termina siendo aplazado.

Esto, que para la perspectiva normal resulta tan indiscutible que hasta molesta revisarlo, lo cierto es que no deja de ser tanto más enigmático, si se le ve en perspectiva clínico-estética.

En efecto ¿por qué no se da enajenación total, asumiéndose la emasculación como dada de manera contundente e irreversible, y haciendo caso omiso de comprobaciones de realidad? ¿No va en ello cierta especificidad definitoria, demarcatoria de linderos irremontables de realidad, algo más decisivo de cuanto a nivel clínico-estructural se reconoce como paranoia y a lo cual ésta debe ajustarse y subordinarse?

Mientras a Schreber reste el beneficio de la duda, y la emasculación -de modo indefinido- dependa del capricho del dios, los inexpugnables designios de la divinidad -si bien justifican toda normal sospecha- lo cierto es, que al dejarle al dios los motivos de sus delineamientos y demarcaciones, a Schreber no le resta más que padecer las consecuencias de esto, añadiéndole verosimilitud y relativismo a su posición (así con ello, a todas luces, se diferencia de su delirio).

SEIS. No se trata de un mero desborde personal, más que en tanto efecto ya. Y, aún obedeciendo al redondeamiento clínico -donde no sólo la locura reinaría sin obstáculos por sobre cualquier otro condicionamiento- a partir de un punto, lo paranoico respeta prioridades estéticas que demarcan y determinan la forma misma del delirio (sin olvidarse para ello de la realidad por todos compartida). Con ello -de una vez por todas- esa inocultable clave estética que subtiende allí deja ubicadas determinaciones y prioridades.

A partir de entonces, eso que se apela “estructura”, se resuelve como mayor o menor radicalismo desde lo representativo, que no solo decide las prelacións de la ficción sino que incide en las condiciones mismas de la escueta instalación dentro de estrechos registros de realidad convencional (a su vez, no menos decidida a partir del tejido que arma lo representacional) .

Antes de tajantes y definidos abismos -garantes al tiempo de redondas discontinuidades y de indiscutibles certezas desde donde lo normal y lo demente se distinguiesen- se trata de gradaciones de lo representativo, que con ello dejan discurrir sin restricciones la multiplicidad de las resultantes. Demarcadas apenas tales gradaciones entre polos de antagonismo modal donde en forma alterna se suceden unas y otras emergencias y donde se combinan, enfrentan y suceden, plurales variaciones -siempre más o menos contaminadas, nunca de modo definitivo puras ni inamovibles, más bien predeterminadas desde un relativismo irremontable- a partir de un específico lindero, e incluso contra toda racional previsión, se pueden fundir en un mismo plano de equivalencia como variantes de lo representativo (que por encima de todo siempre son).

Un ejemplo de ello es la irrupción extrema de lo singular. De hecho, antes de cualquier unificación, como expresión radical de diferencia, tanto en la demencia como en la normalidad, lo singular de un modo u otro estalla, y de ello -más allá y más acá de juicios y criterios- nunca emerge nada diverso al pululante despliegue de formas renovadas.

## **El capítulo tres**

UNO. Ya han sido adelantadas formulaciones en relación con la censura que se llevara a cabo sobre el escrito de Schreber, y que en efecto cancela de un tajo todo el capítulo tres.

Conviene ser ahora radical a su vez: ¿cuál es la diferencia entre forclusión, reclusión, exclusión, cancelación, doble forclusión? ¿Por qué se alude a forclusión del nombre del padre y no se piensa en forclusión de un texto (de un capítulo)?

Existe para el colectivo un umbral donde el gesto forclusivo se justifica de modo indiscutible. Independientemente del procedimiento como tal y de aquello sobre lo cual la forclusión recae, la acción forcluyente delata siempre la escisión de lo humano. Trátese de un crimen, de una determinada patología (psicosis) o incluso de un texto que da paso a la censura, cuanto se retrata - más acá de tomas de partido y de apropiaciones y permisividades- es la escisión de lo humano, lo humano que se autoreconoce reforzado de modo simultáneo con el acto donde se desconoce modalidades de lo humano, donde se les aísla y desapropia.<sup>210</sup>

En la medida en que tal desapropiación es más extrema e intensiva, más contundente e indiscutible, se reconoce con mayor precisión la condición del acto y se pasa a incorporar entonces el sentido de aquello que se excluye para bien indiscutible e indiscutido del colectivo. O sea, se desapropia de una parte para reapropiarse con tanto mayor vigor de otra. Y esta última condición normalmente pasa desapercibida.

DOS. El verbo forcluir tiene al parecer un plus de radicalidad que lo distingue. La forclusión es más basal e inclusiva que el resto de las posibles cancelaciones.<sup>211</sup>

La forclusión no sólo excluye en un polo, reforzando la inclusión en el otro, cuando se trata de un gesto apoyado desde el colectivo da a quien lo practica una condición de incondicionalidad tal, que no demanda de intercambios ni de previas consultas. Se aprueba sin debate ni divergencias como si estuviera convalidado así desde siempre.

El ejecutante y el colectivo al cual representa asumen la responsabilidad del gesto como indisoluble y propia, sin perforaciones ni insuficiencias, con un absolutismo incuestionable. El ejecutante procede entonces en nombre del resto y el resto le aprueba sin cuestionamiento visible (y si se diera el caso de disidencias allí, sería más fácil que se incrementara la escisión, se repondría ésta en cambio generando nuevas separaciones, antes que volver sobre los pasos y deshacer la clave forcluyente).

De hecho, la borradura está en cada posible caso (forclusión, exclusión, cancelación, reclusión, tachadura) y acaso es posible hasta borrar sobre lo borrado, tachar sobre lo tachado (doble forclusión) desde que la radicalidad del recurso se refuerce tanto más con ello. Si allá se trata de la tachadura del nombre del padre, acá consiste en la tachadura de quien tacha el nombre del padre haciéndose acreedor él mismo a otro tanto.

---

<sup>210</sup> Para el caso Schreber se trata de un acto intensivo cuya envolvencia indiscutible se apoya en una concesión en extenso que procede desde lo normal-social como conjunto. Esta simultaneidad da al tema una contundencia invisible, aunque no por ello menos radical.

<sup>211</sup> De igual modo, en primer lugar la represión alude a circunstancias exteriores y sólo por derivación incluye una opción de uso interno. Aunque ambas resultan derivadas cuando son aplicadas al campo de lo mental, lo cierto es que su uso habitual es diverso (la forclusión es asunto jurídico, no policivo, por ejemplo), en ambos casos se trata de cancelaciones, sólo que siendo referidas a recuerdos -o vistas las cosas de un modo más general, a meras representaciones psíquicas- la represión que le bastara a Freud, ha de parecer por ello menos radical y tajante. Nada excluye entonces su inclusión en la lista que se viene proponiendo aquí.

No siendo la demencia ni delinencial ni subversiva al nivel político habitual, se impone la forclusión como generalizada y extrema, indiferenciada y envolvente modalidad de cancelación.

Una vez en ese sitio, la tachadura puede ser ejercida sin consulta, y es más bien concesión, la reinclusión en el juego compartido de los asuntos. Desde entonces da igual ir al manicomio o recibir la marca de cancelación sobre el producto propio (las “Memorias” por ejemplo, para el caso de Schreber). Se tratará entonces de una doble forclusión a su vez, sólo que externa y debidamente diferenciada: la forclusión manicomial (reclusión) sobre la persona de Schreber y la forclusión escritural (cancelación parcial sobre el escrito, capítulo tres).

TRES. Dado lo anterior, tacharle al escrito un capítulo completo no es mera interrupción ni apenas sencilla borradura, se trata de hecho de una forma de cancelación, que no sólo modifica el texto en su conjunto, se inmisculle en ello en el peor de los modos y no puede dejar de incidir desde allí y de significar de la más contundente manera, de alterar en forma irreversible la condición del documento y sobre todo de ilustrar del más contundente modo la verdad de un modelo donde -por más que se aleguen razones investigativas, preventivas, o de método- al final de cuentas se trata del poder ejercido, decidido desde el imperio de la aplicabilidad indiscutida.

Es claro, que para el caso particular del texto de Schreber, no consiste apenas en una marca sobre el escrito mismo y así se actúe de modo indiscutible sobre las “Memorias”, a un nivel previo, sin discontinuidad visible, sigue permaneciendo la misma versión personalizada de las cosas, Así se trata del escrito y de su censor, ello no aparece determinado así: es el mismo terapeuta que se asume desde su sitio indiscutido e inmodificable quien decidió, decide y decidirá -entonces, ahora y después- sobre su paciente (inapelable en cuanto tal también).

Para quien tacha -se quiere decir- antes que del texto schreberiano, se trata de Schreber prolongado en su texto, el cual urge de una mutilación indiscutible, y -por suerte- no es sobre su mano escribiente o sobre el libro todo, donde debe ejercerse el atentado. Basta con desaparecer el capítulo tres, dejando -con magnanimidad incluida- que el resto salga a la luz.

En efecto: cuanto se tacha alude a información esencial y el procedimiento busca proteger a terceros desde un lugar que por eso se asume sin distancia, como válido e indiscutible (y por partida doble pues ni se consulta para ello a los supuestos afectados, ni -menos aún- al autor de la versión escrita). Y a nivel de la escritura -abstraído el gesto del motivo- ello equivale a una pena de muerte, que a falta de corpóreos restos, todos acogen sin notarlo casi, restándole importancia.<sup>212</sup>

CUATRO. Si esta denuncia pareciera desbordada en extremo (justamente, se trata -se dirá- de un gesto, de una actitud asignable apenas a una específica persona, que nada convalida resulte válida como expresión de un gremio, de una tradición, o de un conjunto, ni menos como comportamiento justificable a título de habitual aplicación clínica por todos aprobada. Por lo demás -habría de concluirse- tal conducta, si bien equivocada, resultó generada desde las mejor de las intenciones, etc.). Pues bien: ello no altera a nivel mínimo la gravedad de las consecuencias, que a nivel objetivo, más acá de intencionalidades y responsabilidades personales, comporta un acto de ese orden.<sup>213</sup>

---

<sup>212</sup> No debiera olvidarse que -desde la perspectiva de lo estético predominante- las personas son modalidades de lo escritural, sólo para la versión del empirismo resultan ellas principales y la escritura -en consecuencia- subordinada, no indispensable, y de menor importancia siempre.

<sup>213</sup> Lo cierto es que el recurso manicomial es habitual, tradicional, núcleo principal de la clínica psiquiátrica. Pues bien: su empleo obedece a idéntica condición autocrática, a la misma mentalidad unilateral y cancelatoria que se retrata al mutilar -sin pensarlo dos veces- un documento ajeno.

Si desde el punto de vista clínico podría ya resultar tal procedimiento inaceptable (la cancelación del capítulo, se quiere decir, no la reclusión manicomial) como de continuo lo está recordando Freud a través de su historial, no comporta ello como clave de explicación el más decisivo de los reconocimientos (según el cual, Schreber no es un loco más que dice sandeces y que no mide implicaciones sociales mínimas).

Conviene ahora recordar que el tajo no es sobre Schreber, es sobre su libro, y si de todos modos califica a Schreber, ha de ser en referencia con una realidad cuya especificidad el acto ignora y sobre lo cual sin embargo recae de modo directo e indiscriminado (en efecto: Schreber no sólo escribe sino que nunca falta a una calidad estilística de excepción).

Tampoco -se ha dicho- se está impidiendo la existencia al texto todo, es cierto. Pero es eso cuanto más sorprende. ¿Por qué cortar allí y en esa precisa medida?

Sin ser indiscriminada la acción, sin asumirse como mutilante, sin justificarse en buenas intenciones y en moralinas de poca monta que más bien camuflan el verdadero sentido de tal proceder, nunca podría justificarse.

Al tachar de ese modos, sin duda se está atacando el punto donde el escrito resulta más cercano de lo permitido, no apenas de la referencia directa a la propia historia del paciente, de hecho y por sobre todo, en cuanto hace relación con terceros que así califique a Schreber, a nivel personal y social, de un modo decisivo -puesto que han compartido con el paciente ese pasado y esa misma realidad existencial- antes de ello, deben ser protegidos, y de ese modo reincluidos en una alianza (si se quiere inconfesa, para que resulte siendo de contundencia tanto más indudable).

¿Podría ser más claro? Para la perspectiva del censor -aún a ese nivel de intimidad, difícilmente remontable en el escrito schreberiano- la realidad que prima es la del colectivo.

CINCO. Cuando se cancela así, y además se lo hace sin mediación alguna, es en tanto se ocupa un lugar que sólo admite concepciones portadoras de pretensiones absolutas y que asignan a la escritura -y a su borradura- transgresoras connotaciones empíricas.

No sólo se trata de un curioso celo que resulta en sí selectivo y arbitrario, en cambio de permitir que el diálogo escritural fluya. Tampoco -ya en este punto- basta apenas con resaltar que allí se describe (aún dada la asunción de que tras ello existe un texto silencioso, invasor, no por eso menos tajante). Si además, se está sin duda expresando con todo esto un claro empeño forclusivo, habrá de ser en cuanto se lo hace desde el imperio de un poder que subtiende y que sale con toda contundencia a flote con la certeza de lo más pertinente y razonable. Con idéntica lógica, desde esa implementación, se decide aislar un decisivo registro de la persona misma el cual es su contundente e íntima versión de su mundo más íntimo e intransferible, de las propias razones suyas en referencia con asuntos tempranos, de familia, de seres cercanos decisivos.

Si bien es ello cuanto se cercena de manera inconsulta como si apenas se atendiera a un infantil capricho, aunque no fuera posible cualquier humana gestión a ese nivel, y no hubiera por ende indelicadeza en ello ni razón alguna que justificara el reproche, si el gesto se asumiese sin distancia y con certeza radical de inapelable ejecutoria, siempre cabría -más acá de todo ello- reconocer una verdad de a puño que la personalización y la moralina ignoran de modo sistemático: a quienes son de hecho personajes al interior del escrito, la tachadura los asume como personas inamovibles de sus lugares empíricos. Dicho con otros términos, acaso más "tajantes" (convenga la ironía): si se los tacha y desaparece, es para proteger a las personas de los personajes que en el escrito encarnan.

El tajo es pues, en primer lugar, sobre lo estético y desde el más extremo empirismo asumido y no menos compartido con la humana manada que no distinguen estas utilidades.

SEIS. Pues bien: también a la luz de lo social, la reclusión manicomial expresa la más radical cancelación -forclusiva ya- y no existe tampoco allí nada que implique a quien califica tan inapelable determinación, como no sea desde el más directo padecimiento.

El decisivo peso de esa tachadura, el sentido más fuerte que ello comporta, se juega entonces en esta doble acción donde torna visible, indiscutible, externa hasta el descaro, la doble forclusión para demarcar la unicidad de un proceder, que hace caso omiso tanto de la persona como de su obra.

Es claro que el escritor Schreber ha sostenido -por encima de cualquier otro criterio- la verdad más completa y honrada de su proceso -y a pesar de lo incómodo o inconveniente que pueda ser éste- lo ha hecho con una indiscutible calidad y pulcritud y dando un lugar secundario al resto de circunstancias y derivaciones.

Por ejemplo, la forma como Schreber maneja la situación matrimonial es delicada y fina. Sin embargo, resulta inocultable la presencia de un tono dramático y complejo cuando se impone el reconocimiento de engorrosos asuntos. La confrontación más extrema entre selectividades sociales y modalidades urbanas, en contraposición con la presencia de lo singular en sostenido ejercicio, se expresa así de manera contundente.

SIETE. Puesto que se trata con toda certeza de poderes desiguales (en realidad, ni siquiera consiste el asunto en reciprocidad de poderes, pues desde lo singular no se aspira a tales apuntalamientos, sólo que lo normal no logra percibir diferencia más que de ese modo) a nivel general, desde la perspectiva de lo normal, se asume que toda intransigencia e irracionalidad se evidencian a la inversa. En efecto, para tales registros de normalidad en ejercicio, es la demencia la que hace caso omiso del derecho del otro, de los grupos, o de los colectivos, Y -aunque no siendo por principio equivocado ésto- casi nunca se asume o reconoce como posible (menos aún, como tanto o más decisiva) la forma contrapuesta.

Cuanto resulta visible es que aquello que delata conflicto irreconciliable frente a una doble procedencia<sup>214</sup> se impone siempre como sesgada resultante unilateral. Procedencia forzada, apenas desde un polo -de hecho siempre justificable a partir de éste en el cual, precisamente, ella se afinca- no sólo resulta válido en tanto se le asume como conveniente e inevitable, a nivel práctico. A partir de allí, se decide -de modo simultáneo, indiscutible e indiscutido- que, por ende, la demencia carece de sentido, de argumento, de sostén.

Entonces se resulta siendo con toda contundencia represivo, coercitivo, forclusivo, con lo singular (tanto más, cuando -primarias e irreductibles- las formas suyas hacen presencia inconveniente).

OCHO. Miradas las cosas del modo más empírico, el dominio de la versión social-normal resulta inapelable. Es siempre así y torna difícil, no sólo poder modificar tal estado de cosas, apenas la opción de concebir un mundo diverso de éste, que a través de los siglos, se ha venido gastando bajo ese creciente influjo. Pero -como ha sido una constante en este texto y seguirá siéndolo hasta el final- ello no excluye el reconocimiento de una versión más panorámica donde se intente mostrar registros, que de modo corriente pasan desapercibidos, y que -no por ello- son menos determinantes y válidos.

---

<sup>214</sup> Todo conflicto es de hecho de doble procedencia, pero cada una de las partes acostumbra asignar al polo contrapuesto responsabilidad por ello. Frente a las psicosis, el asunto resulta ser tanto más desequilibrado desde que la contraparte mórbida no busca responder en consecuencia. El poder se duplica de uno de los lados, mientras que la indefensión invade el espacio de lo más cuestionado. Bien visto todo, si embargo, no es que falte réplica allí, es que se siguen rutas diversas desde espacialidades injuntables.

Es claro pues que el faltante del cual se viene aquí tratando, no sólo hace referencia a la anécdota que califica a alguien muy específico, y en cuanto destinado a favorecer determinadas posiciones personales, alude en cambio y en primer lugar a la resultante escritural.

Ese agujero negro en la escritura decide de modo principal las “Memorias” (aunque para ello encuentre variadas y acaso muy pertinentes justificaciones),<sup>215</sup> incide en el historial de Freud y hasta está determinando este escrito también.<sup>216</sup> Más aún: con ese gesto, aparentemente menor, que de todos modos tacha sobre lo escrito, se apuntala una práctica inveterada que -antes de refriega personal- hace impedimento a lo clínico, en tanto lo social -de un modo u otro- resulta afectado a niveles considerados esenciales (y, así de modo extraño, lo clínico al interior de lo social y -si se aceptara la licencia- al parecer más que satisfecho allí, ni se inmute por ello).

Que lo clínico se ajuste a estos condicionamientos -y a su vez se someta de modo indiscriminado e indispensable a partir de ellos- señala por sí solo hasta qué punto no puede ser siempre decidido desde lo verdadero, debiendo recluirse tarde o temprano en sobredeterminaciones, que más bien de modo irracional y arbitrario, se consolidan contando con la realidad de lo social. Es más: desde una realidad que no sólo está definida como social, y para la cual incluso no está mal que se dé ésto o aquéllo, cuánto fuese, siempre y cuando se esté dispuesto a cada paso a reconocerse subordinado, a asumir de manera incondicional las consecuencias que desata su dominio.

Y esto -ni qué decirlo- ha de implicar que lo social (que es estética matriz generadora inagotable de formas) en los extremos de su radicalidad pasa sin mayores inconvenientes a instaurarse como un poder irreductible (matriz entonces, ante todo sostenida como fuerza indiscutida y evidente).<sup>217</sup>

NUEVE. No se puede negar, que para la aspiración de científica objetividad, esta dominación de lo normal-social resulta obstáculo inocultable, malformación envolvente y decisiva que obnubila la versión de las resultantes (tal cual afirmara Marx en su momento, dando sentido por ello mismo a la opción de la ciencia, de otro modo innecesaria).

Cuanto a partir de allí deriva inadmisibles es seguir suponiendo que se puede hacer caso omiso de esa decisiva circunstancia que es la mirada tergiversada que impone lo social, que no resulte inevitable

---

<sup>215</sup> De hecho, para el asunto específico que aquí se aborda, el tachado, la forclusión, recaen sobre el texto -antes que sobre la persona- y esto sin duda comporta derivaciones decisivas. Por lo demás, si de todos modos estas consecuencias parecieran exageradas en su importancia por esta reflexión, debiera pensarse -que dado que se trata de la coerción a lo singular- se imponen entonces de manera necesaria, más allá de las intencionalidades personales, implicaciones de refuerzo y potenciación colectiva. Por lo demás, la represión exterior -dado incremento del tono terrorista- coincide cada vez más con variantes, con modalidades donde el terror tiene siempre un lugar, así a primera vista pudiera parecer silencioso o menor.

<sup>216</sup> De nuevo, por supuesto, más por la escritura que por una razón personal.

<sup>217</sup> Para el caso, lo social entendido como punto encarnado por el funcionario clínico, sin que por necesidad -a cada paso- el resto de sus semejantes lo acoja y lo apunte de modo explícito. Acto social envolvente desde esa base que formaliza los lugares y que los ata en encarnaciones personales y -aunque en parencia implusione apenas como bache- por ello habrá de ser tanto más eficaz, pues no ha de apuntalar tampoco con ello, un mero capricho. Es claro que así se ilustra la contundencia de una lógica que posee múltiples recursos de expresión y de implementación y que no se deja refutar por mero exceso de literalidad.

Puede ser que el modelo de poder se consagre desde un punto concentrado-explosivo, que en tanto tal opera sin mediaciones ni relativismos mínimos y por la ruta de una inconsulta puesta en acto, no por nada, tal cual resulta siendo siempre cualquier atentado terrorista y -aún no siendo evidente su presencia- cualquier modalidad que fuese de terror, dado que éste, antes de explosivo, es envolvente y fundador.

En efecto, tachar un capítulo, colocar una bomba, incendiar una base, secuestrar a civiles: vengan de donde vinieren las puestas en acto -dado terrorismo envolvente y tono terrorista que en consecuencia lo refrenda- terminan siempre siendo modalidades del terror.

asumirla con todo rigor, derivando de ella -por inconvenientes o lamentables que resultasen- todas sus consecuencias. Y ello no sólo afecta los niveles teórico-interpretativos, se trata por sobre todo de las modalidades que impone todo hacer (cualquier cosa antes de detenerse y dejar pasar, siempre habrá una opción preferible a las demás, el resto es lo de menos, etc.).

Por todo ello, cuando se trata del inevitable actuar al interior de sociales registros, desde la óptica de la intervención, toda activa asunción -por supuesto, bendecida por tradición y enmarcada en referentes supuestamente paradigmáticos- resulta indispensable.

Y así se dé por hecho que toda intervención -sin un real soporte de verdad que le subtienda- resulta insostenible, lo aplicativo termina armando sólido tejido, y -sin más, a partir de un momento que siempre ha de llegar- le convalida y justifica.

Las fallas, las imprecisiones, los fracasos incluso, deberán ser remontados, en aras de un hacer envolvente, indetenible, y ya nada podrá contraponerse a un armado tal.

DIEZ. Una opción para contraponerse y enfrentarse a esta contundente circunstancia, consiste en reconocer la praxis terapéutica como un modo más de lo representativo. Saber que en realidad, más acá de todo, se trata de encarnación de papeles consagrados, sostenidos desde lo social, por ende sólo a partir de allí, dueños de una supuesta indiscutible verosimilitud.

El terapeuta es un lugar antes que una persona, y el paciente es a su vez, sobre-determinación encarnada que arma entonces indispensable complemento social con el primero.<sup>218</sup>

Esas reglamentaciones -condicionadas desde la tradición y que deciden tales tópicos- habrán de ser incluidas en el sentido que se impone al devenir de lo delirante. La clave reclusivo-psiquiátrica es capturada por el delirio e incorporada en esa representatividad desbordante, y por supuesto comporta una versión -si se quiere diagnóstica- desde el lugar del paciente mismo, y en referencia con la condición del terapeuta (en tanto decidido también de manera esencial por un recurso tal).

En la escritura -y en su lectura- se da paso a una mirada que ya no puede ser tan indiscutible, como en forma corriente acontece cuando se trata de ejecutorias sin auditorio de complemento, sin generalización indispensable, que es cuanto la presencia de lo escritural de manera inevitable comporta. Distanciamiento que media entre paciente y terapeuta -y que decide desde sus marginalidades escriturales- la escritura delinea el verdadero y único lugar que debiera tener la falta: registro de ausencia que relativiza las presencias -encarnadas, personalizadas- del terapeuta y del paciente, dando paso en cambio a la prelación del material en juego, hasta entonces sojuzgado por ellas.

Como fuere, cuando Freud escribía historiales estaba dando paso a una ruptura decisiva con la tradición médico-psiquiátrica, así no pudiera llevar esto más allá de cuanto su indiscutida posición clínica permitiera.<sup>219</sup>

ONCE. Sin ser apenas reiterativo en el regreso -una vez más repetido- al tema de la cancelación sobre el escrito, faltaría decir que desde que la escritura negativa (des-escritura forclusiva) se

---

<sup>218</sup> No sobre recalcar -para no ser calificado de simplificante- que la multiplicidad de opciones aplicativas si bien surge de la indispensable encarnación de esos lugares, a su vez resulta no menos signada por plurales y derivadas sobredeterminaciones desde lo social.

<sup>219</sup> La habitual existencia de la historia clínica, más que dar muestra de la necesidad que se demanda aquí a la escritura, demuestra en cambio hasta qué punto ésta allí se reduce a una mera descriptiva, subordinada modalidad de suplemento que congela la vivificación que los personajes en juego (terapeuta y paciente) confieren a la ejecutoria regida desde lo más puro presencial e inter-relacional.



reconoce como imposible de cancelar, lo cierto es que una vez ello se da, no puede ser mero impedimento que haga que un pedazo quede afuera y que -así el modelo rstante se rearme- por eso mismo es parte cancelada no desaparece, así resulte desde entonces ajena e irrecuperable

A esa supuesta laguna no se le puede concebir apenas como precisa e irreparable borradura, ni como definida marca desde el terapeuta represor sobre el paciente indefenso (ni siquiera se agota al despersonalizar las cosas y precisar su sentido a partir del reconocimiento de su accionar a nivel del texto mismo).

Más allá de registros concretos que evidencian condición de soporte -sólo convalidados en la medida en que se ofrecen como puntales que encarnan efectos, que incluyen consecuencias- en realidad modelo proactivo, es escritura ya donde lo escritural -así con tanta mayor radicalidad se pretenda silenciarlo- impone su sentido y recompone sobre la realidad de lo empírico un trasfondo no sólo inocultable, de hecho refutante.<sup>220</sup>

Lo tachado signa y decide, altera y da paso a una versión-otra que sin esa clave no emergería. Como un miembro cercenado que no se resigna a faltar, allí donde fuera esencial -y que en la habitual captación que sigue realizando el organismo todo parece aún presente- la “parapleja” escritural que califica las “Memorias”, antes que figurar a título de falta, hace doble presencia. Y es este un sesgo nuevo que demarca tanto más la condición de lo forclusivo: la falta que hace hiperpresencia, y que en cuanto tal, modifica con toda radicalidad la opción de emergencia de lo cancelado (para que - como la aparición de un ente redivivo- retorne siempre, por otras arbitrarias e imprevistas vías).

No se trata entonces de la literal emergencia de lo cancelado que haría reaparición inevitable por la ruta de una idéntica puesta en acto de esos contenidos. La sola abstacta ausencia que se suma a tantas otras -de modo igual, o aún más decisivo- pasa a refortalecerse, a desplazarse, a inflarse, hasta dar paso a la sorpresa de emergencias de lo inexplicable, a renovados estallidos imprevistos y sorprendentes.

Y si -de tanto como se lo personaliza- no se lo sabe ver, habrá de decirse que en la actualidad, incluso masivamente y dada desmesura, se trata siempre de lo delirante. Lo delirante que sobrevive, que genera efectos más allá de su directo e inicial portante, retrotaído ahora por sólo ello.

Y si el registro de lo delirante puede adquirir renovadas, desmebradas dimensiones, sobrevivientes sin embargo al lugar donde inicialmente acostumbrara encarnar, ha de ser porque es portador de opciones metamórficas que le garantizan perpetuación y fortalecimiento.

DOCE. El bache de este capítulo tres -ha sido señalado antes- es un agujero negro que de modo inevitable deja entrever cuanto de terror subtiende en una actividad corrientemente asumida como ajena de una presencia tal (sin duda alguna, la evidencia de un tono terrorista creciente puede hacerla tanto más visible hoy, pero en la época en que fueron escritas las “Memorias” algo así tenía más bien la condición de un gesto inaugural de consecuencias indescifrables).<sup>221</sup>

Si en esta reflexión se ha venido golpeando de continuo allí donde la especialización clínica hace apropiación, es conveniente hacer franco reconocimiento también a esta clave de método, que adeuda todo a Freud en tanto da a la escritura lugar indispensable en el discurrir de lo terapéutico y -

---

<sup>220</sup> La reclusión manicomial sumada a la cancelación del texto schreberiano delata un paso más allá en la radicalización del empeño excluyente. Es claro que la mera censura sobre el texto, aislado el resto, no tendría tan graves y contundentes implicaciones.

<sup>221</sup> Parecería excesivo este planteamiento si no se le reconociera como válido, justamente en tanto se le decide desde la versión retrospectiva que le localiza a partir de la resultante actual.

más allá de toda aspiración aplicativa, por eficaz que fuere- en la urgencia de previos develamientos teóricos.

Escribir un historial sobre un escrito (escritura de escritura), antes que sobre un caso que se funda en la presencialidad (y donde se supone que escribir no resulta indispensable), tiene implicaciones decisivas a nivel de la tradición clínica y del hacer escritural mismo. Sin embargo, cuando se decidió a ello, esa condición resultó invisible al propio Freud. Quizá por ello no logró Freud incluir en toda su dimensión el sentido de ese “paso al acto”, esa cancelación paradigmática que la psiquiatría, a través de uno de sus miembros -y dando fé con ello del espíritu más ilustrativo que subtiende en el conjunto de sus empeños aplicativos- generara sobre el escrito schreberiano.

TRECE. Se trata de dos circunstancias extremas: una, el punto de la represión donde contenidos internos se desplazan hasta el inconsciente dando paso a las modalidades de lo normal y de lo neurótico según se triunfe o no allí (universo freudiano) y dos, el registro de forclusión donde por reiteradas vías se puede llegar a cancelar, con los más diversos recursos, encarnadas modalidades indeseadas.

Como quien dice: entre la borradura de una representación y la pena de muerte, -que es el extremo donde se detiene del más radical de los modos una repudiada forma encarnada.

Modalidades atenuadas del dar la muerte, la represión, la reclusión, la exclusión, la forclusión, la odble forclusión, retratan las alternativas que el modelo de conjunto, o cada quien en particular, ejercitan para demarcar sus territorios desde el urgente indispensable afuera que da paso al reconocimiento (o desconocimiento, tanto más defensivo) de lo negado, de lo ajeno, de lo repudiado. Sin esa espacialidad de contraste (y de indispensable complemento) lo social y lo normal no ruedan. Es allí donde se acumula la singularidad excluida, es a ese nivel donde ella termina estallando por la ruta de lo singular, cualquiera fuere su modalidad y circunstancia. La radicalidad de las marcas que surgen del accionar -del núcleo que se apropia como definitorio por parte de lo social y de lo normal- expresan la defensa y la urgencia de perpetuación del envolvente modelo, antes que dar objetiva cuenta de las razones y de la lógica que subtiende en ese afuera, en esa espacialidad excluida, repugnada.

## **El capítulo cuatro**

UNO. Si bien el delirio es autónomo en su discurrir, más que urgencia de encarnar -como un virus- demanda un escenario que le aloje. La escritura hace la mediación y aspira por ende a armar síntesis. Ahora bien, en este específico capítulo Schreber evidencia hasta dónde apunta a escribir desde la asunción social de su mal. O, por decirlo de otro modo, Schreber aquí se oferta desde el lugar de la persona, así (dada la creciente irrupción de los armados psicótico-delirantes) en más de un momento torne ello en extremo difícil.

Cabría afirmarse que a nivel general, en sus “Memorias” Schreber -así no lo pretenda ni se ufane por ello- también está mirándose desde un dominante enfoque clínico, su actitud es en lo fundamental descriptiva y aspira a instalarse en un lugar de franca objetividad (a pesar de la condición especulativa del capítulo dos que de antemano contrasta con esta posición).

De hecho Schreber comienza ubicando, con toda precisión cronológica, la historia clínica suya y si bien llega a adelantar arriesgadas suposiciones de difícil demostración, al menos a los ojos de los

otros el esfuerzo de observación que adelanta podría ser la transcripción adelantada por sus médicos (sólo con que a nivel gramatical se cambiara la primera por la tercera persona del sujeto). Incluso, Schreber puede llegar a ser tanto más preciso, pues siendo observador de primera mano y estando dispuesto a expresarlo todo sin velamiento alguno, su informe resulta tan completo que resulta difícil de superar.

DOS. La descripción del tratamiento psiquiátrico y el recuento de los altibajos nerviosos que asaltan a Schreber -sobre todo en relación con un insomnio indomeñable- sólo al final ilustra asuntos íntimos e incompañables, como es la tesis según la cual es gobernado a través de manipulaciones de su terapeuta (dueño del poder de hablar a los nervios de Schreber sin estar de cuerpo presente).

La forma como el dominio de la ficción se apuntala de modo irrefrenable sobre la realidad más convencional se ilustra en lo fundamental a partir de la descripción que Schreber hace en referencia con su esposa, la cual al final parece más una alucinación que una persona corriente.

En el estado más extremo de abatimiento y postración -reducido por la imposibilidad de conciliar el sueño y el sometimiento a los fantasmas del encierro- a través de esa puerta de sus seis poluciones Schreber desemboca al mundo deslumbrante de voces y trasfondos ultra-humanos. Inserto en medio de un paisaje intransferible, donde se enajena desde la “construcción maravillosa” que es su propia obra (su delirante armado intangible-tecnológico, su máquica fusión donde torna esclavo de su propia invención) a partir de un enlace irrevocable, irreversible, Schreber es sólo él, singular como nadie en la medida de la más radical pluralidad.

En efecto, dueño de una experiencia excepcional que lo torna personaje de las voces del dios, héroe (al tiempo mítico y moderno), sujeto a una divinidad incompañable y arbitraria, sin Olimpos compensatorios ni cristianos-cielos-rosa, poseedor sí de una imaginaria construcción arquitectónica -así abarque el universo todo, más bien bizarra y escueta, indispensable apenas para demarcar a cada paso un territorio, para asumirse como habitante, y para ofrecer alojamiento al desdoblamiento y despliegue del resto de deslumbrantes personajes, puro paisaje de complemento que no acierta a materializarse para ser más allá de su propio horizonte- del modo más inaudito Schreber se embriaga de multiplicidad y mantiene unificado su lugar inadmisibile, en la medida de su propia desmesura y del supuesto desorden que es su desborde.<sup>222</sup>

TRES. Sin ser la primera vez que el tema salte aquí es -de un lado y otro casi reconocido tanto como repugnado- que la ruta del loco resulta cercana a la del santo, incluso podría decirse que a nivel humano intrínseco es la misma, hasta que los otros -incluidos en el modelo religioso y acogidos a sus rituales y condicionamientos- las discriminan como inversas y contrapuestas.

El dios de Schreber no se le asocia de modo personal ni entroniza a su elegido. Más bien (atado allí el dios de mala gana) la manipulación que por todo ello sobreviene a Schreber obliga a éste en cambio a aceptar los mayores vejámenes y a obligarse a un recíproco enlace desbordado y sin recompensa visible.

---

<sup>222</sup> ¿Por qué supuesto el desorden? Porque es visto siempre desde la versión de los otros -deberá responderse. Antes de decidir sobre la realidad de tal incoherencia debieran explorarse las razones por las cuales se trata de otro-discurrir-desde-lo-humano. Discurrir este al cual no le importa desplegarse más allá o más acá de la asunción precipitada de cuanto no resulta siendo menos ininteligible (así se lo justifique en tanto masiva resultante acogida desde el resto que le juzga). Mera puesta en ejercicio de lo singular, antes que desorden retrata la puesta en acto de una clave estética. Para esa involucencia, el desorden -de serlo- es otra cosa muy diversa de cuanto habitualmente se concibe como tal.

Tanto más aún: con el refuerzo de lo divino en Schreber se escenifica -hasta límites tan extremos como insoportables- el ultraje de lo humano a lo humano (todo vuelto al revés para hacer del enigma referente indispensable de inaudito equilibrio).

Así no se lo convalide como santo ni se lo deje de asumir como demente, de hecho Schreber no demanda que se le reconozca en un lugar beatífico, ni se asume tampoco en el lugar del loco. Su circunstancia se le impone en un registro de excepción que hace inevitable la incompreensión y los manejos defensivos de los otros, frente a su situación incompartible. Schreber lo entiende y supone que con el paso del tiempo y la consolidación de cuanto de modo ajeno se le impone, tarde o temprano el resto empezará a aceptar lo incompreensible (entre tanto, que sin más lo comprenda le acarrea la exclusión). Es claro: si Schreber viera graficado por otro cuanto le viene acaeciéndose, respondería de un modo igual. De hecho, sin ser otro, inserto en el núcleo del más puro enigma donde se hace visible lo ininteligible, Schreber se ve obligado a reacciones inevitables. Experiencia inaudita -frente a lo cual los humanos no saben más que negar y defenderse con todas sus fuerzas- Schreber sin embargo no sabe cómo teorizarla.

CUATRO. Quizá por todo ello los primeros enlaces con el dios no son reconocidos de modo directo por Schreber, más bien se trata de una mediación donde el doctor Fleschig realiza la operación interventora y dispone a derivaciones, que sin embargo a partir de allí terminarán por des-incluirle de modo progresivo de ese lugar donde el delirio torna cada vez más decisivo.

Schreber repugna de esta intermediación humana que le instala en un lugar subordinado y arbitrario y que da a su semejante todo el poder, a partir de un impositivo desequilibrio que sólo su capricho puede sostener (quien está para salvarle, para curarle, es portador en cambio de las peores intenciones y habilidades que quepa desplegarse, sin que nadie diverso de ellos dos pueda saberlo).

Sin embargo, lo inverosímil, lo más imposible de creer que de todo ello se deriva Schreber lo acoge con sometimiento y pasividad insuperables, nunca pondrá en duda, que la emasculación sea del registro de lo imposible ni supondrá que las voces y el resto de las alucinaciones sean de su invención (apenas ajenas, como lo pueden ser los sueños). O sea -que más allá de su conciencia-existe él, negado, cancelado, y por ello forzado a dar rienda suelta a su liberación desbordada y caótica. Y esa negación que hace de sí mismo, Schreber la cree externa, la reconoce ajena (pues es sin duda así desde que algo tan suyo -resulta ello claro- no puede asumirlo).<sup>223</sup>

---

<sup>223</sup> Cuanto se da afuera, el demente lo lleva ya incorporado como si de antemano, sin necesarias mediaciones, portara la exclusión social. Cabría preguntarse: ¿Para qué entonces reforzarlo con tajantes medidas reincidentes, como no fuera porque se necesita mantener afuera el retrato de un doble inadmisibile?

Pero, sobre todo, siendo ello así ¿cuál ha de ser entonces el real enlace entre lo social y lo demente?

Cabría al menos reconocer en ese entronque un posible punto de enlace entre versiones sin apuntalar hasta ahora de manera plena. De una parte, la tesis de la psicosis (al menos, la de Schreber) como alternativa al suicidio, y de otra, la versión general que presupone procedencia desde lo social de cuanto se quiso siempre reducir a asunto personal, intencional e intransferible. ¿Cómo se conectan ambas versiones, en efecto? Pareciera que el asunto va más allá de la mera abstracción de lo psicótico. Incluso, los modos de lo urbano de una parte, la singularidad (y lo singular) de otra, a partir de un punto desmembrados, escindidos, tienen una base común a nivel de lo humano, substrato que lo máquico refuta y reinterpretata en la más sintomática de las formas.

Desde entonces, no comporta necesaria contradicción el ensamble psicosis-suicidio ni resultan injuntables los modos de lo urbano con la presencia de lo singular -por principio independientes a nivel personal- encuentran por esta ruta de desborde -al tiempo autodestructivo (registro social-personal) y, estéticamente visto, en cambio pletórico, desmesurado- un entronque imprevisto que pareciera rescatar el tema freudiano de la pulsión de muerte (Cf. Freud. S. "Psicología de masas y análisis del yo". OBRAS COMPLETAS. Vol. 18. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 2001) sólo que en tanto capturado desde la prelación de lo estético, revisado el tema a la luz de una oferta más vasta que remonta la escuela

Schreber no consigue develar a Flechsig como su propio doble al cual usa para hacer verosímil lo inadmisibile, y su locura -más que en sus alucinaciones y delirios- se ilustra de un modo tanto más decisivo ahí donde -al modo del Quijote- su argumentación deriva más lúcida y razonable en tanto se trata de justificar lo más en extremo demente.

Pero es allí donde sus semejantes no sólo siguen manteniendo sospechas de coherencia y dudas sobre su condición, a pesar de todo, irreparable.

Lo cierto es que -más que su posible locura o su fallida beatitud- si algo decide a Schreber es su definitoria condición linderal: ni loco ni santo -un poco lo uno y un tanto lo otro- si se le viera como puesta en acto de lo singular estallando (que es de cuanto en realidad se trata) todo podría enderezarse y dar paso a una versión menos tensa y defensiva, más pertinente y válida.

## El capítulo cinco

UNO. En cambio los otros, los normales, sí pueden ejercitar lo inconsciente, permitirse esa opción de escisión que en tanto compartida, resulta convalidada. El capítulo cinco comienza resaltándolo: “Aparte del lenguaje humano usual existe un modo de *lenguaje de los nervios*, del cual un hombre sano por lo general no tiene conciencia.”

Pero entonces Schreber es fino y resulta difícil refutarle, ilustra la validez de su aserto de modo contundente. Basta pensar en cómo alguien graba algo en su memoria para que se evidencien tales procesos, corrientemente inadvertidos y silenciosos. Sin hablar, sin incluir labios, lengua, dientes, más allá de todo ello, las palabras discurren y se fijan internamente. A eso Schreber lo apela “lenguaje de los nervios”.

Es curioso que con otras palabras y con otros conceptos pero con idénticos argumentos (memoria y conciencia) Freud -al intentar dar cuenta de la indiscutible existencia del inconsciente- lograra hacerse demostrativo e irrefutable. Y, sin embargo, el resto hiciera caso omiso.<sup>224</sup>

La existencia de un más acá de la conciencia, indispensable para responder por el conjunto de los fenómenos humanos, de un modo u otro está presente en ambos, así su localización resulte inconjuntable.<sup>225</sup>

---

condición individualizante y bióloga, promocionando en cambio lo social, e incluyendo en esa condición tanática el tema del terror y el terrorismo (sumada a ello, a su vez, la diversidad de sus modalidades incorporadas).

Reconocida a la pulsión de muerte una clave de fuerza constitutiva, que si bien es horizonte que subtiende siempre en la multiplicidad de opciones que desde las resultantes humanas dan paso a las formalizaciones aterradas, de hecho por sobre ella se deberá asumir la contundencia del terror (como que resulta siendo modalidad suya, al menos subordinada desde el sentido al imperio de su tiránica e inocultable prelación).

La pulsión de muerte se reconoce -se quiere decir- sólo en cuanto el terror encarna y, desde entonces, va más allá de las escuetas demarcaciones naturales y de supervivencia, que en principio y de manera ampliada, delata.

Una cosa es pues la contundencia estética del delirio, y otra la forma traumática, sintomática, como la persona que lo encarna, lo padece y lo expresa, según se trate de la dimensión de lo humano, de lo social o de lo urbano (e incluso entendido todo como explosivas, despersonalizadas, irrupciones desde lo singular).

<sup>224</sup> Sólo, dada la contundencia del develamiento, se ha dado de modo paulatino su inclusión (sin embargo siempre restringida y con evidente demérito). Hoy por hoy el inconsciente se usa en buena parte como un colgandajo propio que sirve a cada quien para autojustificarse, al acapitalismo para verder sus mercancías (propaganda y publicidad), y a los psicoanalistas para armar una multinacional desbordada y cada vez menos operante y coherente (por sobre todo, menos productiva teóricamente hablando).

Como necesaria condición que cancela todo recurso de intencionalidad, existen dos vías que garantizarle aislamiento a las personas, fueran quienes fueren: instalarse al interior de vínculos indispensables pero por rutas contrapuestas, de tal modo que cuando el colectivo niegue un enlace, por definitorio y valedero que fuere, terminar localizada (la persona) en ese lugar. O bien, abierta negación a ingresar o a permanecer en la arbitrariedad inaugural, la cual torna indispensable para que a partir de allí, de manera paradójica pueda desplegarse el predominio de la razón.

De modo indistinto para la resultante-Schreber se impone la opción de ambas vías, mientras que la operación freudiana encuentra una imprevista ruta alterna donde el inconsciente media y resuelve más allá de lo escuetamente particular y propio.

Entre tanto, el colectivo radicaliza su urgencia de conciencia y de intencionalidad, y cada quien se apuntala allí dentro desde la peculiaridad que le impone su historia y su lugar en lo social, pero manteniendo constante la urgencia negadora, más o menos radical, según se trate de uno u otro modelo.

DOS. Schreber asume ahora -a nivel de este nuevo capítulo- ser un enfermo nervioso y no es ajeno al reconocimiento de otros, sanos en cambio. La diferencia estriba en que normalmente el empleo del lenguaje de los nervios es asunto de cada quién, desde que de modo voluntario se decida a su uso. La enfermedad nerviosa de Schreber consiste, según él, en que sus nervios son “puestos en movimiento desde el exterior”, “sin interrupción ninguna”.

Schreber logra incluso reconocer la existencia de la hipnosis, donde de hecho un humano logra apuntalar un vínculo decisivo sobre otro y/u otros, más allá del registro de lo onírico escueto. Pero, en cambio de seguir esa vía como lo hiciera Freud, se excusa de su desinformación psiquiátrica, razón por la cual se invalida cualquier incursión suya de ese orden.

Por ello -en cambio de terminar pensando en un inconsciente desde donde se delira y se alucina, e incluso se sueña- Schreber coloca afuera y doblemente -desde Fleschig y a partir del el propio dios- un vínculo que impone el sometimiento y la escenificación de conjunto.<sup>226</sup>

Más que colocar afuera, reconocer afuera. Schreber se re-ata a partir de allí -tarde sí- pero a la manera del más primordial apuntalamiento que decide al humano sujeto. Tal cual se da enlace al lenguaje, a la madre, a la patria, a lo social, a lo urbano, a lo humano mismo, Schreber consolida el vínculo al delirio del cual en forma singular sólo a él le es dable participar.

Por tradición, lo divino da cuenta de esta modalidad de vínculo a través de los sueños de los hombres (los sueños, que entonces son puestas en acto de tal enlace, el cual se impone de modo inapelable a los hombres todos, incluídos ateos).

---

<sup>225</sup> Resulta claro que estas líneas y cuantas siguen imponen una gran flexibilidad en los criterios de análisis. Al menos debe decirse que no se trata de comparaciones, menos aún, sin son en referencia con apuntaladas resultantes personales. Los señalamientos hacen sí referencia al tema de la común captación, de eso que estando más acá de toda conciencia, puede ser o no incluido, captado (así fuere por diferentes vías).

Por ende, tampoco se aspira a promover lo psicótico ignorando lo clínico. Sí, en cambio, mostrar las posibilidades de interpretación y abordaje no forclusivo de lo psicótico, a lo cual da paso la inclusión de lo estético.

<sup>226</sup> La condición científico-psicoanalítica riñe con la oferta alucinatorio-delirante, acaso más de cuanto acontece al ampliar la mira para reconocer la objetiva contraposición entre lo normal y lo psicótico. Miradas las cosas en perspectiva psicoanalítica, tres modelos se distinguen de manera precisa dado que se piensa todo en referencia con la forma de incluir o excluir lo inconsciente: negándolo, buscando descifrarlo, o expresándolo del modo más literal.

Más allá de esa válida distinción, todo se aplanan y modifica si se ve en ello resultantes modales que arman diversas claves de representatividad (todas ilustrativas de lo humano envolvente, expresión de diversidad de despliegues, tanto de lo social como de lo urbano, tecnologías diversas de apuntalamiento máquico, y hasta irrupciones defensivas o explosivas de lo terrorista).

Dado que para Schreber se trata, además de la influencia inconveniente de Fleschig -quien lleva su marca hasta las regiones de la vigilia- de las personas normales en general -quienes en cambio logran allí, al despertar, des-vincularse, ilusionarse con una temporal autonomía-. Resulta difícil entonces, que estas últimas, vayan a creerle a Schreber pues ni reconocen desde la vigilia sus propios sueños como ciertos, ni mucho menos los asumen con la seriedad que comporta reconocerles apuntalados en forma directa con lo divino.

TRES. Como fuere, el vínculo con lo singular comporta en Schreber la compulsión a pensar según expresión propia de las voces interiores. Lo cual significa que Schreber no se puede detener como cualquiera puede hacerlo, cuando se trata del ejercicio de las funciones intelectivas. La tensa relación de ello resultante, conduce a fenómenos como la adulteración de los pensamientos y la formulación de frases incompletas que esconden de ese modo lo más esencial del sentido, al tiempo que ponen en acto un diálogo inconveniente donde la persona de Schreber es maltratada.

Lo cierto es que la influencia de Schreber resulta excepcional allí, desde que en realidad se trata de un modelo donde reina el intercambio con las almas difuntas. El trato que crece incontenible es con este tipo de entes en los cuales predominan los intereses religiosos, salvo en algunos casos donde el encierro obligó a presuponer a Schreber la muerte de quienes en realidad permanecían en vida, según lo confirmaban diarios y cartas que con posterioridad le fuera permitido abordar. Aún así, desde esa particular condición se anexan a la larga lista personajes ubicados de modo muy preciso en referencia con cargos y papeles. Incluso el Papa participa dirigiendo un “rayo chamuscado” propio, sumado a infinidad de monjes y de monjas, benedictinos, jesuitas, obispos, arzobispos, párrocos, cardenales y diversidad de canónigos, con rangos inubicables pero reconocibles con toda precisión, en cuanto a sus apellidos se refiere. Sin embargo, aparecen también un neurólogo vienés, un judío converso y eslavófilo “quien quería esclavizar a Alemania” a partir de Schreber (aunque deberá aclararse para no generar inconvenientes sospechas, que no se dice que desde entonces se apelara Hitler, pues en realidad quería fundar allí el imperio del judaísmo). Abogados, diputados, miembros del Corps Saxonia, consejeros privados con jefaturas en Sirio (como resultaba serlo el doctor Wächter, el cual había desempeñado antes el mismo cargo en las Pléyades), el hermano, el padre, la madre, la esposa y el suegro de Schreber, Ernst K., amigo de juventud, y también un hombrecillo quien además era príncipe.

Todos ellos reforzaban y daban vida a las voces de Schreber sin saber nada unos de otros, y al lado de ellas, las voces del dios, de procedencia más elevada y portadoras de la más contundente omnipotencia.

CUATRO. Por supuesto, no se trata de reponer paso a paso el despliegue del delirio, sabiendo que quien quiera hacerlo tiene a mano el texto de Schreber, pero a veces resulta indispensable detenerse en esas descripciones, como de hecho acontece en esta oportunidad.

En efecto, resaltar la riqueza escénica del delirio torna indispensable si se reconoce, que es quizá a partir de este capítulo que debió apuntalar Freud la certeza de que lo homosexual decidía de modo prioritario la psicosis de Schreber.

Es claro -y ha sido ello reconocido con antelación- que Freud en esta época (1911) piensa aún las psicosis a partir del horizonte conceptual que ha ido consolidando en el desciframiento de las psicopatologías humanas, más próximas de las neurosis y acaso de las reconocidas por él, de modo envolvente, como perversiones. Resulta bien sabido que Freud ni siquiera vé la urgencia de apelar a un mecanismo defensivo definitivo diverso de la represión para dar cuenta de la especificidad que

demarca en primera y en última instancia a las psicosis (aunque no dude en reconocer recursos ya más radicales, para dar cuenta de las perversiones).

De igual manera, a un nivel más restringido, acontece con el tema de la homosexualidad que aquí al menos resulta indiferente reconocerlo, como literal puesta en acto de apetencias eróticas específicas y excluyentes, o en cambio, a título de marca decisiva (en la medida en que se trata de ejecutorias impedidas, de realizaciones imposibles). Sin duda, debe todo consistir en esta segunda ruta, la cual a pesar de ello no logra atenuar la simplificación, que la contundencia de una demarcación de ese orden comporta. Y es que asuntos como el almicidio, la emasculación misma (para no hablar de la reclusión o la tortura) parecieran no significar, en la medida en que la envolvería de la homosexualidad aspira decidirlo todo a nivel de la peculiar versión diagnóstica freudiana.

CINCO. La descripción adelantada que se escenifica partiendo de la burocracia de los rayos del dios -la cual en principio ordena y perpetúa a las almas de los humanos fallecidos, pero incluye presencias íntimas y familiares, tanto como los registros que remontan directas conexiones religiosas- evidencian más bien la presencia de una suerte de ciudad interior, la cual ni siquiera se reduce a coincidencias terráneas en sus demarcaciones territoriales.

La ciudad interior de Schreber es más bien similar a una ciudad de los muertos que puede crecer hasta límites imprevisibles y cubrir zonas de amplio espectro sideral. Ciudad de personajes como la ciudad onírica de cada quién, con la diferencia de que las imágenes allí son portadoras de una realidad indiferenciable, dada la condición apabullante de lo alucinatorio que las soporta. Por eso no arma contradicción la circunstancia que conlleva incluir personajes supuestamente muertos, o de quienes no se ha vuelto a tener noticia. El silencio y el vínculo humano -este último empobrecido de alimentación relacional- han corrido su velo, imperceptible pero decisivo. Periferia ésta, que tal cual evidencia la capa que cobija a los hombres cuando se frecuentan, erosiona con su falta las tierras y las almas.

SEIS. Por encima de ello, la contundencia diagnóstica -más bien heredada a la psiquiatría- impide reconocer el despliegue de un modelo alucinatorio-delirante, que nunca se mantiene idéntico de sí. Por decir algo, el tema del suicidio es muy distinto según la época de la cual se trate, incluso en cada caso las variantes autodestructivas adquieren diversas maneras de expresión y la importancia de su presencia puede ser tan oscilante que podría de hecho desaparecer, luego de emergencias incontrolables y prioritarias.

La propia emasculación es abordada por Schreber en referencia con eruditas captaciones, informadas y sostenidas por las voces. Es el caso del judío errante (que Schreber distingue de la leyenda homónima del judío Ahasvero, pero que relaciona con las historias de Noé, Deucalión y Pirra), también la vincula con la leyenda de la fundación de Roma, en tanto en ella Rea Silvia concibió a Rómulo y Remo, no de un padre terrenal sino de Marte, dios de la guerra.

Como fuere, el judío errante fue emasculado como condición indispensable para parir hijos, y ello debió ocurrir en la historia de la humanidad en más de una ocasión. Pertenece pues a una condición de ordenamiento cósmico. Se sabe por las voces, que algo similar aconteció a un conde polaco (Czartorisky) y a otro de apellido semejante, dado que “el pueblo polaco, quizá mediante la metempsicosis exista por segunda vez en algún otro astro”.<sup>227</sup>

---

<sup>227</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 55).



Es claro que lo histórico convalida lo mítico, y que la leyenda puede resultar siendo decisiva y válida desde que en el pasado en tanto tal, a partir de allí -por encima de todo rigor y de toda empírica exigencia- se apuntaló y definió el presente del modo más inevitable y decisivo.

SIETE. Por otra parte, una cosa es lo imaginario y otra la ficción. Y lo real está ya en lo simbólico desde que se coloca nombre al enigma irreductible.

La ficción rompe, inventa realidad (lo imaginario es siempre en cambio, su subordinado). Incluso, la realidad -desentrañada como ficción- es terrorista y deconstructiva. Allí se instala la literaria armazón de Schreber, donde él mismo se hace realidad nueva, loca y ficticia hasta lo arbitrario. Y ha de ser a partir de ello que hasta el suicidio -forma la más irreductible de terrorismo, en tanto modificado, en cuanto mutado a través del proceso delirante-alucinatorio- muta en psicosis. El juego de las almas y de la muerte que en confluencia con el dios se escenifica así,<sup>228</sup> termina convirtiendo al suicidio en pieza adicional de las variantes del delirio tornándolo artilugio metamórfico (para la sorpresa de las clínicas -tanto psiquiátricas como psicoanalíticas- que, si es que acaso lo asumen, no logran explicárselo).

Schreber es la pérdida total de distancia (entre persona, texto, escenario, personajes, escenificación, autor) y en tanto tal, cuando inventa su propia e incompañable realidad, pasa por encima de toda verosimilitud realística. Schreber es el colmo de la puesta en acto de la persona, Se sabe entonces por qué se asumió siempre que ella (la persona) era máscara en realidad, máscara de personajes, soporte de escenarios escuetos, de espacialidades sin fronteras, de vacío insalvable, donde todo es llenado por puro pánico y donde prospera la ficción, para no naufragar de modo definitivo en la indefensión que impone el directo encuentro con el terror<sup>229</sup>.

OCHO. Terrorismo divino que surge del desequilibrio de poder y el cual deja de ejercerse como inagotable potencialidad creadora, para convertirse en derecho del más fuerte. Tanto más demoledor en cuanto el orden cósmico se quiebra, en el caso concreto de Schreber el terrorismo divino procede de “la presencia del alma impura (“probada”) de Flechsig en el cielo”, desde que se dan ciertas ventajas técnicas respecto de específicos nervios divinos.

Dados por primera vez, y siendo que procedían del modelo de las almas, los nervios de Flechsig en el dios carecían de la capacidad de auto-sacrificio (indispensable para recuperar el sueño a Schreber y de ese modo curarle, en la medida en que conseguirían tornar inocua el alma de Fechsig).

Esta versión -no sólo diagnóstica- que en realidad incluye un reservado pronóstico, se va a modificar de modo significativo a través del proceso delirante. El sueño, en buena medida, podrá ser recuperado luego, y sin embargo el delirio no va por ello a desaparecer (quizá sí, la riqueza representativa tan exuberante en estos primeros períodos. En efecto, luego se verá afectada de modo decisivo por ello).

NUEVE. Una de las claves que deciden a Freud por la certeza diagnóstica que da a lo homosexual condición determinante en la razón de ser del cuadro psico-patógeno que éste reconoce en Schreber, está de manera decisiva presente en este capítulo. En la página 60 formula Schreber de modo literal: “Todos los intentos dirigidos a perpetrar el almicidio, a la emasculación para fines contrarios al

---

<sup>228</sup> Cf. Ibid, sobre el terrorismo del dios (P. 59).

<sup>229</sup> La persona entonces enlaza la urgencia de lo social, de una parte, con su condición de defensa frente al terror, de otra, y así se juega todo hasta que lo terrorista termina irrumpiendo como síntoma explosivo al interior de lo social mismo, y la persona en consecuencia se ofrece como bomba de realidad suplementaria, de un modo u otro, anunciando estallido.

orden cósmico (es decir, a la satisfacción del apetito sexual de un hombre) y posteriormente a la destrucción de mi mente, fracasaron.”

Una nota anexada allí con posterioridad -concretamente en noviembre de 1902- ilustra cómo el tema pierde fuerza y significado, al punto de imponerse decisivas aclaraciones y reacomodos a propósito de asuntos como la relación estrecha entre orden cósmico y dios (de alguna forma ausente en la formulación inicial que adelantara Schreber).

Si -en tanto proyectado y negado con radicalidad- el asunto que dispara lo psicótico fuera lo homosexual, la consolidación del vínculo con el dios -que desdibuja la importancia de Flechsig hasta casi desaparecerle o sustituirle, en cambio de atenuarla- agravaría sin duda esa circunstancia, lo cual es evidente no acontece. Cada vez es más claro que el poder de Fleschig parte de su actitud recluyente terrorista, nunca asumida, que sin embargo le hace portador de capacidades y potencias que ni siquiera el dios puede soslayar.

Aún si se le apela a esto transferencia, debieran ser otras las claves que den cuenta de un vínculo tan contundente y desmesurado, donde todo enlace interpersonal -más aún si se trata de la convención terapéutica- es consecuencia ya. Al menos, desde la perspectiva clínico-estética se sabe que tal peculiaridad está de manera directa enlazada con la indefensión frente al terror, que con inocuas pretensiones terapéuticas, los recursos psiquiátrico-reclusivos en realidad exacerbaban.

## **El capítulo seis**

UNO. Ya ha sido señalado que Schreber carece de la posibilidad de reconocer lo estético como la condición primordial, que sumada a lo clínico decide su cuadro. Lo cierto es que entre más se incursiona en su narración más decisiva resulta esta circunstancia.

Obediente a esta constante, Schreber comienza en el capítulo sexto por contraponer su personaje-religioso al personaje-científico. Sorprendido por la emergencia del primero, en tanto en su vida nunca fuera de algún modo místico, Schreber desconoce haber poseído habilidades creativas, y asume como perfil más ajustado a sus habituales fortalezas el segundo personaje, “sereno, desapasionado, de pensamiento claro, muy sensato”, y por sobre todo, predisposto a la crítica racional. Tampoco la inclinación de Schreber era artística -así hubiese garrapateado algunos versos de cuando en vez- ni menos se podría reconocer proclive a la reflexión filosófica (ni siquiera pudiera haberse previsto en él una particular habilidad escritural, ni el habitual despliegue de una consecuente disciplina en tal sentido).

DOS. Por fuera de bondades o impedimentos personales -y si no se le quiere de un modo u otro censurar por ello- lo cierto es que para Schreber las diferencias entre mundo onírico y vigilia casi se han borrado, y es a ese nivel que se tendría que empezar a buscar la sorprendente característica de su peculiar despliegue. Por ende -diverso de su contundencia- el insomnio allí no puede ser más que efecto, nunca la causa de tan febril producción. Como fuere, ni se trata de una mera superposición de lo onírico sobre lo vigílico, ni este último acierta a sostenerse (así en forma significativa sea disminuido dentro de esa condición de certeza, que por lo general caracteriza su más habitual e inmediata aprehensión).

Por el contrario, un desfile inagotable de personajes, ajeno a todo realismo, se da y sostiene dentro de una continuidad -que más que intermedia entre los dos polos escindidos de lo onírico y lo vigílico

que caracterizan las resultantes normales- es un modelo nuevo e imprevisto, el cual a pesar de inaudito, resulta no menos provisto de normas propias y peculiares, de lógicas severas, más allá de caóticas.

TRES. De un modo digno de las más fantásticas y frecuentes películas actuales de magia y ficción, en la página 68<sup>230</sup> comienza Schreber a describir el proceso de irrupción de hombrecillos. Cualquier niño contemporáneo se solazaría escuchando estas prolijas descripciones. Luego de esto, Schreber pasa además a dar cuenta de la reorganización sideral de su mundo, ajustada a criterios tan personales y arbitrarios como las denominadas fantasías de fin del mundo, inevitable consecuencia de las inconvenientes relaciones generadas entre el dios y Schreber, lo cual comenzó por comportar graves hecatombes en diversos astros y constelaciones.

De otra parte, más allá de su imprevisible discurrir nocturno, el sol se comportaba como un perro siguiéndole de un lado para otro, lo cual generaba en Schreber inevitable terror.

En realidad, había no sólo un sol, eran dos en cambio, desde que la constelación Casiopea se había condensado en una resultante solar que se ajustaba sin discusión a los comportamientos que impone la realidad solar habitual.

CUATRO. Más que del fin del mundo se trata de la creación de un mundo nuevo, ante cuya contundencia el mundo real cede de modo decisivo.

De hecho el fin del mundo -visto todo así- es más bien la forma como el psiquismo delirante de Schreber responde de manera irónica, a la decisión coercitiva-reclusiva con la cual el modelo psiquiátrico procede frente a su incomprendida producción estética.

La desaparición del viejo mundo obedece más bien a la ruptura radical con los a priori temporo-espaciales. No que desaparezcan tiempo y espacio, es que se alteran y metamorfosean más allá de toda constancia (exigencia indispensable para cualquier perpetuación normal al interior del mundo externo).

Es como si Schreber viajara en una suerte de máquina del tiempo, que fuera transportado por un mundo imprevisible, mientras en simultaneidad quedara convertido en un “único ser humano real”.<sup>231</sup> De hecho, el propio Schreber confiesa que se desplaza en un vehículo de este tipo que le lleva por las profundidades de la tierra siguiendo en sentido inverso la ruta de la historia de sus habitantes y de sus geografías.

CINCO. La condición del doble también se hace presente en estas constataciones. En las páginas 70 y 71, Schreber describe a un doble suyo que lleva su nombre, personaje fallecido, mucho más dotado a nivel intelectual, aunque en esta nueva emergencia resultaba “espiritualmente menos valioso”. Schreber confiesa su extrañeza, pues sabe a ciencia cierta que en su árbol genealógico nunca existió alguien así. Más bien se trataba de la encarnación de quien en registros de intransferible interioridad, portaba la clara certeza de “la paulatina extinción de su alma”.

Schreber sigue el recuento de sus creaciones interiores y ajenas, aludiendo ahora a los personajes con varias cabezas, de “muchas individualidades en el mismo cráneo”, y que son aterradoras captaciones de las almas en conexión nerviosa con Schreber.

Si Schreber tuviese a mano y reconociese la doble realidad escenificante que imponen, lo social de una parte y la interioridad personal de otra, no tendría por qué excusarse. Como acto seguido,

---

<sup>230</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit.

<sup>231</sup> Ibid. (P. 70).

Schreber se ve obligado a hacerlo (sin embargo, resulta al tiempo indiscutible cuanto plantea, si se le mira a partir de la habitual y compartida negación de ello, por parte de los colectivos humanos). Dice Schreber: “Tengo plena conciencia de que todo esto tiene que sonar muy fantástico a otras personas y por consiguiente no iré tan lejos como para afirmar que todo lo que he relatado sea la verdad objetiva: me limito a referir qué impresiones se mantienen aún adheridas a mi memoria bajo la forma de recuerdos”.<sup>232</sup>

SEIS. Como en un cuento de Andersen o Carroll, en los viajes fantásticos que Schreber narra abundan osos, hombres amarillos, gatos de ojos relucientes y castillos junto al mar, bosques sagrados, resplandores luminosos, “coronas de rayos” bordeando la cabeza de Schreber, como si fuera Cristo o el sol mismo (las personas reales desaparecen en cambio. como acontece con el Dr. Quentin o el guardián W.).

Después de todo ello, nunca sabe Schreber si habita aún en la tierra o si vive en Foibos, satélite del planeta Marte (por todo lo cual, la luna sería entonces el mismo Marte).

Más bien que en un sueño ininterrumpido y superpuesto sobre la realidad misma -lo cual haría de todas estas emergencias suyas un devenir alucinatorio acorde con el supuesto humano externo, sobre todo sostenido por Kräpelin- como si se tratara de un personaje a la manera del Principito, Schreber pareciera más cómodo existiendo dentro de una narración literaria (“el visionario” de Schiller concretamente). Según Schreber, es la tendencia escéptica de un acendrado materialismo la que impone esta generalización allí donde, de ser sensible a la realidad de lo sobrenatural, se impondría discriminar entre “visiones verdaderas” y “visiones oníricas corrientes” de corte más vulgar, de hecho coincidentes con las alucinaciones propiamente dichas y que ponen de una vez de acuerdo a psiquiatras con locos delirantes.

SIETE. Ya ha sido resaltada la razón que aduce Schreber para afincarse en esta argumentación: siendo un hombre apenas religioso, alega que sus captaciones son productos de una objetiva imposición externa, y no mero fruto de desórdenes subjetivos (los cuales se agotarían por ende en la mera producción personal más arbitraria e insostenible).

Schreber no admite que la locura sea una, y que desde su inocultable e indefensible enajenación, quien caiga allí resulte por necesidad equivocado.

Lo cierto es -que vistas las cosas en perspectiva estética y del modo más descarnado e impersonal- se trata siempre de resultantes, diversas sí, donde el suplemento de cada construcción esconde el enigma indescifrable sobre el cual cualquier modelo se apuntala (sea psicótico, normal o de cualquier índole diversa) y que cada quien incorpora y asume como el único valedero (de igual modo a cuanto acontece con la asunción de las religiones y de las creencias en general). Dicho todo de un modo más vasto e incluyente: formas que creen en las formas, que les reproducen y justifican.

## **El capítulo siete**

---

<sup>232</sup> Ibid. ( P. 71).

UNO. Aunque este capítulo prolonga la descripción que se viene adelantando desde el anterior, a la luz de la versión clínico-estética debe reconocerse, que allá se trataba de manera predominante del tema del doble, mientras acá el énfasis se coloca en el asunto del virus.

Por supuesto, el virus aplicado al asunto-Schreber es más una cuestión médica que tecnológica y en un doble sentido: por ser el padre médico, pero también en tanto el concepto de virus procedente del campo de la medicina, en esa época no tenía la aplicación ampliada que se hace hoy posible a partir del despliegue de lo tecnológico.

Pero si bien se ve es ante todo asunto mental, algo que en primer lugar acontece al alma, aún siendo a través del cuerpo y de sus opciones mutantes, sobre todo cuando de lo terrorista-destructivo se trata (suerte de “escorpiones”, “masa de tejidos semejantes a cangrejos o arañas”, destinados a llevar a cabo en la cabeza de Schreber “una labor destructiva”). Esos bolos tenían “carácter de almas” y eran por ende “seres parlantes”, los escorpiones se distinguían entre “arios” y “católicos”, siendo los primeros más grandes y fuertes.

En la nota 49 de la página 86, Schreber aclara que los arios expresan “la tendencia nacional-alemana que existía en una gran parte de las almas que quería mantener para el pueblo alemán la posición de pueblo elegido de Dios, en contra de los propósitos catolizantes y eslavizantes de los que estaba poseída otra parte de las almas”.

DOS. Revistiendo de otra membrana cerebral el cerebro de Schreber, los virus eran sobre todo operantes a partir de la gestión de almas difuntas de jesuitas que intentaban extinguir toda conciencia de identidad, o bien -y en esto la participación de los jesuitas no es tan visible- ennegrecer los nervios de Schreber, introduciendo por un milagro en su cabeza los también ennegrecidos nervios de otros hombres muertos (tipos como Bernard Haase, un tal R., o Julius Emil Haase, incluso la propia alma del padre de Schreber, con lo cual se hace evidente hasta dónde. a estas alturas del proceso, es escaso el peso de este último en el armado delirante de Schreber).

La verdad es que la proliferación de personajes es tan amplia y variada, que con toda certeza se trata más de un paisaje envolvente, de una ciudad interior, que antes de reducirse a escuetos y restringidos modelos familiares e infantiles decididos a partir de urgencias edipo-freudianas, remonta incluso la misma amplia condición de lo urbano -o mejor- en extremo enlace entre la forma más íntima de ciudad y de Ciudad (escrita con mayúscula, pues es la forma más envolvente e irremontable de la obra humana), reconociendo la más amplia condición cósmica que -en tanto su versión suma desmesura y delirio- no excluye por ello lo urbano mismo: de hecho, escritura-delirio donde lo máquico se desborda de tanto coincidir consigo mismo.

TRES. El comienzo del capítulo siete -donde Schreber asiste al reconocimiento de la noticia de su defunción y que interpreta como imposibilidad de retorno a la sociedad humana- incluye así la presencia de esa señalada clave destructiva, que se decide desde esta condición predominante del virus donde lo terrorista aparece, de un modo tanto más definido y determinante (todo ello, sin duda, suplencia y reposición de sus fallidas realizaciones suicidas).

Fuere así o no, la atmósfera terrorista lo califica todo (incluido el profesor Flechsig quien se habría pegado un tiro, razón por la cual Schreber asiste también a la imagen onírica de ese cortejo fúnebre). A pesar de su posible deceso, el profesor Flechsig aparecía también como un personaje de nervios ennegrecidos, que conforman entonces el “infierno de Flechsig”<sup>233</sup> -o bien, acompañado de un

---

<sup>233</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 87).

policía, cuando no, posando de “dios Flechsig” ante su esposa, la cual por ello le supone loco- lo cierto es que Flechsig progresa hasta el virus mismo: su alma en forma de bulto u ovillo, de un volumen equivalente al de un promontorio de algodón o telaraña, lanzado por medio de un milagro dentro del estómago de Schreber y evacuado a su vez con gran dificultad por la boca de éste.

CUATRO. Conexo a esta temática, aparece el tema de lo nacional-alemán ligado al “primer juicio de Dios”, donde sólo Schreber -o algún líder nominado por él- podría conseguir mantener al pueblo alemán en calidad de “elegido por Dios”, todo debido al conflicto surgido entre Flechsig y Schreber. Alude Schreber luego a una corta disertación devaluativa sobre monjas y catolicismo, al papa Honorio, a la muerte del “papa actual”, al reconocimiento de que el mundo no se ha modificado a nivel externo como la sucesión de escenificaciones suyas le hiciera suponer, a su futura metempsicosis que comporta incorporar “papeles”, tanto como a una “Hiperborea”, “un novicio jesuita de Ossegg”, “un burgomaestre de Klattau”, “una joven alsaciana que tiene que defender su honor sexual contra un oficial francés victorioso” y hasta un “príncipe mongólico”.<sup>234</sup>

CINCO. Visto todo a partir de este desborde representativo, cabe preguntarse si la emasculación de Schreber es franco soporte suyo como persona, o en cambio, afirmación de un personaje más. Más allá de ello, incluso, ambas opciones calificadas desde la ficción, la metamorfosis, el desborde escénico, uno y otro asunto forman parte de la sustancia terrorista-delirante: ni entroncadas de manera necesaria, ni subordinadas a jerarquías causales, modalidades autónomas y fusionadas al tiempo, según lo imponga el indispensable devenir alucinatorio y las exigencias de su reproducción y despliegue.

Confiesa Schreber, al extremo de estos desbordes escenificantes: “Yo mismo me aparecía ante mí en la forma de convidado de piedra que había regresado a un mundo extraño desde un remoto pasado”.<sup>235</sup>

Decisivas modificaciones en la conducta que hacen referencia al dormir -donde Schreber niega toda utilidad a los procedimientos psiquiátricos, y explica las condiciones que tornan indispensables para que él pueda en realidad recuperar el sueño- evidencian una vez más que a medida que el proceso delirante-alucinatorio se consolida el tema del insomnio resulta siendo allí, más bien efecto que causa suya.

En cambio, el tema del virus crece como el asunto dominante y envolvente. En efecto, iniciándose como mutaciones corpóreas, órganos sexuales en enlace con las temáticas de fin del mundo y en franca conexión con el hechicero Flechsig, percances y desastres mundiales parecieran invadirlo todo.

Y es que por esos motivos, desvanecido Schreber en forma súbita de la memoria de los hombres, acontecen modificaciones que generan temor y terror entre los colectivos humanos, destruyendo sus fundamentos religiosos, provocando nerviosidad e inmoralidad generales, y sobre todo, desencadenándose epidemias devastadoras, lepras y pestes (de las cuales el cuerpo de Schreber evidencia ya huellas indiscutibles).

La versión del virus no es menos contaminatoria, en tanto afectada por la abrumadora presencia del contenido delirante.

---

<sup>234</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (Ps. 79 y 80).

<sup>235</sup> Ibid. (P. 82).

## El capítulo ocho

UNO. Más allá de inconvenientes generalizaciones y coberturas, la versión empírica del terrorismo envolvente y dominante no deja ver una condición decisiva que determina sus indudables marcas: en contraposición con esta imposición, terrorista ya, se trata de reconocer el terrorismo como el punto donde las distancias habituales entre realidad y ficción se disuelven. Como el terrorismo se confunde con sus efectos, por lo general demoledores, con igual descuido se termina por desconocer esta clave de hecho definitoria. Más que ilustrar, Schreber encarna el concepto en ese sentido, permitiendo con ello evidenciar, del más palmario de los modos, que si no se asume el inocultable aporte que esa clave suma, lo esencial de la cuestión queda sin incluirse.

No se trata apenas de asignar un calificativo incierto y de pronto excesivo, y si bien Schreber nada sabe a propósito del terrorismo, lo cierto es que lo implementa sin restricción en ese específico sentido.

El terrorismo no es asunto que se resuelva por la ruta habitual que contrapone de modo tajante, teoría y práctica. El terrorismo no es práctica pura sin teoría posible que lo nivele, aunque es bien claro que de todos lados se aspira a ello. De hecho, la modalidad vulgar del terrorismo se apuntala así.

Más acá del extremo de lo empírico y tangible, al sumarse la presencia de la ficción que subtiende en toda realidad y que cualquier acontecimiento terrorista incluye ya, se impone una finura decisiva -corrientemente oculta- que solo aparece cuando tales polos ensamblan. Entonces, contra todo convencional paradigma, surge por esa vía -única posible- la opción de lo creador.

Todo terrorismo comporta la posibilidad extrema de la puesta en acto de lo más explosivo-implosivo. Se trate del modelo más burdo, del atentado puro, o -siendo extrema, salvaje, sintomática emergencia de la renovación más impedida- creación y destrucción devienen allí contaminadas e inseparables.

DOS. Se trata ahora -en este nuevo capítulo- del efecto que genera la salida del hospital que dirige el doctor Fleschig, y el ingreso al hospicio del doctor Pierson, denominado por las voces “la cocina del diablo”.

Dos claves de terror resultan decisivas. En primera instancia -dada la transformación de Schreber en una criatura femenina- la idea de un abuso sexual por parte de los guardianes del hospital.

Schreber no deriva entonces de ahí, que así como los otros están impedidos para ver de manera directa la tangible presencia de lo divino, tampoco han de estar de modo especial sensibilizados para capturar estas metamorfosis corporales que la emasculación comporta. Siempre pensará Schreber en cambio, que en cuanto ello se imponga y afinque de modo objetivo y sostenido, nadie podrá dejar de rendirse ante las indiscutibles evidencias.

Pero tampoco existe allí un médico, o alguien que con solidez argumental le plantee a Schreber señalamientos de este orden (que en un punto tal de excepción, en cambio -dada fragilidad en el argumento- sólo podría hacer mella en su interior).

El descuido que todo esto evidencia, tiene pues doble razón, tanto para el modelo psicótico como para el apuntalamiento del asunto desde la perspectiva de lo normal, delatándose así puntos de alianza, desde que ambas partes -de modo espontáneo- asumen la existencia de un abismo de separación insuperable.

TRES. La otra modalidad de terror surge de la idea de Schreber de “ser arrancado de la celda para ser ahogado en la mitad de la noche”, con lo cual le prevenían de continuo las voces.

Esta segunda circunstancia surge con toda evidencia, de la forma como se delira la reclusión y de cómo ésta se incorpora al cuadro general, delatando con ello la perfecta continuidad entre el terrorismo manicomial y el terror implosivo.

El primero -más externo, obviamente- se asume desde el lugar de la víctima y a partir del reconocimiento de manejos de poder, arbitrarios y omnímodos (y que -por sobre todo- delatan la decisiva y definitoria incorporación de algo más que la mera participación personal allí). Mientras que el segundo -de más íntima marca- en tanto intangible artilugio tecnológico, incorpora el delirio.

A partir del entrecruzamiento de estas modalidades de terror, Schreber -escindido de manera tajante- asiste al más desenfrenado “abuso de milagros”. Todo comienza por la inexplicable desaparición del “ordenanza del tribunal supremo” (o sea, el nuevo guardián portador de alguna semejanza física con quién semanas atrás traía a casa de Schreber las actas del tribunal de Dresde).

CUATRO. Tal ordenanza usaba las ropas de Schreber.

En el jardín, la población de pacientes resultaba excesiva en relación con la real disponibilidad física del hospital.

Primero fueron la esposa del pastor W. y Fr., también la propia madre de Schreber, algunos señores (entre los cuales figuraba el camarista del tribunal supremo provincial K. de Dresde, con una enorme y deforme cabeza), docenas de hombres -todos de algún modo relacionados con el pasado de Schreber- poblaban el jardín y con igual arbitrariedad desaparecían.

Schreber pensaba entonces, que el patio -sin vegetación y encerrado entre muros y sin donde sentarse, sitio de reunión de esa amplia población de entre 40 y 50 figuras humanas- se parecía más bien a un corral.

La mayoría eran figuras extravagantes entre los cuales aparecían individuo llenos de hollín, con blusas de lienzo, casi todos silenciosos e inmóviles, algunos pocos emitían frases entrecortadas, otros intercambiaban sus cabezas, así que de pronto comenzaban a corretear con una cabeza prestada.

Tampoco esto sorprendía a Schreber ni le generaba un mínimo de distancia frente a tan desbordante producción, sin duda porque él mismo estaba inmerso en ese mundo intransferible e irremontable.

CINCO. Conviene también resaltar cómo, no sólo la escueta reclusión comportaba efectos decisivos sobre el juego de alucinatorias representaciones. Cada espacio allí generaba su propio despliegue. Por ello, ya en el interior del hospital, el listado de personajes se modificaba y en el cuarto vecino al de Schreber aparecía otro personaje, el Sr von O., de Mecklemburgo, en cuyo cuarto colgaban cuadros de papel de color rojo, mientras cundía allí un olor peculiar denominado desde el capítulo uno, “hedor del diablo”.

No faltaba en alguna parte el suegro de Schreber. La comida se transmutaba de continuo y las edificaciones daban paso a castillos de hadas.

A todas estas, el alma de Flechsig se escindiría en gran número de partes (entre 40 y 60) algunas de un único nervio y pequeñas en grado sumo.

De igual modo aconteció con el alma de von W., y hasta era posible sumar a todo ello un alma en común de éste último con Flechsig.

Lo más interesante de esta inagotable lista de personajes de múltiples condiciones y calañas es que, a partir de una rotación decisiva, Schreber termina alojando en su abdomen al dios o apóstol de hombrecillos formados del espíritu suyo, de escaso tamaño corporal y que propicia una suerte de



auto-fecundación (pues ese dios-apostol es Schreber mismo, desde que éste le asume como carne de su carne y sangre de su sangre). Forma sinuosa esta de reconocer entre líneas cómo su dios, sus dioses todos, son -a su vez- sus propias creaciones y sus auto-retratos.

SEIS. La predominante condición terrorista creadora -más allá de la supuesta homosexualidad dominante de Schreber- se alimenta primero del encierro y de la indefensión, que se impone así desde que se cortan los lazos con la compartida realidad humana, y como soporte de nueva realidad delirante. La afrenta homosexual es una modalidad más entre un sinnúmero de torturas que quién es víctima padece (así sea como escueta posibilidad, no de modo necesario ejecutada). Desde ese lugar, Schreber carece de deseo (como no sea, el deseo de libertad que le pondría de nuevo en relación con su -entonces sí- generalizada apetencia).

Ahora bien -tal cual ha sido resaltado en este escrito en varias ocasiones- a nadie escapa que lo masculino prima en el mundo schreberiano y que el tema de la femineidad resulta -ese sí- central en el armado estético-delirante de Schreber. Sólo que ahora, Schreber suma su dar a luz, más allá de la mera alucinación metamórfica de su cuerpo. Desde un contundente encerramiento recluyente-creador genera (de un modo precario es cierto -si se quiere, sobre manera íntimo- pero no por ello menos complejo y deslumbrante) una masa de hombrecillos, que incluyendo nuevos desdoblamientos especulares, dan a luz a su vez a quien es imagen espiritual del propio Schreber.

La unidad perdida entre tanta inaudita fragmentación se recompone así del más estético, intransferible y singular de los modos. El delirio ha logrado un cierre decisivo y el impedimento schreberiano para sostenerlo, a partir de allí tendrá que comportar decaimientos inevitables e inocultables empobrecimientos representativos.

Lo cierto es que todo ello resuta así, como mediación contaminada que da paso a una emasculación de hecho (por encima de la negativa del resto de los seres humanos a reconocerla como dada e indiscutible).

## **II. Segunda fase del delirio, o de la interrumpida creación del dios**

### **El capítulo nueve**

UNO. Este capítulo versa sobre el paso de “la cocina del diablo” al “castillo del diablo”, o sea del hospital del Dr. Pierson al hospital provincial en Sonnestein, junto a Pirna.

Schreber divide esta permanencia en dos períodos. Uno, serio y sagrado, en muchas ocasiones asumido como aterrador, en la línea de la última época del hospital de Flechsig y luego en el Hospital de Pierson. El otro, de curso común, para no reconocerlo como apenas “ordinario”.

El primero abarcó “alrededor de un año”, el segundo se sostuvo hasta la redacción de las “Memorias”.

En principio, los milagros eran “de naturaleza temible y amenazante” obligando a Schreber a estar de modo permanente preocupado por su vida, su virilidad y su razón. Después los milagros tornaron menos nocivos, incluso ridículos y pueriles.

Dado que los hombres reales eran “hechos a la ligera”, Schreber decide no volver a hablar, seguro de que se trata de “un juguete con seres humanos”. Para su asombro, allí Schreber recibe de nuevo

las visitas de su esposa a quien daba por muerta. Se trata -dice Schreber- de “un enigma no resuelto” (temiendo que en cualquier momento ella se disolviera al llegar a la escalera o al abandonar del todo el hospital).

Con ocasión del cumpleaños de Schreber (1890) la esposa le llevó un poema que le generó una especial reacción, pues en algún punto coincidía con términos empleados en el lenguaje primordial (“paz divina” o “tregua de Dios”) muchas veces presente en el sueño generado por los rayos.

DOS. Surgen (julio de 1894) modificaciones en el trato con los rayos, sólo posible de ser captados en parte por sus efectos y sólo con los “ojos espirituales”. No es algo que siga la habitual ruta de los cinco sentidos (de un modo más concreto, de la visión y la audición), se trata de puras aprehensiones interiores que a pesar de lumínicas y sonoras resultan, de manera directa, proyectadas por los rayos. Por supuesto, Schreber no emplea conceptos como paisaje interior o banda sonora pero se trata sin duda de algo bastante cercano a estas nociones.

De otra parte, se impone la “inmovilización mecánica” que utilizara el alma de Fleschig y que en su inicio se apelara “atar a los rayos”, y luego “atar a las tierras”, o sea, amarrar a algunos astros alejados, actividad que terminó por ser permanente dando paso a la expansión de los nervios de Schreber desde la tierra hasta otras estrellas y planetas.

Entre otras cosas, de ello se deriva la escritura de libros o anotaciones donde se registran todos los pensamientos, giros de lenguaje, objetos usuales, incluídas las personas con las cuales se relaciona Schreber. Parece tratarse de una actividad asignada a seres residentes en astros distantes a los cuales se les ha dado figura humana, aunque carecen de entendimiento, de modo que realizan su labor de manera automática y sólo para que los rayos puedan acceder a sus distantes registros.

¿Habría forma más deliciosa de reconocer involucencia desde lo humano?

TRES. Más que ser él mismo escritura, Schreber es re-escrito por y en su hacer, más que por y en su ser.

Esta versión de lo escritural parece de modo directo emparentada con el concepto schreberiano del representar, sobre el cual existen explicitaciones decisivas en la nota 62 de la página 111<sup>236</sup>. Sólo que Schreber antes de reconocer la contundencia escenificante -asunto posible a partir de allí- prefiere ligar el concepto con la idea de “falsificar”, o de hacerse a una impresión errada a propósito de alguien.

Lo homosexual delirado aparece aquí con una franqueza inocultable. Un poco es eso cuanto lleva a los rayos a intentar por la vía de la emasculación, librarse de la atracción que los nervios de Schreber producen sobre ellos. La voluptuosidad que se genera por esto en el alma de Schreber delata carecer de un correlato sexual, así se viva como bienestar corporal generalizado desde que se incorpora y acepta. Cuando se luchaba contra ella aparecía sí refrenada a partir de la fortaleza extraída del “honor viril” (a lo cual suma Schreber “la santidad de las ideas religiosas”).

Por todo ello, la emasculación de Schreber no libraba al dios de éste, ni permitía dejarlo olvidado, por todo lo cual el dios decidió mantenerle su lado masculino pero sin devolverle la salud, trastornando su entendimiento y tornándolo idiota (asunto que sin embargo tampoco servía al dios para interrumpir la atracción repugnada).

---

<sup>236</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit.

CUATRO. Por ello, el cuerpo de Schreber acumulaba “virus de cadáveres u otras materias pútridas, cuyos portadores eran los rayos” que buscaban sofocar a Schreber y privarlo del intelecto.

De todos estos empeños fallidos se sigue que los rayos se contaminaban de virus y materias pútridas. Por otra parte -dado que los rayos por obligación tienen que hablar al ponerse en movimiento- ello contamina los nervios de Schreber con pensamientos de temor, del tipo: “¡Ojalá mis dedos no sean paralizados!” o bien: “¡Ojalá mi rótula no sea objeto de un milagro!”.

A veces los rayos comentan: “¡No dejará de tocar el maldito piano!”; o en cambio: “¿No dejará de limarse las malditas uñas?”, a lo cual se suma (para la cuestión del piano): “¿Por qué no lo dice en voz alta?”, a lo que sigue la respuesta falsificada: “Porque soy un estúpido”, o “Porque tengo miedo al señor M.”

A veces las voces se burlan de él expectando fórmulas del tipo: “Miss Schreber”, o bien: “Es decir, hay que representarlo como aficionado a los desórdenes voluptuosos”.

CINCO. Las voces invaden la banda sonora y la condenan a ajustarse a sus incoherencias y veleidades. Repleta de alucinantes sonidos, la banda sonora termina por condenar a Schreber a esto que él mismo explicita como “tortura espiritual”, nunca exigida a otro ser humano.

Schreber muchas veces reaccionaba ante el imperio de este enigmático designio, hablando fuerte o haciendo ruido para incrementar con ello la incomprensión de los médicos, quienes no podían dejar de extremar la certeza de lo inexplicable (y de lo inexcusable por ende).

Lo cierto es que para Schreber todo se agravaba en la soledad de las noches, al punto de llegar a auto-agredirse ante la imposibilidad de detener las torturas.

La invasión terrorista de la banda sonora hace de Schreber una víctima inveterada que sin embargo no renuncia nunca a buscar remontar tan extrema y arbitraria esclavitud. A pesar de no contar con la más mínima solidaridad humana, Schreber confía en poder demostrar que su intelecto es indestructible y que son el dios y sus rayos quienes se equivocan buscando su aniquilación.

SEIS. No sólo un dios terrorista ya, tampoco la certeza compensatoria de un “soy luego existo”: nadie más ficticio que el propio Schreber en la medida en que puede dudar de todo menos de su propia producción de ficción, sin tampoco por ello acertar a reconocerse como un perfecto alienado. Sabe Schreber -eso sí- que los médicos tienen múltiples razones para considerarlo desquiciado, entiende la posición escéptica que su experiencia impone de modo inapelable, pero no consigue reconocerse en el lugar de esos otros, seres en realidad impedidos para compartir el drama de algo que por encima de todo, es incuestionable hacedura de verdad, que sólo quien la padece está en posibilidad de reconocer en tanto tal.

El demérito de los otros resulta tanto más demostrativo pues son ellos quienes están impelidos a negar su propia ficción, si reconocieran en Schreber a un ser atravesado por la más demoledora verdad no tendrían posibilidad de sostenerse en sus posiciones ilusas e inocentes. Sólo porque esas gentes se asocian del modo más decisivo contra toda apertura logran mantenerse en sus lugares de poder (posiciones discutibles con dificultad, protegidas con celo extremo).

Y así hubiere liberalidad suficiente para reconocerlo, no por eso -más allá de las palabras y de las ideas- se daría la generalización de un modelo (de todos modos repudiado e impedido a nivel de una posible reposición de hecho).

SIETE. La condición ficticia de Schreber se remonta a partir de lo escritural. Una doble escritura decide a Schreber en efecto: escribe y en su hacer no se sabe menos escrito. Desde esa doble

condición Schreber accede a la verdad y resuelve en ficción a quienes son escritos por él a título de “personajes hechos a la ligera”.

Y es que la realidad -que escribe y se escribe en y a partir de Schreber- no sólo rompe con la opción habitual de la sucesión entre la vigilia y la vida onírica, también estalla la oposición vida-muerte y los enfrentados registros de lo humano y lo divino, lo animado y lo inanimado renuncian a sus dominancias y demarcaciones y con todo ello -así en apariencia no exista escritura allí para constatarlo- el propio Schreber se muta en multiplicidad de personajes.

Si Flechsig puede tener 40 o 60 almas, la unidad de Schreber -que es mera unidad escritural desde su lugar de narrador- no debiera llamar a engaños. A cada paso Schreber se metamorfosea, al punto de ser la mayoría de las veces extraterrestre o difunto ya (incluso, velado dios de sus propios “hombrecillos”).

En cambio, el personaje social que diera soporte a la persona que normalmente Schreber fuera, sólo de modo excepcional resulta mencionado y apenas para reconocerlo en un extremo, donde por parte de sus semejantes -sobre todo por los guardianes- se le excluye de manera tajante y se le ignora en forma casi definitiva.

## **El capítulo diez**

UNO. Que lo humano es lo escindido es la propuesta que de entrada encontrara la clínica de lo social. Schreber pareciera refutar esta condición, remontar toda escisión, para dejar evidencia de que lo humano como tal es en realidad la locura (esta resulta ser en cambio su oferta, ejercida desde su irrefutable inmoliación).

Dada su involucencia -así no sea una escueta clave humana personal, más bien paisajística y compartida con el colectivo- quizá una de las contraposiciones que de hecho definen lo humano al interior de una inapelable escisión, y que sin embargo menos se diluyen en Schreber, es la oposición noche-día. Aunque la clave mundo onírico-vigilia se resuelva en dominante continuidad alucinatoria, y a pesar de que desde el delirio se pueda modificar del modo más arbitrario la condición de lo temporal, Schreber no deja de distinguir y reaccionar a esta alternancia más bien física.

El capítulo diez es la demostración de esto. El tema descansa sobre soportes solares y divinos. En tal sentido, entre julio y agosto de 1894, el sol inició una serie de decisivas metamorfosis.

Y aunque el tema parezca remontar el universo de lo humano-social-urbano y -a título de constante inalterable, que en tanto tal moldearía y decidiría la especificidad de ese triple registro-<sup>237</sup> ¿cómo no reconocer en ello una hábil argucia para empezar a domesticar el irreductible devenir, hecho evidencia a partir de las claves que desde afuera imponen la exclusión más irremediable?

DOS. Schreber se protege sin embargo de no hacer distinción entre el sol como tal y los soles de su propio mundo intransferible. Aquí, al menos, se trata de un sol menor conducido por el alma de Flechsig. Al cambiar Schreber de hospital el alma del Dr. Weber asume esa dirección (por todo ello -una vez se consumieron de modo definitivo sus fuerzas- este sol es suplido por otro).

---

<sup>237</sup> Cf. Otero, J. “Los soles nocturnos”. Cali, 2005. (Texto inédito).

En esta su nueva acepción es entonces cuando estalla la más extrema emergencia representativa del delirio. Schreber anota que se trata por primera vez -desde que los reinos anteriores fueran consumidos- de la entrada en escena de los reinos posteriores del dios.

Una sola noche, el dios inferior Arimán hizo presencia directa ante Schreber. Así fuese en estado de vigilia, la aparición fue captada por los “ojos espirituales” de Schreber, sólo que su lenguaje no fue en consecuencia un susurro de voces sino que retumbó con fuerza, generando una violenta impresión en su receptor.

La emergencia del sonido de base que la banda sonora<sup>238</sup> encubre irrumpe así, infundiendo miedo y terror. Sólo la palabra “carroña” apareció de manera reiterativa, como cuando se trataba de hacer sentir el poder y la ira divina a un hombre que iba a ser aniquilado por el dios. Y ello era auténtico, no meras frases aprendidas de memoria.

TRES. Como lo anunciara Kant siglos atrás<sup>239</sup> más allá del miedo y el terror aparece la admiración ante lo grandioso y lo sublime, lo cual permite a Schreber conciliar el sueño por su propia cuenta y riesgo. Y es que los rayos divinos pudieron leer con corrección las palabras de Schreber sin falsificar sus sentidos y captando “la medida métrica correspondiente al movimiento natural de los nervios humanos”<sup>240</sup>.

Es esa pues la escritura que faltaba y que sólo los rayos pueden -por primera vez- leer de modo adecuado. Es como si ellos hubieran aprendido a leer lo humano, luego del reiterado reconocimiento de la incapacidad del dios para descifrar tal despliegue (como no fuera a partir del desprendimiento de las almas, una vez la muerte sobreviene a los cuerpos).

Y es como si Schreber realizara la inaudita labor de sensibilizar al dios frente a la lectura del texto que es lo humano, ante el cual el ente divino no sólo resulta impedido sino amenazado de modo radical, cada que intenta acercarse al “libro-bomba” que los humanos resultan siendo para él.

CUATRO. Al día siguiente, a plena luz del día -y de seguido por dos o tres días más- el alejado dios Ormuz se hizo presente ante Schreber y esta vez permitiendo directas capturas visuales.<sup>241</sup> Ormuz era el sol mismo, solo que “rodeado de un mar de luz plateada” que cubría buena parte del cielo.

Ese sol palidecía cuando Schreber subía la voz y lo enfrentaba, hablaba a Schreber y éste podía de manera excepcional mirarle de frente, como no logra hacerlo hombre alguno.

En una nota a pié de página, Schreber rompe con la clara distinción entre un dios oscuro y nocturno (el sol Arimán) y un dios preclaro y diurno (el sol Ormuz) reconociendo, no una clara demarcación y sucesión ordenadora, sino una alternancia continua que recoge la doble contaminación de los registros. Dicho acaso de un modo más preciso: lo nocturno invade lo diurno, y viceversa, en la

---

<sup>238</sup> La banda sonora asume el reconocimiento al modelo pitagórico, primero en develar la presencia decisiva del terror en el armado humano del universo que le circunda. Como en ninguna otra parte, es allí visible el poder envolvente e incluyente de la colectiva e inaugural forclusión y la decisiva condición de soporte que desde esa base arman lo humano, lo social y lo urbano (matrices de representación).

<sup>239</sup> Cf. Kant, I. “Lo bello y lo sublime-La paz perpetua”. Espasa-Calpe, Ed. Madrid, 1982.

<sup>240</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 118).

<sup>241</sup> Que se trata de la descarada emergencia de lo alucinatorio nadie lo duda, sólo que también es evidente la irrupción gratuita del desborde estético, cuyo demérito tornaría incontratable desde la versión normalizante del colectivo. Parecería imposible no caer del lado de una oferta, o bien corta en demasía, o tan decidida que terminase dando evidencia de inapelable participación en el desorden. La intermedia ha sido reconocida como posible -entre otras cosas y para no nombrar más que lo inmediato- por el aporte pitagórico recientemente retomado aquí.

medida en que el modelo creativo personal no logra obedecer a esta argucia cósmica. Sin saberlo, Schreber debe reconocer, que si bien a pesar de ello ha conseguido conciliar el sueño, la curación resulta en definitiva inalcanzable.

CINCO. No ha de ser siguiendo la vía de la obediencia y el sometimiento humano de rebaño a arbitrarias convenciones como ansía Schreber llegar a un punto definido, en realidad renuncia al criterio según el cual, la única cura pensable coincide con la emasculación realizada y la simultánea fecundación posible a partir de ella.

Curarse es en cambio para Schreber llegar al final, no devolverse hasta recuperar el lugar social en las cortes de justicia, hacer la travesía del delirio sin sucumbir a la ceguera de quienes lo forcluyen de modo tajante del lado de los demeritados sueños, los cuales desde entonces se hacían en apretados conglomerados defensivos y uniformantes.

Es al ingresar en ese modelo catatónico de pasividad absoluta y de total silencio cuando empieza la representación que realiza Schreber de su cadáver.<sup>242</sup>

Todo afuera perturba desde que el ruido colosal del cosmos se anuncia de modo cada vez más amenazante, o si se prefiere, a partir de la inminencia del más basal y constitutivo de los terrores sobre el cual se soporta cualquier construcción. Como fuese, así se anuncia la verdadera explosión sonora que es en realidad la cancelada banda originaria y envolvente, que se confunde con el silencio desde que sobre esa borradura se superpone de manera inexplicable la habitual banda audible.<sup>243</sup>

SEIS. De un modo personal y chato, Schreber desde allí apenas reconoce la ignominia y el maltrato de su más inmediato vigilante (el enfermero M.), previo el paso por cuanto las voces apelaran “maldita simulación de los sentimientos” (lo cual consiste en que desde afuera se altera el personaje que en realidad se busca escenificar y que más bien termina propiciando una metamorfosis intermedia, afectada de marcas ajenas y escasamente deseada y apropiada).

Schreber vuelve a fumar y deja entrever a los otros un camino posible de incidencia externa y de control. A partir de ello, vuelve a hacerse esta ruta tanto más evidente que el terror y la tortura (pues es claro que no sólo se trata de escueta personal reclusión cuando la reclusión califica a su vez al vigilante).<sup>244</sup>

Lo cierto es que a estas alturas, ni siquiera a nivel de la escritura Schreber logra convencer al lector de que su versión no es siempre metamórfico-alucinatoria. En cambio, por encima de toda aspiración interpretativa, el delirio es cada vez más envolvente y válido en cuánto estética, gratuita y enigmática construcción desbordante.

## El capítulo once

---

<sup>242</sup> Lo catatónico sería el equivalente de la cósmica oferta de suplencia que oferta la banda sonora frente al insoportable ruido cósmico (sólo que en tanto la muerte, el cadáver, se adelantan al lugar donde el cuerpo, animado e ilusionado por los aportes recibidos desde la persona -y desde lo social por ende-, asume con ello su verdad última, su destino singular e inapelable). También el paisaje interior se juega como opción de suplencia después de conjurar el desborde universal con el que la insignificancia particular coexiste. Si de algo da fe el escrito de Schreber es de esta funcionalidad forcluiva que en su delirio a cada paso, de un lado y otro, se levanta. Desde entonces, el delirio deja de ser motivo de repulsa y de desdén en cuanto empieza a develar las claves defensivas que armaron siempre la opción del colectivo y los montajes todos, de ello derivados.

<sup>243</sup> Cf. Kirk, G. S. y Raven, J.E. Op. Cit. (Nota 330. P. 363).

<sup>244</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (Ps 125 y 126).

UNO. Aunque esta reflexión sigue de modo lineal la lectura del escrito de Schreber no se puede decir que los abordajes de éste respecto de su proceso, sea a su vez una sostenida sucesión cronológica. A veces lo es, sin duda alguna, pero también es posible que Schreber retome asuntos ya trabajados, se adelante a comentarios que sólo con posterioridad completarán determinados abordajes, o simplemente reordene su relato de acuerdo con exigencias más bien internas a su escrito.

Como fuere, este capítulo se podría decir que versa sobre el cuerpo. Y es cierto, sólo que planteado así, podría no ser la forma más precisa de apuntalarlo. En realidad, se trata -una vez más- de la metamorfosis, tema constante que expresa aquí quizá, su máximo aporte a la condición delirante de Schreber con relación a ese específico asunto.

Debiera aclararse que el cuerpo por lo general es apenas abordado a nivel de órganos y sistemas constitutivos (muscular, óseo, etc.). Como tal, el cuerpo sobrevive a todas estas hecatombes metamórficas (al menos -en la mayoría de los casos- protegido por “los rayos sanos”).

Cuanto Schreber denomina “milagros” son siempre metamorfosis, dolorosas por lo general -salvo que se trate de la emasculación, que como es bien sabido resulta ser un verdadero paradigma metamórfico-. Existe, en efecto, una clara diferencia entre este asunto y el resto de modalidades mutantes, del modo más asombroso entonces, por obra del dios inferior Arimán, desaparece el rasgo masculino, la barba deja de salir e incluso la estatura misma se afecta, reduciéndose de manera significativa.

DOS. El resto de metamorfosis afectan al tórax, al abdomen, al corazón (hasta el punto de llegar a ser sustituido por otro), también acontece así con los pulmones, el estómago, la faringe, los intestinos, la laringe, el cordón espermático, la cabeza, y -es cuando intervienen “los hombrecillos”- con los huesos, los músculos, los ojos (incluidos los párpados), y con el trasero.

Resulta curioso, que contra todo ordenamiento universal, “los milagros” carecen de esa condición religiosa que de manera habitual les acompaña en su aprehensión más corriente. En el caso de Schreber “el milagro” es más bien nocivo, destructivo, y sólo su procedencia divina -aún siendo de corte más bien terrorista- impone la solidaridad inevitable de los rayos más puros (así con ello se perpetúen del modo más arbitrario, antes que como escueta puesta en acto de la bondad divina).

Es pues, en tanto estéticas alteraciones inauditas y extraordinarias que a los milagros se les reconoce como tales, comportan consecuencias tan graves que pueden comprometer la vida, la salud y la razón, o generar efectos repugnantes, hedores de descomposición (más cercanos al comportamiento de los cadáveres que al de los cuerpos vitales, en el pleno ejercicio de sus funciones). Al cuerpo vivo le pasa cuanto normalmente acontece al cuerpo muerto, y el hecho de que sobre toda modificación mortecina el cuerpo vivo se mantenga sin disolverse, es cuanto resulta siendo milagroso.

TRES. La escenificación no da de manera directa una resultante agónica, pero está cargada de predominante animación tanática, desde que las almas son almas de muertos que pasan por las exigencias restrictivas del dios (al tiempo que Schreber simplifica sus enlaces humanos hasta casi la total extinción).

Fruto de alteraciones extremas de los modelos mutantes (defectos respiratorios que le afectan con obstinación, impedimento para manejar a voluntad asuntos tan elementales o básicos como resulta ser poder o no abrir los ojos, o bien estrechamientos torácicos y extinción total del estómago, cuando

no, malformaciones craneanas) todo ello recuerda los trasfondos hipocondríacos de las primeras crisis y sobre todo los procedimientos disciplinarios a los cuales en la infancia Schreber era sometido por su padre. Estas procedencias y estas evidencias sin embargo Schreber nunca las explicita, entran sí a alimentar y a radicalizar el delirio, intensificando las alternativas representativas de acuerdo con su dominancia inocultable y decisiva.

En cambio -para no pensar que se trata apenas de la radical cancelación de lo humano- resalta la condición máquica, enriquecida sin obstáculos a partir de los procedimientos disciplinarios comandados por el padre desde que Schreber era niño, y en lo cual este último evolucionará sin detenerse nunca, pasando por lo hipocondríaco hasta coronar en el delirio.<sup>245</sup>

Resultando ajeno a la conciencia y a la intención de la persona de Schreber, la clave máquica termina siendo tanto más determinante.

CUATRO. Ahora bien: según lo imponen las modalidades de lo urbano, lo máquico -que entonces empezara así a consolidarse de modo prioritario- es hoy por hoy ruta necesaria para el despliegue que desde temprano lleva a cada quién hasta las adaptaciones más corrientes y normales.

Schreber es precoz en ello y del modo más peculiar pensable. Ha de ser por eso que a título de materia prima -la cual se consume así de modo extremo y desbordante en las urgencias ígneas de esa fogata inagotable en formas y figuraciones- de objeto indispensable del delirio, que pasa de continuo a alimentar sus exigencias.

No faltará quien reconozca la recuperación de modelos vitales que los humanos han perdido desde que optaron por rutas evolutivas (más alo-plásticas que auto-plásticas) y es claro que resultaría enriquecedor abordar el manejo delirante del cuerpo a partir de allí (o sea, desde que se asumiera crear aparatos, modalidades y suplementos, destinados a realizar en el mundo externo transformaciones indispensables para la ejecución de determinadas operaciones, mientras que a nivel de lo corpóreo -del artefacto natural que es el cuerpo humano- se mantenía un mismo formato sin variaciones formales significativas).

Lo cierto es que al cuerpo de Schreber le acontece -de modo más que intensivo, por lo demás- cuanto le sucede a los cuerpos vivientes (si es que se acepta reconocer a estos últimos reunidos como un apretado y único conjunto, a través de los múltiples y dilatados, plurales despliegues de opciones y posibilidades metamórficas). Sin necesidad de interpretaciones clínico-psiquiátricas obligadas, o de consideraciones de ritmos, especificidades e irregulares temporalidades, Schreber padece sin atenuantes la contundencia de un devenir que se da de una sola vez, en una sola corporeidad, como emanación delirante.

Dotado de un indiscriminado potencial de cambio, ese cuerpo encuentra en tal gratuita fuente metamórfica la materia prima de sus variaciones formales (a nivel estético fabulosas, aunque desde una perspectiva clínica lamentables e inadmisibles).

---

<sup>245</sup> Se dirá: “¡Entonces ahora sí incide lo infantil y lo freudiano!”. La soledad de Schreber, intensificada sin reposo a través de su existencia, da paso a una exhuberancia representativa que hará caso omiso a cualquier asunto adulto y responsable (en el sentido al menos en que lo espera lo social). Pero eso es reconocimiento estético, no condena clínica. Una cosa es pues reconocer la infancia como despliegue inconrtenible de escenificaciones, de personajes y de decorados, indispensables para la puesta en acto de tales representaciones, y otra pensar lo intrasferible como responsabilidad que urge de castigo cuando no obedece a las colectivas y convencionales consignas, fueren las que fuesen.

Y así se sume lo inconsciente, tampoco es ello procedente cuando, de todos modos, la versión clínica -que se termina usando para reforzar responsabilidades e intencionalidades- se impone por encima de cualquier estética consideración otra.



Pues bien: sólo por la ruta del cuerpo, delirio y persona parecen hallar eslabonamiento integrador (o sea, a título de escenarios para la representación, único punto posible de fusión).

## El capítulo doce

UNO. Schreber, antes que en dioses cree en el orden cósmico y es allí donde su construcción mental no es una escueta propuesta religiosa. El panteísmo schreberiano es demasiado profano, al punto de subordinar al dios al imperio de la Obra.<sup>246</sup> El dios por ello, no es menos máquico que el propio Schreber (quien por lo demás, lo descubre allí donde el dios está impedido para ello).

Las almas como tales, ilustran bastante bien esta contradicción: de una parte, oscilan entre las personas que fueron en vida, obedientes al orden de conjunto (en particular a nivel de lo humano), también donde el dios tiene escaso saber y control. De otro lado, las almas se reducen a un escueto comportamiento, decidido a partir de los nervios, signado por ende desde las urgencias de auto-conservación, que en tal sentido se imponen al dios. Schreber recoge los códigos de ellas a través de cuanto se apela “concepción de las almas”, donde se incluyen preceptos y mandatos que califican y encausan sus conductas.

A ello se suma una nueva versión psicológica, bastante descriptiva y general (“pensamientos de decisión”, “de deseo”, “de esperanza”, “de temor”, “el pensamiento humano de recordar”) desde donde se abordan cuestiones más puntuales (modas eróticas, masculinidad, femineidad y bisexualidad) expresos en asuntos puntuales (revistas eróticas, ballets, prendas de vestir).

Con el paso del tiempo, ello se redujo a un cantaleteo insulso, empobrecido, donde se retrataba de manera escueta el sentido último del modelo: la tortura.

Sólo el tocar el piano y los ejercicios corporales (en alguna ocasión una ducha fría a tiempo) lograban detener -por un momento- “la compulsión a pensar”<sup>247</sup> y la “cháchara sin sentido de las voces”.<sup>248</sup>

DOS. Más bien a nivel estético que en perspectiva clínica, en este capítulo se ilumina la razón de ser de lo persecutorio desde la perspectiva del delirio. Ello significa el agotamiento de las formas que no hallan salida, ni del lado del retorno al formato del humano conjunto, ni opciones de superación del deslumbramiento que comporta la aparición directa de los dioses.

Todo se concentra en Schreber del modo más terrorista, a tal punto que se alcanzan a evidenciar al nivel más visible, los modelos que en su niñez empleara el padre de éste con sus máquinas y sus ejercicios disciplinarios.

Sin embargo, esta clave de retorno resulta decadente y suplementaria (al inverso de cómo lo quiso ver Freud) pues es modalidad -entre muchas posibles- que lo estético ejercita para el dominante despliegue de lo delirante.

Imposible negar que los temas del padre y de la infancia subtienden siempre, sólo que no se trata de la reposición de las más convencionales y empíricas referencias de corte personalizante, se trata en

---

<sup>246</sup> Es evidente, que en negativo, este ateísmo incluyente da a lo divino un inapelable lugar de fundamento -si se prefiere de suplemento, donde el modelo se invierte de modo pleno (del lado del reconocimiento del envolvente influjo de lo máquico).

<sup>247</sup> Cf. Schreber, P. Op. Cit. (P. 142).

<sup>248</sup> Ibid.

cambio de la constancia y perpetuación de la tortura.<sup>249</sup> Es esa procedencia inaugural -a pesar de sus empeños despersonalizantes- cuanto lo estético no podría ignorar (o sea, la razón de ser de una versión clínico-estética y no meramente estética).

TRES. Al final del capítulo, Schreber emprende un vigoroso cuestionamiento a los procedimientos médico-psiquiátricos. Más allá de toda conciencia al respecto por parte de ellos, desde sus develamientos delirantes Schreber logra incluir el comportamiento de los doctores en cuestión como algo dirigido desde el exterior.

Dice Schreber no guardar rencor ni resentimiento por esto, a pesar de que se trata de procedimientos bastante represivos, dado que estos últimos -a falta de una real comprensión del desbordante proceso que los doctores se empeñan en modificar- de manera compensatoria se radicalizan.<sup>250</sup>

Mirado todo desde la perspectiva del “enfermo”, con ello no se consigue otra cosa distinta que radicalizar la tortura a la cual aspiran las almas, “los hombrecillos” y el dios mismo, impedidos a su vez para la mínima comprensión y piedad.

CUATRO. A tales alturas, todo puede ser posible, menos desandar el proceso o remontarlo. Schreber es quien resulta menos incluido ahí, como no sea a nivel de su intención y de su conciencia (las cuales, a pesar de diversas, sin duda alguna no faltan).

Como nunca, Schreber ocupa el lugar de la víctima, del chivo expiatorio, lo cual -si bien comenzó a reproducir desde temprana edad- lo cierto es que nada ha cambiado de modo suficiente como para que no se generalice de manera sostenida y progresiva, incluso más allá de las fronteras de lo personal -como si un brillante y demoledor demiurgo tejiera una historia trágica e irremontable- y a pesar de cualquier variación desde acontecimientos y circunstancias múltiples. Drama que al incluir un panorama más abarcante que lo interpersonal más escueto, tiene de manera necesaria fundamentos tanto más vigorosos, que la mera “compulsión a la repetición” de la oferta psicoanalítica. O si se prefiere, pues tampoco se trata de negarla, la “compulsión a la repetición” va más lejos de las reposiciones histórico-personales.

---

<sup>249</sup> Resulta claro -después del reconocimiento principal de las “Memorias”, en la lectura freudiano-laciana- que este escrito, a pesar de su aspiración transdisciplinar, ha terminado concentrándose del modo más decisivo. Consecuencia de ello serían las coincidencias inevitables e indeseadas, las superposiciones en relación con versiones sociológicas por ejemplo, con Canetti, incluso con modelos psicoanalítico-disidentes -y así fuere ello más nominal que de modo decisivo conceptual- con Jung sobre todo. Y hasta con variantes literarias (Anthony Tilden y R. Calasso, por ejemplo). Más lejos, y con más radical involucencia aún, tampoco faltarán reconocimientos indispensables a Schopenhauer y demás distinguidos pensadores alemanes.

Siempre, sin embargo, se mantiene la doble esperanza de que, de una parte, lo transdisciplinar no se reduzca por simplificación a lo multi, o a lo inter-disciplinario (o a lo disciplinario mismo) y que, de otro lado, no se acuse a este escrito de plagio, cuando en determinado momento -desde que la especialización, fuere cual fuese, resulta cuestionada- se ve impelido a atravesar hacia otros terrenos menos definitivamente clínico-disciplinares.

Lo cierto es que lo transdisciplinar -aún no siendo de plena cobertura- es siempre una línea de lectura selectiva y en forma inevitable demarcante. Y ha de ser por ello de cuanto de modo obligado se trata. Es cierto: al menos la oferta clínica de lo social se propuso y se consolidó como encadenamiento selectivo de lectura -Grecia antigua, versión aristotélico-psicológica, etc.- y ha de ser por eso que, a pesar de la prelación de lo estético, sus reflexiones carecen de la pretensión de reclusiva involucencia, de redonda y erudita cobertura.

Ni qué decirlo: la condición matricial de registros, tales como lo humano, lo social y lo urbano, impone el reconocimiento de una apertura fundante, inagotable, imposible de ser prevista en su totalidad y de resultar siendo recubierta de manera plena.

<sup>250</sup> Cf. Foucault, M. “Historia de la locura en la Época Clásica”. F. C.E.Ed. México, 1967.

Debe resaltarse también, que se impone una involucencia tal, que no es posible sostenerla a partir apenas del accionar de un personaje como el padre (antes de causa única y determinante, sin duda efecto ya).<sup>251</sup> Por todo ello, tampoco las cosas van a detenerse, sólo porque Schreber muera y a pesar de no haber conseguido descendencia alguna. Su demencia -entendida en referencia con su sentido y no sólo en relación directa con su padecimiento- es ya síntoma de algo más amplio, más hondo, más constitutivo, algo más de aquello que de modo independiente, redondo, intransferible, le acontece a Schreber.<sup>252</sup>

CINCO. Lo importante aquí es que la reclusión manicomial, si bien no se puede decir sin más que la dispara es cierto que agrava lo demente, que refuerza la reclusión mental propiamente dicha.

La reclusión mental se radicaliza así, y en buena parte al menos es el hospicio el que decide y perpetúa la idea de fin del mundo y cuanto permite junto con ello la más extrema distorsión de la temporalidad.

Interesa reconocer cómo se afecta lo reclusivo asumiendo que puede ser decidido tanto a nivel externo como interno.

Lo psíquico sobre todo -entendido como la más intangible opción reclusiva- ¿cómo se altera a partir de un procedimiento reclusivo-manicomial?

En Schreber lo reclusivo-mental no sólo se empina y despliega -casi con ironía- sobre la base de lo hospitalario-reclusivo, además genera empantanamientos y enigmas que el modelo representativo no logra siempre asimilar e incorporar (lo cual, si bien da clara cuenta del armado escenificante -en cuánto autónomo hasta lo arbitrario- al tiempo impone a lo delirante-alucinatorio inevitables e irremontables controles de realidad).

Como fuere, cabe sí reconocer que lo reclusivo-manicomial es del más puro registro de la tradición clínica. Lo mental-reclusivo en cambio, por encima de limitantes y restricciones indudables, es el triunfo de lo estético que no se detiene (a pesar del recurso empírico de impotente y represivo encerramiento).

Esa reclusión mental revienta la más extrema demarcación física y hace caso omiso de toda limitante social reforzándose en cambio, a partir de allí haciendo de la irrupción de lo singular desborde y desmesura inobjetable.

SEIS. A esas alturas del delirio Schreber ya no piensa en suicidarse. Los médicos en cambio sólo piensan en neutralizarle a ese nivel. Schreber para ellos, en efecto, es siempre un suicida pendiente. La verdad es que como suicida, Schreber ha alcanzado la irreversible puesta en acto de lo terrorista (de lo cual el suicidio es un modo acaso paradigmático y aunque por supuesto nunca exclusivo, para entonces ilocalizable en tal sentido y no por ello menos válido).

---

<sup>251</sup> No sobre recalcarlo: el padre no es apenas forma diversa de la persona que le encarna, es forma que se apuntala como lugar social, y a partir de allí, implementándose como personaje. La persona concreta que encarna así, no sólo lleva esa marca, por esa vía es como accede a su condición de personaje social, producido y sostenido por el colectivo, y autónomo de la intencionalidad y voluntad de la persona que lo padece o que lo asume (como forma encarnada que es depende sí de la forma-hijo que le completa). Antes que causa, el padre es efecto que hace de la resultante-hijo cuerpo formalizado, forma encarnada de complemento, y en tanto tal, producto social, modo de lo urbano, variante de lo humano. Y, en cada caso, por la vía de registros tan diversos como complementarios.

<sup>252</sup> Al respecto conviene rastrear en la obra de R. Calasso, sobre todo en cuanto se relaciona con el tema de la posesión (Cf. Calasso, R. "Poética de los dioses", artículo de Internet).

La tortura es ahora el equivalente del suicidio de marras. Una vez se reconoce que para el lenguaje de lo terrorista antes que de la muerte se trata de la agonía, Schreber ha aprendido a reconocer que la tortura es más demoledora que el suicidio.

Agonía no es una mera palabra, y alegar que se cambia el suicidio por el delirio tampoco es un mero decir.<sup>253</sup> Schreber -no debiera olvidarse- está ante esta disyuntiva como frente a algo que no le permite tomar distancia ni ejercitar manejos alternativos mínimos, el suicidio de su hermano es un punto decisivo que de otro modo resultaría sólo remontable con gran dificultad (tanto más si el matrimonio no propicia la única salida vital justificable, o sea la reposición del apellido Schreber encarnando en un directo descendiente suyo).

SIETE. Dado suicidio impedido emerge delirio simple y llano. Schreber es un muerto encarnado que sólo puede relacionarse con muertos, que apenas puede percibir a los vivos como muertos futuros o como seres, que aunque vivos, se diluyen desde la propia mirada mortecina de un muerto en vida, y con un dios que le desdobra y que -no por nada- comporta esta misma característica de personaje redivivo, casi draculiano.

Pues bien, la agonía crea un mundo de ficción que instalado en la pura frontera entre la vida y la muerte inflama las demarcaciones y disloca toda sólida y redonda realidad (desde entonces es el estado más irrefrenable de lo escenificante, de lo representativo).

La fugacidad de lo generado a partir de allí tiene como causa determinante esta razón escueta y en más de un sentido inesperada. Todas las imágenes se aglomeran cuando la muerte amenaza con detenerlas sin haberlo logrado aún (o sea, cuando se agoniza).

OCHO. A la luz de este abordaje ¿cómo ver el paso de lo hipocondríaco a lo psicótico-paranoico, por ejemplo?

En clínica -bien vistas las cosas- la hipocondría no es una estructura como tal, la psicosis en cambio aspira a ello desde la máxima paradoja clínica, unificando cuanto apuesta por lo más fragmentario.

Para lo clínico-estético ambos modelos se juntan, en tanto se trata de dos polos que deciden al cuerpo como escenario de lo metamórfico, que sólo por ello admite salirse y regarse hasta la aventura sin límites del estallido desbordado de lo sideral, o de igual modo -en la versión opuesta, a nivel íntimo- contraerse y estallar de manera implosiva.

Los nervios de Schreber atan un polo al otro, más allá se trata del imperio que imponen (cuando el cuerpo se distorsiona e ingresa en el máximo padecimiento creador) del escenario interior -como desborde representativo sideral- y de la captura torturante, insoportable, del ruido cósmico camuflado en voces desgastadas, reiterativas, siempre tiránicas por compensación.

El delirio entonces explota e implosiona al tiempo -no armónica, confabuladamente- y es allí donde logra su peculiar autonomía, al tiempo que encarna-parasita en un particular ser humano.

NUEVE. Ahora bien: si la cura para Schreber no es vuelta a la normalidad ¿qué ha de ser entonces?

Para este escrito -no debiera olvidarse, aunque de modo literal no siempre se le asume así- Schreber significa delirio, por ende forma en extremo singular de lo humano.

---

<sup>253</sup> Esta clave torna decisiva, de otro modo el delirio parecería consolidado de manera caprichosa, ajeno a toda sobredeterminación. Como suplemento estético del suicidio se apuntala en cambio el despliegue del alma desde la ficción de una supuesta muerte, que en tanto no dada, deja a Schreber en el lugar de lo más insostenible y a partir de ahí decide al delirio a título de soporte único de sentido y de acción, mera escenificación desbordante, desmesurada, pura estética terrorista.

La demencia de Schreber es artefacto tecnológico encarnado del tipo de mórbidos armados terrorista-creadores, en realidad opción máquica consolidada -a título de colmo de enajenación- como desborde de la Obra, y aún allí a nivel del registro más esclavizante y arbitrario pensable.

Visto todo desde esta abigarrada e indomeñable resultante, la cura para Schreber no puede ser del registro de la adecuación a la resultante normal, y en tanto modo de lo urbano su travesía debiera llevarlo más allá de la puesta en acto de lo singular, estabilizado en escenificaciones desbordadas. Pero allí no hay opción posible de adaptación y de inserción a complementaciones colectivas. Dada la ecuación: obra = locura, locura = obra, la condición enajenante, delirante y reclusiva, resulta inexpugnable, de hecho irremontable.

DIEZ. Si algo sorprende en la lectura de este capítulo es descubrir el ingreso de Schreber en el registro de lo catatónico. Donde resulta más radical el desvínculo, y donde siempre se asumió el total empobrecimiento de los contenidos -dando por supuesto que se trataba de estabilizaciones en el nivel más elemental de lo vital, en lo puro vegetativo- es allí donde la escenificación resulta siendo tanto más rica y radical. Antes de regresión empobrecedora, la oferta psicótica más extrema delata la exhuberancia representativa, en franca confluencia con la más extrema reclusión (tanto mental como manicomial).

En realidad, se impone a Schreber el ingreso en el silencio, no tanto como aislamiento sonoro de la banda, previo sí, al ingreso en (o retornando a la experiencia conmovedora de) la captura desbordante del ruido cósmico. Se trata más bien del corte tajante con lo humano circundante, allí donde el modelo delirante se entroniza en su condición cualitativa más definitoria, donde pasa a primar como la más acabada estabilización en lo singular.

La escisión de lo humano que importa en Schreber es pues ésta: la contraposición entre la polaridad que consolida las resultantes todas, como modalidades de lo urbano de una parte, y el estallido de lo singular (donde lo humano repugna de lo máquico y de lo relacional), de otra. Enfrentamiento que se arma como mero vínculo estético-formal y donde se delata su más decisivo trasfondo terrorista.

## **El capítulo trece**

UNO. Luego de la aparición de los dioses y la caída en una decadente y monótona perpetuación de las voces, Schreber retoma con todo rigor su mutación emasculatoria. Un bello momento donde se captura el paisaje que flota sobre el río Elba, antecede a la decisiva “retrotracción del órgano sexual masculino” y al despliegue prodigioso de la mutación femenina, que avanza a su vez como un río interior, primero surcando los brazos, las manos, inundando luego los huesos, inflamando los pechos y las nalgas, y logrando finalmente la cobertura del cuerpo todo.

Schreber no deja de considerar que se trata apenas de un primer anuncio, en extremo precoz, de una clave de generalizada y progresiva evolución del conjunto mismo de la creación.

DOS. No falta al texto de Schreber en este punto la alusión a la condición mutante del proceso que le invade, reconociendo en la idea del suicidio, una alternativa casi inevitable que le acompañara en una primera fase como única posibilidad de enfrentamiento ante los “numerosos milagros aterradores” (confirmando de alguna manera el supuesto de que el delirio es la puesta en acto del

desborde que hace de lo psicótico<sup>254</sup> vertiente escenificante del suicidio, equivalencia representativa suya en tanto sólo se asume a nivel mental, versión estética liberadora de la más extrema opción automutilante).

Estabilizado ahí, Schreber ahora se decide por la asunción definitiva de su transmutación en mujer. El desborde voluptuoso que ello connota procede de una absorción en masa de los nervios divinos (rayos), lo cual acarrea al dios un verdadero riesgo de muerte, al tiempo le propicia una participación en el desborde voluptuoso que repone el cuerpo de Schreber.

El alma de Fleschig y las restantes partes de almas “probadas” hacen que este estado sea oscilante e imprevisible.

Al final se impone una división más. El dios inferior (Arimán) es quien acoge la transición. El alma de Flechsig en cambio se asocia al dios superior (Ormuz) lo cual agrava la clave persecutoria a partir de ese registro.

Ormuz apenas si atiende los reiterados pronunciamientos de Arimán.

Tan sólo un saber pleno de la esencia divina permitiría una solución satisfactoria, pero la capacidad intelectual del hombre está lejos de lograr tal objetivo. Por el contrario, la total incapacidad divina para aprender de la experiencia sostiene de manera inagotable el esfuerzo inútil de hacerle evidente al dios que Schreber, a pesar de todo, no es el idiota que él presupone.

TRES. Schreber tiene muy clara la razón de ser de su situación, del vínculo que contra todo ordenamiento cósmico se impuso: más bien al dios que a él. Hasta entonces, el primero sólo trataba con las almas de los humanos fallecidos, o en el mejor de los casos, con seres vivos que sueñan y que por tanto “no hacían uso del lenguaje (humano) en voz alta”.<sup>255</sup>

La intercomunicación entre almas -verdadero lenguaje de los nervios, generada por la escilación o vibración de estos últimos- consiste apenas en “un tenue susurro”.

La superioridad de Schreber derivada de todo ello es apenas circunstancial pero de igual modo innegable se trata de algo situacional y por sobre todo derivado que sin embargo no impide a Schreber asumir que es dueño de una perspectiva excepcional, lo cual a su vez le confiere captaciones, insuperables para el resto de sus semejantes. “He conocido tan a fondo el carácter de las almas, como ningún hombre lo había hecho antes” -afirma Schreber, e incluso reconoce que en ello el dios mismo resulta carente de un saber equivalente, no porque Schreber le supere, más bien en razón a que carece de todo interés en cuanto hace referencia a copar este tipo de apropiaciones.

CUATRO. Aunque en el capítulo seis<sup>256</sup> Schreber asegura que no escribe ni necesita hacerlo pues, dado que toda la humanidad ha perecido, no tiene sentido algunos escribir notas. De manera contraria, en una cita<sup>257</sup> confiesa, que al lado de las “Memorias”, existe una verdadera compilación de libretas pequeñas que sirven de complemento al escrito central.

Con esos escritos Schreber puede comprobar que desde varios años atrás había previsto la derivación de los hechos, sobre todo en referencia con las variantes que a futuro Ormuz y Arimán ofrecerían (trae incluso una referencia textual con la cual se cierra este capítulo trece).

Por todo ello se evidencia que la escritura es una labor sostenida y paralela con el discurrir del delirio. De otra parte, esto permite reconocer cómo Schreber es desde un principio conciente de que

---

<sup>254</sup> Recuérdese que lo psicótico hace diferencia estética frente a la escueta oferta clínica (la o las psicosis).

<sup>255</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (Nota 78. P. 154).

<sup>256</sup> Ibid. (P. 64).

<sup>257</sup> Ibid. (Nota 80. P. 155).

se trata de un proceso, de una ininterrumpida dinámica, opción que prima sobre la tesis de una estabilización al interior de una estructura, de algún modo inamovible<sup>258</sup>. Al final permite captar la presencia de varias intencionalidades, no sólo responsables de las contradicciones. Es claro que mientras un personaje confiesa, otro encubre, e incluso no se puede decir que al interior de la escritura se trate de un único narrador ni de una única perspectiva auto-interpretativa (según se tenga en cuenta a los lectores o se asuma lo escritural como un empeño íntimo).

Por todo ello, dada tan fluida pluralidad, la sospecha de un más allá que jalona -terca, inevitablemente- impide que se redondée el modelo, tornando obvio y previsible. Por el contrario, una franja de sombra se mantiene siempre, delatando que entre Schreber y su proceso se da más bien una relación similar a la que decide el entronque del dios con los humanos.

CINCO. Pero quizá lo más interesante de esta escritura de pequeñas libretas es que juega al doble con la escritura ignota, que alguien realizaría a propósito de cada circunstancia que acontece a Schreber y de cuya condición dió previa cuenta éste.<sup>259</sup>

Esa clave de doble comporta además desdoblamiento sucesivos del dios, sólo uno en tanto incapturable. Hasta el sol es doble divino, y acaso sea por ello que el astro no pueda dejar de desdoblarse también.

Incluso, la duplicidad escritural que Schreber parece no asumir -dado que en su escrito deriva como una contradicción no reconocida- permite suponer, que en algún momento de su proceso, Schreber escribiera como otro y confundiera por ende su labor en tal sentido (con una duplicidad tan radical que impidiese a una parte dar cuenta de la otra). O si se prefiere una versión tanto más clínico-estética, borrando toda distancia entre la persona y sus personajes, duplos y contrarios, ajenos y autónomos.

SEIS. Es normal que los hombres carezcan de la posibilidad de desaparecer esas distancias y de incluir esas duplicaciones, por el contrario -al menos en los registros más habituales y cotidianos- lo agravan todo al punto de desconocer tales enlaces.

Casi podría decirse que lo normal se decide a partir de esta peculiar distancia de los personajes entre sí, y sobre todo entre la persona y los personajes que la constituyen, y que en cuanto tales, de todos modos se ponen en ejercicio. Así -tanto más, en cuanto amenazan con acercarse demasiado- la persona los niegue.<sup>260</sup>

En cambio lo psicótico tiene mayor contundencia, en la medida en que no sólo esas distancias se pierden, más aún en la medida en que los personajes invaden y someten a la persona misma al imperio de sus despliegues y de sus exigencias.

Cuando se trata de demarcar registros tan contrarios como resultan serlo lo normal y lo psicótico, la escisión humana entre persona y personaje comporta manejos contrapuestos y decisivos.

Las supuestas diferencias estructurales son apenas dominancias más o menos extremas de personajes peculiares. Sin embargo, la presencia de personajes de todos modos decisivos es claro que no desaparece por ello.

---

<sup>258</sup> En varias ocasiones podría parecer que fuese de este último modo, sobre todo cuando el modelo parece empobrecerse de manera decisiva.

<sup>259</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (Capítulo nueve. P. 110).

<sup>260</sup> Aquí se ofrece -si bien se ve- una definición clínico-estética de lo normal, más allá de la versión definitoria a partir del ejercicio de las defensas, donde la mera clave forclusiva, al duplicarse, diferencia la normalidad de las psicosis.

SIETE. Entre esos extremos que lo psicótico y lo normal demarcan, lo más puro humano -o sea, lo humano en sí- considerado más acá de toda escisión, lo humano aislado en su más redonda esencialidad es, de la manera más paradójica, en extremo enajenado.

Lo humano es por ello modal, para esa primera exigencia normalizante resulta en enlace con la obra colectiva (Obra), o sea que se le somete y subordina a constantes adaptaciones y acomodamientos (modalidades de lo urbano).

A nivel de la demarcación psicótica -que es más bien la ausencia de todo referente unificante- lo humano no es menos demandante de suplementos, el artefacto de complemento está a tal punto internalizado y refinado que se ofrece como mágica construcción delirada.

En una inversión -por demás radical- es la Obra la que decide lo humano, lo tiraniza y lo somete con una contundencia que es expresión precoz de posteriores e inevitables colectivizaciones. Lo singular siempre fue alimento de las formas que a partir de allí se suceden y actualizan en los modos de lo urbano.

Lo psicótico -visto entonces como (teórico, no moral-valorizante) paradigma clínico-estético de lo humano- recoge la modalidad más extrema de la condición máquica -esclavo sometimiento de lo humano al suplemento intangible-tecnológico (el delirio-obra)- y replica con radical vigor la idea excluyente que desde lo normal repugna la resultante psicótica en cuanto tal.

## **El capítulo catorce**

UNO. Si algo es el terrorismo, al menos en su acepción más convencional, es el congestionamiento de la frontera entre la guerra y la paz. Una definición de terrorismo -dada por la clínica de lo social- fue esa: la guerra en la paz, o sea el punto donde lo humano enloquece a partir del despliegue de una modalidad de lo singular que se expresa en términos del estallido contaminado de esta colectiva contraposición convencional (por todo lo cual se evidencia que lo singular no es mero registro de lo más personal, coerción de la singularidad pertenece a toda resultante, ella sí -en tanto tal- “única e irrepetible”).

Ahora bien, no habrá de expresarse ello siempre por necesidad y de modo directo como registro de lo colectivo.

Schreber remonta además, como verdadero terrorista-de-sí-mismo, esta contraposición colectivo-individual y deja con ello evidencia no sólo de una guerra interior en medio de la supuesta paz de los otros, es que su paz es ya inevitable tortura en tanto impedida por la guerra que su delirio impone.

Es él, Schreber, quien se esciende (desde que estalla toda convencional escisión) saliéndose de la simple modalidad de lo humano que a cada resultante individual se le permite ser. Cuando Schreber se recluye en su propia escisión se hace tan cierto para sí mismo que el resto parece fabricado a la ligera, puros efectos de ficción, por ello -a su manera- inadmisibles. Es esto cuanto Schreber expresa al plantearse como el único hombre real que resta, luego de que la humanidad toda ha sucumbido.

DOS. Apenas nuevos hombres-Schreber podrán dar cuenta de la opción humana proclamada a partir de allí la condición de fin del mundo es en realidad -cojugada desde la más extrema de las utopías- la superación de la envolvente y agotada modalidad de lo humano convencional. Al no ser ello posible, la Obra asume -y asumirá a partir de allí de un modo cada vez más decisivo- ese lugar,



mientras lo humano en sí agoniza y enloquece de agotamiento (comenzando por la ruta que Schreber ilustra, y generalizándose como condición colectiva que el desborde tecnológico exacerba a nivel de las resultantes de conjunto).

La inclusión paulatina en el predominio de lo terrorista y en el desequilibrio que ello de modo irremediable genera -forma en la actualidad consolidada ya de manera más que redonda y visible- Schreber lo empezó a vivir como la más personal, solitaria, incomprensible, e intransferible tortura.

Si bien todo parece excesivo dicho así -y dado que no se trata de un literal traslape- deberá preguntarse cuánto de domesticamiento cabe en la puesta en acto que es el delirio, cuando éste se instala como sombra de progreso, en medio de la resultante de conjunto más contemporánea.

No hay duda de que mientras la ilusión de progreso que lo tecnológico comporta se impone de modo indiscutible, ello ayuda mucho a atemperar el radicalismo de estos reconocimientos, a dejar pendientes esas asunciones, y a mantenerse en guardia frente a cuanto se asume como peligro inminente (sin tener que descifrarlo como destino, incluido ya y por tanto vivido de manera efectiva).

Sin embargo, visto todo desde la perspectiva del escueto despliegue del registro de lo terrorista, no parece que las cosas se estuviesen exagerando.

TRES. Apenas iniciado este capítulo, Schreber da cuenta de esta condición bélica interior.

Sin embargo, el contenido más visible de este registro guerrero torna persecutorio a nivel de lo asumido corrientemente como transferencial, y es claro que no califica -en esta doble acepción de lo transferencial y lo guerrero- al conjunto de los asuntos que interesan y atormentan a Schreber.

Dada la participación de los llamados “movimientos envolventes” “uno de los esquemas principales de las maniobras maquinadas por el alma de Flechsig, cuyo fin consistía en atacar por la espalda a los rayos divinos que iban de modo inocente hacia allí, y obligarlos de esa manera a rendirse”.<sup>261</sup> La omnipotencia del dios propició por ello la extinción de las “almas probadas” (a esas alturas, demasiado numerosas y molestas). Sólo sobrevivieron, “el alma de Flechsig bajo una o dos de sus figuras, y el alma de von W. bajo una sola figura”.<sup>262</sup>

Esta última se asentaría al final en la boca y los ojos de Schreber, por lo cual una suerte de masa acuosa que cubría sus pupilas le daba a la mirada de éste una expresión vidriosa muy peculiar.

Como esta alma de von W. terminara por disolverse -casi sin que Schreber se percatara- éste decidió interpretar al piano en su honor “La heroica” de Beethoven.

De igual modo acaeció al resto de las “almas probadas”, por lo cual éstas desaparecieron “del escenario”.<sup>263</sup>

Dado que “las almas, por su naturaleza misma, no conocen ninguna clase de preocupación por el futuro sino que se satisfacen con el placer de cada momento”, las dos partes sobrevivientes del alma de Flechsig se denominaron de modo respectivo el “Flechsig posterior” -la más alejada- y la más cercana, el “partido del por ahora”.

CUATRO. El modelo de particiones y recomposiciones -tanto del alma de Flechsig como de la de von W.- en el empeño de armar persona en cada una de esas modalidades, da paso a un juego excepcional de personajes. A pesar de fragmentarias, las almas son movidas por una tenaz y

---

<sup>261</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 159).

<sup>262</sup> Ibidem.

<sup>263</sup> Ibid. (P. 160).

unificante fuerza auto-afirmativa (aún tratándose de sorprendentes condensados donde se fusionan partes del alma de von W. con nervios del propio Schreber).

De manera paradójica cada empeño de unificación lleva un nombre sorprendente, del tipo “putrefacción del abdomen de von W”, “mediodía von W” (por ocuparse de las comidas, de manera especial del almuerzo), “efectivamente, von W” o “¡ah! maldición” (acorde con sus propias y más frecuentes expresiones), “látigo von W” (empeñada en golpear la cubierta del cráneo de Schreber), y la ya mencionada como “el pequeño von W-Schreber” -la más benévola de todas- que incluía el milagro de “las gotas de oro”, las cuales rociadas en las partes lastimadas de la cabeza generaban un inmediato efecto curativo.

Entre otras cosas, Schreber pretenderá explicar todas estas supuestas arbitrariedades y contradicciones cuando asume que “no hay que imaginarse a Dios como un ser limitado espacialmente por los límites de un cuerpo, como el hombre, sino como una *pluralidad en la unidad* o una *unidad en la pluralidad*”, más bien como un escenario donde discurren -más o menos alejados, más o menos próximos- multitud de personajes. Como si se tratara en cambio de una personificación, o de un conglomerado habitando una espacialidad tanto más abierta.<sup>264</sup>

En el ordenamiento cósmico una complicada interferencia ha puesto en evidencia la presencia de un complejo mecanismo, que al menos en un punto, ha fallado de manera decisiva. Y no habrá de ser el dios el llamado a remediar las cosas, pues está incluido de hecho -junto con Schreber- en el nudo contaminado que origina la falta.

CINCO. Luego de nuevas aclaraciones sobre la práctica escritural que deja evidencia de documentos previos a las “Memorias” -en las cuales se hace visible la riqueza de un proceso que las propias “Memorias” no llegan a ilustrar más que de modo harto restringido- Schreber pasa a comentar la tortura que comporta la sólo ingestión de las comidas hasta derivar a una denuncia que -así no sea asumida como tal- da cuenta de los dos años y medio de reclusión total a los cuales fuera sometido Schreber, como si se tratara del más indomeñable y salvaje de los hombres.

Aunque confiesa algunas riñas con guardianes y pacientes parece que la causa principal era la costumbre de Schreber de hablar en voz alta para espantar la insistencia insoportable de las voces que le acosaban.

Como fuere, es claro que el mayor rechazo a su proceso le acarrea, no tanto una peligrosidad real, sino el erróneo criterio de creer que a base de aislamiento se resuelve su asunto (sin asumir que ello en realidad es apenas alternativa para quienes portan la impotente mirada desde el exterior, y por ello no pueden hacer más que soportar).<sup>265</sup>

SEIS. Así sea con la lógica contaminatoria que le permite su delirio, Schreber está más cerca de las claves de sus síntomas que los médicos que le tratan (con relación al insomnio, por ejemplo, cuenta con una opción de interpretación de la cual sus terapeutas de hecho carecen). Cuando el dios se distancia en demasía, Schreber no consigue conciliar el sueño, empeñado como se encuentra en

---

<sup>264</sup> Ibid. (Nota 83. P. 163).

<sup>265</sup> Este aspecto es clave para localizar hasta qué punto el recurso de la reclusión manicomial -con justificaciones de supuesta autodefensa del colectivo- no hace más que proteger de la diferencia. Y no sólo de la diferencia, de la amenaza que a título de terror encarnado comporta el delirio para la mirada que le capta desde lo normal.

Es claro que el psicótico no se sabe defender del encierro que se le impone, y cuando lo consigue -como acontece de modo excepcional con Schreber- las razones más doctas, procedentes del mundo de lo normal, se diluyen como una golosina en medio de la lluvia.

demostrarle al ser supremo que no ha tornado en inapelable idiota. Los humanos -casi sin saberlo- no hacen más que empujar a Schreber del lado donde las cosas darían al dios -de modo definitivo- la razón.

Las “Memorias”, de un modo u otro, permiten establecer un puente que termina por debilitar la fuerza de esta circunstancia, y desde esa escritura de suplemento -escritura que de hecho se monta sobre el texto de base y lo desdobra, facilitando en cambio la progresiva atenuación del síntoma- emerge la posibilidad de un nuevo rastro donde se consiga desatascar el originario entrapamiento.

Un llamativo asunto adicional consiste en los recursos que la necesidad impone, obligando a la agudización del ingenio: hacer nudos en las puntas del pañuelo para desbaratarlos luego, recitar en francés conocimientos históricos, y a la manera de los pueblos primitivos -cuando al menos se le permitía esta opción-, descifrar la hora basándose en la observación de la posición de los astros, todas ellas alternativas varias para domeñar el paso del tiempo desde la forzosa reclusión.<sup>266</sup>

“Los hombres hechos a la ligera” parecían vengarse así del único hombre real, que más acá de la extinción del resto, a pesar de todo subsistía.

## El capítulo quince

*“Al grupo del Dios inferior pertenece en especial una alma en figura de pájaro que casi siempre es la que está más cerca de mí y que por ello hace años que es designada por las otras voces con el nombre de mi “pequeño amigo”.”<sup>267</sup>*

UNO. Si existe un artefacto -que linda entre lo tangible y lo intangible- donde lo humano coloque su envolvente impronta y someta al imperio de su condición formalizante a cuanto sin límite le rodea, ese es el lenguaje.

Desde la perspectiva clínico-estética, el lenguaje es la forma más refinada de suplemento que -por decirlo así- corona las modalidades de la banda sonora.<sup>268</sup> Extremo irremontable de lo formal que arma radical repudio al colmo de la fuerza más basal que es el ruido infernal del universo.

Lo humano es y ha sido siempre reforzado combate entre la forma primordial y la fuerza de base, la calidad de sus aportes se evidencia en el decisivo dominio de la primera sobre la segunda.

El lenguaje es entonces el producto más humano en la Obra, que une y recupera cuanto esa fuerza primaria disgrega y contrapone de continuo. Con decir que el lenguaje unifica lo humano desde que lo humano comienza por nombrarse (no se trata de lo obvio, consiste todo -por el contrario- en lo más enigmático: ¿cómo empezó lo humano a autodenominarse sin de antemano saberse o poderse

---

<sup>266</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 165).

<sup>267</sup> Ibid. (P. 175).

<sup>268</sup> Para más de uno, basta exponerse al silencio nocturno en un espacio suficientemente agreste para captar cómo la lectura del universo sonoro, no sólo es previa a todo sonido articulado, sino que éste resulta indispensable punto de freno ante la emergencia del terror. Schreber sin duda se instala en ese límite extremo, no sólo en el reborde más próximo de esa indefensión, generando él mismo terror con ello (tanto peor si se camufla éste desde una alianza de conjunto que hace forclusión del tema).

asumir en tanto tal?), permitiendo que lo estético-formal sobrepase a cuanto de otro modo resultaría fragmentario y diverso (tal cual lo resaltara Kant, hace de ello ya varios siglos).<sup>269</sup>

DOS. En el juego de suplementos, intercambios y contraposiciones, entre la fuerza amorfa y la forma refinada, lo humano monta dos rutas claves que encauzan su indetenible devenir.

De una parte se trata de la escenificación, de otra de la expresión. En la primera predomina el paisaje interior, en la segunda la banda sonora. Pero nada excluye que la expresión sea figural y aspire a lo tangible, como que -cuando de lo humano se trata- procede de la labor de interioridad que es sólo personal en la más periférica y -al interior de lo social- determinada dimensión de las resultantes.

A título de apropiación de lo humano, las modalidades de la banda sonora aspiran a invadir los registros específicos donde en niveles corrientes discurre la escenificación.

Banda sonora, de manera habitual entendida como puesta en acto y derivación ya del paisaje interior. Y es que lo estético, en tanto involucra formalizante, hace de la banda sonora y del paisaje interior modalidades suyas.

En el capítulo quince se encuentra una ilustración de esta última opción representativa, acaso no evidente en su contundencia porque pareciera que se trata de la refutación de la interioridad. Indispensable resultado, dado para refrenar la desmesura escenificante.

TRES. Por el contrario, se trata de la interioridad asumida como desborde, más allá de toda defensa normalizante, y sostenida ésta sólo a partir del empeño de lo estético, ávido de irrefrenable representatividad. La condición irónica y poética de este capítulo nace de allí, el tono lúdico y liviano -donde todo pareciera disolverse del lado de una aprehensión de la envolvente resultante, asumida como broma extrema, como divertimento de base que remonta cualquier apuntalamiento trágico- es cuanto predomina entonces.

Es cierto que un dejo de tristeza acompaña la captura de tal resultante, supuestamente menor, local, presente sobre todo en las criaturas más humildes y desprevenidas, desde las cuales canta la vida sus acordes más elementales y sostenidos. Pero no falta tampoco allí una franca alegría, sin duda más justificable desde que se reconocen las puertas de salida de una obra anónima y magnífica, que al mirarse de frente parece irremontable en su grandiosidad injustificable, y sólo por ello trágica.

CUATRO. Lo humano que retorna desde las almas de los muertos habla entonces, allí donde la vida de manera espontánea canta, y es cuando su aporte resulta más ingenuo e indefensable. Se trata de los “pájaros canoros”. Todas las aves de vuelo veloz hablan a Schreber (gallinas, patos, palomas, canarios enjaulados, carecen de esta propiedad), los sonidos de las aves remarcaban las estaciones y las horas, ni se sabe si son creados a cada paso o si se mantienen dentro de una existencia continua, almas que desde el dios Arimán y el dios Ormuz reciben una curiosa animación, por todo lo cual no se puede decir que sean naturales a plenitud.

Si bien se ve, lo inadmisibile es en realidad la escueta aspiración religiosa desde donde quiso siempre Schreber apuntalar, justificar, e interpretar su delirio. En cambio -se insiste- brilla aquí el más

---

<sup>269</sup> Cf. Kant, E. “La crítica de la razón pura”. Ed. Losada. Buenos Aires, 1960. Como resulta más que sabido, Kant señala que sin el concepto de árbol se tendría apenas una arbitraria e injuntable maraña de sensaciones. La clave estética de esta manera de decir resulta tan evidente que sobraría casi resaltarla, de no ser porque en enlace con el tema de Schreber resulta de una renovada significación explosiva.

injustificable y hermoso desborde de lo estético, demente e infantil, salvaje sí, pero en tanto inocente y primordial, donde lo religioso se instala como una modalidad franca, indiscutible y poética.

Es cuando -como nunca y por ello- Schreber está instalado muy cerca del lugar donde debió ubicarse de entrada el primer hombre (así no fuera por supuesto Adán).

Lo alucinatorio revienta, estallando la banda sonora, delatando -denunciando con ello si se quiere- hasta qué punto esta última se ha restringido, constreñido, sometido al imperio de la uniformación impuesta por los modelos de rebaño, por las urgencias de lo social restrictivo, selectivo, forclusivo. Definitoria condición de repulsa, sobre todo allí donde la articulación del sonido apuesta ya por una ruta que deja por fuera las opciones del grito, del río de sonidos desbordados, de la emergencia siempre explosiva que habla por sí misma desde siempre.

## Los capítulos dieciséis y diecisiete

UNO. Al lado de lo anterior, no debería desconocerse que si algo está puesto allí con tanto más radicalismo -si bien no deviene mera fuerza indomeñable- es todo el terrorismo del cual un único ser humano es capaz de incorporar, y a nivel interno, implementar.<sup>270</sup> Aún allí donde torna implosivo, lo terrorista y su estallido mental resulta tan inútil como creador -ejercicio indetenible de encarnadas emergencias- vencido por la condición que le constituye y que del modo más radical niega. Lo terrorista creador delata entonces ser -en tal sentido- variante de lo estético y sin embargo casi arbitraria matriz de suplemento.

Pero ¿por qué a pesar de todo se da y se sostiene con terca insistencia?

Esa condición hiper-representativa es cuanto Freud ha propuesto como registro del inconsciente y que al ser limitada a las dimensiones meramente interiores se apuntala a una normalidad indiscutida, donde el empirismo de lo externo de ello derivado da como realidad redonda y decisiva cuanto es envolvente emergencia estética, sólo a nivel modal diferenciable.<sup>271</sup>

Vistas así las cosas, la conciencia es una forma de la representación, sólo que calificada de modo directo desde la persona, y por ende, signada por la dominancia de lo social. Lo inconsciente -vistas las cosas a nivel figural- es la graficación que desprendiéndole de su soporte empírico-social delata a la persona como máscara de escenarios, de decorados (o sea, paisajes interiores y despliegues sonoros) y de personajes múltiples y evasivos que rotan de continuo desde variadas procedencias e influencias. Por debajo de ello, el virus-doble sumara los estados afectivos, pasionales, y los primeros enlaces con el consumo envolvente. De su parte, el virus -tanto como el doble- despejan con toda contundencia las claves de enlace que llevan a lo inconsciente más lejos de los meros registros de lo personal.

---

<sup>270</sup> Schreber es pues un terrorista sin alianza de soporte con ninguna organización social, a su vez terrorista. Si es que se acepta verlo así, su delirio es a cambio de ello, expresión directa de esta condición.

<sup>271</sup> La versión del inconsciente -incluyendo por supuesto y en primer lugar a Freud quien de antemano le dio su impronta- ha sido apuntalada no sólo desde el supuesto de la condición defensiva del aparato psíquico, también y de modo decisivo, desde el registro de lo moral y de la realidad. Es por ello que reina ahí esa trilogía donde se contraponen el yo y el superyó, a la fuerza desbordante del ello. Una versión estética del inconsciente-como es ésta que se impone reconocer al abordar el asunto Schreber- no es que sea ajena a la visión freudiana, es que su prelación termina sometida siempre a las urgencias de la auto-reproducción de lo social, represiva si es del caso y por encima de todo, más tarde o más temprano, de aspiración moralizante. Desde entonces, no resta más que la salida explosiva y/o implosiva para lo inconsciente en tanto negada irrupción estética.

Cuanto en la oferta freudiana se apelara “proceso primario” y “proceso secundario” son polos de representación donde lo formal se despliega desde un estético empeño que busca subordinar los desbordes, no menos incontenibles, de las fuerzas más primordiales.

Decir entonces “inconsciente” sin reconocer tal clave de involucencia da como versión clínica esto que se debiera asumir en perspectiva clínico-estética, y que en cambio ofrece como mirada especializada cuanto demanda una perspectiva de abordaje trans-disciplinar.

DOS. Es claro que la formalización no sólo es inagotable en relación con las emergencias empíricas, ella misma es portadora de un múltiple juego de ofertas que la conjugan desde variadas combinatorias y contraposiciones (algunas tajantemente canceladas).

La forma humana concreta que apropia la resultante en la cual encarna, que por ende no sólo se empodera así, para su despliegue incluso decide -o al menos altera- las derivaciones de formas diversas, carentes de opciones para la asunción de sus propios ritmos y de sus exigencias reproductivas, no es la misma que se excluye o que se somete al imperio de otras formas humanas por diversas razones -no siempre pertinentes- más potentes y determinantes.

La modalidad que comporta de manera inapelable la creencia, es un recurso más particular de cuanto permite la mera inclusión en la inagotable variedad de las resultantes humanas. Si existe algo frente a lo cual el delirio de Schreber resulta demoledor es la fe inveterada en el más burdo y compartido empirismo. Si hay instancia de masa ha de ser de modo necesario por esta vía de la creencia, previa a toda fe religiosa, y de lo cual de manera paradójica el delirio de Schreber se apropia con tanto mayor radicalismo. O sea: ante el delirio, Schreber es tan empírico como cualquier humano en relación con su creencia más irreductible, al punto de que es cuanto hace imposible a Schreber asumir su locura como tal y por ende crear con ello la posibilidad de remontarla<sup>272</sup>.

TRES. La condición de vivencia perceptual -afirmada a nivel cuantitativo- hace creer a Schreber, que cuanto le acontece vale en sí. Antes que reconocer la ficción como constituyente, el yerro de Schreber -si es dable nombrarlo así- es entrar en pugna con el acendrado empirismo de sus semejantes, por supuesto sucumbiendo en el empeño, aunque sin cejar en él (por el contrario, afirmándose tanto más en la medida en que no halla solidaridad alguna).<sup>273</sup>

Pero ¿qué hace que se fracase allí, si en realidad se resulta siendo tanto más obediente en referencia con procedimientos acordes con las consignas del rebaño humano, si en realidad quien allí se instala delata ser un incomparable creyente?

De manera demoledora, el delirio de Schreber denuncia el soporte de creencia sin lo cual lo humano en su conjunto -de modo independiente del tipo de resultantes- nunca pudiera desplegarse, pero que obliga a Schreber -tanto más arbitrario y paradójico entonces- a instalarse en la excepción. Es allí donde su creencia no puede ser más que terrorista.

Lo humano se amamanta de creencia, así no por ello se integre y reconozca unificado sólo por eso.

---

<sup>272</sup> Se preguntará: “Y de dónde emerge el cuestionamiento de lo forclusivo y de lo doble- forclusivo, que parece creer empoderarse sin más en el afincamiento de una verdad indiscutible?”

De la exclusión asumida donde sólo le es dable florecer al terrorismo creador- habrá de responderse.

<sup>273</sup> Existe un punto donde lo singular enfrenta un innegable tope y delata con ello su condición demente. Es allí donde -dado que se trata de su registro más personal y restringido- desconoce que su lugar a pesar de desbordado no escapa a la extinción: por extremo y sostenido que fuere su empeño, de modo inevitable se diluye con la muerte de su portador, siendo agotable su empeño basta ello para decidir lo irrisorio de su pretensión cualquiera fuere. Pero es cierto también que como el suicidio -cuando su condición es de modo suficiente radical- no existe nada que puede contraponerse a la negación que a nivel terrorista encarna.

De hecho, es desde esa amenazante cercanía que el colectivo repugna de todo posible reconocimiento frente al discurrir schreberiano.

CUATRO. El empeño de Schreber como individuo solo, como pura emergencia singular, como reposición del primer hombre, le impone la labor titánica de generar formas inagotables frente a una fuerza de base que sin duda resulta insuperable. “Mi fuerza para resistir a los ataques de los Rayos dirigidos a perpetuar mi entendimiento estaba ahora finalmente agotada”- confiesa.<sup>274</sup>

Entre la fuerza cósmica y la formalización estética que se impone a cada paso a lo humano, irrumpe la traducción que es el hacer lenguaje a partir de una lengua primordial -de fuente ignota pero no ajena por ello de una muy particular lógica-.

De otra parte, dar sentido a lo fragmentado, a lo incompleto, es la tarea de todo lenguaje creador porque se asume como develamiento ininterrumpido (en cambio de su incorporación a título de artefacto tecnológico, redondo y eficaz, cuyo uso parasitario comporta el automático y anónimo reconocimiento al colectivo, en tanto éste -a su vez partiendo de allí- genera su mero consumo reiterativo).

El lenguaje, asumido como proceso creador constante, antes de resultante máquica es voluptuoso y vital, casi como una criatura viva a la cual se debe de continuo atender para que no sucumba o debilite.<sup>275</sup>

La relación entre lo pensado y el lenguaje impone una conciencia torturante de la cual el rebaño carece. El colectivo hace uso del lenguaje como “pájaros parlantes”, como papagayos memoriosos, como muchachas cantarinas y superfluas. En cambio Schreber, para no resultar de modo irremediable idiota, debe crear a cada paso un modelo donde pensar y lenguaje resultan complementarios de la más estrecha de las maneras.

Esta concreta cuestión de las aves parlanchinas, con cierta compensatoria exuberancia ha sido interpretada por Freud -y aplaudido en ello por el resto- como representación metonímica, en tanto da a los pájaros camuflada versión de locuaces y superficiales muchachas en flor. No debiera olvidarse por ello las implicaciones del lenguaje allí: si bien contaminadamente difuso en relación con su apuntalamiento a la banda sonora, prioritario asunto estético, sin duda de más honda repercusión.

CINCO. En general, la traducción es desdoblamiento inevitable. Por lo demás, y para el caso concreto de Schreber no siempre resulta tratarse de mera traducción, en el sentido al menos que a nivel corriente se le asigna a ésta. Cuando la traducción se da de modo insuficiente (con frases cortadas) debe ser redondeada del lado del sentido, como si se tratara de un diálogo obligado y simbiótico (por ende, implica además complementariedad y completamiento).<sup>276</sup>

La máxima contraposición que ésto genera, Schreber la describe como el efecto doloroso de tensión que comporta el lenguaje de las voces de los pájaros parlantes, las cuales se introducen en la cabeza

---

<sup>274</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 178).

<sup>275</sup> Cf. Otero, J. “Del inicio impedido o del final imposible”. Texto inédito sobre un paciente post-psicótico. Luego de remontar de manera parcial un episodio psicótico (surmenage) el lenguaje le resultaba rígido como un sólido, en cambio de la versión que a nivel de la experiencia psicótica lo ofreciera en cambio como un raudal dinámico y vital. Esa condición de pérdida en el fluir de la lengua se daba de modo irreparable y se imponía así como costo inevitable frente a la cargante exigencia de adaptación impuesta ahora desde lo social.

<sup>276</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 179).

a título de voces interiores, a la manera de largas hebras y por medio del virus de cadáveres, al cual de tal modo descargan.

La elaboración de este recurso cloacal se sublima en lenguaje coherente, con sentido.

Esta incorporación virulenta comporta además una pugna constante con el virus la cual se da como inevitable “falsificación de pensamiento”, o bien, incluye recursos represivos que buscan detener el flujo inagotable del lenguaje más primordial y basal.

Nada más terrorista que esta forma de consolidar sentido. Schreber la compara con alguien que se impone como una fastidiosa y constante compañía destinada a zaherir, con giros carentes de la más mínima coherencia, a algún semejante<sup>277</sup> (sólo que comportando, además, el impedimento de éste para reaccionar de algún modo).

A esta tortura se suma otra que consiste en una rotación extrema y desagradable en la expresión del mensaje, en tanto rompe con el ritmo que de modo habitual acompaña la expresión de las ideas (de tal modo que el afectado -buscando contener a su insoportable doble- no puede más que dedicarse a hablar en voz alta, intentar tocar el piano, o leer libros o periódicos).

Schreber termina por recurrir a la memorización de poemas para contrarrestar la sarta “horripilante de idioteces” que se le impone escuchar.

Si ello falla -como de hecho acontece de continuo- habrá que contentarse con el mecánico contar números hasta remontar cifras elevadas.<sup>278</sup>

SEIS. Schreber remata el capítulo dieciséis con una referencia a sus propios desechos, que si bien no hablan, con frecuencia resultan marcados de modo hostil por el discurrir desbordado que acoge las deposiciones inagotables del dios en sus propios nervios. Remontar esta putrefacción cósmica, superar este destino de retrete, es la clave que lleva la fuerza desbocada de lo más primordial hasta la traducción inagotable de las formalizaciones verbales con sentido.

¿Qué función cumplen al final de cuentas los pájaros parlantes de Schreber?

Una vez las voces del dios se agotan, cargadas del lado de la aburrida repetición, los pájaros parlantes se apropian de ellas y -entre el dios y Schreber- median, desde el mundo y desde las almas. Pero este encadenamiento decadente delata la precariedad que comporta, no sólo acercar el dios a los hombres, si no al mundo mismo. Olvidada deposición de la creatividad divina, cuando el dios armaba, generaba Obra propia, y no se resignaba a la acumulación burocrática y auto-conservadora de la misma.

Viejo modelo desgastado de formalización, el dios ha terminado -un tanto irresponsablemente, acaso más bien por incrementada debilidad- derivando la obligación primordial de dar adecuada aplicación a su incontrolable fuerza. Schreber no es apenas víctima de todo ello, no sólo consolida así el vínculo con ese ser (decidido como paradigmático personaje terrorista que se apuntala como tal,

---

<sup>277</sup> Ibid. Nota 96. (P. 181).

<sup>278</sup> No debiera ignorarse aquí, ahora que se le reconoce no sólo del modo más expreso y franco: la idea del virus, asumida también en simultaneidad con el doble. Siempre tiene el virus esa condición de presencia linderal, si bien tangible ya, de dimensiones microscópicas. Si resulta en cambio del lado contrapuesto, en el lindero de su invisibilidad, figurará el virus, soportado siempre desde la génesis de un poder alterno como oferta desde la exclusión. Cuando el virus es de especificidad mental, suma esta clave de desorden, de indispensable complemento de resistencia frente a la más justificable aspiración de sentido (así se lo pretenda siempre desconocer como tal).

Su condición parasitaria comporta la idea de algo de modo inevitable derivado. No obstante ello, no debiera generarse la ilusión de que se trata de un recurso subordinado. Por el contrario, entre más parasitario, más autónomo en su funcionamiento (esa es su más definitiva paradoja).



agenciando de tirano frente a ese su humano y repudiado complemento), delata además un déficit creciente en relación con un terrorismo creador, lúcido, liberador.

SIETE. El dibujar para Schreber no coincide con el sentido que de manera habitual se asigna a esta actividad, claro apuntalamiento ya de lo escritural nombra en cambio la capacidad para -de modo intencional- reproducir cuanto hasta entonces fuera alucinatoria rememoración o fantasía.

En realidad, el concepto hace referencia a la creación y recuperación constante del paisaje interior, de manera estricta entendido como mera actividad intransferible. Se trata de la escenificación inagotable que, acaso por primera vez, permite a Schreber un cierto momentáneo control del inagotable proceso representativo, de modo doloroso interrumpido afuera por el encierro hospitalario, con gran esfuerzo repuesto desde una compensatoria duplicación que tal reclusión refuerza.

Como ha sido resaltado antes, no es que el aislamiento forzoso genere el discurrir alucinatorio, lo radicaliza y encauza de significativa manera.

De otra parte -así no se lo reconozca como una suerte de “dibujar sonoro”- Schreber también alude a cuanto en perspectiva clínico-estética se ha venido apelando banda sonora.

En realidad -aclara Schreber- a nivel verbal directo, sólo al sol y a las aves les está dado dirigirse a él, pero -sumadas entonces por el propio Schreber- por una ruta tanto o más subjetiva, pueden darse ruidos, por lo general repugnados por los nervios del dios en superposición con específicas claves verbales (dígase, los ruidos de los trenes, de los vapores remolcados por cadenas, o del crujido de botas).

OCHO. Todo ello deriva de la férrea disciplina que comporta la compulsión a pensar, lo cual además connota una sensibilización creciente frente a las causales que deciden cada acontecimiento, cada sentimiento, y cada representación cognitiva.

Dando una vez más evidencia del empeño constante de instalación en el registro de lo humano en tanto no escindido. Antes de saber de cuanto Freud está, de manera simultánea, discriminando en los primeros desarrollos del psicoanálisis, Schreber rompe con la contraposición entre vida conciente y pensamiento inconsciente.

El resultado es pues este modelo de perpetuación alucinatoria al cual -confiesa Schreber- nunca renunciaría, así le ofrecieran “todo el oro del mundo”.

En el juego de compulsión pensante, Schreber logra convencer a los rayos de la autenticidad de sus ocurrencias, como si se dieran de igual modo, a cuanto acontece con acontecimientos reales (incluidos desdoblamientos suyos que le hacen aparecer en espacios, diversos de aquel donde de hecho se aloja en un momento dado).

Schreber aprovecha para dar forma femenina a su propia imagen alucinada ahí, mientras en realidad se halla sentado frente al piano, o bien, se retrata en forma directa ante el espejo con embelecados femeninos, o en el cuarto adyacente, o en la noche, o acostado en su cama. Puede ser entonces que Schreber se autoperciba -y al tiempo obligue a ello a los rayos del dios- con su cuerpo dotado de senos y órganos sexuales femeninos, de igual modo a cuanto acontece con su trasero.

Schreber es uno con su imagen -o dos también- sin que por ello resulten indispensables los espejos (aunque tampoco nada los excluya, si se tratase de esto). Afuera, en cambio, los normales enloquecerían si se les retirase los espejos y los complementos máquicos de múltiples características y usanzas (pues alucinar significa portar un espejo mágico, intangible, fino y enigmático, cuyo ejercicio no demanda por ende soporte materializado alguno).

NUEVE. Conviene señalar, que más que liberar su femineidad Schreber aspira a mutar su cuerpo. No sólo se trata de una operación metamórfica (más que de una realización homosexual, siempre en cambio y a nivel general, modalidad mutante ya). Es que además, ello comporta la consolidación de una oferta conceptual que decide la verdad de lo existente desde la lógica de los nervios, los cuales carecen de sexualidad.

Acaso no sólo convendría convencerse, de que cuando en general se da resultante homosexual -fuere dónde y cómo fuese- se debe ello a empeños metamórficos, a modalidades mutantes, más que a urgencias de género o a perpetuaciones infantiles en modelos amorfos e imprecisos y de acuerdo con demandas dadas (efectos entonces resultantes desde la representación envolvente). Lo infantil es también metamórfico ya desde que lo adulto no sabe reconocerse allí -donde de hecho debiera darse la asunción de una continuidad, en tanto despliegue indispensable de la unidad de base-. De otro modo, la resultante dada no puede ser menos que sintomática, en el ejercicio definitorio de esa escisión.

Entonces sí -sumado a ello- surge el reconocimiento de la inclusión de juegos de personajes, y la presencia de manipulaciones desde lo social a partir de donde -intentando aliviar el incontenible devenir- se busca domesticar la temporalidad.

DIEZ. Como fuere, sólo así torna pensable la emasculación impuesta por el dios a Schreber en tanto constituido éste por puros nervios y por meros rayos. En enlace forzoso del dios con Schreber, sólo propiciando una transformación tal torna posible la verdadera cuestión de la cual se trata: generar una nueva humanidad donde el dios pueda finalmente reconocerse y Schreber a su vez consiga ejecutar cuanto de modo definitivo la realidad empírica le negara.

El lugar de Schreber, que sus semejantes reconocen como mera demencia, es sin duda el registro de un alma que al menos en parte se asume como factible de desprendimientos corporales. O sea, como si el cuerpo -no suicidado aún y en cambio delirado- no resultara indispensable más que en tanto facilitara la opción de metamorfosis del lado del cadáver, o bien (dado su congelamiento y atrofia progresivos, como formalización dinámico-masculina) a nivel de una transmutación -sólo entonces posible- en cuerpo de mujer. Formas ambas, las más extremas pensables en el juego que permite la agonía cuando se contamina de ficción.

Una vez se optara por la tecnológica y máquica salida alo-plástica y se renunciara a asumir el otro posible recorrido natural ¿no es, por lo demás, esa mezcla terrorista la razón de ser, última y primera, de todo sostenido delirio desde que lo metamórfico resulta ser la suplencia compensada de la repudiada opción humana autoplástica, contaminada de ficción, e interior de manera predominante? (o sea, desde que se siguiera la ruta de la cultura y se abandonara el ordenamiento básico natural, en el fondo lo metamórfico añora lo ancestral y, en el impedimento para un retorno tal, se disgrega como sinrazón).

## **Los capítulos dieciocho y diecinueve**

UNO. En el sentido clínico-estético del término, si algo decide la psicosis de Schreber es la condición del vínculo, asumido por éste con una precisión indiscutible. He aquí su planteamiento: “Dios no puede nunca...liberarse de la idea de que en cada momento dado, no bien se produce en mí

el no pensar, es decir, cuando no resuenan en mis nervios pensamientos formulados con palabras, es porque se produce en mí el estado de total embrutecimiento (la idiotez), pero al mismo tiempo tiene siempre el deseo de cerciorarse de si esta suposición es verdaderamente acertada y por ende ha llegado el esperado momento en que sería posible un retiro definitivo de los rayos”.

El dios es fuerza inteligente que de manera indefectible se formaliza, que de modo inevitable asiste a las formas, las mueve y prolonga, incluso -en tanto arma vínculo- se esclaviza a ella cuando lo impone así el entronque de los nervios.

La psicosis de Schreber es el entrampamiento del dios que le obliga a una actividad no siempre creativa pero sí indetenible, así aburra y se estanque.

Entre la idiotez y la metamorfosis, Schreber no logra desapuntarse de su torturante privilegio (el vínculo) que no puede nombrar (por supuesto, además sin decirlo) sino como una modalidad terrorista impuesta de modo excepcional al ordenamiento cósmico.

En perspectiva clínica tradicional, si como persona ello comporta inapelable psicosis, como modo condensado de lo humano (y desde la mirada clínico-estética) se trata del más trágico sino llevado al colmo de su expresividad.

DOS. Esta vinculación impone una decisiva coincidencia humano-divina, nudo ciego que Schreber nunca quisiera desatar. El poder creativo del dios para dar a luz obra tangible e intangible -generar tecnología con sólo pensarlo- Schreber lo replica -desde el registro del desborde figural y del insoportable resonar del ruido cósmico donde la banda de la escucha se amplía y distorsiona- como asunto alucinatorio permanente. Se diría que no parece posible entenderlo ni aceptarlo si no se lo vivencia, y una vez instalándose allí, no habría potencia alguna que pudiera remover de ese registro insólito<sup>279</sup>.

Ello comporta sin duda esclavitud, pero al tiempo genera una dimensión experiencial tan vasta que ningún humano podría alcanzar. Se trata de la creación de una mirada novedosa y envolvente que capta siempre en la totalidad cada emergencia y reconoce en ello un ordenamiento que las resultantes humanas corrientes no consiguen cubrir.

Si a algo se parece esta situación extrema es a una adicción (no sólo a una drogadicción que es ya modalidad que evidencia similitudes inocultables), se trata del asumir sin velo alguno la irremontable condición adictiva de lo humano, siempre por ello presente de uno u otro modo.

TRES. Una de las modalidades que evidencian la realidad objetiva indiscutible de este vínculo de Schreber con lo divino, se expresa a través del “milagro de la orientación de la mirada”<sup>280</sup> que hace desde el dios, que siempre Schreber halle cada cosa en el sitio que ocupa sin incluir para ello incómodas búsquedas. Incluso, en la más extrema oscuridad (como si fuere movido por una suerte de extraña hipnosis que ni siquiera presupone la mediación de tiránicas órdenes) Schreber asegura el más certero encuentro de cualquier objeto.

Esta ceguera lúcida que da a la sombra lugar de privilegio (allí donde de modo inevitable cualquier humano resulta impedido) es hermana de esa otra acción según la cual Schreber, de manera no menos excepcional, puede mirar al sol sin lesionarse por ello.

---

<sup>279</sup> Siempre restarán sin embargo rutas posibles de similitud inengable que no comporten de modo necesario enajenación forzosa. No por nada, al lado de lo clínico-estético no sólo cabe lo puro clínico, es posible a su vez lo estético-clínico y por supuesto lo estético escueto.

<sup>280</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (Ps. 198-199).

Si Schreber retoma la idea de un sol duplo -la más visible expresión de lo divino materializado- de un sol diurno tanto como de un sol nocturno a los cuales personifican de manera casi teatral Arimán y Ormuz es por esta ruta estética -tan crédula e ingenua, tan humana- que Schreber resulta de modo simultáneo, antiguo y actual.

Por encima de todo progreso, la creencia insiste con tenacidad, con absoluta arbitrariedad, y Schreber condensa ello, con igual fortaleza que demencia.

#### CUATRO.

Dilución interior-colectividad  
(Instancia de masa)

Desborde terrorista  
(Exclusión-reclusión)

Tortura  
(Emasculación-agonía)

Dilución interior-exterior  
(Desborde alucinatorio)

Vínculo delirante-terrorista  
(Enlace figural-aditivo Schreber-dios)

A partir de una mirada clínico-estética, el cuadro anterior esquematiza los núcleos desde los cuales se ha terminado por recoger el drama de Schreber. Acaso -si se aguza el rigor- no todo esté incluido allí, pero a partir de una panorámica desprevénida es claro que los rastros que se establecen enlazando estos registros demarcan y resaltan los recorridos más frecuentes en esta reflexión.

Además, condensadas de este modo las cosas, ello permite reconocimientos más puntuales. Por supuesto que el dios que arma vínculo alucinatorio-delirante con Schreber es tanto o más loco que el propio Schreber (sólo que le sobrepasa en infinito poder, del cual Schreber apenas puede probar un poco y sólo para defenderse de sus semejantes).

¿No es este dios enmascaramiento para Schreber del padre de la infancia? Porque si no ¿de dónde diablos procede?

Este dios puede portar rasgos del padre de la infancia sin duda alguna, pero no es idéntico de éste, ni siquiera sumando transferencias allí que eslabonasen los polos más decisivos en una larga cadena y se les juntara en una circularidad excluyente se lograría una equivalencia tal. Así se sumen idealizaciones extremas y reposiciones de lógicas tempranas existe en esa fabricación schreberiana un decisivo plus que es al tiempo mítico y comportamental, por sobre todo construcción estética que toma sus materias primas de aquí y de allá.

Y no hay contradicción en este eclecticismo schreberiano. En efecto, el dios de Schreber parece una invención de un excepcional psicólogo conductista. Excepcional, desde que suma contraposiciones impensables, desmesuras creadoras, arbitrariedades e ironías inagotables, ausentes en las rígidas maneras -descriptivas y constreñidas- de un pensamiento de tal índole.

Sólo que el impedimento inventivo del “psicólogo comportamental” Schreber lo remonta desde una mágica versión que da como resultado una reposición mítico-creativa, donde sin duda se hermanan antiguas modalidades humanas con las más recientes resultantes.

Pero es claro que el andamiaje de rayos y de nervios que contaminan esos polos no dejará de atraer la delgada curiosidad de un psicólogo de ese corte.

Tampoco Schreber alcanza a ser tan límpido que reponga de modo literal una mítica panteísta, donde sobre todo Dionisos apareciera del modo dominante que en realidad debiera poseer en este armado sorprendente.

CINCO. Por todo esto, este dios peculiar arma un mundo que a su vez está lejos de coincidir -por decir algo- con el aporte evolucionista darwiniano. Cada especie surge de manera independiente -sin encadenamientos progresivos o milagros fortuitos- de las resultantes materiales que se encuentran con otras y dan paso a formas nuevas, cada vez más complejas.

El dios de Schreber cuenta con un poder que comparte con éste y que consiste en que piensa y con ello ejecuta, sin necesidad de adicionales fórmulas de transición.

¿Por qué el dios se detiene entonces? ¿Qué hace que sea Schreber quien a su modo prolongue la creatividad interrumpida del dios?

Lo cierto es que entre los polos del primero y del último de los hombres esa detención da imperativos de competencia al humano, y para que no todo naufrague en el despliegue indetenible e incontrolable del más vulgar de los terrorismos, sólo cabe -y eso en el mejor de los casos- el terrorismo creador.

Sobre todo, el último hombre que anunciara Nietzsche<sup>281</sup> delata su mayor condición sintomática, y es a esa emergencia multiplicada a la cual desde entonces se asiste, pues ya no hay quien pueda dar lugar al otro-hombre-schreberiano, al nuevo hombre (si no superior, al menos formalmente distinto). En esto, la mítica schreberiana delata hasta dónde de cuanto se trata es de un real impedimento para dar forma al futuro, y a pesar de sintomática en ello comporta más realismo que muchas doctas y reconocidas posiciones.

SEIS. Las voces otean estos registros, indagan si Schreber mantiene la comprensión de específicos conceptos sirviéndose de los manejos arbitrarios de los locos, con los cuales Schreber de manera inevitable comparte. Así, fragmentos eruditos -incluso en idiomas extranjeros- arman sin coherencia una protesta inútil que las voces utilizan buscando sondear la real captación de su sentido por parte de Schreber, con términos como “racionalismo” o “social-democracia”.

En realidad, Schreber no deja de sorprenderse a propósito de un dios que no puede pensar de modo espontáneo en un ser humano más que como si se tratara de un idiota irremontable. Mucho menos podría asumirlo el resto, que por supuesto, se contentará con suponer que es Schreber quien inventa todas estas arbitrariedades, dado que en lo divino una característica tal resulta inadmisibles. De hecho, un dios de ese orden nunca podría ser mínimamente concebido, ni mucho menos asimilado por el colectivo. Como fuere, la verdad es que Schreber sólo logró reconocer su enlace aislante con el dios, experimentándolo desde su más extrema soledad durante muchos años y familiarizándose con esa condición, luego de innumerables reapariciones que en ese período hicieron visible la inalterabilidad de semejante rasgo, Y en ello va puesto tanto de reclusión empírica como de delirio recluyente.

Pero ¿qué es entonces el colectivo si no una mera abstracción que se delira de manera vigorosa desde la sostenida reclusión manicomial? En efecto, el colectivo -como el dios- ha de estar más

---

<sup>281</sup> Cf. Nietzsche, F. “Así hablaba Zaratustra”. Ediciones Ibéricas. Madrid, 1964.

próximo a la realidad delirada que al hecho objetivo y casi incapturable, pues a decir verdad es tan complejo, como simplificada su versión reclusiva.

SIETE. Acaso en los trasfondos del pensamiento schreberiano sobre el dios, la sospecha de idiotez que tiene el ser supremo respecto de Schreber sea una retaliación con relación al cuestionamiento que este último no se atreve a hacerle a propósito de su pereza creadora, pero que a cada paso evidencia.

De un modo u otro, la irrupción milagrosa de mariposas en pleno septiembre hace que Schreber no pueda entender este fenómeno de discontinuidad creadora más que como compensatorio poder divino (que arma en la realidad cuanto Schreber genera a nivel alucinatorio).

Schreber resuelve así ésto que de otro modo resultaría insoluble: la creatividad del dios se sostiene siendo reiterativa en modelos ya dados, antes que desbocarse por rutas de desbordante creatividad donde las formas resultarían siempre renovadas.

Es claro que Schreber le ayuda al dios a completar su obra, pues lo cierto es que una cosa es crear, y otra, apenas sostener lo creado reanimándolo y reponiéndolo<sup>282</sup>. La verdadera creatividad la genera Schreber, más allá de este impedimento divino que con mucha sutileza él explicita así: “Ni siquiera Dios puede crear todo lo posible en cualquier momento”<sup>283</sup>.

OCHO. El sol en primer término -y aquí Schreber se olvida de toda duplicidad-, la tierra, las estaciones, los días, el estado del tiempo, deciden las posibilidades creadoras del dios. Si bien ello ordena y relativiza la formulación -que de modo evidente Schreber no puede sostener- según la cual basta que el dios piense en algo para que eso se haga realidad, quien llevará la peor parte ha de ser el propio Schreber, en tanto con ello pierde soporte la justificación de su demencia. Bastaría en efecto que el dios pensara es disolver el incómodo vínculo con Schreber para librarse de todo compartido yugo. Por decirlo así, entre más protege Schreber al dios, más solo se queda.<sup>284</sup>

En cambio Schreber encuentra una salida que el vínculo personal propicia y que se ofrece a título de alianza mágica. Esos seres recién creados son -por decirlo de ese modo- como homenaje del dios a Schreber y pueden ser más amables o incómodos según la relación que en cada caso se pone en juego, dada la mayor o menor distancia entre el dios y Schreber, pero sirven para evidenciarlo así.

De cualquier manera, no habría de olvidarse que el orden cósmico es determinante y es el dios quien debe subordinarse a él. Eso de una parte, de otro lado el dios es un ser aparte del personaje que se crea, en vínculo con Schreber, y que en realidad es de quien Schreber tiene plena certeza. A partir de allí, el resto es mera derivación suya.

NUEVE. Antes de rematar el capítulo dieciocho, Schreber alude a los “milagros aterrorizadores” que comenzaron en los primeros años de su proceso con figuras de animales, dragones, osos negros y blancos -que siempre fueron asociados al mundo de las sombras- desde donde se arman primeras y

---

<sup>282</sup> ¿No es ya por sólo ello el loco Schreber paradigma de lo humano?

<sup>283</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 201).

<sup>284</sup> Sartre afirma: “...pues si Dios piensa en mí desaparezco, Dios se queda solo” (Cf. Sartre, J. P. “El hombre y las cosas”. Losada, Ed. Buenos Aires. P. 181.). Schreber en cambio -dado el delirio- si se pensara sin dios carecería sin duda de todo posible soporte, sólo por ello no sucumbe. Más ¿qué? ¿No sucede así con la mayoría de los seres humanos quienes de no ser por el soporte de colectiva creencia compartida logran allí asemejarse más bien a seres normales antes que ilustrar de ese modo su delirio privado?

ambiguas figuraciones y que pueden consolidarse en “hombres hechos a la ligera” e incluso, a niveles superiores de la escala, en hombres reales y en otras criaturas duraderas.<sup>285</sup>

Primeros rudimentos de la creación divina estas sombras pueden ser empleadas por Schreber para dar paso a sus propias creaciones y ensamblan a las divagaciones figurales del dios, de modo principal a partir del fenómeno de “la orientación de la mirada”, donde torna indiscutible tal vinculación.

Si se dijera que todas estas artimañas delirantes se podrían resolver con sólo reconocer -sin necesidad de más artilugios interpretativos- cuánto de transferencial ha colocado Schreber allí, ello (debe decirse) no sólo crearía incómodas recuperaciones a esta específica reflexión, también sin duda enredaría el asunto de la transferencia, desde que -más que a título de recurso explicativo- emerge ésta como enigmática realidad empírica, asaz inexplicable.

DIEZ. La transferencia es un modo del vínculo y no a la inversa, y al menos tal sesgo debiera permitir revisiones decisivas en su conceptualización a quien quisiese cuestionar la presente.

A pesar de ello, lo cierto es que con esto el asunto no queda resuelto. Resulta obvio que no es suficiente alegar que el vínculo, de modo indiscutible, está de hecho allí, para creer que basta con eso para explicarlo.

Como fuese, para el caso específico que aquí se aborda el delirio comienza antes de Fleschig y demás psiquiatras que han debido apersonarse del encierro de Schreber. Y si se pensara que de todos modos ellos son privilegiados con un afecto desbordado porque el padre desde la infancia así lo propicia, cabría a su vez decir que el padre enlaza al hijo de un modo tan determinante porque a nivel de lo social resulta localizado en un lugar que no nace con la persona del progenitor, ni mucho menos. Los trasfondos históricos que a nivel de especie se ofrecen a título de antecedentes no alcanzan siquiera a ser previstos antes de tener que reconocerles esencial condición humana estructurante.<sup>286</sup>

Lo cierto es que -vistos a nivel mítico- los vínculos con lo divino no eran, ni ha de ser posible derivarlos, única y exclusivamente de la figura personal del padre de cada quien. El asunto debe verse a la inversa, sin duda alguna (o sea, es el padre quien se beneficia de la marca social que imprime un dios y desde donde por ello torna inapelable).

Además, es más que sabido que ni siquiera se trata de una equivalencia literal, desde que fueron modelos panteístas los que primaron antes de que se accediera a esa modalidad, donde tanto el dios como el padre, se instalan en un lugar reconocido como indispensable, nuclear y único.

Antes de toda alternativa panteísta el modelo -es bien sabido- era de manera dominante materno, el padre apenas aparecía y lo hacía de la manera más devaluada pensable. Sin embargo, el vínculo con lo divino no era menos vigoroso, la escenificación resultaba desbordante y la coexistencia entre la ficción y la cotidiana realidad daba al pensamiento mítico inocultable predominio.

---

<sup>285</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 203).

<sup>286</sup> Desde una estricta perspectiva clínica podría decirse que como niño Schreber recibe esas marcas de modo directo sin que tenga que pasar por tan amplia vivencia, que es la versión estética cuanto suma la urgencia de todos esos suplementos, principalmente de orden teórico. Por pensarlo así, Schreber es asumido como persona desde una acepción más bien jurídica, o sea -de modo velado- obligado siempre a la intencionalidad y a la libertad en su proceder, por ende responsable de ello a partir de allí (con ello se esconde su lugar de modo de lo humano del cual de hecho -independiente de cómo se le ubique- deriva lo demás).

ONCE. El capítulo diecinueve es una suma de especulaciones donde Schreber reacomoda y revisa formulaciones previas, intentando salir al paso a posibles objeciones desde la ciencia o desde la religión, incluso desde la filosofía, habida cuenta de que muchos asuntos de conjunto escapan al saber que en muy buena parte Schreber deriva de las voces divinas.

A menudo aparece un modelo dubitativo, ambiguo y ambivalente que hace pensar en un registro, antes de corte obsesivo que paranoico-persecutorio. Deberá reconocerse, que así no se lo haya resaltado con anterioridad, no es la primera vez que aparece esta cuestión en el escrito de Schreber. Nadie excluye esta opción si se piensa en personajes, pero visto todo a la luz de una disciplinar oferta clínica, las cosas tornan asaz problemáticas (aún asignando a la marca del padre esta compleja confluencia).

¿Existe lo obsesivo-psicótico o bien lo paranoico-neurótico? De ser así ¿cómo reordenar las más amplias demarcaciones, en beneficio de intercambios entre registros más concretos? En otros términos ¿cuáles claves deciden, a nivel de fronteras tan tajantes como resultan ser las que separan la neurosis de la psicosis?<sup>287</sup>

DOCE. Sin pretender respuestas a asunto, que serían otros quienes debieran resolver antes, y vistas las cosas a la luz de un modelo que incluye lo clínico y lo estético -que es cuanto se impone en cambio a este escrito- debe resaltarse, que como fuere, se da paso al despliegue escenificador donde la pluralidad de personajes permite esta lúdica de lo múltiple (la cual riñe con la rigidez de estructuras, sin duda más válidas a nivel del concepto). Con ello no sólo se ilustran asuntos procedimentales donde la psiquiatría y demás terapéuticas psicológicas -por rutas contrapuestas o de complemento- encuentran comunes linderos aplicativos, además resulta todo tan explicable como inevitable.

---

<sup>287</sup> No sería de esperar que quien hubiera soportado este texto hasta aquí, resultara confundido por el uso de terminología tradicional psico-patológica. De otra parte, deberá recordarse que esta oferta transdisciplinar y clínico-estética no excluye clasificatorias que hacen referencia a lo mórbido, aunque les realocice de manera diferencial en referencia con ajustes indispensables.

Sin ánimo de resolver las cosas de una vez por todas en una nota aclaratoria, cabe señalarse que lo paranoico, por ejemplo, a la luz de esta nueva versión se ofrece como la punta de un asunto donde en realidad se apunala una clave de poder (sólo que cuando del caso clínico se trata, se impone su retrotracción, en tanto interiorizada persecución). Lo paranoico -si se prefiere verlo así- ha sido la forma habitual de reconocer una modalidad entre las posibles expresiones implosivas del poder, entre polaridades que admiten, desde ubicaciones en perspectiva de víctima sin persecutor visible (o desde la tajante exclusión de toda opción de dominio y de apropiación) hasta las modalidades de dominación social y colectiva, estatales y bélicas, donde más que implosivo el poder se oferta estallando afuera.

Como sea -si es que se acepta esta ampliación del concepto- más allá de cuanto resulta ser apenas la habitual versión contrapuesta entre paranoia y poder, nada más paranoico-paranoizante que lo social mismo.

De hecho, antes de la víctima está y estuvo siempre la urgencia de lo persecutorio que -por decir algo- desde tiempos inmemoriales decidía a los humanos en mutas de caza y de guerra, para nombrar apenas dos de sus posibles modalidades. (Cf. Canetti, E. "Masa y poder". Alianza, Ed. Madrid, 1987.)

¿No resultan extremas estas aseveraciones?

Es claro que lo normal pasa por una especularidad que torsiona la resultante y la ofrece como desdoblamiento de inversión, en la medida en que todo el peso recae sobre el modelo que se excluye y se coloca en el otro polo, en tanto tal, más bien indispensable doble contrapuesto. Esa era la captación que intentara descifrar Canetti al final de su libro, cuando dedica dos apartados al tema de Schreber, sólo que para este autor no resultaba del todo claro que no se tratase de una cuestión empirico-personal, ni menos aún, de una complementación indispensable entre dos polos, antagónicos para que resulten siendo complementarios. Son sí, variantes de escenificación representativa. Una, de modo dominante consolidada como poder externo y otra más interior. Ambas implementadas como ofertas en espejo, si se quiere, de doble torsión. Víctima y perseguidor de un lado, poder-externo-dominante y fuga-de-un-ataque-desde-adentro, de otro.



La condición linderal de la paranoia hizo creer siempre que esta patología podía participar por igual de modelos neuróticos y psicóticos. Es bien sabido que en las histerias no faltan las alucinaciones y el propio Schreber ha mostrado cuánto de sentido se halla cuando se reconoce la presencia de un personaje catatónico en modelos concebidos como más primordiales y extremos, en los cuales la psicosis se asume a partir de su más radical y extrema pureza.<sup>288</sup>

No se debería olvidar que en las esquizofrenias un personaje normal silenciado subtiende impedido, acallado de manera radical en el fondo del alma del supuesto alienado, en una suerte de inaudito secuestro.<sup>289</sup> Desde que se reconoce la presencia dominante de la instancia de masa -a veces a flor de piel, y no sólo en los sueños- no resulta imposible reconocer lo psicótico tras comportamientos asumidos como normales.

Antes que estructuras patológicas excluyentes, formas de escenificación de lo humano, los personajes discurren con gran flexibilidad e inagotable riqueza sin excluir nuevas e imprevistas emergencias allí, donde de modo paulatino -más bien por concesiones aplicativas, que a partir de rigurosas demarcaciones conceptuales- se van atenuando las contraposiciones y renovando las clasificatorias y denominaciones de los cuadros. Sin embargo, del más extraño de los modos, el decisivo terrorismo (siempre presente aquí y allá), como se acostumbra decir, “pareciera brillar por su ausencia”.

En cambio, más que psiquiatría o psicoanálisis -o renovadas ofertas desde las clínicas psicológicas- cada vez hay más clínicos, psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas, y terapeutas de toda índole, pegados menos del ubicuo deseo que su lugar comporta que de sus títulos, sobredeterminados a pesar de sus mejores intenciones por las demarcaciones del mercado, y, desde luego -de un modo no precisamente intencional y libre- bamboleándose al azar entre las necesidades y las modas, como cualquier semejante, signado de manera inapelable por la estructura capitalista.

TRECE. El develamiento freudiano de las enfermedades mentales acierta sin duda al reconocerlas como armazones de defensa que en tanto tales establecen distinciones y especificidades, de acuerdo con las combinatorias que emplean en relación con específicos mecanismos de protección. Dado que esos recursos son reconocidos al interior del registro del yo como los procedimientos que garantizan normalidad o diversidad de patologías, el resto de posibles opciones o procedencias resultan interferidos desde entonces de manera decisiva.

Esta concepción es de franca inspiración médica. Lo psíquico, reconocido como aparato defensivo, es copia del cuerpo, entendido por la medicina así (y en referencia siempre con un criterio de valor nuclear e indiscutible: la salud).

Pero ni el cuerpo ni lo psíquico se restringen a esta escueta mirada y el tema de lo enfermo no tiene por qué ser tan literal en el paralelo que allí se establezca, pues es sólo posible en tanto recurso metafórico.

Después del estudio de Freud sobre Schreber se ha modificado mucho la versión restrictiva que quiso seguir pensando en lo fundamental: lo psicótico como regido a partir de modalidades represivas. Sin embargo, nunca se remontó la tesis de lo yoico-defensivo como criterio último y

---

<sup>288</sup> Lo psicótico, como alternativa neutral-estética a las psicosis, no es modalidad plural de una estructura, por sólo ello escotomizada, es sobre todo, registro escenificador envolvente, compartido por ende por todas las modalidades de lo humano, y así su exclusión sea el más frecuente de los recursos que a partir de entonces se emplea, no ha de ser por ello menos decisivo, al punto que es eso cuanto en negativo decide lo normal.

<sup>289</sup> Recordar al respecto Schejaye, M-A. “La realización simbólica. Diario de un esquizofrénica”. F.C.E. Ed. México, 1958.

primero para develar la significación de lo psico-patológico, ni tampoco se cuestionó la dependencia conceptual de las clínicas de lo mental, en referencia con la concepción médica de la salud y de la enfermedad.

CATORCE. Para decirlo a la manera de Freud, la condición actual demanda otra mirada para dar renovada cuenta del mapa del malestar (antes que de lo enfermo en su acepción más convencional). El malestar, en efecto, desde una perspectiva menos médica y en referencia envolvente con resultantes de conjunto -que, por ende, se instala más allá de lo personal más escueto- permite reconocer un bache creciente desde que lo clínico no fuera de modo consecuente reelaborado por el propio Freud a partir de una revisión decisiva del concepto de enfermedad.

La oferta clínica de lo social -a la luz de un abordaje clínico-estético, y a partir de allí, aspirando a una suerte de clínica de la clínica- reconoce en el terrorismo el referente central que se impone a esa reactualización. Creciente, y cada vez más envolvente, el terrorismo genera una reubicación de las problemáticas y obliga a una revisión radical, no sólo de los conceptos sino de las tradiciones (tanto a nivel metodológico como de aplicación) de las diversas disciplinas relacionadas de uno u otro modo con el tema.

Si bien explica la razón de ser de la relativa validez de la concepción psicoanalítica en cuanto hace referencia con lo psico-patológico, desde que el tema del terror no sólo les antecede sino que les justifica impone una versión que reconoce esas claves defensivas como efectos y no como claves explicativas. Una versión de este corte revienta de manera decisiva lo central y obliga a una indispensable ampliación de los territorios, donde de modo habitual se localizaron las principales demarcaciones, no sólo de lo psíquico, ante todo de lo humano.

El reconocimiento de lo terrorista es cuanto a partir de allí se impondría. Asumiendo que el terrorismo es de doble vía (explosivo e implosivo) su sola inclusión comporta una indispensable revisión de las áreas de acción de las tradicionales estructuras psico-patológicas y obliga a un remapeo desde que alude a la geografía de las resultantes (desbordadas y desbordantes) que agobian de manera prioritaria el despliegue de lo humano. Por supuesto, mucho más allá de tales previsiones.

## **El capítulo veinte**

*”...todo lo que sucede está referido a mi”.*<sup>290</sup>

UNO. Por más razones y señalamientos que se traigan a cuento parece que nunca podrá reducirse un solo centímetro la distancia que acompaña la mirada normal frente al tema psicótico.

De otra parte, dígame cuanto se diga, reconocido que los recursos argumentales -precarios, inocentes y ajenos en lo esencial a una mínima conciencia de enfermedad- lo cierto es que Schreber escribiendo consigue al menos que se le reconozca como alguien con ciertas indiscutibles especificidades, como si no se tratara de un loco más. Y es que resulta indiscutible que si un psicótico escribe es algo más que un mero psicótico, así como si un loco pinta como lo hace -por decir algo- Van Gogh no ha de ser un loco cualquiera.

---

<sup>290</sup> Cf. Schreber, D. OP. Cit. (P.213).

Es claro a su vez, que cuando se dice lo social, el concepto pareciera ser tan vasto e indiscriminado que apenas simula nombrar la más superficial periferia. A niveles de creciente especificidad, lo social sin embargo amplía su espectro y puede ser con franco refinamiento estético y de intangibles trasfondos, tanto como en forma insospechada, íntimos a pesar de la dominancia habitual que coloca de manera predominante las cosas en el juego de representividad empírica y externa.

Quizá a esos niveles no sea tan contundente la aseveración según la cual lo psicótico no admite mínima variación en la forma de exclusión que lo normal le impone.

DOS. La posibilidad de hacer emerger desde la persona demente al personaje del abogado (que no ha dejado de estar presente a pesar del delirante proceso que agobia y somete a Schreber) y sobre todo, la circunstancia que se suma desde que -en ese nivel- se trata de alguien en plena capacidad para ejercer un oficio, e incluso imponer la influencia que le confiere el lugar social (el cual de modo indiscutible, asumió en buena parte de su existencia) radicaliza tanto más la certeza según la cual Schreber no es un loco cualquiera.

Es más: podría Schreber reconocer por sus propios medios que su desorden resulta inconveniente para el libre ejercicio de su papel profesional, o apenas para vivir en sociedad y renunciar sin más a esas aspiraciones a partir de allí.

La sólo posibilidad que tiene Schreber de “resucitar” a este personaje del abogado para lograr pelear sus reales derechos demuestra a las claras, no sólo un manejo racional de su problemática, sino una capacidad de recuperación indudable (si se tiene en cuenta que su enajenación, en más de una ocasión, resultó ser tan envolvente como en apariencia irreversible).

TRES. En cambio, en referencia con lo religioso es claro que Schreber no logra hacer que su versión se transfiera a uno o más adeptos. Allí Schreber está tan solo como indefenso. Este impedimento para la re-vinculación bloquea de entrada posibles derivaciones, que entonces conducirían el proceso delirante por rutas inusitadas aunque nada inverosímiles.

Re-ligar es algo que no acontece a los semejantes de Schreber, en referencia con sus suplementos de fe ante un dios personal que no aglutina, que no abre paso a la más mínima asociación posible. O sea, a la presencia de lo social en el sentido de enlace relacional, de opción de acuerdo con otro y/o con otros, por precario o restringido que ello pudiese ser.

Más bien, lo religioso-schreberiano disocia, desvincula, y es allí donde es posible reconocer que tal oferta es en realidad terrorista.

CUATRO. Si en algún caso resultan inconciliables las versiones especializadas en relación a la interpretación de conjunto de un asunto dado, es en referencia con este tema de la locura.

Existen sí, cuestiones que se hacen inalcanzables a partir de una sostenida y creciente marca de especialización que impone el uso exclusivo desde esta o aquella específica disciplina.

Pero hay cuestiones que de modo obligatorio imponen un reconocimiento transdisciplinar y que por ello tornan tanto más inconveniente el abordaje compensatorio desde lo disciplinar, a partir de lo más especializado.

Como se asume acontece a los psicóticos, ayuda al incremento de estos inadecuados manejos la casi total incapacidad de quienes padecen ciertos dramas para adelantar su auto-defensa (para no hablar de posibilidades de reunión, de mínima unificación entre ellos, y en consecuencia, de la capacidad para integrarse, para armar poder al interior del despliegue de lo social).

CINCO. Vistas las cosas desde la circunstancia particular de Schreber, se impone reconocer sin embargo, que contra lo presupuestado un psicótico no sólo puede asumir su defensa sino que en ello puede ser inigualable (si es que, además, se trata de alguien que resulta habilitado para ser un sobresaliente candidato a altos cargos jurídicos y resulta brillante escritor): inocultable e importante asunto para las más habituales, formales y envolventes perspectivas de lo social y de lo normal.

Escribiendo, Schreber permite reconocer que además de lo psíquico y de lo psiquiátrico -donde además del alma, se hace ya un reconocimiento de la presencia decisiva del cuerpo- existe el registro de lo jurídico que obliga a revisar los criterios de ley que dan paso a la legalización de lo reclusivo, por ejemplo.

SEIS. La suerte y la trampa para Schreber -más allá de todo ello- consiste en que éste nunca en definitiva asume su desorden como asunto suyo. Resulta habitual que la persona mantenga siempre (aún en los momentos más desmesurados) una mínima distancia, que es cuanto se permiten ciertas posiciones, más similares con el discurrir de la lógica de lo normal. Ya se ha dicho con antelación que la pérdida de distancia entre la persona y sus personajes, en el concreto sentido clínico-patógeno, responde por el grado de gravedad de determinadas resultantes.

Pues bien: también en contravía vale el argumento, pues la negación de los personajes para el apuntalamiento social de la persona -de manera independiente de su indiscutible presencia y de su necesidad- no resulta estar menos presente también cuando ésta alude a la propia normalidad.

Y es que los personajes tienen doble recorrido, según se trate de personajes mentales, o en cambio sean personajes indispensables para el despliegue de lo social.

La frase “todo lo que sucede está referido a mí”, aún siendo ella suficiente para -a nivel de lo normal- reconocer allí un desorden mental difícilmente remontable y ocultable, seguida de los motivos que la justifican desde el punto de vista schreberiano, por lo menos deja en evidencia la presencia de otros personajes al lado de la persona paranoica propiamente dicha, o si se prefiere, hace reconocer en el paranoico que razona así, a un personaje, muy influyente sí e imposible de erradicar, pero relativizado sin duda a partir del reconocimiento, de que aún así, no cubre a plenitud a la persona misma de Schreber.

SIETE. Allí en apariencia hay distancia entre la persona y el personaje e incluso el planteamiento es casi normal, hasta que se recurre al dios para justificar lo injustificable.

“...tengo plena conciencia de que otros hombres propenderán a ver en esto una fantasía morbosa de mi parte”, o bien: “...poner todo lo que sucede en relación con la propia persona, es precisamente un fenómeno que se presenta con frecuencia en los enfermos mentales”, y en cambio: “...en mi caso la situación es precisamente contraria. Desde que Dios entró en conexión nerviosa exclusiva conmigo, me he convertido para Dios en cierto sentido en el hombre por antonomasia, o en el único hombre en torno del cual todo gira, al cual tiene que referirse todo lo que sucede y el que también, desde su punto de vista, tiene que referir a sí mismo todas las cosas”.<sup>291</sup>

---

<sup>291</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 213). Habría que reconocer al menos, que más de pura paranoia de Schreber, se trata del personaje-dios, de modo inapeleable paranoizante. Invención suya, si se quiere, el tema del delirio -que a pesar de todo con ello se incluye como predominante allí- agrava los enlaces, quíerese o no, de un asunto, que visto como mera paranoia, no tendría por qué ir más allá de lo escuetamente personal.

La pérdida de distancia está en la creencia y, mientras no se trata de ella, el comportamiento entre persona y personajes puede ser reconocido incluso, como normal. Cuando se ingresa en el registro de la creencia todo cambia de modo contundente.<sup>292</sup>

Si se quiere comprender y explicar los comportamientos que así se escenifican, y si no se busca apenas proceder a partir de diagnósticos compensatorios y redondos, basta con este último reconocimiento para asumir que el paranoico es un personaje que podrá y deberá diferenciarse de la persona en tanto tal. Pues si el diagnóstico -a pesar de tajante e indiscutible- es apenas parcial, resulta imposible no disgregarse en el empeño de ser al tiempo, consecuente en la aplicación y certero en el desciframiento.

Desde entonces, por ejemplo, resulta insostenible un tratamiento que da por sentado que la persona toda amerita reclusión. Y, sin embargo ¿cómo renunciar sin más a ésta?

OCHO. La otra cuestión problemática es la forma -arbitraria, por no decir alucinada- como el cuerpo de Schreber de modo alternativo se enferma y des-enferma.

Schreber tiene una versión de ello que resulta coherente con el conjunto de su situación y con la peculiar lógica que la decide. Más aún: Schreber sabe, hasta qué punto, resulta inocultable para terceros la presencia indiscutible de la locura allí -evidencia agravada tanto más por el ambiente mórbido y reclusivo que califica el sentido de las cosas en esta inocultable dirección-. Incluso así, Schreber no cede un sólo centímetro en la defensa de su particular condición y retoma una clave, no siempre explícita pero constante a través del conjunto de las “Memorias”. En efecto, Schreber se asume dentro del conjunto de los hombres cultos y se excluye del registro de los humanos dementes y vulgares, y en ello no se puede negar que -a su modo- llevaría mucho de razón si él mismo no evidenciara lo insostenible de tal supuesto.

NUEVE. No sólo porque Schreber escriba de manera excepcional y sea capaz de generar en consecuencia un texto coherente y de indiscutible calidad estilística es que la inclusión de esa labor escritural modifica el cuadro. La escritura incide a niveles en apariencia inamovibles, como resulta siéndolo la forma de emergencia de las voces, en más de un sentido acalladas con toda contundencia. La escritura es la vía por la cual Schreber objetiva el vínculo con el dios (por ende, decide a la persona a tomar distancia frente a sus personajes, el dios el primero).

Schreber descubre -así no lo diga- que también él puede alejarse del dios de ese modo, desapropiárselo, dar cuenta de sus comportamientos y resaltar sus incoherencias, sus contradicciones. Por decirlo así, Schreber empieza a reconocer en su escritura un arma que lo fortifica en la medida en que -al principio, de manera imperceptible- desde la más escueta e individual perspectiva debilita el vínculo con su dios. Aún siendo ello de modo momentáneo y relativo, el dios -si bien no se queda solo por esto- de algún modo se debilita cuando Schreber escribe (mucho más allá de cuando éste no piensa nada, juega al ajedrez, o interpreta el piano).

De otra parte -aunque Schreber no deja de ilusionarse con la reposición del goce sexual femenino durante la ejecutoria del coito- resulta llamativa la reaparición a través de los sueños, de contenidos que reafirman ahora el lado masculino.

Además, Schreber añade que esos sueños sólo son, de manera excepcional, equiparables con “visiones”. Lo cual -así él no lo reconozca- deja constancia de otra clave que rige su condición de persona: que sabe aún tomar distancia, aunque -hasta entonces y para todos- pareciera de modo

---

<sup>292</sup> Esta debe ser la razón por la cual a nivel tradicional se reconoce en las psicosis un desborde afectivo-transferencial sin contraposición visible de resistencia.

fundamental enajenada la persona de su lugar por el ejercicio ingobernable que imponen los diversos personajes al escenario que resulta siendo ese psiquismo.

DIEZ. Dada la inevitable marca clínica que se impone a ese texto suyo, la escritura de Schreber -más allá de su condición personal, que hasta aquí ha sido mirada como en enlace indisoluble con su autor- tiene sin duda antecedentes. Por nombrar el más ilustre y decisivo: “Las confesiones” de Rousseau.<sup>293</sup> Pero, por fuera de esas condición -docta en sentido estricto- a la cual esa escritura sin duda liga, aunque que no alcanza a prolongar de modo literal, deben reconocerse ahí refinamientos, filiales de un cierto estilo de escritura más bien automática. Y, ha de ser por ello, que no se sostiene dentro de una disciplina envolvente e indetenible. Se trata más bien de una escritura episódica que no decide misión, pariente por eso -si se le mira así- de la escritura que generan los adolescentes, por ejemplo, y que puede sin embargo elevarse a la altura de las más insignes producciones noveladas, en tanto de un modo u otro comportan presencia autobiográfica.

Sorprende que el universo de las clínicas psicológicas y psiquiátricas no abunde en estas expresiones, así se den contadas excepciones siempre notables. La verdad es que otra cosa ha de ser una clínica de aplicación si piensa como indispensable la escritura del terapeuta, a la manera como lo produjera Freud (historiales clínicos), y más allá incluso, consistiera en ese dar a luz escritura atormentada (aún siendo del tipo de los diarios, sin resultar entonces de modo necesario, portadora de pretensiones artísticas). Como fuere (o más bien: como no alcanzara a ser la historia clínica, diversa del historial clínico médico o psiquiátrico), se demanda al lado -para equilibrarse al menos- esa escritura complementaria y auto-referida, que de manera tradicional brilla por su ausencia y que da voz a lo mórbido, en tanto social y/o psíquicamente excluido.

## **El capítulo veintiuno**

UNO. El desarrollo de este capítulo parece contradecir reflexiones adelantadas de manera previa en este escrito, sobre todo en cuanto hace referencia a la distinción entre la aspiración a ser mujer y la liberación de la femineidad.

Señalamientos de este apartado evidencian en efecto que Schreber estaba lejos de diferenciar entre la mujer y lo femenino, de un modo tan discriminativo y conceptual como lo hace ya el psicoanálisis.

Aún así, dada la validez indiscutible de una distinción tal -de hecho sin saberlo y dándole salida por la vía de lo puro estético y representativo- Schreber realiza la diferenciación. Con ello, Schreber deja evidencia de que una cosa es la femineidad voluptuosa de los nervios y otra las mutaciones corporales, capturables con toda certeza en la vista especular del propio torso.

Un asunto es la voluptuosidad, otra la metamorfosis, de una parte la fuerza de los nervios que enlaza de modo directo al dios y las modificaciones de las formas que califican la obra del mismo en tanto inmersa en el inevitable devenir, de otra.

Una cuestión ha de ser pues la emasculación, otra el vínculo con el dios, donde lo femenino hace presencia en términos de voluptuosidad. Y, a su modo, Schreber realiza la diferenciación a un nivel tanto o más radical.

---

<sup>293</sup> Cf. Rousseau, J. J. “Las confesiones”. W. M. Jackson, Inc. México, 1972.

DOS. Existe aquí sin embargo una sutileza que resulta sorprendente. Cuando Schreber apela a una realidad objetiva, que supuestamente cualquiera pudiera comprobar de modo empírico, como si el orden de las cosas fuera inverso él mantiene la condición especular como clave indispensable para ello (de manera tal que -cuanto a nivel lacaniano se apela imaginario- precediera y determinara el registro simbólico más escueto, sin hacerse necesario realizar la rotación indispensable para que el lenguaje consolide envolvente prelación): "...quien quiera me viese de pié frente al espejo con la parte superior del tronco desnuda -máxime cuando la ilusión está reforzada por algún adorno femenino- recibiría la impresión indudable de un torso femenino".<sup>294</sup>

Desde un escueto punto de vista clínico, ello resulta no sólo en extremo complejo de abordar, más bien deriva inaceptable desde que se impone asumir sin mayor esfuerzo, que es difícil para Schreber ser demostrativo a ese nivel donde los otros tendrían que darle de modo inevitable la razón.

TRES. Aún reconociendo ésto así, la clave especular incluida en la apropiación metamórfica (o al menos, en la renuncia al reconocimiento de la presencia indiscutible allí de lo alucinatorio) es cuanto en sentido estético resulta ser más decisivo. En efecto: el espejo no sólo se asume como referente primordial en el armado del delirio, es además el lugar donde la forma se autonomiza y decide la verdad de lo empírico, antes de que lo empírico pretenda subordinarle y domesticarlo.

La verdad es que el espejo como fina obra humana, como innegable instrumento colocado en el ambiguo e insostenible lindero que separaría lo máquico de lo humano más escueto, recoge la primacía del producto sobre su generador, y puede desde entonces hasta afeminar el modelo de un modo que con sutileza e ironía Schreber repone más allá -por lo demás- de toda escueta aspiración homoerótica.

Sin embargo, todo ello sólo resulta visible cuando se busca el sentido a un síntoma que remonta lo puro personal.

Cuando se mira en perspectiva humana más amplia, es cuando torna evidente un decisivo e irreversible quiebre de la primacía de lo masculino -hasta entonces dominante- y se consolida el desplome de la preeminencia de los hombres y/o de la función paterna, si es que se quiere mirarlo en perspectiva psicoanalítica, también para la resultante de conjunto.

En el espejo se refugia ahora la certeza desde lo supuestamente compartido.

Pero la duda queda en un lugar muy íntimo y definitorio, desde que por fuera del espejo no existe disposición alguna para el acuerdo. Aún así, toda subjetividad deriva desde entonces discutible, fuera ella cual fuere.

Por ende, también el mundo recompone de modo decisivo sus decorados.

CUATRO. Más allá de personalizaciones y tomas de partido, lo interesante es la posición que el semejante -al cual Schreber apela en última instancia- habría de tener, frente a la emasculación una vez se asume que ni el cuerpo, ni el espejo, ni el juicio de los otros, ofrecen reales y demostrativas alternativas.

Como fuere, la emasculación -aunque de manera innegable se tarda para todos, todo ello por supuesto desde la perspectiva schreberiana, y sin embargo de manera tan envolvente y general que resulta abstracta y anónima- está allí ya, desde que a nivel de lo social se rotara de modo irreversible la prelación de géneros.

---

<sup>294</sup> Cf. Schreber, D. Op .Cit. (P. 226).

Sólo varían -se quiere decir- las posibles versiones que a propósito de ella quieran darse. Tanto así, que incluso la duda que comporta para Schreber, de hecho contradice la certeza paranoica esperada, en ese punto, tan nuclear como inabandonable.

Más allá de todo, resultaría ingenuo desconocer que en la sutileza donde el espejo resulta decisivo, en el núcleo ficticio que desdobra la realidad en suplementos inesperados y que desde entonces la decide del lado de la ilusión, Schreber está en realidad apuntalando opciones de despliegue del doble -si se quiere desde el registro de lo metamórfico- antes que asumiéndose a partir del desprendimiento personal de su imagen a partir de lo especular más literal (que es como de manera corriente se le asume, Lacan incluido).

Sólo si alguien captara esta condición desdoblada, mutante, podría entender cuanto acontece a Schreber. El resto habrá de ser ceguera irremontable, mero repudio compensatorio. Ese paso del uno al dos (que de modo excepcional y de hecho insostenible sólo logra consolidar la mujer en su experiencia maternal)<sup>295</sup> es cuanto Schreber -sin medir consecuencias, echándoselo al hombro- propone como reconocimiento indispensable para el apuntalamiento de toda verdadera humana relación (al menos para él imposible en realidad, ilusa en cambio para la aspiración del resto desde la doble forclusión asumida sin reflexión alguna).<sup>296</sup>

CINCO. Si el dios y Schreber coinciden en el tema de la sombra (punto de emergencia de lo creador, modelo de base pre-especular), en cambio la urgencia de encuentro con lo humano se cifra en lo virtual-especular, registro donde -de manera simultánea- lo humano se enajena y re-encuentra. Y debe decirse que ello acontece a nivel metamórfico (doble virtual), incluso antes del obligado reconocimiento, que con plena validez, se impone darle a la referencia máquica. Sólo que como de esto último no hay reflexión en Lacan, la apropiación especular se asumió como evidente génesis de

---

<sup>295</sup> Cf. Otero, J. ““El gato negro”, análisis de un símbolo” y “Plutón, análisis de un nombre”. CUADERNOS COLOMBIANOS. Rev. 1 y 5. Oveja Negra, Ed. Bogotá, 1974, 1975.

<sup>296</sup> ¿Se ha reconocido en realidad la condición de la doble forclusión, tal cual se deriva de este abordaje? Si la forclusión fuera del nombre del padre como quiere Lacan (efecto ya que no resuelve, expresa apenas) la doble forclusión no tendría soporte alguno, pues lo cierto es que la doble forclusión no es referida al nombre del padre (antes bien, debidamente incluido y protector, frente a todo desborde inmanejable). La versión clínico-estética reconoce la forclusión, cualquiera ella fuere, en alusión directa con el terror, y a esa primera modalidad de base, la forclusión normal se hace visible como doble forclusión desde que suma el repudio frente a la psicosis -en tanto retrato de indefensión, de estabilización aterrada, y en referencia con lo cual se refuerza, de modo compensatorio, la defensa radicalizada, de doble bucle, respuesta silenciosa tanto como extrema ante la amenaza del terror-.

El delirio no es el terror. El montaje psicótico no coincide con el núcleo terrorista, así éste lo sostenga y justifique. Como fuere, el retrato del terror que la psicosis ilustra no es expreso -al punto de reducirse apenas el congelado gesto de inmovilización mental, de impedimiento psíquico- de hecho, como suplemento inocultable, obra ya, no delata de manera literal la personal referencia al terror (aunque como respuesta estética de desborde permite el reconocimiento de su terrorista verdad de fondo). Menos aún, la versión desde lo normal devela con un solo gesto el enlace al terror que en todo ello subtiende, razón por la cual la doble forclusión de la normalidad no puede ser tampoco mera reposición de dos forclusiones idénticas, repetidas. Diferente una modalidad de otra -dado que entre sí se excluyen, así con ello generen una sola resultante de defensa- en su ensamble e integración la doble forclusión comporta un complejo entramado desde donde las opciones de resultantes de normalidad pueden variar en forma significativa, plural, de hecho inagotable.

La forclusión al desdoblarse no opera pasivamente, antes bien es a partir de allí que delata su especificidad y con ello suma las claves de su accionar, no menos terrorista (terrorismo estructural fundador, envolvente).

Terrorismos ya que se enfrentan al terror, la forclusión y la doble forclusión son modalidades de contaminación donde lo estético se desmesura en pos de indispensables distanciamientos. Si algo es el terrorismo es forclusivo tanto como forcluyente, nada escapa a ello, y es esa la causa por la cual su condición ha de ser siempre progresiva, envolvente y viral.



ingreso en lo humano (siendo de hecho la más inextricable operación en el apuntalamiento de lo psíquico).

Más acá aún, como cualquier ser humano urgido de reconocimiento, Schreber no podría asumir que si lo especular enlaza con lo alucinatorio es en tanto está precedido por la sombra (asunto ignorado a nivel de lo normal, y demeritado por las versiones psicológicas, y hasta psicoanalíticas. Ni qué decir de los abordajes psiquiátricos, si es que existe allí algo de ese orden, así fuere como reconocimiento diagnóstico del tema).

Sin embargo, es a partir de ese registro de sombra como Schreber hace la diferencia. Dimensión ésta donde Schreber se apuntala de entrada. Y ha de ser por ello a su vez, que se recupera el destino estético-formal -cuando se ingresa en ello (registro de sombra)- reasumiendo la condición inapelable que de allí se deriva, a nivel humano creador.

Visualizadas las cosas desde otra perspectiva: sin tratarse de un ingestor de drogas -más que en tanto la psiquiatría así se lo impone- Schreber encuentra enlaces que sólo en la actualidad, a partir del despliegue de las drogadicciones, se harían visibles. No que sea por ello la ingesta de drogas operación de inocente epifanía, pues nada más enajenado allí que lo humano escueto, ni asunto más mórbido a nivel de lo máquico ejercido. De hecho la semejanza -que pasa por encima de innegables contrastes y que incluyen experiencias regidas por la involucencia de lo colectivo (drogadicciones), en contraposición con el modelo de exclusión social que Schreber ilustra como pocos- torna factible desde que, si bien se trata de dos rutas diversas e injuntables, comparten una meta decisiva: el re-enlace con lo báquico.

SEIS. En este orden de ideas, lo más llamativo en Schreber es que sin el soporte de parafernalias mecánicas, ni artilugios, ni suplementos, ni variedad de aparatos, un poco casi desde lo humano escueto, repone vínculos que sólo a partir del uso y despliegue de lo máquico envolvente y dominante resultan hoy por hoy inevitables, incluso -y por la más pura paradoja- su delirio es ahora factible de ser visto como expresión de una modalidad máquica intangible y sutil (así nunca le estuviera permitido ser reconocido como independiente de su personal encarnación, en el momento en que hiciera violenta irrupción, y desde que -apuntalado allí como un virus- urgió de Schreber para desplegarse).

De otra parte, lo más importante -a partir de esta circunstancia, imprevisible en época de Schreber- es reconocer que si a éste nadie le sigue en su oferta religiosa, no ha de ser apenas por faltar a las exigencias de la instancia de masa, ni por sólo anunciar un explosivo entronque entre ésta y lo singular. Se trata más bien de que Schreber, recupera y repone un modelo de religiosidad primitiva que empieza a reactivar la condición -no sólo dupla, en realidad múltiple- de las más primordiales versiones politeístas.

Nunca podrá olvidar quien lea las “Memorias” de Schreber, cuanto de dionisiaco está en juego allí, a pesar de ser incomparables Schreber y Penteo (presencia evidenciada ya, en la semejanza inculcable que enlaza a Schreber con su peculiar dios y a Penteo con el desbordante dios del vino).<sup>297</sup> Para no pensar en la ya mencionada condición matriarcal, que se filtra por la fina sinuosidad de la femineidad de lo solar, visible sin duda en la captación que se impone en y desde la lengua alemana, y que como tal resulta clave decisiva que podría permitir develar la enigmática y arbitraria razón de ser de la escogencia del pueblo germano y del “lenguaje fundamental” que hará el dios.

---

<sup>297</sup> Cf. Eurípides. “Las bacantes”. Colección Austral. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1966.

A la luz de lo metamórfico no hay desmesura equiparable con esta que se enlaza al delirio de Schreber desde la oferta báquica de la antigua Grecia y de lo cual es falaz simulacro -fofo y contaminado- el contemporáneo despliegue de la envolvente peste drogo-adictiva.

SIETE. Otro tema de gran interés que se trabaja en este penúltimo capítulo de las “Memorias” es la cuestión de la voluptuosidad. Una vez más, allí Schreber deja muy clara la condición erótico-espiritual que mueve sus aspiraciones metamórficas.

“La voluptuosidad se concedió al gusano y el querubín se yergue frente a Dios”.<sup>298</sup> Aunque la diferencia entre voluptuoso y sexual resulta difícil de demarcar cuando de los seres vivos -por ende de los humanos- se trata, más allá de toda mera aspiración onanista, en el caso de Schreber, se reduce a “un coito conmigo mismo”, pues consiste más bien en auto-representarse como hombre y mujer al tiempo, fusionado desde el dos “en una sola persona” (o sea, una escenificación entre personajes que dan a la persona ilusa certeza de unidad).

Ni la plena conducta hedonista ni el pensar indetenible resultan posibles para el hombre corriente. Para el dios se trata -de modo simultáneo- de ambos asuntos, al punto de no haber conflicto alguno en el trato con él, si a Schreber le fuese posible, no sólo pensar de modo indetenible para no parecer idiota frente a su demanda (más aún: “hacer siempre el papel de una mujer que yace conmigo mismo en un abrazo sexual; dejar que mi vista reposara siempre en seres femeninos; contemplar siempre figuras femeninas, etc”).<sup>299</sup>

Schreber pues no sólo sigue buscando la evasiva síntesis entre formas y fuerzas, entre lenguaje de nervios y emasculación, entre voluptuosidad y metamorfosis, insiste también -si bien de manera fallida- en asumir el lugar donde lo humano consiga reencontrar los reales linderos entre lo masculino y lo femenino, y con ello, el verdadero equilibrio entre los géneros, punto ideal donde se recupere el ordenamiento cósmico y se haga posible una reposición armónica del vínculo con el dios en la superación de toda escisión, hasta entonces definitiva para lo humano.

El resto es locura irremediable, tanto a nivel personal como colectivo. Entonces y ahora, sin duda demencia inapelable. Sinrazón matizada -un poco más aquí, reforzada allá- y siempre negada -allí o acá-, modelo duplo con un núcleo común que -antes de esencial- resulta sintomático.

## **El capítulo veintidós**

UNO. Luego de auscultar su posible muerte e incluso su inmortalidad (no menos viable ahora que el asunto del suicidio ha quedado en definitiva atrás) Schreber termina sus “Memorias” indagando al futuro.

Dos asuntos sobresalen en esta prevenida exploración de Schreber: en primer lugar, la certeza de una compensación final que justifique todo el padecimiento (sólo comparable con el sufrimiento de Cristo) y de otra parte, la certeza de que la emasculación advendrá más tarde o más temprano y con ella la repoblación de la tierra a partir de una inconmensurable y desdoblada descendencia. Un verdadero auto-mito -de resultar lícito apelarle así- pero que ha de ser más que un fantasma en el sentido psicoanalítico del término, pues lo cierto es, que para ser mero mito, no apuntala origen

---

<sup>298</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. Cita de Schiller, “Canto de la alegría”. (P. 227).

<sup>299</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 229). La voluptuosidad es el encuentro perfecto del uno con el dos más allá de toda argucia sexual o reproductiva.

alguno, antes bien se proyecta a futuro adelantándose a llenar un bache cada vez más incierto (si es que se le asume desde la perspectiva de lo humano en su conjunto): reactualización en masa donde lo humano se recompone a partir de un renacimiento indispensable.

Es claro que para ello se deberá reconocer que la pérdida de distancia no es sólo entre persona y personaje, sobre todo la pérdida de distancia hace primero referencia a la realidad-ficción y es desde allí que se apuntalan el resto de contundentes reducciones.

DOS. La radicalidad estética de Schreber no ha cedido a través de los veintidós capítulos, por el contrario parecería cada vez más afirmada y asumida. La instalación en el destino de la sostenida puesta en acto de lo singular -reconocida de manera habitual como del registro de lo imposible- Schreber la realiza de modo radical.

Vista como pura emergencia particular -y si no se le excluyera de entrada resultaría difícil se pudiera asumir una resultante humana más enigmática- sin embargo ninguna más cercana de cuanto a partir de allí se deriva para lo humano en tanto su más condensada y sombría prospectiva.

Entre la ficción y la realidad, el sueño y la vigilia, la locura y la normalidad, la vida y la muerte, lo divino y lo humano, Schreber lo reunifica todo y termina adecuándose a ello sin que en ningún momento renuncie a su destino.

Las razones que generan en última instancia esta emergencia darán siempre para inagotables especulaciones, pero así fueren causales bioquímicas las responsables de una resultante tal, la condición estética estará ocupando siempre un lugar indispensable, sin ella en cambio ¿cómo no ver que cualquier empeño de velativo resulta pobre e insuficiente?

TRES. Debe decirse que lo estético ya no es idéntico de cuanto fuera planteado aquí de entrada, lo estético se ha mutado también a través de las dilucidaciones que a su vez permite.

Visto todo a partir del predominio de lo estético difícilmente existe una resultante como Schreber, no sólo porque arma un suplemento anímico-tecnológico de incomparable riqueza y autonomía, es que además Schreber no lo reconoce de ese modo, por ende no lo incorpora.

Si Schreber expropiara su obra sería más parecido a algo más asimilable a nivel humano, digamos a un artista (aunque resulta sabido que tampoco el artista es tan conciente de cuanto, en tanto obra suya, él aporta). En realidad el asunto es más radical aún desde que Schreber es ajeno a su delirante obra, porque es producción redonda y sin dueño que hace de ello y por ello marca sobre lo humano, generalización compleja a partir de allí: nadie como Schreber subordinado a ella.

Autor, actor, personaje, escenario, persona, son uno mismo desde la integración contaminada que arma obra-delirio. Pero esto es solo posible en tanto la obra torna autónoma como ninguna, escindida en forma tajante de su soporte encarnado, así como para el colectivo humano todo viene siéndolo en demasía la obra de conjunto.

CUATRO. Nunca será suficiente reconocer aquí que no se trata de una apología, ni de la persona de Schreber, ni del delirio de éste. Se trata sí de la resultante humana que se enfrenta al terror, del modo más próximo posible y desde la mayor indefensión pensable. No sólo es efecto de terror, es terrorismo creador donde la forma que emerge delata hasta dónde procede de manera directa de allí, del terror mismo.

Schreber es puesta en acto de una libertad inconcebible y en primer lugar inconcebible para él, pues esa libertad sólo puede ser -sin fórmula de transición- enajenación radical, enajenación total.

¿Cómo asimilar tan evidente contradicción?

Enajenación de la persona en tanto puesta en acto de su más cierta realidad creadora. En tanto suplemento inexplicable, enigmático, la obra humana -la más intangible y etérea, la más arbitrariamente próxima a la humana esencia hacedora- borra toda distancia y diferencia, generando como escisión fundante la resultante extrema en tanto al tiempo niega toda escisión. Allí donde es obra -inadmisible, pues se constituye como borradora de distancia en todos los sentidos previsibles- en realidad se trata de lo singular que estalla lo humano.

CINCO. Lo puro estético, al igual que lo mero clínico, obligan al enlace transdisciplinar para equilibrarse. La apelación al futuro con el cual remata el escrito de Schreber delata que -por una ruta negadora- la aspiración de la persona hace saltar la futilidad creativa que el delirio comporta. Lo cierto es que la emasculación resta como promesa pendiente, aplazada de modo constante (de igual manera, la expectativa de reconocimiento compensatorio frente a la obligada pérdida del lugar social donde la persona se afinca, no sólo la vida profesional y las relaciones sociales de ello derivadas, también y sobre todo, la relación marital).

Los homúnculos u “hombrecillos”, que al final de cuentas es cuanto Schreber desde su delirio genera, en su empeño de apuntalarse como mito encarnado, no son más que compensatorios virus que falsean la verdadera creación que es la invención schreberiana en su conjunto.

SEIS. Dado que la razón se tiene o se pierde, debe reconocerse que un cierto desmayo de ésta -que pareciera evidenciar desgaste a nivel de la desbordante condición creativa del delirio- no debe sin embargo propiciar la cómoda conclusión según la cual, al fin de cuentas y como era de esperarse, lo normal “tenía la razón”.

Si contra lo habitual se asumiera en este escrito una posición clínica predominante, es claro que -sin dejar por ello de reconocer los aportes de lo estético- habría de reconocerse que no se trata de apuntalar, desde la asumida apología del delirio, que la ficción fuera la realidad y la realidad ilusa ficción (aunque, sin embargo, no se puede negar tampoco la realidad de la ficción y el punto donde la realidad torna en ficción).

Si se impone incluir algo que la tradición clínica ni asume con suficiente atención ni ofrece a ello adecuada convalidación y reconocimiento, consiste en la acción terapéutica de la escritura, en tanto ella da cuenta de cuanto el modelo médico-psiquiátrico no logra reducir.

A falta de mínimas condiciones de sobrevivencia esa escritura llega a un tope que pareciera detener a Schreber, obligarle a tomar inevitable distancia.

Pues bien -como se verá en los próximos desarrollos que se imponen a esta reflexión- la verdad es que la escritura (remontadas las demarcaciones que imponen el delirio y su manejo, tanto interna como externamente), si bien en un sentido se detiene, es evidente que sigue de largo en pos de realizaciones no menos decisivas.

SIETE. Desde que la escritura encuentra nuevas rutas y metas, es el delirio el que pareciera congelarse en un punto casi irremontable, pero dado que lo hace sin caer en rápidos redondeamientos, aún precoces en referencia con la culminación de estas indagaciones, conviene no perder de vista la dimensión de conjunto que a la luz de un registro estético dominante el delirio comporta, así como objeto de lo clínico, parezca desgastado y -más tarde o más temprano- fallido.

La verdad es que la inversión de la pareja ficción-realidad es un objetivo de la condición terrorista que el delirio expresa y de la cual es efecto directo. En sentido estético en cambio, la contraposición

persona-personaje pasa a primar desde que a ese terrorismo se suma una oferta creadora<sup>300</sup>. Y en ese sentido la escritura de Schreber tiene aún mucho por aportar.

En el registro de lo terrorista, se trata de una prospectiva que trasciende al presente y a la persona de Schreber (el mapa de lo humano contemporáneo es por demás ilustrativo de este aserto).

OCHO. Valga una última apretada conclusión, que podría olvidarse a su vez, pero que saca de nuevo a la luz vertientes constantes en esta exploración.

Se diría que la verdadera creación de Schreber es ese dios hecho de puros nervios, con su arquitectónica escenificación y su contraproducente manera de vincularse. Es, a partir de allí, que se arma la creencia y se define la fusión del caos, por encima de cualquier seguimiento razonable, o cualquier mínimo juicio de realidad compartida. Ese dios de terror (dios al tiempo aterrado) no es sólo virus al interior de Schreber, es también doble al exterior de éste, fuente de virus-doble además desde su agonía perpetuada, congelante. Y ese dios es incluso doble-virus, en tanto personaje terrorista que rige la existencia de Schreber, a partir de la entronización de sus modelos esclavizantes y de la torturante subordinación del resto.

Por ello y en ello, lo singular -de modo continuo e hiper-real- no sólo estalla a nivel alucinatorio y delirante, crea de hecho y da al terror opción formalizadora inagotable a partir de la paradoja de inutilidad que lo subtiende, indescifrable desde que el dios se reconoce como femenina matriz formalizante que propicia plena coherencia a su complementaria fuerza masculina ilimitada.

Sin duda, es a partir de allí desde donde Schreber se retrata en su más inoperante duplicidad de género, en ese sostenido coito consigo mismo que es la contraparte desdoblada de la alucinación de su propia muerte.

## DE LOS APÉNDICES, ANEXOS Y SUPLEMENTOS

*“No pertenezco a esa clase de enfermos mentales que sólo apremian con impaciencia por ser dados de alta, sin tomar para nada en cuenta qué forma tomará su vida fuera del hospital para ellos y para quienes les rodea”.*<sup>301</sup>

*“...como es natural, subsiste la oscuridad respecto de la cuestión de cómo puede hablarse a propósito de un hombre viviente, de un alma distinta de él, que se encuentra fuera de su cuerpo”.*<sup>302</sup>

### Introducción

---

<sup>300</sup> La complementación estética de la persona y de los personajes ilustra apenas uno entre cuatro polos que redefinen el juego de las alternativas psico-patológicas. En efecto, se trata de manera principal, del despliegue de cuanto ha sido asumido desde esta propuesta como registro del doble-virus.

<sup>301</sup> Cf. Schreber, D. Op. Cit. (P. 359).

<sup>302</sup> Ibid. (P. 358).

Al final de las “Memorias” se suman diversos documentos de distinta procedencia -algunos de ellos escritos por el propio Schreber- que reúnen el debate clínico-jurídico generado a partir de solicitudes de Schreber en diversos sentidos, entre otros, la publicación de sus “Memorias”.

Cuanto sigue no busca detenerse más que en puntos de importancia los cuales se vienen desplegando en referencia con estas reflexiones.

Acaso por ello no se utilizan demarcaciones específicas, aunque se sigue respetando el procedimiento lineal que ha venido adelantándose aquí desde que se tomó como asunto, el libro de Schreber (incluidas también en ello las observaciones iniciales al historial clínico de Freud).

Si bien podría ser más preciso separar los comentarios que restan, interesa antes dar a estas últimas reflexiones la condición de conclusiones, las cuales surgen a partir del sometimiento a examen de abordajes, diversos de cuantos terminan por habituar al seguirse la línea de lectura que impone el rastreo estrecho de las escuetas “Memorias”.

### **Conclusiones des-reclusivas**

UNO. El libro de Shreber suma una serie de documentos con características que van, de la reiteración en asuntos tratados casi siempre de modo exhaustivo en las propias “Memorias”, hasta escritos jurídicos relativamente especializados.

Lo interesante de este último caso es la forma como se escribe, según se trate del predominio de uno u otro personaje. Cuando escribe el abogado, el tema patógeno se aborda con una distancia y objetividad, acordes siempre con el lugar social que el personaje en tanto tal escenifica (casi que Schreber es uno como recluso hospitalario y otro cuando agencia como su propio abogado defensor). Al menos, la reclusión que recae sobre Schreber -visto en tanto demente- torna inadmisibile cuando se alude al Schreber jurista. De hecho, en un caso puede llegar a justificarse incluso la reclusión como inevitable hasta que se le mira desde esa otra óptica donde se trata del profesional del derecho (es cuando se impone reconocerla como injustificable encerramiento).

Y así suene inadmisibile, lo cierto es que la lógica -que del modo más convencional e indiscutible decide la reclusión del enfermo mental- a partir de la enajenación de la persona impone la arbitrariedad de un manejo equivalente para el abogado. Y es, en buena parte por ello, que la escritura de Schreber terminará dándole vuelta a una situación hasta entonces inamovible.

DOS. Existe reclusión manicomial (u hospitalaria) y reclusión carcelaria. También es posible reconocer una dimensión interior de lo reclusivo. Esta pluralidad resulta decisiva en más de un sentido. No es la primera vez que se alude aquí al asunto que versa a propósito de la incapacidad del psicótico para asumir su defensa a nivel del encuadre social, en cambio de ello se trata ahora de alguien quien más allá de su patología puede portar suficiente distancia para asumir la defensa de sus derechos básicos<sup>303</sup>. Verdadero experto -capaz de manejar, la argumentación jurídica, la refinada terminología, y las más actualizadas referencias y variaciones de las reglamentaciones estatales, con

---

<sup>303</sup> Se dirá que es así porque existe un drama masivo que hace del psicótico un ser impedido y no sólo a nivel de lo social. Quien no viere esto sería, por sólo ello, sospechoso. El argumento es inexpugnable a nivel pragmático, por eso mismo, portador de una ceguera teórica irremontable. Esa ceguera sin embargo resulta indispensable a lo normal, así escotomice la prelación de lo estético más basal. Y aquí, por sobre todo, se trata de evidenciar esta circunstancia, no de hacerle la apología a la psicosis.

finura de especialista- Schreber pone en jaque cuanto hasta entonces se daba por sentado resultara tan cierto como indiscutible.

Más allá aún, el tema de la reclusión adquiere condiciones imprevistas dado que a la práctica clínica habitual -de manera más precisa, a la psiquiátrica- no sólo se suma la condición compleja que reúne y contamina lo carcelario con lo manicomial, por sobre todo -y ello en ambos casos- comporta la interrupción de la libertad (libertad que siendo siempre constreñida, al cancelarla de raíz, delata su condición de acumulada singularidad impedida, y en cuanto tal, promueve tanto más el estallido de lo singular).

TRES. Por supuesto, esto arrastra complejos antecedentes históricos que ya Foucault empezara a cuestionar en su polémica obra.<sup>304</sup> Ya se ha visto aquí que sin ir tan lejos, la sólo condición de lo clínico se complica cuando -asumido de hecho y sin una mínima reflexión sobre sus implicaciones y efectos- el recurso reclusivo se implementa. Al menos a partir de allí, tornan difusos los linderos del real efecto terapéutico, cuando no es que se incluyen y enlazan, de un modo inocultable y decisivo, recursos de poder desde los cuales lo normal, asumido de bulto, resulta impedido para auto-reconocerse en su indudable problematicidad.

Como fuere, la escritura no sólo libera al abogado de manera distinta de como da cuenta del enajenado. El recurso escritural se suma desde entonces como inesperada e imprevista alternativa (no propiamente promovida a partir del polo comandado por los terapeutas). Y sin embargo, esa escritura generada desde el extremo de lo delirante impone, obliga a los terapeutas, a escribir a su vez.

CUATRO. Interesante, en más de un sentido, resulta la versión del Dr. Weber, Médico del Distrito y Forense.

Qué duda cabe que cuando se dice “Dr. Weber”, más que a la persona misma se está aludiendo al lugar encarnado que el modelo clínico tradicional impone, por lo demás, incorporado con excelencia -entonces sí- por la persona del Dr. Weber, al punto de poderse pensar que la inicial contundencia de su informe, pareciera hacer temblar todo cuanto aquí y hasta ahora se ha venido planteando.<sup>305</sup>

En efecto ¿cómo proceder de un modo más prudente, práctico, pertinente? ¿No resulta tendenciosa la versión de un enfermo, que siempre pareciera la víctima de poderes omnímodos, pero que silencia de continuo los aspectos más engorrosos e inadmisibles a los cuales da paso su desorden?

En realidad, debía resultar espeluznante asistir al grotesco espectáculo producido por un hombre incontrolable que aúlla en la noche peor que un animal salvaje, alterando el reposo habitual, no sólo de quienes indistintamente habitan en el hospital de Sonnenstein: del conjunto de sus pacíficos vecinos reunidos en masa ante tal inacostumbrada escenificación.

Nadie en el lugar del Dr. Weber hubiera podido proceder de un modo más adecuado, sin duda alguna.

CINCO. La perspectiva clínica tradicional y el empirismo más convencional y desprevenido -si es dado al empirismo convencional ser en realidad desprevenido, aunque podría decirse, con más razón

---

<sup>304</sup> Cf. Foucault, M. “Historia de la locura en la época clásica.” F.C.E. México, 1967.

<sup>305</sup> No ha de extrañar. Con Lacan ha de suceder igual pues se trata -antes que de su propuesta- de su lugar. Hoy en día basta con ubicar aportes como el de Slavoj Zizek (Cf. Zizek, S. “El frágil absoluto”. Pre-textos. Valencia, 2002) para reconocer cuanta luz llega a ofrecer la versión teórica de Lacan cuando este autor se ubica en un registro no clínico tradicional, ni prioritariamente aplicativo.

aún, que es por desprevenido que el empirismo resulta indubitable- no pueden menos que coincidir allí. Sin embargo, a nadie escapa la perspectiva pragmática que decide esta manera de argumentar. La inclusión de un enfoque que incluya lo estético altera de manera radical, un modo tal de abordar las cosas.

En efecto, basta con instalarse desde esa perspectiva para verse obligado a reconocer, que más allá del escándalo extremo de lo local inadmisibles, emerge la escenificación de lo humano (en un punto donde brilla con toda contundencia lo trágico).

No por nada, afuera -casi hipnóticamente- el comportamiento de Schreber desde su asumida exclusión, por sólo ello pareciera unificando lo humano a nivel externo (al tiempo que expresa desde ese nómade lugar la más aterradora condición expresiva).

Terror encarnado desde donde lo inusual impone su imperio, sólo una alianza represora que permite a lo normal armar espontáneo, unificado y condensado poder, consigue equilibrar cuanto re-escenificado podrá después recomponerse con francas alteraciones en el intercambio posible de las partes. Por ejemplo, donde va censura superponerse idealizada valoración y allí donde se instala el repudio moral desaparecer todo posible cuestionamiento, dando para ello al colectivo lugar de ciego y sumiso rebaño.

En cambio, progresará sin pausa la arbitrariedad del creciente modo terrorista, resultará inocultable e irreversible la presencia -cada vez más desmesurada- del acontecer terrorista.

SEIS. Ahora bien: a través de líneas menos remarcadas, cuando no se trata de que ella sea apenas justificativa, la versión clínica del Dr. Weber coincide en general con las descripciones de Schreber. Incluso -como era de esperarse- puede ser más precisa en la demarcación de los síntomas, así no tenga nunca la posibilidad de dar cuenta del sentido de estos (como sí acontece en cambio en el texto de Schreber).

De nuevo se observa la rigurosa fortaleza del proceso delirante-alucinatorio. A partir de una terrorífica condensación, la forma como el cuerpo es desarmado y reconstruido -a la manera de un artefacto máquico- es premonitoria (en referencia con la actualidad y con las dimensiones colectivas que la deciden, se quiere decir).

Pero, donde resulta más decisivo es en la captación del comportamiento femenino de Schreber, pues -después de la toma de partido interpretativa de Freud- permite reconocer la urgencia de distinguirlo de una escueta y redonda inclinación homosexual.

Schreber -habrá de decirselo una vez más- no es homosexual ni su tendencia puede simplificarse anteponiendo ese diagnóstico, así se afeite el bigote, se desnude y recomponga con bisuterías y embelecos de uso restringido a las mujeres, se mire al espejo, y por sólo ello, alucine entonces la transformación de su torso y la duplicada inflamación de su pecho. Lo cierto es que Schreber, ni accede a la realización homoerótica, ni camufla tal tendencia, y cuando padece de verdad la amenaza de esos contenidos resulta clara la directa procedencia de tales modalidades: la indefensión ante la desmesura del terror, la esclava dominación que le impone el delirio, y -a partir de allí- la urgencia mutante del cuerpo trastocado y desarticulado, sumada al desborde paisajístico que -más allá de ello- repone.

SIETE. No sólo Schreber no hace esto para seducir a semejantes de su mismo sexo, de hecho su proceso no incluye apenas esta modalidad dentro de una clave metamórfica más honda y más vasta, además comporta una decisiva condición mítica, que podría pasar desapercibida desde una perspectiva clínico-personalizante.



La homosexualidad como ejercicio coital entre dos de género idéntico (modalidad homoerótica, ha sido dicho) es algo que de hecho y ante todo le acontece a cada homosexual, y así en un segundo repliegue se le reconozca como teórica generalización de un concepto (en tanto en cambio éste se decide por fuera de toda singularidad) habrá de ser por ello que no puede dejar de parecer de modo envolvente transgresora y perversa.<sup>306</sup>

Las razones por las cuales alguien opta por estos recursos no pueden ser las mismas que delatan síntomas en lo humano, desmembrado de sus urgencias reproductivas, empujado del lado de una inutilidad gozosa y letal, que deberá -así fuere del modo más lúdico y/o decadente, o apenas inocentemente infantil- coincidir con la más inocultable esterilidad.

Modo de lo humano estéril, lo homosexual es apenas así como ha de resultar sintomático (o sea como oferta -inevitable, de manera inapelable- terrorista) sin que por ello se esté más que intentando ubicarle en referencia con las localizaciones de lo clínico-estético (nunca por darle una punzada más desde la moralina de los descartes y de las exclusiones).<sup>307</sup>

OCHO. Nadie acusaría de homosexual a Hércules por vestirse con su travestido disfraz, al cual le obligan sus juegos eróticos con Onfalia. El simulacro que impone lo imposible, las claves de intercambio que contaminan la cuadratura, y desde donde se escenifican los metamórficos

---

<sup>306</sup> Es sabido, que en alguna parte de su obra, Freud distingue entre tendencia y estructura. Tendencia homosexual - resulta claro- no es estructura perversa de consolidación homosexual. Schreber sin duda porta la primera y es seguro que en él ella torna tan visible como su locura de conjunto ¿No consiste pues en eso cuando de la psicosis se trata? En cambio ¿no está siempre la tendencia, en todos y en cada quién, sin ser por ello apenas discriminativa?

¿Acaso Freud acusa a Schreber de homosexual? Sin duda no, pero sí decide que la psicosis de éste, se contrapone de modo irreparable y decisivo a su homosexualidad, expresa o latente, poco importa a partir de entonces.

Como fuere, lo homosexual en Schreber es delirante por sobre todo, y si eso cabe allí, ha de ser porque resulta ajustado a las urgencias y prelaciones de tales decisivos parámetros.

Acaso la homosexualidad sea la forma camuflada del travestismo, donde lo metamórfico es la condición ficticia de solapado terrorismo (no el homosexual en sí, ni siquiera la homosexualidad: la oferta homerótica en cambio que aspira a un lugar de disfrute sin soporte de reponsabilidad reproductiva). Allí, la alternativa sexual -si bien se ve- no existe más que para evadirla, pues el soporte biológico cede el paso al goce transgresor donde el disfraz -asi no se dé enmascaramiento literal- es siempre la constante (Cf. Las versiones interpretativas de Freud al respecto), lo homoerótico como alternativa máquica antes que biológica y que de hecho se ha generalizado en los modelos contemporaneos, sin que nadie lo note -ni menos aún- lo cuestione.

<sup>307</sup> Y no se trata apenas de Schreber y del inconveniente diagnóstico freudiano con respecto a su drama. Basta observar hoy cómo lo homosexual apenas se sostiene, ante la avalancha de modelos alternativos, múltiples, excesivos -donde se redondea hasta lo trans-sexual- en todos los empeños metamórficos, artificiosos siempre, desde que -impulsados por la hiperadicción consumista- dan prelación al embebecamiento. Lo homoerótico es expresión, lúdica casi, de lo metamórfico, allí donde se asume el modelo consumista y fatal de un futuro sin esperanzas (justo en el punto donde la singularidad enloquece y hace que coincida lo sexual con la explosión de lo singular).

Si en algo se hace evidente la condición fallida del diagnóstico convencional es aquí donde -a la exclusión desde lo normal- la homosexualidad y sus derivados delatan su reinscripción significativa en el registro de la auto-reproducción capitalista (que no de la especie desconectada y escindida).

No ha de ser casual que el desmembramiento creciente de la oferta reproductiva natural desde lo puro máquico, a partir del empeño tiránico de suplencias tecnológicas imprecisas y sin piso sólido que las convalide, coincida con la promoción consumista de modalidades de este orden.

Ha de ser por todo ello que a lo homosexual (de hecho, a lo homoerótico) se le privilegia tanto como antes se le devaluaba. Lo cierto es que el desprecio no se resuelve por ello. Tanto menos aún: el asunto queda re-explicado, readecuado, o en apariencia resuelto, sólo para exacerbar tanto más la condición de escisión en lo humano que de modo más que sintomático crece allí sin detención posible.

comportamientos de los géneros (hombre-mujer, masculino-femenino, deciden ahora el predominio de lo estético en el discurrir de lo mítico bloqueado).

Mirar los rituales femeniles de Schreber a la luz de estas estéticas prioridades resulta sin duda más rico y más certero.

Que el delirio alucinatorio de Schreber borre de modo tajante las demarcaciones, que no sólo separan la ficción de la realidad, sino que reponen la escenificación mítica allí donde parecía superada y erradicada, no resulta sencillo de entender (tanto más aún, si se tratase de explicar).

Incluso, puede irse más lejos sin resultar extremo: ningún griego antiguo hubiera vivido de un modo tan intenso y sostenido la desmesura mítica como Schreber lo hace con el desborde mutante<sup>308</sup>. La excepcional y costosa localización de Schreber -vistas así las cosas- rompe todos los linderos y demarcaciones pensables, de modo inverosímil desconoce la condición irreversible de la historia, y delata -desde lo humano más primordial- la unidad de lo estético, por encima de toda limitante de realidad.

NUEVE. Cada vez que se leen las argumentaciones del Dr. Weber parecen éstas tan convincentes que por sólo ello se antoja insostenible cualquier argumentación contraria o diversa. Lo cierto es que resulta difícil que pueda pensarse en una posición más entrampada, irremontable, e inevitable, una vez se impone la inclusión en el abordaje de los asuntos -más allá de la habitual y especializada mirada clínica- de una franja más amplia.

En ningún momento el Dr. Weber abandona la posición según la cual Schreber no puede asumir el manejo de su vida y de los más diversos asuntos que ello comporta (es por esto de hecho, que argumenta de un modo sinuoso allí donde Schreber es límpido y consecuente).

¿Significa ello que Schreber lleva la razón cuando el Dr. Weber está apelando en cambio al poder que le confiere su lugar, y acaso tanto más, a la desconfianza a propósito del uso que de la libertad pudiera hacer Schreber, una vez libre? Como un padre -que adivina la imposibilidad de una adecuada utilización, ajustada a parámetros- procede en consecuencia.

Sin duda, no consiste apenas en algo personal e insuficiente.

Se trata de dos posiciones antagónicas e inamovibles, donde incluso es posible algo más de flexibilidad desde el lugar de Schreber, dado que éste en alguna medida acepta lo inconveniente de su comportamiento, mientras el Dr. Weber -apoyado en una posición sostenida desde el colectivo, y a partir de allí, dueña de supuestos no menos compartidos- asume como indiscutible, como válido en sí, el ejercicio de su posición (o sea -tal cual de manera indiscutible debiera ser- con toda la supuesta objetividad que su circunstancia le confiere).

DIEZ. ¿No se está asumiendo una posición de innegable apoyo cuando de Schreber se trata, mientras se censura -de modo no menos inocultable- al hacer referencia al comportamiento del Dr. Weber?

Si resulta así, ha de ser porque la asunción de los personajes tiene connotaciones muy diversas cuando no sólo se trata de la normalidad o de la psicosis. Es que esto deviene reforzado por modelos de apoyo y de poder que traen de antemano desequilibrada la balanza y ello, a nivel de la conexión terapéutica, comporta necesarias consecuencias.

Tal cual ha sido resaltado en este escrito en más de una ocasión ese desequilibrio no urge explicitarse de modo tajante para que de manera inapelable se imponga. Asuntos como la

---

<sup>308</sup> No que se quiera decir que el juego de Hércules sea igual a la demente urgencia emasculatoria de Schreber, se trata en cambio de la clave diferencial que se impone desde uno y otro modelo, cuando se intenta reducirles a un denominador común: el comportamiento homosexual.

transferencia o la reclusión resultan predeterminados de un modo tal, que sin ser menos estética su derivación, incluye específicas sobredeterminaciones no menos decisivas en el juego de las resultantes y de sus intercambios y consolidaciones.

Si a ello se suma la confusión que el delirio y las alucinaciones incluyen, la marca de lo normal allí no debiera ser un asunto más a forcluir. Dado delirio, lo normal no puede ser ajeno ni indiferente a su emergencia. Guardadas proporciones, ello puede ser tan decisivo como acontece al dios de Schreber con las gestiones de los humanos (las cuales pudieran amenazarle al punto de imponerle correr el riesgo extremo de su posible extinción).

ONCE. Los personajes -sabido es- encarnan en las personas, de otro modo -a nivel de la “vida real”- resultarían insostenibles por inverosímiles. Y allí en lo posible campean las buenas intenciones, las claves de poder, decididas a partir de urgencias de lo social (el éxito y las más diversas y compartidas posiciones), sobre todo cuando se trata de ejercitar recursos de defensa pues desde la perspectiva de lo estético, las ofertas de despliegue resultan múltiples y variadas hasta lo inagotable. La persona del Dr. Weber consigue convencerse a partir de la incorporación -ajena a toda distancia- de su personaje social y de la indiscutible certeza de sus posiciones, no menos de cuanto acaece a Schreber con sus arbitrariedades sólo para él admisibles (al tiempo -en medio de su pragmatismo defensivo- se ocultan realidades sin duda más hondas y determinantes).

En este orden de cosas, la sola idea de abandonar el hospital debiera ser tan inadmisibile como demente (lo increíble es que dé paso a un debate clínico-jurídico de tal envergadura). Sin la dominancia de la lógica que apuntalan los personajes es claro que la escenificación escritural que se impone de tal modo a la persona del terapeuta -caso concreto del Dr. Weber- estaría impedida.

DOCE. Dado este orden de ideas, resulta bastante demostrativo el silenciamiento sorprendente que en el texto del Dr. Weber se evidencia frente a la nula o real incidencia del tratamiento psiquiátrico, y más allá del escueto recurso reclusivo que ésta comporta (en muchas ocasiones asumido como si en ello fuera el principal efecto terapéutico de un procedimiento tal).

Ingenuo por lo demás, habrá de ser enviar al Real Tribunal Provincial Supremo de Dresde, la única copia de las “Memorias”, como prueba contundente de los impedimentos de Schreber. Guardadas proporciones, se diría que es tal el gesto de impotencia que así se expresa, que la obnubilación y la torpeza equilibran con su peso, las desproporciones que incluye el delirio paranoico de Schreber.

¿Cómo no reconocer, en efecto, que las “Memorias” muestran al tiempo los particulares impedimentos de Schreber tanto como los de la propia psiquiatría para enfrentar el desborde terrorista que así se escenifica? ¿O es que acaso el Dr. Weber puede creer sin más, que al actuar como se le impone hacerlo, resulta ajeno por sólo ello de la problemática paranoica misma?

Sin duda, la equivocación fue permitir la publicación del escrito de Schreber, desde entonces el problema no puede ser intentar demostrar que Schreber está loco, lo complicado es reconocer que ese loco cuestiona lo habitual hasta la raíz desde que puede sostener un debate en equivalencia (si es que se le permite realizarlo). Es eso de hecho cuanto su escritura evidencia por sobre todo lo demás.

TRECE. Lo inasimilable en Schreber es la simultaneidad de lo normal y lo psicótico, es ello cuanto echa por tierra el andamiaje sobre el cual habitualmente descansan los despliegues disciplinares (de lo clínico de un parte, de lo jurídico de otra).

Se dirá que de hecho, lo psiquiátrico y lo jurídico coexisten en modalidades de especialización y de aplicación, no sólo posibles sino indispensables cuando se trata de evaluar la imputabilidad o

inimputabilidad de determinados acontecimientos (por ejemplo: ¿por qué no podrían coincidir en empeños comunes, cuando se trata de cuestiones tanto más radicales?).

Dado que la libertad allí resulta inejecutable ya, por una razón interna -estrictamente procedente del propio individuo y de las implicaciones de su mal- es corriente que a las personas portadoras de cuadros de orden médico se les recluya en los hospitales sin que ello comporte reconocimiento explícito de interrupción de sus libertades.

Al delincuente se le detiene en el ejercicio de su libertad, como castigo por sus hechos y como protección del aparato social frente a la beligerancia de sus transgresiones.

En la mitad, la reclusión manicomial pretende proteger antes que castigar, ni siquiera interrumpe la libertad del alienado, pues sin duda éste se instala antes de toda aspiración de un corte tal. El propio Schreber -quien hace compleja excepción a esa regla- en más de una circunstancia, evidencia que puede pasar de largo frente a experiencias que si fueran vividas como castigos serían irremontables, y que en cambio como meras protecciones ante su accionar, desdichan más bien de quienes las imponen buscando bloquearle -de manera hipermáquica- desde afuera (si se admite la metáfora: asumiendo sin discusión como justificable, el empeño de ofrecerse a título de artefactos de suplemento terapéutico y psíquico-ortopédico frente a una suerte de irremontable y masiva paraplejia mental).

CATORCE. Con Schreber se desbaratan esos presupuestos al demostrarse que ni encerrado ni por fuera de la institución reclusiva, su situación deriva resuelta de modo adecuado.

Cuanto queda refutado es la idea de la persona enferma. Dichas las cosas de este otro modo: siendo síntoma del aparato de conjunto, no existe posibilidad de abordar la locura como el asunto de cada demente por separado. Es la tradición clínica cuanto evidencia vencimiento cuando para dar cuenta de sus despliegues, la metamorfosis del decorado de lo social demanda recursos menos disciplinares, más transdisciplinares. La locura anuncia su inevitable derramamiento por fuera de la tradicional instalación en el alma de los locos donde siempre se le quiso reconocer. Nada impide que (como una mancha de petróleo en un mar inestrenado) la demencia ocupe los territorios de lo social mismo, de una manera cada más invasora e irrefrenable. Ahora que la máscara clínica ha caído y el verdadero rostro terrorista emerge sin atenuantes, irrumpe esa clave envolvente de virus contaminante, de basura estética.

Si lo clínico tiene sentido aún, ha de ser en tanto se reconozca, más allá de la cobertura que le representó, asumiendo la clínica de la clínica, instalándose de modo decidido en lo clínico-estético, en lo indispensablemente transdisciplinar, y sabiéndose entonces el terapeuta parte incluida, más allá de toda ilusa objetividad y de cualquier afirmación de neutralidad.

QUINCE. La peregrina idea de Schreber, según la cual su cuadro es único, si bien resulta insostenible como aspiración demostrativa de indiscutible validez desde la más empírica realidad, resulta ser en cambio válida como reconocimiento del lugar prioritario que lo singular ocupa allí.

Entre esas dos dimensiones se juega la imposibilidad de una solución que dé salida explicativa a los mayores entrampamientos que definen a las partes, y que dan sentido a un debate tan particular.

En efecto, entre el juego de la realidad que lo social demanda y la apuesta por lo singular, se escenifica un conflicto que -como ha sido recalado aquí- no alude apenas a circunstancias estrictamente personales.

Ni el juez o el tribunal que fuere, ni perito clínico alguno, ni por supuesto el propio Schreber, pueden resolver este asunto pensando apenas en referencia con el único denominador común del cual de manera inmediata disponen (o sea, del concepto de persona).

Sin el reconocimiento estético de lo psíquico y de lo social como modalidades de escenificación y plural activación de personajes, tanto sociales como mentales, quienes ingresen allí estarán actuando como tales, sin ser concientes de ello, y por tanto, sin dar mínima cuenta de cuanto se les impone representar.

Y quien esté leyendo este texto, pensando en el concepto freudiano de inconsciente, deberá saber que si algo es decisivo en este último ha de ser su apabullante condición estética, manera paradigmática que repone esta clave representativa, irreductible e inagotable.

Pero que lo inconsciente sea modalidad incomparable de lo estético, no hace de lo estético mera subordinación al registro de lo inconsciente, pues el resto de asuntos -incluidas las emergencias concientes y las múltiples expresiones de lo social, de lo urbano, de lo humano, y más allá de ello, de lo cósmico- no son menos modalidades estético-formalizantes.

De hecho, lo inconsciente puede a su vez -sin armar contradicción por ello con lo afirmado hace un momento- portar registros de fuerza (pulsiones, etc.) que le hacen incluir dimensiones que remontan las opciones mismas de las meras formalizaciones estéticas.

Y -dado el armado que consolida el despliegue de lo terrorista- emerge un abismo inocultable entre lo estético y lo inconsciente, cuando también se incluye tal engorrosa realidad, corrientemente asumida como registro de lo pulsional.

DIECISÉIS. Schreber, en su “alegato de la apelación”<sup>309</sup> permite reconocer etapas en su proceso que la lectura desprevenida de sus “Memorias” no conseguiría siempre discriminar.

Es el caso de “los hombres hechos a la ligera” de una primera fase, y de los “estados ululatorios” posteriores donde la presencia de las escenificaciones -y con ello la promoción o repliegue de específicos personajes- propicia reconocer. No apenas cuestiones tan concretas, como si la persona de Schreber es capaz de responder por sus asuntos como un adulto responsable, sobre todo las claves que el devenir de las formas impone al despliegue del delirio.

No sólo hace ya diferencia pensar el delirio en sí como organización estética, también reconocer que incide y decide -más allá del mero paso del tiempo- como forma autónoma que es (así demande encarnaciones específicas).

Es claro, que cuando la realidad lo impone, la escritura evidencia cambios en los contenidos y en la lógica desde donde se abordan las diversas cuestiones, de manera independiente de las intenciones que acompañan tales producciones escriturales (casi siempre, del modo más ingenuo).

DIECISIETE. Si no se desea (como acaece a nivel clínico) contentarse con decir cosas como que “la paranoia se comporta así”, deberá reconocerse que la puesta en acto de lo singular sostenido, impone una exploración más rigurosa del acontecer delirante y alucinatorio. No bastará tampoco con decir que se trata de meras escenificaciones terroristas (ni siquiera pensarlo como implosivo resultaría suficiente, por supuesto).

Y si se sabe que en última instancia, la irreductible condición de ésto resulta en definitiva enigmática, partir de allí para dar cuenta de una resultante diferencial indiscutible es ya una primera

---

<sup>309</sup> Cf. Schreber, Op. Cit. (Ps. 327 y sigs.).

pertinente ubicación. Al menos, ha de ser preferible proceder así antes de reconocerse -por el sólo hecho de ser el terapeuta- en el lugar indiscutido de sujeto de ciencia.

Es más, bastaría pensar cuánto de repugnante pudiera derivarse del sólo hecho de reconocer por parte de un clínico que va -asi fuere apenas a nivel investigativo- en pos de explicar y entender las resultantes psíquicas, en cambio de pretender ayudar aquí y allá, o de echarse el sufrimiento humano sobre las espaldas, sin sucumbir en el intento (y esto sí -sin decirlo pero reconociéndolo a nivel íntimo con gran satisfacción- incluso, derivando de ello pingües beneficios).

DIECIOCHO. El dios de Schreber -por encima de cuanto se sume para devaluar o someter su sentido- es un personaje mental, más aún: se trata de un producto tecnológico-escritural, y en tanto tal, primero en las “Memorias” (otro asunto ha de ser en la cabeza de Schreber, y cualquier otra cosa en la mente de sus familiares y jueces testigos a pesar de todo de su existencia, tan sinuosa como incierta).

Modo de lo divino que inaugurara la modernidad desde Descartes, ese dios demente -en tanto puesta y apuesta en lo escrito de quien más bien cabe dudar que creer- desbarata las incuestionadas raíces a la sombra, de toda posible religiosidad.

Schreber mismo -hoy por hoy- es eso: por sobre todo, efecto de escritura, desde que -más allá de la constancia de su paso por la tierra- sólo a partir de las “Memorias” es como de manera inevitable se consigue reconocerle (de hecho, por ella sigue estando presente desde una realidad quieta, irremontable). Por lo demás, junto con su construcción de conjunto, esa permanencia pertinaz lo congela en un único indisoluble amasijo. De modo inapelable fusionado ahora, su heroica labor empeñada en desaparecer toda escisión -en su singularísima modalidad de expresar lo humano- su locura realiza su escritura, desde esa contundencia con la cual en vida la persona de Schreber no logró nunca consolidarse en lo más mínimo.

Allí lo captó Freud, y los comentaristas post-freudianos tanto más, allí también se le aprehende ahora por encima de toda condición de verosimilitud vital y de la más empírica inmediatez.

Escenificación escritural, ante todo el delirio de Schreber es redondo, avasallador, muralla irreductible que afuera impone a su vez lo escritural desde el empeño mutante y escindido de una heteróclita escritura (que no halla un punto final y a la cual hasta esta escritura nuestra también de modo inevitable se suma).

DIECINUEVE. Schreber es quien explicita el tema de los somníferos, es la droga psiquiátrica cuanto le permite conciliar apenas el sueño y -más allá de que asuma que es la reunión de todos los rayos cuanto decide de modo directo esta cuestión- la ausencia de ellos le hace reconocer sin embargo, que si bien ello no va a alterar la presencia de milagros divinos en su cuerpo, “sería perfectamente posible que una duración del sueño, suficiente para la necesidad de la naturaleza humana, sólo fuera alcanzable mediante recursos medicamentosos”, y “...mientras no pueda prescindir de una ayuda artificial para dormir, lo único acertado y razonable es permanecer bajo vigilancia médica” -concluye Schreber.

Pero donde resulta más sorprendente la defensa de Schreber es cuando afirma que “es siempre peligroso juzgar de antemano si una obra intelectual es adecuada o no para la publicación, para tal juicio no están capacitados ni siquiera las autoridades en el campo correspondiente y mucho menos algunos jueces individuales, que no sería la primera vez en la historia que un nuevo descubrimiento científico, una nueva concepción del mundo, un nuevo invento, etcétera, ha sido objeto de risa para los contemporáneos y considerado como un producto de la locura, posteriormente hubo que

asignarle un significado más o menos innovador”. Esto -de un modo u otro, y casi en simultaneidad (1901) con la redacción de las “Memorias”- estaba pasando de hecho con la obra psicoanalítica.

Y por supuesto, si bien la comparación no alcanza para dar razón a Schreber, quién sabe qué hubiese opinado éste si en cambio del libro de Kräpelin, hubiese tenido información suficiente sobre los registros del inconsciente.

Lo cierto es que dos escrituras coexisten allí por fuera de cuanto del modo más tradicional se asumiera como la pareja terapéutica (confiriendo unidad a eso que de otro modo nunca hubiera dado paso a un productivo y decisivo encuentro).

VEINTE. Antes de la sentencia del Real Tribunal Supremo de Dresde existe un segundo documento del Dr. Weber a quien el mencionado organismo le vuelve a solicitar explicitaciones de asuntos, no del todo comprensibles, a partir de la lectura del primer texto suyo. Es este escrito, distinto de aquel que mereciera aquí un fuerte cuestionamiento (el Dr. Weber entonces se adhería a posiciones normales y normalizantes, que ahora ceden el paso a una franca apuesta por lo clínico).

Incluso, este nuevo documento no sólo trae una amplia y reposada disertación teórica sobre las paranoias y sus complejas características sino que asume una posición más liberal en la interpretación de los aspectos que agobian al “querellante” (como él mismo apela con frecuencia a su “enfermo”, a través del despliegue de sus argumentaciones).

Sin embargo, no por ello se puede decir que el Dr. Weber se equivoque allá y acierte de manera decisiva aquí, pues si bien el abordaje ahora es más equilibrado y cuidadoso, la perspectiva clínica no abandona la idea de que se trata de “un in-dividuo”, de “un in-diviso”,<sup>310</sup> donde encarna la persona portadora del sistema delirante. La versión es -si se quiere- más estricta y más contundente por ende, pero no alcanza a asumir (y de hecho nunca se lo propone ni lo considera indispensable en lo más mínimo) un lugar no especializado, ni por tanto, una visión más cercana a la inclusión de lo estético, mucho menos de lo transdisciplinar (lo cual si bien es más que justificable -se reitera- no por ello dejará de tener implicaciones sobre todo a la luz de cuanto se puede resaltar hoy desde el reconocimiento de tales registros).

VEINTIUNO. Se trata de las condiciones de esa escritura en relación con esa otra que se da en las “Memorias”, y que -en el texto del Dr. Weber- soporta ahora el mayor cuestionamiento (es como si la actitud con respecto a Schreber se liberalizara mientras que la reticencia recayese en cambio del lado de la obra de éste).

Las objeciones son de dos tipos: unas, las ya conocidas, de orden más bien moral, que defienden desde el primer modelo a las personas, de un modo u otro cercanas a Schreber, y resaltadas a su vez por ello en varios sentidos y momentos del libro. A pesar de que Schreber ha prometido modificaciones allí y correctivos diversos -atendiendo a que su obra no fue escrita pensando en publicarsela- el Dr. Weber parece ser, de un modo asaz terco, ajeno a tales señalamientos.

De otra parte, el Dr. Weber reconoce que el escrito de Schreber podría ser de interés para especialistas, pero lamenta que el libro sea conocido en forma abierta y sin restricciones (la idea de darle cierto mérito al delirio y a las ocurrencias más absurdas de allí derivadas pareciera justificar tal contundencia).

---

<sup>310</sup> Ibid. (P. 367).

VEINTIDOS. El resultado pues es ahora casi inverso: Schreber puede salir libre (a pesar de sostenerlo de esa manera dentro de cierta prevenida disposición, que sin decirlo deja ya la responsabilidad al Tribunal). El libro en cambio no puede salir de una indispensable reclusión (si es lícito apelar así a cuanto el Dr. Weber determina en referencia con el texto de Schreber).

Los móviles que conducen a esta posición resulta difícil que puedan ser reconocidos como generados a partir del puro registro de lo clínico, pues -a pesar de buenas intenciones y de psiquiátricos refuerzos- es claro que se instalan dentro del formato del prejuicio.

Bien visto -más allá de contraposiciones personales y de reconocimientos estructurales- se trata de una escritura que censura a otra. Escritura derivada, forzada, al menos no generada por iniciativa propia y -como puede reconocerse desde sus primeras líneas- asumida con explicitaciones de malestar (lo cierto es que, al lado de ello, el escrito de Schreber no sólo perdió su capítulo tres de un solo papirotazo, no hubo para ello debates de tribunales ni peticiones de principio).

VEINTITRES. La sentencia del Real Tribunal Supremo de Dresde es un texto, en más de un sentido, llamativo. Si bien en principio pudiera parecer que se reduce a informar, paso a paso, sobre las sucesivas etapas que condujeron a tomar una determinada decisión, se trata de la progresiva ubicación de cuestiones, no sólo jurídicas -se diría incluso, clínicas- hasta llegar a una redonda certeza.

Sin embargo, ello a su vez connota serios problemas. La verdad es que el informe tiene validez en relación con una situación resultante, no tanto en referencia con el proceso mismo. Se quiere decir: los mismos argumentos que justifican la revocatoria de la sentencia de incapacidad podrían servir, si bien no para descartarla, sí en cambio para preguntarse por su pertinencia en el momento en que se decide la reclusión y para -a partir de allí- mantenerla durante largos y sostenidos años.

La sola reclusión posterior y definitiva -que mantendrá hospitalizado a Schreber hasta su muerte- delata que la decisión tomada pasa por encima de asuntos esenciales nunca previstos (lo cual por sí mismo no decide que sea ella equivocada).

VEINTICUATRO. La verdad es que se trata de varias cuestiones al tiempo. Como el mismo escrito aclara, una cosa es la incapacitación y otra el internamiento. Faltaría el asunto de la publicación de las "Memorias", que no por nada es el tema con el cual remata la última sentencia.

Como ya fuera resaltado aquí: una cuestión es la persona de Schreber, otra su delirio. Y no es igual esa distinción según se trate de publicación, internamiento y/o incapacitación.

Si algo parece inasimilable para la versión clínica -no tanto para la asunción jurídica- es aceptar que se dé al tiempo lo loco y lo libre -no sólo a nivel de la psiquiatría- el mismo psicoanálisis presupone una sobredeterminación, indispensable para poder dar cuenta de la multiplicidad de formas de la denominada, no por nada, "enajenación mental".

Si bien -más que los mismos psiquiatras- los juristas implicados en la firma de esa última sentencia, pueden llegar a ser comprensivos en relación con las disposiciones anímicas que la demencia paranoica propicia, sin embargo no alcanzan a hacerse la decisiva y problemática pregunta que resulta de mirar las cosas a la inversa.

En efecto, nada excluye que a ese nivel pudiera indagarse a propósito de las razones por las cuales es posible dado un brillante funcionamiento intelectual la coexistencia del delirio.

VEINTICINCO. Ellos (los juristas) casi llegan a plantear que el delirio lleva una vida, separada del psiquismo como tal, pero como no han invertido la cuestión, por esa ruta no logran más que



afianzarse en la certeza de que es posible que se den registros suficientemente diferenciados en el funcionamiento psíquico.

La idea de que la persona sale indemne allí, es -si bien se ve- cuanto sostiene el conjunto de las argumentaciones. El presupuesto de un personaje -enquistado como un virus, agenciando de doble y generando congelamientos agónicos e inocultables trasfondos terroristas- resulta impensable y acaso menos admisible que los mismos delirios en los cuales abundan las “Memorias”.

Y sin embargo, sólo por esa ruta podría empezarse a repensar cuanto -de un modo u otro- siempre se guió por la lógica mencionada ya (según la cual “la paranoia se comporta así”).

Parece tan sabido el concepto que cuando se lo nombra no se sabe ya bien si se alude a la estructura psicopatógena de bulto, a la especificidad de las defensas que incluye o al enlace con la persona que la encarna (el paranoico). Y si a ello se lo resaltase en forma suficiente, es claro que se diría que se trata de todo ello al tiempo, como si de ese modo se zanjaran las insuficiencias y desequilibrios que restan y se imponen desde una readecuación tal.

VEINTISEIS. Entonces: ¿cuál es en tal sentido la oferta aquí?

Muchas cosas quedan sin decirse, y no por ello resultan menos importantes. La disertación del Dr. Weber, por ejemplo, trae un comentario de especial interés en más de un sentido. Dice allí, que de igual modo a como acaece en el trato con personas normales puede suceder en las psicosis. No bastan las primeras impresiones, ni siquiera el trato habitual con alguien, para reconocer franjas que no tornan de modo indispensable visibles en el entrecruzamiento inter-personal. Por decir algo, las creencias religiosas de un científico es difícil que se hagan presentes cuando se observa su labor habitual, así no se pueda desconocer que influyan en su hacer en determinados y decisivos momentos.

Tampoco, cuando de la psicosis se trata, el registro delirante califica de manera necesaria al conjunto de la personalidad y podría acaecer que para algún desprevenido el comportamiento del enajenado no permitiera reconocer en él la presencia de la anomalía.

¿Acaso es posible asistir a la reposición de una mayor inocencia de liberalidad y normalidad evaluativas? ¿No se veía allí acaso contradicción flagrante alguna?

VEINTISIETE. No sólo cabe entonces la inclusión de lo estético de los personajes en su enlace plural con la unificada persona, también resulta pertinente reconocer que se trata del irreductible antagonismo entre polaridades contrapuestas. Con la mayor desprevenición, el Dr. Weber acepta que existe un trasfondo común donde lo humano de manera inevitable incluye una envolvencia, más allá de tajantes antagonismos.

Suma el Dr. Weber el reconocimiento, si no de lo singular, al menos sí de cuanto se reconoce como la singularidad: “...ninguna hoja de un árbol es igual a otra” -plantea- y acepta que cada caso es único antes de que comportamientos, comunes a su vez, permitan la dilucidación de estructuras mórbidas, pues existen razones -tanto o más contundentes- que delaten la semejanza e incluso la igualdad entre los hombres, por encima de toda diferencia.

No faltarán adicionales apuntes que den fe de los registros de humanidad -además de los acercamientos a la realidad clínico-estética de la problemática de Schreber- y que salpican la posición del doctor Weber, más allá de su pertinencia clínico-disciplinar-aplicativa, incluso la mejor de las intenciones -en cuanto se impone asumirse desde la defensa de Schreber ante la amenaza del mundo externo cuando de la reclusión se trata- de manera vigorosa resulta en su momento, también explicitada por él.

VEINTIOCHO. Muchas claves decisivas quedan pendientes en el escueto reconocimiento informativo del caso Schreber. Más allá de las “Memorias”, se sabe apenas que Schreber -dado que su cuadro vuelve a exacerbarse- retorna al hospital. Ya no volverá a salir de allí. Antes, se ha hecho reconocimiento de gruesos asuntos a los cuales la prudencia -acaso injustificada- no logra desmenuzar. Por encima de ello, la escritura -reunida de un lado y otro- permite reconocimientos nucleares, más o menos precisos. Así también -debe decirse- que la dilución progresiva, cuando no avanza hacia los contornos, se impondrá a quien incursiona en tales direcciones, y a partir de un determinado punto, la presencia de insondables sombras tornará entonces insuperable.

Reconocidas tales limitantes, caben reconocimientos que al menos permitan recuperar los develamientos, incorporados hasta aquí por este texto, y que al menos eviten conclusiones incómodas. Pues, si no es como dice la “clínica” del doctor. Weber ¿qué ha de ser entonces la paranoia (incluidas las alucinaciones y los manejos delirantes que la constituyen)?

Si se tratase apenas de una persona que encarna deliro alucinatorio, la paranoia sería cuanto siempre fue. Otra cosa se impondrá, sin embargo, si se reconocen las pluralidades que el intercambio metamórfico entre persona y personajes delata, sabiendo por lo demás que con ello, apenas se empieza a apuntalar una nueva versión de lo psicopatógeno en general, y que no basta por sólo esto con esas precisiones, para de modo necesario incluir el resto de opciones que lo clínico-estético concita.

VEINTINUEVE. Que el delirio adeuda al suicidio inejecutado -incluyendo por ello a Schreber en un registro de congelada agonía terrorista- no parece tan difícil de demostrar, como sí acontece en cambio -a partir de allí- con la urgencia de dar cuenta del desborde formal que el delirio y las alucinaciones a su vez comportan, entendidas desde entonces las cosas como despliegue de cuanto ha sido reconocido aquí a título de terrorismo creador.

Un decisivo personaje emerge y da forma a una opción representativa, taponada hasta entonces por la actividad laboral y social, familiar y personal, de un Schreber normal y exitoso. Que sea un doble -hasta entonces silenciado pero indiscutible- no ha de ser menos visible, por ende -si así se lo desease- la posibilidad de enlaces que lleven hasta las claves infantiles más remotas, no sólo debieran pasar por allí sino que ofrecerían posibilidades de abordajes menos predeterminados y generales, si se realizaran desde necesarios eslabonamientos retroactivos.

Si bien no siempre se lo explicita, el abordaje de la problemática schreberiana pasa aquí por el virus, el doble, el virus-doble, el doble-virus, y hasta del doble globalmente impedido, razón por la cual si se olvidara esta condición parecería que la versión clínico-estética sería una disgregada y hasta incoherente oferta intepretativa. La verdad es que no sólo se aspira a explicitar una unificada explicación, también se busca demostrar cómo, en última instancia, el modelo diagnóstico habitual forma parte del apretado tejido defensivo con el cual la normalidad se defendiera siempre del terror que le decide y le subtiende.

TREINTA. ¿Que ese doble agencie de virus no resulta siendo tanto más inevitable?

La idea del virus -que sin duda se ha complicado desde esa época hasta nuestros días- es un concepto que Schreber mismo incluye de modo expreso en sus escritos, si bien para él tiene una localización menos envolvente no podría por sí misma ofrecer mayores opciones a la luz de una aspiración explicativa. En cambio, reconocido el virus -no sólo como una opción biológica, ni apenas como una alternativa de aplicación tecnológica, tal cual se estila asumirle hoy por hoy- la asignación de una

interpretación desde lo mental (que es como se propone incluirlo en referencia con un abordaje clínico-estético) propicia iluminaciones indiscutibles. Entre otras cosas, es eso cuanto se ha intentado mostrar a través de esta reflexión.<sup>311</sup>

Sumando a ello la condición de la congelada y envolvente agonía (virus-doble) reforzada tanto más por la reclusión, externa e internamente inevitable (consolidación del doble-virus en la forma de un personaje terrorista<sup>312</sup> apuntalado de forma tiránica y no menos excluyente) terminaría creando la base para una animación alucinatorio-delirante, con más opción de reconocimiento que cuando se asume que ella trata de lo más arbitrario, o de lo inevitable (inexplicable, por ende).

TREINTA Y UNO. En efecto, mucho del delirio y del armado alucinatorio se alimentan de reclusión forzada (o -a nivel íntimo- constituyente, desde que se impone el suicidio). Y de ello se sigue, casi de manera simultánea, la escenificación de su impedimento. El suicidio -que borra de un tajo y de manera explosiva el inagotable despliegue de las representaciones- se muta en delirio (donde estas últimas, en compensación, se desbordan y exacerbaban).

Se consolida un mundo agónico con su peculiar dios a bordo, como si se tratara de la atmósfera urbana de los normales, o de la iluminación decorante de los estadios oníricos.

Esa base comporta entonces una actitud indispensable que da cuenta de buena parte de los comportamientos inadmisibles y de la credulidad más extrema y por ello incompartible (ella acompaña de hecho la readecuación personal de Schreber cuando el proceso hipocondríaco y el paranoico sobrevienen).

Acaso con eso no se cambie más que el lugar de preguntas insolubles, tanto más graves aún a partir de allí. Pero, al menos -sin necesidad del uso de recursos excluyentes para enfrentar tal dimensión, tanto como para buscar descifrarla- se deja entrever operando la condición de lo humano.

El suicidio es un acontecimiento que -no por ello- resulta menos determinante, sucede sí que cuando éste se consolida (que es cuando en realidad en tanto tal opera) sus expresiones, por sustracción de materia, son externas. Cuando -en cambio- el suicidio no se da, las consecuencias se expresan en primer lugar allí donde el acontecimiento debía apuntalar marca inmediata e intransferible.

---

<sup>311</sup> El virus mental podría ser sumado como una formación inconsciente, aunque su cobertura es tanto más negadora y radical -incluso destructiva- que un lapsus o un sueño, dado que de modo decisivo taponan y obstruyen amplias franjas del funcionamiento psíquico. En realidad, el virus busca ordenarse como una organización creciente y contrapuesta, su condición parasitaria resulta invasiva y de difícil erradicación, un poco a la manera de las plagas microbianas que atacan al cuerpo y a sus órganos y que pueden terminar por reducirlos de manera tajante (incluso -de modo definitivo- desaparecerlos). A nivel mental, el virus arma también sus propios registros, y en principio, sólo lo diluiría la cancelación del artefacto psíquico mismo (o sea, su demarcación es por sobre todo terrorista, en tanto más acá de su aspiración autoreproductiva apunta a la erradicación de la construcción que le aloja).

<sup>312</sup> Debe recordarse que el virus-doble y el doble-virus no sólo toman lo más específico de sus sentidos, a partir de las diversas posibilidades de mezcla entre el virus y el doble. La iluminación estética -de una parte- y la condición fundante de las sombras -de otra- se suman allí y condicionan las coloraciones de las atmósferas de lo afectivo donde se concentra el primero de esos modelos (virus-doble), mientras que el juego de las escenificaciones y de los personajes enfatiza las prelações del segundo registro (doble-virus). Si, sin limitaciones mayores, por mera paradoja, en cuanto prototípico personaje de sombra, para nada olímpico y luminoso, en ciertos niveles virus y doble se remezclan de modo contaminatorio y sin por ello disolverse ni desdibujarse, ha de ser esa la razón por la cual en ciertos casos el personaje terrorista arma núcleo decisivo y progresivo. Por ello, ni mero doble ni escueto virus, en cambio cada vez más doble-virus (y dada la prelación creciente del modelo terrorista, esa circunstancia torna de hecho más frecuente y envolvente).

Si se pudiera reconocer el suicidio como acontecimiento autónomo del cual la persona es efecto, se sabría hasta qué punto el delirio viene a llenar cuanto el suicidio irrealizado -y a partir de allí metamorfoseado de modo radical- deja pendiente.<sup>313</sup>

TREINTA Y DOS. De otra parte, la agonía se reconoce siempre como un estado tan vacío de representaciones figurales como la catatonía (sólo que en tanto se le asume como saturada de padecimiento, más bien desde un registro afectivo). O sea, se da por sentado que si se apela a esa antesala de la muerte, es en tanto el dolor tiene allí una cobertura y un predominio tales que lo figurativo pasa a segundo plano, se empobrece de modo irremediable.

A partir del suicidio inejecutado y dada una agonía -del tipo que desde entonces acompaña la vida de Schreber- la condición suya tiene derivaciones imprevistas. De manera inversa, si se quiere, ello genera el efecto compensatorio de un desborde figural y de una saturación de mundo nuevo que se instala allí donde lo linderal reina al nivel más terrorista concebible.

A esto se le reconoce como desborde alucinatorio-delirante.

A su vez, en la línea que separa la vida de la muerte, la agonía arma cuerpo y su hinchazón aspira a asumirse como mundo autónomo (a lo cual no sólo se le apela delirio, tiene de hecho una condición tan independiente de intencionalidades como acontece con las construcciones oníricas).

El modelo normal se estrecha y se crea una espacialidad adicional, donde no es la persona en tanto tal la que puede pretender dominar y dirigir las conductas, y en efecto, igual que en los sueños, irrumpe una lógica decisiva desde la cual deriva replegada (de hecho, no le es entonces posible intervenir asumiendo la dominante esfera de la intencionalidad como es habitual suceda a nivel de la vigilia).

TREINTA Y TRES. En cuanto hace referencia a la condición de lo psíquico (de manera tan convencional como inapelable, gobernado desde la alternabilidad día-noche, vigilia-vida onírica) esa circunstancia de simultaneidad, de fusión delirio-schreberiana, refuta en cambio los presupuestos y las estabilizaciones del colectivo. Emergen por ende registros sepultados, ignorados, represados, donde lo mágico recupera su lugar, lo mítico se recompone, y la creencia rehace vestimentas olvidadas, para que las modalidades de la escenificación choquen de modo radical con los armados sólidos de la realidad empírica (no menos regida por suplementos dominantes de representabilidad). Esas dimensiones de lo humano no pueden ser asumidas ni seguidas por los modelos colectivos, protegidos con celo por los despliegues de lo social y de lo urbano.

Considerados como formas gastadas, dejadas atrás, sepultadas, su insistente permanencia debe ser controlada con vigor, reducida a franjas -no menos estrechas- de expresión. Tal cual fuera resaltado con antelación la psicosis de Schreber hace lo contrario, y aunque ello no la torna falsa frente a la verdad del proceder mayoritario, es realidad también (así desde el polo de lo singular derive imposible de seguir y asaz amenazante, más bien ajena de manera indispensable para ese otro extremo donde rigen las convenciones de lo social y las modalidades que se demandan a partir de lo urbano).

---

<sup>313</sup> Qué locura -se dirá- un suicidio que decide al suicida, y no a la inversa, como impone sin discusión la realidad de las cosas. ¿Mas, qué? No es el suicidio la contundente, radical, refutación de la intencionalidad de la persona, donde dando vuelta ella contra sí, se autodetiene y refuta al tiempo, desde una inversión inocultable, definitiva?

# CUARTA PARTE

## LACAN Y UN SEMINARIO SUYO SOBRE PSICOSIS

### Lacan y Freud

UNO. Más bien por sugerencia del profesor Jean Delay -y como celebración de los cien años de nacimiento de Freud- en el “Libro 3” de Lacan sobre “Las psicosis” de los años 1955-1956,<sup>314</sup> desde una suerte de anamorfosis escritural, se inserta una conferencia que lleva por título “Freud en el siglo”.

Lacan, es evidente, no se resigna a adelantar una apología de Freud por el sólo hecho ritual de celebrar su cumpleaños. De hecho por ello, Lacan protesta de modo expreso, rápidamente se concentra en otros asuntos, y sólo al final -con un inocultable tono trágico- recupera el tema desde la más radical protesta, haciendo referencia a la posición de Edipo frente a la cuestión del origen (“Sería mejor no haber nacido”- es la contundente fórmula edipiana que se trae a cuento, a partir de la repulsa de Freud frente a la idea de Bernard Shaw según el cual un hombre para realizar a plenitud su obra necesitaría al menos trescientos años de vida).

DOS. Más allá de la anécdota cronológica, la charla se concentra en la idea de hacer del psicoanálisis una suerte de lingüística del sujeto (el hombre determinado por “la captura y la tortura del lenguaje”, recalcará Lacan).<sup>315</sup> Es innegable que en más de una oportunidad y a niveles esenciales se trata de esto, pero también es cierto que no basta con ello (acaso se imponga sí, el reconocimiento según el cual más bien resulta ser de ese porte la versión que busca ofrecer el documento de Lacan a propósito del psicoanálisis de Freud).

Lacan justifica esta intención suya contraponiéndola a las reinterpretaciones que en todas las direcciones -aportando poco y simplificando mucho, cuando no lesionando de manera esencial la honda y compleja formulación freudiana- pululan en el mundo de los psicoanalistas.

La argumentación de Lacan es válida. Donde quedan sin embargo muchas cosas pendientes es en relación con el aporte lacaniano de conjunto, así se trate de un corpus teórico cualitativamente incomparable con esas repelentes malformaciones.

---

<sup>314</sup> Cf. Lacan, J. “Las psicosis”. Texto establecido por Jacques Allan Millar. (Sin más datos).

A partir de ahora no debiera olvidarse que se alude aquí a este escrito concreto de Lacan, razón por la cual pretender generalizar las tesis extraídas así, como válidas para su obra toda, sería tan improcedente como simplificante. Debe sumarse a ello que -tal cual acontece sin duda con el resto de esa producción- el seminario que en esta reflexión se comenta carece del nivel de exigencia que caracteriza al conjunto de los “Escritos”, donde se los reordena con mayor rigor (Cf. Žižek, S. “Cómo leer a Lacan”. Paidós, Ed. Buenos Aires, 2008). Tal seminario sobre psicosis es dueño en cambio de una espontaneidad que admite no sólo contradicciones y errores, de hecho riñe muchas veces con la coherencia de un texto escrito con rigor, debidamente corregido y blindado con toda contundencia.

<sup>315</sup> Ibid. (P. 150).

TRES. ¿Pensar como lingüístico el desciframiento de los sueños o de los chistes por parte de Freud es acaso incorrecto?

Lo cierto es que existen geografías mentales y humanas que van más allá de los terrenos que de ese modo se demarcan, y sobre las cuales Freud ofreció versiones no menos contundentes y válidas.

De su parte, el trabajo de Lacan -antes de ser de manera creciente demostrativo con sus tesis, generalizando y convalidando sus supuestos en referencia con la totalidad de tales registros y en tanto asumidos por él como presentes en forma envolvente en el conjunto de la obra de Freud- la emprende contra el resto de versiones simplificantes y caricaturizantes que pretenden hacer del psicoanálisis, una “egología” en el peor de los sentidos, que a partir de allí tergiversan o malforman conceptos decisivos (“relación de objeto”, por ejemplo), e incluyen algunos otros que son ajenos en la formulación freudiana (dígase, “frustración”).

Vistas hoy por hoy las cosas, por encima de todo, el modelo adaptativo -de modo principal ajeno de la exploración teórica, desde que cada vez más se privilegian la eficacia y la técnica en referencia con lo terapéutico escueto- es algo que no sufrió mengua a pesar de los empeños lacanianos por refutar y enderezar tales tendencias.

Tampoco las razones que ofrece el texto de Lacan consiguen siquiera evitar que en la actualidad algo igual o peor aconteciera con su obra, a partir del similar empeño desplegado por muchos de sus propios herederos (tendencia inocultable más allá de las mejores intenciones, y de indiscutibles excepciones también).

CUATRO. Aunque Freud haya fundado el psicoanálisis, y por tanto, cuanto desde allí se diga resulte derivado antes que fundante, si ello acontece como un real automatismo repetitivo habrá de ser, resulta ello claro, porque no se trata de la reclusión obstinada e inevitable en la formulación de una sola persona -el propio Freud-. No se entiende por qué, a partir de entonces, montada sobre el reconocimiento de esta verdad de a puño, la asunción lacaniana no sea ya una versión personal a su vez, difícilmente igualable también.

Resulta lamentable que sea esta queja de fracaso inapelable -de lo cual por lo demás desdice su obra toda y de modo creciente- la peregrina y no menos vigorosa formulación, de la cual el documento de Lacan parte.

Acaso sea esa la razón por la cual -viendo con gran lucidez el problema de la contaminada reproducción del psicoanálisis- Lacan no logre hallar una pertinente salida y antes bien -en la desviación y envilecimiento creciente del modelo- aporte con su fallido empeño a la perpetuación de inconvenientes maneras.

Se podrá con toda pertinencia argumentar, que una conferencia es un espacio demasiado restringido para -de una vez por todas- resolver tantos y tan complicados asuntos. Sin embargo, lo dicho está allí y no se trata de algo que la obra lacaniana de conjunto explícitamente corrija y modifique. Y así con ello tampoco resulte ella invalidada de manera redonda, por supuesto, lo cierto es que tal exuberante confesión debió ser, una vez más, un asunto más bien de orden retórico.

CINCO. La argumentación de Lacan<sup>316</sup> desconoce -de hecho contra éste mismo- que en su obra hay aportes que remontan las dilucidaciones freudianas (y que en efecto sería preferible verla como un desarrollo válido en sí, antes de apuntalarlo como subordinado a partir de presupuestos de deuda inapelable, como inconveniente apropiación de territorios ajenos).

---

<sup>316</sup> Lacan aquí significa su escrito y su escrito, en cada momento, da paso a la réplica. Todo se juega pues en esta dimensión escritural (por encima de personalizaciones, concentrada en lo argumental).

Así suene excesivo, debe reconocerse que más allá de plurales criterios de validez, la pelea inútil de Lacan con la horda fraterna de seguidores y odiosos expropiadores del psicoanálisis, evidencia que su pugna en este específico sentido podría ser incluso más infantil y edípica que pertinente a nivel teórico (al menos sintomática, digna más bien de una justificación clínica que de un desciframiento clínico-estética)

Nada excluye preguntarse por la posición adecuada, que más allá de tales impedimentos debiera haberse dado allí, si se buscara en cambio demarcar las causales objetivas de estos entrampamientos por fuera de competencias y demandas personalizantes y de prestigio.

SEIS. La reflexión de Lacan evidencia que éste no creía en Freud tanto como quisiera, por ello no resulta ajena la circunstancia de dejar pasar sin ver evidentes fallas conceptuales, allí donde al tiempo se trata de una argumentación lúcida e incomparable.

Por ejemplo, en un rápido -si no precipitado recorrido por la obra del creador del psicoanálisis- Lacan se limita a mencionar, cuando no a intentar justificar de manera infructuosa, la presencia de dos temas, sin embargo reconocidos como determinantes: el asesinato del padre y la muerte (mejor dicha, la pulsión de muerte, este último, asunto al cual Lacan de hecho no se atreve ni siquiera a nombrar con el mismo concepto freudiano. Lacan prefiere aludir entonces al automatismo de repetición).

La posición cientifista del prolongador de la obra freudiana -de manera clara expresada en su defensa de Freud y en su decidido aporte a partir de allí- le impide conciliar esta específica expectativa con la clave mítica que al final de su vida el creador del psicoanálisis incluye en su obra de modo inocultable, y donde éste último reúne ambas cuestiones (padre y muerte).

Sin duda, es mítica la versión freudiana a propósito del tema del asesinato del padre, y no lo es menos la oferta psicoanalítica respecto de la pulsión de muerte (y es allí donde la ciencia estalla, al menos en su acepción más tradicional y convencional).

El texto de Lacan no desconoce la condición transgresora de la oferta freudiana, pero el empeño por contraponerla a modelos intuicionistas y comprensivos impone radicalizaciones, que más allá de las mejores racionales intenciones, Freud es el primero en desajustar.

SIETE. Independiente de su validez develativa, sorprende la flexibilidad con la cual la conferencia de Lacan justifica modelos freudianos, laxos al extremo (como resultan ser aquellos que emplea Freud en el desciframiento de sus propios sueños o de sus olvidos) y que, de modo contrapuesto, tenga tantos reparos frente a despliegues inevitables y radicales en la conceptualización, que en el esfuerzo por dar cuerpo a su obra el mismo autor se impone en sus últimos años (y conste que el escrito de Lacan tampoco se decide a refutarlos).

Riñe la reflexión de Lacan con la oposición de Freud a incluirse como filósofo (allí, a su vez, apelando a un argumento escasamente restrictivo el primero fuerza a ingresar al último). En efecto, el texto lacaniano asegura que basta con preguntarse algo -aún sin saber con plena conciencia que se está formulando la pregunta- para estar ya por sólo ello inmerso en el registro de lo filosófico.<sup>317</sup>

---

<sup>317</sup> Lacan lleva en ello razón, sin embargo resulta inexplicable que a nivel de lo aplicativo no derive indispensables consecuencias, a partir de allí, ampliando la franja del lado de lo transdisciplinar, y cuestionando el empirismo que comporta lo disciplinar escueto. Es claro que a ese nivel Lacan no avanza un solo centímetro y mantiene inalterada la posición freudiana, sin objetarla en lo más mínimo. Podría decirse que es frecuente -al menos en el seminario al cual aquí se hace principal referencia- se presente una involución del lado de posiciones donde de hecho se reapuntalan posiciones médico-psiquiátricas, Y no en el sentido de privilegiar el recurso medical, apoyando en cambio la reclusión,

Es más: Freud como filósofo resulta siendo de una parte localizado por Lacan como pesimista y, de otra, como anti-humanista (pues no sólo niega Freud todo progreso sino que combate el romanticismo que sutiende en todo humanismo). Por todo esto -concluye Lacan- se trata más bien de una mezcla trágico-realista cuanto -del modo más directo- liga a Freud con el antiguo teatro griego. De forma abrupta el documento de Lacan se interrumpe allí, dejando pendientes decisivas connotaciones. Sin embargo, no se puede decir que se sea represivo en ello, desde que -un poco desamarrado de todo- al final, el tema saldrá de nuevo para suturar la reflexión.

OCHO. No es cierto que Freud pretendiera hacer del psicoanálisis una ciencia exacta, ni menos una suerte de sólida matemática detrás de los malabares del sentido (así la conferencia de Lacan quisiera con todas las fuerzas llevar las cosas hasta allá).

Lo cierto es que -al lado- no dejará el escrito de reconocer, no sólo la ya mencionada aspiración filosófica de psicoanálisis, sino la cercanía -más arriesgada aún- con el arte y con la retórica, o con la versión -retórica a su vez- que mezcla ciencia y arte.

A esa clave que reaparece de continuo, el documento de Lacan la llama y la repudia al tiempo, sin acertar a asumirla y ni siquiera a nombrarla.

La verdad es que ha de ser por esa vía que el psicoanálisis sea tan revolucionario, como de entrada Lacan presupone en su escrito (a pesar de ser en la asunción de ello -y esto, en más de una ocasión- bastante ambiguo).

Quizá no sólo se trate de eso, acaso resulte ser demasiado poco aporte para semejante cuestionamiento adelantado hacer apenas mención a esta clave transdisciplinar, pero es ya un buen inicio para apuntalar una sólida formulación que empiece a dar cuenta por la razón de ser de tanta inexplicable incongruencia.

## **Lo real y la alucinación**

UNO. El tema de la reclusión ha sido mencionado a su vez. El documento de Lacan es del registro de lo reclusivo, sobre todo en esto del lenguaje<sup>318</sup>. Nada escapa -se quiere decir- a la cobertura del

---

y sobre todo siendo ajeno a sus implicaciones cuando de las derivaciones terapéuticas se trata. La pelea de Lacan con la psiquiatría es entonces apenas de contenido (promoción de readecuaciones lingüísticas principalmente), no diferencial asunto de método.

<sup>318</sup> Debe saberse que en su obra de conjunto Lacan trabaja por lo menos tres registros, no por necesidad coincidentes, ni factibles de enlaces lineales. En uno de esos niveles una cosa han de ser el lenguaje, el significante, el sujeto, etc., mientras que en otro se trata de lo simbólico en relación con lo imaginario y lo real (sin que se pueda presuponer perfecta superposición allí entre simbólico y lenguaje, por ejemplo) y -aún en otro registro- se hace referencia al Otro, al Otro-tachado, al Otro-limpio-del-goce (amarrado al objeto a), lo cual comporta nuevos entrelazamientos y diversificaciones que alteran la opción de una ingenua lectura donde los conceptos se desplazan sobre un mismo piso. Aunque no se puede afirmar que siendo en planos separados y discordantes -cuando no unidos por sinuosas escaleras- no se entrecrucen esos diversos pisos de continuo y que no terminen armando una compleja y plural construcción, es claro que el lenguaje no se resuelve en una equivalencia simple con lo simbólico, menos aún, si se pensara que lo simbólico se refunde en habla y/o en más vasto lenguaje. (Cf. Lacan. Op. Cit.). Pero no por ello se asume la prelación de lo escritural, ni la dominancia -para aludir a lo más determinante- de las modalidades de lo urbano en la reconfiguración de lo psíquico, desde la prelación máfica que consolida el imperio de lo tecnológico (menos aún, la huella creciente, invasora e inocultable, de lo terrorista y del trasfondo de terror que subtiende allí).



lenguaje cuando de lo humano se trata, y ello comienza por el recurso decisivo que da a lo real lugar a pesar de su supuesta condición de irreductible imposibilidad.<sup>319</sup>

Lo real en tanto tal está tan afuera como de hecho resulta incluido desde que el lenguaje lo cobija. O sea, a partir del momento en que se lo nombra ocupando el lugar de lo innombrable, desde que llena todo lo inllenable, desde que localiza cuanto tiene lugar -ensamble pensable aunque imposible- su condición paradójica, al tiempo sostiene y refuta, contradice y consolida, toda probabilidad y toda versión a propósito del lenguaje.

Sin lo real la construcción lacaniana se desmorona como un castillo de naipes ante el soplo del viento, y lo real es lo más insostenible una vez se le aísla y se le compromete a dar cuenta de sí.

A pesar de todo ello, el seminario de Lacan no se pregunta por las implicaciones de nombrar lo real y de permitirle la opción de dar cuenta de fenómenos tan enigmáticos e irreductibles como la alucinación psicótica.<sup>320</sup>

DOS. Cuanto de lo simbólico de modo inapelable resulta repudiado por el sujeto, emerge en lo real a título de alucinación -dirá Lacan.

Allí, lo real cumple a plenitud con algo que de otro modo resulta indescifrable: dar reconocimiento de existencia a una mera forma carente de soporte material, sin lograr de modo inmediato establecer diferencia alguna con cuanto ella es a nivel empírico.

La cuestión delata sin embargo una verdad, invertida por partida doble. Apenas al develarse este artificio, a su vez se evidencia. Sólo por mirar las cosas desde lo normal resulta esto así, pues la verdad es que la alucinación funda toda percepción (se alude por supuesto con ello a las primeras incorporaciones infantiles).

Hacer coincidir el mundo inaprensible con el mero suplemento figural ha sido tarea de lo humano a través de los siglos, y cuanto se da ahora como evidente e indiscutible excluye el reconocimiento de tal esfuerzo.

Que alguien exprese y perpetúe esa cancelación (así se corra y diluya en el resto) da por todo ello a lo alucinatorio carácter de inadmisibles excepciones. De hecho se trata del más siniestro reencuentro.

TRES. En el texto de Lacan<sup>321</sup> se resuelven las cosas por una ruta de repudio, tan radical como sospechosa. Ante la grave y compleja pregunta que alguien hace (grave y compleja sobre todo en relación, no tanto con la formulación obvia de ésta, sino con una posible respuesta apenas pertinente: “¿No será lo orgánico soporte primero y último de las psicosis?”) se soluciona todo alegando que se trata de un supuesto caduco, puesto que desde hace mucho tiempo él, Lacan, no establece diferencia alguna entre psicología y fisiología.<sup>322</sup> Y se suma algo aún más inadmisibles e injuntables, según lo

---

<sup>319</sup> Lo real en Freud es lo desconocido, sólo que Freud no hace más que formularlo así sin apuntarlo al resto, más como frontera que como dimensión constitutiva, y sólo por eso incluido como indispensable (Cf. Freud, S. “Esquema del psicoanálisis” Año 1937. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 2001).

<sup>320</sup> ¿Acaso Lacan se está inventando lo real? ¿No está ello puesto allí ya, dígame cuanto se diga? Por supuesto que sí. Pero no por eso se puede negar que existen versiones de versiones, y que si una operación comporta decisivas consecuencias se impone incluirlas, a riesgo de pecar de insuficiencia si esto no se da.

<sup>321</sup> Cf. Lacan. J. Op. Cit. (P. 27).

<sup>322</sup> Si esto fuera una radical asunción transdisciplinaria tendría que ser más que bienvenida -por supuesto, si además resultara debidamente explicada- pero lanzada así, sin despliegue argumental alguno, más parece una bravuconada de escaso o ningún valor. De hecho, si algo connota esta contundente formulación es, entre otras posibles implicaciones, la implícita simplificación de ello derivada, según la cual el cuerpo ha sido reducido a mero significante (como si su escueta formulación teórica lo virtualizara de modo irremediable).

cual “No se vuelve loco quien quiere”. Asunto este último sólo justificable al parecer, porque remotamente el mismo Lacan lo escribió así alguna vez en “una pared de su sala de guardia” (vaya uno a saber por qué ni para qué).

CUATRO. Como fuere -y sin saberse qué será no más, “sala de guardia”- la oferta clínico-estética asume que en efecto el asunto de las psicosis no se puede ver apenas como algo personal, efecto terrorista-implosivo en cambio que ilustra de modo sintomático -en tanto repudiado- el drama del colectivo.

Quizá también por esa vía resultaría entendible la inadmisible fórmula según la cual no es voluntad de nadie resultar siendo demente, más aún: cualquier resultante humana es de un modo u otro ajena de su portador (en relación al menos con su intencionalidad, justamente para que la intencionalidad torne factible).

O sea, de igual modo como no se sueña cuanto quisiera el soñante (de tal manera que el sueño torne posible) tampoco nadie puede dar cuenta de sí más que a niveles apenas periféricos y sólo decisivos en una estrecha franja.

CINCO. Es sabido que el mundo al cual se enfrentaron los primeros hombres estaba repleto de magia y alucinación. Cuanto con enorme orgullo se apela razón es la creciente resultante que se impone con igual vehemencia -a su propio ritmo y desde sus mismas sobredeterminaciones- en el empeño por ordenar el mundo, tal cual hoy -a nivel tanto particular como masivo- ha terminado por consolidarse.

Después cada quién se sorprende de hallar presente la razón en cuanto se denomina orden, ignorando que ella nace de allí.

En cambio, cuando por algún inevitable agujero el colectivo -a través de uno de sus individuales o grupales modalidades, o de una manera más directa expresándolo por la ruta de las masas- deja escapar restos de esa trayectoria (nunca en realidad remontada, suplemento -que no por nada- se define en tanto empeño de radical negación de esos trasfondos) ello asusta tanto como acontece con los grandes e incontrolables cataclismos naturales.

El terror vuelve a estar ahí, siempre presente, más allá de todo subterfugio, de toda defensa.

SEIS. La base de lo humano pues es siempre el terror, sin duda no han de faltar emergencias creadoras y adaptativas que se le contrapongan y que pongan en marcha el inagotable despliegue de la gran obra humana, al final -incluso- el modelo parece perfectamente invertido, la versión que desde lo normal se da de la psicosis y de sus recursos alucinatorios y delirantes sí que lo ilustra así.

Sin embargo, en las irrupciones de lo singular se evidencian referentes del terror, constantes tan inevitables como inocultables. Y si se tratara apenas del terror que de por sí una alucinación genera, más que por la alucinación en cuanto tal, habrá de ser en tanto la indefensión que retrata el terror, desde entonces y por todo ello, lo hace estar en extremo cercano.

Así parezca pues una imperdonable reiteración, cuando se alucina, más que el alucinar con lo cual ello se expresa, es el terror mismo que allí subtiende cuanto en realidad aterra. Schreber dejará ver cuan fácil es familiarizarse con la alucinación perpetuada en el delirio, sin duda -y esto lo notará menos- en la medida en que afuera, para otros, se pasa en cambio a resultar siendo aterrador.

Pero ¿habría quien convenciera a los psiquiatras y demás terapeutas de que sus propios recursos allí son por ello ante todo defensivos?

SIETE. Desde entonces, en todos y en Schreber, cada cual desde su peculiar manera, debe reconocerse que en el sostenido empeño liberador, el terror ha terminado siendo asumido por lo humano, que en ello y por ello, de modo inevitable se disgrega.

Terrorismo se apela a esa operación, y su presencia creciente, desbordante, es cuanto impone ahora las urgencias de nuevos domesticamientos.

El terrorismo es pues indesprendible presencia en lo humano, adherencia inseparable en cada resultante suya, inapelable y envolvente virus que no sabe armarse como mera matriz genésica y que sin embargo no puede escarpar a esa nostalgia (si no fuese equivocado decirlo de ese modo antropocéntrico).

Y ha de ser por ello que lo humano, a pesar de no renunciar a su condición de inagotable matriz de formalizaciones, de núcleo estético irreductible, no puede conjuntarse ni resolverse más que en tanto expresión de cuanto el motor terrorista impone.

Asumir lo humano en sí es el empeño imposible que a pesar de ello la psicosis expresa, y es esa la razón de su exclusión, tanto más radical.

OCHO. En el extremo de esta expresividad -mórbida, a su modo clínico-estético- irrumpen las psicosis, suerte de terrorismo que si bien victimiza a la resultante en la cual encarna, a su vez aterra a quien le observa, o le deja perplejo en el reconocimiento indescifrable de lo humano -en tanto se aparece allí como extraño e incomprensible- casi como ajena e inapropiable alucinación rencarnada.<sup>323</sup>

Si incluso hubieran claves somáticas incidiendo en ciertas resultantes extremas -que es cosa que no debiera estar de modo necesario excluida de lo posible, cuando de los modelos psicóticos se trata- cuanto más allá de todo decide allí es esa clave envolvente que hace núcleo común del terror y que connota por ello los consecuentes despliegues del terrorismo (que, en cuanto tal, lo expresa sobre la periferia de las resultantes).

Ello no obsta para que -a nivel de dimensiones particulares- tal circunstancia pueda dar paso a manipulaciones terapéuticas de distinto orden.

NUEVE. Lo cierto es que el cuerpo humano en su conjunto (el cuerpo de los cuerpos, la corporeidad-de-lo-humano-encarnado, si se prefiere decirlo así) está en permanente mutación a partir de allí, tanto como su inevitable animación (apélese alma a ello, o como se le prefiera denominar).

Y Schreber está más cerca de esa corporalidad y de esa animación de conjunto que de la ilusa captura (tan inaudita como frecuente) que impone la apropiación de eso que acontece allí a cada quien en lo más próximo posible (o sea, en su propio cuerpo). La verdad es que nada excluye que se le deba reconocer (a pesar de inmediato) como lo más desconocido.

Y si era a esto a cuanto Lacan aludía con su fórmula a propósito de la locura, pues a decir verdad resulta difícil que a partir de allí -más allá de fallidas diferenciaciones, psicológicas o somáticas- se quiera ser demente y por sólo ello se consiga serlo.

DIEZ. Antes de cerrar esta reflexión conviene reconocer como de indudable interés la ubicación (no apenas histórica, incluso geográfica) que el texto de Lacan ofrece en la señalización y demarcación de los conceptos gnoscológicos y de las estructuras psico-patológicas.

---

<sup>323</sup> En efecto, ¿habrá quien pueda -siendo modo de lo humano- incluirse en e incluir lo humano, sin hacer excepción ni imponer inevitables exclusiones?

No sólo en cuanto hace a la dificultad de reunir en una escueta entidad las paranoias con las parafrenias o esquizofrenias, sino la manera como a través del tiempo y de los autores se maneja el concepto de paranoia (diverso en Alemania que en Francia, donde no sólo irrumpe de un modo tardío, sino que está bastante distante de cuanto a nivel clínico el término nombra en la actualidad. No obstante en Alemania -siendo esta nación portadora de una tradición psico-patológica más vasta y antigua- el concepto de paranoia involucra a una gran mayoría de los enajenados mentales, al punto de que todo cuanto se reconoce como locura o psicosis -al menos antiguamente- se apelaba sin más paranoia).

## **El delirio y la obra**

UNO. Es muy curioso este escrito de Lacan. Parece, que siendo los discípulos de su autor en lo fundamental, personas que proceden de la psiquiatría, ello decide en más de una ocasión la ruta de esa argumentación. Es cierto, que más allá de esto -un poco a partir de allí y no sólo porque proceda de la psiquiatría y conozca a fondo esa literatura- gusta reconocerse Lacan como discípulo de Clérambault, recupera a Kraepelin, y alude a distinciones presentes en las obras de Sérieux y Capgras, de Wernicke y de Kretschmer, también cita a Abraham y a Blondel, sin olvidarse de dar especial significación a algún aporte de Séglas (el cual le dará después la certeza frente al asunto que recogerá con la fórmula “Vengo del fiambrero”).

Pero si un pié está en la psiquiatría, los dos al tiempo se quieren en el terreno del psicoanálisis, sólo ello genera ya inconsistencia y ambigüedad. No es pues apenas localizarse ahí frente a un Freud y que no reciba éste más que elogios. Si bien se ve, el creador del psicoanálisis resulta apenas seguido por tan decidido admirador y supuesto continuador.

De hecho, por encima de tanta floritura, se trata en realidad de la tradición clínica vista en su conjunto y frente a la cual de modo inevitable resulta ambivalente el texto de Lacan. Digamos que este autor busca se le reconozca incluido allí (en el territorio de la clínica tradicional) de modo inobjetable, pero en lo más hondo no se siente a gusto sumándose a esa lista y a cuanto ello comporta en relación con sus propios abordajes y con sus efectivos aportes (incluida la obra de Freud). Lacan en su texto no sólo es ambiguo en más de una ocasión, lo cierto es que no resulta ser del todo claro, que quiera asumirse tan sumiso como a menudo pareciera expresar (se diría que en el punto extremo, deriva apenas un poco más condescendiente).

DOS. Pues bien, eso está allí, pero sería incorrecto decir que sólo se trata de ello.

Lo cierto es que Lacan viene ubicando una cuestión central, y en medio de todo, nunca abandona esa vía. Se trata de la locura y de su diferenciación con la normalidad.

¿Qué hace la especificidad de la paranoia? ¿Hasta qué punto se ha logrado una mínima ubicación del tema? ¿O se trata más bien de un largo empantanamiento?

¿Cómo desconocerlo? Es a partir de allí, que en su seminario, Lacan parece ser mesurado y hasta benévolo con esas claves descriptivas en las cuales -así se asuman indiscutibles diferencias en unos y otros- son verdaderos expertos la gran mayoría del resto de autores antes mencionados (incluido, por supuesto, su maestro Clérambault). Más tarde o más temprano, sin embargo Lacan allí empezará de modo contundente a distinguirse y a criticar esos modelos. En efecto, puede ser leído y en ello como nadie lleva razón Lacan, que de un modo u otro, dando paso a inevitables malos entendidos, todo cuanto en clínica se dice, todo cuanto se ha dicho, más que aportar obstruye.

TRES. ¿Cuál es pues la objeción?

No se trata de un pleito por supuesto, aunque se impone hacer de entrada visible en los planteamientos de Lacan la presencia de dos rutas cuyo ensamble no resulta ser evidente ni válido por necesidad.

Lo cierto es que a partir de allí, Lacan empieza a afianzar sus propias apreciaciones, no niega incluso que pudiera ser, que algún aporte de esos pudiera pertenecerle. La verdad sea dicha, ello Lacan ya casi ni lo recuerda, aunque existen claves que sólo se pueden asumir tomando distancia frente a esas convencionales posiciones.

El taponamiento de la versión dialéctica, por ejemplo, resulta tergiversado de manera sistemática, cuando no ignorado en forma directa. Y conviene reconocer allí lo más decisivo. En efecto, al final Lacan lo reúne todo alrededor de su tesis fundamental: la cuestión del lenguaje, la presencia de nucleares neologismos, en fin, la constancia de un ejercicio del habla que escapa a las aspiraciones doctas -que pasando de largo- apuestan por la comprensión.

Se supone que Freud le acompaña en esto. Bueno, el texto de Lacan hasta ahora no lo explicita a tal punto, pero es indudable que el tema subtiende, que no se le puede tampoco erradicar sin más.

CUATRO. Más bien habría de decirse -que como en Freud- la reflexión de Lacan llega hasta el tema de Schreber demasiado convencido de lo suyo. Por eso pasa a su vez de manera rápida por asuntos a los cuales no podría, o no quisiera, asignarles verdadera importancia. Por decir algo: allí donde Lacan se apoya en Abraham para ilustrar cómo el tema de la desafectividad se presupone decisivo en la demarcación de las psicosis, Lacan se contenta con ser radical y contundente en referencia con este autor mientras renuncia al recorrido -que sin duda inicia- en referencia con cuanto el accionar del paciente mismo ofrece como aporte de significación. Más allá de esa captación que hace creer a Abraham que comprende la clave esencial de la especificidad psicótica, en realidad se trata de algo que pudiera estarle sucediendo a cualquiera, concluye Lacan en su comentario.

Pero ¿no es cierto, que si alguien acumula guijarros sobre un soporte de madera hasta que ello rompe tales bases insuficientes generando la presencia de reordenamientos siempre ajenos (sobre todo, evidenciando quien esto ejercita total desafectividad frente al fracaso o ante el mero desalojo de objetos propios) podría estar significándose con ello algo?

Podría decirse con igual validez que el paciente delata ser un psicótico porque ante eso no reacciona en lo más mínimo, antes bien de un modo automático reinicia la tarea, o en cambio, se trata de una inteligencia superior que comprueba el orden que subtiende al azar, o la verdad matemática que incluye la desmesura. Al menos, cabe reconocer que no es suficiente ese rasgo o esa conducta para decretar un contundente diagnóstico, recluyente de modo irreparable.

Es aquí donde Lacan se reduce a resaltar cómo esa actitud es la de todos los humanos que van por la existencia, recomenzando día a día, sin detenerse demasiado en el reconocimiento de innegables pérdidas. Antes bien -sumará Lacan- tal indiferencia de base podría ser señal de equilibrio, pues demasiado apego ilustra tanto o más desajuste mórbido.

Y resulta claro -que dada la vaguedad de los supuestos que deciden las conclusiones diagnósticas de Abraham- también con estas generalizaciones no deja de tener Lacan algo más de razón.

CINCO. Más allá de toda intencionalidad ¿no cabe reconocer allí otras claves posibles y acaso tanto más definitorias?

Lo primero a señalar -y esto resulta ser de mero sentido común- es que nada hace suponer que los guijarros sean tan entrañables para el mencionado paciente. Es allí donde la pérdida puede resultar siendo indiferente<sup>324</sup> para él tanto como para cualquier humano, incluso el más normal.

Producir no comporta expropiar, más bien en el registro de lo humano resulta habitual que ello vaya por rutas diversas.

De hecho, Lacan está diciendo -acaso sin saberlo del todo- que cuanto une a psicóticos con normales es posible porque -siendo ambos modalidades de lo humano- generar obra les resulta inapelable.

El accionar psicótico puede ser obra antes de desvarío o arbitrariedad casi sólo la paciente labor del terapeuta -no menos obra por supuesto- logra llenar con significación. O sea: previo al proponerse como suplementos de complemento indispensables al enfermo, se impone reconocer en registros más vastos, cuanto de otro modo torna incomprensible e incapturable.

En efecto, lo psicótico no se establece por la ruta de lo particular o del escueto signo,<sup>325</sup> sin dejar espacio a dudas o ambigüedades, algo más basal subtiende y colorea de un modo indiscutible la presencia suya. Si se diera ello, habría de ser porque lo normal -o el resto de reacciones posibles o pensables- se enlazan de manera contaminatoria a tales expresiones, tanto más primordiales. Lo singular estallando, lo estético desmesurado, están primero allí, y es a partir de esas claves que lo psicótico delata su presencia contundente (más acá aún -en el sentido máquico del término- la condición determinante de lo esclavo, la adscripción progresiva, irreversible, de lo humano a la Obra, el más inapelable sometimiento expreso en la más condensada de exclusión).

SEIS. Desde esta peculiar perspectiva, no siendo por ello menos lingüísticos, cabe entonces reconocer que el delirio se distingue primero, más que como directa posesión del sujeto, en referencia con verbos claves. El delirio *es, se tiene, se hace o se fabrica*. Y según consista en esto, en eso, o en aquello, el delirio comporta dimensiones diferenciales.

Así no se trate de apuntaladas ficciones -aunque se busque captar desde un específico accionar la verdad de una estructura- es claro que quien acumula guijarros, por ejemplo, en primer lugar subordina a ese hacer (así no lo sepa o no lo desee) preocupaciones que aluden al tener (y desde allí quizá tanto más al ser dado que lo máquico da la vuelta a las cosas en pos del tema de lo humano como obra).

Más allá de esa captación, en cuanto inapelable tal hacer está delatando -antes que nada- una forma de llenar el espacio de una reclusión, no propiamente decidida de modo libre e intencional.

Es cierta en cambio la versión inversa a los supuestos de Lacan, o sea que la psicosis crea lenguaje. El psicótico hace lenguaje, lo crea, cuando el lenguaje ya no alcanza a nombrar el despliegue desbordante de lo estético.

SIETE. Que el psicótico -como todo ser parlante- se escuche a sí mismo al tiempo que habla, es tan obvio que lo extraño resulta ser que ello pareciera haberse ignorado desde un comienzo. La verdad es que para que a nivel de lo normal se asuma esto -sin necesidad de adicionar allí ninguna extraña prevención- el recurso resulta casi siempre sorprendente y complejo (por ejemplo, sólo al dormir esa

---

<sup>324</sup> Y no es que por ello signifique menos, por el contrario resolver pérdida con indiferencia es algo problemático ya, tanto más si se trata de un recurso cuyo empleo resulta siendo cada más frecuente e indiscutido.

<sup>325</sup> Por ello resulta ingenua la pretensión de Lacan de hacer de la presencia del neologismo la clave más decisiva para el diagnóstico de las psicosis. Es además por ello que las psicosis debieran ser entendidas como el extremo de expresión de lo psicótico que dada la amplitud de su cobertura no arma de modo necesario estructura.

condición torna dominante, pero entonces la estructura se muta a tal punto que un reconocimiento de ese orden resulta ser aún menos factible).

O, sin ir tan lejos, ya el solo pensar es un poco eso (o al menos su inverso, pues es primero entonces el oírse que el hablar). Sin embargo, son muchas las líneas que se han producido para establecer diferencia entre hablar y pensar sin que por ello se pueda afirmar con toda certeza que las cosas a ese nivel hayan sido resueltas.

Lo extraño es que se puedan dar de modo tan simultáneo ambas cuestiones, como no sea debido a que se impone por sobre todo escuchar tanto al otro, que cada quién termina olvidando oírse.

OCHO. Para no terminar precipitándose a comprender, no debiera pues sorprender que el psicótico viva y capte su delirio como más real incluso que la realidad misma (o la realidad como la más pura ficción).

Primero habría de pensarse en por qué desestructura tanto ésto el pensamiento de todo observador (incluidos, en primer lugar, los terapeutas).

De manera corriente, la alucinación y el delirio son las realidades que se corren para que la realidad empírica se esfuerce por suplirles y cancelarles casi de modo definitivo, dejando apenas algunas hendiduras por las cuales de todas maneras esa verdad de base se cuele. Schreber, y con él el resto de los paranoicos -que sin saberlo, le siguen con lagunas más o menos insalvables- si algo ilustran es la desrealización de esa posibilidad. Otra cosa es cuanto ello desata afuera, y por supuesto en ellos mismos.

Psicóticos y normales obran siempre de modo inapelable, y el primer obrar es ese que llena de representaciones y de suplementos cuanto viene dándose como irremontable devenir.

Pero lo psicótico empieza a diluirse, a someterse, a subordinarse de manera absurda cuando sus modos (los psicóticos, las psicosis) parecieran ir en primer lugar.

NUEVE. El hecho de que exista un desequilibrio inocultable entre Lacan y su auditorio genera complicaciones cuando el discurso procedente de allí se vuelve sin más escritura. De hecho, el esfuerzo pedagógico hace que Lacan intente decir apenas lo indispensable y no piense siquiera en ir más allá. Pero ello no resulta para nada conveniente.

También pasa de largo Lacan por las complejas implicaciones de la formulación de Pascal, según la cual lo más demente de todo es carecer de locura alguna (al menos parece inevitable compartir un grado de locura, no necesariamente menor). Y lo más grave para la contundencia de esta lógica sería aislarse en una demencia incompañable.

¿Qué pasa entonces con la locura, si no es tan claro que resulte ajena al colectivo?

Si no se reconoce la locura -aún siendo obra- como algo que procede de lo humano siempre (aunque parezca calificar apenas a algunos indefensos, que -por evidente- la arrastran de la manera más sospechosa) ha de ser porque todo se reduce a clínicas entrampadas y a clasificatorias insostenibles.

DIEZ. Lacan retoma una fórmula que aperecerá en uno de los informes del Doctor Weber. No es literal la referencia, pues mientras Weber resalta la irrepitible singularidad que cada hoja de árbol porta siempre, Lacan -con el mismo recurso metafórico- acentúa cuanto de común subyace ya en la hoja, la estructura que porta el árbol.

En ambos casos, la referencia a lo colectivo como soporte de los modos de lo particular hace olvidar de las concesiones que se le impone con ello a la singularidad. Y, así la ilusión de inmediatez empírica confunda y confundiera siempre la tradicional mirada terapéutica, a su vez se evidencia

cómo ambos planteamientos están, cercanos y distantes al tiempo, del reconocimiento de lo psicopatológico (en tanto entendido como algo que debiera reconocerse a título de remontamiento de lo más personal).

Cuando Lacan recupera el momento donde, de manera excepcional, Freud reconoce la marca de semejanza entre la versión psicoanalítica en su conjunto y la interpretación schreberiana del delirio alucinatorio (antes de reconocer allí la expresión compartida de lo singular, nunca equivalente pero en lo excepcional de modo necesario coincidente) se trata apenas -piensa Lacan- de la semejanza formal de la teoría delirante de Schreber a propósito de los nervios con la versión económica de la tópica freudiana.

Lo cierto es que a eso hace referencia Lacan al comienzo de su conferencia sobre Freud cuando al tiempo reconoce como subordinado -y de manera inevitable caduco- cualquier aporte exterior posible -el suyo en primer lugar, por supuesto- al psicoanálisis de Freud, por sobre todo singular en su originaria explicitación primera.

Nada -sin embargo- excluiría que lo singular siguiera aportando allí, realizase decisivos cortes y recomposiciones cuando modalidades de mera aplicación parasitaria desacomodan y empobrecen la oferta de base (tal cual acontece al dios de Schreber con sus rayos y con los nervios de sus creaciones humanas).

ONCE. Si el psicoanálisis de Freud se nucleiza alrededor de las neurosis, Lacan -quien centraliza la resultante de conjunto alrededor del lenguaje- termina por pan-interpretarlo todo a partir de allí (la psicosis incluida en primer lugar).<sup>326</sup>

Ello tiene engorrosas implicaciones. De una parte, oferta una suerte de versión extra-psiquiátrica (o sea, que así se reste por fuera de ella, al tiempo se sigue estando allí). Sólo que lo reclusivo -caro a la psiquiatría- se refina y desplaza a terrenos más intangibles pero no menos eficaces. Se trata ahora de la trampa del lenguaje: “El lenguaje como tortura” -se dirá- sin asumir con ello el reconocimiento terrorista que así se explicita.

Desde entonces, el vacío irremontable que debiera ser lo real se trueca en una antesala para lo simbólico (más bien hiper-repleto de lo simbólico, y por ello mórbido y congelante en relación con el habitual devenir). El delirio alucinatorio se comprende a partir de allí, aunque sólo en tanto arrebatando a cuanto de nómada se repone en esas reemergencias que resultan siendo las psicosis<sup>327</sup>. Reparición abrupta -contaminada e inadmisibles al tiempo- que de modo innegable torna presente en la irrupción empírica del más arbitrario desborde escenificante, detención del devenir tanto como

---

<sup>326</sup> Se ha insistido en que no se busca generalizar en este escrito cuanto es en realidad válido a nivel del seminario de Lacan sobre psicosis. He aquí una excepción a esta constante. Conviene por ello relativizar las implicaciones de una formulación demasiado envolvente, como es esta que aquí se formula, y reconocer al menos que deja por fuera asuntos más que problemáticos. Por ejemplo, los enlaces que se imponen a partir de allí en referencia con la trilogía de lo simbólico, lo imaginario y lo real, para no hacer referencia a un asunto aún más engorroso: la forma como el Otro se incluye a su vez o deja pendientes síntesis imprecisas, nunca resueltas (al menos, mientras lo real no logre del todo quedar por fuera de lo simbólico, o ser en cambio su necesario efecto).

<sup>327</sup> Deberá reconocerse que lo real es uno como franja amplia linderal, colindante con lo imaginario y lo simbólico -más tarde o más temprano factible de cobertura simbolizante- y otro en el punto donde la simbolización resulta impedida de manera absoluta, donde se apuntala a lo imposible, a lo basal, a lo irrecuperable, o en definitiva, a lo inalcanzable. En ambos casos, se trata del lenguaje y de su versión. Si se le toma como evidencia centralizada y centralizadora, lo real es una cuestión muy diversa de eso que hace del lenguaje un modo de defensa ante el agujero negro del terror que en el fondo subtiende, rastro inadmisibles sobre la banda sonora que delira en negativo forcluyendo el ruido cósmico infernal. Para no verlo así, se decide en ese lugar al Otro -no menos delirante e hiper-defensivo- y se apuntala sin remedio visible y sin saberse, la doble forclusión.



reinserción irrestricta al arbitrario discurrir sin sumatoria de protección alguna, ambos extremos parecen decisivos cuando de las psicosis se trata.

DOCE. Decir por eso que la pregunta por quién habla, da la clave de cuanto deberá resolverse en referencia con el tema de la paranoia -y del conjunto de las psicosis, incluso- personaliza todo hasta los más divinos confines donde el lenguaje arma sutura y encierra toda opción de posible salida. Reclusión no precisamente manicomial, generadora imperceptible en cambio de este más empírico recurso.

Habría de decirse, que en el delirio de Schreber habla el dios, hablan los pájaros, habla el sol (algunos afirman que lo hacen también los árboles). Más allá de todo, hablan las voces entre susurros e implementaciones del lenguaje fundamental que usa el dios para comunicarse apenas -y eso que por error- con el bueno de Schreber.

O sea que si alguien se oye es el dios mismo, más loco que el propio Schreber (quien no por nada deriva su delirio de allí). Loco sobre todo porque el dios tiene un lenguaje que aspira a nada (sólo en última instancia, a la imposición circunstancial de un diálogo sin réplica posible).

La pregunta habría de ser entonces: ¿Por qué a partir de allí se impone hablar? ¿Por qué eso habla si en realidad así mismo eso se oye desde la más irremontable reclusión?

La única respuesta con algo de pertinencia reconocería que se trata de un personaje terrorista apuntalado por lo humano desde la más arbitraria formalización, a partir de lo estético más intransferible. Personaje entonces que desde el estallido de lo singular hace implosionar la insostenible dialéctica de lo humano como tal, conjuntando su inapelable e indetenible Obra y dándole la más plena prelación enajenante. O sea, que el personaje -visto así- ni siquiera deriva de la persona, de hecho cada vez más las personas se amarran a su égida y le obedecen con sumisión masiva.

Y ya que Lacan se sostiene hasta ahora con frases célebres como: “No hay peor locura que no tener ninguna”, o bien: “No es loco quien quiere sino quien puede”, podría señalarse también esa otra no menos pertinente según la cual “Estar loco es no poderse detener”.

Eso es cuanto lo humano expresa, tanto de modo particular como a nivel colectivo, siempre en específica referencia con la obra de conjunto de la cual el delirio es una modalidad más. Versión que se impone de manera radical e irremontable en tanto extrema e indetenible enajenación.

## **Entrada y salida en el asunto Schreber**

UNO. Resulta claro que en su texto a Lacan le interesa sobre todo cuanto el caso Schreber porta en referencia al lenguaje (a su vez, remarcará los puntos donde el historial de Freud -que lo comenta- apuntala en similar sentido).

El asunto de la lengua primordial del dios, el lugar desde donde hablan las voces del delirio -o sea, cuanto se recoge alrededor de las alucinaciones verbales- son todos ellos los temas centrales que resultan privilegiados en el documento lacaniano, y del historial de Freud, las variaciones del delirio en relación con especificidades, casi gramaticales, que lo deciden como erotómano, de persecución, celo-típico (a este último, Freud lo ilustra por dos vías: el delirio de celos del alcohólico, la paranoia de celos en las mujeres) y finalmente el delirio de grandeza. De manera más puntual aún, Lacan allí se concentra en los celos y la erotomanía que le resultan suficientes para apuntalar sus propios

despliegues. En cambio las cuestiones de lo transferencial y de lo homosexual<sup>328</sup> Lacan las pasa un poco de largo, sin duda conciente de que allí se concentra lo más espinoso del asunto.

DOS. El tema del lenguaje resulta ser la clave desde donde la trilogía de lo simbólico, lo imaginario y lo real consolidan su mayor fortaleza. Es a partir de allí que ensamblan con la oferta freudiana, supuestamente reactualizando conceptos, o más bien -a pesar de las pulcras presentaciones y prevenciones previas- sumando nuevos.

Incluso, no se puede negar que el caso mismo de Schreber refuerza la convicción según la cual el lenguaje resulta decisivo a tal punto que una lectura como aquella que a partir de esa perspectiva torna posible -al menos al modo como la realiza Lacan en su seminario- parece desde entonces inmejorable e irrefutable (sin embargo, si sólo parece pero no lo es, habrá de ser porque apenas si se reinstala en lo clínico, sin lograr ni cuestionarlo ni remontarlo).

A partir de allí se impone la paradoja según la cual entre más deslumbrante es la argumentación lacaniana resulta ser tanto más insuficiente.

La objeción no es al concreto abordaje lacaniano como tal, se trata en cambio de lo clínico que lo subsume, y si a pesar de la inagotable enseñanza de su aporte, la reflexión de Lacan resulta cuestionada habrá de ser en la medida en que se aferra al abordaje clínico.

Es por ello que -a nivel de su obra de conjunto- Lacan en más de una ocasión puede ir más allá de lo clínico escueto, lo cual sin embargo no obsta para que de nuevo se refugie con terquedad en lo clínico (sobre todo asido a ese puntal inabandonable cuando se trata de lo aplicativo).

TRES. Reconocido lo anterior conviene asumir tales asuntos desde la oferta clínico-estética.

El lindero que separa este registro de la tradición clínica no siempre es claro ni definido, puede de continuo oscilar y a veces se acerca tanto a otros registros que la misma distinción pareciera injustificable, sin embargo puede darse el caso -y ello con más frecuencia y significancia- de que se contrapongan de un modo tal, que el mismo registro de lo clínico pareciera demandar una decisiva reformulación.<sup>329</sup>

Deberá pues reconocerse que por el hecho de explicitar aquí un abordaje tal no se trata de refutar a Freud ni a Lacan. De un modo u otro, surge otra mirada que no implica literales superposiciones pero que no excluye por ello encuentros inevitables (lo estético impone y decide lo primero, lo clínico comporta lo segundo).

Al revés, dados previos despliegues pertinentes, es factible a nivel clínico que ellos -a partir del refuerzo trans-disciplinar, el cual comporta la necesaria inclusión de lo estético- se remocen,

---

<sup>328</sup> Sería menos complejo todo si Freud -y el propio Lacan- tuvieran en cuenta la distinción que incluyera Bataille (Cf. Bataille, G. "El erotismo". Tusquets, Ed.Barcelona, 1997.) entre homosexual y homoerótico, entre sexualidad y erotismo, no sólo reconociendo la especificidad del asunto a nivel de lo humano, sino asumiendo lo erótico como algo que no pasa de modo necesario por la física realización copulatoria, que no aspira a la reproducción como horizonte decisivo y definitorio, que incluso puede ser del registro de lo más espiritual y místico (caso de Santa Teresa).

<sup>329</sup> Se ha dicho que el psicótico al discurrir frente al terapeuta salta de un lugar a otro, habla desde puntos siempre diversos -como si el sujeto que encarna fuera de amplio espectro- de tal modo que apenas si se hace posible seguirle. Ello no se sabe bien si se debe al psicótico mismo o al querer incluirle en un recipiente en extremo estrecho, que no cuenta con el aporte decisivo de lo estético (los personajes, etc.). Pues bien: como fuese, esa clave es similar a la empleada por el individuo normal cuando se le impone argumentar en referencia con el terror que le subtiende a título de condición constitutiva de la resultante que encarna y al cual no consigue incluir de modo sostenido en el reconocimiento de su armazón psíquica.

refuercen y recompongan sobre todo en relación con aspectos que se han movido a partir de tales formulaciones, por ejemplo el asunto del inconsciente.

CUATRO. Ha sido señalado en este escrito que habría que incluir allí al menos, el reconocimiento de la primordial condición estética del inconsciente, y -para recuperarlo en su más plena pertinencia- de cuanto éste adeuda al terror.

Así como el inconsciente se obtura en el ejercicio sostenido de lo clínico-aplicado, se abren puertas imprevistas en niveles donde apenas se le apuntalara mínimamente, o donde ni siquiera se le hubiera previsto, dígase en referencia con los comportamientos de masa, las drogadicciones, el consumismo en general, las afluencias máquicas en las resultantes humanas, la progresiva toma de conciencia del habitar urbano, los desbordes de lo tecnológico y de lo terrorista, en fin, de todo cuanto se ha movilizado a partir de Freud en la remodelación de las geografías de lo humano, de lo social, de lo urbano, y por sobre todo, de lo psíquico.

CINCO. A su vez, temas como el Otro y el otro, la dialéctica del amo y del esclavo, la distinción entre el yo y el sujeto, el conocimiento paranoico a la luz del estadio del espejo, resultan puntos de llegada en la oferta lacaniana, y en más de un sentido, puntos de partida para el abordaje de la mirada clínico-estética (modos ya de la escenificación del paisaje interior y de la metamorfosis, sin olvidarse de las claves personales que recomponen el discurrir adicional de los personajes por las rutas de la banda sonora).

Y ha de ser por todo ello que no sólo se alude a las voces cuando del delirio se trata. Conviene recalcarlo porque en la lectura del texto de Lacan progresa esa construcción suya de apabullante contundencia, haciendo cada vez más arduo un recorrido -que sin limitarse a suscribir la validez de sus aportes- pretende al tiempo crecer del lado de opciones de desciframiento, regidas por las exigencias de lo clínico-estético.

SEIS. A la luz de la mirada clínico-estética el lenguaje se instala en el polo extremo de la banda sonora. En tanto tal -como modo de la envolvente banda y siendo además artefacto determinado a partir de lo máquico- el lenguaje aporta a la consolidación de lo psíquico en cuanto forma parte de la atmósfera de lo urbano que le sostiene, le consolida y le decide, es sonido urbano articulado, encarnado, ejercitado a partir de la inmensa, inagotable masa de los habitantes de la gran ciudad-Ciudad, modalidad escritural que sólo por derivación empírica parece darse desde la inmediatez de lo interpersonal y humano-presencial.

Hablar -si se quiere- es asumirse, reconocerse por sólo ello como modo de Ciudad.

La atmósfera urbana está repleta de mensajes humanos, tanto como de ruidos y sonidos desde los cuales se decide el intangible tejido sonoro. En tanto rumor acústico del universo, el despliegue de lo lingüístico-tecnológico -y el apuntalamiento de lo máquico en consecuencia- se suman a ello.

Todo esto en su conjunto defiende del continuo reconocimiento de la involucencia de la banda sonora, a título de insoportable estallido, oculto tras el silencio de base<sup>330</sup> que de modo enigmático le suple, rueda por sobre esa -colectiva, definitoria, insuperable- forclusión del terror.

Sin esta operación silenciadora, el lenguaje y todas las demás implicaciones acústicas resultarían inadmisibles e incapturables.

---

<sup>330</sup> Cf. Kirk, G. S. y Raven, J. E. "Los filósofos presocráticos". Gredos, Ed. Madrid, 1969. (Ps. 363-364).

SIETE. El lenguaje -antes de mera inclusión de neologismos, de “palabras llenas” y “palabras vacías”- es pues protección frente al terror. La psicosis es el despertar de ese terror, la máxima indefensión y proximidad frente al terror, y cuanto afecte esto al lenguaje es efecto ya, no explicación (así la finura descriptiva de Clérambault subyuge tanto las exploraciones de Lacan en este estudio suyo sobre Schreber).

¿Qué significa ello?

Porque el lenguaje ha sido a posteriori internalizado por cada quien es que se hace alucinación y cuando se apuntala desde el reconocimiento del vínculo con las voces del dios es el delirio el que emplea a Schreber como materia prima de su armado, y no al revés.

Como modalidad de tal sonoridad donde la conciencia se articula, se quiere decir, el lenguaje está afuera y es por su incorporación -más o menos adecuada, más o menos insuficiente, o bien, lesionada de manera inevitable- que se dan modalidades reconocidas desde lo clínico como estructuras psíquicas (las psicosis incluidas).<sup>331</sup>

En tanto tal, ese vínculo en Schreber se da con la palabra alucinada del dios y si ella resulta ser alucinada es en cuanto -más allá de toda objetiva constatación- hay una fe irreductible también, que Schreber no quiere nunca abandonar.

Si se permitiera la licencia cabría decirse que hasta el dios está defendiéndose del terror, y auto-inmolándose, Schreber le ayuda en ello.

OCHO. Allí -en esa vinculación alucinada que sostiene la especificidad del armado delirante- es el terror causa y efecto al tiempo. Eso de una parte, y de otra, son claves estéticas las que fundan la “arquitectónica” del habitar o del despliegue del viaje por la interioridad (reconocida ésta como escenificación de una paisajística que incluye lo cósmico y lo mítico en tanto intransferibles).

La condición escenificadora se impone antes de todo reconocimiento de lo mórbido y de sus estructuras, también la condición metamórfica y las pluralidades de los personajes que deciden a las personas, más allá de los empeños de lo social por darles a estas últimas externa unidad e irremontable responsabilidad.

A partir de entonces, el personaje terrorista -que coexiste con el personaje normal en las denominadas paranoias- determina con toda claridad las especificidades de esos armados. Doble vinculación con el lenguaje, el modelo fundado a partir de allí permite refinamientos derivados hasta el punto en el cual el Schreber que delira, no sólo coexista con el Schreber-abogado -detenido en su ejercicio laboral- sino con el Schreber que escribe a propósito de todo ello.

Y la verdad es que siendo esto inocultable, Lacan ignora -tanto como Freud- el peso decisivo de lo escritural, no que no nombren ellos la escritura ni que no la reconozcan en su más inmediata literalidad, es que -como acontece con la reclusión- ni la teorizan ni la incorporan como clave decisiva en el reconocimiento del caso, y por ende, en las modalidades de su interpretación.

NUEVE. Si hay Otro y otro, y por ese intersticio se cuele el delirio,<sup>332</sup> es claro que éste no consolida por ello el mero apuntalamiento del sujeto (que en tanto tal le armaría y decidiría a partir de allí).

---

<sup>331</sup> Nos tragamos -literalmente hablando- el lenguaje, al punto de que nos invade de modo pleno y nos decide, es cierto. Es por ello que esa condición máfica se puede reponer, y cuando a alguno de modo excepcional se le sale el lenguaje -no sólo las palabras- y este último se retrata afuera como en un espejo inadmisiblemente e intangible, el modelo no puede ser menos que siniestro, patético y alucinatorio.

<sup>332</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (P. 63).

Esa región sin nombre, ese hueco inllenable que el delirio repleta, si bien es inconsciente va más lejos de la mera espacialidad de lo íntimo y gusta de exhibirse al desnudo sobre la periferia y a plena luz del día.<sup>333</sup>

De su parte, el texto de Lacan concede -que cuando para su versión se trata del delirio- éste termina por extenderse tanto, que basta sólo con el hecho de que se renueve el lenguaje para que se le deba reconocer como su efectiva puesta en acto.<sup>334</sup> Es claro desde entonces, que poco habrá de incidir y de decidir el delirio en referencia con la especificidad de las estructuras puntuales (las modalidades paranoicas por ejemplo).

“El delirio es del Otro” -se dirá, viniendo en apoyo del texto de Lacan-, “se trata de domesticarlo en la periferia de las humanas resultantes, asunto que por lo demás se puede lograr de un modo apenas parcial, siempre insuficiente”.

Lo cierto es, que asumido esto (cuando además Schreber se decide a escribirlo<sup>335</sup> escandalizando con ello al conjunto de sus testigos de uno u otro orden) se sabe -de un modo tanto más tajante- que la armazón delirante no era recogida hacedura de sustancia íntima e intransferible, que no se trata tampoco de algo meramente teórico, o que -modificando los decorados con sólo pasar del lado de lo clínico-aplicado y de todas sus tradicionales convenciones- se re-es escenifica sin mayores alteraciones, menos aún consistirá el delirio en la reposición de personajes habituales -donde si tú agencias de terapeuta, no resta más que otro te complemente a partir de la asunción del sumiso lugar del paciente- para que sólo entonces, como efecto de ello, como única vía para acceder a su real sentido, el delirio hable.

Dada escritura, desde allí todo esto pasa a ser cuestionado de manera radical. Consúltese -si no parece ello de manera suficiente visible- las “Memorias” de Schreber (sin olvidarse de leer, por supuesto, los apéndices y diversos informes que suceden al aporte autobiográfico básico).

A partir de ese hueco que lo genera y dadas inconsistencias que a su modo lo reponen desde la humana colectividad, asumidos o no el Otro con el otro, el delirio resuena como estallido de lo singular que reilumina lo masivo y desvirtúa todos los esfuerzos de exclusión impuestos a las modalidades de lo humano, desde el despliegue de lo social.

¿Acaso el Otro, el otro, los otros, discurrirían igual si el escenario de lo urbano no impusiera -entre otras muchas decisivas cuestiones- lo psíquico como máquica armazón? ¿No es eso cuanto, con sus propias maneras, Lacan descubre al señalar que sin el Otro el psicótico sería apenas una-máquina-con-palabras (llevando con ello más allá, la idea de Freud de pensar lo psíquico como aparato)?<sup>336</sup>

---

<sup>333</sup> O sea que el delirio estalla lo inconsciente y lo delata como efecto estético de cuya desmesura son ambos efectos, modalidades ya. La desmesura -se quiere decir- también hace que lo estético ingrese y se exprese en el delirio como consecuencia, desde que se incluye el terror que es fuerza pura, no mera formalización.

<sup>334</sup> Ibid. (P. 59).

<sup>335</sup> El delirio de Schreber, una vez se escribe, si bien no deja de serlo, lo cierto es que no es mero texto delirante sin más. Delirio puesto allí como mera letra, más que delirio entonces -y no sólo en tanto escueta escritura- en realidad, oferta que estalla los polos contrapuestos de lo enajenado y de la libertad, enigma que hace de lo humano la más extraña clave de perpetuado remontamiento, escritura que obliga a leer, por encima de toda reducción al personal sujeto escritor.

<sup>336</sup> Subsumir sin más lo tecnológico-terrorista en el mismo concepto (el Otro) invierte de modo inevitable los ordenamientos que son indispensables para entender cuanto de novedoso la Obra impone, una vez -progresiva, sintomática, irreversiblemente- lo humano naufraga en ella.

El Otro es sólo factible de omnipotente involucencia porque está visto siempre desde la perspectiva de la evidencia del sujeto. Basta con salir de allí para que de manera inocultable esa redondez envolvente se diluya, relativice y/o minimice. Al menos entonces, el Otro deja de ser indiscutido punto de emergencia y se localiza en la asunción de su derivada condición modal.

## Represión y realidad

UNO. Es bueno leer a Lacan pero pesa demasiado su nombre, la lectura que se impone por ello ha de estar por encima de ese sobrepeso, para eso se ha de crear una distancia, un agujero de lectura que permita decantar sus razones, entonces sí asumir la escritura.

¿Qué ha pasado entre tanto -en nuestro concreto caso- a nivel de esa vacuola donde la lectura ha dado tiempo a la emergencia escritural?

El escrito de Lacan no es por supuesto la primera vez que quien escribe estas líneas aborda antes de adelantar esta reflexión (sólo que en primera instancia esta personal escritura se limitó a su vez a aisladas anotaciones al margen). O sea que existiría una doble hiancia: la primera dimensión tendría un recorrido de varios años y sumaría algunas sorpresas inevitables, sobre todo de olvido. Algo se ha amasado en el fondo, que permite que la segunda toma de distancia resulte del modo como lo hace, y desde entonces así aparece.

En realidad no se agotan allí las claves de distanciamiento pues si se cuenta con las lecturas de Freud es asunto de nunca acabar.

Pero ¿qué sentido tiene este mascullar que a nadie en realidad importa?

No se trata por supuesto de nada personal. Consiste todo sí, en las implicaciones que se arman cuando lecturas plurales sostiene la constancia de conceptos rectores.

En este orden de cosas, cabe ahora decirse aquí que sorprende la formulación de Lacan que lleva de la represión a la realidad y de allí a la proyección.

Es extraño, pues en cambio de formular de modo directo la presencia de una clave de defensa que introduce un manejo cualitativo diverso en el abordaje de la realidad -y que habrá de distinguir por ello de manera tajante entre neurosis y psicosis- Lacan inicia un reconocimiento donde se establece una diferencia (supuestamente extraída de la obra de Freud) donde la resultante neurótica aludiría a la realidad, sólo que en tanto psíquica, mientras que las psicosis harían referencia expresa a radicales impedimentos en relación con el mundo externo.

DOS. La posición de Freud no es excluyente allí, pues si bien incluye con toda contundencia la realidad psíquica como formando parte de la realidad en cuanto tal, al menos en el escrito sobre Schreber nunca establece reconocimiento de circunstancias de excepción (en tanto impondrían un remontamiento del recurso de la represión para dar cuenta de las especificidades que ofrece la armazón psicótica).

El paso por lo perverso y sus modalidades defensivas más radicales hará posible un recurso semejante, tanto más primordial en la asunción de una clave defensiva que dé cuenta de ello, y es entonces donde el aporte lacaniano resulta innegable (o sea, en la oferta de la forclusión como mecanismo rector de las psicosis).

A partir de ahí se impondría la urgencia de una alteración decisiva del armado freudiano en aspectos claves, en atención a que la forclusión no podría superponerse sin más, y sin duda asumiéndose como tanto más inaugural en el recorrido de conjunto que presupone a la represión como dada en primer lugar.

TRES. La forclusión es un salirse de aquello que se consolida y unifica en referencia con los armados decididos a partir de la represión (o sea de la normalidad e incluso de las resultantes neuróticas).

Asumir que la totalidad del modelo pasa primero por la forclusión permite solucionar muchos asuntos a la vez (por ejemplo, ésto según lo cual se comparte lo delirante con los armados más radicales de las psicosis). Nadie podría negar que esta concepción preexista en Freud. Cuanto restaría por reconocer es hasta dónde se trata apenas de reconocimientos parciales que por ende no incluyen todas sus consecuencias a nivel de las formulaciones de conjunto y una vez asumido este faltante preguntarle al escrito de Lacan, si dado que su aporte alude de manera inevitable a esos reordenamientos, no acontece algo semejante con su texto.

CUATRO. Lo que resulta cierto es, que de modo expreso -quizá por resultar en extremo evidente y reiterativo- Lacan no repite que en las neurosis se trate del fracaso de la represión, y que en la normalidad se imponga por ende el reconocimiento del triunfo de ésta, mientras que en las psicosis las cosas se conjugan con otras declinaciones, apuntaladas por la presencia de un mecanismo imprevisto por Freud, y si no imprevisto de modo redondo al menos no del todo bien localizado y nombrado: la forclusión. Por lo demás, reconociendo para ello, la presencia de un puente inevitable (la renegación perversa) ya ubicada con toda claridad por Freud (luego del desacomodo que entre otras cosas denunciara la escritura de su historial a propósito de Schreber).

Qué duda cabe que los escritos de Freud citados por Lacan intentan redimir a su obra de conjunto de las complicaciones que impone el tema de la psicosis, en cuanto abordado a posteriori. Pero ello no alcanza a darse, como lo demuestra el esfuerzo de Lacan por poner las cosas en su justo lugar.

CINCO. El asunto se agrava si se piensa en la alucinación, que como es sabido puede ser compartida en neurosis y psicosis, así parezca siempre extraña en el primer caso y definitiva en cambio en el segundo donde aparece confirmando sin discusión su presencia.<sup>337</sup>

El empirismo que subtiende y torna prioritario en el apuntalamiento del mundo externo no es algo que Lacan cuestione allí (es más, en alguna ocasión le hace confundir lo real con la realidad, lo cual es bastante fuerte si se reconoce que en la envolvencia de la obra lacaniana se asume que la realidad es cuanto de lo real ha sido domesticado por lo simbólico).<sup>338</sup>

Sin pretender armar una definitiva demolición por ello, resulta suficiente con lo dicho para reconocer que Lacan no entra a repensar la alucinación en su versión más tradicional (y no por ello menos equivocada).

La verdad es que la alucinación no es como de modo habitual se le piensa, o sea, la inadmisibile aparición de lo inexistente desde un afuera que es normalmente copado por opciones del mundo

---

<sup>337</sup> De otra parte, como no siempre hay alucinación para que se dé psicosis -pero ella no falta por necesidad ni siquiera en las modalidades normales, así fuere por la ruta de lo onírico- es claro que el juego de los síntomas no se superpone de manera mecánica sobre la demarcación tajante de las estructuras.

<sup>338</sup> Esta reflexión no sólo alude de modo principal a una obra concreta de Lacan. Sabido es que en el conjunto de la producción de este autor, ciertos asuntos se pulen y adecúan -por supuesto incluido éste que aquí se menciona (lo real, la realidad)- aunque esto último es apenas algo que se consolida de un modo a su vez tardío, en enlace seguro con la demorada asunción del concepto de goce (que Lacan, como es ya habitual en él, escribe con mayúscula para diferencarlo de otras modalidades suyas). De hecho, el paso a ampliaciones transdisciplinarias ha de ser posible una vez se libera el modelo de las restrictivas anteojeras clínico-disciplinarias (claro, más factible ha de resultar siendo ello a nivel de lo teórico que de lo aplicativo).

externo: presencia abrupta de un contenido instalado allí sin más, arbitrario e inaudito, y que hace caso omiso de la más cruda realidad.

Vista de un modo menos prevenido (de manera inversa, en cambio) la alucinación es nada más y nada menos que lo psíquico recuperado en su lugar constituyente y prioritario, a partir de donde se arma y se unifica el mundo externo. La alucinación es la constatación del mundo, más allá de toda convención y de todo empirismo, como si estuviese siendo representado desde una clave estética inapelable, pura, al punto de que si lo real cabe a partir de allí, ha de ser en ese punto donde la presentación se subordina a la representación (la cual daría cuenta -ella sí- de lo simbólico, incluyente por ello de variantes de lo imaginario, que es cuando Lacan se decide a reconocerlo como de modo obligado escrito con mayúscula).

El lenguaje entonces sería del registro de lo simbólico -entonces sí graficado con minúscula- en tanto se distingue de ese modo de lo simbólico más envolvente.<sup>339</sup>

SEIS. De manera rápida, Lacan da por sentado que si su paciente -quien “viene del fiambrero”- está alucinando la réplica de su semejante hostil, desconociendo la posibilidad de que más bien ello pareciera de ese modo porque así lo impone el que la paciente -por sólo ello- consulte (dejando abierta la opción apabullante de su reclusión psiquiátrica) ese escueto acontecimiento impone que en tanto tal, el lenguaje alucine.<sup>340</sup>

Lacan en efecto se niega a reconocer al menos la posibilidad de que la fórmula “marrana” haya sido de hecho explicitada por otro-externo-de-la-paciente, así también con ello se pudiesen generar efectos psíquicos inocultables.

La verdad es que -como ya se señalara en nota previa- en ello Lacan es reincidente, pues ya había acontecido otro tanto por lo menos con otra paciente, a todas luces normal sólo hasta que Lacan logra extraerle con gran esfuerzo el supuesto neologismo indispensable.<sup>341</sup> Al parecer, apenas con eso se demuestra que se está ante alguien que en efecto delira. La verdad es -se insiste- que estando la paciente recluida la certeza de lo anormal quisiera parecer incontestable. Y hasta deberá serlo, sólo que para quien lee -y no solo para quien escucha- todo adquiere un sentido extra, para nada

---

<sup>339</sup> ¿No es lo simbólico predominante en la resultante final? Sólo -y no del todo de modo redondo- para la resultante normal. La condición deliro-alucinatoria admite y comporta la posibilidad de otras emergencias a las cuales apenas se hace factible reducirlas al imperio de las primeras, sobre la base de radicalismos y exclusiones de poder inocultable (así, a pesar de lo cual, se les deba y se les pueda nombrar).

Lo cierto es que todo -a su modo- habla desde que se le lee, y a partir de allí, lo simbólico pierde ese lugar de evidencia indiscutida y fundante que se le asigna cuando no se reconoce la dominante involucencia de lo escritural.

<sup>340</sup> En efecto, en varias ocasiones en el texto de Lacan se evidencia la urgencia de hacer saltar el neologismo para confirmar sin más el diagnóstico de psicosis (derivando a partir de entonces la certeza de validez que ello comporta en referencia con el empleo del recurso reclusivo-manicomial).

<sup>341</sup> Y no que esté bien o mal el diagnóstico, e incluso el procedimiento recluyente-manicomial, ni siquiera que se trate de licencias posibles y justificables por tratarse de un mero empeño pedagógico.

Es que no basta el neologismo para que se dé la estructura (así a la inversa pueda valer en tanto la última incluya dentro de sus opciones la posible presencia de la primera). Lacan da la vuelta a las cosas de modo inexplicable abriendo incluso la necesidad de preguntas infundadas e innecesarias (nadie niega que su obra -para no ir muy lejos- está llena de neologismos y de arriesgadas argumentaciones que no hacen a nadie creer por ello en una sospechosa inestabilidad psíquica).

Se podría decir que es esta la demostración más rampante de que Lacan tenía bien claro que la psicosis es la condición de verdad más decisiva cuando de las resultantes humanas se trata. Tanto peor aún su inscripción en el modelo de la normalidad, en la clínica tradicional, sobre todo en en la psiquiatría, sin que se le imponga adelantar a cada paso aclaraciones decisivas.



conveniente. Y es casi seguro que el propio Lacan no lo hubiera suscrito tal cual si hubiese corregido con mayor rigor su documento.

Como fuere, el resultado está allí. Es por ello que basta -según parece- con oír la palabra “galopinar” para que Lacan pueda satisfacer su empeño de resultar siendo demostrativo a nivel pedagógico frente a su ávido y reducido público.

SIETE. Pero ¿acaso se restringe a eso lo psicótico? ¿Son meros malabares de lenguaje las claves decisivas de lo delirante más específico?

Lo cierto es que -entre otros asuntos- en este punto Lacan pareciera haber recompuesto su formulación de conceptos como el Otro<sup>342</sup> y/o el otro, que se superponen o no sobre marionetas o seres humanos verdaderos, pendientes todos eso sí de un sujeto -desconocido, tanto como irrefutable-, punto de emergencia de todo lenguaje, responsable por ende hasta de lo real que así se colma.

Claro, ello sería no sólo contundente y redondo -si no insuficiente y equivocado de manera plena- si Lacan no sumara una condición más que complica las cosas de manera decisiva: en la psicosis el Otro no está -apunta tajante. Y sin embargo, cabría reconocer al tiempo -si se sigue con cuidado la argumentación lacaniana- que sólo existe ese Otro como condición última de la específica resultante psicótica (al menos, para Schreber lo es desde que Otro y amo coinciden en demasía, al punto de hacer del dios apenas un personaje suyo).

Confunde todo el hecho de que sujeto y Otro coexisten, más allá de ello, en líneas que pueden ser conceptualmente diversas. En efecto, el sujeto y el Otro -incluyendo al yo- van por una ruta más cercana a los abordajes freudianos -si es que se les mira en referencia con los enlaces entre lo simbólico, lo imaginario y lo real- comportan despliegues donde, sin ser este último (lo real) del todo ajeno en Freud,<sup>343</sup> se impone someterlo a las formulaciones que Lacan intenta para reactualizarlo.

Ya la oposición yo-sujeto modifica de manera significativa los asuntos abordados por Freud, desde que se los decide a partir de la contraposición entre lo simbólico y lo imaginario.

Más allá, frente a lo escuetamente simbólico Freud parecería quedarse más corto aún dada la posterior inclusión de los despliegues de la lingüística saussuriana.

¿Qué decir de los enlaces de lo simbólico con lo imaginario si se les apuntala con la realidad y a lo real? Peor aún: ¿qué implicaciones tiene en la oferta freudiana un concepto como lo real, que no siendo entonces ajeno a Freud, adquiere desde Lacan inesperadas dimensiones? Dado que a lo real se le reconoce enlazado con esos dos registros previos (lo simbólico y lo imaginario) que le reincluyen de un modo diferencial e indispensable ¿qué de nuevo comporta al lado de la escueta definición freudiana, que haga visible asuntos que para Freud resultaban inexpugnables (la psicosis por ejemplo)?

De hecho ¿sucede así?

---

<sup>342</sup> “¿Por qué (escrito) con una O mayúscula? Por una razón sin duda delirante, como ocurre siempre que nos vemos obligados a introducir signos suplementarios a lo que el lenguaje brinda” (Cf. Lacan, citado por Žižek, S. “Cómo leer a Lacan”. Paidós, Ed. Buenos Aires, 2008).

<sup>343</sup> Freud, como se sabe, definía lo real como lo desconocido (Cf. Freud, S. “Esquema del Psicoanálisis”. Año 1937. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 2001).

OCHO. Es bien sabido que la versión sobre las psicosis no se reduce a las concretas ofertas que en su escrito Lacan adelanta. Cada diez años, se supone -y lo resalta así uno de sus discípulos-<sup>344</sup> Lacan hará aportes al tema.

Pero tampoco Lacan modificará por ello lo ya adelantado. Y esta tesis según la cual en las psicosis el Otro está excluido no es una mera arbitrariedad que pueda o no desaparecer sin más, sin duda se trata del recurso argumental que emplea Lacan para dar cuenta -nada menos- que de la razón de ser de las alucinaciones. “Ya que hay alucinación es la realidad la que habla” dirá Lacan con toda contundencia<sup>345</sup> y suma aún: “la realidad está constituida por sensaciones y percepciones”. Por eso, la paciente suya por ejemplo, no reconoce posibilidades, no dice: “tuve la impresión de”, se trata de certezas, certezas del lenguaje, antes que suplementos de realidad.

NUEVE. Debe decirse, que cuando el Otro falta allí se trata del lugar desde donde se apuntala lo simbólico, y por ser de manera tan paradigmática simbólico ya, se trata del símbolo máximo, del símbolo primero, que hace y consolida lo simbólico, matriz-símbolo que habla símbolos sin detención y -hasta por pura paradoja pleonásmica- núcleo-símbolo que simboliza de modo inapelable pues lo simbólico ha de ser siempre lo real en la medida en que lo real arma suplemento, nunca a la inversa (tal cual se acostumbra, sin embargo, verse).

Ese Otro no es -por ello sólo- doble, efecto inagotable de desdoblamiento, es además plural y en sus acepciones posibles puede llegar a ser mediado por otro u otros, puede ser un eso o un sujeto desconocidos, “un lugar de emergencia del lenguaje” y al tiempo, “eso que está estructurado como un lenguaje” pues su discurso es lo inconsciente y el inconsciente -para Lacan- es puro discurso, sumatoria de discursos, inagotable, indetenible baba que lo cubre todo, que lo invade todo.

Lo interesante es que pudiendo ser dios, siéndole posible coincidir con dios -al menos para la creencia religiosa más general- en Schreber, el dios y su versión de Otro no pueden nunca suplirse. Podría decirse que en cambio el dios resulta tan distante de allí, que es tan esclavo del Otro como de hecho lo resulta siendo el propio Schreber. Pero ese dios -que bien visto y por todo ello, es mero personaje- para la versión que tiene Lacan es más bien un otro más (¿un Otro del Otro?).

Para Lacan pues -aunque Lacan no lo explicita- normalmente dios es suplementario, mera derivación del Otro envolvente y de base. Sólo así importa el dios, pues en tanto tal es mera oferta de lenguaje (hasta puede hacer distancia suficiente en lo normal como para que lenguaje y Otro se distingan de manera tajante). Pues bien, en la psicosis no ha de acontecer así, la realidad entonces habla toda y además habla por otro, por otros, pues es lenguaje -primero que realidad, si se prefiere decirlo así- hace de cada cosa otro-que-habla. Cuando habla el sol, o cuando lo hacen los árboles, o las voces del dios, para lo normal se trata -sin más- de lo alucinatorio, para Schreber en cambio alucinar es lo más normal.

DIEZ. El Otro que propone Lacan es otra cosa de cuanto la creencia religiosa repleta con lo divino y si no se trata entonces de delirio habría de ser sólo porque la divinidad -aún así- no habla en forma directa a los creyentes (y cuando de manera excepcional habla a otro en particular ningún creyente adivina allí alucinación, en cambio cree en ello como si de hecho le hubiese sucedido a él).

Y, aunque nada excluya que pueda darse entonces delirio místico -incluso soportado por el refuerzo del conglomerado- si ello no trasciende del lado de la extensión de la creencia, el delirio es de

---

<sup>344</sup> Cf. Laurent. E. “Estabilizaciones en psicosis”. Ed. Manantial, Buenos Aires.

<sup>345</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (P. 78).

manera inevitable demencial. Nada asegura que el delirio, aún trascendiendo, no sea menos demente (pero, sin duda, recibirá un trato diferente, por lo demás no por necesidad más comprensivo).

¿Hasta qué punto entonces es todo -en primera y última instancia- lenguaje si el Otro es reclusivo-envolvente, apenas como efecto inconsciente (o en cambio pensable sólo porque se da inconsciente como necesaria fuente y soporte)?

En perspectiva clínico-estética, el Otro es un supuesto al cual sólo lo sostiene el juego mismo de las resultantes, calza a la perfección en cuanto de enigmático las soporta, y -sobre todo- si se da lenguaje. Al tiempo, no se sabe en realidad de donde procede el lenguaje. Dado que el lenguaje es en simultaneidad conciente e incapturable, fuente de inexplicable coherencia y de arbitrario desborde, el pensarlo desde un lugar -nombrado tanto como ignorado- apuntala la opción del abordaje triádico lacaniano, donde lo simbólico, lo imaginario y lo real arman sutura.

¿Cómo puede entonces hablar la realidad y al tiempo negarse que el Otro lacaniano falta allí?

Lo cierto es que en Schreber no sólo se trata de voces y de vacuos susurros. Sin duda, la ruta del lenguaje delirado se marca en él de manera especial así y nadie puede negarle importancia a ese registro. A su vez, habrá de reconocerse que hay mucho más allá sosteniendo el delirio. Y si ello no se resuelve por idéntica ruta interpretativa tendrá con seguridad Lacan otros recursos para responder a ese respecto<sup>346</sup>.

ONCE. ¿Qué es pues entonces cuanto Lacan busca resolver desde esa formula extrema que niega al Otro al interior del drama schreberiano?

El Otro da paso al reconocimiento de cada quien, asumido en términos de modo de lo humano, cobijado y sobredeterminado a partir de allí. En ese punto, el Otro es el discurso envolvente de lo humano que recoge la totalidad de los aportes modales que a través de la historia arman tal amasijo y lo convierten en un discurso inapelable, suerte de delirio colectivo que consigue por ello empoderarse como supuesto e indiscutible reino de la razón.

Schreber se instala en el lugar de lo humano sin contar con esa mediación, indispensable de hecho para la expectativa de lo normal. Schreber arma su propio recorrido reinventando el pasado y decidiéndose a llenar -sólo él- toda posible opción de futuro. Es allí donde el delirio coincide con esa expectativa extrema. Hombre y Obra se conjuntan, borrando al resto o sometiéndolo al menos al imperio de sus designios. No sobra un dios entonces para ello, sólo que ese dios no tiene quien lo reconozca por fuera de esas claves de singularidad desbordada. Por eso mismo, el dios no logra humana trascendencia ni consolida generalización posible.

Estallido de lo singular, difícilmente se hace factible reducir el delirio -que suplanta entonces el discurso del Otro- a la lógica de la involucencia normalizante, salvo por la ruta devaluativa que lo encierra y que busca exorcizarlo, sin contar para nada con las demandas de su peculiar e irreductible lógica.

## **El dios, el Otro y lo otro**

---

<sup>346</sup> Este escrito sigue en lectura lineal el despliegue del abordaje clínico-lacaniano del caso Schreber, nada excluye por ende que más adelante surjan reasunciones, de acuerdo con los desarrollos de ese texto.

UNO. Dado como sabido que el seminario de Lacan no es a la manera de un “Escrito” suyo, que se trata de una transcripción en principio literal de sus habituales conferencias y en las cuales no se adecúan los asuntos al universo más vasto de sus receptores, ello complica las cosas al lector pues muchos asuntos resultan incapturables (por suerte, parece acontecer ésto más con cuestiones puntuales que con el cuerpo mismo de la argumentación principal).

Ojalá alguien pudiera explicar cómo fue que el escritorio de Lacan comenzó a hablar y cuál era la razón que impedía detenerlo en ello, por ejemplo. Hasta que esto se sepa, es claro que fuere cuanto fuese se ha puesto mucho de ironía allí (tal cual lo sugieren varias alusiones agresivas que preceden a este específico señalamiento).<sup>347</sup>

Antes de todo ello, este apartado -al cual se hará alusión aquí- ofrece desarrollos de interés en varias direcciones. Se trata de la quinta conferencia que se apela “De un Dios que engaña y de uno que no engaña” y que inaugura un nuevo tema, el cual a su vez lleva por título “Temática y estructura del fenómeno psicótico”.

DOS. El Otro admite aún sentidos adicionales a los previstos con anterioridad, por ejemplo Lacan muestra ahora otro más -de amplio espectro- que está en relación envolvente con el despliegue del saber. En su dimensión más amplia -corrientemente recogida como discurso de la ciencia- allí el Otro, antes de ofrecerse como fuente perpetua de engaño, siguiendo de hecho la opción cartesiana (“Pienso luego existo”, duda metódica que a su modo inaugura la modernidad) aparece más bien como la certeza de verdad que en algún lugar deberá reconocerse (pues a la manera de ver de Lacan resulta ser ello indispensable e inevitable).

Como fuere, ese Otro-de-verdad es el que faltaría en el discurso del psicótico una vez este último opta por una ruta particular e intransferible. Por decirlo así -y como fuera apuntalado aquí- el discurso psicótico arma su propia verdad por fuera del discurso común (apelado de ese modo en tanto compartido por el colectivo).

Si se admitiera este tipo de superposición -aunque siendo siempre insuficiente, más tarde o más temprano insostenible por necesidad- cabría reconocer que para la previa versión clínico-estética se trataría allí, más bien que del saber, del estallido de lo singular (en tanto en franca contraposición con los modos de lo urbano), lo cual no es menor ni mero suplemento retórico sobre el volumen -ese sí decisivo- del aporte lacaniano. Que la psicosis no se inmute cuando la oferta teórica clásica cede al imperio de las vías de acto (terrorismo en todas sus modalidades contemporáneas) delata que la cuestión del Otro en su enlace con lo real retrata ya cuánto de sintomático se expresa en ese Otro de lenguaje que desconoce -aún a ese nivel más primordial desde donde se nombra- cuánto de fuerza inapelable le antecede y le decide.

Como fuere, resulta claro que si bien no se aspira a una contundente suplantación, nada impone tampoco que por eclécticas vías ambas perspectivas (clínica tradicional y oferta clínico-estética) resulten complementarias o válidas por separado (lo cierto ha de ser que la trilogía de lo humano, lo social y lo urbano incluye un abordaje imprevisto y de novedad indiscutible).

---

<sup>347</sup> Sólo retomando el escrito de Lacan “La cosa freudiana” se sabe a qué alude entonces Lacan. Lo cierto es que el pupitre es ya palabra, y como tal, significante (más aún, si hace parte de un escrito y habla desde entonces a partir de allí). Las licencias que se permite Lacan al respecto debieran por ende ser reducidas por él mismo a través de esas específicas disertaciones. Sin embargo no es esa la regla que respeta su documento.

El asunto se agrava si se recuerda que para Lacan el dios de Abraham es el dios que habla y aún su posible retirada resulta suplida por el Otro (Cf. Lacan, J. “De un Otro al otro” Paidós, Ed. Buenos Aires. (P. 310 y sigs. En especial, P. 312).

TRES. Cabría pensarse incluso si el dios de Schreber no es quien sintomatiza de un modo tanto más dramático, desde su peculiar condición precaria, esta aspiración de reconocer sin lograrlo nunca la presencia indiscutible de un Otro. Al menos, no coincide ese Otro que le subtiende y sobredetermina con el envolvente Otro que comparte del resto de los humanos (el texto de Lacan dirá que es por ello que Schreber sólo trata con cadáveres, y que sus captaciones no son del registro de lo interior, siempre están afuera).<sup>348</sup>

La pluralidad de sentidos -por lo demás nunca discriminada de modo suficiente- torna ardua la tarea de interpretación del discurrir del texto de Lacan, en varios momentos de ese documento el dios (escrito con mayúscula por el colectivo) y el Otro, pueden ser incluso sinónimos. Es más, les cabe agenciar a ambos de dos modos -según engañen o soporten las claves de verdad de lo existente- al punto de que la resultante más desequilibrada resulta siendo así por ello. Que el mundo se transforme en fantasmagoría (y al tiempo sea en tanto vivencia portador de una certeza irremontable) es sólo posible en cuanto el engaño llega al máximo de su expresión y puesto que el mundo se soportaría en ese ser primero que compite entre el dios y el Otro. Ha de ser allí donde lo real se sostenga y garantice sin que tal enfrentamiento se resuelva nunca.<sup>349</sup>

Es extraño en cambio que no vengan otras ofertas a sumarse en el punto donde lo enigmático incluso, pareciera dejarse llenar más bien para convencerse de lo iluso de recursos tales.<sup>350</sup>

A menudo resulta de difícil precisión localizar hasta qué punto Lacan distingue o no entre la realidad y lo real (al menos en este escrito suyo). En su acepción más habitual, la realidad es la parte domesticada de lo real a partir de la operación simbólica. O sea, donde lo simbólico (escrito por Lacan con mayúscula) se detiene empieza lo real (de hecho es allí cuando el concepto de real coincide con la versión que da de ello Freud al final de sus días).

CUATRO. Aquí, en este capítulo, aparecen también asuntos tan fuertes como aludir a “un sector de objetos”<sup>351</sup> que deciden al Otro lacaniano, en tanto real. Que sea función de la palabra la introducción de la realidad, a partir de allí no parece extraño a esa previa versión, pero el enlazar un conjunto de objetos, aún no nombrados, con el mencionado Otro-en-tanto-real es cuanto agrava y complica sobremanera las cosas que así se dicen.

---

<sup>348</sup> Ese Otro, fuera éste o ése -es esto ahora tanto más visible- ¿no es decidido en realidad por la contundencia de la Obra? De ser así, esa sería la razón por la cual la universal Obra divina no podría coincidir con la Obra humana, con la Ciudad, en tanto entendida como envolvente escritura tecnológico-terrorista. La locura del dios schreberiano de su parte consistiría por ende en la contaminación que la Obra humana incluye, excluyéndole de allí, dejándole en esa nostalgia de lo humano que le hace suspicaz y sensible a las amenazas del terror, a partir de donde éste de algún modo se humaniza.

<sup>349</sup> Es bien sabido que en Lacan -puesto que se establece diferencia expresa entre simbólico con minúscula y con mayúscula- lo segundo deviene envolvente y prioritario y desde entonces lo imaginario resulta subordinado, subsumido, restringido. Por sólo ello, el delirio sabe ya a asunto derivado a pesar de la exclusión que comporta en la persona que lo padece.

En la oferta clínico-estética -es bien sabido a su vez- cuanto se asume como involucencia simbólica es siempre refinada modalidad desde lo representativo, prioritario y escenificador por excelencia. En el extremo de esa condición se apuntala el lenguaje, entendido si se quiere como predominante modalidad simbólico-representativa aunque no por ello mera representatividad imaginaria elevada a la cumbre de lo significante, sí como fina y colectiva abstracción estética, resultante inigualable en la cumbre de su máximo despliegue.

Las psicosis son otra cosa según se les mire desde una u otra perspectiva, qué duda cabe.

<sup>350</sup> De hecho, la cosa en sí de Kant o la voluntad de Schopenhauer, ya aspiran a eso con toda decisión.

<sup>351</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (P. 95).

Ese Otro-como-real tendría que ser de modo necesario previo a toda palabra y por ende irreductible en su desconocimiento fundante. Lo que se hace complicado es insertarse por la ruta del modelo judeo-cristiano en pos del envolvente Otro lacaniano (garante de verdad y al cual la ciencia terminaría siempre comprobando) y, más acá de todo discurso, derivar a partir de allí esa condición objetivada.<sup>352</sup>

Otra cosa sería si se reconociera en sentido estricto la dimensión basal de la creencia en el armado de las construcciones humanas. Lacan asumiría que cuanto se impone es el debate entre las especificidades de las creencias colectivas, que van hasta los soportes mismos del pensamiento religioso, de una parte, y la incompatible creencia delirante de los modelos psicóticos, de otra.

CINCO. Como fuere, Lacan en su texto termina reconociendo una duplicidad en la concepción religiosa de Schreber, entre un dios (muy próximo al dios spinoziano)<sup>353</sup> y un dios viviente al cual Schreber sirve, y que incluso admite e impone entrecruzamientos eróticos. Es en esta segunda dimensión que el documento de Lacan reconoce la presencia sostenida del delirio. Para ello, Lacan reconocerá como normal la ocurrencia de Schreber según la cual resultaría hermoso ser una mujer sufriendo el acoplamiento, ocurrencia que pasa a ser delirante de redonda manera, una vez se asume ese destino desde una envolvente absorción identificatoria.

Lo cierto es que no por ello la versión de Lacan resulta ser más que descriptiva pues no suma gran cosa desde el punto de vista de una aspiración explicativa. Se trata más del reconocimiento de la presencia de un problema que de la solución del mismo, qué duda cabe. Por lo demás, Lacan se ha olvidado de la condición parcial que acompaña el cuadro paranoico-delirante, que por encima de todo mantiene una distancia racional y un abordaje de la realidad disímil en uno u otro registro.

No basta con dar cuenta de la razón de ser de la presencia del delirio (asunto que está lejos de haber sido resuelto), el problema más complicado está en reconocer, que aún dándose este develamiento siempre quedará pendiente la explicación de coexistentes y contrapuestas formas de manejo de la realidad (normales de una parte, delirantes y alucinatorias de otra).

¿El Otro está presente allí y de modo necesario ausente allá, o cómo serán entonces las cosas allí?

SEIS. Un poco por espontánea sumatoria Lacan -sin hacer reconocimiento de diferencia- junto a Schreber incluye a sus propios pacientes, quienes al parecer a veces ni siquiera son del todo psicóticos más que en tanto hospitalizados (guardadas proporciones, ello es como pretender -tal cual se haría con cualquier persona corriente- medir la inteligencia de Picasso a partir de un dibujo suyo de la figura humana).

No es lo mismo el delirio que monta Schreber, a que alguien sea supuestamente psicótico porque alucina que un semejante le dice “Marrana” o porque otro arroje sin más -antes o después- un neologismo. Acá no hay más que alucinación aislada o trato primario del lenguaje, por lo demás posible en una estructura psíquica normal, allá se trata de un sostenido torrente alucinatorio que

---

<sup>352</sup> Como existe el prurito empirista de asignar sólo a las personas dimensión inconsciente, por principio se repudia la idea de que la ciencia la porte. Ello pasa masivamente al colectivo de los humanos sobrevivientes y les obliga a cargar con responsabilidades como la verdad, frente a la cual pocos están sensibilizados. Ese modelo idealizado se suma al registro indiferenciado donde lo inconsciente es como una fosa sin límites ni compartimentos, que lo devora todo y lo uniforma sin mayores precauciones.

Lo cierto es que la escisión entre lo teórico y lo aplicativo-disciplinar (modelo clínico-tradicional) aspira a síntesis imposibles que dan paso en cambio al despliegue de alternativas contaminatorias y compensatorias, recursos de hecho sintomáticos.

<sup>353</sup> Cf. Spinoza, B. “Ética”. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1969.

coexiste con una posición -sobrepasada sí- pero que hasta le cabe ser normal, así fuese dentro de su indiscutible precariedad (para no aludir a lo psicótico que se deprime hasta el suicidio u oscila entre estados de extrema euforia e ingresos en profunda melancolía, o en posiciones de catatonía radical, o de fragmentación esquizofrénica ininterrumpida).

Ese torrente no es más personal que humano, así como comporta inauditas coexistencias de lo más adulto con lo infantil desbordado, de lo vigílico con lo onírico -colocado sin atenuantes a plena luz del día- incluso, más allá de toda agonía, de la muerte adelantada sobre la vida misma.

SIETE. No basta tampoco con decir que se trata de una condición modal del terrorismo aunque fuere anexando a ello lo implosivo.

Lo terrorista es linderal, bomba de realidad suplementaria, que en tanto tal -de modo inevitable- estalla. Es eso y algo más. Y en ese plus diferencial viene la especificidad que se escapa si no se le incluye

Más que linderal-agónico el delirio es artístico-viviente, toma lo posible por lo real.<sup>354</sup> Así como el mismo Picasso de antes, pinta más allá de las ocurrencias de todo dios, Schreber vive -sin mediación otra que su propio ser- como un extremo demasiado precoz de performance mental y habrá de ser a partir de allí como tornan en pálido simulacro, toda ficción, toda demolición, toda creación.

En ese punto de desborde es cuando hasta lo creador resulta terrorista. Lo creador, asumido como experiencia sostenida y no como mero acontecimiento, o suma de acontecimientos atentatorios sucesivos. Lo creador allí es sostenido sí, pero además simultáneo, lo cual privilegia lo metamórfico por encima de toda equivalencia posible o pensable (ser Samsa y Kafka<sup>355</sup> al tiempo, por decirlo de algún modo).

Estas cuestiones -menos clínicas que estéticas- Lacan casi no las reconoce o incluso las ignora de plano, pasa de largo por un punto de semejanza como es el tema místico de Santa Teresa: ella, más cierta esposa de su dios por una ruta menos erótica que voluptuosa (que es la forma como al parecer el dios del colectivo gusta de lo sexual).

En este asunto, donde Schreber es demasiado fino y sofisticado, Lacan es tanto o más burdo que Freud (así renuncie a pensar en esto, apenas como envolvente presencia de lo homosexual indiferenciado).

OCHO. El colmo de lo terrorista creador se da pues como desborde donde se hace reconocible no sólo lo inconsciente -vuelto del lado del sol, de la luz- cosa en sí también (aunque resultaría inadmisibile, de ser vista ella de modo convencional).

Ello obliga a reconocer que el concepto de inconsciente en su acepción conceptual inaugural se desarma con sólo ponerlo a prueba frente al fenómeno de las psicosis, pero habrá de ser también para asumir un sentido más fuerte y contundente, al menos demanda una reformulación donde la prioritaria clave que es lo estético le reconozca como la más extrema imposición formalizadora que rompe con toda sobredeterminación desde lo social. No sólo se trata de esas voces autónomas que hablan a plena luz del día y haciendo de Schreber un ser ajeno de sí mismo en el punto más inmediato, visible, indiscutible, es la persona -en tanto armada desde ese específico registro- cuanto resulta refutada por la irrupción terrorista del delirio sin que por ello (resultante tanto más trágica) ella abandone la escena.

---

<sup>354</sup> Esta es la más pura definición de paranoia: tomar lo posible por lo real, llenar lo real inllenable con la desmesura de representaciones posibles (que tornan hiper-reales por solo ello).

<sup>355</sup> Cf. Kafka, F. "La metamorfosis". OBRAS COMPLETAS. Planeta, Ed. Barcelona, 1972.

Que un personaje terrorista creador se apuntala para soportar y sostener el delirio parece una explicación viable -al menos allí donde lo explicativo más bien brilla por su ausencia- pero no resulta tampoco del todo suficiente pues el delirio es metamórfico más allá de la mera puesta en escena de un personaje, por más radical que resulte tal asunción suya.

De hecho, el personaje está obligado a un enlace vincular con otro aún más extremo, como que es nada menos que el dios.

Es en ese vínculo donde está la fuerza creadora y la especificidad del delirio y ha de ser por ello, que antes que primariedad y constancia erótica indetenibles, ilustra la presencia compartida de una demencia desbordante donde el primer loco es el propio dios (en efecto, sin la locura del dios el modelo schreberiano carecería de su más indispensable soporte).

Algo de milagro profano puesto a la vista de modo incontrastable y deslumbrante, donde lo inconsciente deja de ser apenas descriptivo<sup>356</sup> hace que el asunto no se reduzca a hacer oposición a las prelações de la conciencia, de la intencionalidad, e incluso de las contundencias apabullantes de lo social más excluyente.

NUEVE. Los locos de Lacan están bien lejos de esta maravillosa construcción schreberiana y sería otra cosa todo, si de entrada Lacan lo reconociera y asumiera así.

Por sólo ello, se ilustraría cómo Schreber no es sencillamente un loco más allá, ajeno a condiciones determinantes de orden histórico y cultural, para nada externas al despliegue de conjunto del armado humano-social-urbano.<sup>357</sup>

Donde la exclusión extrematiza sus recursos, eso-delirante estalla de manera escandalosa y deslumbrante, lúcida y demente al tiempo, iluminando la decoración de conjunto que rige el despliegue de los colectivos humanos.

No que falte pues el personaje, es que lo es más allá del habitual empeño de reforzar a la persona, de sometérsele, de acompañarle, o apenas de ilustrarle.

El personaje que delira es la puesta en acto de lo humano en ensamble inseparable con lo divino enloquecido y tecnologizado, metamorfoseado en insalvable recurso conductual. O sea, Schreber mismo, sólo que nunca siendo un loco más, punto máximo de dramatismo en cambio, en cuanto decisiva resultante humana, núcleo explosivo donde el trasfondo terrorista de conjunto se concentra y retrata.

A su vez, personaje hiper-estético, que hace de la persona de Schreber mera máscara, hombrecillo hecho a su vez a la ligera, pura ficción insostenible, que sólo la reclusión hospitalaria logra sostener en su precaria certeza de persona radicalmente refutada.

Es, a partir de allí, desde donde florece la escritura de las “Memorias” y es también desde allí que Schreber logra reapuntalar el reclamo personal de sus derechos.

Y -en demasía- al parecer, ello importa poco.

Lo cierto es que sin seguir el rastro a este despliegue resulta difícil poder dar cuenta de cuanto irrumpiera de ese modo (por más Otro y por más inconsciente que se sumen).

---

<sup>356</sup> (Cf. Freud, S. OBRAS COMPLETAS).

<sup>357</sup> Si no sólo Lacan, los clínicos todos estuvieran dispuestos a reconocer que las modalidades patógenas se modifican -tanto como acontece con las resultantes humanas, sociales y urbanas de conjunto- se vería hasta dónde los locos de antes no podrían reponer las demencias que lo máquico ahora obliga a reproducir y a reponer por vías que no repiten ni reponen ya los antiguos contextos de lo humano. El delirio de Schreber -a su vez- no puede retratar las modalidades de lo delirante contemporáneo, así lo anuncie y lo retrate donde ello ahora no consigue verse.



DIEZ. Bastaría con decidirse a distinguir lo otro<sup>358</sup> del Otro -lo cual no sería poco- para que todo empezara a apuntarse en referencia con una dominante clave clínico-estética. Y es que desde entonces podría reconocerse todo empeño sintomático de personalización, superado en la medida en que se toma distancia en relación con el concepto que resulta ahora recuperado desde un puro registro, que le asume en tanto neutro.

El Otro no es el dios, pero es claro que lo otro crea tanta mayor distancia allí. La idea de un dios profano, o de una suplencia frente a lo divino, no deja de resonar cuando del Otro se trata, así a cada paso se los distingue y desate. En cambio, lo otro resuena en referencia con el devenir en primer lugar, y si se lo enlaza con lo social, sirve siempre para recupera el afuera que lo social con sus urgencias de exclusión genera.

Un asunto es lo inconsciente como fuerza -así se sume el imperio de la representatividad cuando lo humano, lo social y lo urbano se incluyen allí- y otra ha de ser cuando se le subordina de modo creciente al imperio de tales ofertas de representatividad. Que ello termine por estallar, por someter, y hasta por moralizar la condición más decisiva de lo estético -que lo inconsciente por encima de todo retrata- no debiera extrañar. Pero si lo inconsciente como concepto se escinde a partir de allí, esa escisión deberá estar siempre incorporada si se quiere seguir reconociéndolo en cuanto tal.

ONCE. El dios es -en Schreber y en todo mundo- empeño de personalización de lo enigmático irreductible. O sea, el dios es la persona en tanto escrita con mayúscula, asumida a partir de allí como envolvente paradigma. La intencionalidad puesta en el origen (de hecho incapturable). El delirio -y no Schreber- impone al dios en cambio como personaje, al interior de una escenificación donde el vínculo humano-divino resulta decisivo.

En esa escenificación la persona humana se recoge es cierto, pero no desaparece, en tanto -por encima de toda heterogénea condición- la escenificación envolvente aglutina en una la resultante.-

La personalización, la promoción de la persona, más acá de toda otra condición -y no es equivocado decirlo así, aunque parezca pleonásmico- cede el paso a la escenificación a partir de donde la persona vuelve a ser escenario, que incluye la pluralidad de personajes y el juego múltiple de los decorados (con susurros de fondo o hecatombes sonoras, insoportables tanto como inocultables).

Si el concepto se asume sumado a un antecedente que lo determina (el artículo definido) y le ubica dentro de una inocultable personalización -así sea ésta, ampliada- tendrá que estar diciendo muchas cosas diversas, que siendo precedido por un neutro que le distancia en relación con tales referencias. Y si se apropia de las implicaciones que a partir de entonces se incluyen (remontando la simplificación que le decide apenas como meramente descriptivo, tal cual de hecho acontece con lo inconsciente en el abordaje freudiano) no se podrá negar que las cosas habrán de resultar más precisadas y definidas.

DOCE. Cuanto se apeló en Freud inconsciente, y que Lacan vacila en recomponer, tanto Freud como Lacan (y ello en más de una ocasión), en principio lo vieron en su justo lugar. Sucede sí que no se sostuvieron en esto por suficiente tiempo, ni llevaron hasta las últimas consecuencias las

---

<sup>358</sup> *Lo otro* -de ser dado incluir este concepto- es el devenir irreductible y enigmático, es todo cuanto resta por fuera de *lo mismo*, aspiración desde el anhelo -para decirlo a la manera de Splengler- que apuntala las uirgencias reproductivas de lo humano (siendo *lo mismo*, la clave que decide las aspiración de perpetuarse, más allá del cambio inapelable).

Todo empeño de personalización, a partir de allí, es mera cobertura de suplemento.

Vistas las cosas así, el Otro retrata cuanto de subjetivización subtiende en el concepto, siempre modal y derivado, en referencia con esa contraposición tanto más basal (*lo otro-lo mismo*).

implicaciones de esto, acaso se precipitaron a extraer conclusiones, sin dejar hablar de modo suficiente al objeto en cuestión (al punto al menos de conseguir adelantarse a las reinterpretaciones moralizadoras que han terminado por poner al margen lo más esencial y prioritario de su especificidad y envolvencia).

Se trata de lo estético sin atenuantes.

Es esa explosión de lo estético desbordado cuanto aparece expreso -a la luz del día, de modo deslumbrante, insoportable si se quiere- en el delirio que tortura a Schreber.

De reconocerse el sueño despierto en su real acepción -no como mera fantasía- se entendería la razón de ser de lo alucinatorio envolvente, incluso, se explicaría la alucinación como acontecimiento evasivo que se oculta con sólo aparecer -como una suerte de lapsus de la estructura envolvente- y se captaría la presencia de la ficción demoledora y terrorista haciendo erosión en las entrañas de la realidad (en el punto preciso donde ésta, a nivel colectivo, se comparte con mayor vigor).

Si entonces, desde el discurso común -así sea reforzándose con los refinamientos de lo científico, dando vía libre al modelo religioso judeo-cristiano, sin detenerse a consolidar un reconocimiento prioritario a la creencia, resucitando a un dios pre-cartesiano- se descubriría por qué del modo más retorcido y evasivo al tiempo se desconoce al Otro en la visión del modelo psicótico (y al nombrar esto no se le podría -además- dejar de incluir como tanto más decisivo y nuclear).

TRECE. Porque pasar sin más de reconocer lo inconsciente a la manera del discurso del Otro, a denunciar la falta de este último a nivel del armado psicótico delata consecuencias graves que no se dilucidan en los documentos de quien esto formula.

Resulta claro al menos que el inconsciente es el lenguaje envolvente, incoherente y determinante, que subtiende al lenguaje habitual, rector del intercambio a nivel de registros en lo social. Disociado del discurso delirante del colectivo que el Otro evidencia, eso que habla, que sigue hablando, que delata la verdad misma del habla -pues borra toda posible distancia y diferencia entre ambas modalidades de expresión- en el psicótico ¿qué ha de ser entonces?

¿Qué pasa con el inconsciente, ahora que la única opción consiste en ampliar la franja de envolvencia que el Otro consolida, a la luz de las modalidades de periferia que lo social impone?

Si se trata de lo otro, ¿qué pasa desde entonces con las modalidades de lo inconsciente, si además se suman las modificaciones contundentes que la sola revelación del tema que inaugurara Freud comportara, a nivel del conjunto de lo humano?

Si los sueños apenas se alteran a pesar de todo, mientras que lo máquico crece y se desborda dando paso a una desmesura en las periferias de lo urbano, las nuevas modalidades de lo inconsciente ¿cómo se localizan a partir de allí?

CATORCE. Lo otro escenifica de modo incansable, puede incluso asumir el delirio común, repletar lo inllenable, dar certeza a lo enigmático dentro de una locura compartida (de la cual desde el registro del Otro -ha dicho Lacan- el psicótico resulta excluido) y que por ello mismo -con tanta mayor demencia- se denuncia desde el más silencioso radicalismo, de la más escandalosa imposición excluyente (o sea, a partir de la doble forclusión que decide la normalidad y recalifica al resto de modalidades).

Pues bien: visto todo desde similar perspectiva, lo inconsciente ahora no es un mero registro de cualidad, ni escueta negación de la conciencia. Lo inconsciente es la certeza estética y terrorista de lo humano amordazado, que hace de nuevo inevitable irrupción escenificante. No importa tanto que lo inconsciente aparezca o no afuera, que se someta -un poco más, o un poco menos- al imperio de la

represión desde lo social (entendido lo social como poder empírico constituido, o a título de masiva internalización de ley) lo decisivo es que en la actualidad resulta indispensable silenciarle (al tiempo que se trata de la tarea imposible).

Por sobre todo, la reformulación de lo inconsciente resalta el despliegue representacional (explosivo-implosivo) de cuanto lo social deja por fuera, y desde que lo clínico aplicativo renunció a ese tipo de abordajes de amplio espectro, y se contentó con la especializada gestión sobre concretos individuos en tanto aquejados de dramas psico-patógenos, el despliegue de ello quedó reducido a otras modalidades de confrontación, a otras alternativas, no sólo represivas. Tanto más, si por mucho tiempo -seguramente aún hoy por hoy- lo forclusivo y lo doble forclusivo -que son en realidad lo más decisivo pues atan, desde los extremos, al conjunto constreñido que así recubren y aprisionan- se confundiera con esas claves menos radicales y contundentes que la represión -y sobre todo, sus fracasos- delataran.

El hecho mismo de que la represión tenga correlatos y simultaneidades en sus ejecutorias posibles -a nivel de lo interno, tanto como de lo externo- comporta radical diferencia si se lo asume en referencia con lo forclusivo, con correlatos doble-forclusivos. Entonces, en registros de lo más empírico, se ofrece ya la evidencia de comportamientos bien disímiles de aquellos que acompañan a las habituales modalidades represivas que rigen de hecho, a partir del imperio inocultable de lo social.

Una cosa es reprimir, otra excluir -y asumido ello- desde esos reconocimientos se desgaja el resto de consecuencias. Se verá al menos por qué lo terrorista halla un piso que le completa y le perpetúa desde las variantes de lo forclusivo, más acá de cuanto -a nivel de lo represivo escueto, y no sólo por fracasar de entrada- resulta ingobernable, incomprensible, incapturable.

QUINCE. Si algo acontece desde Schreber hasta la época actual es que la contundencia escandalosa y milagrosa del inconsciente -puesto a la vista en el cuadro schreberiano- ha dado paso (desde el creciente e indetenible dominio de lo tecnológico, del despliegue inusitado de lo máquico, y a partir de la masificación del modelo socio-urbano) a una asfixia del viejo modelo de lo humano en cuanto considerado como prioritario e inaugural.

Dado el apabullante peso de la condición doblemente forclusiva, abiertamente asumida ahora por las modalidades del colectivo -lo cual da multiplicada incidencia a las apetencias normalizadoras y normalizantes- se genera una dupla condición de lo inconsciente.

Lo masivo y colectivo se desmembra de las modalidades particulares a las cuales da pie el despliegue de lo social y de lo urbano.

Por una ruta compensatoria, expropiadora, tiránica -por no decir esclavizante- la uniformación reduce la diferencia, la instancia de masa invade los registros que consolida lo máquico y la singularidad en todas sus posibles dimensiones se margina, se estrecha, se somete.

Una modalidad necesariamente más sinuosa y barroca, más burda y prosaica, más plana y periférica, y a pesar de todo, más masiva y explosionante, ilustra las ofertas de lo inconsciente en sus registros más obvios y visibles, y -en un sentido y en otro- se completa desde lo más silencioso-implosivo, recurso tanto más contundente sin embargo, sólo porque estalla por dentro armando mayores destrozos y más radicales demoliciones, evidenciando mayor empeño autodestructivo a nivel individual (bombas de realidad suplementaria) y colectivo (suicidio de especie).

DICISEIS. Por supuesto, no se trata por ello de asociarse a un modelo tal de coerción, y/o creer que todo se resuelve sin más así, despachar alegremente las cosas decidiendo esto y lo otro a propósito

de un asunto tan hondo y complejo como resulta ser el tema del inconsciente y sus variantes, desde que se lo explicita y se le reconoce al interior de los actuales despliegues de lo humano, de lo social y de lo urbano.

No resulta sin embargo imposible alguna incursión que arme réplica frente a cuanto se ha venido realizando en referencia con el creciente desplome del concepto (inconsciente) partiendo de manejos y ofertas -que en principio dominan los clínicos-. Más allá de ello incluso, por varias inconvenientes vías, tal noción se atrofia, se pierde y se congela. Nada excluye sin embargo que se busque reabrir sus opciones y perspectivas, tanto más enriquecedoras con sólo colocarle en referencia con asuntos, que el reconocimiento de su misma noción Freud despertara, pusiera en marcha.

DIECISIETE. De otra parte, la nueva oferta de las modalidades mórbidas que la perspectiva clínico estética adelanta a partir del despliegue de lo viral y el doble, tanto como de sus contaminatorias mezclas que el escenario de lo contemporáneo demanda, obliga a revisar los armados que presupone la psicopatología tradicional.

En efecto, a la luz de modificaciones inocultables del modelo de conjunto, neurosis y psicosis, normalidad y perversión, dejan de ser decisivas entelequias. Y miradas a la luz de la condición tanto más basal que las margina -no sólo a partir de lo represivo sino como versiones signadas desde lo doble forclusivo- su territorialidad y su sentido han de ser necesariamente otros.

Ya el abordaje de lo psicótico ha dado muestras aquí de cuan diverso puede ser su abordaje al incluir esta primera condición determinante. En relación con el tema de la homosexualidad, despliegues derivados de esa exploración principal permiten reconocer ya desarrollos renovadores. Nada excluye entonces que se dieran sorpresas en la exploración del resto de perversiones y/o de las neurosis (vistas de entrada a la luz del asunto represivo, pensadas desde un reordenamiento que priorice la doble forclusión, comportaría sin duda ello sesgos diversos por necesidad).

Ante de ello, en tanto por principio irrecusables, como concentrados de malestar, indispensables no sólo para dar cuenta de cuanto acontezca en dimensiones excepcionales de lo más personal -así se lo reconociese sobredeterminado, a partir de la periferia del discurrir del colectivo- desde entonces y más allá del grado de desobediencia social incluido, tales modelos psico-patógenos delatan no sólo la condena que representa parciales o definitivos ostracismos, comportan además la permanencia de lo clínico tradicional (de hecho justificado por esas tercas perpetuaciones diagnósticas que hacen caso omiso de toda variación, de cualquier decisiva modificación).

DIECIOCHO. Sumadas entonces las nuevas formas de la exclusión de lo social, a partir de las nuevas implicaciones de lo máquico desparramado y envolvente de modo irreversible, obligadas tales modalidades mórbidas a la asunción de inapelables consecuencias (con mayor facilidad evaluadas desde registros represivos y valorativos, sólo explicativos de manera excepcional -y entonces- inevitablemente tendenciosos, pero también, y tanto más aún, desde el silenciamiento implosionante que hace de las marcas de la doble forclusión -sólo entonces reconocible-contundentes radicalizaciones compensatorias de las modalidades de repudio) empiezan a discurrir nuevas presencias mórbidas.

Armazones apuntaladas como alternativas consumistas que arman deformaciones y malformaciones de todo orden (incluidas las drogadicciones, las anorexias, las bulimias, y el resto de manejos masificantes y uniformantes, que desdican de las aspiraciones reales de toda singularidad de libre ejercicio y que retratan en cambio la sintomática explosión -o implosión- de sus congelamientos y

contenciones) imponen la asunción de un mapa que renueva por necesidad las demarcaciones territoriales impuestas desde la égida de lo psicopatógeno tradicional.

Todas las resultantes humano-social-urbano concebibles se reaglutinan desde variantes contemporáneas de lo máquico, que incluye los desbordes de lo tecnológico y que no deja de apelar al despliegue de las modalidades terroristas, por más que se las repugne, incluso las singulares manifestaciones del terror incluidas allí, todo ello sumado, permite reconocer el sesgo desde donde se impone abordar ahora lo mórbido (sin olvidar -que de hacerserlo- tal registro está más en referencia con modalidades mal-formantes de colectiva representación, que como asunto médico del cuerpo, o a título de especificidades mentales de éste o de aquél individuo).

La explosividad y lo masificante, presentes en las nuevas modalidades sintomatológicas, son el aporte más visible, las inaugurales columnas que desde lo doble-forclusivo se suma de entrada a las viejas modalidades psicopatógenas, dando paso a una primera y renovada versión arquitectónica del desorden por fuera de los condicionantes que comporta el abordaje de estos asuntos desde la prelación de lo normal inapelable (en tanto supuesto como medida objetiva, evidente y cierta).

Detrás del asumido triunfo de la represión, en realidad subtiende el silencio radical, terrorista, hiper-defensivo que arma la alterativa doble-forclusiva.

## **La especificidad puesta en el mecanismo**

UNO. Más en relación con el dios del colectivo, o con el saber que comporta la ciencia a través de los tiempos, el Otro -de modo adicional y tanto más puntual- ha sido ubicado por Lacan en referencia con Freud a partir de la hipnosis. Si se mira el esquema resulta ello más capturable y explicable como necesidad, a cada paso recuperada por Lacan en su seminario.<sup>359</sup>

Vistos a la luz de este abordaje, Schreber -y, antes de él, el delirio- podrían resultar también ilustrativos de un modo más franco. El dios de Schreber somete desde un lugar-amo<sup>360</sup> a éste, y le subordina a la torturante irrupción de voces, susurros, viajes, mutaciones, malformaciones y milagros, a partir de un vínculo que le metamorfosea de manera peculiar y no menos esclavizante.

Como en tantas otras ocasiones donde las exigencias de la clínica de lo social lo ha determinado así, cuando en este escrito se ha apelado a la tesis de una instancia de masa se ha estado siempre cerca de esta sorprendente realidad empírica (tal cual resulta ser la más envolvente -colectiva o auto-apropiada- situación hipnótica).

---

<sup>359</sup> Cf. Lacan. J. Op. Cit. P. 26. Si bien se ve, es a nivel de ese registro de lo hipnótico donde el lenguaje ocupa el lugar de importancia extrema que se le asigna en el conjunto de su obra Lacan, es allí donde coincide con toda precisión, torna reclusivo y envolvente, irremontable en su cobertura, amo que esclaviza desde un sometimiento incorporado sin apelación, sólo violento y/o terrorista por que su condición genera un radical e insuperable desequilibrio, a su vez propiciado por la prelación del vínculo sobre el juego de artificio de la relación interpersonal. Si bien se ve no es el hipnotizador el amo allí, lo es el lenguaje sin duda alguna. El hipnotizador es apenas su indispensable intermediario, que en las psicosis resulta oculto, o bien, asumido por el dios (para el caso de Schreber)

Por la ruta de la transferencia esta importancia desbordante del lenguaje se perpetúa y prolonga, alargando a nivel del psicoanálisis una herencia en tal sentido, que Lacan exagera y promueve.

<sup>360</sup> No es del todo claro hasta qué punto reconozca Lacan este entronque entre el Otro y el amo donde se inserta la opción del dios, cualquiera fuere. Su conocida oferta de los cuatro discursos no deja opción precisa a las alternativas tópicas que a partir de ellos se imponen al Otro. De hecho, es otro-Otro éste que agencia de amo desde inapelables registros de poder y a partir de donde se impone la antropomórfica urgencia personalizante.

Pues bien, si es allí donde el Otro delata con toda contundencia su lugar, desde donde habla, convertido en realidad indiscutible, y autónoma de toda referencia a la persona en la cual encarna, y que al alojarle se apuntala en cambio ¿qué sentido tiene empeñarse en suplirlo aludiendo a lo otro, que precisamente al hablar se le impone reconocerse como subsumido por ese Otro, tanto más preciso e indiscutible?

DOS. Lo cierto es que la demostración hipnótica no es tan literal cuando se trata de Schreber y de su delirio.

En efecto, en principio el delirio de Schreber es la puesta en acto de una situación donde -en tanto instalados ambos polos en una sola persona- resulta ya difícil discriminar entre el hipnotizador y el hipnotizado (si es que se decidiera seguir empleando esa referencia de similitud).

Así fuera allí -en la situación hipnótica- donde el sujeto, el amo y el Otro se complementan del modo más indiscutible e inevitable, y la personalización a su vez resulta inocultable, lo otro no por ello resulta de manera redonda, refutado. Más acá de esa recluyente relación extraña que es la hipnosis -donde sólo cabe lo humano, así se sume del modo más extraño el lenguaje, asumido como orden y violencia- la referencia desde el otro precisamente nombra cuanto desde afuera sin embargo determina la relación derivada de algo así (la abstracción de lo otro es una forclusión definitoria sin la cual el Otro no tendría el más mínimo soporte, se quiere decir).

Si más allá de semejanzas y subordinaciones se reconocen diferencias, igual o tanto más decisivas, las claves vinculares con lo otro<sup>361</sup> comportan esto que podríamos apelar des-subjetivización del modelo, donde la franja se amplía dando paso a la opción de un formato incluyente que no se resuelve en mero soporte para las urgencias reproductivas de lo social. Lo otro abre la opción no sólo de una clínica de lo social, de hecho da paso a su remontamiento, al más allá de ella.

Mientras se decide el lenguaje como determinante, envolvente e irremontable, la personalización resulta prácticamente inevitable. Si el lenguaje en cambio se reconoce como reclusivo, siendo por

---

<sup>361</sup> Ya ha sido resaltado hasta qué punto no es lo mismo repetir con Lacan, el Otro (donde, en algunos de sus múltiples usos, se llega a personalizar-en-abstracto el modelo, en tanto se da prelación al imperio del lenguaje, y como tal se lo asume cuando se decide escribirlo con mayúscula, anteponiéndole el artículo definido) que decir lo otro incluyendo una neutralización (por sólo ello más estética que clínica).

Pero ¿se trata apenas de un mal-nombrar o la personalización del Otro se impone como inapelable? De hecho, para lo normal es ello obligatorio: define e impele. Por esa vía se llega -¿qué duda cabe?- al reconocimiento del apuntalamiento inevitable del dios del colectivo (no por nada también escrito con mayúscula).

La diferencia más radical allí consiste en que lo otro -afuera de todo dios- es todo cuanto resta excluido de eso que se apela el Otro (que por todo ello termina asumiéndose -a pesar de ampliado e impreciso- en referencia con el lugar de su apuntalamiento como una suerte de enteléquia e inamovible localización). Si a partir del Otro se aspira a suplantar con un dios -cualquiera fuese- la cobertura que comporta lo otro, por sólo ello se arma la ilusión de inmediatez y de descanso en referencia con un terror que ya no es decisivo desde que claramente torna doblemente forcluido. O sea, lo otro deja cara a cara con el terror, y si se suma al dios el Otro la borradura que ello comporta sobre de lo otro termina siendo por partida doble.

Tendría que reconocerse además -sin romper con la contundencia de lo doble-forclusivo- que el Otro puede ser purificado del lado matemático (teoría de conjuntos. Cf. "De un Otro al otro". Op. Cit. Ps.323 y sigs.) cuando de lo teórico se trata, aunque vistas las cosas en referencia con el armado de lo clínico y lo aplicativo su lugar puede resultar siendo de más fácil modo contaminable y simplificado a partir de allí.

Por cierto, no se puede tampoco negar al Otro por sólo incluir lo otro. Basta con que lo otro hable para que el Otro cobre necesario sentido y justifique su lugar. Es allí donde lo otro se forcluye y por doble vía (pues, de no ser así, ya el solo hablar desde el Otro de por sí aterra, o confunde, o deja perplejo). Ello no obsta para que se le imponga al Otro -antropomórfica versión de lo otro- asumirse como modalidad que se deriva a partir de un registro tanto más basal y constitutivo. Y esta prelación de lo cual se trata, pues es por ella que cada asunto significa una u otra cosa.

ello que aspira, de modo sintomático ya, a convertirse en clave inapelable e insuperable a pesar de estar inmerso de hecho como modalidad de algo más vasto, parte de una totalidad que le remonta, se le tendría que reconocer por necesidad como creación, subsiguiente a orígenes irrecuperables. Desde entonces, todo esfuerzo de completamiento allí es siempre del orden de lo suplementario, de la creencia (desde que lo ignora), incluso del delirio, si es que se decide remontar ciertos específicos umbrales de particularidad asumiéndole como del registro de lo colectivo más fundante.

TRES. Vistos estos asuntos en relación con el tema clínico, no ha de ser lo mismo pensar las cosas desde una u otra perspectiva, por supuesto. Si, además de todo (pues no se puede negar que la localización del lenguaje -independientemente de aplicaciones derivadas luego de allí- es por sobre todo un asunto teórico) se reconoce la resultante, sin inclusiones que comporten un más allá del mero ejercicio técnico, no se pueda negar que sólo ello comporta ya inevitables y crecientes empobrecimientos.

Más que como circunstancia irremontable -sin incluir de manera rampante en esa lista a Lacan, pero sin que por ello sus seguidores escapen a la sospecha que les recubre- se podría partir de allí para ofrecer la explicación de la progresiva malformación del modelo post-freudiano de todo ello derivado.

En efecto, convertida en mera técnica la oferta psicoanalítica -desde que lo teórico se demerita de modo inapelable y lo aplicativo sin embargo se refina y radicaliza en consecuencia- el lenguaje allí, ya ni siquiera importa si decide o resulta modalidad de suplemento. De hecho -ignorando todo debate posible- el lenguaje es por sobre todo esto último y ha de ser por ello que se radicalizan a partir de allí las cosas y torna él en mero recurso instrumental de la escueta quirúrgica del inconsciente.

¿No es, en efecto, la tecnologización de la propuesta cuanto más lamenta Lacan en su conferencia “Freud en el siglo” al reconocer cuanto acontece luego de suficientes años de reproducción del psicoanálisis de Freud? Pero ¿acaso por esto Lacan se excluye y deja constancia a propósito de las claves que dan paso a semejante resultante?

A pesar de todo, y como en ninguna otra parte,<sup>362</sup> está muy cerca allí Lacan de un reconocimiento trans-disciplinar, sólo que renuncia de inmediato a él, en apariencia repugnando de toda derivación filosófica, de toda adecuación metafísica, y sometiéndose a una reducción de la libertad personal con la cual acostumbra disertar en pos de un recorrido más “comprensivo” y a partir de expectativas más pedagógicas y prácticas. Ni qué decir, que como alternativa a todo ello, el lenguaje resulta portando condición envolvente y tanto más aún -de modo irremediable- reclusiva (si al menos ello hizo “hablar al escritorio”, es claro que desde esa protesta repleta de ironía, ahora más descansado Lacan simula adaptarse un poco a las restricciones que le impone su público).

CUATRO. Lo cierto es que en este apartado es donde Lacan se compromete de verdad. No sólo formula Lacan su decisiva distinción entre represión y forclusión, sino que resucita a Freud con un recurso audaz: en cambio de sostenerse en el análisis del historial de éste a propósito de Schreber, se reinstala en el tema de la negación apelando para ello al refuerzo que aporta al tema la reciente disertación de Hyppolite (invitado de antemano al grupo por el propio Lacan).

Parecería necio objetar las razones más centrales que se ofrecen allí, como resulta ser esto que se consolida -una vez la pareja de opuestos exterior-interior empleada por Freud, se suple ahora con la

---

<sup>362</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (Ps. 107 y 108).

distinción entre lo simbólico y lo imaginario (contraposiciones que por supuesto no admiten una superposición literal)- para que cuanto no fuera debidamente simbolizado -no en el sentido histórico sino en la acepción lógica- retorne haciendo emergencia por la ruta de lo real. Esta prelación determina ahora el sentido modal de lo alucinatorio, en cambio de creer de modo ingenuo que la puesta afuera del contenido psíquico - delirado también por ello - es la específica prioridad que da soporte primero y último a lo psicótico.

CINCO. ¿Podrá haber ubicación más precisa y adecuada?

Hay demasiados eslabones armando cadena allí y no son todos ellos en definitiva, visibles, evidentes e indiscutibles. Una cosa es el tema de lo simbólico en referencia con lo real, otra, el deliro y la alucinación, y otra aún más complicada, la opción por la que finalmente se optará de dar a lo defensivo prelación en la localización final que se hace de las psicosis (el tema de la forclusión).

La cuestión, por supuesto no es refutar a Lacan ni resentir su recursiva recuperación de Freud. El asunto consiste en ilustrar -más allá de ello- cuánto aporta a la dilucidación desde lo clínico la oferta que suma lo estético.

Ha sido dicho ya: en este apartado Lacan está muy cerca de lo clínico-estético, sólo que lo asume como un punto ideal al cual es difícil se pueda aspirar de modo colectivo: lo mejor es sin duda enemigo de lo nuevo, y ya es bastante entonces con que los psicoanalistas se reconozcan como buenos técnicos, inmersos en la envolvencia de un descubrimiento que -ese sí- comporta mayores exigencias, sólo Freud y Lacan debieran responder por ello, y quienes se arriesgaran a avanzar un tanto más allá de donde se les impone ir en el nivel más básico pues que ensayen a ver hasta dónde alcanzan sin que su carro solar se desplome.

Mas ¿no se corre el riesgo de creer en estas liviandades dejando pasar lo esencial que comporta el planteamiento según el cual -antes de afianzarse en la diferenciación que comporta lo forclusivo- lo alucinatorio es cuanto en última y en primera instancia decide lo psicótico, restándole a partir de allí contundencia a la envolvencia de lo delirante?

De hecho habría de ser al revés y no se entiende desde entonces por qué -sabiendolo Lacan- se olvide de pronto de que es el delirio cuanto decide toda diferencia, de que es por el delirio que la alucinación tiene razón de ser (si es que resultara mínimamente válido buscar racionalidades a ese nivel) y, por sobre todo, de que ha de ser en referencia con el delirio -encarnación hiper-estética del más decisivo terror- que se forcluye y se consolida -tanto peor aún- doble-forclusión.

SEIS. Lacan -quien desconoce y desconoció siempre la prioritaria mediación escritural- no ve a Schreber más que como persona, hasta que (sumando al dios del colectivo) reconoce -casi sin darse cuenta- a dos personajes en juego allí. Es cuando Lacan pasa incluso a suscribir la condición de doble que el dios comporta para Schreber (lo cual es ya bastante en un psicoanalista, obligado casi a ver primero allí la inapelable reposición del padre).

Interesa este matiz por varias razones: en primer lugar, porque es claro que cuando se trata de la sola persona el tono de lo clínico parece sostenerse con más comodidad y dentro de sus límites (así se despatrique a cada paso de toda psicología, supuesto lugar donde el concepto de persona florece y reina).<sup>363</sup>

---

<sup>363</sup> En realidad, antes de apuntalarse como resultante psíquica -con prelación por ende de la mirada psicológica- la persona es más bien oferta social, jurídica, incluso económica y política (entonces -a su vez- en deuda primera con la filosofía). Sólo que, a partir de un abordaje menos restringido, ello delata hasta qué punto el concepto remonta precarias y específicas demarcaciones.



La verdad es que, así no se lo nombre de manera expresa, Schreber es siempre persona allí y sólo hasta que aparece el delirio (o sea: el dios y sus voces, sus nervios y sus rayos) se reconoce el juego de los personajes desde donde la prelación de lo estético irrumpe (aún así tampoco entonces se lo reconozca de modo explícito).

Y no es sólo persona en un nivel dónde se pudiera corregir el término en el texto y dejar constancia de que las cosas apenas cambian por ello. Es que si se trata de la persona de Schreber ha de ser porque dejó simbolizaciones pendientes, porque la forclusión le pertenece en el conjunto desde donde se ejercitara la totalidad de su estructura psíquica.

O sea: por más parcial que resulte la forclusión no importa reconocerla como tal en tanto Schreber de hecho la ejercita más allá de toda demarcación y de todo registro delirante.

Por decirlo de otro modo: no importa casi allí que psicosis y paranoia riñan de manera decisiva, mientras que las neurosis y las psicosis puedan compartir el tema de lo alucinatorio (como efectivamente acontece al hombre de los lobos<sup>364</sup> tanto como a Schreber). Y ello, a pesar de que alucinación y forclusión se enlazan con sólidez en la medida en que se trata de la mayor especificidad de las emergencias psicóticas.

El pan-alucinar del delirio se equipara con la alucinación excepcional del neurótico para dar vía libre a la forclusión, pero entonces -tanto como la alucinación- la forclusión deja de ser discriminativa. Lo defensivo pasa a primar, y si bien ello resulta indiscutible la pregunta es por la razón que desconoce a partir de allí al terror como clave última de especificidad en el apuntalamiento de las estructuras.

A falta de ello es como si se tratara de dos rutas donde una comporta ruptura radical mientras la otra sostendría una inevitable e incómoda continuidad, sólo en última instancia reconocida. Y es ello cierto si se reconoce que existen dos registros -tan contrapuestos como complementarios- que apenas se hacen visibles cuando se reconoce el nivel donde se despliega la persona, al lado de esa otra dimensión que comporta el reconocimiento de los personajes (aunque tal reconocimiento sólo se hace cuando los temas de lo alucinatorio y de la forclusión resultan de manera significativa problematizados, si no contra lo previsto, redefinidos).

SIETE. Que la alucinación se dé y que lo alucinatorio no sólo se dé sino que sea posible su perpetuación, su sostenimiento desmesurado en forma de delirio, no pueden ser asuntos que se expliquen por una única posible ruta (por lo demás sólo en última instancia personal).

De más fácil modo, una alucinación admite el reconocimiento puntual de algo de orden personal que no tiene por qué no ser versión posible y válida en algunas específicas circunstancias. Pero que se dé sostenido delirio alucinatorio connota por lo menos la reposición contundente y masiva de procedimientos e innegables recursos mágicos.

Si se es loco ¿cobija ello lo neurótico? Si no lo hace ¿cómo atribuir ya, por solo ello, a la sólo presencia de lo alucinatorio decisiva contundencia y especificidad de lo psicótico?

Por más refinada que sea la mirada clínica que desde lo normal se da a la irrupción psicótica -por ejemplo, cuando de la manera más inocente y desprevenida, cualquiera (o el propio Lacan) dicen sin más, “el loco Schreber”-<sup>365</sup> se está cerrando la opción de verlo todo desde ese sesgo tanto más comprometido, amplio y diferencial que hace de lo psicótico algo más que la mera generación inagotable de alucinación.

---

<sup>364</sup> Cf. Freud. OBRAS COMPLETAS. Vol. 17. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1976.

<sup>365</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (P. 109).

Si se asumiera que de hecho no resulta excluyente la reunión de alucinación y delirio, si se recalcase que -por supuesto- Lacan nunca afirma eso, sin duda no se estaría afirmando con ello falsedad alguna. ¿Quiere decirse de tal modo -podría sumarse, contraponiendo en cambio- que los delirios no acaecen a personas concretas, a enfermos mentales los cuales sin duda alguna, por eso mismo, lo son? ¿No es y fue siempre loco quien alucinó y padeció delirios, como aconteciera a Schreber y a los pacientes todos de los cuales trata Lacan en su seminario? Y así incomode la expresión -se terminaría por concluir- ¿no es en definitiva demente un loco como Schreber?

Lo cierto es que la locura era otra cosa cuando el desplegado imperio de la razón empezó a deslindarle del pensamiento mítico colectivo (y si lo hizo fue en tanto el enlace con los dioses cedió el paso a otras prelaciones, dado el despliegue del pensamiento).

El juego de la exclusión a esos niveles comporta a su vez la marca de lo social de un modo indispensable y va alterando -de manera imperceptible pero decisiva- la significación de las humanas resultantes.

Si se aísla la locura, el peso del cambio que se impone desde entonces al asunto desnivelará la realidad de las implicaciones. No ha de ser indiferente que así se reconozca a la demencia en tanto síntoma en y de lo humano, como colectiva consecuencia del desgajamiento del orden natural, como derivación de la puesta en acto de lo cultural -que califica por ende a la totalidad humana- se termine creyendo que las cosas no parten de allí, que en cambio se resumen y justifican desde la historia individual de cada quien (así ello, por supuesto, esté también presente como inevitable derivación, a título de necesario e inevitable efecto).

Esto, sumado a todo, delata que lo psicótico -aunque se exprese contando con medios como lo alucinatorio y lo delirante- no puede resolverse como un mero destino personal, como una armadura que se suma a lo mórbido, incluido si más en el resto de concentrados de malestar que ilustraron siempre el desarreglo de lo humano.

De hecho, la mayor o menor distancia de la resultante colectiva que se apersona de la normalidad, que se la apropia, determina el peso de radicalidad que se impone a las modalidades de cancelación que deciden sus despliegues desde lo social (esas modalidades -reclusión, exclusión, represión, doble-forclusión, borradura, etc.- pueden incluso variar, según se trate de acciones sobre la persona, sobre el delirio, sobre escritos o producciones varias).

OCHO. Una versión muy diversa surge si se miran de manera panorámica y envolvente las cosas, en cambio de reducirlas a sus apuntalamientos más empíricos e inmediatos.

A los antiguos griegos -y con ellos, a los primeros hombres y a los actuales salvajes- los sueños les resultaban y resultan cosas tan reales como los acontecimientos vigílicos, asuntos de realidad y no diferenciados temas de ficción (como en cambio acaece -al menos cuando despiertan y vuelven a poner los pies sobre la tierra- a los civilizados hombres de hoy).<sup>366</sup>

La dimensión mítica comportaba la coexistencia de la realidad y la ficción a niveles sólo concebibles en la actualidad -vistas las cosas desde los registros de lo vigílico, de lo consciente y de lo normal- si se piensa, además de los sueños, en el psiquismo de los niños, y a veces -con mucho de artificio ya- en las licencias que se permite el arte (sobre todo en películas que aún conservan ciertos vuelos artísticos).<sup>367</sup>

---

<sup>366</sup> Cf. Rohde. "Psique. La idea del alma y la inmortalidad entre los griegos". F. C. E., Ed. México, 1948.

<sup>367</sup> Si se olvida en cambio la connotación mítica es claro que basta con instalarse en un registro de masa para que la distancia entre realidad y ficción se diluya de manera franca.

Esas sostenidas armazones que dan prelación al dominio mágico, de hecho se refuerza a partir de la puesta en acto de los delirios. Ellos también -antes, a nivel lógico que histórico- son condición de lo humano y ello no debiera olvidarse cuando se busca reconocer, reuniendo y diferenciando lo forclusivo (tanto como lo alucinatorio y lo delirante) en las emergencias, sin supuestas modificaciones estructurales, visibles a través de los cambios que el despliegue histórico connota. Se trate de psicosis, de neurosis, de perversiones (y aún, de toda normalidad, a su vez incluida a pesar de su repulsa por la inclusión expresa de lo mágico).

La sólo permanencia terca e inamovible de los sueños, que siguen presentándose sin alteraciones de su constante y sostenido estilo figural a pesar de todo supuesto progreso, confirma que esta condición de lo humano más basal permanece allí, con un vigor que contrasta y escinde con tanto mayor vigor las opciones de despliegue de lo humano.

Como quien dice: con el paso de los tiempos (y en el registro de específicos registros psíquicos) sólo se altera, y eso en la periferia, la relación con la creencia. Pero ¿incide ello tanto, al punto de modificar de modo sustancial las emergencias de lo psico-potógeno más constitutivo y habitual?

Si se dijera que ni Freud ni Lacan son ajenos a ello, que rompen con esas versiones -acaso de modo más visible presentes en los armados tradicionales de la clínica psiquiátrica- habría que retomar el señalamiento previo según el cual tales cuestiones se hacen más evidentes cuando se trata de la directa aplicación clínico-psicoanalítica, sobre temas radicales como son las psicosis. Pues lo cierto es que -sobre todo a nivel teórico- la versión freudiano-lacanianana no tiene por qué resultar enfrentada con tales abordajes, no sólo clínicos sino también estéticos.

Es el paciente y la urgencia de su transformación adaptativa cuanto despista a uno y otro (registros clínico y estético, se quiere decir) y la adscripción al empirismo que de ello resulta, evade la opción de ruptura que se impondría a la propuesta en su conjunto, si no quisiera resultar atravesada por una contradicción inadmisibile (esta vez entre lo teórico y lo clínico).

Es eso cuanto la oferta clínico-estética no puede dejar de explicitar.

NUEVE. Al reconocerse la presencia del doble en el dios de Schreber se está de hecho iniciando el recorrido que debiera completarse con el plural reconocimiento del virus, del virus-doble y del doble-virus (sin olvidar tampoco el doble globalmente impedido que a nivel del conjunto impide a lo humano armar unidad desde un retrato suyo que le devolviese la posibilidad de auto-reconocimiento). A falta de ello, se trata apenas de la reiterada reposición de lo especular -donde si bien se consolida el aporte innegable que comporta la oferta lacanianana de lo real, lo imaginario y lo simbólico- a su vez se cierra el paso a la irrupción de esa otra trilogía clínico-estética consolidada como lo humano, lo social y lo urbano.

Visto el asunto-Schreber desde esta última óptica se impone una lectura muy diversa del delirio y de su despliegue alucinatorio.

Mucho de ello ha sido adelantado con antelación, dígase -entre otras ilustraciones posibles- la decisiva marca de los personajes y el sentido de lo delirante en tanto aprehendido como autónomo armado estético, o bien la contundente readecuación interpretativa que se impone cuando se piensa lo psicótico como una modalidad de lo terrorista, o el empeño aislado de expresión humana desde una singularidad asumida como desbordamiento en lo singular, sin linderos localizables, sin apuntalamientos de especie, sin necesarias ligazones de familia, de grupo, de nación, de género.

Pero, si a pesar de ello se sigue incursionando por esas rutas clínico-tradicionales, ha de ser porque hay múltiples asuntos que no se logran resolver (aún cuando al tiempo se pretenda asumir e incluir el enigmático modelo que Schreber encarna).

DIEZ. Es claro que lo natural no desaparece por el sólo hecho de que lo cultural prospere y torne prioritario e irreversible. Existen puntos de contaminación donde lo singular estalla y una de esas emergencias explosivas es la demencia. No sólo se trata de la locura, pueden ser otras las vías de lo explosivo, y no todo cuanto estalla se juega en un registro tan próximo de lo natural. Lo tecnológico progresa abriendo con ello de manera inevitable espacios a lo terrorista (que por decirlo así, es su inseparable virus). Tales apuntalamientos del terrorismo califican las resultantes todas sin distinción y sin armar excepciones, consiguen irrumpir por múltiples rutas (incluida la opción de lo corpóreo que se enlaza de modo irreductible y desde siempre, a nivel ancestral, al terror).

No es necesario pues allí ni negar ni afirmar la presencia de lo orgánico como condición diferencial que podría dejar atrás las explicaciones que se ofertan en contraste, desde lo mental. Ambos extremos resultan subsumidos por envolverencias tanto más hondas y condicionantes.

No sólo la demencia rehace sus decorados y califica territorios más vastos de aquellos que la individual emergencia de los psiquismos, y de los cuerpos mismos, predeterminan. Sin duda, ello sigue irrumpiendo allí también pero nada excluye que encuentre otros posibles territorios de expresión, tanto más contundentes y determinantes. En enlace incluso con los despliegues de lo tecnológico lo humano encuentra la expresividad de lo máquico donde el mapa de la demencia altera de continuo sus fronteras y recrea las modalidades de sus irrupciones.

En un momento de estas emergencias, Schreber hace presencia y su locura retrata lo más dramático del desgarramiento humano (al tiempo que ilustra con ello las derivaciones que se imponen al estallido de lo singular).

Sin más, eso no puede ser equiparable con los casos de Lacan, en los cuales las marcas de lo psicótico no van de modo necesario más allá de cuanto propician las modalidades de lo urbano, y donde lo singular no alcanza a iluminar, desde la contundencia de sus estallidos, la universalidad que pone en acto, del más deslumbrante de los modos, la demencia de Schreber. Lo cierto es que desde lo singular, la psicosis consigue armar tanta diferencia que no basta con las generalizaciones de la ciencia para incluirla en las uniformidades conceptuales que le resultan suficientes a ésta.

Así ello sea cierto periféricamente también no basta entonces con decir que -aquí como allá- lo simbólico no está allí y por ello irrumpe ahora en lo real. En esa captura de lo uniformante se escapa la cualidad más decisiva, y si bien con ello las psicosis se hacen reconocibles con mayor facilidad, lo cierto es que desde esa envolvente perspectiva, el delirio y su Schreber resultan cada vez menos explicados.

ONCE. ¿Qué incluye en realidad la opción clínico-estética, que resulte ajeno a la versión clínico-aplicativa que aborda las psicosis?

Se trata en primer lugar de la forma. Y esa forma comporta, de una parte -de modo prioritario- la locura, necesariamente alterada en la persona que la porta y por quienes la enfrentan y reaccionan ante ella. Forma en relación con las condiciones mismas del delirio, y en referencia con la envolvente estructura de conjunto (sin olvidar en tanto expresión suya, la resultante psíquica). Pero, más allá aún, forma decidida desde el enlace tenso entre las resultantes humanas y las modalidades externas a ellas, que arrastra el despliegue mismo de cuanto de modo necesario las remonta. En cada circunstancia y en cada registro la demencia es otra cosa, distinta de cuanto se supone a niveles inmediatos y empíricos, por fuera de criterios diagnósticos y terapéuticos que en realidad defienden de sus verdades más primordiales y decisivas.

Decir que lo simbólico arma agujero que se intentará rellenar luego en lo real es tan general que comporta constantes que el delirio -y Schreber como primer afectado- están lejos de confirmar. Todo allí es metamórfico en cambio, y en primer lugar, ajeno sobre todo de armados sólidos y de rígidas estructuras inalterables. El proceso y la pluralidad que la locura comporta son la clave entonces y no las tópicos que le ponen en contraste continuo con la normalidad (esta última, no sólo debiera verse retratada allí antes de proceder a señalar y a decidir. La normalidad, con el resto de modalidades que impone el malestar, tendrían que comenzar por tomar la contundencia de lo delirante-alucinatorio como medida, y -más acá de todo empeño auto-interpretativo- ajustarse a las alteraciones que se genera desde la prelación estética que un abordaje tal comporta).

DOCE. En un momento dado el delirio puede ser invasor y -más allá de ello- reducirse a una reposición gastada, empobrecida de contenidos, más no por eso tornará menos contundente y decisivo.

Como un tsunami, el delirio puede simular desaparecer para atacar de inmediato con todo vigor, o bien -como un volcán que estalla en insoportables desbordes, temperaturas y colores y al enfriarse en el mar arma ínsulas de lava solidificada y uniforme, en medio de grietas y malformaciones atonales, gélidas- explotar por una ruta propia, figural, irreductible, donde lo humano consigue reponerse, recuperarse a partir de la explicitación de las fuerzas más primigenias, desde subfondos imprevistos e indomesticables.

Pero hay más aún: no se impone ello como reposición literal, repetida, ni consiste todo apenas en lo mero natural que se sale y estalla de manera idéntica siempre, por encima del imperio armonioso de multiplicidades formales y ordenadas también, en inagotables, permanentes, tejidos de indiscutible racionalidad y permanencia que simplemente se marginan de semejantes emergencias, se trata de modelos de contaminación renovada, arbitraria, imprevista, demente y desbordante, donde lo más extremo de los efectos culturales se suma a las expresiones de lo natural, mal-formándolo, alterándolo, imponiéndole claves de singularidad incomparables -y a pesar de ciertas inaugurales similitudes- más bien dándolo como puesta en acto desde un registro terrorista característico que obliga a la razón a reacomodarse (y no al revés, como se acostumbra presuponer). Dimensión ésta pues -no de manera necesaria coincidente con variantes individuales de resultantes humanas- donde a lo singular lo reinventa -y lo revienta- lo singular (a partir de particulares demarcaciones dentro de las cuales acostumbran solazarse y auto-reproducirse tales emergencias, brotando en cambio del modo más radical, explosivo y caótico).

No sólo se trata pues del lenguaje. El propio mundo recibe esas marcas, en niveles que si bien es corriente se desconozcan, no le resultan siendo por ello menos constitutivas.

Se trata del mundo-como-graficación-interna que pugna con el mundo-como-convención-colectiva, más aún: como reconocido mundo externo donde lo creador, obligado al recurso terrorista (terrorismo creador) revienta con tanto más vigor y potencia en la medida en que se le coarta y pretende someter.

Ese mundo de afuera llega casi a desaparecer en tanto se le sustituye por una modalidad más acorde con urgencias subjetivas. Y cuando registros -que comandan determinados personajes, contrapuestos a aquellos que buscan la demolición completa de las formas existentes que consolidan mundo externo- imponen de nuevo la asunción de ese mundo (común al resto, sólido y de modo indiscutible material, y no sólo en sus dimensiones más contundentes de periferia), cuando esos registros pues, recuperan algo de su fuerza y desde entonces aspiran a reequilibrar las resultantes, imponiendo la

aceptación de esa realidad inextinguida e inextinguible -que por todo ello torna evidente por encima de todo- hay una guerra ahí.

Guerra peculiar, pero guerra sin duda. Una guerra cuya evidencia se da a título de escenificaciones, puestas en acto de claves demoledoras, reconocidas hasta lo arbitrario como prioritarias, desde donde lo estético más contundente y voraz, lo estético más terrorista, lo estético más ígneo -sin embargo, renovador y creador- replica y rearma sus opciones, emergiendo de sus propias cenizas y armando nuevos e imprevistos vuelos .

TRECE. Lo metamórfico altera desde Schreber la potencia misma del delirio haciéndolo más o menos fuerte, más o menos invasor y predominante. Lo metamórfico a su vez altera a Schreber desde la contundencia del delirio.

El libro de Schreber, la escritura de Schreber, ilustran esa tensión entre debilidad y fortaleza, donde las escenificaciones se suceden de modo interminable ilustrando con ello un más allá de las referencias especulares (las cuales, si bien ilustran ya la evidencia del doble dejan pendientes el virus, el virus-doble, el doble-virus -y más allá aún- el doble globalmente impedido).

Ese doble no es del estilo de lo filosófico, ni reclama allí comparaciones doctas con Spinoza, Heidegger o Nietzsche. Ese dios -doble divinizado- es más bien como Drácula, más primario incluso, pues ni siquiera evidencia deficiencias vitales en su parasitaria condición virulenta. Ese dios peculiar es un ser intangible, parásito de la energética, de los nervios, de las almas, resto de cadáveres, condensado de fuerzas a recuperar.

Es allí donde -con igual vigor- la condición del virus delata las especificidades que el vínculo con el dios impone a su víctima.

Más acá aún, el virus es la consolidación irónica, que ilustra ya las consecuencias que genera la obediencia a lo social, y al tiempo por ello, en el empeño por remontar las trampas que comporta tal sometimiento. También, por ende, ilustra la tortura que se impone a la desobediencia que lo singular escenifica.

Si se dijera que si algo delata el vínculo con ese dios es su continuo cuestionamiento a la estupidez inocultable que impone sobre-esfuerzos torturantes a Schreber, habría de sumarse que -antes de ello- se hará otro tanto con su persona, en tanto obligada a la esclavitud de lo social y a la dilución de su más esencial individualidad. En efecto, sin eso, el delirio no se sostendría pues es éste por definición la contrapartida a la inserción esclava en la lengua común.

Si bien consiste el delirio en la respuesta de repulsa delirante-alucinatoria frente a una forma de esclavitud compartida que hace rebaño de lo humano, no se consolida apenas como mera misión heroica, intencional, paradigmática. Por sobre todo, se trata de un armado que desde lo más basal e inextricable se impone como enigmática y desbordada irrupción de lo humano (por tanto a partir de lo imposible de explicar y de justificar).

CATORCE. A Schreber no lo sigue nadie, ninguno quiere creer en su dios, algo desde lo humano -y sobre todo desde lo social- se aglutina para rechazarlo como a un cuerpo extraño e irreconocible, para excluirlo del modo más radical e in-solidario, para colocarlo de manera tajante e indiscutible en el extremo de lo puro in-humano.

Tampoco Schreber quiere salirse del disfrute de su singularidad exacerbada, algo falta afuera para justificar su empeño, eso que desde lo humano-otro le impone resignarse a su más escueta y contundente soledad y acceder desde allí a un mundo incompartible, y sin duda más cierto. A partir del registro compartido que amasan los otros, a Schreber sólo se lo puede asumir reconociéndolo en

su más plena indefensión, en su inasimilable inutilidad personal, Allí, irreductible, Schreber sabe seguir siendo, sin resentimientos ni demandas distintas a sus propias urgencias de permanencia.

Pero ¿sucedio algo distinto con Van Gogh -o con cualquier otro creador incomprendido- así hoy por hoy se los entronice y cotice, asimilados por el consumismo más burdo -y en tanto tal- demente, desbordante, desmesurado (sin que por ello sea menos despectiva la manera de abordar a los artistas contemporaneos, de igual modo incomprendidos y silenciados)?

Sin duda es -y ello resulta válido para todos ellos- que más allá del cadáver, resta ahora la obra inmovible.

Son la fortaleza y la denuncia escandalosa que porta el delirio sechreberiano cuanto no se soporta ni se asume, y es esa escritura que lo recoge y re-apuntala cuanto delata su indiscutible contundencia (de otro modo sepultada en la más radical reclusión, en el más extremo abandono).

De igual modo, si Schreber no logra liberarse no ha de ser por su delirio, es por su humanidad culpabilizada al extremo, debilitada e incapaz de remontar el delirio y la tortura. Por sobre todo, el sitio congelado de la víctima es cuanto impide a Schreber acceder a la recuperación de su envoltado norte, referente perdido -en primer lugar, de modo principal- para el ciego conjunto de lo humano.

En general y en definitiva, a nivel global y para la resultante contemporanea, la ruta del arte -renovador de lo social a partir de la reposición decisiva de las formas- está cancelada. Schreber, síntoma que ilustra la reposición contaminada del lugar imposible, del artista impedido, a su modo pero de modo inevitable lo ilustra, su delirio va hasta lo inconcebible y el conjunto humano ya no logra orientarse a partir de allí, más bien se aterra y se defiende, se reafirma desde su enajenante posición doble-forclusiva y excluyente, cada vez más definitiva de su inocultable impotencia.

Resulta irónico que Schreber sea desde entonces la reaparición en lo real, de cuanto lo normal-simbólico no logró apropiarse en su momento. En perspectiva lacaniana, visto todo por supuesto desde un plano lógico, no histórico (aunque como versión clinico-estética, no menos irónica).

QUINCE. Y la estricta dimensión de lo personal ¿cómo habría de verse?

O bien, la estructura (es que cuando ella habla ¿no hace diferencia?).

No sólo la semejanza que lo aglutina todo en el juego de intercambios entre lo simbólico y lo real ¿dónde va ahí la especificidad de las psicosis cuando se alude al lenguaje?

Cuando Lacan resalta la involucencia del lenguaje resulta irrefutable, es cierto. Pero Lacan olvida que se trata allí del lenguaje como referencia -inapelable ya- de tortura, del vínculo que hace de las voces del dios opción nueva de intercambio (si es que se puede reconocer en ese desequilibrio un acabado diálogo).

Si algo permite la lectura de las "Memorias", no es sólo el reconocimiento de la irreductible condición enigmática del lenguaje en desbordante y gratuito ejercicio, desde entonces el habla coherente y domesticada que sin detención el colectivo drena de modo insuperable, indispensable, impone reconocer allí un milagro tanto más difícil de explicar y de cubrir, apenas contando con los meros recursos de la habitual racionalidad No menos inaudita).

Acaso se trata más bien de un monólogo que pone en acto la dominación del doble (más que especular derivada de modo directo del terror que subtiende desde el artificio de los espejos).

En realidad, surgen posibles y diversas lecturas desde que se desatan los nudos que arman las trampas de la tradición especializada de lo clínico.

Por ejemplo: ¿no sería más coherente y enriquecedora una interpretación que se rigiera por el reconocimiento de un núcleo de muerte anunciada que -como un coro de variados personajes- se

descubre en los fallidos esfuerzos reproductivos de la persona de Schreber (ella sí, signada por determinismos que son la razón de ser de los escuetos develamientos de lo clínico estricto)?

El dios no es sólo doble, lo es de un personaje terrorista -y aterrado al tiempo-, o sea, el dios es también doble-virus, al tiempo se impone como directo y expreso virus de la esterilidad y la extinción, ataca desde la muerte -más allá de lo agónico- pues, antes de refutarle en tanto tal, halla formas de estabilización allí que dan al delirio condición de bomba de realidad suplementaria: anuncia, consolida estallidos, es estallido ya, indetenible (si es que se quiere reconocer también el registro del virus-doble).

Por sobre todo, desde la versión del doble globalmente impedido se repone la más extrema incapacidad -que si bien se ve, justifica el sentido del delirio schreberiano-: ilusamente se intenta la captura de la imagen imposible (que lo humano en tanto tal nunca logra apropiarse dado su destino draculesco que le hace parásito de sí mismo, ingestor de su propia animalidad agotada, congelada, ajena a todo retorno de imagen, a todo reconocimiento liberador y unificante, a toda recuperación de su remoto origen). La emasculación, el enlace erótico con el dios, la metamórfica puesta en acto de las escenas de fin de mundo, la auto-reproducción que genera la repoblación del mundo con pequeños-niños-Schreber, todo ello habla a las claras de esta condición decisiva e inocultable (sin embargo invisible desde cualquier otra posible perspectiva).

**DIECISEIS.** Si entonces se preguntara por una forma de recuperación de lo psicoanalítico a la luz de estos recientes develamientos ¿cabrían acaso opciones de despliegue, en cambio de convertirlo todo en empeño demoledor y autoafirmante?

Desde entonces -por ejemplo- la vejez y la muerte tendrían que estar decidiendo, tanto más que la infancia (así Freud no hubiera alcanzado a ver las cosas desde esa indispensable óptica que abriría la posibilidad de completar el juego -apenas comenzado a descifrar- de las edades).<sup>368</sup> Bastaría con ello para que un nuevo psicoanálisis fulgurara y se diera paso a una nueva clínica de lo contemporáneo (así ella no incluyera empeños transdisciplinarios ni directas expectativas clínico-estéticas. Sí se tratase apenas de readecuar a Freud frente a los nuevos decorados del despliegue de lo social contemporáneo.

Y se además se pensara en Lacan y en las ofertas de la clínica en general, en realidad ¿qué excluye una variante que incluya tales desarrollos? Si se trata en última y en primera instancia del terror (y de la defensa de las humanas resultantes frente a esa inapelable presencia) ¿cómo no empezar por reconocer al lenguaje como la más refinada modalidad de reclusión y a lo real como el punto más decisivo de su forclusión?

## **De territorios y agujeros**

**UNO.** “Para que estemos en la psicosis tiene que haber trastornos de lenguaje”- afirma de modo categórico Lacan.<sup>369</sup>

---

<sup>368</sup> ¿No existen también edades que den cuenta del desgaste del colectivo? ¿No hay un envejecimiento de especie -y no sólo a nivel de las culturas (Spencer), meras crisis que la especie remonta sin agotamiento reconocible más allá de éstas- que ilustra el desgaste de la forma de lo humano, evidenciado con toda contundencia en las modalidades de lo social contemporáneo?

<sup>369</sup> Cf. Lacan J. Op. Cit. (P 133).



Se diría que es esa el arma decisiva para desconectarse de la dominación territorial, organicista, que la psiquiatría<sup>370</sup> pretendió y pretende implantar en relación con las psicosis. Es -por decirlo así- una justificación última, una espacialidad inalienable por la cual se combatirá con decisión contra esas reducciones y simplificaciones. En tal sentido pues -de confirmarse su tesis- Lacan estaría dándole a la psiquiatría el más definitivo golpe de gracia.

Sólo que para ello -una vez más- acaso vaya Lacan demasiado de prisa en su reflexión. Es, partiendo de Dora,<sup>371</sup> como brinca Lacan hasta una paciente suya, y desde allí, hasta la certeza de su diagnóstico en negativo, según el cual por más recluida que ella esté, si la paciente carece de fallas decisivas que el lenguaje ilustra, no podrá haber psicosis allí.

Se trata de una asunción de principio, no de una indiscutible demostración.

Siempre que la neurosis antecede a la demarcación de la psicosis, el asunto se entrapa de manera inevitable.<sup>372</sup>

Ahora -como a Freud- le está sucediendo a Lacan: cuando ambos conceptos (psicosis y neurosis) se acercan entre sí y exigen francas e indiscutibles demarcaciones, antes de preguntarse por la solvencia de tales especificidades y en cambio de reconocer la imprecisión allí, Lacan opta por la compensatoria radicalización de posiciones, que en tanto tales dejan entrever las debilidades del armado gnosológico que así las decide.

DOS. "...soy harto escrupuloso en materia de diagnóstico de psicosis"- ha dicho de antemano Lacan en la misma página (en realidad, apenas un párrafo más arriba), lo cual parece más juicioso y pertinente. Lo cierto es, que para convencerse aún más de su construcción teórica, la certeza de Lacan se enlaza a la adecuación que él espera hallar allí.

La mayor fortaleza se cifra en dos cuestiones fundamentales. La primera de ellas consiste en la distinción que establece entre sujeto y yo (modelos de consolidación de la contraposición más amplia que distingue entre simbólico e imaginario) y la segunda, la certeza de que la maquinaria imaginaria comporta la urgencia del suplemento simbólico (indispensable para no terminar refundiéndose en un amasijo que la inutilice).

Esto último lleva a Lacan hasta la psicología animal donde supone que la ilustración resulta más lúcida y evidente. Sin embargo, la contradicción parece más bien exacerbarse. Sin lenguaje visible y sin más claves simbólicas que la mera contraposición inter-relacional del dar la muerte para devorar o del ensamblar copulatoriamente con el semejante, Lacan cree hallar allí el denominador común que desde el imaginario amarra a animales y humanos en una misma operación de base. Cuanto queda expuesto -y que Lacan no acierta a cubrir en forma mínima- es el asunto del lugar de lo

---

<sup>370</sup> Pareciera contradictoria esta afirmación si no se reconoce que Lacan es psiquiatra en algún sentido, aunque decidido psicoanalista en otro. Esa ambigüedad hace parte de su estilo (también a nivel religioso acontecerá algo parecido con este curioso y erudito autor). Lo cierto es que por lo general Lacan es -como clínico- semi-psiquiatra, sobre todo cuando alguna inseguridad decide su marcha (así, de un modo más definido, a nivel teórico es claro que apunta a ser psicoanalítico).

<sup>371</sup> Ibid. (P. 131).

<sup>372</sup> Si la ruta clínica de Freud no le hubiera llevado a cuestionar el método hipnótico en cambio de abordar el enigma teórico que el acontecimiento hipnótico ilustra, acaso hubiera encontrado en la confrontación entre hipnosis y psicosis una ruta más conveniente que la que decide desmembrarla de la neurosis para fundar un método terapéutico a partir de allí.

simbólico, pues lo simbólico -en sentido estricto- debiera ser a partir de entonces más bien modalidad de lo imaginario envolvente, refinamiento suyo.<sup>373</sup>

Debiera saber Lacan que es entonces cuando se impone reconocer la involucencia de las modalidades máquicas que -con la inclusión del soporte que es lo simbólico- comporta el distanciamiento indispensable que demanda el normal funcionamiento de los asuntos. Sobra decir que a pesar de ello, más que silenciado, lo máquico pasa de largo en el específico abordaje lacaniano.

Y no dejará de ser significativo, que allí donde se busca tomar distancia del modelo aplicativo organicista -así sea a nivel teórico- se replique devolviendo las cosas, apuntando a argumentaciones que buscan enlazar con el universo común de lo natural (animalidad compartida), en cambio de exacerbar la contundencia determinante de lo tecnológico y de lo máquico.

TRES. O sea, Lacan destapa la cabeza para lograr cubrir los pies. Porque -sin duda- el problema ahora es resolver cómo se da sin lenguaje, modelo simbólico en los animales. Algo desde afuera debe consolidar ley allí, así esto apenas se sugiera, o se pase por encima de ello lo más presto posible.

Lo grave no es la certeza de ordenamiento de un tipo u otro de prelações entre lo simbólico y lo imaginario, lo complicado es la forma como se lo explica y resuelve.

El asunto del lenguaje en Lacan tiene un inconveniente que connota severas implicaciones: antes de reconocer que el lenguaje lo recubre todo y que ha de ser a partir de allí que nada escape a su reconocimiento, en tanto que siendo del registro de lo escritural -sin ser de manera necesaria expresa escritura- se puede siempre leer, su involucencia se asume como mero recurso instrumental que apenas sirve para develar cuanto precede como orden ya dado (por ende indiscutible, al menos a nivel de las más visibles emergencias). Y es que con ello, en cambio del reconocimiento del enigma de base el orden fundante se supone irreductible, como válido en sí desde su insostenible evidencia de silencio. Y es sólo entonces que el lenguaje simula envolverlo todo desde la falacia de su ingravidez, pues lo cierto es que ese soporte de base que lo subtiende nunca se explicita, ni al parecer resulta indispensable su inclusión.<sup>374</sup>

Es una falla en ese recurso cuanto decide a la psicosis, lo cual -si bien se ve- apenas cambia los términos del proceder psiquiátrico. A partir de allí, qué más da que se trate de neuro-transmisores o de neologismos. Lo cierto es que “siendo la indagación de la esencia de la locura, una locura”,<sup>375</sup> Lacan no pareciera reconocer que lo es en efecto no tanto por “la locura” propiamente dicha como por “la esencia”.<sup>376</sup>

---

<sup>373</sup> Invertido el modelo de las prelações empíricas que imponen las resultantes más recientes -donde el acto se impone sobre el significante, armando y evidenciando inocultable prelação terrorista al nivel más vulgar y contundente pensable- el asunto de manera inevitable se normaliza. El demérito de lo imaginario, su forzoso sometimiento, anuncia apresamientos y reclusiones -que de un modo u otro- el delirio de Schreber denuncia y apropia, de hecho su dominación más primordial y originaria, su más basal predominio escenificante, estalla así.

<sup>374</sup> A pesar de muerto, Lacan también es uno distinto de su obra (la cual por ello en cambio revive). Reconocido esto - y por compensación entronizado el desaparecido- por más liberalidad frente a esa herencia, todo cuestionamiento al modelo establecido que ella comporta, desde que se asume sin más tal reconocimiento exterior la solidez de la objeción se desdibuja, torna retórica.

<sup>375</sup> Cf. Lacan. Op. Cit. (P. 129).

<sup>376</sup> Es a partir del impedimento para el ejercicio de una singularidad -que en tanto tal estalla y enajena del lado de lo singular- que se da psicosis. Al lado de esta incapacidad, por físico impedimento para asumirse de manera tajante en la exclusión que impone el colectivo, de modo simultaneo surge la imposibilidad para dar pleno despliegue a tal singularidad. La nostalgia de esta taponada inclusión en el rebaño humano impide al loco asumir su demencia, apropiarse de su singularidad con toda radicalidad, y de manera literal, cambiando tal abierto despliegue por creaciones compensadas

CUATRO. El afán de Lacan por reforzar su tesis del lenguaje como soporte último y primero de toda psicosis le lleva a recalcar en las alucinaciones auditivas, descubriendo con ello -una vez más- la precariedad del recurso de cobertura que pretende emplear. Si bien es cierto que las audiciones alucinantes son decisivas en el delirio de Schreber, ello no oculta la importancia equivalente de los desbordes visuales. Es claro que Lacan no los niega, sólo recalca que existe allí un desequilibrio en la tendencia interpretativa, lo cual -más allá de su empeño- torna tanto más evidente la condición desbordante de las alucinaciones visuales. La verdad es que por encima de esa disputa se trata de reconocer con toda objetividad la indiscutible presencia de una doble vía que retrata un mismo asunto: lo alucinatorio. Lo alucinatorio que es, o bien visual o en cambio auditivo.<sup>377</sup>

Lo complicado es que a pesar de pleitos menores de todos modos presentes allí, Lacan se olvida de explicar la alucinación visual, más aún: reconocerla enlazada al lenguaje desde lo simbólico estricto y no sólo adherida a lo imaginario (si es que se trata de sostener la tesis según la cual “si hay psicosis hay trastorno de lenguaje”).<sup>378</sup>

O hay más que lenguaje puesto allí en el delirio, o si se trata siempre de modalidades de lenguaje -así se expresen por la ruta más laxa de lo imaginario- las alucinaciones visuales no lo son menos que las directas alucinaciones auditivas.<sup>379</sup>

CINCO. “Pero si Lacan nunca ha ignorado esto”- se podrá responder.

Lo cierto es que gracias a la linderalidad de lo alucinatorio Lacan está instalado allí -con cierta comodidad- en una suerte de frontera donde resulta difícil “pillarle”, pues si hasta “los escritorios hablan”, ha de ser por esa duplicidad de territorios donde se pueden armar agujeros, en cambio de

---

de ilusos o fingidos mundos, por contaminadas reposiciones interpersonales, por fallidas inflaciones de la obra aislada (que, así llegara a ser convalidada, ello no incluiría a la persona que la genera). Como quien dice, que el psicótico está más urgido del apoyo del colectivo que dispuesto a la asunción decidida de su delirio y de todo cuanto ello de por sí comporta.

<sup>377</sup> Bien vistas las cosas, decir alucinación visual es una forma incorrecta pues sólo resulta siendo visual en cuanto comporta obligatorio y prioritario paso-por-la-mirada. Hasta ese punto llega el empirismo a obnubilar las cosas. Las alucinaciones en efecto no se ven, se miran. ¿Cómo podría llamar a esto la normalidad?

Dejemos pues así el asunto, dentro de lo más convencional (pues, de otro modo ¿qué nombre darles?).

Tampoco es válido decir alucinaciones auditivas dado que tales modalidades sólo admiten escucha, son pura escucha (así se crea oírlas).

Y -visto todo desde otro sesgo, más allá de todo esfuerzo de doble forclusión- cabe también reconocer en ello el peso apabullante de lo estético que demanda casi empezar de nuevo por la sensación, que crea audición y mirada en confusa pero irreductible mezcla con el empírico ver y el inmediato oír. De hecho, no sólo en la psicosis, no por nada -así se cierren los ojos y entonces sí, se mire- resulta tanto más evidente que la escucha viene olvidándose de todo oír sin urgencia alguna de cierre orgánico posible.

<sup>378</sup> Cf. Lacan, J. Ibid. (P. 133) ¿Resulta necesario recalcar en el inconveniente y simplificante efecto que genera el manejo normalizante de lo imaginario subordinado?

<sup>379</sup> Bien vistas las cosas, afinado el rigor de su abordaje, no sólo cabe afirmar que las alucinaciones no se vean ni se oigan, que apenas se les escuche o se les mire, en realidad son ellas tan linderales que es por eso que sólo resulta posible reconocerlas desde un territorio de normalidad consolidada, o viviéndolas en cambio desde la más directa atrocidad que comporta su imperio. Y si se fuera menos defensivo y optativo allí, hasta habría de reconocerse que es la reposición de lo especular cuanto da a la mirada opción de ejercitamiento autónomo (en efecto, sólo desde el otro lado del espejo se mira, al menos cuando se trata de la experiencia víglica). Con la escucha sin embargo no sería para nada válido este sesgo, obligando a un abordaje diverso al especular (banda sonora, aullido originario forcluido) que delata ya el distanciamiento entre una y otra modalidad (no la complementariedad que corrientemente les acompaña al enfrentarlas).

atacar o de apenas resultar indiferente (es la territorialidad -se quiere decir- lo que lo decide, como al pececito de la ilustración etológica que el propio Lacan oferta).<sup>380</sup>

¿Dónde va pues la trampa? Allí donde el lenguaje se expresa por dos vías -que si bien de modo corriente resultan siendo complementarias, no por ello se disuelve una en la otra, antes bien resultan irreductibles entre sí-: o bien el lenguaje se dice, se habla, o en cambio el lenguaje se lee. Si se asume esta última vertiente, cada que alguien habla a otro, esto aparece: alguien, quien al hablar, graba sobre la escucha-audición del otro, otro (quien al oír-escuchar) en realidad lee lo dicho. Y ello vale incluso cuando se piensa (lo cual significa apenas grabar de modo directo sobre una escucha que no demanda referente distinto a la propia persona, y sin explicitamiento verbal visible).

Ya ha sido resaltado: se trata de lo escritural. Y, en eso y por eso, siempre que se alude a escritura -en cambio del reconocido, empírico e irreflexionado intercambio oral- se trata de la “visualización” de la operación por la cual cuando se habla, en realidad se está grabando. Escritura que se lee en cada escucha, así proceda de un-otro-parlante o esté ya formateada en la piel de las cosas, las cuales por ello se ordenan de esa manera (dado que la intangible baba de lo escrito reposa de tiempo inmemorial sobre ellas) y porque, ahora y siempre, son capas textuales sucesivas cuanto les constituye, porque la escritura hace de eso que cada emergencia es, cosa simple y llana (aún entonces se empeñen en incluir en todo ello al Otro de Lacan, ¿qué podría ser ese Otro que surge incluido desde la prelación de lo otro, si no otro escritural?).<sup>381</sup>

SEIS. Aún desde sus impedimentos para cerrarse sobre sí y decidir la innegable singularidad suya como inapelable e incompatible lo humano sigue armando territorio, sólo que lo escribe y lo amplía de modo desbordante y plural. Como un ejército de arañas, lo humano extiende sus redes ciudadanas de manera indetenible y desbordante y es en ello y por ello, que humanamente vista, la territorialidad enloquece.

Si primero parece loco Schreber antes que su delirio, ha de ser porque de antemano se impone que de modo particular no se están transgrediendo los linderos de lo humano más general. Pero, rompiendo con esto, Schreber no hace más que remontar la condición modal, ilustrando sin más la locura de todos, desde que a diferencia de sus semejantes asume sin tapujos, con toda radicalidad, lo imposible: el reapuntalamiento de la más escueta verdad de lo humano, y a pesar de que con eso -a partir de allí precisamente- su obrar le enloquezca.

Schreber -en efecto- deja de trabajar, para que a cambio de ello labore su delirio.

---

<sup>380</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (Ps. 136 y sigs).

<sup>381</sup> Si en efecto el Otro, en cambio de lugar del lenguaje, de modo predominante asumido como ejercicio de oralidad en lo significante (y en el reino del sujeto, por ende) o, dicho en asocio con Freud -que es algo que Lacan entonces acostumbra con cierta comodidad pues no siempre es riguroso en ello- del inconsciente. Por lo demás (y a Freud nunca le urgió esta sobre-abundancia) si el Otro fuera reconocido como lugar de lo escritural, de la huella inapelable, aún -tanto más- de la huella intangible y por ello imborrable, el riesgo de personalización (si bien no desaparecería por sólo ello) lo cierto es que haría del dios siempre efecto de suplemento, huella ya (así hable, precisamente en cuanto habla) marca que impondría, antes de su supuesta presencia, el reconocimiento del enigma irreductible subentendiendo allí, precediendo siempre a toda huella.

Por pensar de ese modo empirista y religioso al Otro, Lacan delata siempre que cree que el dios del colectivo existe (y aunque no pueda demostrar tal existencia como autónoma y válida en sí, así sea porque habla). Confunde entonces esto Lacan con ateísmo. Ateísmo, que visto así, en realidad no más que apuntalamamiento genuino de creencia. Lo cierto ha de ser, que con dios o sin dios, sólo sea posible la creencia, que nunca pueda lo humano renunciar a ella. Y la creencia se decide como prioritaria, desde que el habla se apuntala y recluye (y desde que, a pesar de ello, resulta imposible descifrarle, desentrañarle desde sus más indiscutibles y definitorias emergencias y perpetuaciones).

La territorialidad comporta vínculo de apropiación y es en esa vinculación que se descubre la condición del yo y del sujeto (modalidades duplas de vinculación). Sujeto reconocido entonces en tanto sujetado, y no sólo al lenguaje (así esta más visible e inmediata vinculación resulte también siendo válida e indispensable).

De otra parte, y a nivel general, los amarres del yo comportan una locura adicional que consiste en renunciar al reconocimiento de lo humano, como primero allí. Es donde se apuntala la versión social de la persona en cuanto prioritaria. Entonces, cuanto es vínculo (general, envolvente) en lo humano se apropia como enlace particular, personal, por definición.

SIETE. Más allá de otras modalidades de lo intangible y de lo tangible es la territorialidad lo que se representa, y es el juego de las vinculaciones múltiples cuanto termina por jerarquizar las resultantes (ellas mismas generadoras de indispensable distanciamiento, de encarnado alejamiento de los núcleos de base, por decirlo así).

Otra cosa es pretender sin más que el distanciamiento lo determina lo simbólico por tratarse de lo simbólico mismo. En otra parte de su obra, Lacan asume la mera sucesión de ausencias y presencias como inevitable ordenamiento de las series que terminarán por incluir sentido.<sup>382</sup> Y debe ser verdad. Pero para que se sea sensible a ese encadenamiento y además se descifren las implicaciones que ello acarrea (incluidas las explicaciones que se den a nivel suplementario) se impone ya industria y bastante, además de enigma irreductible (pues antes de ello, sin la pareja no menos decisiva del adentro y el afuera no es viable tampoco reclusión alguna). La reclusión es territorialidad reasumida y desbocada, que en tanto se la incluye niega todo afuera. Y en ese afuera se instala siempre de manera inapelable la condición del enigma, eso que Lacan sin más llena siempre con invasión de lenguaje (apelándole al tiempo “lo real”, o -tanto peor aún- llamando a eso “real”, sin siquiera pensarlo. Para que luego lo simbólico venga -por pura compensación- a llenar tal lugar, y a decidir -por pura proyección- la verdad de lo irreductible -las psicosis- sin necesidad de incluir allí, ni al terrorismo, ni al terror, ni a lo singular, ni -menos aún- a lo estético).

En efecto, así sea por la vía de la ciencia y con el soporte de poder que confiere la solidaridad del colectivo, no es menos paradójico llamar, definir lo real desde lo simbólico, recluir allí, sin límite aparente, a cuanto de ese modo, antes de reconocérselo como en definitiva incapturable, se lo excluye.

De hecho, se pone a lo real a llenar el lugar del afuera, en cambio de reconocer que es modo ya de esa espacialidad negada, que da paso a su nombre, y de modo simultáneo a su reducción recluyente desde el imperio de un pan-lenguaje, obligado a tales malabarismos desde que asume al tiempo exclusión y involucencia (Casi peor que decir así -acaso de otro modo- eso de que “allí donde ello era, yo ha de advenir”).<sup>383</sup>

## **La condición hipnoide**

UNO. Después de largo trasegar sólo aquí logra el escrito de Lacan empezar a situarse de manera más definida frente al intrincado tema Freud-Schreber,<sup>384</sup> lo redime por la ruta del narcisismo -por

---

<sup>382</sup> Cf. Lacan, J. Artículo “El seminario sobre “La carta Robada”, en “Escritos”. Siglo XXI; Ed. México, 1975.

<sup>383</sup> Cf. Freud, S. OBRAS COMPLETAS”. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1979.

<sup>384</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (P. 155).

lo demás, recurriendo al ágil y hábil recurso de la regresión, no histórica sino tópica- y lo pone en su sitio a través de Katan y derivados, quienes hacen de la defensa -y por ende del yo- las vías expeditas para la más lamentable y progresiva reinterpretación de la oferta freudiana.

O sea, deberá morir Freud para podersele cuestionar de modo indirecto, y/o por terceras mentes (lo cierto es que si se va por ahí de tan fácil manera, no ha de ser por nada la reinterpretación).

Pero lo que interesa es -más allá de estas personalizaciones e inculpaciones- descifrar la objetiva realidad del asunto.

Habría que empezar por tomar un poco a la letra este apartado que inicia, en el capítulo octavo, con el título de “La frase simbólica”.<sup>385</sup> Lo primero a resaltar ha de ser el reconocimiento -sin justificación posterior alguna- de que el caso de Schreber es el texto de Schreber. Esto -tan válido en sí- se dice pero no se asume (y ello no ha de ser en vano, así en primera instancia resulte imposible de articular).

DOS. Luego viene la contraposición de la cual en realidad se trata: la economía narcisística en lo esencial (entendida como el real soporte de la interpretación de la psicosis de Schreber en el texto de Freud) y la noción de defensa que lidera Katan.

No se debiera pasar por alto un reconocimiento -tan innecesario como extraño- según el cual resalta Lacan, que como psiquiatra, habla a un grupo de psiquiatras: “Es muy natural que leamos el caso con ojos de psiquiatras”, concluye.

El apartado uno comporta un rastreo por la ruta histórica del armado de los conceptos en Freud y la obligada retoma, a partir de allí, de los enlaces al estilo breueriano entre lo hipnoide y lo histérico. Lacan protege en demasía a Freud cuando le hace decir con cursillas incluidas: “No nos interesan, eso no es lo que tomamos como carácter diferencial en nuestra nosología”. Independientemente de que Freud no quiera asumirse en la tradición del ejercicio hipnótico, lo cierto es que allí hay una cuestión que nunca se logró remontar. Freud, en efecto, renuncia a la hipnosis por razones más bien morales (o éticas, como acostumbra decirse, sin mayor justificación de equivalencia) que porque logre reales explicaciones a propósito del fenómeno que a nivel empírico evidencia la presencia del enlace hipnótico.

Pareció siempre suficiente contentarse con reconocer indudable progreso en la reubicación de la eficacia hipnótica desde el poder de Mesmer (supuesto a partir del artificio indescifrable de su vara mágica) y el reconocimiento de la mera sugestión (en tanto interiorizado sometimiento del hipnotizado, de hecho ajeno a todo real poder exterior). Pero ¿qué hacía que aún así se diera hipnosis, siendo como resulta ser tanto más enigmática la operación una vez se le asume desde esta escueta localización?

TRES. Más bien la modificación del procedimiento justifica la oferta clínico-psicoanalítica en tanto renunciando a la dominación que comporta el recurso hipnótico, se democratiza el modelo dando paso al ejercicio de la libre asociación y descubriendo con sorpresa la emergencia del fenómeno de la transferencia (el cual tampoco se explica, antes bien se asume como el motor del proceso terapéutico).

Ello da a la transferencia un poder tal, que ha de ser por esto que se incluyen cosas tan fuertes como esta -que se apuntala afirmando que “si se agota la transferencia se agota el proceso terapéutico”- o

---

<sup>385</sup> Ibid. (Ps. 149 y sigs).

bien aquella otra según la cual la travesía psicoanalítica en cada caso coincide con la emergencia y el agotamiento de la experiencia transferencial.

Todo ello, hijo de la certeza aplicativa, de la experiencia -desde la contundencia de su eficacia- asumida como demostrativa.

Lacan lo sabe, y en forma velada en el conjunto de su obra lo reconoce como el talón de Aquiles del psicoanálisis. Esto se expresa en fórmulas como: “la contra-transferencia es la baba del terapeuta”, o bien: “la cura es un beneficio secundario del tratamiento” (donde sin duda habría de primar el proceso de investigación que versa a propósito del develamiento de lo inconsciente).

Pero el seminario de Lacan tampoco va más allá del reconocimiento de la transferencia como resistencia o de la aceptación de la transferencia como un mal necesario e inconveniente. Acaso apenas podría adelantarse un desarrollo desde el supuesto de una modalidad, posible a partir del despliegue del discurso del amo.

¿Mas, qué? ¿No es esto dar la vuelta al asunto apenas desplazando el enigma?

La verdad es que -así sea indiscutible el fenómeno transferencial- nada decide la razón por la cual lo humano se subordina a lo humano<sup>386</sup> de maneras tan contundentes y radicales. Cuanto apuntala. Entonces, desde que en su reflexión Lacan no se da mínima opción a una real aspiración explicativa ¿no es de algún modo volver de nuevo a Mesmer?

CUATRO. ¿Por qué se da vínculo terapéutico, hipnótico o no?

Es esta una pregunta que debiera resultar indispensable responder si se quiere ser adecuado de manera mínima en la aplicación clínica de la teoría psicoanalítica.

¿Qué podría decirse al respecto, desde la perspectiva de una visión clínico-estética?

Sin pretender resolver las cosas en dos líneas, lo cierto es que la idea de una instancia de masa parecer ser indispensable allí. Es esa al menos una de las piezas pendientes que recuperaría el hilo conductor que lleva desde la hipnosis hasta la psicología de masas y -auscultando las claves de continuidad que reduzcan toda escueta psicología de lo individual- se instale con decisión en el reconocimiento de la prelación que impone la humana matriz formalizante.

La opción de una instancia de masa enlaza cuanto a nivel humano resulta escindido entre el individuo y el colectivo, y que desde la perspectiva del desciframiento teórico delata ya un ensamble entre la persona y la masa desde despliegues que lo tecnológico y lo terrorista exacerbaban, abriendo con ello opciones explicativas para fenómenos indescifrables sin la inclusión de tal recurso conceptual (la transferencia entre otros).

---

<sup>386</sup> Sin excluir la condición de lo hipnótico como recurso máquico donde el poder de la Obra decide a lo humano, de un modo tan radical como intangible, Lacan prefiere asignar los máximos reconocimientos al saber y por sobre todo al saber-sobre-la-muerte que es para él la clave diferencial que en última instancia distingue a los humanos del resto de los seres. Por mayor que sea el riesgo o el peligro de extinción, no puede ser el terror mera conciencia, trasciende la especificidad de lo humano, y ha de ser por ello que -así Lacan lo presuponga- no puede ser escueto efecto de saber. Al menos para sus despliegues a nivel de lo humano y aunque no ignore como condición suya el previo saberse-para-la-muerte, el terror va más allá. De hecho, antes de todo, su reino es del registro de la vida y -asumido que sólo se apuntala de modo indiscutible después de cierto grado de complejidad orgánica- comporta la presencia inevitable de lo corpóreo, (y, antes aún, el tema es más del registro del poder).

El terror alude por todo ello a la incontrolable desmesura de la fuerza.

Es ante un determinado grado de desmesura, a nivel de las puras potencias en ejercicio, que el ser vivo se paraliza y aterra. Y es cuando lo humano se apropia de esta primariedad de la fuerza, que se da paso a cuanto se reconoce como terrorismo (allí donde la Obra se vuelve contra sí misma, sin hacer excepción con sus supuestos creadores).

En efecto, acaso visto todo así, resulte viable reconocer que transferencia e hipnosis son el momento antes del terror. Terror entonces silenciado en la entrega, indefensa e hiper-defensiva al tiempo, arbitraria e indiscriminada postura ante el poder que se le asigna al otro, dominación extrematizada que puede llegar incluso a consolidar delirio.<sup>387</sup>

CINCO. Como fuera -hermanas de la experiencia que desde lo sublime da paso a la estética fascinación- hipnosis y transferencia se enlazan a la manera de otras tantas reacciones humanas frente al abismo de la muerte, del no ser, o -en el otro polo- semejantes también a la fusión que se da como amor, como pasión, o incluso como inmolación. Asuntos de la vida, presentes en sus más primordiales niveles no debiera olvidarse cuanto de animalidad, de tropismo, y de acto reflejo, va puesto allí (así el modelo se refine y encubra dentro de modalidades de artificio y de sofisticación técnica, reventando de manera sorpresiva desde el otro inesperado extremo de lo más abstracto y complejo).

La transferencia sería a su vez -como se señalara con antelación- una modalidad de la puesta en acto de la instancia de masa, de la presencia de un modelo vincular, hermano de aquel que acompaña a las multitudes frente al líder, o a cada quién ante los aparatos tecnológicos. Modelos vinculares que para su consolidación ofrecen en común la condición de lo imposible. El ser gobernado, el ser educado, el ser curado, son vínculos en y de lo social, sólo que apuntalados de modos por demás particulares por la ruta de la instancia de masa desde donde se acuñan todas las vinculaciones colectivas, incluido el lenguaje.

Según se trate de uno u otro registro (personal, colectivo), de una u otra polaridad, es lo inconsciente cuanto primero se resiste a un reconocimiento indiferenciado.

La transferencia, desde entonces, no puede ser más que el síntoma que delata el empeño terapéutico de personalización de cuanto en teoría avanzó siempre en cambio en pos de una ampliación definitoria, progresiva, inocultable. Basta ver desde una perspectiva cronológica el índice de las Obras Completas de Freud para convencerse de ello (sin necesidad siquiera de leerlo)

---

<sup>387</sup> Podría parecer extremo adivinar la presencia del terror detrás de la invitación a asociar libremente. No se podría pensar lo mismo si se reconoce, más allá del mero recurso metodológico, la implicación de asumirse sin tapujos y en profundidad, de ir en pos de la verdad más constitutiva, oculta y enigmática, tras la cual se ofrece cada quién para sí como un real desconocido.

Verlo apenas así, demuestra hasta qué punto la mera pretensión clínica -en la cual el empeño se agota, con la cual los actores de investigaciones de este orden se resignan- restringe las opciones de búsqueda que el psicoanálisis inaugura. Si no se pensara apenas en la persona, si se explorara desde ella -aún fuera este el caso- los enigmas que allí se hacen capaces de expresión y al tiempo de conocimiento, otra cosa sería -qué duda cabe- una oferta tal.

Bien visto, lo social se apuntala en armados, en ofertas de modelos a seguir, que responden a la más pura incapacidad del modo de lo humano que cada quien de entrada es, para reatarse a lo humano, que de hecho lo constituye. Sólo que entonces aparece lo social y no lo humano como inapelable oferta a seguir por parte del indefenso individuo, el cual por todo ello inmerso allí, no hallará nunca su enlace con cuanto en el nivel básico lo constituye y define. En ese punto surge sintomatizada la singularidad irrealizable y ha de ser por ello a su vez que el destino explosivo de lo singular ha de tornar inapelable.

Como fuere, el terror es por sobre todo frente a la singularidad, la cual comporta una aplicación imposible. Hacerse cada quien, quien en realidad es, sin soporte alguno en referencias ni en terceros es cuanto más aterradora. Desde entonces, replegados al rebaño, se aprenderá a obedecer a las apetencias que lo social impone para consolidar las propias urgencias, olvidando la opción de cuanto debiera ser reconocido -ironía de ironías- como lo más personal. Esta es la ruta que -por supuesto, a su modo- emprende Schreber y es esa la consecuencia que comporta un recurso tal.



SEIS. El delirio de Schreber saca a la luz las claves más inverosímiles que estas modalidades de vinculación actualizan.

Se ha dicho: la fascinación entonces es un comportamiento de la vida, presente ya desde que se dan polarizados tropismos en los organismos unicelulares (supuestamente los más elementales). Pues bien, si algo resulta sorprendente ha de ser pretender estar por fuera de estas inclusiones definitivas, como es habitual acontece a los humanos. Y así sólo el curar sea una condición indispensable para la reproducción de lo social -y por supuesto, aunque desde entonces todo debiera ajustarse a ello- la singular animalidad acallada encuentra inesperados canales de emergencia para estallar del modo más inadmisibles.

Es asunto de antemano previsto que, acaso con ello, no se resuelvan las cosas. Pero, al menos se trata de un primer apuntalamiento frente a una cuestión dejada con precipitud en lo real, para que lo simbólico le mal-recubra, le corte las alas, y le lime las incómodas puntas que de hecho le ofrecen como esquiva y problemática realidad (más tarde o más temprano, reconocida como insondable).

SIETE. Menos arriesgado y próximo -aunque no por ello más fácil de resolver- resulta ser el asunto que recoge las dos versiones que hasta aquí han sido asumidas por parte de Lacan para dar cuenta de la especificidad de las psicosis: de una parte, el enlace entre lo real y lo simbólico -que no logra repletarlo después de su abrupta emergencia- y, de otro lado, los trastornos de lenguaje supuestamente inevitables a partir de allí.

Sin olvidarse de una tercera cuestión de ello derivada: la demarcación entre los registros del yo y del sujeto, acaso más contundentes cuando se trata de distinguir entre neurosis y psicosis que cuando se les observa en el funcionamiento corriente (por lo demás, insertos sin aparentes modificaciones como lugares estructurales anexos, redefinidos al interior de la trilogía de base real-simbólico-imaginario en cuanto derivadas, reasimiladas conceptualizaciones).

A la luz del abordaje clínico-estético ¿qué decir de esta distinción -fundamental para la perspectiva psicoanalítica- que apuntala la reflexión sobre el yo y el sujeto?

Si bien ambas nociones no se han pensado enlazadas, ni en éste ni en escritos anteriores, no se podría negar que el tema de algún modo ha sido abordado con antelación (si bien no en profundidad ni dejando las cosas definidas de una vez por todas). Conviene sí reconocer, sin embargo, que ese enlace donde se redibuja lo simbólico de un parte en el contraste con lo imaginario de otra, no lleva mucho más allá si no se reconoce lo estético, que al tiempo que arma y apuntala lo social, termina sometido por estas demarcaciones. Lo estético, que más allá de todo ello, empieza a descifrar niveles de exclusión donde nociones como instancia de masa les desdibuja y remonta (a ese nivel, en efecto, ambos conceptos se diluyen y delatan al tiempo cortedad e insuficiencia).

Si se piensa en asuntos como la transferencia, no sólo se podrá entender por qué con sólo tales recursos tradicionales y personalizantes, ésta resulta indescifrable, inexpugnable (de hecho, la misma transferencia se hace visible por qué resulta insostenible -tanto como necesaria- desde la contraposición que la funda, entre la teoría y la aplicación terapéutica). Más allá de todo ello, cabe reconocer que detrás del yo se esconde lo virtual -de lo cual es un modo entre muchas variantes y opciones posibles-, y el sujeto -asfixiado por la promoción lacaniana del lenguaje- demanda a su vez por la ruta de lo clínico-estético una obligatoria ampliación de cobertura en tanto prioritaria modalidad del vínculo.

Desde allí, vistos desde una readecuación clínico-estética, ambos conceptos (yo y sujeto) permiten iluminar la verdad de esto que de otra manera tornaba ilegible (la propia transferencia).

OCHO. Pues bien: ¿cómo afecta lo real a lo simbólico en las emergencias de lo psicótico para que se haga indispensable reconocer trastornos de lenguaje allí? Por lo demás: ¿hasta dónde es ello de verdad diferenciador cuando del diagnóstico se trata?

Que al darse la emergencia particular de lo psicótico se imponga el reconocimiento de una operación suplementaria de hiper-simbolización sobre lo real -más allá de cuanto logra y domestica el colectivo- es algo a lo cual Lacan deberá derivar, y esto resulta diferente de afirmar que en las neurosis escuetas se trata de generales rutas simbólicas (o propiamente imaginarias cuando se ponen en acto las psicosis).

Lo cierto es que con sólo ello basta para que -una vez más- la contraposición yo-sujeto (en tanto apuntalados desde ese demasiado laxo contraste entre lo simbólico y lo imaginario) resulte insuficiente para demarcar de un modo apenas pertinente los territorios de las neurosis y de las psicosis.

No por nada al final de esta disertación Lacan parece necesitar asumir con mayores bríos la contundencia de la cuestión psicótica. Es cuando alude a “masa de fenómenos” (la cual estaría sosteniendo el proceso alucinatorio-delirante).

Al menos para llegar hasta allá, Lacan habrá de aceptar que “el problema económico queda abierto en el momento en que Freud termina el caso-Schreber”. En cambio, no se da cuenta Lacan de que al reconocer como inocultable -en la lógica que consolida delirio allí- la condición de único, lo singular está presente del modo más radical en el psicótico discurrir de Schreber.<sup>388</sup>

NUEVE. Lo primero que habría de decirse es que el hecho por el cual alguien hipnotiza a otro (o alguien se deja hipnotizar por otro) no es algo que se pueda resolver de manera directa partiendo apenas de la escueta territorialidad de lo humano-social-urbano.

Se trata de un más- acá-de-ello.

Consiste más bien en una intangible e indisoluble piedra que se hace presente a cada paso y en diversas formas, a pesar del esfuerzo de conjunto por ignorarla como constitutiva y cuya clave decisiva alude a primigenios enlaces donde el terror y lo enigmático se unen. Punto de mayor debilitamiento para el empeño estético-formalizante, en contraste con la máxima potencia de la instancia de masa en contundentes juegos de desequilibrio de fuerza.<sup>389</sup> Ya ha sido reconocido aquí que -aunque sin abordarlo de modo directo- Lacan intentó responder a ello con sus esquemas de los cuatro discursos (del amo, de la universidad -o del saber-, de la histérica y del analista)<sup>390</sup>.

Se trataría de lugares que en última instancia deciden los comportamientos y sus sentidos. Basta que alguien ocupe, de un lado, el lugar del amo y en el polo opuesto -y a esto ya Lacan no se esmera en

---

<sup>388</sup> En textos anteriores pudo haber quedado la duda sobre la procedencia de lo singular, pero en clínica de lo social ello ha sido demarcado de modo bastante preciso. Lo singular es efecto siempre, resultante del bloqueo que se adelanta sobre la singularidad -al menos en primera instancia- formalmente irreductible, si se prefiere: forma sometida por la fuerza, y que en tanto tal, genera estallido.

La singularidad es previa a todo suplemento social-urbano, por eso en su versión más inmediata e indiscutible pertenece -cuando de lo personal se trata- al cuerpo y a la resultante anímica que allí se aloja.

El cuerpo es por ello el milagro que materializa el paso desde la fuerza abstracta y uniforme hasta la emergencia formalizadora donde la singularidad hace presencia.

<sup>389</sup> La instancia de masa da vuelta al terror y lo transforma sin más en fascinación o sometimiento. Falta ver cuánto de armazón social habra de constituirse para que se consolide y aglutine tanto poder, tal desproporción, tan humana condensación, y cuánta estética magia subtiende y se impone sepultar así, por donde fuera, para que termine dándose estallido, emergencia terrorista.

<sup>390</sup> Cf. Lacan, J. “Aún”. Seminario #20. Paidós, Ed. Barcelona, 1981, y “Psicoanálisis, Radiofonía-Televisión”. (Fotocopia sin datas).

completarlo en sus esquemas discursivos-<sup>391</sup> exista otro que asuma el lugar del esclavo para que surja la opción de la modalidad hipnótica.<sup>392</sup>

Aunque lo cierto es que no basta con ser esclavo para ir como hipnotizado por el mundo, ni es suficiente con ser amo para -al estilo de Mesmer, con un gesto, a cada paso- dormir a quien fuere.

Y sin embargo, no sólo sin amo no hay esclavo y viceversa. Tampoco, a partir de allí, sin un contexto envolvente, esos lugares podrían sostenerse (así, al final -y al nivel más inmediato y empirico- parecieran complementarse del modo más indiscutible, redondo y suficiente).

Cuando esta fetichización se entroniza el lenguaje termina actuando solo y el escueto vínculo pareciera rodar de modo autónomo sin el necesario y habitual soporte inter-relacional, conciente e intencional.<sup>393</sup>

Es obvio, que a falta del recurso de lo escritural, ello no explica nada -en el mejor de los casos, apenas localiza-, de hecho se trata de lo irreductible y de lo enigmático, aunque una vez se acepta esto se sabe que las cosas pueden al menos ser más claras vistas al revés, o sea como redondas evidencias que no demandan ser por ello indagadas (en cambio de asumir la operación de suplementariedad que el reconocimiento de lo escritural impone siempre).

DIEZ. El gancho vincular es cuanto resulta inapelable cuando se alude a modalidades de lo humano. Cuando se trata de una forma humana encarnada -se quiere decir- torna inevitable ligarse a algo para poder rodar. Las variantes de lo vincular pueden ir de un extremo a otro, y portar diversas opciones de expresión según se dé este o aquel recurso de enlace.

Y lo cierto es que cuando se ejercita la hipnosis como algo excepcional, se olvida que ha de ser porque se ha marcado decisiva distancia en relación con esas alternativas básicas, primordiales, donde se ingresa ahora por una refinada y sorprendente ruta.

En efecto, es la condición del vínculo cuanto hace indescifrable el acontecimiento hipnótico. Que las representaciones obedezcan consignas externas desde el privilegiado lugar que se le asigna a otro, no es en sí lo más llamativo. Ese estado que ilustra una modalidad de vínculo enigmático generado por el ser dormido por otro, o el poder dormir a otro, es cuanto en realidad da paso el ingreso en un registro tan singular (así se trate de lo singular como ejercicio de pareja y sin que nada en apriencia

---

<sup>391</sup> En el seminario "Un Otro del otro" -citado antes- Lacan lo hace, aunque apelando a la cobertura que le ofrece la referencia hegeliana.

<sup>392</sup> No se entiende por qué Lacan en la organización de sus discursos sólo vé amo donde se da poder. ¿Por qué no es dable el amo a nivel del saber, y a su vez, en el registro del curar que es la referencia a partir de la cual florece la transferencia? Se dirá que el psicoanalista está en el polo opuesto (lugar del otro desgajado, pequeño a).

¿Mas, qué? Es el psicoanalista quien se pretende apuntalado allí -por lo demás, con el anexo de una neutralidad de difícil ejecutoria y sostenimiento-. Nada garantiza que el paciente le reconozca en el lugar donde la puesta en acto de su transferencia delata otra perspectiva, tanto más diversa Por lo demás, ¿acaso no es aún más eficaz el poder en cuanto no ejercido? ¿no es a partir de allí que con toda precisión el terror -asumido como amenaza- torna tanto más irreductible?

De hecho ¿no es ese también -a su manera- el lugar del dios de la creencia (colectiva o particular) desde que Otro y amo se refunden, en un registro donde Lacan no quiso arriesgar posibles despliegues teóricos, enlaces indispensables, al menos?

<sup>393</sup> De hecho, el lenguaje habla sólo y es la persona quien se ilusiona con su empleo voluntario y utilitario. Supuestamente se habla, sí, cuando se quiere y cuando se lo decide cualquiera se interrumpe también. Pero no se hace por sólo ello visible el mecanismo desde donde el habla emerge ni se impone a cada paso una clara conciencia de esta emergencia para que el discurso -de manera automática- se ordene en forma lúcida y coherente. O sea, que también allí la conciencia es inconsciente y además -dada la puesta en acto de tan flagrante contradicción- la verdad sea dicha de modo dominante.

A todo esto da lugar el ignorar que el asunto en cuestión es ante todo del registro de lo escritural.

estalle: mera implosión congelada en la radicalidad de un estado). También a su modo, acontece así con el enamoramiento, o con el asesinato, o en cualquier otra modalidad de “paso al acto” -como diría Lacan-, sólo que en el nivel de lo hipnótico, el lenguaje -que comporta ya de modo inapelable vínculo- tiene un lugar decisivo e irremplazable.

Es esto cuanto el método psicoanalítico vendrá a exacerbar al extremo.

La transferencia es esa hipnosis -atenuada por el lenguaje- donde algo se muere, o se mata, y como efecto de ello, alguien pasa a ser de importancia excepcional.

Desde entonces, se está un poco como dentro de una burbuja que desdibuja la burda condición de inmadurez vigílica (por lo general característica a nivel del colectivo lo cual permite estar a cada paso inmerso en marcajes hipnoides de uno u otro tipo, si es que se incluye en ello la presencia decisiva de la instancia de masa). Incluso, cabría decirse que lo extraño es que no acontezca un poco siempre así, o que siéndolo, pase desapercibido, al punto de que lo humano -dada su urgente, indispensable, inevitable complementación vincular- al menos a la luz de ese sesgo, sea de un modo u otro, alternativa hipnoide.

ONCE. La transferencia es -al menos comenzó siendo- la sorpresa de una conexión imprevista, más bien pluralidad vincular antes que modo independiente y redondo. En el modelo terapéutico psicoanalítico donde ella florece desde que se le asigna a uno de los polos la certeza de su emergencia (el paciente) se le invalida como oferta inter-relacional (así no por ello el enlace se interrumpa). Amor impedido, no le faltará a ella esa ruta como vía posible de despliegue -aunque no tan frecuente como se cree. Antes por el contrario, con ello se exagera.<sup>394</sup> Muerte obligada que ignora el asesinato (desde que se juega en el escenario de lo social a título de relación sin permanencia). O sea, la terapéutica que la propicia no es una garantizada fusión aunque puede ser tanto más grave e íntima en cuanto hace excepción en lo social. Único espacio donde se trata de la verdad, esa bomba de suplemento que es la transferencia, crea una realidad otra de difícil demarcación y prolongamiento, es como un juego en tanto está obligada a terminar (y termina haciendo de todo un juego en la medida en que, armando vínculo inefable, deberá culminar sin embargo lo antes posible).

Es en ese lugar de vacuola social entonces donde germina la transferencia (que es pues como se le apela a un vínculo entre dos donde se trata de todo, menos de la pareja que ellos conforman). Pero si se incluyese a las personas que constituyen tan escueta modalidad social -y no sólo los lugares que ellas encarnan (paciente, terapeuta)- sería allí donde la irrealización de lo humano daría paso a una puesta en acto que dejaría sin soporte cualquier justificación personal o inter-personal.

El pensar semejante paradoja integrativa desde la aplicación de lo científico generalizado no alcanzó para no moralizarle, y de algún modo contribuyó a propiciar la contemporánea atrofia colectiva en la cual derivó la propuesta psicoanalítica.

Si se le viera como lo que en realidad es -de reconocérsele como la escenificación de algo dominante, prioritariamente estético- otra cosa habría de ser la transferencia, sólo que ello riñe con lo social de forma tal que resulta transgresor hasta lo irremediable.<sup>395</sup>

---

<sup>394</sup> O sea, por prohibido el amor, el amor se empecina. Pero antes de ello, muy pronto irrumpe la rebelión frente a la supuesta oferta de libertad (aún siendo apenas rozada ésta, a título de alternativa “libre” asociativa).

<sup>395</sup> Cabría pensar lo hipnótico como el pasar de largo hasta lo puro humano, haciendo caso omiso de lo social que le cree apuntado a su imperio, y -con sólo ello- todo se haría portador de una novedosa oferta que el mero brinco psicoanalítico-terapéutico se brincó alegremente.

Por todo esto, hasta se llega a preferir -a cambio del libre despliegue de la singularidad- la línea de amorfa adaptación (así no falte quien se escandalice a su vez -en una recuperación trasnochada y lamentable del empeño terapéutico y al tiempo adaptativo- apostando por Melanie Klein o por Ana Freud).

DOCE. Acaso ni siquiera sea una modalidad atenuada de lo hipnótico cuanto de hecho se pone en ejercicio al emerger la transferencia. Podría ser que cuanto dé paso al acontecimiento nodular que el proceso analítico pone en marcha sea apenas el hecho de re-contarse,<sup>396</sup> de reordenarse, de re-narrarse desde esa versión a propósito de sí, de re-hacerse a partir de ahí desde un nuevo armado escenificante.

O sea: si más que la libertad, se acentúa la asociación misma y si se reconoce que es a partir de allí como la persona que ingresa en un proceso analítico se replantea a sí misma ante un testigo apelado terapeuta, entonces la irrupción de lo transferencial puede ser un acontecimiento autónomo, tan singular como ajeno a todo antecedente de tradición hipnótica. De otro modo, no puede ser más que refinamiento represivo (el cual, sobre todo, delata al terapeuta).<sup>397</sup> Más bien -dado ello- lo hipnótico sería una forma extrema de lo transferencial, en la medida en que (antes que dejarle rodar y emerger sin yugo alguno) se impone entonces la instalación en un registro tal

Como fuere, lo cierto es que -llámesele de un modo u otro, privilégiese una u otra modalidad- se pone en evidencia la condición definitoria resaltada aquí con antelación, según la cual lo humano comporta, de manera inevitable, vínculo.

Cualquiera ella fuere, dada la decisiva reposición de un comienzo reasumido, esa obligatoria consolidación de lo vincular da paso a irrupciones sorprendentes, ignoradas, e incluso desconocidas como ajenas, pero nunca tan exclusivas como aparecen en sus registros más extremos y en sus asunciones más tajantes.

TRECE. ¿No es pasar el problema a otro lado? ¿Acaso no es tanto más enigmática la definitoria condición del vínculo, que la presencia del acontecimiento hipnótico?

Siempre habrá enigma, previo a una supuesta primera constatación. Lo cierto es que reconocer un eslabón antes de determinado acaecer permite -por sólo ello- una mirada renovada del asunto. Y si no se cae en la trampa de dar por evidente el nuevo tema, si se le asume como tanto más irreductible pero no menos problemático, acaso sea dable a partir de allí el apuntalamiento de una remozada versión de ese primer enlace.

De hecho, no ha de ser igual asumir al sujeto en tanto enmarcado desde la exigencia de la persona, que si se le reconoce como específica modalidad de vínculo. Por decir algo: una psicología del vínculo (antes de una psicología del sujeto) hace del sujeto problema renovado de una parte, y de otra abre la opción de una apertura hacia la instalación en el registro más vasto de lo humano (de otro modo invisible, o al menos, de manera inconveniente coartado).

---

<sup>396</sup> Se trata de narrarse de nuevo en un ordenamiento distinto de la lineal sucesión cronológica que decide la vida ya agotada, con lo cual se ilustra hasta dónde, la aspiración estética es, de entrada, lo más destacable de la oferta de aplicación freudiana.

<sup>397</sup> De hecho, a la asociación libre se contrapuso la atención libremente flotante. Dos huecos restan allí si se piensa que no se trata de parejas de conceptos complementarios, los cuales imprimen un costo excesivo a la asimétrica libertad. A la sombra de tal amplitud subtiende inevitable esclavitud, que (ahora o después) cobrará su precio y de la cual -que se sepa- nunca se dio mínima cuenta.

CATORCE. Cuando Lacan asume el lenguaje como doble vínculo (particular y colectivo) resalta esa condición de continuidad que amarra a cada quien con el conjunto. Entonces el lenguaje es otra cosa, cobran sentido conceptos como el Otro y existe una disposición indudable a pensar lo humano a título de involucencia decisiva, y si no prioritaria -al menos sí- de indispensable constancia.<sup>398</sup>

Es bien sabido que el esfuerzo de Lacan es decisivo allí donde entrecruza psicoanálisis con lingüística. Por sólo ello, desde lo interdisciplinar se acerca ya Lacan a lo transdisciplinar y resalta cuanto a su vez de trasdisciplinar comporta la oferta freudiana.

Entonces ¿dónde va el sentido de tanto reclamo?

En la supuesta y asumida coincidencia con la oferta de aplicación, en la continuidad a nivel de lo clínico escueto, en la ausencia de cuestionamiento a una tradición inveterada.

Lo que acontece es que ese distanciamiento comporta francas contraposiciones con las demandas de la auto-reproducción de lo social (al menos cuando se oferta una opción transdisciplinar clínico-estética se trata de algo tan transgresor que lleva a menudo hasta el estallido). Y eso les falta a Freud y a Lacan, a pesar de reconocer ambos -en más de una ocasión- la condición escandalosa y subversiva de la propuesta que comandan y cuando de lo clínico se trata ellos hacen todo por reducirla, así en teoría no dejen de reconocer esa inocultable condición (o sea, esto que desde el inicio del apartado se apuntala así: “Como somos psiquiatras, o al menos gente que de distintos modos se ha iniciado en psiquiatría, es muy natural que también leamos el caso con ojos de psiquiatras”).<sup>399</sup>

QUINCE. Cuando no se miran las cosas con “ojos de psiquiatra”, cuando se permite el despliegue de sapiencia y finura interpretativa sin atenuantes, asunto en el cual Lacan resulta incomparable e inigualable -o sea, singular como él solo para la visión del grupo de los clínicos- entonces las cosas se desacomodan: ahora sí alegrarán, ahora sí, pues -en el texto al menos- han venido representando el papel de verdaderos pelmazos (en apariencia ellos no han intervenido, pero leyendo a Lacan basta para representárselos). Como fuere -estallando por fin- los alumnos de Lacan alegrarán que éste hace la apología de Schreber, y que además pareciera aprobarlo de manera redonda y sin atenuantes.<sup>400</sup>

Tal cual él mismo lo explicita, Lacan no ha hecho más que tomar en serio a Schreber. Tomarlo en serio, colocando un poco de su conocimiento debido a inocultables derivaciones familiares (cuando no personales, por ejemplo: su información teológica), además -guardando distancia frente a la mirada normal que sólo por ello deja de asumirse como evidente e indiscutible- Schreber delata para Lacan toda su profundidad e innegable sabiduría, incluso su aporte a la lingüística (o, al menos, la posibilidad que la lectura de sus “Memorias” admite, en relación con los aportes de Saussure o con las reflexiones del propio Lacan). Sin embargo con ello, no ha de ser todavía suficiente para darle verdadera trascendencia al asunto mismo del delirio (éste seguirá siendo un derivado de la persona de Schreber, por más que se le reconozcan momentos poéticos y coherencias inocultables).

## **La paz del atardecer y los alaridos**

---

<sup>398</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. “La frase simbólica. Lectura de las Memorias. P. 298”. Numeral 4. (Ps. 165 y 168).

<sup>399</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (P. 149).

<sup>400</sup> Éste es un efecto de escritura por sobre todo, pero no por ello deja de sorprender la forma como ese público psiquiátrico se retrata ahí sin que Lacan -o de más fácil modo su transcriptor- parezcan ser concientes de tal efecto.

UNO. Resultará paradójico, pero si en apariencia se llevan las cosas al terreno de lo valorativo ha de ser porque hace falta allí una franca despersonalización del delirio, una real objetivación de éste. Lacan sigue sosteniendo que Schreber escribe porque el delirio ha sido agotado, porque está en las últimas.

Por supuesto previo, si bien Schreber carecía de una distancia mínima que permitiera un abordaje como el que propicia la redacción de las “Memorias”, lo cierto es que el delirio no ha cedido un centímetro (como que acompañará a Schreber hasta su muerte). Incluso Lacan aquí confiesa que desconoce la fecha de ese deceso -lo cual no deja de ser curioso-, y que escriba o no Schreber parece sólo servir para reapuntalar prejuicios devaluativos frente al delirio como tal y ante el propio ejercicio de escritura.

No se le ocurre a Lacan pensar que la consecuencia que impone la escritura resulta promocionada a partir de la propia contundencia del delirio (que se da en ese momento porque viene siendo inducida, propiciada, sostenida, por la represión recluyente de la psiquiatría), ni asunto otro por el estilo.<sup>401</sup>

Lo cierto es que el hecho de que la labor de escritura se consolide -después de años de libre despliegue del delirio- no tendría por qué ser valorada con ese suplemento negativo. En sí lo único que ello evidencia es que -al interior del delirio- surge este empeño<sup>402</sup> que modifica de modo contundente las cosas (sobre todo en referencia con los procedimientos terapéuticos).

DOS. A propósito del tema del individuo y de su libertad, en el capítulo X, numeral 1,<sup>403</sup> Lacan trae una interesante disertación sobre un trasfondo decisivo, que ha venido buscando distinguir entre neurosis y psicosis. Lacan no duda en reconocer, que por más normal que se sea, en el registro primero (el individuo) se tratará siempre de la puesta en acto de un discurso delirante.<sup>404</sup>

Incluso, más acá de todo esto, basta con reflexionar sobre el pensamiento que se afirma en estas claves de individualidad y autonomía para tener que reconocer que hay también allí, como en el delirio, una constancia inocultable, que a pesar de semejanzas apenas si se consigue demeritar.

El tratamiento psicoanalítico como tal, se apuntala a partir de esta originalidad que consiste en tomar distancia frente a cuanto se apela el discurso común, y ver en las contradicciones que la libertad individual plantea y que termina por resolver en síntomas, la materia de su asunto.

En este abordaje, Lacan toca una cuestión que no deja rebotar en lo más mínimo, pero cuya sola explicitación resulta interesante. Se trata del reconocimiento de que el psicoanalista es un personaje que se representa más allá de sí mismo y cuyo ejercicio comporta un cierto esfuerzo para no naufragar en esta confusión, derivando del lado de otros personajes no menos contundentes (o bien,

---

<sup>401</sup> Este es un efecto de escritura por sobre todo, pero no por ello deja de sorprender la forma como ese público se retrata allí, sin que Lacan (o, más fielmente, su transcriptor) parezcan ser concientes de tal efecto.

<sup>402</sup> Para la persona el delirio muestra así una opción posible, por fuera de toda subordinación social. La versión desde lo singular hace de la persona cuanto es (asunto siempre en cambio escotomizado, en realidad apabullado por el milenario despliegue colectivo de lo normal).

<sup>403</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit.

<sup>404</sup> En “Mil mesetas”, G. Deleuze y F. Guattari recuerdan la forma como Freud distingue entre neurosis y psicosis a partir de diferenciales modalidades de asociación. Ellos mismos refutan la condición de ese refuerzo cuando resaltan que alguien como Dali puede acceder al recurso asociativo psicótico sin tener que caer del lado de la más plena y contundente enajenación (en cambio clave de su condición más artística, Dali pasa por encima de estas puntales distinciones, colocando de paso un vigoroso interrogante a tal certeza freudiana. Cf. Deleuze, G. y Guattari, F. “Mil mesetas”. Pre-textos. Valencia, 2000).

el moralista, o en cambio el omnisciente).<sup>405</sup> O sea, lejos de tratarse de una misión, tal lugar comporta la puesta en acto de una escenificación cuyas derivaciones no tendrían por qué darse en el plano de lo personal o lo valorativo. Una cuestión es cada quien,<sup>406</sup> y otra el personaje social que encarna. Y al jugar a borrar esta diferencia es corriente que ello se olvide, acaso porque -a nivel de lo social- no siempre se consigue desconectar el papel del terapeuta con el del cura o el del consejero, o más bien porque creyendo en la ilusión de realizar eso imposible (reducción de las distancias entre la persona y el lugar social, asumido de entrada en cambio como evidente) se cae del lado de la creencia que da a la mera ocupación del lugar milagroso y gratuito soporte de fusión y de borradura de diferencia (claro, se suma allí, la urgencia de seguimientos terapéuticos constantes por parte de los terapeutas, pero -no por nada- éstos terminan más bien reforzando al rebaño -multinacional psicoanalítica contemporánea- antes que atacando con progresiva radicalidad las urgencias que impone el dar salida a la singularidad constreñida).

TRES. Pero donde sí se detiene y extiende de forma hermosa el texto de Lacan es en el tema de “la paz del atardecer”. Una vez más, viene Lacan en el empeño de dar prelación al asunto de la alucinación verbal como recurso privilegiado para consolidar la diferencia más decisiva, que justifique la presencia de las resultantes psicóticas. Choca Lacan con el problema de acaso no tener todavía demarcados de manera suficiente los registros de lo real y de la realidad, y por ende (si no por obvio) de lo interno y de lo externo. Sí en cambio -tal cual ha sido señalado con antelación- no se ignoran los linderos entre la escucha y la mirada en relación con la visión y la audición. La cuestión se agrava en el esfuerzo de localización y precisión del fenómeno alucinatorio donde -ya ha sido señalado- Lacan se entrapa sin remedio.

Es más difícil reconocer -cuando se trata de manifestaciones verbales- la condición de falsedad y exterioridad, que se asumen de manera habitual como características indiscutibles en las alucinaciones.

Además -es ello bien sabido- no es sólo Lacan quien ignora la cuestión decisiva, según la cual siempre que se trata del lenguaje se impone el reconocimiento de lo escritural. También la condición disciplinar que impone la visión especializada de lo clínico escueto, hace que no se consigan indispensables cuestionamientos al abordaje del tema del lenguaje desde la prelación del sujeto (no de lo mero intencional y conciente).

Con que se mantuviera la versión del lenguaje como significación inocultable (por ende, a título de recubrimiento de conjunto, histórico y geográfico y como asunto inseparable del devenir del colectivo) se vería que lo escritural resultaría inseparable de allí.

Es ello tan fuerte que -por supuesto, sin proponerselo- Lacan llega a expresarlo con planteamientos del tipo: “la frase sólo cobra vida a partir del momento en que presenta una significación” (pero no se preocupa por explicitarlo más allá de allí).<sup>407</sup>

CUATRO. Sabe de hecho Lacan que no basta con oír ni con hablar, para que el asunto del lenguaje quede cubierto de manera plena, pero le falta esa pieza indispensable para llevar las cosas hasta las

---

<sup>405</sup> Como se señalará después, Lacan pronto se olvida de esto.

<sup>406</sup> Cf. Murakami, H. “Sputnik, mi amor”. Tusquets, Ed. Barcelona, 2005. (Ps. 67-74).

<sup>407</sup> Todo esto incide a su vez en la manera de concebir al Otro, el cual no ha de ser igual entendido como lugar del lenguaje, que si se le asume como consolidación tecnológica de la huella (aún en los casos donde se puede leer sin traza de escritura humana posible, por ejemplo, a nivel de los registros de la genética o en referencia con el comportamiento gravitacional de los cuerpos, en fin, allí donde siempre cabe la opción de presencia descifradora de la ciencia).



últimas consecuencias e implicaciones. Cuando dice Lacan: “lo que uno comprende es distinto de lo que se percibe acústicamente”, está a punto de reconocer que se trata de una lectura indispensable y constante. A falta de esto -no sin disculparse por ello- Lacan deberá recostarse en lo filosófico (nada menos que en el tema del ser).

Existe pues un habla exterior que se ofrece -por ejemplo, “la paz del atardecer”-: cuando alguien, al culminar el día, de modo desprevenido reposa y se enfrenta con esa certeza, que derivaría inubicable desde que no se asumiera que todo lenguaje entonces, resulta apenas serlo en cuanto -de modo inevitable- está encarnado.

Y estas excepcionales sensibilizaciones estéticas son la constante en las psicosis. Esquematizar y convertir en herramienta el lenguaje es de normales, tanto como es asunto de artistas y psicóticos vitalizar el discurrir del lenguaje por la ruta del estatismo que le devuelve a sus amarres más primordiales con lo humano.

Lacan rememora por ello la condición más primitiva de la ausencia-presencia de lo solar, e incluso deja irrumpir apenas los sesgos del terror, que permiten reconocer que el sol podría no volver a estar mañana allí. Sólo la certeza de su retorno permite reconocer “paz de atardecer” en el siempre latente esfuerzo por minimizar, por sepultar el terror infantil que comporta el advenimiento de la noche.

El delirio de Schreber da rienda suelta a este terror y lo escenifica, más allá de todo acumulado, de toda defensiva obra (tanto colectiva como personal). Al faltar esa diferencia -que es sólo de intensidad- ello impide que se pueda resolver de una vez por todas la distinción cualitativa entre psicosis, neurosis y normalidad, siendo esta última la que de un modo más extremo se defiende, y la primera, la más vulnerable, desde que -sin protección alguna- sucumbe allí (ha de ser por ello que recoge y expresa con mayor disposición estética la amenazante proximidad del terror).<sup>408</sup>

CINCO. Lacan parte de un presupuesto inalienable (la psicosis se resuelve en el lenguaje), pero se trata del lenguaje desdoblado en dos modalidades, una de ejercicio personal, otra de involucración colectiva. En el entrecruzamiento de ambos registros, lo psicótico irrumpe. Lacan incluso percibe que si ello es así ha de ser en cuanto hay una suerte de espacialidad que los sostiene y los precede. Pero ese piso a menudo se olvida y hace creer al fin de cuentas que por encima de todo se trata del lenguaje en sí (anexados aullidos o alaridos, llamados de socorro, ruidos desde el exterior, milagros del dios consolidados como cánticos de aves o creación de especies con las cuales el dios de Schreber lo recompensa).

Y esto se apuntala de esa manera, buscando una vez más dar cuenta de la verdad de la alucinación (que llega hasta asumirse como modalidad de la creencia, o como creación de una realidad nueva superpuesta sobre la realidad misma).

Uno esperaría que sin más Lacan reconociera la alucinación como la operación que pone de manera abrupta lo real en la realidad, por fuera de claves exteriores o internas. Lacan, en cambio -al menos en el texto del cual aquí se viene tratando- se devuelve hasta Freud (y se reasume en una curiosa mezcla donde él aporta el significante y Freud el inconsciente).

---

<sup>408</sup> Cabría la pregunta por la razón que impide a Lacan derivar de aquí (ubicación del terror) todas las posibilidades que una localización de este orden comporta, y habría de decirse que se debe a que -para Lacan- la forclusión no es algo del orden de la banda sonora (o sea, no es referida al terror como tal) si no asunto en el lenguaje ya constituido y -más aún- en un nivel de especificidad tal que de hecho califica un preciso registro significante (el Nombre del Padre). O sea, Lacan es ya forclusivo cuando se enfrenta a la demarcación misma de la forclusión (lo cual connota que en tal sentido, Lacan es primero normal que psicoanalítico).

Con ello se abre otra cuestión, una nueva pregunta que aplaza una vez más la distinción entre psicosis y neurosis. De algún modo -de manera compensatoria y apenas para poder cerrar el capítulo X- Lacan resume la oferta que distingue entre *verwerfung* y *verdrängung* y apuesta -al parecer de modo definitivo- por una clave defensiva, para dar cuenta de la condición diferencial, cualitativa, última, de las estructuras patógenas.

Esta prelación de lo defensivo deja sin embargo sospechosamente pendiente la posición de quienes se enfrentan al asunto, asumiendo como dada toda indispensable neutralidad. Que Lacan no es en ello desprevenido es bien sabido, pero ¿existe acaso en el escrito lacaniano un sostenido reconocimiento del esfuerzo que supone enfrentarse a la psicosis, y en cambio de reconocer desgaste inevitable, dar paso a una suerte de euforia inocultable donde se resulta ser siempre vencedor?

SEIS. Se llega hasta aquí en el apartado, que después de la “Introducción a la cuestión de las psicosis”, se titulara “Temática y estructura del fenómeno psicótico”.<sup>409</sup> En apariencia, Lacan no ha hecho más que realizar ensayos -siempre insuficientes- en el esfuerzo por distinguir la clave decisiva que condiciona la estructura de las psicosis, en constante contraposición con las neurosis y a veces con distanciamientos interesantes frente a la cuestión de la normalidad.

A medida que aquí ha surgido escritura que hace réplica al escrito de Lacan se han evidenciado algunas claves de importancia que conviene por ello retomar de un modo más diferenciado.

Todo reemerge desde el reconocimiento creciente de la forma como el asunto-Schreber empieza a decidir el escrito de Lacan (planteado en general como esfuerzo por atacar el tema de las psicosis). Al lado de ello, Lacan se empeña en llevar a costas el cadáver de Freud y hacerlo a cada paso revivir (la proyección de esto le hará creer que se trata en cambio del yo de Schreber que arrastra al doble de éste, muerto a su vez, en la metáfora schreberiana de fina pertinencia).

Tanto Freud como Lacan se empeñan en reunir en un mismo amasijo, tres asuntos diferenciales y no coincidentes por necesidad (al menos, para la perspectiva clínico-estética se impone asumirlo así).

Un asunto es la persona de Schreber, otra cuestión es su estructura psíquica, y más allá aún, estaría el delirio alucinatorio. (Ni qué decir de la escritura: “Memorias”).

Esto está en Lacan y en Freud sin duda aunque nunca desglosado, en el segundo registro (estructura psíquica de Schreber) es donde la obra de ambos resulta ser más contundente y decisiva. El primer nivel (la persona de Schreber) más bien genera obstáculos y decide poco, dada la importancia -reconocida o no- de la presencia de la escritura allí. El tercero (el delirio) desgajado de las dos primeras dimensiones, nunca logra abordarse como un asunto en sí.

Esto se da de esa manera en tanto a nivel empírico aconteciera así. La resultante que se enfrenta ahora para abordar a nivel teórico la plural cuestión permite e impone en cambio estas re-demarcaciones y re-territorializaciones.

SIETE. La aclaración facilita entender la posición que surge cuando el texto de Lacan avanza a su manera en pos de decisivas respuestas. No se trata de negar validez a tales aportes, ni tampoco a esfuerzos por armar confluencia con el escrito de Freud. Se impone sí, reconocer decisivas insuficiencias o francas diferencias en la interpretación de las resultantes, según se trate de una de las tres cuestiones (la persona, la estructura psíquica, el delirio propiamente dicho) o también -¿por qué no?- de sus entrecruzamientos y contraposiciones.

---

<sup>409</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (Pags. 87 y sigs).

Sin estas demarcaciones y sin las dilucidaciones derivadas de ello, las cosas se complican y enredan de manera progresiva. Por decir algo -aún sin incluir allí el tema de lo escritural, que es ya asunto grave- no es lo mismo la marca del lenguaje que en un caso u otro se impone. De igual modo, según se coloque el énfasis en lo clínico, en lo puro estético, en lo clínico-estético, o en lo estético-clínico, podrán localizarse derivaciones diversas.

El lenguaje, en referencia con la persona -y la persona a su vez asumida como modalidad de lenguaje- no han de ser el mismo asunto que el lenguaje en las psicosis (de modo adecuado, diferenciado de las psicosis en el lenguaje).

Qué decir del tema del intercambio allí entre delirio y lenguaje (que no falta en Lacan cuando alude al tema de los alaridos, los llamados de socorro, los ruidos del exterior y hasta los milagros de las voces divinas).

Cuando ajeno a ello, Lacan se empecina en hallar por la ruta de la defensa la solución a su indagación, todo debiera estar remontado ya. Las eruditas referencias, las doctas argucias que Lacan emplea lo delatan así desde que esconden el real síntoma de forclusión frente a lo escritural. Sin reconocer la asfixia que todo ello comporta, Lacan brinca a cada paso de un asunto a otro, sin lograr centrarse de modo definitivo en el escrito de Schreber, pero sin conseguir tampoco dejarlo de lado.

Ahora -luego del recurso que le permite, una vez más, la inclusión de sus propios pacientes- se trata de atacar las cosas por la ruta del yo y de la negación (tomándose una vez más de la mano con Hippolite para buscar remontar contradicciones, a ese punto inocultables).

Dado, en efecto, que ha asumido de pasada conclusiones -tan fuertes como precipitadas- según las cuales, por ejemplo, las psicosis presuponen de modo inevitable el lenguaje y por ello comportan siempre trastornos de ese orden, ahora se buscará en el registro del yo y de lo imaginario las claves defensivas que a su vez las deciden.

Es cuando -escarbando en Freud- Lacan recupera el tema de la *verwerfung* (forclusión o repudio) forma de negación tanto más radical que la propia *verdrängung* (represión). Lacan ha resaltado la recurrencia del aporte bancario en la demarcación de la conceptualización freudiana. Por lo demás, en tal sentido, se olvida de un término tan decisivo como resulta ser nada menos que “transferencia” (aunque -debe reconocérselo- con el tema de la forclusión parece más decisiva la deuda jurídica).

Esta forma de adeudar a nivel conceptual, no debiera sin embargo creerse inocente y asignificante. Mucho del tema de la cancelación y de sus variaciones, antes de explicitarse se asume desde una evidencia que lo convalida, sin imponerle riguroso examen previo.

OCHO. Lacan se decide a contar con varios implementos que al final a nadie importa si resultaban indispensables, y si se relacionaban de modo necesario entre sí, o si en cambio -como parece más probable- no ha de acontecer de esa manera (es cuando retoma el asunto del día y la noche, para hacer alusión a una cuestión, aguda y en apariencia válida, tal cual resulta ser el hecho de que se alude entonces a una contraposición, más decisiva para los animales que para los humanos).

Acaso para un biólogo resulte de igual manera discutible que esto decida el comportamiento animal, pero sin duda Lacan lleva razón en el reconocimiento de que el recién nacido poco sabe de estas sucesiones cronológicas y exteriores. Pero las cosas para el escrito suyo se detienen allí. Y, asumida esa insuficiencia reconocida, Lacan brinca una vez más hasta Freud-Hippolite y se entrapa en el tema de las vinculaciones primeras con el lenguaje (para el caso del niño).

O sea, la cuestión del significante primordial decidido al modo aristotélico entre dos modalidades de juicio: el de existencia y el de atribución. Con el primero, el niño accede al reconocimiento de la verdad del objeto (más allá de la constancia de sus sucesivas presencias, siempre alternadas con

obligadas ausencias). En el segundo caso, se da paso al reconocimiento de la *verneinung* (negación) que en segunda instancia opta o no, por una u otra realidad, excluyendo o incorporando más allá de todo reconocimiento de existencia (esto último, más bien regido por las alternativas psíquicas del principio del placer).

Es allí donde al tiempo Lacan terminará reconociendo la real diferencia entre las psicosis y las neurosis, no sin antes pasar por una regresión teórica hasta los aportes primeros de Freud al tema de la memoria (Carta 52 de Freud a Fliess), las cuestiones del pulpo, y el block maravilloso donde se recurre a la escritura de un modo decisivo (sin embargo sin asumirla nunca en sus inocultables y determinantes implicaciones).<sup>410</sup>

NUEVE. La inmersión del neurótico y de todos sus recursos posibles en el traje envolvente del significante -que da prelación decisiva a lo simbólico sobre lo imaginario y lo real- será desde entonces determinante, aunque sin dejar de reconocer una concesión indispensable allí. El lenguaje recoge algo que le antecede y decide: se trata de la negación, que podrá dar paso a la domesticación entre la alternancia de presencias y ausencias (que es desde donde en definitiva lo simbólico se apuntala). Antes de ello, y de un modo tanto más primordial, irrumpe el mecanismo de la *verwerfung*. Entonces Lacan arma una compensación complicada que le lleva hasta la cuestión del hombre de los lobos (todo porque no puede admitir que se dé inicio de lenguaje).

La *verwerfung* es interior al lenguaje, no previa a él, ni menos aún, sencillamente externa. Esa exterioridad está en el registro de la significación -no del significante- y sólo cuando el sujeto se apropia de este último (significante), puede entrar en juego lo primero (la significación).

Lacan emplea allí un recurso de negación bien peculiar: “El significante entonces -dice- está dado primitivamente, pero hasta tanto el sujeto no lo hace entrar en su historia no es nada”.

Como en una frase interrumpida -de esas que son propias de Schreber- debería completársela añadiendo que no es nada para el sujeto, pero si se la puede retomar al ingreso en el significante es porque, sin duda, preexiste en algún lugar.

Usando el recurso protector de la interrogación, de ahí hasta la solución que reordena el tema de Schreber, Lacan dirá: “¿Cómo es llevado el sujeto, no a alienarse en el otro con minúscula, sino a volverse ese algo que, desde el interior del campo donde nada puede decirse, llama a todo lo demás al campo de todo lo que puede decirse?”.

En ese agujero se recogerá Schreber entonces, y con él todos los locos que de igual modo optan por las rutas de la kafkiana humanización de los topos.

DIEZ. ¿Quién podría discutirlo? acaso para las exigencias del señalado con antelación segundo nivel (estructura mental) sea más que abundante la resultante obtenida. Incluso, con pequeños reajustes y actualizaciones, para el nivel primero (el paciente) parecerían resueltas las cosas, bastaría con reconocer que una cuestión es la modalidad humana y otra la obra más fina e intangible que le complementa. De hecho ¿no ha estado pues Lacan aludiendo a cada paso a “maquinitas”?

Por más clara y demostrada que parezca, para la tercera dimensión (el delirio) no resulta suficiente sin embargo con esta demarcación. Y es que en los dos primeros niveles, los recursos de la mirada clínica alcanzan para complementaciones factibles, es en el tercer nivel donde el primero resulta modificado de modo tajante (y el segundo cuestionado por el aporte estético).

---

<sup>410</sup> Cf. Lacan. Op. Cit. (Pags. 219 y sigs.).

Es algo que en estos escritos ha sido de continuo resaltado: la persona es una a la luz de la clínica y otra vista en perspectiva estética y el delirio en sí no sólo es factible de abordaje como condición de objetivación y descontaminación indispensables sino que se impone enfrentarlo de ese modo para poderlo liberar de predeterminaciones contaminantes.

Sólo asumido el delirio desde su autonomía expresiva es posible localizar la especificidad del fenómeno psicótico y es claro que por la ruta de las modalidades clínicas habituales ello nunca se logra.

## El río del lenguaje

UNO. Dado que resulta suficiente pensar en que el lactante está prácticamente dormido todo el tiempo para reconocer que no nace inmerso en la clara contraposición día-noche, lo cierto es que no basta con ello para dar cuenta de la condición -que más allá de lo clínico y más acá del lenguaje- ofrece como decisiva, prioritaria, y por partida doble, la constancia de la estética escenificación.

Y, si no el día, de hecho sí la iluminación, que a nivel interno se impone como indispensable para la condición representativa, dada de entrada a nivel de la persona, generadora si se quiere, de imaginarios, espejos, y juegos del significante y de la significación.<sup>411</sup>

Como sea, que el niño al nacer quede cortado, crea -por solo eso- un afuera que en primer lugar lo constituye (campo de inserción de toda posterior *verwerfung*). Con ser que es ello -por definición inaprensible, irrecuperable- de tanto restregárselo, ya ni necesita ser demostrado (restos de despojo inaugural).

Qué se va a hacer, siempre el origen marca de esa manera, se asume como evidente, cuanto es de hecho incapturable.

De otra parte, más temprano que tarde, allí se da -de modo indiscutido, indetenible y multiplicado- escenario y escenificación.

Esa espacialidad se llena de personajes y de sentidos, incluida la sofisticación del habla que ha de terminar consolidando un predominio creciente e indispensable en tanto ensamblará con modalidades colectivas, envolventes y constitutivas (el lenguaje mismo resulta incluido así en la medida en que preexiste a todo nacimiento y a toda reposición de las personas en el mundo).

El sujeto -cada sujeto en particular- llega allí en segunda instancia, después de la obligada desujeción -supuesta real- que se apela nacimiento<sup>412</sup>. Toda vinculación habrá de ser por ello revinculación y se terminará asumiendo -con ser que resulta esto indefensible-<sup>413</sup> que, sólo hasta el reconocimiento especular admite invasivo complemento de alucinación y delirio.<sup>414</sup>

---

<sup>411</sup> Resulta claro que en este orden de cosas la versión clínico-estética prefiere asumir, como previa a ese imperio que se decide desde el apuntalamiento de la pareja noche-día, esta otra más íntima, que se arma a partir del reconocimiento entre luz y sombra, previa ella de hecho al ingreso en el modelo especular (desde donde gusta partir Lacan).

<sup>412</sup> Que el nacimiento es desujeción de lo humano-animal y, a partir de allí apuntalamiento -por la ruta del lenguaje- al armado social, resulta ya inocultable. La búsqueda sintomática de toda identidad deviene derivada hasta el yo, deslumbrado por espejos y narcisismos de escasa opción en referencia con una adecuada recuperación de sí (si es que ello, desde entonces, ha de ser posible).

<sup>413</sup> Como se recordará, Lacan resuelve esto con una peculiar argucia, según la cual la significación se decide como incorporación personal inapelable. Antes de ello simplemente la significación no puede darse.

Se necesita poner del modo más absoluto al sujeto -en tanto significante ya- al principio, y ello de un modo tan evidente y definitorio, que se entiende por qué se carece desde entonces de la más mínima opción de personal captura del tema

Si se puede retornar hasta allí -aún no siéndolo por una ruta de literal reposición histórica, más bien apelando a una suerte de retoma de registros basales y primarios- la sorpresa de la alucinación y del delirio es apenas suplementaria, fruto -si se prefiere decirlo así- del distanciamiento constante que lleva a cada quien (y de tiempo inmemorial, al colectivo) a refinamientos, indispensables para la adecuación a realidades apabullantes.<sup>415</sup>

Como que los funda, lo inaudito, lo enigmático ha de ser la iluminación interior que se perpetúa desde un lugar originario -ilocalizable pero indiscutible- y que sigue insistiendo por encima de toda modificación, de todo suplemento exterior, y de todo accesorio mental.<sup>416</sup>

Esa luminosidad donde los personajes mentales salen a la escena de lo onírico y grafican narraciones (que hasta pueden olvidarse al despertar, sin que por ello el asunto resulte refutado o debilitado) es el mojón más irremontable a partir de donde -a pesar de todo- lo humano se recompone de manera inagotable.

Que alguien como Schreber pueda instalarse allí, a plena luz del día, es demostrativo al menos de la condición de suplemento de toda intangible construcción (la cual por ende, dada su especificidad, puede faltar) para dar paso al más radical y salvaje suplemento constitutivo, al puro despliegue indetenible, inagotable: el desborde estético.

Sólo que esta suplementariedad demente parecerá entonces irremontable. Es cuando el delirio alucinatorio pasa a primar sobre toda estructura y sobre toda versión de realidad, incluida la psíquica.<sup>417</sup> Al menos, es cuanto evidencia la versión clínico-estética de los asuntos humanos, incluidos los más extremos, en cualquiera de las tres modalidades previstas con antelación (persona, estructura psíquica y delirio alucinatorio).

---

doble-forclusivo, y de modo simultáneo se lo asume e impone -por supuesto sin nombrarlo, de hecho a nivel colectivo- desde un poder arbitrario e inapleable.

<sup>414</sup> O sea que, en tanto adhesión al lenguaje, el sujeto no sólo nombra la sujeción a lo social, a la razón, a lo ético-moral, a la Obra, y al colectivo (además de instaurado a esos niveles, se lo decide y se le reconoce -sumando la persona entonces- como autónomo e intencional). Para consolidar una operación tal, el yo allí resulta indispensable y desde su inclusión, se le reconoce en referencia directa con cualquier desarreglo donde por sobre todo prime lo imaginario (el delirio por ende). Pero esto resulta ser posterior y modal.

Se podrá ver entonces -así fuera como mero recurso investigativo- cómo, para esta óptica normalizante que incluye lo clínico-tradicional y que da como evidencia inapelable la impronta dominante que consolida lo social, por todo lo anterior resulta inseparable el delirio de la persona y de su armazón psíquica

<sup>415</sup> Incluido el terror, pues -a decir verdad- un niño no está a cada paso aterrado y ha de ser más fácil percibir en él indiferencia o constancias de bienestar, inocultables en su libre proceder. La supuesta contradicción que surge al reconocer en ello una prueba fehaciente de la inapelable inmersión del niño en el terror se zanja si se reconoce, que si bien no es menos cierto que el recién nacido se comporta así, forcluyendo el terror, habrá de ser en tanto entonces alucina y delira. Y, por paradójica derivación, habría de reconocerse que sólo con el paso del tiempo el terror tornará inocultable y se hará prioritario y determinante, sólo casi en cuanto se sepulte y silencie, detras del anmado defensivo que al fin de cuentas termina decidiendo lo psíquico (al menos, en la base de toda organización mental, él terror ha de ser latente siempre). Y conste aquí que no se trata de simplificar las cosas señalando que al niño no le es dado más que alucinar o delirar, lo cierto es que cuando del terror se trata, si el niño sonrío a pesar de ello, ha de ser por esa específica causa.

<sup>416</sup> Cf. Otero J. "Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto" (Inedito).

<sup>417</sup> De donde -así suene desbordado- lo psíquico es apuntalado como refinamiento de delirio -como resultante suplementaria, impostada allí sobre ese juego, representativo ya, aunque sin fronteras- en cambio de que el delirio sea apenas una modalidad entre otras de lo psíquico (de manera empírica, inmediata, que es como en realidad lo ofrecen las resultantes).

DOS. La conclusión estética según la cual lo humano adviene a la representación (tanto a nivel exterior como interior, acaso pues primero en un registro íntimo antes que en la periferia de lo más visible, y de modo independiente de soportes representativos, sólidos o no) se cambia en el escrito de Lacan, por la urgencia de instalarse de manera reclusiva en el espacio de lo mero terapéutico, olvidando una verdad de a puño, como resulta ser que un escrito del corte de “Las Memorias”, por fuera de la escueta espacialidad del consultorio -siendo primero que todo escritura en ejercicio, en curiosa alianza entre suplementarias obras humanas (texto y delirio)- habla más del desborde en tanto tal que de la persona misma de Schreber (así como el Quijote termina decidiendo a Cervantes, quien -sólo por ello- sigue apelándose el manco de Lepanto).<sup>418</sup>

Y, así se admitiese -por una vía alterna- el ingreso en el asunto clínico -entendido como aplicación que coloca su acento en lo personal- será siempre obra-a-propósito-de-la-obra, suplemento del suplemento, antes que mera confesión libre-asociativa.

Ahora bien: que lo clínico es mirada, apropiación teórica, previa a cualquier definitiva aplicación envolvente, se ve aquí donde no hay paciente, donde en realidad sólo hay escrito que de modo inevitable lo remonta.

TRES. Hamlet no es un histérico tampoco, ni -menos aún- Edipo ha de ser un señor con una historia triste, a partir de allí, factible de generalización indiscriminada y a cada paso repuesta de modo inapelable.

No sólo porque no pueda pensárselos así, es porque al decirlo se está delatando el desconocimiento de la mediación escritural, el reconocimiento de la dominancia del asunto estético -aún siendo tachado- en el despliegue de lo social y de lo humano. De hecho, si se dijera que el personaje Hamlet se comporta como una persona histérica cabría la asunción de una opción posible. Pero no es ello apenas una sutil modificación nominal, se trata de reconocer a la persona como escenario de representación, sobredeterminado por la lógica de la histeria de una parte, y al personaje, como inapelable reclusión -artística, para el caso de Hamlet- de otra.<sup>419</sup>

De igual manera, la mediación de lo escritural convierte el tema Schreber en un asunto cuya especificidad está antes de la solución de lo singular mismo que decide a las psicosis. Y si allí, a pesar de ello, es dable encontrar vértices de indiscutible iluminación para un desciframiento tal, las conclusiones que entonces se obtengan habrán de resultar maltratadas por la ingenuidad que comporta la ausencia decisiva del dominante registro estético<sup>420</sup>.

CUATRO. Consta ya en nota previa, que si algo grueso y central ofertó Freud, fue su versión de Edipo -lo cual no puede significar otra cosa distinta que la clave definitiva que comporta lo estético- según la cual el envolvente y común personaje ocupa desde ya lugar de predominio sobre la supuesta resultante empírica que la persona es.

---

<sup>418</sup> Esta circunstancia resulta tan decisiva como desapercibida. El escrito lleva -por su sólo ejecutoria- más allá del plano de lo clínico estricto, como -a su modo- acontece con el empleo de recursos psicoactivos cuando se trata de los drogadictos. Sin la ampliación de la cobertura escueta del consultorio el problema rebosa esas artificiales demarcaciones que por lo general el resto de problemáticas asumen con menos rebeldía, más sumisamente, y -si se acepta decirlo así- de foma menos libertaria.

<sup>419</sup> ¿Resulta necesario señalar que para lo humano, Edipo -y no menos que Hamlet- son escritura a su vez desde donde lo humano releído en las obras (no por nada universales) reencuentra su sentido, y de forma inagotable se reactualiza?

<sup>420</sup> Lo estético es forcluido como poder representacional inaugural e irreductible, cuando se lo confunde con su modalidad más paradigmática -lo artístico- y desde allí se invierten las prelações o se subrodiman las claves más decisivas, puede entrar a jugar sin problema mayor en el empeño de las versiones más convencionales y planas.

Hacer personaje del paciente es algo que tendría que ser determinante en toda técnica de aplicación desde que el método terapéutico se reconoce como indiscutible suplemento, como tarea sobredeterminada por lo estético, como superposición que permite -incluso por ello- la emergencia de la transferencia.<sup>421</sup>

Lo clínico podría florecer sin detenerse -en cambio de estancarse en las modalidades aplicativas post-freudianas- en esa amalgama con lo estético, las cuales -siendo que de manera indiscutible existen e insisten- Lacan denuncia pero no descifra (o sea, que no les consigue detener) ¿habrá acaso una forma más ingenua de perpetuarlas y fortalecerlas que limitarse a denunciarlas desde un compensatorio tono despectivo?

Schreber no se instala en el referente básico que propicia Edipo a los humanos para apuntalarse como personas. Schreber es personaje sin camuflajes, a cada paso recreado, y es sólo esa la versión posible que permitiría -al menos de entrada- entronques entre el delirio y la persona que lo padece.

CINCO. O sea, Schreber no es un niño de brazos que sin más se decide a alucinar y a delirar sin explicación ni control alguno, tampoco es alguien que de modo necesario se regrese para que de tal modo pueda justificarse su conducta.

Contra toda evidencia, Schreber -en los momentos más promisorios y exitosos de su existencia personal- se ve tomado por asaltado por la hecatombe estético-terrorista<sup>422</sup> que es su delirio alucinatorio, por la irrupción incontrolada de su más salvaje singularidad.

Que de manera progresiva se le reconozca al delirio atrapamientos, empobrecimientos, posibles debilitamientos, delata no sólo que (por decirlo de esa manera) tiene, si no vida propia, al menos sí (desde su parasitismo inocultable, de virus entronizado y -a partir de allí- de decisivo doble) la opción de despliegues donde evidencia ir más allá de las alternativas de un mero artefacto de funcionamiento mecánico y previsible.

Puede el delirio en cambio resultar afectado por otras emergencias y condicionantes -así fuese el escueto devenir- pues admite y reclama constante mutación, transformación continua.

Que el delirio resulte afectado por otros modelos virales y de virtual duplicación (dobles-virus y virus-dobles) es algo que así se evidencia, tal cual hoy en día a nivel particular y colectivo se da terrorismo, superpuesto sobre la ilusa progresión de aspiración luminosa que resulta siendo el despliegue de lo tecnológico.

Que el terrorismo se comporte así no es -ni mucho menos- evidencia de su desgaste ni razón suficiente para su extinción (como en más de una ocasión Lacan supone, al reconocer modificaciones, atenuaciones, en el despliegue del delirio de Schreber).

SEIS. En realidad, el lenguaje está afuera y sólo en segunda instancia se toma de ahí y se ejercita de modo directo como un asunto que parece irrumpir desde cada quien. El lenguaje, de hecho, es el que apuntala a la persona, el que le sujeta y le ofrece desde entonces como el más decisivo modelo de vínculo (se apela sujeto a esta operación sostenida que da al lenguaje como involucencia encarnada, asumida, e irremontable, a esta específica vinculación) pero existen sujeciones adicionales, previas o autónomas de ésta, cuya principal condición es amarrar el colectivo al registro de lo social, de un modo a su vez tan definitorio como inapelable.

---

<sup>421</sup> Lo tecnológico es hacedura estética, suplemento en lo humano-máquico, cuya singularidad enloquece del lado más terrorista desde que lo humano-en-sí resulta incapturable, irrecuperable.

<sup>422</sup> Se dirá “¿Acaso se ha incluido antes esta condición, que suma ahora sin más lo terrorista a lo clínico?” Sin duda, sí. Y por supuesto, allí habría de admitirse una primera constancia de diferencia en la puesta en acto de lo psicótico.



El enlace con la sombra, el enganche con el cuerpo, las claves de iluminación interior, los juegos de la metamorfosis, del delirio, de la alucinación, anteceden a la definitiva apropiación del habla.

El colectivo ofrece ilustraciones de modalidades externas al lenguaje por la ruta que a cada paso ilustra el comportamiento de masas. La instancia de masa<sup>423</sup> incluso -ya por fuera de estas directas determinaciones- es la responsable de tales ligazones y de la certeza de continuidad que reúnen dos vías (individual y colectiva) en apariencia injuntables

Una cuestión ha de ser el lenguaje como asumido ejercicio desde el sujeto, y otra, la sustancia envolvente -que, tal cual fuera dicho antes- hereda las condiciones de repudio del ruido universal, logrando armar esa suerte de musicalidad superpuesta de modo inaudito sobre la experiencia impedida, forcluída, insoportable.<sup>424</sup>

SIETE. Hasta dónde resulta el niño estallado por esta catástrofe sonora al nacer, es algo que la experiencia misma -con sólo negarlo todo tajantemente, sin siquiera permitir plantárselo- resuelve de una vez por todas, sin aparentes urgencias de supuestos recursos argumentales.

Quien sabe sin embargo, qué escuche un niño al nacer, pero si algo es claro es que sería imposible que captara -para reprimirle luego- el estallido sonoro del cual hasta entonces la cobertura materna le protegiera. Esa forclusión primera viene con él ya, incorporada sin remedio, pues no es el niño -como habitualmente se cree (borrado el resto)- prolongación de la unidad de lo humano que así se expresa, encarnada y evidente versión de lo humano (apenas indiscutible para la perspectiva de lo empírico). En cambio, expresión sí de pura novedad -incluso, repuesta renovación de lo humano en cuanto tal desde la reposición indiscutida de un origen que siempre se repite y del más literal de los modos- el niño, si bien es continuidad de una línea que desde lo vital repone y renueva la especie, en tanto apropiación de cuanto -como fuere- resulta siendo él expresión modal, no da cuenta más que en la medida en que -en medio de la dominación de un recorrido colectivo- lo humano se le impone al

---

<sup>423</sup> Se impondría, dada la inclusión del concepto instancia de masa, una juiciosa revisión de la noción del yo. Por lo pronto, basta con barruntar lo siguiente: ¿Hasta dónde van tus límites? Si a cada cosa existente se le hiciera esta pregunta y pudiera ella contestar sin restricción verbal alguna, la cosa dirían cuanto cualquier ser humano, sabiéndolo o no, habría de reconocer a su vez. Como quien dice que al escritorio de Lacan no le falta sino hablar (y Lacan lo logra, de hecho de modo compensatorio ya, que -a su vez- antepone el verbo al terror para cancelar -entonces sin remedio- la presencia y condición explicativa de este último)

Nada más complejo, abigarrado, sobredeterminado y ajeno, que esta demarcación que sin embargo se impone a cada quien. Y ha de ser porque la respuesta se estira de un modo indefinido, sin terminar de redondearse (por el contrario, es cada vez más grave, más honda y al tiempo más sutil e inagotable) como si la pregunta por los límites remarcara -sinuosa, paradójicamente- la condición de lo impreciso.

Para tapar todo esto se habló siempre de yo, se partió de modo sostenido de ese soporte, compartido a nivel masivo, para esconder las implicaciones de toda singularidad, asumida de modo por demás restrictivo (y a su vez, en esa trampa siempre cayó la psicología y -¿cómo, si no?- el psicoanálisis).

Lo cierto es que el yo -como la moneda- mal-nombra cuanto nombra (a pesar de su inocultable involucencia y de su presencia y dominio, de hecho imposibles de erradicar). Pero con el yo se nombra mal la singularidad y sin duda se la impone también como eso debidamente uniformado -tergiversado por ende- que lo social demanda para su perpetuación. Allí, al interior de esas apropiaciones, y como paso inevitable en la utilización que se impone desde su inocultable domesticamiento, la singularidad persiste desdibujada -aunque sin desaparecer por ello- en las más diversas resultantes (sólo en cuanto condición necesaria para esa asimilación indispensable que alimenta por encima de todo a lo social).

Lo social vive pues de esas encarnaciones, parasita de ellas, y es por todo esto que las convierte en modalidades suyas (cuando de hecho son su más decisivo soporte)

<sup>424</sup> No que únicamente el repudio desde la banda sonora decida forclusión, es que -en tanto modalidad de constitutivo afuera- como una de sus posibles ilustraciones, ejemplifica la envolvente condición de lo inapropiable (y sin embargo no por ello menos definitorio).

niño a posteriori, como reapropiación de suplemento. Allí lo humano es relativo e imposible de reapropiar de manera redonda, dado que el modo mismo que el niño encarna, resulta primero decidido por la especificidad del lugar que ocupa al interior de ese ilimitado modelo, y en cuanto tal, sobredeterminado por los relativismos de todo orden que desde su irremontable particularidad se le impone (como quien dice, “desde el aquí y el ahora”).

Lo cierto es que entre el modo y la matriz fundante, entre el niño y lo humano como tal, restará siempre un abismo que hará del corte inaugural asunto irremontable, constancia de castración inapelable, previa a toda versión edipiana y mítico-paterna.

OCHO. Pues bien, así y todo, se podría contraargumentar señalando que ella (la forclusión en la que se nace) no puede ser menos que inadmisibles e inaudita, dado que no precede aún allí armado defensivo alguno.

No sólo no se oye entonces, tampoco se alcanza a reconocer imagen alguna. Si el enlace con lo humano está de entrada impedido, la ligazón al mundo no lo resulta menos. Como fuere, la razón por la cual acontece así en cambio (o sea -que dada su condición fundante y asumida ésta como tan indiscutible que ni se nombra- se da por sentada la envolvente clave forclusiva) y se progresa desde ese punto hasta el enlace de semejanza que amarra al colectivo, resulta ser enigmática e irreductible (aunque inocultable, dado el trasfondo de terror que siempre subtiende allí), ha de ser porque si bien la defensa no marca aún, la indefensión sí y de modo por demás contundente.

A su vez, que el anhelo vence al terror de base, parece desde entonces no menos determinante. Lo cierto es que ello nunca ha de ser redondamente conseguido, y puede -como lo ilustra Schreber- reponerse sin más en la mitad de la existencia, dando de nuevo vuelta a la cuerda.

Dada la indefensión que destapa el abismo de base, si algo así (por más impedida que resulte ser su experiencia directa, dígame el ruido desbordante e inaudible del universo en movimiento) no es por sí mismo aterrador, nada podría serlo. Lo cierto es que si bien esta imposible vivencia no sólo no se repone a cada paso y para cada quien, si su aprehensión es algo negado ya para la especie misma y resulta ingraciable por partida doble para las personas específicas, ha de ser por esa precisa ruta cancelada que torna viable la directa experiencia del terror (tanto para los colectivos, como para las personas específicas).

No resulta siendo la mera inserción en el habla -ya de por sí enigmática- clave de remontamiento para todo ello. Es que la forclusión marcha al lado, coexiste sin apuntalamiento, dejándose reconocer cada vez que se asoma y generando -con solo ello- terror incontenible.

Un antiguo paciente lo evidenciaba así, cuando para distinguir entre su psicosis -de modo parcial superada, la cual previamente lo había llevado a un internamiento manicomial por dos o tres años- y su normalidad -apenas recuperada de manera fragmentaria- gustaba reconocer cómo el lenguaje entonces era un río desbordante y vigoroso que ahora parecía detenido, rígido, congelado, y restringido (como si ese caudal -al secarse casi, dado su retorno a lo normal- no dejara más evidencia que un hilo endurecido sobre el quieto lecho de piedras que antes le alojara).

NUEVE. Dado este estilo siempre general -que pareciera indispensable cuando se incluye la contrapartida de lo estético, y que contrasta con el esfuerzo de precisión y concreción del abordaje clínico de Lacan y de Freud- ¿no es dejarle a lo inefable sepultar en el enigma irremontable, inalcanzable, la condición real de lo psicótico? Asumirlo como inexplicable ¿es acaso una respuesta más adecuada?

Decir que el delirio debe abordarse en su emergencia sensible, desde la constante metamorfosis, no significa ignorar tales ilustres y respetados aportes. Tampoco se trata de renunciar a la dimensión histórica de su despliegue, ni negar una verdad de a puño -por empírica que fuere- la cual evidencia que sin cuerpo de soporte, el delirio de hecho no podría discurrir.

No se trata de esa grosera posición, qué duda cabe.

Ahora bien: *verwerfung* se da sin explicación en Lacan.

*Verwerfung* es un mero punto de partida que posa de punto de llegada, un puro efecto que se asume como causa y evidencia primera y sin urgencias de explicación ninguna. De hecho, no ha de ser menos defensivo el recurso de dar a la *verwerfung* condición fundante que la instalación explicativa misma en el registro de la defensa (o sea cuando se asume evidencia, donde en realidad se impone abismo inocultable).

Más acá de ello, podrán darse explicaciones que aporten un poco más de luz a los asunto, con sólo comenzar por reconocer como asunto de especie la forclusión fundante, la cual en tanto tal, no es ni ha de ser explicación real, por el contrario -dado su impedimento irremontable- no hace más que ofrecerle como enigma insoluble a pesar de constitutivo y definitorio.

Es lo humano cuanto se ofrece desde entonces como la paradoja que consiste en reponer lo más incapturable como escueta inmediatez. En ese espejo sin retorno, nada podría aspirar a la coherencia ni a la lucidez (como no fuese asumiendo, desde fuera de allí, las versiones -siempre insuficientes- de eso inaprensible).

DIEZ. Si lo real no es esa tierra prometida inalcanzable, ha de ser un modo más de lo simbólico,<sup>425</sup> modelo de defensa por ello que -antes de ejercicio yoico- funda yo. A tal punto resulta contradictorio e insostenible, seguirle reconociendo como del orden de la protección decisiva que comanda el yo (como si fuera ésta la forma más radical de represión, defensa apenas la más primordial).<sup>426</sup>

En realidad, *verwerfung* es indefensión fundante, antesala a las formas y a las representaciones, punto de partida repudiado e incapturable, donde el terror se junta a lo creador, del modo más indispensable, de la manera más impositiva.

Y en general, vistas las cosas en retrospectiva, podrá suceder que -como si el inmenso recorrido conjunto no hubiera conseguido remontar las cosas- todo se invirtiera. De no ser por Schreber, quien vuelve a ponerlo todo al frente.

Así haya sido repudiada -por esa vía de exclusión, de doble cancelación- condenada de un tajo, esa puesta en acto del registro fundante que ilustra la *verwerfung* psicótica, hace sorprendente y ajeno lo más propio y semeja excepción donde se trata de lo más constante.

---

<sup>425</sup> No hay duda que esto resulta demasiado contundente para ser dicho de modo tan tajante. Pero si bien se ve, no es más que el develamiento del condensado lacaniano que da, de manera simultánea, opción a la reclusión irremontable del lenguaje y a la inapelable presencia sostenida de su afuera (de modo ingenuo incluidos de nuevo allí, por la ruta de una licencia simbolizante, asumida con demasiada comodidad). Decir lo real pues, es dar fe de esta contradicción innegable.

<sup>426</sup> Si se preguntara por la opción que tuvieron, tanto Freud como Lacan, de reconocer la condición del terror como fundante máxima, habría de decirse que ellos, cada uno a su modo, lograron reconocer la dimensión defensiva que al correrse deja abierta la perforación que se enfrenta al abismo. Vieron la dimensión defensiva -en tanto fracasada- pero las claves de lo singular que la puesta en acto del terror delata les resultó taponada, en la medida del ejercicio triunfante de sus propias defensas.

Por lo demás, no se debiera olvidar que cada quien tiene un acceso específico e intransferible al terror -el cual, no por nada, ata con lo singular- aún tratándose del terror aglutinador que irrumpe al interior de grupos y/o de masas, donde lo singular delata que es algo que no se reduce a la mera oferta de lo más personal.

El recurso que escoge Lacan allí para nombrar los asuntos, para conceptualizarlos, ya no es de procedencia bancaria como en Freud, y no por nada, se le impone ser asimilable a un soporte jurídico.

La doble forclusión es una retrospectiva que recupera en segundo lugar -partiendo ahora desde la apropiación que apuntala lo normal uniformante, masificante- la imposibilidad de base que es la forclusión originaria (por decirlo así, reforcluyéndola y dando desde entonces -por pura paradoja- condición de suplemento a lo humano, supuestamente constitutivo). Esta modalidad termina asimilandose -incluso por la vía más burocrática- a los registros de la norma, legalizándolo todo - como de hecho acontece en las convenciones que rodean los despliegues de la ley- con tal de que cumpla con esta reiteración, con esa generalización de complicidad inocultable.<sup>427</sup>

ONCE. La idea de aislar al delirio para pensar las cosas -se ha dicho- resulta insostenible a nivel empírico. Los plurales registros de la persona, la armazón psíquica y la emergencia de lo reconocido desde la normalidad como del orden de lo sintomático (delirios, alucinaciones) están sin duda unidos en la resultante que se enfrenta, pero el no aislarlos al intentar explicarlos delata hasta qué punto la posición resulta siendo más empirista que explicativa (al menos hasta donde la inmediatez de lo normal-asumido decide la modalidad de los abordajes).

Una cosa es pues pensar el delirio como autónomo, y otra diversa reconocer que se alimenta a cada paso de las restantes dimensiones de complemento.

Se ha subrayado antes, que si bien el delirio se comporta como un virus (en tanto depende de su fuente de un modo parasitario insuperable) lo cierto es que consigue autonomizarse a partir de allí, al menos si se observa el comportamiento sostenido y de modo progresivo complejo que de hecho el delirio ilustra, no sólo como si se tratara de un ente capaz de auto-reproducirse, con opciones mutantes decisivas e imprevistas de hecho (al punto de asemejarse también a un doble, o al menos presuponer un duplo virtual como fuente obligada para su emergencia).

Pues bien: el delirio es ya escenificación sostenida, encadenada, que puede instalarse en la vigilia de un modo tal, que una vez la persona despierta, vuelve y se entroniza haciendo caso omiso a cualquier posible interferencia o interrupción onírica, acaso sostenido entre lo onírico y lo vigílico en una continuidad sin transición y dando por ello a la persona la constancia escenificadora (que extraña en los desdoblamientos que se imponen a nivel de las modalidades expresadas desde lo normal).

DOCE. ¿Cómo se entiende ello?

El delirio es obra humana, artefacto que no hace excepción de las modalidades que comporta el ejercicio de lo máquico, máquina de representación que se superpone -como un verdadero doble- sobre el denominado sujeto (el cual en realidad, en tanto tal, es más bien su víctima). Lo escenificante prima sobre la vinculación al lenguaje (doblemente representativo a su vez),

---

<sup>427</sup> Se dirá que el pleito con el psicoanálisis no se resolverá hasta que no se dé cuenta del mito del parricidio, al cual Lacan sublima, desde el acto asesino (que desentrañara Freud), hasta la estructurante condición del más nuclear y decisivo eslabón signifiante (el Nombre del Padre). El problema entonces, curiosamente, sería más con Freud que con Lacan, cobijado ya por la marca (paterna se diría) de la versión freudiana. Cuanto decide Freud -desgajado de contenidos dramáticos el argumento parricida- es la urgencia del mito (y de los dioses, en consecuencia) para llenar el hueco inaugural y empezar a sublimar -del más colectivo de los modos- con lenguaje, la falta. Que sea un asesinato, un acto, cuanto se suponga llenando el bache, delata hasta qué punto es subordinada y suplementaria la presencia del lenguaje allí (así deba reconocerse su condición de suplemento indispensable, inseparable de todo ello).

Así se diga -por pura compensación- que “en el principio era el Verbo”, se estaría delatando ya con ello, en cambio, el empeño negador de todo substrato donde no impere el signifiante).

delatandole como refinada variante suya (tanto más elaborada construcción que procede de allí, precedida -por ende y cuanto más- a partir de esa derivación).

Que esa superposición ocupe la totalidad del territorio que se impone como registro de lo psíquico -o que lo haga de modo parcial- es algo que de manera tradicional se atribuye sin más a la estructura mórbida, como una cualidad esencial, enteléquica e inapelable (de hecho, forma parte de la resultante por todo lo cual puede variar según se imponga al proceso que ilustra su reposición).

Las alternativas de la representación admiten ordenamientos que de modo decisivo les distinguen de otras y que de igual modo les acerca a variantes diversas, pero creer someterles a partir de allí (al punto de renunciar a la singularidad que con ello se evidencia) es marchar en contravía de algo determinante, según lo cual -antes que simplificarse- ofrece opciones de complejización mayor, tanto en su ejercitamiento como a nivel de su ilimitada involucencia.

### **Del agujero en el registro del significante**

UNO. El seminario lacaniano arriba ahora a una clave que supuestamente resolvería el asunto: “La psicosis -dice Lacan- consiste en un agujero, en una falta a nivel del significante”.

Siendo como son -por supuesto, para la perspectiva lacaniana- bastante bien justificadas allí las cosas, esta definición resulta difícil de sostener (tan corta e insuficiente, como el hueco donde quiso el niño agustiniano de marras, guardar el mar).

No es del todo claro hasta dónde va el lenguaje en tanto tal, y cuál ha de ser el territorio que en realidad recubre el significante. Se dirá que resta el significado y la significación, pero ha de ser por ello que -cuando se trata de reconocer la involucencia de uno y otro asunto- al parecer estas cosas se olvidan.<sup>428</sup>

Ahora que defiende Lacan esta posición de manera bastante tajante, no puede -claro- dejarse de exaltar la ironía que a este punto se delata en referencia con su asunción previa de la psiquiatría (lo cual comporta no dar opción alguna a lo somático -a “lo orgánico”, como acostumbra decirse- cuando de las psicosis se trata).

Pero es que -más allá de ello- tendría que asumirse que la involucencia contradice la definición desde que se alude a cuanto resta por fuera del significante, que ha de ser entonces del registro de lo real, aunque -antes de ello- externo al manejo habitual que del significante impone la normalidad. Las psicosis serían el empeño sobre-compensado de intentar llenar lo real, más acá de los modelos colectivos y de las posibilidades defensivas que suturan allí las cosas.

DOS. A diferencia de los neuróticos, quienes no pueden renunciar a hacerse la pregunta que los entrapa, o de los psicóticos, a quienes antes incluso de indagar les llega la respuesta o -tanto peor aún- en quienes la pregunta se formula sola, los normales -ha dicho Lacan- son quienes renuncian a

---

<sup>428</sup> Como fuere, lo cierto es que a la luz de la oferta clínico-estética se impondría el necesario reconocimiento de lo escritural, y a decir verdad, Lacan de ello nada explícita. El derecho a la palabra pretende decidir -por sólo eso- desde un poder que en cambio lo escritural niega y remonta, que asume apenas como modalidad suya.

Significante y lenguaje, por refinada que fuere su mezcla, no logran apuntalar el prioritario centrismo simbólico, son efecto escritural sobre el mundo, urgencia de aprehensión del modelo envolvente y desbordante. La ilusión de irremontable reclusión en el lenguaje es sinuosa trampa antropomórfica y su condición torturante, apenas consecuencia, efecto de tal obstinación.

hacer y a hacerse preguntas, forma que se debe incluir como una defensa adicional indispensable. Pero Lacan se olvida de preguntar dónde va él en esa clasificatoria<sup>429</sup> (de haberlo hecho así, se hubiera enterado de cuanto de forclusivo se suma, allí donde lo forclusivo interpreta con rigor y lucidez, sólo para no verse)

Desde ese sesgo de forclusión envolvente, cuando uno se deshace de la mera coherencia del tejido argumental y se pregunta por la verdad de éste (de modo específico, para el asunto Schreber-Lacan) son más las inquietudes que surgen que las respuestas pertinentes. En ese punto cabría preguntarse -de modo tanto más incluyente y envolvente- por el registro dónde queda entrampado el terapeuta, cualquiera él fuese, y desde qué lugar pretende dar cuenta del delirio, de las alucinaciones, y de las psicosis en general, si el propio Lacan -que es como si arrastrara en esto a Freud, supuestamente más ingenuo en ello, aún- naufraga en ese punto y se ahoga sin sentirlo al lado del resto de sus semejantes (que hacen otro tanto, sin incluir diferencias esenciales).

Lo cierto es que más solo que cualquiera, Schreber se ha reventado sin más -y a pesar del padre que desde niño debiera soportar- consigue demostrar y demostrarse, que por años se ha ajustado a la existencia, con franca solvencia e indiscutible fortaleza. No es pues un entrampamiento en el paso por lo edípico ni cosa similar, cuanto viene a darse en el naufragio schreberiano (no son meras claves personales las que comportan desborde delirante, se ha dicho de manera insistente aquí).

Incluso, si es que se tratara de buscar en experiencias biográficas los motivos de la irrupción psicótica, sabido es que el impedimento para sostener y sostenerse en el apellido paterno, desde el suicidio fallido está allí presente de modo manifiesto. Pero ello -si bien no excluye a la persona de forma literal- lo cierto es que no la da más que como lugar de soporte para el delirio, parasitante de ella (sólo que siendo por demás tardío, y en consonancia con las urgencias de su emergencia).

TRES. De hecho, el peso del modelo viral-delirante se apropia de asuntos de la persona y los incluye en su dominio. En este sentido -sin contradecirse por ello- es viable afirmar que Schreber se ha cansado de obedecer, de ser sumiso, y luego de las reiteradas reincidencias -no tuyas, de su esposa en embarazos fallidos- es como si se decidiera a trocarse él en mujer y a servirse de su dios - fabricado expresamente para tal fin- dando paso a la auto-reproducción con la ayuda de éste. Y ni siquiera a la génesis de un hijo suyo, de un nuevo Schreber, más bien y de una vez, a la reconstrucción definitiva de la humanidad toda.

Es claro que esto no lo hace la sólo persona de Schreber (eso le acontece desde un lugar ingobernable e irreconocible), podría decirse que el delirio se imposta sobre su piel y se alimenta así a partir de allí, que algunos enlaces le sostienen preso de ese apuntalamiento, y le impiden un mínimo pero decisivo distanciamiento que le permita al menos conseguir una relativa liberación. Por ello, no resulta exagerado afirmar a la vez, que la persona de Schreber parasita también de su delirio, y hasta agencia de doble virtual entonces, de indispensable complemento frente a ese armado desbordante.<sup>430</sup>

---

<sup>429</sup> Lo cual no debiera hacer creer que se trata de inconvenientes e innecesarias explicitaciones personales. Es algo, que sin decirse, debiera verse a cada paso reflejado en el conjunto de sus planteamientos. Lo cierto es que ocurre perfectamente al revés, la ausencia de ello resulta indispensable para dar cuenta de detenciones -por decirlo así- abortivas, de impedimentos, sólo por ello, irremontables.

<sup>430</sup> Sucede sí, que al tiempo -como cuando sobreviene una hecatombe natural- la malformación que acarrea ese paso, desbordante y mutante del modo más radical, consolida de modo simultáneo la sorpresa de lo ajeno incorporado, más próximo de las resultantes a las cuales da paso, que de la anterior verdad donde se daba cuerpo a la certeza de lo propio.

Como fuere, resulta claro que el delirio afecta a Schreber más, de cuanto los acontecimientos vividos por Schreber inciden en el despliegue del delirio.

Por todo ello, ha de ser menos cierto presuponer sin más -que en forma redonda y de una vez por todas- Schreber es virus para su delirio, pues cuando logra distancia suficiente consigue también enlaces tan decisivos como la coherencia, que por sí solo, imprime el ejercicio escritural (dando paso con ello a la acentuación del reconocimiento de la independencia, que en primera y en última instancia distingue a Schreber del delirio).

En efecto, sólo la escritura apuntala algo así, aunque hasta un cierto punto, pues ella está sesgada con relación a un pleito que encubre adicionales motivos. Móviles que podrían haber llevado a Schreber, si no a una cura garantizada, al menos, a una definitiva puesta en orden de sus asuntos. Lo cierto es que mientras Schreber escribe, resulta indiscutible que este reordenamiento -aún siendo de manera parcial- empieza de modo efectivo a darse (así -es también cierto- no logre reducirse el delirio ni el juego alucinatorio, apenas por ello).

Si se dijere que se trata de mera paranoia, y que por esto cuanto no es desboque indetenible, al aparecer el núcleo de delirio incrementa la lucidez de quien es reconocido como portador de facultades superiores (lucidez esta, que por ende, cualquier normal no puede menos que envidiar), habría que devolverse hasta más acá del principio, pues toda la armazón de lo lingüístico y del significante forcluido, de lo simbólico que suma lo real a sus excedentes, resultaría siendo tanto más indefensible.

A estas alturas, sin duda resulta más válido entender que ese fulgurante núcleo patógeno es ya modal, que a la manera de un “ojo de huracán” -cercano como nada del terror- hace de la desmesura paradigma, sin necesidad de sumar más escisión allí, ni de dar satisfacción con ello a las afugias de la normalidad (ya de por sí asfixiada, de tanto estar cercana de un cuadro que la refuta de raíz).

CUATRO. Schreber ni siquiera lo desea de esa forma, el propio delirio alucinatorio no se deja asignar literal procedencia personal<sup>431</sup> (al punto de que Lacan -contra lo sostenido previamente- vuelve a pensar que se trata de la abrupta irrupción del Otro)<sup>432</sup>, y siendo verdad indiscutible que Schreber no puede ya vivir sin esa alucinatoria armazón -como si en ello fuera incluida su más decisiva condición- no debiera olvidarse -que antes de ello- el delirio es la puesta en acto de lo singular escenificado y que eso no se puede confundir con el vínculo que lo enlaza a Schreber.

Cuando se reconoce autonomía al delirio no se renuncia a ese enlace. Por el contrario, es ese vínculo el que permite a Schreber instalarse sin más en la insubordinación que comporta su más pura verdad. Entonces, des-vínculo también que ha de sumarse al desligamiento del yugo social asumido y compartido a nivel colectivo.

Una vez se vive esa experiencia desvinculante y se le reconoce desde el otro lado, se sabe que se trata de algo más valedero y lúcido que el simple sometimiento a las condiciones del humano rebaño

---

<sup>431</sup> Aunque cobije de manera parcial el conjunto de la estructura psíquica, el delirio paranoico cuando se apuntala es una manera envolvente de ver que excluye tal distinción. No es pues como ver una película, donde se está inmerso en la trama pero se puede de pronto salir de allí y tomar distancia. La fuerza del delirio no admite estos distanciamientos pues se parece más al yugo hipnótico, al cual se obedece sin remedio. Si esa doble condición resulta inconciliable desde la perspectiva de lo normal, ha de ser porque la forclusión de la forclusión (doble-forclusión) lo impone así, por lo demás, de un modo no menos categórico.

<sup>432</sup> Sin embargo, sólo es contradictorio esto, visto a la luz de la propia perspectiva lacaniana. El Otro está en la psicosis sin estar en Schreber, debido a que existe un trasfondo que Lacan no incluye, y que da sentido a la psicosis, al psicótico y al Otro juntos. La racionalidad que impone esto, explica a su vez la posición demeritoria que Lacan asigna al tema de lo mágico, cuando lo enfrenta como lo hará aquí.

(así ello se confunda en Schreber con una escueta oferta religiosa que presupone a los otros para justificarse).

Lacan cree que por sólo esto se trata de real enajenación, y lo ha de ser sin duda, sólo que no de la persona como tal. Antes de ello, es enajenación de lo social, y sobre todo, en tanto victimiza a Schreber (convencido como está éste -casi que por inevitable tropismo y ya por añadidura- de la urgencia de reconocimiento por parte de sus semejantes).

Es allí en realidad donde Schreber se pierde y entrega sus armas, y ha de ser también a partir de donde el delirio delata su dimensión más irreductible.

CINCO. El seminario de Lacan despotrica contra la idea de lo mágico como clave primitiva de las primeras armazones humanas, en realidad -si bien se le lee- cuanto en tal texto se ofrece desde ese nuevo sesgo es -una vez más- el reconocimiento de la predominante condición significativa, sin duda también presente en esas míticas construcciones, para nada ingenuas.

Pero se tendrá entonces que asumir la indispensable presencia de eso mítico y legendario (dado lo cual se sabe que hay allí una contundente distancia de la más empírica realidad -nunca ajena en esos casos, por primordiales que fueren y por encima de todo posible demérito modernizante- quizá también como constancia de involucencia de lo humano, lamentable y definitivamente perdido) registro mítico-legendario entonces, que por alguna causa de enigmática procedencia resulta siendo recuperado del más literal de los modos desde la puesta en evidencia del delirio schreberiano.

Lo enigmático no es disculpa para justificar el impedimento explicativo, afincando sin más nueva modalidad de creencia o cosa semejante. Lo enigmático empieza a deshacerse desde que se deja de atribuir responsabilidad personal ahí, y se comienza a reconocer en cambio la emergencia de singularidades contenidas que estallan de manera abrupta por la ruta de un registro de lo humano, pues -por definición- lo singular es estallido y condensado al tiempo, y en cuanto condensado -extraño, ajeno- de tanto habéselo mantenido al margen, torna salvaje obra y delata síntoma desde que el colectivo no lo asume y en compensación refuerza las defensas, radicaliza la oferta que arma apretado tejido, reforzada conjunción de habituales y colectivas resultantes.

De hecho, Lacan está más bien pensando, no en los primeros hombres de las cavernas, sino en sociedades como la egipcia y la griega, o incluso, en colectividades africanas contemporáneas. Es claro que negar el pensamiento mágico en los primeros hombres, y aún en los actuales resulta indefensible. Sólo que lo mágico ya no está donde se lo supone, ni pierde validez y contundencia por sólo ello.

Otra cosa ha de ser pretender reducir asuntos como las psicosis a la literal puesta en ejercicio de lo mágico puro, lo cual sin embargo tampoco se puede cancelar sin más, desde que -así fuere, asignando un mítico poder a lo más puro y significativo- se impone dar mayor amplitud a una visión que ha de ser, de modo necesario, menos escueta y normalizante.

SEIS. “Dios sabe por qué después de muchos años los psicóticos que han vivido compensados por años derivan al derrumbe psicótico”- afirmará finalmente, con más o menos palabras Lacan, en ese complejo e interesante capítulo XV que se titula “Acerca de los significantes primordiales y de la falta de uno”.<sup>433</sup>

Pero lo cierto es que según el documento lacaniano que aquí se viene comentando, sin la presencia edípica del significante paterno fundamental se trata del ingreso inapelable en la enajenación, en lo

---

<sup>433</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. P. 279.



imaginario más literal, desde que no existe mediación simbólica que permita distanciamientos mínimos frente a figuras donde el padre re-emerge y la impotencia reiterativa que comporta la ausencia del significante que le debiera apuntalar hace otro tanto allí.

Esta ha de ser -desde una estricta posición clínica- la forma de suplir la dominante condición estética de la escenificación psicótica, sólo que allí -una vez más- se estaría confundiendo el vínculo con el delirio alucinatorio en cuanto tal.

El desborde por ello es malsano, mero efecto de desbordes que no admiten abordajes autónomos allí, dando con esto muestras de cuanto de regresivo se impone en el develamiento de los delirios, si se piensa -por decir algo- no sólo en el análisis de los sueños de Freud, también en el inconsciente todo, cuya existencia ahora debiera ser planteada desde la óptica de la doble forclusión (clave esta que da cuenta del demérito de lo mágico desde que su cancelación repone, no apenas el desprecio por lo pretérito, sin duda -del modo más actual- da cuenta de la dominancia misma -inseparable de allí- de lo terrorista ).

SIETE. Por lo demás, la explicación es apenas tranquilizadora para los individuos normales. De hecho deja sin resolver lo principal, o sea la razón por la cual se da un despliegue asombroso de representación delirio-alucinante allí, a cambio de la escueta afluencia mórbida de un déficit insoluble desde el hueco inllenable.

Si los sueños son mirados con el rigor con que lo hace Freud resulta de hecho otra cosa el asunto de los delirios y las alucinaciones (al menos en la forma como hasta ahora han sido tratados a partir de Lacan).

¿Por qué entonces se dan delirio y alucinación y cómo se les debiera asumir desde la perspectiva clínico-estética?

Sin duda, la alianza entre delirio y alucinación es ya un asunto de complejas implicaciones cuya especificidad no se soluciona apenas con recursos tan generales como la *verwerfung* (y a partir de allí, el peculiar enlace entre lo simbólico y lo real, o las distinciones entre significante, significado, significación).

Delirio y alucinación no son apenas específicas modalidades de lo imaginario, menos aún si se asimila tal registro con una suerte de inhumanidad -por no decir, de animalidad- que hace del psicótico alguien tan simple como un pez o una lagartija.

Ya, sin el reconocimiento de la envolvencia representativa, de la escenificación inapelable que es la condición primera de toda persona, el delirio enlazado con la alucinación (condición indispensable para la articulación en la continuidad de un proceso, y no como mero encadenamiento episódico, excepcional, insostenible) resulta más que difícil de demarcar.

Ya ha sido recalcado aquí más de una vez: una cosa es pensar el delirio y la alucinación como emergencias a posteriori, y otra partir del reconocimiento de su condición basal y definitoria (y no sólo a nivel histórico, sobre todo -y dada la lógica de un armado tal- si se asume lo estructural como inapelable).

Que en las obras de Lacan y de Freud no se desconoce tal distinción es algo más que sabido también, otra cuestión habrá de ser que se lo logre mantener ahí de modo constante, al tiempo que se lo respete mientras se sostiene sin discusión la tradición clínica (en referencia sobre todo con una especialización metodológica y aplicativa, indispensable a partir de entonces).

OCHO. Ya ha sido también sostenido antes: que se dé vínculo es una cosa y que se dé delirio y alucinación, otra muy diversa. De igual modo, que se dé lenguaje comporta que lo significante a ese

nivel sea del orden del vínculo, pero el lenguaje es de modo radical modificado a partir de allí. Desde que se trata del delirio y de la hecatombe alucinatoria, el lenguaje resultará sometido y subordinado a las condiciones, que en ejercicio incontenible, comporta el registro prioritario de lo singular (nadie habrá de negar, que también el lenguaje puede darse como estallido, y no sólo a nivel de escueto grito).

Nada de perplejidades animales o de simplificaciones que entronicen lo mero imaginario, los aullidos, los milagros, las llamadas de socorro, los pájaros parlantes, las especies recreadas a cada paso por el dios -en fin, todo ello- son modalidades que delatan hasta dónde el lenguaje es subordinado al imperio de algo más constitutivo y basal, eso que impone su metamorfosis y que lo reacomoda a la apabullante tiranía de tales condiciones, cuando de la mencionada puesta en acto de lo singular se trata.

Es allí donde se reconoce en cambio que el lenguaje es modalidad representativa altamente refinada, y solo a posteriori envolvente y dominante. Pero -así para ello la exclusión resulte inapelable- que el lenguaje termine por recluir lo humano y por someterle, le da como trampa indiscutible que genera y reapuntala la paradoja de coherencia, de evidencia, y de normalidad, que tal contradicción incluye. Pues no se podrá dejar de reconocer, que sin la demencia al lado, ello no es tampoco posible de manera redonda.

Si en un determinado punto lo singular estalla ha de ser en muy buena parte por este tipo de entrampamientos (el primero de los cuales de hecho se apela lenguaje).

Nadie al parecer observa, que en la medida en que el lenguaje unifica y recluye, lo humano se escinde y desborda en las resultantes de su incansable despliegue. Surge una clave de nomadismo, indiscutible de tanto como el sedentarismo civilizador -que entre otras cosas, y en primer lugar, comporta la inapelable presencia del lenguaje- tiraniza y somete el juego de las resultantes.

Si en las psicosis se da falla, estallido del lenguaje, ha de ser por esta concreta razón. De otro modo no se justifica algo tan peregrino y gratuito (de hecho resulta insostenible decir que “si hay psicosis es en tanto se da infaliblemente allí falla de lenguaje”).

NUEVE. ¿Qué se da entonces?

Se ha dicho ya: marca en el vínculo, que altera a nivel metamórfico el lenguaje, pendiente de allí. En el juego de ensamble al lenguaje caben pues infinidad de opciones que apenas lo significativo no permite dilucidar<sup>434</sup> (sobre todo, las claves de ficción sin las cuales la oferta terrorista del vínculo carece del obligado reconocimiento a su condición prioritaria). Lo terrorista torna en ficción lo más evidente e incuestionable. Por ello ha de ser que los normales no se hagan las preguntas, los neuróticos (por hacérselas) sucumban a sus trampas, y las respuestas agobien a quien ni siquiera ha alcanzado a preguntar (tal cual -según Lacan- acontece al psicótico).

Preguntarse -en el registro de lo más basal- corresponde a reconocer cuánto de ficción subtiende en lo más sólido y afincado de las periféricas resultantes.

El aullido está de vuelta, y desde lo humano más actual, repone el abismo que separa de lo animal (no es la mecánica, la literal reposición de lo imaginario, cuanto signa no sólo a peces y lagartijas).

---

<sup>434</sup> No faltará aquí la irónica sonrisa que denuncia cómo el lenguaje se presta, hasta para ilusionar con su autorefutación, sin dejarse someter por ello. Lo cierto es que el lenguaje es más que conciencia significativa, y que lo significativo -a nivel inconsciente- puede pasar de largo hasta la dispersión incapturable de lo inefable. En esto, tanto Freud como Lacan, parecieran resultar siendo claros. Sin embargo, ello contrastado, puesto a la vista a plena luz del día, como de manera efectiva logra hacerlo Schreber, genera una torsión tal que lo normal terminará por defenderse con toda radicalidad, dando paso a las más paradójicas de las resultantes, y de hecho por ello hasta Freud y Lacan sufren su influjo.

Sin la marca de ficción, lo imaginario es apenas simplificante y regresivo, sometimiento esclavo a lo simbólico, desde que se cree que este último es imperio de la puesta en acto de la razón para que el primero (lo imaginario) carezca de opción posible de autonomía y redondeamiento (sin caer de modo inapelable del lado de la banalidad y la sinrazón).

Miradas las cosas en cambio desde la dominancia de la representación envolvente, lo imaginario es el espacio que aproxima al terror, la antesala al modelo sin soporte que invalida toda certeza permitiendo con ello la reapertura de los portones más bloqueados. Si al otro lado hay cuanto hay, ello no es mera fascinación hipnótica ni escueta perplejidad, es deslumbramiento frente a su contenido, el cual se pone en marcha ante los ojos de quien no sólo lo reconoce, sino que a partir de allí se sorprende de la ceguera colectiva de sus congéneres.

La realidad es que -dada escenificación- la urgencia de público decide en mucho esto que Lacan reconoce como significación.

Por sólo ello, debiera reconocerse que la significación es una a nivel de intercambio inter-relacional, y otra, en cuanto alude al asunto escritural.

DIEZ. Si se ha dicho que el delirio, a pesar de parasitario resulta ser al tiempo autónomo -y debe ser mirado así para lograr empezar a entenderlo- también es posible señalar que nunca una producción tecnológica (en este caso escritural) estuvo más cerca de su humana procedencia. Ningún escrito como las “Memorias” resulta -en el buen sentido de la palabra- tan personal, autobiográfico, honesto y directo (como ya ha sido señalado, “Las Confesiones” de Rousseau<sup>435</sup> -por decir algo, y conste que esta obra resulta ser honrada hasta lo escalofriante- ofrecen una pálida competencia allí, qué duda cabe).

Ha de ser, entre otras cosas, porque desde la autonomía del delirio el dios de Scheber es hijo de lo singular (lo cual implica reconocer que visto en sentido estricto carece de antecedentes, sobre todo en cuanto connota reconocimiento de vínculo). Más allá de toda apelación a la creencia, ese dios es único, de la más aplastante de las maneras, incluso comporta doble vínculo en tanto resulta tan atado a Schreber como Schreber a él.

ONCE. Antes de pretender cualquier definitiva repuesta, de igual manera conviene preguntar por qué no se le cree al dios de Schreber, por qué no hay público para esa oferta religiosa, por qué el dios tradicional -que inaugurando esta era, fuera asumido de modo colectivo- libra de la condición patógena a tantos fieles juntos, qué hace que la ficción marque del lado del terror amenazante cuando del dios de Schreber se trata, mientras -en cambio- el dios cristiano, o el paquete de dioses restante que propician aglutinante popular parecieran proteger sin más a partir de la compartida creencia.

Es claro que sobrarán razones para responder a estas inquietudes y sin duda habrán de ser tanto más válidas.

¿Por qué entonces no aceptar de igual modo que dándoles la vuelta, valen también? O sea: si el paso de los siglos ha apuntalado en forma irreversible el vínculo masivo con el dios de los cristianos, o con diversos dioses de los más variados pueblos (y, por lo mismo, no van a ser de un día para otro reemplazados por las insostenibles y dementes ocurrencias de cualquiera) ¿qué decir, sin embargo, del delirio alucinatorio que impone el dios schreberiano, no menos amarrado al paso de los tiempos y no por nada emergente así en ese preciso lugar y en esa específica época?

---

<sup>435</sup> Cf. Rousseau, J. J. Op. Cit.

El dios de Schreber cuenta con una originalidad difícil de asimilar, no es alguien en quien se deba creer, se basta con su emergencia arbitraria, y puede desaparecer tal cual emergiera. Decir que ese dios schreberiano es el Otro del Otro -como podría decirlo en otros niveles Lacan- es apenas supuesto indemostrable, y en referencia al vínculo, si bien no niega la problemática condición del Otro lacaniano, ha de ser sin duda en tanto asumido más allá de toda evidencia y de toda eficacia. Cualquier cosa -en cambio- ha de ser el Otro si no se da cuenta con tal explicitación de la especificidad vincular que comporta su apuntalamiento envolvente y uniforme<sup>436</sup> (y que de serlo, sólo reasumiría como lo otro, que es el amalgamiento sin fronteras de todo cuando pueda pasar por el registro de lo singular).

Una cuestión -se ha querido decir- es el lenguaje como obra humana indiferenciada y recluyente, otra, la forma como es revivido a cada paso y por cada quién (y Schreber pareciera, si no renunciar a lo primero, sí llevar al colmo de lo irremontable el radical despliegue de lo segundo).

DOCE. O el dios de Schreber refuta al dios de los cristianos o es refutado por éste, pero no cabe allí transacción alguna, Ni siquiera es posible decir que ese dios schreberiano, extraño y paradójico, sea la reposición de un Dionisos reactualizado (aprovechando su experticia en cuanto hace referencia a sus opciones metamórficas).

Dado que se ha ventilado el núcleo paranoico que subyace de todos modos en la armazón del delirio schreberiano y asumido que el tema es más tradicional que transdisciplinar, más clínico que clínico-estético, si se quisiera poner en marcha la versión habitual del psicoanálisis -nada lo excluye, pues tampoco se trata de su refutación- ello resultaría justificable por sobre todo en este punto donde ese dios, antes que a inusitadas religiosidades enlaza con ese padre desbordante y con el propio Schreber-niño (el cual, de su parte, con ello demuestra cuánto comporta esa herencia directa).

Sólo que entonces -y se trata por ende de la persona de Schreber, no de su delirio- habría de consistir en el papá concreto, no de función alguna, ni -menos aún- de cualquier agujero estructural en lo simbólico. Es el papá, quien armando fascismo privado con su hijo, lo ha de montar a partir de una ruta más que peculiar (en tanto hace de Edipo asunto insuficiente). Un Schreber tirano que somete a un Schreber indefenso y que -dada la desigualdad de la puesta en acto de su irreflexivo, innecesario poder- dispara el terror por sólo ello y monta íntimo terrorismo. Intimidad esta donde, sin discusión alguna, lo personal pareciera calzar de manera perfecta y, paradójica (pues lo social, estando fuera, resulta capturado del modo más envolvente y previsorio).

El vínculo de Edipo con su padre nace, una vez le asesina.<sup>437</sup> Se trata de un padre que viene desde lo desconocido y porta poderes que-más allá de toda paternidad- hacen ya de su asesinato, un magnicidio. El papá de Schreber en cambio, se sabe en demasía, pero sólo empieza a tornar indispensable a nivel estético, urgente para el registro delirante-alucinatorio, cuando en realidad no se le puede suplir, cuando su apellido se interrumpe por inocultable incompetencia para la puesta en

---

<sup>436</sup> Pareciera insostenible no apelar con mayúscula al Otro (escueto asunto de escritura, si bien se lo ve). Sucede que existe en el uso de ese concepto tal ambigüedad, que ha dado paso a una asunción que no se quisiera sin más acoger aquí.

Si se aceptara fuera el Otro -ello sí en un sentido más bien laxo- el lugar de lo inefable y de lo más enigmático e irreductible, punto de emergencia sin embargo de todo lenguaje, no habría problema alguno. Lo grave es terminar reconociendo al Otro como el lugar común de evidencia desde donde de modo envolvente se admite desciframiento e interpretación: inmensa cuna donde todo -debidamente infantilizado- pasa siempre por el habla y donde - debidamente remontado lo infantil- la razón reina (por más demente que ese Otro fuera y sin encontrar obstáculo mayor en su ejercitamiento).

<sup>437</sup> El delirio no se intimida con la contradicción, pues la obliga a seguir sus propias arbitrarias directrices donde se hace lúcido y desbordante.

acto de la descendencia, por parte del hijo (en ese punto, refutado de entrada). Sólo ello, demuestra que el dios de Schreber es tan concreto y particular, que hasta tiene apellido. En efecto, se trata ese dios de un Schreber más, que sumado a otro Schreber, llenará el mundo de hombres-Schreber a partir de una contundente, redonda e irremontable consolidación -más que incestuosa, reclusa en las modalidades del doble-. Y es por ello que esa armazón no ha de ser escueta evidencia homosexual, pues pasa de largo por allí, y nada acierta a detenerlo).

TRECE. Es eso cuanto repugna a la creencia y hace del escarnio, opción inevitable. El dios de Schreber -tan moderno- antes que puntal de ley, es primordial, escandalosa refutación de cualquier remota posibilidad de implementación suya, radical afirmación de transgresión. Ya ni siquiera hay que matar al padre, basta con descifrarlo en su deseo, encubierto pero tanto más definitorio.

Antes que soporte de ley, el padre es demostración de su insostenible aspiración de poder, y ha de ser por ello que su radicalización fascista es compensatoria, sintomática y grotesca.

Como fuere -contando o no con el papá de la infancia- más allá de ello, ese dios del delirio es en realidad un verdadero demonio y -así no lo parezca- esa religión que le apuntala resulta siendo tan primitiva y ancestral que torna de modo inaceptable inhumana (por sobre, todo terrorista).

Quizá no sobre recordar que un sentido emerge cuando en forma directa se piensa el dios en el delirio, y otro, cuando se le asume derivado, en conexión con la persona de Schreber.

Pues lo cierto ha de ser que es sólo el dios, su mediación, cuanto permite el amarre de la persona con su delirio (un poco más acá de sus demarcaciones autonomizantes y no por ello menos irreductibles).

Si bien se vé, nunca se negó aquí tal enlace, sólo se mostró, que si se da, ha de ser porque existe inevitable duplicidad previa. Y si el delirio se recalca de continuo como válido en sí ha de ser en la medida en que siempre se le mantuvo adscrito a la incumbencia que le decide como directa e irremontable derivación, a partir de lo más personal (suelto el delirio de sus amarres personales tiene otro ritmo y realiza otras rutas que corrientemente se ignoran cuando no se percibe a ese nivel).

CATORCE. El papá de Schreber generó culto en Alemania. Schreber -por esta vía- hace imposible que ello se sostenga y en efecto paga por eso con su demencia, pero ilustra a su vez (entonces sí) el latente boquete que se viene anunciando desde ya, en el despliegue del colectivo, y lo delata de un modo tal, que si bien no puede afirmarse, sin estar exagerando hasta lo insostenible, que desenmascare y ponga en acto la opción hitleriana al menos ofrece la demostración de cómo en ese delirio alucinante se evidencia la cercanía de la hecatombe histórica, de la emergente, inevitable irrupción generalizada de tal modelo, apuntalado a un mismo vínculo, asido a una misma atadura, religado, y por sobre todo pasando de largo hasta este punto actual donde el terrorismo es ya un modo de ser de lo social, una estabilizada manera de lo más cotidiano y -tanto más aún- referente inapelable hacia el futuro.

Si bien la gente no cree en el dios de Schreber, ha de ser en primer lugar porque es un dios que está hecho para padecerlo. Y, sin embargo -debidamente silenciado- la nación alemana, sin amarres a dios alguno (como que basta un líder terrorista) también habrá de ingresar en esa tortura, en esa locura, tanto o más significativa. Más acá de la cancelación de toda divinidad se reapuntala un modelo para el colectivo humano donde el extremo de lo autocrático torna -en mucho- similar con el vínculo psicótico de Schreber con su dios. Así -se insiste en ello- no se recurra a divinidad alguna, ni se la nombre, ni en apariencia se la acoja (y aunque, por parte de los más optimistas al menos, se asumiera incluso que ya los hombres han pasado “a tomar la sartén por el mango” en el manejo de sus propios gobiernos).

## Los encarnados modos de lo humano

UNO. Nadie podría objetar a esta reflexión de Lacan su aporte a la dilucidación clínica de las psicosis, de hecho su abordaje va más lejos de donde lo llevan los clínicos corrientes, luego de la oferta de Freud y antes de las versiones de la Sra. Macalpine.<sup>438</sup> De hecho, la obra de Lacan teje una compleja urdimbre sobre Schreber, pero no se limita al caso escueto. Cabría decirse que su planteamiento es por todo esto pertinente, pero a pesar de ello resulta incompleto en la medida en que tratando de tantos asuntos termina localizando al tiempo varios núcleos decisivos al lado del caso propiamente dicho, por decir algo la diferencia entre neurosis y psicosis -de hecho entre psicosis, neurosis y normalidad-, más aún, la marca del lenguaje como recurso último en la dilucidación de esos registros, trátase del significante, del significante-significado, de la significación, o del sentido.

Es claro que el abordaje que adelanta el escrito de Lacan selecciona en el conjunto de la problemática de Schreber los asuntos que le resultan indispensables para hacer pasar siempre la psicosis por el retén del lenguaje,<sup>439</sup> y a nadie cabe duda que siendo psicótico el psicótico, no ha de faltar por ello al ejercicio del habla.

Por supuesto que ello resulta ser pertinente y que ofrece indiscutibles dividendos al final, luego de los inmensos rodeos que un recorrido tal presupone.<sup>440</sup> También es bien sabido que -casi en su totalidad- el texto de Lacan se circunscribe al tema de las alucinaciones verbales (el resto pareciera no significar, o haber sido al menos cancelado de su reflexión). Es en relación con esa condición metodológica -válida y pertinente como tal, se insiste- como esta obra de Lacan llega a soluciones teóricas con pretensiones de contundente redondez (ellas en cambio, por idéntica causa, no tan indiscutibles).

DOS. Al hacer visible un acento que atraviesa el empeño lacaniano ya se había hecho un reconocimiento adicional, el cual buscaba resolver a nivel de las defensas, las verdades últimas de las estructuras psico-patológicas. En tal sentido, la traducción de *verwerfung* por forclusión sólo se establece al final del escrito (como si se tratara de un verdadero epitafio). Lo cierto es que ese recurso en apariencia secundario, ofrece e impone una certeza de culminación, de contundente cerramiento del tema, de coherencia al final, luego de un recorrido abrumador y abrupto.

La exploración, por la ruta del aporte de Jacobson en el develamiento de las afasias, nunca se sabe por qué se interrumpió, ni hasta dónde resultaba indispensable (ni qué decir del tema del meteoro, de los elefantes y de la ciudad, de los mapas, y hasta del verbo ser, donde se suma Heidegger, y que de igual forma se diluye sin mayor explicación). Lo mismo acontece con las largas disquisiciones

---

<sup>438</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (P. 438 y sigs.).

<sup>439</sup> Más que reiteraciones de este escrito nuestro, se trata de indispensables señalamientos a las últimas páginas del libro de Lacan.

<sup>440</sup> No debiera olvidarse sin embargo, que el hecho de que el psicótico hable altera la psicosis (en el caso concreto de Schreber, la opción representativa del delirio, si se prefiere ser más precisos) y estaría por verse hasta dónde, si se reflexionara de verdad en las implicaciones de esta circunstancia, la versión habitual del lenguaje no debiera modificarse sustancialmente también, por sólo ello.

lingüísticas sobre “el tú” y las frases que juegan con sutilezas de significación y artimañas del significante (este último siempre cargado del lado de lo más arbitrario y paradójico).

Es claro que -tal cual ya se señalara- todo ello se soporta y justifica en tanto existe en Lacan una tesis inabandonable donde -cuando de lo humano se trata- el lenguaje resulta ser envoltura primera y última.

En realidad, la clave de lenguaje más decisiva en el empeño por distinguir las psicosis -y sobre todo los puntos de emergencia en ella- está presente allí donde Lacan ubica “los puntos de almohadillado” (incluso Lacan llega a proponer contar, aritméticamente hablando, esas presencias y esas faltas para saber por qué se da normalidad o psicosis en cambio).<sup>441</sup> Se trata de los ensamblajes privilegiados entre la ruta del significante y la vía del significado, no siempre ubicables en la existencia de los humanos, más bien de modo excepcional presentes allí (caso del decisivo tema del ser padre).

TRES. ¿Qué sumaría en cambio pensar la psicosis a la luz de una oferta de escenificación, tal cual se ha venido proponiendo aquí a partir del abordaje clínico-estético?

Es claro que el seminario de Lacan va modificándose a medida que incursiona en su reflexión, su posición al final no es la misma de aquella con la cual se inició su exploración, la distancia entre lo clínico y lo clínico-estético se reduce de manera significativa al finalizar su libro, de hecho llega a acercarse a reconocimientos sorprendentes, delatando una indiscutible intuición de las condiciones que deciden más allá de lo clínico escueto.

Tanto Freud como Lacan -por supuesto- no son dos clínicos más en esa larga lista donde el recorrido de lo clínico-psicológico encarna. Aunque -como Moisés- llegan ambos hasta el reborde donde la inclusión de lo estético torna inapelable (puede ser que lo rondan y hasta que adelanten incursiones allí, pero tampoco consiguen aprehenderle de modo irreversible), es más: la inclusión de lo lingüístico en el aporte de Lacan obliga a un reconocimiento adicional y es que Lacan se impone ya lo estético en tanto alguien que está sin duda inaugurando una no explicitada apropiación transdisciplinar (y que sin duda como pocas -cuando Lacan se olvida de la mera aplicación clínica- puede llegar a serlo).<sup>442</sup> Lo cual, a su vez, resulta así a medida que la obra de Freud se va apuntalando sin que parezca connotar tanta contraposición con la mera aspiración aplicativa (resaltada de modo decisivo en la explicitación de lo clínico cuando se le reconoce por sobre todo como mera sumatoria de casos).<sup>443</sup>

De hecho, se trata de otra cosa cuando se asumen temas como el arte, la religión o la cultura misma. Casi se puede decir que ambos (Freud y Lacan) se integran en eso, y en ello siembran sin recoger, están ellos allí -cada uno a su modo, aunque en esto coincidan plenamente- en el puro lindero que no cruzan del todo, o que no lo hacen de manera sostenida (menos aún, fundados en un decisivo remontamiento de la estrecha oferta de aplicación).

CUATRO. Lo primero que ello comporta es el evidenciado olvido de una clave, mucho más decisiva de cuanto se estaría dispuesto a reconocer, se trata del reconocimiento constante, inalterable, de la

---

<sup>441</sup> Cf. Lacan, J. Op. Cit. (P. 384).

<sup>442</sup> ¿Se dijo antes que para el nivel de estas reflexiones lo transdisciplinar es una aspiración siempre presente y al tiempo reconocida como del registro de lo imposible de lograr?

<sup>443</sup> Sucede sí, que Lacan recibe lo clínico-aplicativo como ya apuntalado, en cambio Freud parte de allí, y lo desborda desde su oferta teórica (por lo cual esta última marchará desde entonces contrapunteando siempre con la primera y complementándose a cada paso, cuando ello resultara necesario). Esta forma de enfrentar las cosas genera por supuesto inocultables especificidades.

persona como modo de lo humano, como encarnación desde lo social, y como retrato de las más dramáticas contradicciones de lo urbano tecnológico-terrorista en relación con el auto-reconocimiento de lo humano con lo humano.

Es cierto: a mayor incorporación tecnológico-terrorista, lo humano menos se reconoce en lo humano. Los modos de lo humano se implementan por fuera de esta coherencia primera (lo humano en lo humano, los modos de lo humano en el registro de lo humano-en-sí). La distancia que de tal modo se se ejerce parece la condición para que lo normal discurra como evidente en sí.

Sería suficiente intentar una reducción de las distancias que separan lo humano de sus modalidades y a la inversa, de tales modos en referencia con su implementación, en relación con el devenir de su más general involucencia (pues no se está nombrando lo mismo por plantearse literalmente al revés).

Basta con ello entonces para que las cosas se empiecen a complicar y comiencen a su vez a ofrecer renovadas captaciones de un asunto donde resulta habitual que se esté anestesiado de la manera más decisiva.

Reconocer a Schreber como modalidad demasiado cercana a lo humano más excluido, no es igual que atribuirle sin más la responsabilidad de su delirio.

CINCO. Sin desconocer que existe un vínculo indiscutible entre Schreber y su delirio, por supuesto. Esto, que podría sonar extremo e inadmisibles, conviene asumirlo en cambio como decisivo (es suficiente consultar el conjunto de versiones sobre la historia clínica de Schreber para verse obligado a reconocer la validez del aserto): esa vinculación no se lee igual según se trate de poner en primer plano uno u otro componente, o cuando se intenta fusionar las cosas en un solo amasijo, o si se piensa todo en cada aislado componente (la persona de una parte, el delirio de otra).

Y sin embargo, no falta nunca la unidad en cada circunstancia, ni se impone llamar de manera diversa cada cosa a través del despliegue del proceso. La primera fase, por decir algo, reconocida como de corte hipocondríaco, en realidad -dado que esta demarcación diagnóstica resulta remarcada en ese primer período- contiene ya las claves más importantes y decisivas del delirio maduro (si se acepta denominarle así).<sup>444</sup>

Peor aún: después de las “Memorias”, en la última recaída, Schreber se va diluyendo de forma dramática y la constancia incrementada del delirio resulta -por encima de todo- inocultable. Carcomido por el delirio, Schreber retoma la urgencia de su auto-inmolación, asunto éste que amarra todas las crisis y les confiere por sólo eso, indiscutible unidad (como si se tratara de un solo drama, aunque en tres actos).

El modelo catatónico se exagera entonces y Schreber -como un rígido clown- se limita a lanzar mecánicas carcajadas sin ningún soporte afectivo. Pero la evidencia de las alucinaciones resulta apabullante. La urgencia de muerte impide que apenas aparezcan las temáticas transferenciales, tan caras a los psicoanalistas,<sup>445</sup> dándose en cambio una asociación siempre satánica, allí donde la presencia del dios schreberiano había sido la constante triunfal en el mediodía del delirio. Los temas

---

<sup>444</sup> Casi como un organismo con vida propia -a la manera del pensar göethiano- el delirio rueda de ese modo, naciendo, creciendo y declinando hasta extinguirse.

<sup>445</sup> Lo cual por sí solo demuestra que a la transferencia la dispara -como su más puro suplemento- el procedimiento terapéutico, y esto no es mera verdad de Perogrullo pues lo cierto es que ella -para el contexto psicoanalítico y sobre todo lacaniano- vale apenas en tanto se le carga siempre a la persona del paciente.



de descomposición alcanzar a verbalizarse, a pesar de los esfuerzos de Schreber por impedir cualquier comunicación en referencia con su experiencia interior.<sup>446</sup>

SEIS. Cuando se dice modo de lo humano se está nombrando algo que comporta el estar encarnado allí de modo indisoluble, se insiste en ello. El drama comienza cuando la obra humana se apuntala a su vez como modo de lo humano (de hecho posibilidad viable y sólo factible a nivel del registro de lo formal).

Pero se trata ahora de lo humano-hecho-carne -siempre y en primer lugar- y la psicosis de Schreber no desobedece a esta condición, sólo que lo humano sin más torna en lo máquico, de modo progresivo y sin tregua (se diría que a partir de entonces lo humano enloquece, desde que a lo máquico-delirante se lo impone a su vez encarnar).

Es claro que todo comienza así, un tanto por eso: por el cuerpo, por el enloquecimiento del cuerpo, precisamente por la escenificación hipocondríaca.

Se dirá: “Pero esto reniega de entrada de otro supuesto no menos decisivo, según el cual se trata de la escritura, siempre y en primer lugar”.

Y aunque no se debe confundir la escritura con lo escritural -y en tal sentido el cuerpo no es menos escritural que la escritura misma- la verdad es que por encima de ello, y a estas alturas, la escritura tiene plena cobertura luego de la exhaustiva exploración adelantada (no sólo a nivel de las “Memorias”).

De hecho, la hipocondría no es apenas superposición escritural sobre la asunción más habitual y normal del cuerpo. Sin duda, el cuerpo como escenario<sup>447</sup> comporta esto de manera necesaria y es por ello que el juego de fantasmáticas y metamorfosis que lo atraviesan, fragmentan y recomponen, no puede desconocerse -en tanto más consolidado- como prólogo inseparable del delirio (si se quiere, desanimado para poderse animar, descarnado para poder encarnar, y dado así para que Schreber y el delirio puedan escribir al tiempo a propósito de él).

Al final se verá a Schreber -perdida su alma, para llevar al cenit su delirio- pensándose como un cuerpo sin estómago, transmutado -como registro anoréxico ya- en puro cerebro (para exclusivo beneficio también, del tanto más apabullante delirio).

SIETE. Como fuere, antes del ingreso de los más decisivos personajes, se trata entonces de la eclosión del escenario-cuerpo donde se empiezan a anunciar los temas que luego serán dramatizados de modo desbordante.

La clave más decisiva del terror como condición de ingreso a la psicosis se expresa desde entonces y de un modo tan directo que resulta difícil que pueda ser repuesto con posterioridad.

Pues bien: como fin del espectáculo esa condición deriva tanto más evidenciada, los personajes se retiran, el espacio se enfría y recoge en una soledad intransferible, y al final, las luces se extinguen de modo definitivo. Sólo entonces, con la muerte de Schreber, éste y el delirio se reúnen de verdad, allí donde ambos de manera simultánea se interrumpen. Y el dios de Schreber sucumbe con ello también trasmutado en una nueva trinidad de gratuita ficción (sólo que congelado todo desde la trascendente perpetuación de la pura escritura). Y no sólo de las “Memeorias” schreberianas. Delirio-Schreber-dios, se refunden ahora en el despliegue de escrituras varias, de escrituras post-

---

<sup>446</sup> Cf. Baumayer, F. “El caso Schreber” en “Los casos de Sigmund Freud”. # 2. Nueva Visión, Ed. Buenos Aires, 1972.

<sup>447</sup> Así la persona aparezca como realidad -por sobre todo mental- lo cierto es que siempre subtiende allí el cuerpo donde encarna, sin cuyo basamento lo mental se disgregaría como un líquido, carente de una vasija que lo contuviese (piénsese en cuanto acaece en ese sentido cuando de los sueños se trata).

schreberianas, que de modo inagotable ponen y recomponen -desde una selectividad escritural demarcatoria- el tema de lo más inconsciente y decisivo en el despliegue de lo humano.

Significantes sí, pero sin sujetos de soporte, distintos de esa masa creciente de aportantes que a su vez se diluyen allí. Sujetos des-sujetados y re-sujetados del lado de un núcleo que se recompone desde el despliegue de escrituras unificadas a partir de allí, y -tal cual el asunto demanda- y que vuelven y se desdibujan, a partir de la ingesta de eso impersonal, sin sujetos y sin estómagos (luego del ya resaltado congelamiento que cada modalidad de escritura de su parte consolida).

OCHO. Es como si -sólo a posteriori- se hiciera influyente para lo humano el despliegue solitario que fuera la demencia de Schreber, no porque se crea ahora en ese dios, o porque se convalide como verdadero el delirio que lo fundamenta, ha de ser en la medida en que Schreber padeciera como persona ésto que se hizo decisivo en determinado momento y a través suyo como escenificación, indispensable para el puro despliegue de lo humano.

Más allá de toda incoherencia ¿cómo puede resolverse ello?

Por mera paradoja se trata de la coherencia que alcanza lo más demente (lo cual no gana las cosas del lado de la razón, más bien delata hasta qué punto y contra todo presupuesto, desde entonces resulta ella -la razón- arbitraria e increíble, sobre todo enigmática).

Se ha dicho -no por mera obviedad- que Schreber es desgarrante y radical modo encarnado de lo humano, pero además -sumado su delirio- incluso reconocido en cuanto de autonomía porta (dado que expresa una condición decisiva para la envolvencia de lo humano) Schreber es un modo de la escenificación, modelo que choca con la asunción de la persona, en cuanto reconocida como domesticada a nivel de lo social y en cambio en consonancia con su más pura acepción estética.

De otro modo ¿Cómo mantenerle unificado, sumado a su delirio y a sus producciones escriturales?<sup>448</sup>

NUEVE. Significa que más allá de toda envolvencia representativa, de toda condición escenificante, existen niveles privilegiados de escenificación. Si la persona aprende a escenificar sin asumirse por ello de manera necesaria como escenario -habitual opción de la más normal perceptividad, de la convencional relación con el mundo, con los otros, y consigo misma- es claro que sin metamorfosearse de modo decisivo y radical, no habrá de perpetuarse y ajustarse al sometimiento que la escenificación privilegiada<sup>449</sup> le impone.

---

<sup>448</sup> Se dirá: “reconociendo el síntoma, que es cuanto da sentido a la versión clínica”. La pregunta entonces ha de ser por la dimensión del sintoma, desde que Schreber mismo puede serlo, en referencia con el colectivo que le decide y que le demanda allí.

La versión clínico-estética es que el modo de lo humano entonces aspira a la refundición en lo más puro humano, desde el desborde de lo estético -sintomático a su vez, y de un modo por demás específico e intrasferible-, y si bien con ello se incluye lo clínico, la versión en cuestión (clínico-estética) no se resigna apenas a ello.

En cambio, el abordaje clínico-tradicional -es claro- no se preocupa por esos derivados a los cuales da paso el reconocimiento de lo estético, y ha de ser por ello que todo recaiga como un peso inapelable sobre las espaldas de la persona, desmembrada del grupo que la mantiene en exclusión forzada (exclusión tan decisiva como incuestionada).

¿Qué se dice de nuevo con todo esto? Quien no lo quiera ver, ha de ser por sus propios irremontables impedimentos. Con esta nota se abre la pregunta por el nuevo sentido y por las reales dimensiones del síntoma (ya no de la persona, ni siquiera de su estructura mórbida): del sintoma como presencia -¿inadmisibles, arbitraria, inexplicada, fundante y/o indispensable?- al interior de lo escritural.

<sup>449</sup> Privilegiado -no en el sentido moral-valorativo que a nivel de lo normal, de manera corriente se le asigna- en cambio, en la acepción más fuerte que deriva del abordaje estético del asunto, como prioridad al interior de la formalización.

Es esto cuanto los extremos del drama de Schreber delata y es a ello a cuanto se acostumbra denominar -desde la estricta convención clínica- lo hipocondríaco, que si bien se ve en ningún momento resulta ajeno de lo psicótico (a diferencia de cuanto a menudo sugiere su franca discriminación en los textos, versiones y preconceptos de los terapeutas). En efecto, así en ambos casos lo adecuado fuese lo más excepcional -o sea, dar cuenta de unas y otras, sin sesgamientos ni precipitadas tomas de partido- los clínicos para diagnosticar con frecuencia se contentan apenas con distinguir (haciendo caso omiso de enlaces y de semejanzas), y a su vez, de manera habitual resaltan equivalencias, ignorando en cambio definitivas diferencias.

## QUINTA PARTE

### EL SECRETO<sup>450</sup>

#### Lo animal contenido y la invasión tanática

#### Lo figural y lo abstracto, modalidades de lo escritural

UNO. Se ha dicho ya, que en su seminario Lacan casi se olvida de todo cuanto no sea (o pase por) la alucinación “verbal”, lo cual es -y ello, por doble vía- complicado. Primero, por que no sólo existen

---

<sup>450</sup> Cuando se dice el secreto no se está nombrando -con una sinonimia, entonces de escasa validez- la dimensión del enigma. Así lo presuponga, el secreto suma al enigma una específica modalidad, en referencia con lo inalcanzable. Ni al principio ni al final, siempre presente, constancia más bien de impedimento, de bloqueo frente a la posibilidad de la franca emergencia (un poco inverso de la eclosión alucinatoria), estando sin estar, decide no como irreductible desconocimiento, antes bien, a título de saber dado, al tiempo que impedido (por ello mismo tanto más próximo y determinante).

El secreto -si se quiere- subtiende en cada asunto y se exagera con la implementación de lo forclusivo y de lo doble-forclusivo. Da a la muerte esa atmósfera adicional e inconfundible que la incluye entonces más allá de esa clave de falta radical, que al nivel más objetivo, la decide. El secreto incluye la muerte y la hace partícipe del despliegue vital desde apropiaciones sólo convalidables para registros de lo humano (casi podría decirse que lo humano sobrevive a su sombra, a partir del punto donde lo máquico lo cancela y repudia, desde que lo busca a cada paso remontar y borrar de un tajo). Si bien se ofrece el secreto, como un espejo sin azogue que no devuelve imagen (todo signado así por la clave forclusiva y/o doble-forclusiva que lo refuerza), no es por necesidad ajeno de modalidades que en apariencia han perdido importancia nuclear, dada la irrefrenable dominación de lo máquico (niveles de lo mágico, por ejemplo).

Cuando ha sido restado lo divino, y se reconoce la contundencia de lo enigmático decidiendo en la base, el secreto parece estar cercano de lo religioso, pero es ello debido apenas a camuflajes que más bien lo desdibujan y confunden (con lo sacro, por ejemplo).

alucinaciones “visuales” allí, y además, porque para que se den alucinaciones -tanto de escucha (“verbales”) como de mirada (“visuales”)- preexiste entonces -o al menos coexiste- delirio.<sup>451</sup>

Las impresionantes referencias a lo solar, las mutaciones celestes, los juegos de poder inter-estelar, los viajes cósmicos, o bien, las emergencias deslumbrantes de Ariman y de Ormuz, en fin, la alteración radical del mundo que se hace y deshace -de igual modo cómo acontece con el cuerpo- parecen serle ajenas a Lacan, secundarias o apenas subordinadas al imperio de lo verbal-significante (posición que sólo sería justificable como recurso de simplificación metodológica que Lacan se hubiera olvidado de explicitar).

Como fuere, lo cierto es que -así sea excluido, o subordinado de modo radical- el asunto por ello no deja de ser menos decisivo. Lo implícito -se quiere decir- no comporta que no signifique. Sin duda alguna -y sin faltar a las demarcaciones lacanianas- existe el ilimitado agujero de lo imaginario donde de modo indefectible va a parar todo cuánto arma figura y/o se percibe como tal.

DOS. Para el modelo clínico-estético cuanto resulta ser dominante es la representatividad. Es allí donde se asigna siempre prioridad a lo escenificante. En cambio, ello en Lacan queda subordinado a un segundo lugar, presupondría lo imaginario como subordinado al dominio de lo simbólico, pensado como modalidad alterna suya.

Para la óptica clínico-estética, en vez de la contraposición simbólico-imaginario -asumida sin más como punto de partida indiscutido- se impone lo escritural como sostén de base para esos registros, consecuencias ya, modalidades suyas, de hecho mejor nombradas como lo figural y lo abstracto (que es lo figural más refinado, desconectado de referencias inmediatas, literales).<sup>452</sup>

A partir de ese reconocimiento ha de ser lo simbólico cuanto termina por refinar la condición escenificante, desde que la letra, el texto, el verbo mismo, abstraen y condensan la directa y literal referencia de lo más puro figural (de lo cual no dejan de ser nunca adherencias modales).

Una cosa es pues la consolidación de lo escritural, otra diversa su implícita asunción (por no decir que -sin cancelarlo- se parte sin más de su desconocimiento).

---

<sup>451</sup> Ya se ha tomado distancia antes aquí frente al tema de las modalidades alucinatorias. Resulta menos complejo sin embargo hacer notar el empirismo colocado en la asunción ligera de las modalidades visuales o auditivas (dado que se asume como más pertinente distinguir entre registro duplos: ver-mirar; oír-escuchar). ¿Qué decir sin embargo de las modalidades olfativas, táctiles o gustativas, donde tales distinciones y duplicaciones no se estilan? Y, más allá aún, ¿cómo no reconocer la prelación del alucinar onírico, donde los sentidos se detienen de manera tajante?

Sin olvidar tampoco el enlace entre delirio y alucinación que no es para nada mera territorialidad de complemento. De antemano unificadas ambas realidades, su entrelazamiento y diferenciación les acerca tanto como les distingue (más aún, cuando se emplea la lupa y se reconocen pormenores).

<sup>452</sup> No se debiera dejar de señalar que lo escritural resulta envolvente y prioritario, sólo en cuanto se asume que se trata entonces de la retrospectiva desde las resultantes (su polo opuesto). No se podría por tanto pretender darle prelación frente a cuestiones como el terror, por decir algo, el cual si bien no carece de opción posible de lectura, de alternativas de desciframiento y de interpretación lo cierto es que le quedan estrechas ya tales vestimentas (sobre todo cuando se pretende con ellas hacerle vestir, sin contar con registros más basales y salvajes, tanto más evidentes en su definitoria e irreductible desnudez).

De hecho, el terror porta ya un pelambre tal que no urge para nada de suplementos de cobertura alguna. El terror es del registro de la fuerza, no de la forma, y en tanto tal está más allá de toda clínica de lo social (asi por ello mismo la decida tanto más).

Sin duda lo figural es decisivo y envolvente desde niveles más basales. A cambio de la asunción de lo escritural como registro que remonta las demarcaciones reclusivas de lo humano más escueto, son claves urbanas las que terminan dando la vuelta al modelo, declarando lo simbólico -en cuanto recoge el refinamiento de lo figural (lenguaje, habla, escritura)- como dominante especificidad selectiva del rasgo humano prevalente (el bucle que repone el viraje y altera las prelações es en sí incapturable sin embargo, y recoge por ello una decisiva modalidad del secreto).

En síntesis: sin ningún reconocimiento de deuda frente a lo escritural, Lacan asume como dada la contraposición simbólico-imaginario, sumando además la asimetría que la decide, no sólo en cuanto versión jerarquizada que somete lo imaginario a lo simbólico, también a partir de la inversión del dominio de ese último registro, concebido como prioritario y envolvente (además de inmutable e inamovible en la pureza indiscutible de su concepto matricial).<sup>453</sup>

O sea, que lo escritural queda subsumido, forcluido por la hiperpresencia dupla de lo simbólico (escrito para ello por Lacan con minúscula aquí, y con mayúscula acá).

TRES. Lo simbólico (y su versión de lo imaginario) se apuntalan sobre indispensables forclusiones, no sólo de lo escritural, también de las modalidades del secreto, que con su promoción repudian.

La pareja simbólico-imaginaria taponan el reconocimiento del secreto en primer lugar, desde que disimula y camufla la extraña rotación que lleva desde lo más inaugural hasta las modalidades que rigen sus actuales implementaciones.

De hecho, lo puro figural precede a la tardía emergencia de modalidades tanto más abstractas (lenguaje, escritura, etc.).

La inversión como tal -esa que termina asignando a lo puro simbólico lugar de prominencia- en realidad oculta un enigma indescifrado (el punto donde se da ese trastrueque nunca que se sepa ha sido localizado, ni las consecuencias de ello derivadas tampoco han terminado siendo mínimamente resueltas).

Con la pareja simbólico-imaginario además se minimizan inquietantes claves pre-humanas tanto más amplias y envolventes que hacen del devenir, escrituralidad enigmática y secreta. Antes de toda inserción de modalidades simbólicas o imaginarias -efectos ya, desde que el mundo precede allí- las claves mismas de todo origen -tanto a nivel del universo como de lo humano- se hunden en las sombras de lo más enigmático, indescifrable y sin embargo indiscutiblemente constitutivo.

CUATRO. Lo simbólico y lo imaginario de Lacan reinan pues en los territorios donde las resultantes arman coincidencia, encuentro de complemento entre lo normal, lo colectivo y lo vigílico. Por fuera de allí, se arman metamorfosis donde esos selectivos enlaces y demarcaciones se alteran con tal radicalidad que demandaría ser explicada primero esta última antes de dar por sentada con tanta contundencia la aplastante realidad congelada, inamovible, de los registros en cuestión.

Así las palabras resultarían expresadas desde la máquina corporal que hace del lenguaje modalidad tecnológica altamente refinada, tanto lo imaginario como lo simbólico son modalidades de lo escritural, sostén de las linderas resultantes tangibles e intangibles (que ya el sólo ejercicio verbal del lenguaje ilustra).

Lo escritural se escenifica en el aire, atmósfera que decide lo urbano, apuntalado como red de intercambios y de intercomunicaciones, consolidado como ininterrumpido drenaje de Ciudad, y en tanto tal, lo escritural incluye representaciones tanto de orden figural como de referencia abstracta (modalidades ya que el suplemento urbano consolida y perpetúa).<sup>454</sup>

---

<sup>453</sup> ¿No sucede otro tanto con las matrices de lo estético (lo humano, lo social, lo urbano)? La condición del producto generado a partir de esos núcleos -y en tanto entendido como inagotable- no debiera confundir frente a la dinámica que delata un permanente intercambio mutante, dados entrecruzamiento permanentes desde pluralidades independientes y portadoras de una especificidad irreductible, para nada jerarquizadas y unificadas alrededor de un centro (por lo demás, núcleo éste asumido como evidencia indiscutible).

<sup>454</sup> Que a su vez los sueños grafiquen versiones desde lo escritural confirma la prioritaria y envolvente condición que comporta lo representativo y demuestra que la contraposición entre lo simbólico y lo imaginario no tiene sentido más que en registros de lo vigílico. A nivel de lo onírico se readeúan prelaciones, se reconfirman armados, y la distancia que en

“Lo verbal-auditivo”, tanto como lo empírico-visible son versiones complementarias al interior de la escenificación envolvente y definitoria, modalidades de graficación desde lo escritural, recursos de apropiación del vasto conjunto de las resultantes -y por derivación- núcleos tardíos, sólo a partir de entonces, indispensables en el armado de lo humano, de lo social y de lo urbano.

## **El animal incapturable**

UNO. En el documento de Lacan se suma al manejo de esas peculiaridades conceptuales la marca que comporta el anexo de lo etológico que hermana y de continuo recuerda el parentesco inocultable que existe entre lo imaginario y lo animal.<sup>455</sup> No que no sea ello cierto -pues si lo humano se observa a partir de este rasero es claro que la simplificación resulta inevitable- es otra deuda no reconocida la que conduce a creer que se puede sin más transplantar -desde peces y lagartijas hasta Schreber- la significación de ciertas emergencias en apariencia compartidas.

Que hay animalidad exacerbada en Schreber resulta indudable, pero ello complica las cosas para el abordaje etológico del asunto (entendido de manera escueta por eso como del orden de lo imaginario). No ha de ser igual simplificar -conductualmente ya- lo humano hasta el nivel del animal que reconocer hasta qué punto se complejiza todo cuando lo animal se incluye en la resultante humana (como podría acontecer por ejemplo en un texto como “La metamorfosis”, o en “El informe para una academia”, si es que llegara a incomodar lo reiterativo de la cita).<sup>456</sup>

Una primera cuestión se evidencia cuando se reconoce que significa distinto lo animal en la persona de Schreber, a pensar en cómo -al interior del delirio- acontece lo animal.

DOS. Lo animal se recrea sin restricción en especies que el dios regala a Schreber, y se contamina de lo humano -haciéndose hablar a los pájaros, sumándoselos a voces y milagros- mientras, al tiempo, el propio cuerpo se delira como puesta en acto de lo más inhumano, cargándose a menudo del lado de sus registros más salvajes e indomesticados, con lo cual se evidencia cuánto de animalidad imprevisible pareciera en definitiva remontado. Por algo ha de ser que no exista equivalencia a nivel

---

la vida diurna parece separar de manera tajante ambas modalidades resulta entonces a todas luces desdibujada (si no de hecho desaparecida).

<sup>455</sup> A estas alturas resultará claro que la versión clínico-estética de lo figural se distingue de la conceptualización lacaniana a propósito de lo imaginario en que -antes de reconocerse como un registro redondo, sometido sin embargo al predominio envolvente de lo simbólico (abstracto figural)- es modalidad de lo representativo tanto más primordial.

Ello sólo, termina por afectar el sentido de cuanto se reconoce como lo simbólico. Basta reconocer que resulta insostenible nombrar dos veces lo simbólico, escribiéndolo aquí con mayúscula, distinguiéndolo en su más cierta condición desde su reducción a una demarcación más estricta y pertinente (para lo cual entonces se le significa con minúscula).

Si no fuera por la urgencia psíquica -por ende, a nivel del imperativo social que consolida persona allí- que ensambla incómodamente con las razones objetivas del despliegue del lenguaje (en tanto modalidad de lo escritural) cualquiera se vería en calzas prietas para justificar lo imaginario y lo simbólico, al menos en los registros definitorios desde los cuales gusta Lacan localizarlos.

Sin duda -como los sueños- las psicosis alteran de modo radical el ampliado entrecruzamiento de lo figural y de lo abstracto. Y resulta bien sabido que esas variaciones son más cercanas de las irrupciones oníricas, que como modalidad vigílica subordinada -con mucho de artificio- al imperio de los generales despliegues simbólicos y a las subordinaciones de lo imaginario.

<sup>456</sup> Cf. Kafka, F. OBRAS COMPLETAS. Planeta, Ed. Barcelona, 1972.

de la animalidad de cuanto lo inhumano comporta para lo humano (o sea, que no exista opción posible de hablar de algo como “lo inanimal”).

En realidad, la animalidad terrorífica subtiende en lo humano, contenida, detenida, congelada, creciente y explosiva. Es sólo a nivel de lo inhumano que lo animal accede a registros de despliegue mórbido (que para lo animal resulta impedido de modo radical).

Si embargo, cabe preguntarse si se trata sólo de esa contención, si del otro lado, con tanto o mayor vigor, no subtiende a su vez otra fuerza refrenada que desde lo más hiperpresente, y en tanto tal ingraficable, responde por impedimentos hacia futuro (así como esta otra modalidad lo hace en referencia con el pasado).

Han de ser necesarios varios pasos antes de llegar a ese tope donde el final de este documento se consolide a plenitud.

TRES. ¿Qué hay de inconveniente en apelar a la alternativa de lo imaginario? Al fin y al cabo, antes de ello ¿no está siempre el enredo a nivel del yo?

Lo imaginario en el registro de lo vigílico se subordina no sólo por que sin más se otorgue prelación a lo simbólico. Es que además se trata del imperio de lo social-reclusivo que da a la persona lugar de privilegio (desde entonces -y por ello- la personalización prima a su vez, a nivel de los empeños descifrativos).

Más allá de esas claves espontáneas e impensadas, antes de reiteradas refriegas y de escenificaciones que promueven el prestigio, se impone el reconocimiento del secreto (en niveles tan obvios sin embargo, que detrás de ellos pudiera pasar desapercibido lo fundamental).

Ello puede ser ilustrado ya desde el propio texto lacaniano, en el punto de máxima desprevenición y de mayor riesgo teórico al tiempo (entonces, discutiendo solo frente a sus discípulos, peleando con ellos sin réplica visible, Lacan se debate en sus empeños desbordantes de dar cuenta sin ayuda alguna -al menos visible- de las claves que rigen la emergencia de lo psicótico).

Si bien se ve, allí en el escrito de Lacan, éste usa al yo tal cual hace a su vez con las personas de sus discípulos. El yo entonces sirve para despoticar y para resolver, y así Lacan ataque -disparando hacia fuera- a otros autores porque lo promocionan, termina atribuyendo al mismo yo de éstos el sentido último de las psicosis.

CUATRO. Si no se reconociera la película anestesiante, encubridora, que comportan las modalidades -forclusiva y doble-forclusiva- en el taponamiento del secreto (donde sin duda se viene refugiendo lo psicótico) parecería extremo y desmedido el cuestionamiento que surge, vistas las cosas a la luz de esta específica perspectiva.

Pues bien: lo cierto es que en ese documento, Lacan -en extremo empoderado- regaña como a niños díscolos y torpes a sus discípulos, porque -dice- ni siquiera pueden hablar afuera, en defensa de sus planteamientos. Lo peor de todo es que éstos, los discípulos, se dejan hacer sin chistar.

Lo cierto es que indistintamente Lacan les domina, aplaude y cuestiona, justamente porque le siguen de modo sumiso -de hecho, con demasiada pasividad y perplejidad- como si se tratase ya -más que de la reunión de modelos yóicos (de tanto más primaria confluencia de sometimientos)- de verdaderas reacciones de masa al interior de un grupo adormilado frente a un líder indiscutido (manejos del corte que incluyen las versiones que sobre el tema -de tiempo atrás- diera Freud).

Y conste que se trata de personajes del tipo Leclair y Perrier<sup>457</sup> quiénes por su propia cuenta han sido capaces de escribir lo suyo con innegable brillantez. No sólo acontecía esto allí. Esa misma condición se perpetúa y reproduce actualmente -sin necesidad de la inclusión de directos referentes psicóticos-, desde que en buena parte del psicoanálisis actual se pasa por la condición del culto a Lacan y -tanto más aún- a cuanto éste dejara dicho. Así haya muerto el líder, tanto más aplastantes han de ser sus escritos desde que su acrílica lectura le perpetúa en ese congelado lugar de ente redivivo.<sup>458</sup>

CINCO. Más allá de estas sintomatologías -innegables pero improductivas- se debe decir, que asumir la *verwerfung* como soporte último de especificidad de lo psicótico, comporta -si no se quiere maltratar de modo significativo a Freud- darle al yo (y a sus eficaces e inagotables recursos defensivos) condición de perpetuado e innegable soporte para el apuntalamiento de las modalidades de psicopatología extrema.

Como ello de hecho resulta insostenible e injustificable -Lacan nunca lo explicita ni lo apropia- a cambio de una redonda asunción en tal sentido, se tiene a mano el recurso -que sin decirse- suplanta al yo, en la medida en que se subordina su presencia a lo imaginario. Lo cual, en alianza con la prelación del lenguaje, da paso a la ilusión de “matar dos pájaros con un solo tiro” desde que se les reconoce operando a ambos -tanto al lenguaje como a lo imaginario- como realidades cuyos despliegues no resultan siendo entre sí de modo necesario subordinados (y si lo fueran sería de un modo unilateral -prelación del lenguaje sobre lo preverbal-).

Si dado lo anterior se decide sumar a la forclusión psicótica la especificidad de una falla en la apropiación del Nombre del Padre -obligado registro de consolidación de lo simbólico como tal, en tanto consecuente remontamiento del animal estado prehumano, donde flota sin apuntalamiento decisivo lo imaginario más basal- se cree terminar localizando así la otra clave, que en última instancia distingue y decide desde la contundencia de lo normal el otro déficit que comporta emergencia psicótica. Separada entonces la normalidad de todo inadmisibles desborde de lo morbido (hasta lo más extremo).

Sólo que no sólo se trata de silenciar de modo expreso el ensamble entre el yo y lo imaginario más que para dejar sueltas esas dos versiones sobre la verdad que decide a las psicosis: de una parte, la

---

<sup>457</sup> No hay que confundirse, ni menos, personalizar las cosas. Todo está tan asumido del modo más indiscutible que no se necesita reforzarlo siquiera. Allí, ni Lacan, ni Leclair, ni Perrier, son apenas ellos: no sólo personas respetables y doctas, de hecho personajes debidamente apuntalados desde reconocidos lugares que confiere el registro de lo social: la institucionalización de lo clínico, sin embargo y por ello -lo cual resulta por demás curioso no arme flagrante contradicción- forcluyendo por partida doble, desde que estos recursos se exageran por el solo hecho de estar enfrentando el asunto psicótico.

Ese grupo encarna el máximo de defensa doble-forclusiva que de hecho impide la emergencia directa del terror, el cual sin atenuantes la psicosis anuncia. En efecto, dados de manera simultánea los casos clínicos, éstos resultan siendo puestas en acto de las más indefensas resultantes, donde el mismo terror -no menos forcluido- está próximo en demasía. Del modo más encubierto, cuanto no admite mínima explicitación, resulta necesario que paralice de una parte y entronice de otra.

Y ha de decirse también que sin el reconocimiento de la instancia de masa -detrás de los supuestos y únicos recursos yóicos- a tales inevitables manejos del secreto resultaría imposible explicarles.

<sup>458</sup> No que Lacan retorne y haga casi mágica presencia. Lacan sobrevuela sí como ente intangible que no se logra asumir de manera definitiva a título de falta irremediable, en buena parte porque repone -más que desde sus escritos- a partir de un duelo congelado, el juego ese donde el Nombre del Padre encubre la verdad de lo doble forclusivo, refuerza la sacralización y esconde tanto más la realidad indescifrable del secreto.



falla originaria en lo simbólico (que entonces alude por sobre todo a la inscripción en el Nombre del Padre) y de otra, la dimensión defensiva que presupone allí el recurso de la forclusión.

Con ello se forcluye por partida doble pues, no sólo se ignora la clave decisiva que comporta el secreto. Dado que de modo inevitable el secreto resulta siendo compartido, se opta a su vez por asumir a la normalidad -en cuanto indiscutida- por fuera de todo enlace posible.

De hecho la normalidad se mira a sí misma como si fuera su literal reflejo, el cual no urge para instalarse como tal de mediación de espejo alguno (a la inversa de cuanto se impone cuando se trata de su peculiar manera de deshacerse del secreto, sin enfrentarlo).

De existir urgencia de referencia, ha de ser por contraste con las modalidades de lo mórbido, pero ello impone el reconocimiento de una dependencia que es tan inabandonable como repudiada. Tanto más, si se trata de emergencias extremas (no sólo de las psicosis).

SEIS. De hecho, visto todo en cambio a la luz de la versión de lo clínico-estético, la *verwerfung* lacaniana no sólo retrata, apenas a medias, la verdad de la condición que sostiene como evidentes e indiscutibles al resto de estructuras<sup>459</sup> en cuanto entendidos estos registros psicopatógenos como modalidades de cancelación y recuperadas en cada caso a partir de plurales conjugaciones suyas. Radicalizada tal cancelación en la normalidad -desde un desdoblamiento (doble forclusión) que intensifica al máximo su eficacia- decide desde allí las opciones de interpretación de todas esas construcciones (o sea que coincide con la apetencia clínica en esto de dar prelación a lo escuetamente defensivo).

También con ello se impone descifrar los motivos que llevan a la irrupción indiscutible de tales estabilizaciones, dando cuenta al tiempo de la condición sintomática del yo allí, pues -en tanto garante de normalidad- se quedará siempre corto, sobre todo en el abordaje de las referidas modalidades extremas donde lo yoico no puede más que reducirse a renovados y radicalizados intentos de ejercicios defensivos (que -en realidad- más bien le refutan de manera radical).

El yo del psicótico pasa por todas las restricciones que se imponen desde lo social a la persona en cuanto no se ajusta a decisivos parámetros de adaptación, y en ello -de modo general- no hace diferencia mayor la especificidad de su condición (si se le compara con modalidades de exclusión más transgresoras).

Quizá sea esa la razón por la cual el recurso físico de la reclusión se impone sin discriminación suficiente cuando se trata de psicosis o de delitos contundentes.<sup>460</sup>

SIETE. Devaluándola y reduciéndola a un lugar secundario, lo imaginario no sólo soporta la condición -en realidad prioritaria y fundante- de la escenificación humana (y ha de ser por esto, que en cuanto lo señala, por ello mismo se detiene). La verdad es que más allá de esa clave, se suma otra no menos decisiva: se trata de la asimilación de la agresividad (versión elemental cuando se trata de lo humano pues comporta la inclusión del asunto en un solo amasijo, en ensamble, con las expresiones animales) con lo imaginario. Es por ello entonces, que lo imaginario resulta justificado -

---

<sup>459</sup> En otras palabras: es el desborde de lo representacional -y no lo mero significante, derivación de ello- cuanto determina la especificidad del delirio. Lacan no sólo no reconoce las implicaciones de tal escisión, se olvida de ese primer registro -o al menos no logra apuntalarlo a plenitud- más bien en ese punto, se queda siempre corto y apuntando compensatoriamente en dirección inversa deja a la segunda dimensión la responsabilidad toda de dar cuenta del problema en su conjunto.

<sup>460</sup> Recurso parapléjico-mental que busca resolver por fuera y de una vez por todas, la diversa connotación de la cancelación, de una parte, y de la reclusión, de otra.

y supuestamente explicado- recurriendo a la lógica según la cual el modelo de confrontación define las instancias de lo vital cuando irrumpe el modelo animal (y por derivada ampliación, entonces biólogo, la resultante humana).

Ahora bien, intentar explicar el terrorismo partiendo del reconocimiento de la agresividad como apuntalamiento primero es -por decir lo menos- ingenuo. Y resulta inadmisibles, que de entrada el psicoanálisis (el cual reconociera lo humano como corte tajante con el registro de lo animal-natural) aspirando a la biologización de las resultantes culturales intentara subordinar lo uno a lo otro, sin atenuantes. No es del todo claro hasta dónde ello ha sido debidamente remontado por Lacan -menos aún, si juguetea con las simplificaciones etológicas- pero lo cierto es que el modelo tecnológico-terrorista contemporáneo pasa de largo por allí.

OCHO. Schreber es un animal encerrado y cuando delira -o mejor decir, cuando es poseído por su delirio- crea alas que le liberan y le transportan más allá de toda reclusión, de todo sometimiento. Se trata entonces de un personaje que desborda a la persona, que se juega así, y que termina calificando, tanto la condición más particular como la más reconocible a nivel social. Incluso tal personaje es más aceptable allí donde, de modo tajante, muta con toda radicalidad en otro, diverso de la persona misma, de hecho tan independiente, tan autónomo de ella, que es desde esa realidad contundente desde donde se delata con máximo vigor la verdadera confrontación letal que escinde el alma schreberiana.

Antes que de duplicación simbólico-imaginaria entre el yo y el sujeto, se trata -en Schreber al menos- de esa condición de personajes, a la manera -por decir algo- de modalidades presentes a nivel de ciertos despliegues literarios (al estilo de los dobles de Dostoyevski o de Poe).<sup>461</sup>

Esa condición es la razón por la cual Schreber no puede ser apenas uno con su delirio, y acaso es esa la explicación de la autonomía del delirio que -digase cuanto se diga- no podría ser si no encarnara de algún modo desde el personaje. Esa encarnación es más bien génesis delirada de un auto-fantasma de soporte, por decirlo así. Y es que la realización de tal apuntalamiento responde al tiempo por las exigencias de la escisión psicótica.

NUEVE. Schreber -no conviene olvidarse- escenifica este desigual combate interno, esta guerra implosiva, desde que sucumbe al fracaso del acontecimiento terrorista-suicida. A cambio del aborto de ese muerto emerge el personaje delirante que parasita en Schreber no sólo como un virus, en realidad, primero como un doble (pues es a partir de allí que desdoblado, a título de doble-virus termina reduciéndolo y fijándolo todo).

Es, como consecuencia de ello, que se debe incluir, coronándolo todo, al agónico virus-doble (estados agónicos, catatónicos, hipocondríacos, que redondean la recuperación definitiva de la congelada muerte en vida).<sup>462</sup>

---

<sup>461</sup> No sólo los personajes hacen presencia tras la pantalla que instaura la persona. La persona misma es escenario -desde habitación hasta ciudad interior- espacialidad con múltiples e imprevisibles compartimentos, dueña de decisivas e intangibles atmósferas, de ámbitos -para usar la terminología de una paciente, sobrepasada por las afugias que le jalonan con insospechada desmesura hacia el vacío de lo más impredecible y al tiempo cierto e inmediato- que los personajes ocupan y repletan en su afán de tomar distancia frente a la amenaza de encuentro directo con el terror, y aún más allá, con el secreto mismo.

<sup>462</sup> Sobre la demarcación de estos conceptos clínico-estéticos que buscan reapuntalar la territorialidad de lo psicopatológico conviene retornar a la introducción de este escrito y al texto a propósito de lo máquico (Op. Cit.) donde ello se aborda con tanta mayor amplitud.

El otro personaje -quien evoca con nostalgia a la persona normal que Schreber fuera y a pesar de la hondura de sus desbordes- no dejará de sostenerse como una constante allí, no sólo recordando al Schreber-normal -en mala hora hijo de su papá-, también al presidente fallido del Senado de la Corte de Apelaciones de Dresde. Mientras que -en juego simultáneo y desbordante- Schreber, jalonado por el vehículo delirante que lo guía, pasa también por todos los momentos de cuanto es habitual se reduzca al juego de estructuras enteléquicas y excluyentes (normal-psicótico-neurótico-perversas). Schreber hará esto con una habilidad metamórfica tal que es como la reposición en simultáneo de todas las opciones evolutivas, que imperceptiblemente casi, adelantó la especie, llevada de la mano por la Obra (la cual termina siendo la dueña de lo metamórfico desde que engulle -previo su cobijo- a sus supuestos generadores).

Si bien se ve, el delirio hace en apretado concentrado individual cuanto la Obra consolida después de siglos y siglos de despliegue.

DIEZ. Resulta sobremanera curioso que quienes desde la defensa de la tradición clínica privilegian la condición definitoria de la persona -entendida por ello como “el enfermo”, o como “la enferma”- y que dan al dominio de las estructuras la opción diagnóstica (sin que quepa allí posibilidad alguna de distancia y debate) olviden particulares asuntos tan obvios como que no es sólo decisiva entonces la tiranía del papá de Schreber, también que la madre portaba una profunda depresión, resultante esta en enlace directo con la sumisa dependencia de la mujer al esposo (lo cual sin duda ofrece semejanzas directas con los comportamientos habituales del hijo, no sólo en relación con su delirio). Por ahí se expresa eso que puede resultar decidido desde lo más envolvente y sobredeterminante, al punto de que la persona -antes de núcleo inapelable, dueña de morbilidades del más diverso orden- es síntoma de ello.

Que Schreber admite el paso continuo de un registro a otro (personal y/o colectivo) cuando se observa su proceso en perspectiva de conjunto -y sin que se somete todo a las limitantes que comporta la subordinación más o menos significativa del soporte que propician las “Memorias”- si bien en apariencia indirecto, resulta ser indudable.

ONCE. Visto todo así, el brinco indiscutido desde la emergencia hipocondríaca hasta el cuadro central de corte paranoico, deja de ser tan evidente como para pasar de largo por ahí. Tanto más, si se observa el expreso estado catatónico que en la mitad del proceso aflige a Schreber y que al final se impone de modo contundente hasta consolidarse la definitiva extinción.

A su vez, -en la versión clínica tradicional- a nivel de los ensambles entre el delirio y la persona de Schreber se señalaron como decisivos determinados acontecimientos: los seis abortos de la esposa por ejemplo, o las paradójicas designaciones laborales, pero se hizo caso omiso de las pérdidas y los acontecimientos extremos (más bien de corte tanático-destructivo siempre): constancias que acompañan los reingresos en ingobernables crisis (desde el suicidio del hermano, la muerte del padre, la enfermedad de la esposa, la muerte de la madre, hasta los empeños fallidos de autoeliminación a los cuales se les ha venido dando aquí lugar prominente).

De un modo u otro, estos abordajes son de escueta inspiración clínica y volverían a subordinar las cosas a la versión retrospectiva que comporta el suponer lo personal como inabandonable, y si no excluyente, al menos prioritario.

DOCE. Reconocido de antemano que la opción clínico-estética da prelación al delirio-alucinatorio-en-sí y subordina esas claves empíricas al imperio de la desmesura representativa, a la avalancha de

lo terrorista en la escenificación del más extremo desborde figural, no ha de significar ello sin embargo que se renuncie a los puntos de enganche con la inabandonable fuente personal, así se trate de un juego más de aspiración estética y aunque se decidan entonces de ese modo las urgencias del delirio, en sometimiento inevitable y malformante desde lo social. Tal prelación de lo estético, incluso a ese nivel, consiste en la torsión que da a la selectividad (desde donde se enganchan específicos acontecimientos en la vida de Schreber) condición de efecto, de consecuencia, antes que explicación causal del modelo delirante.

Si es pues el delirio el que decide y apuntala las derivaciones de la persona, no puede tratarse de una realidad sin indispensable soporte. Esa gratuita procedencia sin referente de base resultaría tan inadmisibles como indefensables.

Pues bien: si el delirio cobra indiscutible lugar y procedencia una vez se le desmembra de la versión empirista que lo asigna de una vez a la persona que lo padece, es a partir del punto donde -inverso a lo corrientemente pensado- un recurso de defensa, antes que explicarlo lo determina y consolida.

En efecto, desde la exclusión que se impone al colectivo se erige como discurso del afuera, desde esa coral de base, como cantaleta arbitraria e indescifrable donde la exclusión adelanta sus gemidos y desbordes (los cuales simulan caricaturas del ruido universal más constitutivo), a partir de la pantalla sin retorno que retrata la luz de los soles nocturnos para dar sentido a los sueños (y aprendiendo de allí al mundo todo), donde cabe lo representacional sin excepción, a su vez pantalla -que es opción sublimatoria especular, inadmisibles para el colectivo y en la cual se proyectan esos paisajes abisales de enigmáticas arquitecturas y de insospechadas narrativas y armazones teatrales- a partir de allí pues, de todo ello, siguiendo la ruta de los sueños, el delirio termina delatando la ficción que forcluye la vida de vigilia en el indispensable esfuerzo suyo por domesticar sus propias captaciones.

TRECE. Terror hecho terrorismo, que crea desborde representacional incontenible, el delirio se erige como una fuerza natural taponada, la cual estalla finalmente a título de concentrado secular de singularidades acumuladas y contenidas (sólo hasta Schreber factibles de expresión por esa peculiar, específica ruta delirante).

Todo esto sin embargo Schreber ha de ser el último en saberlo. Antes que de versiones de rebaño a nivel personal -rebaño que en el peor de los casos juega a la inmolación de sus modalidades- se trata de lo inconsciente en ejercicio que irrumpe a la luz, como desde un volcán intangible, contenido desde siempre, y desde siempre amenazando con sus vómitos inevitables, contundentes. Lava misma que ahora drena a modo de desborde mental inadmisibles e insoportables, vorágine psíquica que delata -detrás de la imposición cultural- la verdad del aullido y la constante inapelable de lo inmenso, de lo inconmensurable tanto más imprevisible y explosivo.

A la manera de una criatura draculesca que buscara sin reposo una imagen -perdida de irrecuperable modo- lo humano (carente de espejo que le recapture a nivel colectivo) busca la certeza de su retrato del modo más desesperado e inútil (incluso acaso, a partir de alguna de sus modalidades) sin lograr nada distinto a la explosión desbordada de sus singularidades, de tiempo inmemorial contenidas en sus envolturas.

El animal perdido bailotea por los aires como un insaciable vampiro y al morder en la más indefensa carne de las almas no logra dar paso a la orgiástica reposición de lo báquico.

Máquico antes que griego-dinisiaco (sobre todo después del heroico y fallido empeño schreberiano de hallar de nuevo versión humana a la graficación de lo animal) el delirio ha de ser la puesta en acto del más trágico de los impedimentos.

## **Irreductibles especificidades de la persona, del delirio y de la alucinación**

UNO. Visto todo de este modo, cuando -por ejemplo- se alude al tema del nazismo en estrecho enlace -así a distancia- con el delirio de Schreber, es ello más pertinente como eslabón de enganche para los momentos privilegiados de lo delirante en el general despliegue de lo humano que como asunto personal (es claro que lo personal más bien resulta estallado a partir de allí).

Sin embargo, el desciframiento clínico-estético no sólo compromete, de una parte, la permanente referencia a lo más íntimo y a lo más genérico, de otra.

Ahora bien: ¿de qué manera habría de entenderse aquí el abordaje clínico-estético sin que esta perspectiva corra el riesgo de parecer contradictoria, de decir más de lo comprobable, de arriesgar sin necesidad y por mera pretensión de originalidad insostenible (en fin, de un modo u otro, evidenciando deficiencias de rigor)?

Basta reconocer el terrorismo como clave primera y última del armado resultante para dejar atrás tales sospechas. El delirio de Schreber es apuntalamiento terrorista, puesto en marcha a partir de las derivaciones -que entre otros asuntos- comporta el entrecruzamiento de diversos acontecimientos (de indiscutible marca terrorista también y que en cuanto tales sobrepasan límites de empírica realidad espacio-temporal), incluido a su vez el tono terrorista (frente al cual -sin nombrarlo aún- Schreber estaba de manera inocultable hipersensibilizado) cuanto da condición terrorista a cualquier suceso de importancia (por decir algo, en un registro más personal la decisión matrimonial relacionada de modo directo con su primera crisis).

DOS. ¿En qué sentido -no invasor por necesidad- se dice esto?

Ya es sabido, que cuanto a nivel del delirio se piensa de un específico modo, no excluye por ello otros abordajes posibles (no por necesidad invalidados, así fuesen directamente referidos a la persona de Schreber). Si afirmar que el suicidio o el aborto son acontecimientos terroristas resulta con más facilidad demostrable y sostenible, la decisión de casarse sólo puede enlazarse a sentidos de este tipo más bien en relación con sus consecuencias.

En perspectiva clínico-psicoanalítica ya han sido resaltadas algunas ilustraciones más a propósito de todo ello. La reposición del fantasma edipiano, por ejemplo, desde la ruta compleja que incluye vigorosas identificaciones -no sólo de la esposa, también del propio Schreber- con la madre (lo cual es la señora Macalpine la primera en reconocer) es una de ellas. Otra, la decisión de casarse luego del suicidio del hermano (o sea, al restar este recurso como única opción de recuperación del apellido Schreber).

Pues bien: ¿por qué ello exige la indispensable inclusión de la temática terrorista?

Lo terrorista (estético-implosivo) resurge en primer lugar desde que se hacen necesarios los suplementos del delirio y de la alucinación.

No sólo el delirio es uno como concepto (diverso de la noción que impone el delirio-alucinatorio, tanto más si se trata de contraponer delirio y alucinación). A su vez, el delirio es uno en Schreber y otra cosa distinta cuando se le piensa a nivel general. El punto de ensamble entre el delirio y la alucinación no es para nada obvio ni continuo, así lo figural y lo ideacional<sup>463</sup> delaten ya una primera

---

<sup>463</sup> Deberá reconocerse que lo figural no coincide con lo alucinatorio desde que “lo auditivo” lo impide de hecho. Es sólo sumando el reconocimiento de la obra (modalidades de la Obra, delirio y alucinación, se quiere decir), que tanto el

clave de irreductible diferencia. Lo cierto es que es a nivel de su condición de estallidos estéticos desde donde se consolidan sus definitorias especificidades y sólo lo heterogéneo que unifica las opciones de expresión de lo singular permite que se reúnan (siendo que en realidad tendrían que resultar injuntables).

TRES. Para rastrear en detalle el asunto se debiera seguir la ruta que anuncia tales entrecruzamientos, empezando por incluir referencias al mero despliegue de los acontecimientos más personales (basta con ello para dejar evidencia de que a cada paso se anuncian impedimentos a ese nivel).

Los primeros informes que se conocen y que son señalados como insuficientes por Franz Braumeyer -quien se diera a la tarea de recopilarlos- evidencian que sumándose a la presencia de una “grave hipocondría”, se dan dos intentos de suicidio (coincidentes con simultáneos abortos de la esposa).

Años después -cuando son seis los abortos- antes de ingresar al más reconocido cuadro paranoico, Schreber (de hecho, o de manera alucinatoria) polucionará seis veces también. Es el propio Schreber quien reconoce, que ya en el momento de su casamiento -en 1878- expresaba ideas hipocondríacas.<sup>464</sup>

Sin embargo deben pasar por lo menos seis años antes de la primera hospitalización.

Sin duda los abortos están enlazados de modo más directo con ese primer evento de descontrol que impone ponerse en manos de otros para conseguir en forma mínima manejar los propios asuntos.

La verdad es que un supuesto médico que buscaba justificar los abortos condujo a indagar con respecto a la presencia de una posible sífilis.<sup>465</sup> Sin saberse que sea ello cierto -y menos aún que Schreber lo conozca y/o reconozca- lo cierto es que éste siente que cada momento puede ser el último y “está convencido de que va a morir de un ataque al corazón”.

CUATRO. Tampoco debiera olvidarse que sin mediación de aborto visible y estando hospitalizado ya por dos largos meses en enero 30 de 1885 Schreber intenta de nuevo suicidarse.

Si antes de literales señalamientos empíricos -apuntados por la persona misma de Schreber- se ensayara a ordenar acontecimientos que incluyen de modo necesario sentidos otros, cabría comenzar por preguntar cuestiones como: ¿por qué se enlaza el aborto al suicidio y las poluciones a los abortos?

Es difícil con tan escasa información llegar a confirmaciones contundentes pero al menos resulta posible localizar allí una doble línea que apuntala la vida con la muerte, la afirmación con la más decisiva aspiración destructiva.

Y conviene reconocer además que es algo que no sólo acontece a nivel interno, que no se trata apenas de cosas que acaecen a Schreber. Que -por ejemplo- acontecimientos vividos en primer lugar por la esposa resultan determinantes, incluso dadas las consecuencias que a nivel personal ellos comportan (si es que los abortos en realidad preceden a los empeños de auto-aniquilación).

CINCO. Quién sabe por qué extraña razón Schreber desea fotografiarse en abril 6 del mismo año -seis veces también- pero es claro que expresa ideas depresivas (y se sabe a propósito de ello por el asunto de las fotos que están en relación directa con la idea de su muerte inminente).

---

delirio como la alucinación encontrarán lugar pertinente. De un modo u otro, se trata pues de modalidades donde la persona es efecto, producto ya, antes que directa propietaria de su demencia.

<sup>464</sup> Cf. Braumeyer, F. Op. Cit. (P. 15).

<sup>465</sup> Ibid. (P. 10).

Por primera vez las descripciones médicas aluden a ideas metamórficas de contenido anoréxico. Schreber imagina -se dice- haber perdido de quince a veinte kilos siendo que en realidad ha aumentado dos (lo cierto es que ya asume que se lo engaña con toda intención respecto de su peso). El 1 de Junio de ese 1885 Schreber es dado de alta y parte para Ilmenau. Sólo hasta el 21 de Noviembre de 1893 (y desde entonces hasta el 14 de Junio de 1894 -casi un año después- se vuelve a dar clínica cuenta de él).

Schreber -se dice- reingresa “muy irritable”, reconociendo que le han convertido en un loco, y acusando padecer en tal sentido reblandecimiento cerebral, intenta de nuevo suicidarse y presenta alucinaciones “visuales”, empieza a gritar, a arrojar objetos, y su tono depresivo es resaltado una vez más. Se dice que Schreber sostiene ser una muchacha asustada por ataques indecentes,<sup>466</sup> ofrece dinero para que cavén su tumba y reincide en los intentos de suicidio, sus fantasías delirantes son calificadas como incoherentes, el 5 de mayo expresa alucinaciones “verbales” y “olfativas”<sup>467</sup> y pide de continuo el veneno que se le tiene reservado, dice portar la peste, y pregunta si no ha estado muerto durante mucho tiempo.

Cuando la esposa visita a Schreber éste no sabe si ella es real o no (y hasta llega a preguntar si ella ha venido debido a que ha conseguido levantarse de la tumba).

El 14 de Junio Schreber sale hacia Lindenhof.

SEIS. Es evidente que ya en este punto -de manera redonda y hasta niveles que remontan lo mero personal- Schreber está invadido por la ficción. Y ello no sólo lo retrata la forma como Schreber capta a quien le debiera resultar más indiscutible y próxima (su conyuge). Nada excluye que esa inmediatez que no urge de interpretación arriesgue por fuera de lo más expreso. Se puede al menos sumar (sospechando apenas el supuesto -para nada forzado- del desplazamiento de asuntos propios sobre la figura de la esposa) la pregunta que indaga por la solidez de la certeza -que para tornar definitiva y permanente- la emaculación impediría a Schreber.

De otra parte, la invasión tanática -para decirlo con terminología freudiana- resulta en todo esto inocultable (tanto más desde que anexa contaminación a la mera aspiración emasculativa). Y ello -que nunca falta en el registro de lo homoerótico- cuando incluye delirio y alucinación delata una contundencia tanto más drástica y radical. Si a nivel clínico-estético se asume tal extrema condición como terrorista es porque, más allá de ello, la muerte (en la medida en que no se da) comporta por sí sola el advenimiento de tan incómodo suplemento.

---

<sup>466</sup> Antes que aludir a la plena realización delirante de la metamorfosis emasculativa, esta curiosa clave parece más enlazada con el registro de lo alucinatorio (más adelante habrá de verse cómo no es ello ni inocente ni segundo).

<sup>467</sup> Se preguntará con razón por qué no se oferta una nueva terminología al abordar de manera clínico-estética el tema de las alucinaciones. La verdad es que no siendo adecuada la habitual nominación de tales modalidades, tampoco se puede decir que se trate apenas de meros niveles nominales (los cuales al ser modificados lo cambiarían y readecuarían todo de manera tanto más pertinente).

Ya el denominar alucinaciones a las primeras modalidades de lo mental no deja de ser opción tendenciosa desde la oferta de la normalidad asumida (se esperarí -al nivel más desprevenido y empírico- que lo alucinatorio ante de ser mera representatividad fundante fuera posterior a las primeras captaciones perceptuales del mundo externo), y sin duda no ha de ser lo mismo la percepción -fundada en el reconocimiento de la inmediatez del mundo externo- que entendiéndola como superposición forclusiva sobre el terror que subtiende desde su duplo envés de repudio (doble-forclusión).

Como fuese, lo alucinatorio terminará presuponiendo el mundo exterior de un modo diverso de cuanto acontece con las dimensiones del delirio, y esto va a resultar decisivo en el desenlace y develamiento final del drama schreberiano.

En efecto, la puesta en acto de la muerte -sin que de hecho la muerte en tanto tal advenga- es ya agónico apuntalamiento terrorista.<sup>468</sup> Pero, si además se da desenlace letal y se imponen escenificaciones de violencia desbordada, torna necesario recuperar desde los reconocimientos adelantados por la reflexión clínico-estética, diferencias también entre plurales irrupciones de lo terrorista: en efecto, a partir de esa primera demarcación entre polaridades que se definen desde lo explosivo y lo implosivo emergerán el terrorismo vulgar, las implementaciones de atentados perpetrados por organizaciones terroristas, pasando por la alteración del paisaje -no sólo interior- y de la banda sonora -modalidades ambas donde se expresa el tono terrorista incrementado e irreversible- llegando hasta los directos registros del terror (tanto más contundentes y determinantes cuando abandonan su lugar habitual, de dimensiones tan intangibles como repudiadas) que se ofrecen como laceraciones sin cicatrización posible.

---

<sup>468</sup> Podría aún pensarse que la contradicción y el acomodamiento interpretativos antes que desaparecer se exacerban. Ello se resuelve con sólo entender que la persona de Schreber es acosada por el delirio al punto de imponerse, no sólo la versión delirada de Schreber por Schreber mismo, también la localización linderal de su persona en su congelamiento agónico como clave decisiva para la auto-deglución delirante. Como quien dijera que desde un capullo Schreber es recogido y envuelto por el tejido delirante resultando de continuo regurgitado. Razón por la cual, si bien es cierto que la dominancia del delirio sobre la persona de Schreber ha de ser la constante a través del despliegue del proceso mismo, ello no se mantiene inalterado (de hecho -a medida que se acerca el desenlace- se incrementará de modo progresivo). Sin embargo, extrañamente, no se resuelve al final. Es un hecho más que reconocido, que Schreber no accede a la realización emasculatoria definitiva, evidentemente sólo posible a nivel del delirio (aunque comporte la complementaria perpetuación de lo metamórfico-alucinante). Y es como si la persona, desde una fina pero vigorosa franja de obediencia a la realidad, lo terminara definiendo todo.

Lo cierto es que entre el delirio y la persona se interponen la realidad empírica de una parte y la alucinación de otra. Sólo que entonces no se trata de la dimensión normal de sometimiento a la realidad compartida con el colectivo en la cual desde entonces Schreber volvería a coincidir con sus semejantes.

La imposibilidad para cuajar la emasculación -una vez ello es asumido- no comporta sin embargo modificación significativa (al menos no genera un mínimo acercamiento y sometimiento de Schreber a una posición normalizante).

Resulta más fácil derivar de allí -asumido el delirio como consolidado, y reconocido el asunto en referencia con la realidad apenas desde la persona de Schreber- que por sobre todo se trata de un impedimento localizado a nivel de lo alucinatorio escueto. Alucinación en negativo -si se quiere- que se expresa como detención, como radical contención del despliegue de lo delirante (al saberse, en definitiva, que la emasculación completa no se dará).

Como fuere, en tanto impedida la redonda emasculación, se delata de manera inocultable el desencuentro entre alucinación y aspiración delirante.

Schreber -es bien sabido- nunca se recuperará de su demencia. Por el contrario, el asunto mórbido se prolongará y no variará gran cosa por todo ello (razón por la cual es más fácil pensar que se trata -en la innegable detención, en la pausa que el delirio arma en algún momento del proceso- de ingreso al registro imprevisto a un ámbito de perplejidad (que sin ser una toma quijotesca de tardía conciencia, de recuperación indiscutible de la razón, más bien recalca -no de palabra, sí de hecho- en la realidad del mundo externo que resiste al empeño del delirio e impone reconocerle en consecuencia como una suerte de viaje agotado).

Todo ello, sobre todo, porque se reconoce que el delirio alucinatorio no es en realidad (aún en cuanto asumido como postergado) el suicidio, su literal reposición desde la invasión representacional. Y, así para esta perspectiva la persona apenas importe (siendo -como sin duda resulta ser- punto primero donde el suicidio ejercido habría de actuar) no se dejará de asumir que más acá de todo ello la invasora confusión mental -aceptada por parte de Schreber- se superpone sin duda alguna como proyectada malformación sobre el colectivo (de hecho, recurso tanto más extremo e indefensible).

Opción sobre la cual podría reconstruirse a partir de entonces el delirio (por todo ello sin duda alguna remozado) y asunto al cual da pie el reconocimiento del naufragio en el episodio catatónico. Como si entonces se radicalizara la exclusión desde lo más hondo del ser schreberiano ya no en cuanto asunto que viene impuesto desde afuera: plena e inapelable determinación en cambio, que da a la singularidad y a lo singular en ejercicio radical pertinencia desde su única e insustituible condición, opción que pone en acto cuanto el terror en realidad permite y que decide lo catatónico como un cerrarse al mundo y a los semejante sin que ello resulte siendo mero vacío mental.



SIETE. Es por esa ruta de plural expresión terrorista desde donde el delirio empieza a demarcarse de un modo cada vez más definido y autónomo. Y ha de ser por todo ello que se asuma la condición del virus, definitorio en tanto de manera simultánea opera según sus propias demarcaciones y ritmos (sin dejar de ser por eso parasitario allí).

Además, el sólo apuntalamiento de estos registros a un personaje (el personaje terrorista) -que al interior de la persona de Schreber agencia a título de doble- permitiría resolver estas complejas incongruencias (si es que resulta válido que el delirio decide a Schreber y no al revés).<sup>469</sup>

Lo cierto es que ese doble deriva evidente cuando se leen las descripciones que preceden, así no sea del todo reconocible aún la definitiva autonomía del delirio (como de hecho acontece cuando Schreber ingresa al Hospicio de Leipzig-Dösen entre 1907 y 1911, año de su muerte).

El resumen que hace Baumeyer<sup>470</sup> reúne el cuadro que irrumpe en esa primera fase. Se reconocía allí que las ideas hipocondríacas se circunscribían en lo fundamental a la idea del reblandecimiento cerebral y a la inminencia de la muerte. Coexistía esto en Schreber con ideas de persecución (en el sentido de haber sido convertido en un loco). En ocasiones, Schreber presentaba alucinaciones de carácter aterrador, el más mínimo ruido lo irritaba, tornaba intolerable con sus demandas y continuas quejas, sus alucinaciones se intensificaron a partir de allí, imaginaba estar muerto y en descomposición (al punto de ya no resultar posible enterrarle), enfermo de peste -según se lo imponían sus “alucinaciones olfatorias”- su pene había sido retorcido y arrancado mediante un instrumento denominado por él sonda del nervio (nerve probe), sostenía que era una mujer y al tiempo declaraba que tenía que armarse de una fuerte resistencia contra el amor homosexual de ciertas personas.<sup>471</sup>

OCHO. Sin renunciar nunca a sus urgencias suicidas, por todo ello Schreber deseaba la muerte<sup>472</sup> (fué cuando intentó ahogarse en la bañera y durante semanas imploró se le administrara el vaso de cianuro de potasio que le estaba reservado), los contenidos desbordantes de sus alucinaciones cambiaban con frecuencia, y en su última etapa en la clínica de Leipzig, creía que sería torturado hasta la muerte y de manera terrible. Cada vez más notoria resultaba la presencia en Schreber de fantasías místico-religiosas, el dios le hablaba, demonios y vampiros se burlaban de él,<sup>473</sup> quería

---

<sup>469</sup> El personaje terrorista rige el delirio y busca someter a la persona de Schreber y a la fuente alucinatoria que de hecho parece obedecer a diferente amo, hacerlo de diverso modo, o enlazar de otra forma las dimensiones del doble con el virus.

<sup>470</sup> Baumayer, F. Op. Cit. Pags. 13 y 14.

<sup>471</sup> Es claro que cuanto se juega, casi sin interferencias, como enlace deliro-alucinatorio a medida que se avanza hacia el decisivo encuentro entre la muerte supuesta y el real desenlace letal, delata ser una suerte de registro de doble faz, un monstruo de dos cabezas -si se admite decirlo de un modo menos contenido- que desde cada registro (delirante y/o alucinatorio) interpreta los asuntos de diverso modo, que al menos en cada caso busca sucumbir de manera autónoma, diferencial.

<sup>472</sup> Aquí se ve cómo no basta con apelar pulsión de muerte a todo cuanto comporta destrucción y auto-destrucción. La muerte al interior de la vida gana en opciones estéticas que le permiten discurrir más allá de la escueta detención de lo vital, de su mera condición negadora. El terrorismo es eso, el plus que a partir de entonces suma la muerte.

<sup>473</sup> ¿No resulta curioso que los demonios -o el demonio mismo- ocupen un lugar tan secundario en la armazón delirante de Schreber? Ese dios suyo -sin replica demoníaca visible- no está, ni siquiera en estos niveles tardíos, enlazado de modo directo al registro de lo demoníaco ni lo presupone como condición para su despliegue. Quizá esa sea una de las claves más decisivas para reconocer en el dios de Schreber una divinidad hecha de pura singularidad, un dios estético, excepcional por ende, y no una sacra versión más en el conjunto de las humanas religiones colectivas

Sólo reconocer que los demonios son más del registro de lo puramente alucinatorio -en tanto desmebradas emergencias del núcleo delirante que arma religión privada, con el solo aporte de un dios extraño e incompleto- impone reconocer que, más tarde o más temprano, las generalizaciones diagnósticas y el despliegue de las nociones clínicas imponen un

convertirse en católico romano para escapar a la persecución, tenía visiones milagrosas, escuchaba música celestial y concluía creyendo que vivía en un mundo imaginario poblado de fantasmas y de fantásticas imágenes.

Al principio Schreber comía de forma voraz pero luego rechazó la comida -a tal punto que debió ser alimentado- dormía poco, a pesar del recurso medicado de abundantes narcóticos (durante mucho tiempo se le dio hasta 0,3 g. de opio tres veces al día) gritaba con frecuencia, en especial por la noche (Flechsig lo consideraba peligroso tanto para sí mismo como para los demás).

NUEVE. Esta forma recogida no coincide de manera necesaria con la versión desplegada con amplitud por las “Memorias”. El informe del profesor Fleschig de junio de 1894 -y que cubre hasta noviembre de 1899- tampoco retrata de modo literal tal condensación (sin embargo resulta suficiente para reconocer allí, que si bien el delirio progresa en contundencia, no es cierto que sea tan fácil distinguirlo de las temáticas hipocondríacas iniciales).<sup>474</sup>

Incluso a veces se dan modalidades plurales simultáneas que dejan entrever la pertinencia de suponer, a nivel interno, personajes operando de modo autónomo. Visto así todo, torna posible dar cuenta de asuntos que de otro modo parecen inextricables y arbitrarios (o sea, para la selectiva perspectiva de lo social, de lo normal, y de lo clínico escueto por ende)

La condición dominante de lo terrorífico se impone a su vez como inocultable, y su sostenida primariedad coloca en segundo plano cualquier supuesto acontecimiento o circunstancia otra de índole personal, vivenciada en el pasado del paciente, y que en tanto tal pueda suponer explicación suficiente del cuadro mórbido.

Pues bien: esa primariedad no puede tampoco resolverse al interior de la reclusión que -para resultar con toda contundencia envolvente- demanda del lenguaje como referente donde se materializa. Allí se asume esa clave de prelación de lo verbal a posteriori -que fascina y confunde el empirismo lingüístico de Lacan- dominio que se instaura a partir del punto donde no se permite excepción en el juego de las múltiples e inagotables resultantes que arman escenificación de lo humano.

---

más juicioso rastreo de especificidades y desencuentros, a partir de los cuales las armazones psíquicas estallan sus propios recursos y demandan reconocimientos más finos y rigurosos de cuanto urgen por sí solos los meros desbordes aplicativos.

<sup>474</sup> Lo hipocondríaco es marca metamórfica sobre el cuerpo. El delirio apunta con mayor contundencia al registro de lo ideacional, e incluye por ende una mayor aspiración hacia lo abstracto. La alucinación es la puesta en acto de lo más puro figural y suma lo sonoro donde el lenguaje se subordina a la metamorfosis ampliada, en pos de la versión cósmica y el apuntalamiento a la banda ancha. La autonomización de las voces, montada sin embargo sobre la condición de base de lo figural, comporta una tajante diferencia entre lo alucinatorio y el modelo perceptual normal. Certeza de un saber independiente de la persona -la cual no puede hacer otra distinta que limitarse a escuchar- desaparece la distancia entre el modelo onírico y el vigílico de un sólo tajo.

El cuadro de conjunto es obra autónoma, y la persona de Schreber su esclavo e inevitable servidor. Nunca como allí, lo estético opera sin mediación, conducido desde dos motores decisivos: el terror de una parte y el secreto de otra, apuntalado en la base sin piso, que sin saberse cómo soporta tan extraño conjunto.

El mundo deliro-alucinatorio schreberiano es en realidad una arquitectónica, por sobre todo mítica. El lenguaje entonces no es más que una modalidad de lo metamórfico, sobre todo determinado desde las voces -directo modelo de enlace con una divinidad, que a partir de allí pareciera hablar sin soporte material visible (de hecho, el dios es ya invisible tapón sobre el agujero del secreto, no sólo cuando del delirio de Schreber se trata).

A partir de allí, es acaso ésta la razón por la cual la emasculación del dios está lejos de ocurrirsele a éste. Puede que la divina omnipotencia permitiera una consolidación de ese orden sin dificultad alguna, pero su razón de ser es mera creatividad que ya de antemano resultara ejercida sin necesidad alguna de un recurso tal.

Dominante reclusión sólo cierta, en tanto con un concepto como lo real, no se hace más que facilitar la tiránica presencia de la dominación simbólica, justamente allí donde en realidad se apuntala en un hueco inllenable (la más pura y decisiva forclusión del secreto).

### **Los agujeros inllenables**

UNO. Más ¿qué? Si hasta ahora lo estético no ha sido resaltado más que en cuanto lo empírico no soporta el examen ¿acaso no se impone darle abierta opción a esta nueva óptica permitiéndole mostrar cuanto de hecho su condición misma permite develar?

Esto no podría desatarse sin más y de una vez por todas. No por nada un despliegue tal ha venido conteniéndose hasta aquí de modo obligatorio e inevitable (aunque también sea válido señalar que a cada paso va desplegando su imperio de modo progresivo e inocultable).

Por decir algo: ya ha sido reconocido que no se trata de negarle al lenguaje presencia permanente e inseparable a nivel de las construcciones psicóticas (la de Schreber en particular). El lenguaje sin duda está siempre, pero -se ha dicho de manera insistente también líneas atrás- coexisten con él muchas otras ofertas de representación (tanto o más decisivas).

Más acá incluso, subtiende el agujero -que así se llene, y que, si bien invisible a pesar de ello, pareciera por eso no existir- resulta de hecho tanto más radical y decisivo desde que precisamente el lenguaje lo repleta, en forma por demás desbordante.<sup>475</sup>

DOS. Si a pesar de esto se impone llevarlo todo aún más lejos, de dejar que lo estético hable por encima de las urgencias más visibles de lo empírico, dándole opción interpretativa a nivel de lo más inmediato y anecdótico que es donde lo empírico decide sin atenuantes, en fin, permitiendo ver la prelación allí sobre la persona de Schreber (registro más próximo de lo empírico) por parte del delirio y de la alucinación (modalidades estéticas ante todo).

Piénsese por ejemplo en una circunstancia tan obvia como inadvertida: si Schreber busca llenar con hombres-Schreber el mundo luego de la definitiva extinción del género humano, y siendo al tiempo esto cuanto en última instancia resuelve desde la aspiración emaculatoria lo más contundente del

---

<sup>475</sup> Se diría que entonces -quíerese o no- se trata de modos del lenguaje. El punto consiste en que para la versión clínico-estética no sólo el lenguaje es ya modalidad escritural, también deberá reconocerse que de tanto nombrar lo general, de tanto restregar su prelación estructural, se puede perder cuanto es en realidad lo más específico y decisivo. En cambio, se trata de lo inverso: del lenguaje entendido como modo de la representación desde entonces urgido de una reinstalación estética que remonte las simplificaciones a las cuales da lugar su aplicación cuando se hace caso omiso de tal reconocimiento.

Por la vía más convencional, de hecho el terror queda casi reducido a las restricciones de la demarcación que le confiere apenas el nombrarle, y ha de parecer subordinado desde entonces -de un modo por demás insuficiente, escuetamente periférico y corto- al punto de que cada estallido suyo de hecho lo refuta del modo más tajante.

Más allá de todo ello no se debiera olvidar que el universo llena con fomalizaciones inagotables ya el trasfondo de fuerza desmedida que subtiende desde el estallido originario. Si bien no se podría alegar terror en ello, el terror sí resulta ser en cambio la versión de esa urgencia estética que irrumpe desde lo vital una vez se torna sensible a la opción del vacío y de lo transitorio.

delirio ¿cómo ha de ser ello posible sin que se trate del más indefensible recurso, en tanto -por decir lo menos, recurriendo a lo más obvio- parte por necesidad de un dios sin apellidos?<sup>476</sup>

Y, por supuesto: ¿por qué esto (que al menos en un sentido de potencia el dios podría obviar sin problema alguno con sólo apropiárselo como urgencia suya) obliga a la transmutación de Schreber en mujer perdiendo con ello de paso la opción del reapuntalamiento del apellido Schreber (que es, se insiste en ello, el primer asunto que se estaría ignorando)?<sup>477</sup>

La conclusión más certera tendría que ser que se trata de asumir sin mediación la plural autogénesis desde la incorporación de una duplicidad simultánea de géneros.

¿Es eso del modo ms escueto lo que se pide al dios? ¿Por qué el dios resulta entonces tan reactivo a concederlo?

TRES. No sólo no se trata de asuntos de parentesco o de sexualidad contaminada e inadmisibles, consiste todo en estéticas mutaciones de otro orden (y ha de ser por eso que se impone como inapelable la metamorfosis emasculativa).<sup>478</sup>

Ya se ha dejado evidencia de que la urgencia de la emasculación es sólo cuestión de Schreber y ha de ser por ello (que así fuere desde un impedimento sabido irremontable) ha de cargar éste con cualquier derivación en ese específico sentido, dejando abierto con ello un foramen de impedimento que resulta inllenable cuando se miran las cosas desde la escueta versión empírica, y que se duplica si se piensa en que -por una razón o por otra- el dios no consigue apuntalar tal operación con la contundencia que Schreber demanda.

Bien vistas las cosas, cabría reconocer que ya -por sólo ello- el dios resulta indispensable en el delirio, en la medida en que la emasculación no puede ser lograda de manera directa por Schreber, sin mediación de otro capaz de lograr eso que en Schreber resulta impedimento irremontable (a diferencia de la repoblación del mundo, que como se verá cada vez más, Schreber hasta lo podría asumir sin inclusión divina alguna).

La emasculación tiene una clave que la decide por sobre cualquier otra posible condición: se impone en efecto como indispensable recurso delirante que busca repoblar la tierra.

Quedará pendiente el paso que se seguiría, de haberse dado la efectiva consolidación emasculativa (incluido en ello el enigmático entronque erótico con el dios, que sin embargo se mantiene implícito, y que podría no darse puesto que no parece resultar indispensable a nivel de las modalidades que tal reproducción impondría).

---

<sup>476</sup> El tema del apellido que pudiera parecer vacío retrata como nada la distancia infranqueable entre esa dimensión de lo empírico -que comanda la persona de Schreber junto con su humana existencia- en contraposición con el registro mítico-estético que comporta el delirio.

<sup>477</sup> Se está insertando con ello una clave además que resuelve desde lo estético cuanto a nivel empírico resulta siendo del registro de lo irremontable (enlace de lo humano con lo divino). Por supuesto, no sólo consiste todo en parentescos indefensables o en entronques sexuales imposibles. Se trata incluso de algo más que de la mera puesta en acto de un armamento religioso. Se está más cerca de una oferta mítica en cambio, en cuanto se intenta reunir cosmogénesis con antropogénesis en una síntesis por encima de todo estética (o sea, sin hacerse previamente sensible por ello frente a urgencias ético-morales de otro orden, que pretendan descubrir antes de todo -como lo haría un Ricoeur por ejemplo- la razón de ser del mal o cosa semejante. (Cf. Ricoeur, P. "El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología". P. 29. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 2007).

<sup>478</sup> Existe una clave -en principio más ciertamente clínica- que olvida reconocer variantes en la aspiración metamórfica y que va a terminar decidiendo: se trata de la hipocondríaca presencia mutante, de una parte, que marca de manera directa sobre el cuerpo, y de otra, su paso del lado de un armamento más precisamente delirante, que aspira a modificaciones más vastas y plurales. Los controles sobre esos registros resultan por supuesto diversos, y exigirían capacidades y disposiciones que el delirio a partir de un determinado punto ya no logra cubrir.

CUATRO. A partir de allí el dios influirá en cuanto sea, pero no podrá ser clave directa -ni primera ni última- en tal reposición. Acaso, dada la emasculación, restaría la opción de aporte del dios de una dimensión de fuerza, de potencia extrema, que sin duda faltaría en Schreber para realizar tan desbordante operación repobladora, aunque es claro que antes de ello y dado que nunca se resuelve el dios a la consolidación de la emasculación schreberiana, delatando con ello un impedimento irremontable a propósito de cuyos trasfondos la divinidad en cuestión guardará empecinado silencio. Desde entonces, el dios se limita a proceder en consecuencia sin preocuparse de ofrecer justificación alguna por ello.<sup>479</sup>

Lo cierto es, que Schreber no sólo piensa en derivaciones humanas, en dobles suyos que para nada obligarían a reconocer allí -más allá de la demanda emasculativa- la participación del dios, que la génesis que se impone al delirio deja de ser aporte divino desde que se reconoce esa doble condición determinante (puesta en acto de seres, humanos tanto como schreberianos). De hecho, a Schreber no le interesa mediación ninguna en esa operación que le asigna sin discusión un lugar de equivalencia creadora frente al dios (disminuído ya en su delirante construcción).

Si no es que se trata de una franca ampliación de tal divina facultad donde ya ha sido remontada la contraposición que hasta entonces resultara decisiva entre lo divino y lo humano.

El asunto empírico -tan decisivo en relación con el impedimento emasculativo- cede su lugar ahora que se trata de la multiplicada alternativa de autogénesis.

Se trata (además de la creación de reiterados seres humanos-modelo-Schreber) de la reposición -no empírica, mítica en cambio- del apellido Schreber donde lo humano se incluye por fuera de toda otra posible opción participativa, humanidad renovada desde la materialización de dobles renacidos a partir de un común y escueto generador: Schreber mismo.

O sea, que ese apellido -asi persista a nivel nominal idéntico de sí- está metamorfoseado, resulta delirado (como de hecho se anunciara en el uso que se le asignara desde la primera parte de las "Memorias").

CINCO. Más que de la presencia masculina -que puede oscilar entre el propio Schreber y el dios que le ha de convertir en mujer- se trata de la instalación al interior del alma schreberiana de una contundente realidad femenina que confiera la opción reproductiva (así sea por la ruta de lo estrictamente mítico y delirante).

A partir de entonces, el resto de asuntos se subordina a eso (no sólo el dios, Schreber mismo incluido). Por todo ello, si bien se lo ve, una condición indispensable y evidente para una lógica como esta ha de ser la imposibilidad de generar cosmogénesis y antropogénesis por una ruta de registro sexual.

Sin la femineidad asumida como envolvente -y dado que se renuncia al directo recurso sexual- la posibilidad de antropogénesis naufraga sin posibilidad alguna de salida.

---

<sup>479</sup> Desde que la persona deja de estar a la altura que le exige el delirio alucinatorio (dubitando sin duda entre lo empírico que obstruye y la omnipotencia que confiere la fe incondicional en su poder) se podrá con ello derivar que desde la perspectiva escueta del dios schreberiano y en tanto insuflado de creencia -más allá de todo reclamo de empírica realidad- este dios ha de ser uno para la urgencia delirante y otro diverso cuando se trata del tejido alucinatorio. Al menos, el dios se comporta de modo diverso frente a una y otra condición y es a partir de allí que -en perspectiva estética- pareciera naufragar, detener el aporte suyo a la schreberiana marca mutante.

Tampoco coincide las expectativas del dios y de Schreber frente a la realidad, razón por la cual no debieran esperarse coincidencias (tanto o más exigentes, cuando se trata de montar el delirio o de incluir las alucinaciones).

Desde entonces restará sólo al dios la opción de una cosmogénesis de complemento, que si bien tampoco se ha de lograr, curiosamente delata que es Schreber quien la asume desde entonces como suya (o sea, sin contar para ello con el soporte del ente divino).

Como fuese, a pesar de los esfuerzos de Schreber por lograrlo todo él mismo desde la apuesta por un recubrimiento sostenido de suplantación, tampoco el mundo sucumbe a la plena metamorfosis que el delirio demanda y que la alucinación, puesta en primer plano desde entonces (tanto como acontece con la aspiración emasculatoria) no consigue tampoco completar.

Si no sólo el delirio aspira a la transformación de Schreber en mujer, sin conseguirlo nunca, si de hecho el dios no se ofrece desde entonces a mutar en modelo femenino para dar paso a la emergencia de los nuevos modelos humanos por una vía de mezcla sexual-humano-divina, o -tanto más factible- por una ruta mítica bisexual, si la emasculación y la cosmogénesis no logran consolidarse por la vía del delirio y la alucinación reunidas, si todo ello es -resulta siendo- así, ha de ser pues en tanto, por razones estéticas, el camino había que ser otro muy diverso.<sup>480</sup> la mera aspiración empírica choca con la condición estética donde se trata de lo mítico, y no del literal milagro material. Y. fuere como fuese, desde entonces resulta inevitable concluir que el dominio es, por sobre todo, del impedimento. Pues bien: ese impedimento no puede ser precisado más que a nivel de lo estético.

SEIS. Si de hecho la emasculación termina por no darse ha de ser en principio por obvias claves materiales y en directa y escueta referencia con la persona de Schreber (el cual de hecho carece de opciones suficientes de mutación como para hacer coincidir la metamorfosis a nivel de su cuerpo con la obra delirante).<sup>481</sup>

A nivel del delirio en cambio, la emasculación es punto de partida indispensable (así conceda a Schreber desde el dios la opción de indispensables aplazamientos).

El tejido alucinatorio se despliega -entre esos baches que dejan la persona y el delirio, llenando lo allí aplazado, lo no repletado entre un registro y otro- con una iluminación indetenible y deslumbrante que -para las perspectivas que propicia el apuntalamiento de esa óptica- pareciera resultar válida en sí.

¿Por qué -en efecto- sería indispensable para el armado alucinante el suplemento ideacional que demarca y decide la especificidad misma del delirio?

Sin el delirio, lo alucinatorio no se enlazaría, no armaría unidad, sería un despliegue sin volúmen de imágenes arbitrarias y desmembradas.

Ahora bien: antes de intentar ubicar algo más al respecto o al menos reconocer renovadas y obligatorias implicaciones adicionales, debiera confirmarse que si el entronque entre esas realidades

---

<sup>480</sup> Al delirio -más que la coherencia explicativa desde el registro de realidad humana y sexual- le importa la consolidación de una mítica que recoja dos claves metamórficas de complemento: la mutación del mundo -que el dios no logra sostener- y al tiempo con ello la génesis de una nueva modalidad humana que se instale allí y desde entonces responda por todo ello, sin necesarias dependencias ni engorrosos sometimientos. Humanamente visto, es como si Schreber se montara en la silla de Nietzsche, y repitiera con él al unísono, su “dios ha muerto” (y de acuerdo además con Dostoyevski desde que a su vez éste deriva, que por tanto “todo está permitido”).

El impedimento de la puesta en acto del mito que daría paso a la emergencia del hombre libre ¿qué hueco oculta en cambio?

<sup>481</sup> Si el delirio dominara a su amaño el recurso alucinatorio no tendría por qué no dar rienda suelta a la realización última de su expectativa emasculatoria. Tampoco acontece así con la persona (a pesar de parecer lograrse ello de continuo). Basta no olvidarse de las “Memorias” para saber que es ello apenas parcial. De su parte, el delirio en tanto tal, como toda modalidad terrorista (donde sólo son factibles grados de logro y nunca plenas realizaciones) delata que en su realización final se detiene y en ese impedimento su gestión se transforma de modo inevitable.

(Schreber, el delirio, la alucinación) resulta finalmente impedido, no ha de ser apenas al nivel de imposibilidad empírica que ello torna exclusivo. Más allá de ello, ni el delirio mengua su fuerza ni pierde tampoco vigor la emergencia de las alucinaciones, por encima de todo, ajenos uno y otras a restricciones de esa índole.

SIETE. Aún para el registro de lo divino -por sobre toda pretendida coherencia- sólo la condición estética resuelve.

Que el dios no asuma su propia emasculación -a sabiendas de que con ello se permitiría la plena realización del deseo generatriz más urgente y determinante- ha de ser de manera obligada por razones de impedimento.

Tal imposibilidad, en efecto, tendrá que ver con los más íntimos bloqueos creadores desde que es la divina obra ya consolidada, redondeada, cuanto detiene al dios en su desborde generador y le somete al imperio de las demarcaciones y dominancias que impone su sutura, su cierre (a partir de entonces, se trata de una labor casi burocrática que impone al dios apenas tedioso seguimiento).<sup>482</sup>

Y no sólo se ha de tratar de impotencia divina -no propiamente sexual-. Consiste todo -más allá de la detención de la productividad divina- en la reapropiación desde la obra humana (que ya ilustra el armado alucinante) que Schreber reapropiará y completará, que remontará y someterá al imperio del despliegue de la condición máquica, desbordante e indetenible (sin opción alguna de réplica por parte del dios).

Ha de ser, en efecto, que desde entonces la obra humana dé cuenta de las especificidades que distinguen al dios, a Schreber, al delirio, y a la alucinación (en tanto tales, productos todos, obras ya, si bien se les ve).

OCHO. Por lo demás: ¿quién dijo que al delirio -menos aún, a lo alucinatorio- les importan las complacencias racionales y las aspiraciones de normalidad socializante?

Lo cierto es, que cuando del delirio y de la alucinación se trata -y más allá incluso de la común condición de obras en ejercicio-, consiste todo en la prelación de un deslumbramiento representacional, el cual no se detiene en nimiedades (tanto a nivel de fuerza ideacional -delirio- como de una más radical traducción figural que le remonta y desborda -alucinación-). Es donde no sólo delirio y alucinación -vistos en sí, hasta un punto al menos- de una parte se reúnen y pasan a diferenciarse de otra (allí donde no es posible ya ninguna síntesis posible).

De un modo u otro siempre recuperarán su irreductible especificidad, y lo harán como las derivaciones estético-representativas que de hecho son.

De su parte, el dios apenas sirve para interceder en el juego mutante que se impone a Schreber (supuesto sujeto para la versión lingüístico-lacanianiana) quien -para hacerse autónomo y, del modo más pleno, independiente- paradójicamente no podrá nunca deshacerse de su adherencia al delirio, y ha de terminar apersonándose de las alucinaciones que le invaden y le refutan a cada paso, pero que le recuperan del lado de su propia e intransferible construcción.

En realidad, en cuanto variantes virales desdobladas (que se sostienen pendientes de allí, parasitando como vampiros -terroristas y estéticos- desde sus hambres inagotables) tanto delirio como alucinación son modelos contaminados y mezclados desde esas polaridades, duplo-virales, viral-virtuales, las cuales no se sabe cómo ni por qué, urgen de esa carne animada que en realidad es

---

<sup>482</sup> Así lo alucinatorio estalle, y siga de largo generando nuevas especies y desbordantes emergencias, de las cuales el dios no se apersona. Y es como si la desmesura de lo alucinatorio se impusiera a Schreber, más allá de las restricciones que el delirio de su parte le impone.

Schreber. Así se le confunda -desde el inútil empeño de las palabras, buscando respuestas impedidas- con un sujeto (que ha de serlo apenas en la medida en que pende a su vez de ese delirio donde pareciera. de manera irrestricta. sometido al dios) es a nivel alucinatorio -más bien de modo independiente urgido por llenar un insaciable hueco- donde Schreber resta solo, y ya no cuenta con opciones de sociedad mínima con el ente divino.

NUEVE. Dada emasculación impedida y bloqueo la schreberiana repoblación sobre la tierra deberá reconocerse en ello los topes donde el delirio halla por fin detención, donde tornan reconocibles límites, y donde se consolida el afuera (clave para la demarcación de lo psicótico-forclusivo).

Es allí donde el secreto remonta toda construcción estética, rebasa el terror y delata su prelación sobre los empeños de inagotable formalización.

Una suerte de ciudad interior recluyente, sin salida, repone en sus fronteras una fortaleza de cemento mental que impide ver por fuera de allí, que taponada toda posible escenificación más allá de esa suerte de midelo urbano interno.

La ampliación del horizonte que lo externo delata lo interior la contrasta desde sus urgencias recluyentes, y la presencia de muros de contención suma ahora a la certeza de personajes y de ámbitos, de espacialidades y de ambientes, de atmósferas y de redes de intercambio que a su vez la arquitectónica que arma ciudad interior repone. Y así la ciudad delirada se ampliara hasta niveles cósmicos, en pos de planetas distantes y desconocidos, el muro se correrá hasta reapuntarse armando irremontable taponamiento.

El tope de ficción que el secreto define en última instancia da la razón de ser de lo forclusivo (conteniendo finalmente la exuberancia de lo delirante) y el tope de lo empírico-representacional delata la clave que a su vez decide lo doble-forclusivo. La condición que determina los complementos y los contrastes entre la forclusión y la doble forclusión encuentra en todo ello su sentido y la clave de sus apuntalamientos y procedencias.

DIEZ. Pues bien, es en tanto modalidad de Obra -que lo humano consolida y refuerza- como tornan la forclusión y la doble forclusión dominantes y definitivas. La Obra que se arma desde la imposibilidad que el secreto en cuanto irremontable determina.

Eso a nivel estrictamente conceptual, pues a nivel personal, experiencial, la muerte es la modalidad por excelencia desde donde lo forclusivo y lo doble forclusivo hacen enlace con el terror (y, por derivación de ello, todo cuanto se amarre con la opción de pérdida dispara la posible emergencia del terror). Pantalla infranqueable, la muerte reapuntala de continuo el impedimento del secreto, que estará a su vez sostenido como un puntal inamovible en el irrecuperable origen, y a cada paso, en lo más inmediato, en todo cuanto es presencia ubicua que subtiende la realidad de las emergencias, fueren las que fuesen.

Lo cierto es que el impedimento marca distinto según se trate de Schreber o del delirio, de la persona o de lo máquico hiperestético y esclavizante.

Es claro que al primer nivel resulta decisivo el impedimento en dos sentidos que la femineidad demarca: la mujer impedida de una parte (emasculación), la negada maternidad disparada (schreberiana repoblación de la tierra). En el registro del delirio, en cambio, el impedimento toma todo ello como pretexto para demarcar claves más bien arquitectónicas, dimensiones reclusivas e irremontables donde la forclusión y la doble forclusión se apuntalan y afirman. Se trata entonces de ese más allá taponado y definitivo donde con tanta mayor certeza habita el inextricable secreto.



## Las modificaciones de las cuales se trata

UNO. De no ser por ese tope de imposibilidad que el reborde metamórfico retrata, casi cabría decirse que el dios podría faltar allí sin que el andamiaje delirante (desde entonces asumido a plenitud por Schreber, se diría, con todo cuanto de gravedad ello incluya) se desmoronara.

En realidad -de aceptarse ampliar la cobertura- los dioses todos, sobrarían para la perspectiva de las realizadas urgencias liberadoras de lo humano en sus más colectivos registros.

Desde que se hace obra de lo humano, se descubre a su vez al dios como inevitable dizezo máquico. El dios, quien como productor inaugural, dueño de toda opción de intransferible trascendencia, hasta entonces venía siendo reconocido como generador directo del ser humano (lo cual evidenciaba ya el reconocimiento de la obra -en tanto que humana- como condición derivada de inapelable suplemento, de subordinado lugar) ocupa ahora ese preciso lugar de producto, de modalidad plural y derivada, desjerarquizada, que no resulta ser -para nada- indispensable para los núcleos de cuanto se considera irrevocable.

De modo opuesto, es para eso que sin embargo se perpetúa el dios. Para obligar a Schreber a detenerse, a reconocer que -a pesar de todo- su capacidad metamórfica, ni es de origen divino, ni es omnipotente, ni carece de límites (Schreber -no se olvide- apuesta por lo humano-en-sí, aunque con ello haga saltar desde impedimentos inocultables la verdad de lo máquico).

Ahora bien: ¿se resuelve por esto el ingenuo e insostenible nudo que da soporte a la schreberiana emasculación y a partir de allí a la derivada antropogénesis?

Lo cierto es que se trata de una lógica diversa de aquella que se impone a la luz de una versión signada por la racionalidad normalizante. Si bien inadmisibles para esta perspectiva ello no niega la opción de una oferta diversa y ajena, así no por esto menos contundente y válida. Debieran buscarse los subfondos que rigen cuanto a la luz de lo más empírico -desde que no se incluye en ello la ficción- parece incongruencia insostenible (nuestro escrito de marras sobre “El gato negro” de Poe ya realizó claras demostraciones al respecto).<sup>483</sup>

DOS. Tomar en serio a Schreber, como supone de manera explícita el documento de Lacan (aunque siendo evidente que tal reflexión está bastante distante de cumplir siempre con ello) impondría de entrada tal asunción estética (por supuesto, sumando a esto lo delirante y lo alucinatorio en tanto niegan cualquier posible opción de síntesis).

La muerte en vida, el mundo de la agonía congelada, la urgencia de repoblación de la tierra, a partir de allí y más allá de cualquier otra realidad, condicionan toda oferta (sobre todo, de la reconocida circunstancia empírica donde se acostumbra reconocer hasta lo más en extremo demente).

Y si no puede decirse que no resulten decisivos fenómenos externos es claro que ello no deriva del reordenamiento en relación con jerarquías y convenciones (sostenidas -por decir algo- a partir de la lógica que comporta la cronológica existencia personal).

Antes de la adherencia al padre (o incluso a la reactualización de lo edípico más temprano que el ser padre impone) son las claves terroristas las que -desde esta nueva perspectiva- deciden los acontecimientos, las que re-ordenan en importancia los asuntos. De tal modo que, por ejemplo, el

---

<sup>483</sup> Cf. Otero, J. Revistas “Cuadernos colombianos” # 1 y 5. (Ops. Cits).

suicidio del hermano resulta aportando con creces al empeño, tanto matrimonial como suicida, de Schreber (lo cual desde entonces se deriva como su directa consecuencia). O sea que el delirio al autonomizarse de modo progresivo, decisivo, no sólo arma versión delirada de la existencia misma (de Schreber el primero), de hecho -allí donde la racionalidad -puesta sin más en lo cotidiano- esperaba perpetuar su habitual dominio y determinancia- el delirio da ahora sentido terrorista al más habitual asunto, impone nómada desmesura a cuanto parecía recubierto y amamantado desde el más sedentario modelo protector (el cual, si bien se ve, padece de una rigidez equivalente: no puede restregar nada diverso de lo puro empírico).

TRES. En el texto de Lacan, a partir de un innegable empeño estructuralista (que, de señalárselo, Lacan no aceptaría), sin quererlo y acaso sin saberlo -incluso creyendo que en realidad se lo está remontando- no se hace más allí que refinar el historicismo freudiano, sin que éste se modifique de manera mínima, en relación con su privilegiada y nodular condición de sentido (la sola literal adherencia lacaniana al tema edípico así lo ilustra).

Edipo -dado que es la constatación de cómo lo psíquico se rige a partir de condicionantes estéticos que radicalizan la ficción- delata por ello su enlace directo con el terror fundante, antes de que se concentre allí la también innegable resultante que a su vez -entonces sí- da al parentesco y a la ley condición decisiva, entre otras cosas comportando la prelación impositiva del lenguaje como principal regulador (a pesar de principal siempre derivado, se quiere decir).

Este doble trasfondo que arman lo significante-en-sí y las fuerzas primordiales del terror (apenas significantes a posteriori) resulta ignorado cuando se aplanan y uniforman todo en referencia con esa línea monocorde que implica la certeza empírica, inmediata, de la inocultable e irremontable presencia y dominancia del lenguaje (de hecho, obra que somete ya del modo más irreversible).

Es por ello que todo al final parece -de manera inexplicable- fútil y vacuo, dado que las palabras parecen colgadas de nada (es más, sin el soporte de esto que Lacan llama la significación. De hecho, de la persona que se desgaja de su lugar -supuestamente indispensable- de sujeto. Palabras que en el punto donde quisieran ser -de un modo más directo e indiscutible- descifran y explicativas, derivan en efecto tanto más insustanciales (no que -de modo necesario- sea ello siempre así, ni más faltaba).

CUATRO. Aunque significante y significación se amarren de esa forma no resulta ser tampoco suficiente (aún siendo de manera aparente, en forma compensatoria, resuelto todo a partir de la fingida precisión que implica la mera sumatoria de esos momentos), sobre todo como empeño por distinguir la razón de ser de toda normalidad frente a la puesta en acto de las psicosis. Y en relación también con la neurosis, desde que -sin nombrarla- se colocara de entrada a la normalidad como modalidad rectora y decisiva, y a la represión como núcleo defensivo constituyente (sin que se adelantara luego revisión mayor a propósito de ello).

Si tomando en serio lo dicho se alegara que Lacan no se restringe a eso que Freud signara y que él remonta anteponiendo -remarcando más bien- la marca inapelable del lenguaje, debiera preguntarse por la labor pendiente que desde entonces obligaría a la clínica psicoanalítica que suceda a todo ello, a dar la vuelta al tema de lo psicopatógeno y a revisar en consecuencia, no sólo el asunto de las defensas, ni apenas el lugar renovado que debiera reconocerse a las estructuras mórbidas (si es que no se desea desarmar la edificación toda y arriesgarse a asumir un renovado apuntalamiento).

Se impediría de hecho repensar en su conjunto el armado teórico, y a partir de entonces, dar un lugar a todo cuanto se extrajo sin reflexión mayor de la clínica médica, dar remozada cuenta de lo inconsciente y de las nociones derivadas de su concepto y -desde allí- poner en cuestión las

modalidades mismas de la aplicación terapéutica, a la luz de una envolvente reapropiación de lo mórbido. Y, sólo entonces, pasar a dar cuenta del sentido de un posible hacer (para nada garantizado como inapelable).<sup>484</sup>

CINCO. No se niega pues la condición del delirio y de las alucinaciones. Sólo que en relación con condiciones diferenciadas de reconocimiento de cuanto se presupuso siempre resuelto sin más, a partir de categorías más bien clínico-médicas -y siendo en realidad muy amplio el recorrido que se impone antes de pretender tener consolidada una verdadera y autónoma clínica de lo psíquico- se debiera tratar al menos de ubicar las cosas desde un lugar más independiente y renovado.

No que el lenguaje no se ofrezca siempre como irremontable. Pero, que el terror subtiende a todo lenguaje, es cuanto hace de este último algo envolvente y reclusivo.

No sólo -que en su conjunto- la baba del discurso recubra lo existente y que cada palabra redima del terror (y, por sobre todo, el nombre que se da a lo divino, cualquiera fuera el referente que asumiera tal denominación) y así, por siglos y siglos, de un lado y otro, el lenguaje (junto al armado psíquico) se consolide como una de las máquinas defensivas más elaboradas y complejas que a nivel de la obra humana se pudiera reconocer.

De hecho el lenguaje que todo lo nombra no lo nombra todo, y cuando pretende eso desde su impulso recluyente, de modo inevitable genera un afuera que desde un impedimento tanto más definitorio lo demarca con radicalismo aún mayor. Y esto no es sólo en los confines del lenguaje, a partir de su versión más general y ampliada, en cada presencia suya -por concreta que ella sea- esto opera así. La *verwerfung* por eso no es algo específico y aislable del lenguaje. La *verwerfung* es tan inseparable del lenguaje que es la operación que a cada paso -de manera inapelable, al nivel más global, y en cualquier puntual circunstancia, tanto en cada significante como en el registro de la más generalizada significación- le define y decide.

Si un significante llega a ser tan decisivo que su ausencia o su presencia parecieran atadas al sentido que comporta psicosis, habrá de ser porque -por cualquier lado- el agujero puede evidenciarse en el desgaste de la red encantadora que el lenguaje evidencia ser y que le define en cuanto primer recurso de domesticamiento del terror (y habrá de ser -ya sólo por ello- que ocupe lugar principal en el despliegue del delirio).

Pero el delirio no puede reducirse -apenas debido a esto- a mero recurso de lenguaje exacerbado y mucho menos a escueta irrupción de la alucinación verbal.

SEIS. Cuanto Schreber escenifica no es apenas la evidencia de la puesta en acto de eso que Lacan denomina forclusión del Nombre del Padre. Se trata sí, del advenimiento abrupto del terror, generador del desborde escenificante, incontrolable e indetenible, puesto a la luz sin mínimos controles, reventando todo límite posible (ni siquiera la persona -en cuanto tal- logra acceder allí al lugar de indispensable recipiente, por el contrario es ella la primera en estallar a partir de esa irrupción).

Al empeño estético -fallido acaso como aspiración de poder, pero indiscutible en tanto despliegue formalizante- al esfuerzo por resolver esa perforación en la piel de lo humano, a esta experiencia de

---

<sup>484</sup> Si se dijera que -consolidado todo ya, puesto en marcha de antemano sin reversa posible- no tendría sentido ni opción alguna una reposición de este orden, habría de replicarse a ello que -en un nivel vecino al campo de lo psicoanalítico- la oferta clínico-estética, hasta donde sus limitaciones se lo permiten, no viene intentando hacer cosa diferente (la prospectiva que remonta lo retrospectivo no tiene por qué armar forclusión allí. Al revés, incluyendo como indispensable el paso previo se enriquece el avance del lado de una reinserción renovadora y refrescante).

mental-agujero-negro que lo sorbe todo y lo adelgaza hasta mutarlo radicalmente del lado de una otricidad tanto más definitoria, habrá de ser cuanto (más bien sirviendo a urgencias de aplicación clínica) subtiende en el schreberiano delirio alucinatorio.

Pues bien: si nunca aquí lo clínico ha sido cancelado como indispensable, algunos asuntos de su tradición -tanto teórica como aplicada- han sido puestos en cuestión de manera radical. Por decir algo, la idea de que lo clínico-teórico sea derivado siempre de la observación y aplicación directa - como un subrogado suplementario, como un aderezo que pende de las síntesis que comportan la praxis- torna insostenible desde que lo clínico resulta siendo mirada en sí (sólo en segunda instancia aplicación posible, y en cambio siempre discutible).

SIETE. Si no de forma directa -subordinada al menos a la primacía del develamiento teórico- urgida la clínica de lo mental de exigente examen y debate perpetuo, de constante confrontación con modalidades que de manera necesaria la remontan y someten a indispensables constataciones desde lo transdisciplinar, y sobre todo, impelida por el sostenido empeño de evitar su reclusión en variantes de especialización disciplinar, a falta de todo ello, lo clínico termina -no sólo colindando- si no con lo religioso, sí con lo moralizante, y en algunos casos (extremos, mas no infrecuentes) hasta con alternativas de culto.

Como fuese -a pesar de la apariencia racional y rigurosa que sus procedimientos simulan reponer- lo clínico (sin remedio alguno) se suma a todo cuanto de sintomático comporta el contemporáneo modelo humano-social-urbano.

Y habrá de ser en ese punto donde se perpetúe lo clínico actual, desconectado como está de las propias alteraciones que hubo de generar cuando se acercó con vigor a explicaciones ajenas de toda aspiración de inmersión en las cálidas y seguras territorialidades que conforma el humano rebaño. Por desgracia -en el sitio extremo que delata ya la malformación de la versión psicoanalítica del caso Schreber- comenzó a evidenciarse con toda contundencia el nocivo virus del empirismo de aplicación, que a partir de entonces prolonga sus influencias e incrementa su rigidez forcluyente, dando en cambio -frente a la necesidad de alteración radical a ese inconveniente nivel- la certeza de impedimento irremontable.

## **Drácula, Sísifo y Polifemo**

UNO. A su manera, el lenguaje representa ya escenificación, es modalidad representativa que abstrae lo figural, y ha de ser por esto que hasta se cuelga del delirio (no tanto en cuanto le determina, más bien como materia indispensable allí a título de recurso que deberá subordinarse a las condiciones mutantes que el delirio le impone). De hecho, como una de las más radicales defensas que arma decisiva oposición a la fusión entre delirio y alucinación -y al tiempo también como la más evidente expresión de impotencia frente al desborde incontrolable del terror- el lenguaje se seguirá asumiendo como indispensable, aún cuando se trate de fenómenos extremos (como de hecho resultan ser los armados psicóticos).

Lo cierto es que cuanto se apela lo mórbido ha de ser una cosa diversa si se le asume como padecimiento empírico, que si se le reconoce como inapelable modalidad representativa sobre el cuerpo donde se escenifica (tanto más, si se alarga la cobertura del concepto hasta expresiones mentales como los delirios y las alucinaciones). En cambio, desde lo mórbido se dan

escenificaciones que comportan radicales metamorfosis del propio escenario de sus despliegues, pues hasta el cuerpo -y el mundo mismo- sucumben frente a los desbordes de lo estético-representativo más radical (se incluyen de hecho, los primeros, en su envoltura más definitoria). Y si a la luz de la versión clínico-estética el lenguaje es ya adicional consecuencia de la representatividad urbana (o sea, entendido desde la égida de la envoltura escritural) es antes de todo la Ciudad la casa del lenguaje. La Ciudad, escritura urbana que recupera y abstrae cuanto lo social excluye de manera tajante. Y ha de ser -sólo por ello- que se armará enlace derivado a partir de lo escritural con el fenómeno representacional, donde -incluidos estallidos desde lo singular- se permite el real reconocimiento de los delirios y de las alucinaciones, sin tener que atarlos a la tiranía de modalidades de poder o a versiones cortas (desde ejercicios tan especializados, como de subordinada procedencia).

DOS. No se debiera pues desconocer, no sólo que el lenguaje es ya alta tecnología, refinada e intangible obra humana. Tampoco convendría olvidar, que a pesar de inseparable, la obra-lenguaje hace que se le asuma de manera extrema, incluso cuando hace irrucción -y ello, de modo no menos principal- la sombra explosivo-implosionante del terrorismo y del terror.

Sin duda por ello, el lenguaje no sólo apuntala -en más de una dirección- los armados del delirio alucinatorio, de hecho sirve a sus intereses y en la medida en que ingresa allí resulta alterado y expuesto en sus trasfondos más ocultos (entonces -antes de toda apropiación masiva y empirista- se retratan también sus estéticas verdades más decisivas).

Dígase, cada que una palabra emerge, cancela algo de modo tajante y forclusivo, taponando un hueco que no se ve, pero que esconde un definitorio abismo.

Esa es, por lo demás, la clave terapéutica que el lenguaje comporta siempre (de otro modo -y obsérvese esto bien- ¿cómo podría explicarse la propia aspiración clínico-aplicativa del psicoanálisis? Si no se asumiera el lenguaje como clave de sutura en las perforaciones del alma ¿cómo se podría dar cuenta de semejante contradicción en los términos?).

Pero es ello arma de doble filo. Tal cual el lenguaje redime del terror y lo silencia, también es cierto que a cada paso su ejercicio comporta el riesgo de despertarlo, de hacerle emerger. Por todo ello, las variantes del terror usufructúan el beneficio de ese recurso, pero pueden también -en sus emergencias contundentes- borrarlo, sepultarlo bajo el peso de formas renovadas de escenificación (entre las cuales la puesta en presencia del terror ocupa apenas un lugar posible).

Es a partir de allí -desde las contraposiciones entre cuanto se apela sin más lo simbólico y lo imaginario, o bien, de lo animal agresivo y de lo humano más pacífico- que se ha querido subordinar las cosas a la ilusoria prelación del lenguaje. El terror que subtiende en ello pasa de largo por allí, más allá incluso de contraposiciones basales (como ésta que en Freud distingue cultura y naturaleza).<sup>485</sup>

Y ha de ser por eso que a su vez, las denominadas estructuras psico-patógenas demanden revisiones y reacomodaciones indispensables (si no francas superaciones que permitan dilucidar de manera

---

<sup>485</sup> Se abre así la urgencia de una indagación sobre las claves primeras que enfrentaran a los humanos con el terror, de un modo más dramático de cuanto aconteciera al resto de modalidades vitales, y que -previo a asuntos de derivadas tomas de conciencia, de filosóficas y religiosas especulaciones, de culpas insostenibles- le armaran de una sola vez (allí donde Freud viera asesinato parricida de masa) como irrupción terrorista, obligada a la inapelable labor creadora, a la génesis de una obra inagotable (terrorismo creador, fundante de lo humano) y, en obligatoria alianza, con la simultánea y explosiva emergencia de lo singular. Asunto de la vida entonces (singularidad dada) que llevaría al punto donde sólo cabe pasar del lado del terror y apropiárselo sin redención posible, estallando de continuo y sin desaparecer por ello.

efectiva los asuntos). Más allá de estrechas pretensiones -que aspiran a apresar en sus rígidas especialidades la exhuberancia de las puestas en acto de lo singular, siempre renovado, por encima de todo empeño domesticador- lo mórbido reengancha al terror con tanto mayor vigor (y es por eso que resulta siempre apuntalamiento salvaje donde no falta lo creador). Desprendimientos creadores - y así fueren contaminados- que desde lo excluido siguen llamando a la recuperación de lo más puramente humano.

Incluso, reconocido el peso decisivo y envolvente del secreto, conviene recuperar las versiones renovadoras que desde allí se imponen a las modalidades del virus y del doble, en enlace obligado con sus contaminantes combinatorias. ¿No es más que claro ya, en efecto, que el doble globalmente impedido -dése por caso- es el retén que ubica ya con toda precisión, el punto de entronque, entre lo forclusivo y lo doble forclusivo, con el impedimento irremontable del secreto?

TRES. Cabría preguntarse antes de concluir, hasta qué punto no se está dando el nombre de terror -o de secreto-<sup>486</sup> a cuanto Lacan reconoce como registro de lo real.

Aunque quien así indague tendría que responder por muchas cuestiones antes, sin embargo no sobra señalarse -pues tampoco es obvia la diferencia- que lo real es la supuesta región de lo irrepresentable, espacialidad impedida que repugna de todo contenido posible o pensable, nada -reinterpretada desde el apuntalamiento desbordante de lo simbólico- inaudita trampa conceptual que da cuenta de cuánto de corte definitorio comporta lo humano en tanto tal, oferta de engañosa captura del secreto inalcanzable.

El terror se refuerza desde el agujero que se consolida una vez se da discontinuidad en referencia con la dimensión natural. Y ha de ser un secreto lo que se sostiene allí de modo irreductible, terco, inapelable, cuanto hace de lo humano modelo condenado a desconocerse siempre -tanto más, en cuanto más honda y definitoria resulte siendo la insistencia- y no un acto (entonces parricida) que es efecto suyo ya, derivada opción -que desde la más desesperada urgencia- se oferta como asesinato. En realidad, punto de quiebre donde lo humano se auto-transgrede y que por ello delata que no se reconoce, que es por esa razón que se ataca y que se desaparece, que está de modo irrevocable escindido para siempre, sin síntesis posible ni opción probable de solución.<sup>487</sup>

Y así lo humano actual supuestamente se reconozca en la instauración mítica de un acontecimiento transgresor -si se quiere el más extremo- la verdad es que es el terrorismo, en ejercicio ya, cuanto retrata allí un impedimento fundador. La pretensión del dar la muerte a cambio del real reconocimiento de un origen, es ya montaje de prohibición que decide de nuevo lo impedido como asumido y sintomático punto de partida.

---

<sup>486</sup> No que el terror y el secreto sean sinónimos, o pareja factible de ser intercambiable sin implicaciones mayores. De hecho ya ha sido el tema revisado, como para reconocer que el impedimento del secreto se representa desde las más primarias emergencias del terror. Sin el terror, el secreto estaría tan silenciado y reducido como el propio Dionisos (por decir algo).

<sup>487</sup> El secreto habrá de ser primero en tanto retrospectiva que intenta explicar los asuntos (enigma irremontable) y no entendido como indescifrable acontecimiento inaugural, o cosa parecida (que en cuanto tal suceso parricida, podría serlo sin duda, aunque su lugar derivado no tendría que pensarse de modo necesario como anterior a todo).

Lo humano, fundado en el secreto, está condenado a ser enigma indescifrable para lo humano mismo, y no ha de serlo en cambio por causa de un chivo expiatorio que repara al conjunto. Allí lo forclusivo y lo doble forclusivo están ya decidiendo, ese es el punto de ensamble donde -por decir algo grueso y grave- lo ético y lo moral encuentran evidencia y justifican su expresa aspiración valorativa y excluyente.

Es una condición de impedimento -no un suceso afirmativo, por más que se le disimule como en extremo transgresor- la clave decisiva y definitiva de lo humano (y de lo existente todo, pues el secreto sabe ampliarse hasta donde lo humano aspira a armar recubrimiento).

CUATRO. No de otro modo se podría entender la razón por la cual Freud colocó allí sin más la culpa como clave primera, y desde entonces, justificó el advenimiento y la prelación de lo religioso, de los dioses y de las plurales metafísicas de todo ello derivadas. Y hasta dió prelación irreversible a una noción tan increíble como es la del superyó donde le parricidio se eterniza como si con ello se justificara por la vía de lo empírico la realidad inapelable del atentado parricida (en cambio de ver allí el máximo taponamiento de suplemento frente al empeño de develar la verdad última y primera del secreto).<sup>488</sup>

Y no ha de ser tampoco otra la razón de ser de la experiencia forclusiva, que por partida doble irrumpiera sin verse, desde la consolidación del cancelado secreto fundador. Se da con ello -de modo simultáneo- a la normalidad masivizante la ilusa pretensión de resultar ser clave primera y última de obligatoria referencia.

De hecho, apenas alivio relativo frente al desgarrante devenir de lo humano, como desdoblada defensa indispensable, a título de compensatorias coberturas de lenguaje, de sintomáticas formas que intentan taponar faltas, perforaciones, que de un modo o de otro reponen realidades simuladas -alusivas al abismo inllenable que a cada paso lo rehacen y que lo recuperan sin remedio, frente a sus propios fallidos empeños de excluirlo y repudiarlo- en fin, aspirando a todo esto sin conseguirlo nunca, las opciones de normalidad son apenas convenciones cuyo puntal real está resuelto y justificado apenas a partir del ya sintomático entretejimiento de las más periféricas resultantes.

Lo mórbido derivado de esa versión de normalidad es sólo duplicación de jugueteos que no llegan más allá de las coberturas de lo represivo, que se conjuga entonces de ese modo, sólo para conseguir devolverse hacia la radicalización de recursos, los cuales terminan enfrentando extremos defensivos (o sea, a la normalidad con las psicosis) y delatando con ello la común involucencia de un impedimento compartido, de un empeño engañoso de dar a las defensas condición definitiva (a cambio del reconocimiento de graves e inevitables consecuencias desde lo irrevocable).

A partir de un núcleo de común impedimento, en consonancia con el secreto irreductible -que ha de ser por esto que clama por un imposible y anhelado retrato, que busca la consolidación de un espejo impedido el cual finalmente se aspira consiga recuperar la imagen más urgida, de hecho sin retorno posible- lo mórbido y la normalidad terminan delatando una misma urgencia, una idéntica procedencia (así no por ello se logre consolidar unificación alguna).

Apenas -a cambio de ello y del más sintomático de los modos- Obra imperiosa, interminable, indetenible. En consecuencia, escisión reacentuada, incrementada.

Como quien dice: Drácula (sin reflejo de espejo alguno, retrato impedido -aunque paradójicamente definitivo- para la inmortalidad, a la vez parásita, de la Obra). Sísifo también -en lo humano, eternamente torturado por la inagotable tarea-.

Ambos (Drácula y Sísifo) reunidos de modo antagónico, o incluso sólo de manera externa.

CINCO. No se debiera sin embargo olvidar que el masivo terror -a pesar de que a partir de entonces al darse en tanto humano se exacerbe- si bien está fundado por la condición misma de la puesta en

---

<sup>488</sup> Es por ello que el psicoanálisis cree poder derivar lo ético, lo moral -lo religioso incluso- desde el apuntalamiento superyoico (y no al revés, que es como sin duda debieran verse las cosas si se fuera consecuente y se anhelara mínima coherencia). Un psicologismo más que ha de sumarse a otros, presentes a su vez en la obra freudiana.

acto de la vida, apuntalado en cada cuerpo, en cada emergencia animada, en cada dinámica resultante corpórea, siempre busca encarnar sin lograr sostenido apuntalamiento. Versión contaminada del invisible, hiper-presente sin embargo secreto impedido,<sup>489</sup> el terror responde frente al enigma de la supervivencia con un ansioso sollozo intraducible, mueca que sólo sabe darse en referencia con sus propios efectos, con sus inapelables consecuencias.

Desde entonces, la muerte será apenas hueco palpitante que amenaza siempre, y que así no se sepa (o no resulte ser, a cada paso, conciente) subtiende allí, desde ese inevitable camuflaje que la confunde con la redonda realización del terror (su opción más contundente de puesta en acto, antes de ofrecerse como efectivo acontecimiento material).

Ha de ser por ello, y a partir de entonces, que si la conciencia de ser para la muerte falta al animal, el terror lo compense haciendo también con ello demostración de cuánta cobertura tiene la representación cuando no sólo de lo humano se trata.

SEIS. Como fuere, lo humano hace conciencia masiva del terror en tanto lo remonta (siempre y cuando arme obra para recubrirlo). Desde esa carrera demencial y al tiempo lúcida, se juega el inapelable discurrir de lo máquico. Cuanto de hecho, a nombre del despliegue tecnológico, se gana del lado de lo colectivo -y con ello del más impersonal supuesto "progreso"- explotará a su vez desde la contrapuesta fuerza inevitable de lo singular (que si se hace urgente, incluso pareciera derivada de allí como su desecho inapelable).

Con ello también ha de irrumpir el terrorismo incontenible enfrentado a todo iluso avance, desestabilizando y desequilibrando, aquí y allá, de un lado y otro.

Las claves explicativas últimas respecto del terror resultan insondables y enigmáticas pues en el mejor de los casos el terror -que en realidad esconde el secreto inaugural- es supuesto descorrimiento de velos, aparente apertura de abismos.

Donde las murallas y los retenes fallan, dejando sospechar el directo advenimiento del secreto, el terror irrumpe y lo reduce todo. Antes de los bloqueos infranqueables, forclusivos y doble forclusivos, el terror deja a mitad de camino en el abismo entre lo hiperdefensivo y el inubicable secreto.

Tal cual resultaría impedida cualquier representación pictórica, hija aparente de la luz blanca -sin soporte sin embargo si se le quisiera aislada-, sin la emergencia de sombras, que a su vez desde el silenciamiento solar se imponen sin embargo como indispensables, también por el terror lo humano es consecuencia, efecto de un empeño -que por todo ello- le retrata como derivación de su propia obra (sólo que ese sol de terror es sol nocturno que comporta desdoblamiento de la ausencia).

El secreto da vuelta radical al ordenamiento inaugural donde se supone a lo humano como indudable productor primero, pues el impedimento irremontable que el secreto genera hace de la Obra síntoma desde que entre más se despliega, más lo oculta y bloquea.

Sin esa clave ignota que les rearma desde el secreto, las formas de despliegue de lo humano no podrían ni darse ni rodar como de hecho lo hacen.

SIETE. Ahora bien: cuando del registro de lo psíquico se trata -dada su implosiva puesta en acto- las psicosis allí son las más próximas y para nada literales presencias del terror, las más paradigmáticas modalidades de humanas emergencias que comportan dominancia suya. Expresas armazones

---

<sup>489</sup> El secreto está, aquí y ahora, no (como se pudiera imaginar) apenas a nivel de los irremontables orígenes. Se trata de un núcleo en la sombra que lo presente y que decide -del modo más tajante incluso- aunque no se sepa nunca a ciencia cierta, qué resulte siendo. El resto es mero montaje a partir de ese desconocimiento fundador.



terrorista-intangibles, que con sus irrupciones escandalizan las más convencionales posiciones y que desde su desmesura escenificante revientan acendrados y firmes presupuestos ideológicos. Y ha de ser por todo ello a su vez, que cuando de forma ilusa se cree dar cuenta decisiva de las psicosis - pensando incluso como reductible la especificidad de sus más primordiales sentidos- no se hace más (desde lo normal, o sea de manera hiper-defensiva) que malinterpretarlas.

Como dijera Freud a propósito de los sueños -aunque aquí adicionalmente a nivel de lo colectivo-: como por un cordón umbilical también las psicosis atan a lo desconocido.<sup>490</sup>

Negarse a la modestia de este reconocimiento de base, en realidad impide ver cuánto desde su inaccesibilidad definitoria -a pesar de todo- las psicosis apenas permiten entrever. Reconocidas las psicosis entonces como terror-obra, como obra-terror -en ambos sentidos- se impone asumir la equivalencia sin posibles atenuantes.

Punto donde lo más intangible se desconecta de lo humano (factible de tornar contra lo propio humano como si se tratara del más letal enemigo del cual apenas se resulta siendo indefensa víctima o implacable victimario) el terror -con ser lo más real- no es lo real.

OCHO.Reconocidos previos apuntalamientos sobre el lenguaje, más bien lo real habría de ser el recurso extremo empleado desde lo simbólico para domesticar -graficándola ya- la envolvencia del terror. Alternativa que se impone a partir de lo humano, en tanto cuestionado por la Obra. Obra donde lo humano se afirma, y de modo simultáneo se pierde, en una reclusión, atrofiada, orgullosa, y demente. Desnivelado efecto máquico que desconoce el terror porque es de ello (en última y en primera instancia) de cuanto, pretendiendo silenciarlo, se defiende.

---

<sup>490</sup> Sólo que lo desconocido no es una mera negatividad sin contenido. Más acá -si se prefiere- se trata de una zona de imposibilidad a la cual ya Freud antropomorfiza y que -ya en Lacan- da cuenta hasta de lo real (al punto de que termina por tornarlo a título de fallido suplemento de simbolización). A decir verdad, allí se inserta en cambio -y previo a todo saber y a contenido alguno- el antes del terror que hace de éste último estallido desde la carne, explosión que sólo torna factible de sentido después de su emergencia presentificada, actuada, capturable apenas a posteriori desde el registro de sus implicaciones, consecuencia misma ya por sobre toda engañosa malformación dual simbólico-real (en tanto fingiendo suplirlo, desde sus explosivas irrupciones simula dar a la luz la presencia misma del secreto).

A partir de allí el secreto se encubre y expresa al tiempo no sólo como sintomático terror, también lo hace como nada, como muerte, como máscara, como recubrimiento, trasfondos incapturables todos de lo forcluído. Es por esas suplantaciones (las cuales pueden llegar a desdoblarse sin problema: esconder en la nada el terror, o la muerte en el terror de su amenaza, etc.) que se puede llegar a creer que lo simbólico hasta puede apropiarse lo real con sólo nombrarle (y en cierta forma es ello válido siempre y cuando se reconozca que el secreto restará siempre afuera).

Descubrir, del modo como lo haría Peer Gynt en la obra de Ibsen (Cf. Ibsen, E. "Peer Gynt (y otras obras)". Porrúa, Ed. México, 1978) que cuando se alude a lo existente, se trata de una suerte de cebolla en cuyo centro no hay más que nada, que ella -la cebolla en cuanto tal- es sólo una suma de capas superpuestas que encubren esa nada con ningún fin -acaso apenas, a título de pretexto simplificado de metáfora fundante- si bien ilustra mejor que cualquier otra graficación la verdad de las cosas, tiene el inconveniente de sumar preguntas tanto más graves aún: ¿por qué no aterra un tal develamiento? -por ejemplo.

El terror, y la muerte, y la nada, acostumbran naufragar en islas como esa, para encubrir tanto más, la realidad del impedimento que les decide.

La exploración pertinente del tema -de ser ello posible- implicaría por lo demás dar cuenta de esa retrospectiva que desde la vida llena con terror esa supuesta nada dando paso con ello a la opción inagotable, indetenible, compensatoria, del despliegue de lo representacional.

¿Acaso tiene el animal, secreto equivalente? Y, sin embargo, detrás del animal siempre el humano topa un abismo irremontable, una insuperable distancia.

Como fuere, colocando al margen el enigma animal, sólo entonces, se podría -si no estar empezando a comprender el por qué de la presencia allí de lo psicótico- al menos sí de las razones por las cuales no se le puede abordar sin más como a cualquier otro asunto digno de ciencia.

Más allá de toda certeza de exclusión, lo simbólico-forclusivo y doble forclusivo<sup>491</sup> es la constante desde donde se aborda la resultante de conjunto (y a cada particular emergencia, que en su ensamble con ella, consigue sobreaguar).

Lo cierto es que el enganche máquico encubre el reconocimiento compartido de esa creciente brecha. Zanja que anuncia estallidos desde que viene desplegándose a partir del apuntalamiento, que sobre el rastro envolvente de lo existente en su conjunto, de tiempo inmemorial, generara la irrupción del modelo cultural.

Al menos, la soledad -creada desde entonces por la fallida reafirmación de lo humano- resulta inocultable (a pesar de todas las solidaridades posibles y pensables, de todos los suplementos, y de todos los recursos autoafirmativos y compensatorios). Tras esa soledad no hay más que terror y borradura suya al tiempo (afuera ya, a partir del despliegue orgulloso de las tiránicas prioridades que a nivel masivo se asigna a lo simbólico y sin salirse aún de su involucencia).

Es en ese registro de soledad donde vuelve a respirarse la nostalgia de lo singular, territorio donde podría darse apertura entre los extremos de lo normal incluyente y de la psicosis excluida.

NUEVE. No partir de allí, ha impedido reconocer lo clínico<sup>492</sup> como bloqueo insalvable frente a lo clínico-estético (clave integradora entre la formulación teórica y las opciones de aplicación).

Virus, dobles, virus-dobles, dobles-virus, que son como una armada vuelta contra sus generadores, delatan los efectos de esta verdad constitutiva: más acá de toda transferencia, de toda forclusión, de toda doble-forclusión, de todo inconsciente, de todo lenguaje, y de todo discurrir alucinatorio-delirante, de todo terror, no hay más que irremontable secreto. Y no sólo ello -que de serlo, armaría redondeamiento resignado- sobre todo desde que en la periferia se esconde una falta definitoria e irremontable se trata de la inadmisibile ausencia de una imagen de retorno para lo humano (doble globalmente impedido).

El virus, el doble, el virus-doble y el doble-virus, son las modalidades máquicas que jalonan este impedimento buscando inútilmente remontarlo. Virus y doble -sumando a ellos sus combinatorias contaminadas- consisten en malformaciones, en vicios empoderados desde el empírico modo de abordar las cosas que lo humano despliega, desde que lo intangible amenaza con devolverle -a nivel

---

<sup>491</sup> No se debiera pasar de largo por esta manera de decir. Sin lo forclusivo, como lecho de base inserto en la periferia de lo más actual, como condición inapelable allí, lo simbólico, no sólo no rodaría, de ehcho no podría darse. Es, por decirlo así -y a pesar de resultarlo del modo más encomiable- su disfraz. No es, no puede ser otra cosa distinta que su síntoma. Dada forclusión montada sobre la forclusión, lo simbólico emerge como su suplemento que la redondea, justifica y encubre.

Y si se dijera: -“Entonces, si no antecede lo simbólico ¿desde dónde diablos se forcluye?”- se deberá saber que se forcluye en la medida en que se reforcluye. Lo forclusivo no se da de entrada como el agujero inllenable. Es en tanto emerge obra que lo forclusivo se evidencia, y es por ello que si lo doblemente forclusivo -hijo directo del secreto irreductible- apuntala su radicalismo envolvente es ya en la resultante. Así coincidiera hipotéticamente con lo acontecido en el lugar donde lo animal se hizo sin más humano, lo doble-forclusivo no haría mas que radicalizar el abismo que de ello le separa.

Modelo polifémico, que no sólo recalca en la pérdida del único órgano visual que coronando la frente decide tal mostruosidad, sino también la ausencia -tanto más definitoria- de una visión humana desde la duplicidad de órganos que se juntan así para no poderse retratar más que a través del reflejo especular. Déficit que parte de lo duplo, que anuncia un cero ya, y que Polifemo a mitad de camino acentúa.

<sup>492</sup> No debiera olvidarse que lo clínico -en tanto asumido desde el despliegue de la normalidad y en el escenario de lo social- no es sólo versión teórica o aplicativa, es modo de subsistencia, fuente de ingreso, y resulta por ello decidido, de modo contuindente, a partir de esa inapelable realidad que le convierte en primer lugar, en indiscutida modalidad capitalista.

de registros intangibles- la foto suya, el retrato de su más enraizado impedimento (doble globalmente impedido).

En ese preciso punto se instaura la razón de ser de lo alucinatorio, punto milagroso que da opción de captura a lo más invisible.

¿Sin la certeza de lo invisible, acaso importaría la contundencia del secreto?

DIEZ. ¿Se olvidó este escrito del virus desdoblado<sup>493</sup>?

Por supuesto que no. Si algo interesa resaltar -en este empeño de interpretación clínico-estético del caso Schreber- es cómo la relación de este último con su delirio, si no repone, anuncia de algún modo la forma compleja de enlace que en la actualidad amarra lo humano a la Obra: inesperada, incomprensible circunstancia -por demás paradójica- que hace de la desmesura, compensatorio y sintomático equilibramiento máquico (de ser posible que lo equilibrado pueda ser reconocido allí).

Lo cierto es que si el modelo persiste, si la resultante se perpetúa, ha de ser porque se recomponen los eslabones en empírico encadenamiento, así se trate de una sucesión inextricable, tanto como indiscutible. Motivo suficiente como para reconocer la urgencia de una doble mirada: estética, de un lado, desde que la formalización insiste y se perpetúa por encima de toda restricción, de todo obstáculo, y dado que con ello se consolida unitaria sucesión (clave ya de exclusión si faltara lo estético), y clínica de otro, en tanto se asume desde entonces el consecuente malestar, el predominio de lo indescifrable, de lo impredecible, y hasta las emergencias explosivas de lo singular más sintomático.

El virus del virus (virus desdoblado) ya no está en el registro de lo particular, así lo decida. El nivel desde donde, por ejemplo, se resulta siendo bomba de realidad suplementaria delata ya que se es ante todo emergencia modal desde matrices de suplemento tecnológico-terroristas (no por ello menos definitorias), modalidades máquicas antes que resultantes autónomas y decisorias.

Sin el refuerzo simultáneo del impedido doble globalizado no sería posible entender ni localizar al virus desdoblado.

ONCE. ¿Qué es entonces -además de lo ya señalado- el impedido doble globalizado?

La verdad es que la imposibilidad (del virus de una parte y del doble de otra) por consolidar verdaderas estabilizaciones en los actuales modelos humano-social-urbanos conduce a reiteradas contaminaciones, de las cuales se viene dando cuenta en estas reflexiones clínico-estéticas.

De una parte, el virus contamina al doble (virus-doble) llenando de ausencia los lugares donde florece lo virtual, de otro lado el doble realiza el retrato -desborde de lo figural- de lo puro viral (doble-virus) y a partir de ese desborde figural que en tal sentido se genera, emerge el juego de la representatividad más desbordante (desde los sueños -sostenidos por encima de todo supuesto progreso máquico- hasta los delirios alucinatorios que Schreber como ningún otro ilustra).

Al desborde que se impone desde la psicosis lo normal responde siempre con una doble forclusión.<sup>494</sup> Doble forclusión que se repone afuera -por milagro de lo puro empirista- como recuperación de lo exterior (común captura perceptual) a nivel de lo hiper-representativo (mundo compartido por el colectivo). Desmesura de la desmesura, que actúa como si cada uno no se perteneciera, y que cuando da paso a su real retrato del complementario desborde representacional

---

<sup>493</sup> Cf. Otero, J. "Lo máquico. O de lo psíquico como artefacto". (Inédito)

<sup>494</sup> Dado que para que exista doble-forclusión se impone el paso por la forclusión lo psicótico está necesariamente presente a mitad de camino de la consolidación de la normalidad (en tanto modalidad que al tiempo que antagoniza completa el armado de lo psicopatógeno).

interior, es sólo factible de ser vista como asunto ajeno e inadmisibles, propiedad de otro, en tanto que tajantemente excluido (aún siendo a nivel de lo onírico).

DOCE. Una segunda dimensión contaminante la comporta además el desdoblamiento del virus (virus desdoblado) que es como quien dice el registro, el retrato del virus del virus al cual se hiciera reciente referencia y a su lado -en una acepción contrapuesta- el doble del doble (negativo especular, desde que se trata de lo virtual que repone lo virtual, punto donde se localiza la más definitiva opción de ficción) modelo que da paso desde su final incapacidad decisoria y autonómica a la noción del impedido doble global.

El doble globalmente impedido, no sólo resalta la incapacidad de lo humano como tal para apuntalar reflejo suyo donde reconocerse y autodefinirse: lo humano -que como Drácula- carece de retorno especular que le permita autocapturarse de modo unificado y redondo, suma a la lucidez draculesca la ceguera polifémica del animal más impedido.<sup>495</sup>

Y ha de ser por todo ello que, eterno generador de obra, lo humano como tal, no puede detenerse, y -a la manera de Sísifo, también- buscando por esa vía afincarse, repone en cambio de modo reiterado y sintomático el inútil empeño de recuperación impedida, imposible.<sup>496</sup>

En ese punto es como si lo humano en tanto tal chocara con las claves que rigen su enajenación progresiva e indetenible, asido de la Obra que en principio generara rodando por los desfiladeros de lo máquico donde resulta cada vez más escindido y sobredeterminado.

---

<sup>495</sup> Si sin embargo se da la opción del suplemento especular para modalidades de lo humano en sus más particulares registros, no significa que se consiga con ello llenar -ni siquiera de manera parcial- el agujero del cual allí se trata, antes bien comporta para lo psíquico, que se apuntala a partir de allí, un lugar -si no redondamente ilusorio, si sintomático y dado que carece de opción posible de real autonomía (sabido es que esa realización ficticia la oferta lo religioso desde que la creencia funda allí -luego del adevinamiento de la muerte- certeza del alma).

<sup>496</sup> Si la lectura de este texto evocara de modo fragmentario el enlace entre esa trilogía que arman Polifemo, Drácula y Sísifo, no es ello mera urgencia de mecánicas y gratuitas sumatorias míticas, su voluminosidad intangible, su tridimensionalidad, subtiende a los espejos y los justifica.

Veamos cómo.

Sísifo nombra el registro de la tarea inagotable, perpetuamente renovada e impedida para detenerse, lo cual sumado al reconocimiento desde la Obra del impedimento especular para armar doble literal en sus generadores termina por consolidar mundo aparte que les subsume y esclaviza por una ruta que no es de reensamble armónico, que repone en cambio, creciente y sintomática escisión.

De su parte, Polifemo repone esa doble ceguera (reflejo impedido para la Obra y para el colectivo) que desde la particularidad de lo modal se devuelve como constancia de doble forclusión. Desde el sueño polifémico se genera la ilusión compensatoria de los espejos donde se rearmar realidad. Ficción cuya única opción al final es siempre el desencanto (pues desde Polifemo nunca se despierta).

En realidad su nostalgia insaciable la funda Drácula en la metamorfosis de su transmutación en el animal impedido que ilusamente -en sus sueños dementes- se resuelve. De hecho, imagen incapturable que se busca a nivel de antecedentes primordiales haciendo caso omiso de que el mayor impedimento de lo contemporáneo se define a futuro, a su vez, sin reflejo posible.

Cuando el Drácula de sí mismo (parásito máquico desde su impedimento de humanidad redondeada, linderal recluso en una duplicidad mítica irremontable, empírico succionador de sus mismos productos, inagotable consumidor de sus propias producciones) se enfrenta a la verdad de los espejos, sin retorno de imagen -al lado del desborde indetenible de la Obra y de la coincidencia con el ciego impedimento polifémico- adivina con ello las claves tristes de su inmortalidad: oscuridad inapelable y accionar indetenible, certeza de la única posible condición fundante que le da como ente ficticio condenado a la inagotable génesis de una producción, tan arbitraria como incierta, desde una simultánea clave de autodesconocimiento irremontable.

De hecho lo humano, si no está tajantemente afuera de la Obra, no puede más que incluir un afuera donde se asume incompleto para conseguir de algún modo reconocerse. O sea que -dicho de una manera acaso menos desgarrada- a falta de imagen de retorno el colectivo proyecta -en un punto de repudio duplicado, desde su silente, acallada demencia- su propia versión enajenada.

Ha de ser por todo ello que lo psicótico retrata una verdad -irreconocible para lo normal- pero ante la cual el normal se aterra (como a su vez lo hará el psicótico frente a su propia imagen especular).<sup>497</sup>

Sin duda alguna -en cuanto injuntable- psicótico y normal reponen, del más trágico y sintomático de los modos, la impedida figura que unificaría y haría armónica la resultante humana en tanto tal.

Pero esta nueva modalidad contaminante porta una clave decisiva, incluye la dimensión predominante de lo colectivo, y da cuenta de las razones que llevan a hablar de modos de lo urbano cuando de las resultantes psíquicas se trata.

### **Versión capitalista<sup>498</sup> de la forclusión**

UNO Deja algo por fuera el cuadro de psicosis deliro-alucinante de Schreber? ¿Qué sería ese afuera-del-afuera que retorna de ese modo?

Dado el doble movimiento de cancelación se tratará primero de la inversión abstracta desde lo figural impedido y del empeño anestesiante que se impondrá una vez la Obra suplante, imponga de modo irreversible su dominio sobre las directas pretensiones de lo humano.

Después del paso de los siglos, la envolvencia capitalista está allí en primer lugar.

En efecto, si al tiempo de algo se despojan, Schreber, su delirio, y el juego de sus alucinaciones, si existe una clave posible de integración y de acuerdo, aparecerá ya -casi ingenua, anecdóticamente- en relación con esta contundente realidad excluyente donde -sin mediación de discusión alguna- Schreber abandona toda inclusión en el orden que le venía sobredeterminado ya, por sobre todo a partir del ejercicio de su profesión (y lo hace en tanto -a cambio de ello- se arma obra delirio-alucinatoria).

Obra escueta, desenlazada de la Obra, de la cual Schreber resulta no menos esclavizado y sobredefinido.

Desde entonces, reconocido el impedimento radical en tal sentido, el papel capitalista que de cualquier modo Schreber estaba obligado a cumplir -como por lo demás se impone hacerlo a cualquiera de sus semejantes- habrá de ser cubierto, suplido por los otros.

Pues bien: en ese afuera que deja la psicosis, lo normal llena sin apelación.

¿Qué esconde esta presteza?

Al lado de la perplejidad del cuadro en particular se da el impulso grupal de llenar la falta, de cubrir la ausencia (así lo único que no se incluya sea la conciencia de la operación misma). Suplantación

---

<sup>497</sup> El psicótico capta en el indiscutible reflejo especular la máxima amenaza, la falacia de un retrato engañoso y de hecho imposible -dada su literalidad- que sin embargo se da y que sin duda fundará las certezas de lo empírico en tanto cancelaciones de las claves de ficción que apuntalan toda posible realidad (la humana en primer lugar).

<sup>498</sup> El capitalismo a la luz de una versión clínico-estética -sin cancelarlo ni pretender reducirlo desde su lugar prioritario- no ha de coincidir con cuanto se apela así desde su entonces habitual acepción, tanto económica como política. Se trata de esa punta que resta y que puede pasar desapercibida de tanto subordinada o infravalorada. De hecho, el capitalismo se asume aquí en directa referencia con la Obra, y a partir de allí, desde la forma como califica y decide las modalidades psíquicas de lo máquico. Por ende, a la luz de este reconocimiento, lo psíquico mismo también exigirá revisión y adecuación. (Cf. nuestro escrito ya mencionado a propósito de lo máquico).

que en realidad consiste en el ocultamiento de esa evidencia, en el reconocimiento de una pesada condición, imagen intangible a título de impronta capitalista a la cual de manera habitual y envolvente se obedece sin apelación, sin réplica mayor (o bien, desde una individualizada, grupal incluso, oposición que no lleva muy lejos -pues nada cambia lo suficiente por ello- o que, tal cual acontece a Schreber -tanto peor aún- después de un límite podría tornar ingobernable).

DOS. Al otro lado de todo eso la repudiada verdad que define -así fuere a partir de una presencia al tiempo imperceptible e hiperpresente pues resulta doblemente negada- sin posible espejo reflector (lo más cercano a una alucinación colectiva, se diría, de ser posible su impedida versión figural)<sup>499</sup> es cuanto se taponan de un modo u otro desde mil recursos y donde la clave de lo intangible arma ya la contundencia inversiva que comporta la indiscutible presencia de los fetichismos, reconocidos de antemano por Marx.<sup>500</sup>

Lo cierto es que la fallida y tanto más primaria aspiración de armarse desde lo especular consigue hallar claves de reposición abstracta (otra cosa ha de ser - por esa nueva vía- la captura del punto de real impedimento del cual en el fondo se trata).

Pues bien: para el caso en cuestión, por más refinamientos y rigores posibles o pensables, de entrada no ha de esconderse allí más que impotencia.<sup>501</sup>

Si algo debiera aterrar al grupo de normales que por una u otra razón enfrentan y suplen a Schreber, y que resultan siendo en ello literales representantes del rebaño humano todo,<sup>502</sup> ha de ser esta aparición indescifrable que es la psicosis (para el caso, schreberiana).

De manera simultánea -constancia material e inapelable interpretación desobligante en tanto se le repudia del más tajante de los modos desde un afuera refundido- la psicosis schreberiana se oferta como trampa para el psicótico desde la versión que de ello se da en perspectiva normalizadora.

TRES. Ausencia redoblada que sin embargo encarna -al tiempo doble forclusión anestesiante, superpuesta a partir de una proyección que la excluye en forma radical, dado que no la puede desaparecer- lo normal se enfrenta a lo psicótico sin opción posible de fusión.

En la más inocultable periferia, a la manera de una invisible perforación (que es acentuada, innegable realidad material y simultáneamente consolidada e indescifrable certeza de armado

---

<sup>499</sup> Es allí, si bien se ve, donde se apuntala la distinción habitual entre delirio y alucinación. Lo figural impedido busca expresarse por la ruta de lo ideacional. Y ello no refleja equivalencia alguna, resalta reales, irreductibles divergencias en cambio (así -en sobrecompensado collage- juegue a la mezcla de ambas rutas).

<sup>500</sup> Cf. Marx, C. "El capital". Ed. F.C.E. México, 1966. Y Otero J. "La psicología en Marx". Revista Ciencias Humanas. Vol. 5-#2. U. S. B. Ed. Cali, 2002.

<sup>501</sup> El secreto se sabe en cuanto se desconoce, y en los intersticios, en los linderos entre registros contundentes, se instala siempre. Sí como entre la naturaleza y la cultura el secreto recubre el paso que lleva de un registro a otro, tampoco allí, entre lo figural y lo abstracto existe continuidad, sí en cambio abismo explicativo, secreto inapelable, irreductible. La modalidad paradigmática del secreto -al menos para el nivel de lo individual- la da la muerte en tanto pantalla infranqueable, sin rebote posible (así la psicología monte a partir de ese impedimento la ilusión del alma y de todos los dioses posibles y pensables). Es ésta, si bien se ve, la principal razón que decide escisión entre lo individual y lo colectivo (valga también decirlo).

<sup>502</sup> O sea, que así consistiera en un colectivo distinto no serían de esperarse reacciones diversas, suficientemente significativas al menos como para alterar el grueso de tales resultantes. Ni siquiera incluyendo en ello el obligado paso de los tiempos, pues -desde entonces hasta acá- si algo integra los conglomerados humanos ha de ser esa clave común de capitalismo asumido. Y, aún siendo entonces -en los tiempos de Schreber, se quiere decir- comparativamente incipiente la marca de lo tecnológico y de lo terrorista, su manera de aparición ha de ser por ello tanto más ingenua y evidente (como el sentido de los sueños cuando se trata de la producción onírica de los niños).

mental) como una aparición frente a la cual nunca se está de modo suficiente preparado, la psicosis -pegada como un parche del psicótico- retrata lo abismal sin dar opción a fuga posible o a cancelación física alguna.<sup>503</sup>

Imperiosa urgencia de solución psíquica y social en cambio, emergencia que encubre todo hueco como si fuera un modo más en el registro del mismo inconmensurable humano despliegue, se instala a título de enigmática aparición semi-fantasmal en la mital de la colectividad. Apostando por la reposición de la más escueta versión que parte de lo humano sin embargo, se impone así una escenificación sin traducción posible, portadora de un decisivo faltante que impide la opción de un mínimo redondeamiento, de una lectura al menos o de un desciframiento.

CUATRO. Modelo indevelable -que no sólo se da en tanto no se sabe, que en cuanto la razón de su diferencia desde la clave de su especificidad le impone como igualmente presente que invisible- la fórmula final ha de ser de algún modo engullirlo y redigerirlo todo (sólo que por supuesto desde una tajante demarcación mental).

En fin, en la medida en que resulta impedido para tornar tangible, el enlace psicótico-psicosis aparece para la mirada de los otros como empírica referencia -tan imprecisa como inubicable- la cual ni siquiera consigue devolver enmascarado, irreconocible, el rostro -inverso, si se quiere, para ser más real- de esa condición irremontable, que por necesidad, es para todo mundo el capitalismo (forma donde lo humano-social-urbano se encuentra y reúne, registro para lo más contemporáneo, una vez esa alianza de lo contemporáneo con lo capitalista se empecina en no dejar salida, en no admitir suplencia) hace irrupción allí de la más demente de las maneras. En efecto, emerge el capitalismo del único modo posible que acaso exista para que la inmaterial forma envolvente cobre concreta, directa, específica localización (como un aire que se recuperase desde la sólidez de su emergencia, como una idea -ilocalizable pero tanto más decisiva- en el armado que condiciona la supuesta unidad del colectivo).

Fuerza de suplemento que torna formalizante a posteriori -por ello entonces, al tiempo creadora, envolvente, y parasitaria modalidad- sin mediación ninguna el capitalismo -como si suplantara para lo humano al devenir mismo- se da allí a título de primer motor que mantiene en marcha tanto a lo más inmediato como al conjunto de las resultantes.

El capitalismo irrumpe entonces como si, de pronto, la gravedad -por decir algo- apareciera sin más, asumiéndose como pura caída desde una nada que al tiempo resultara innegable del más contundente modo -como si en realidad se tratase de un todo-. Directa alucinación sin contenidos, se diría, y que por pura paradoja se asume sin atenuantes como inmediata y evidente.

Atmósfera definitoria que es retén obligado de lo urbano y el cual, desde la figura más extrema de su encubrimiento, como la más irreductible de las máscaras, más bien como una fuente generadora de inagotables materialidades, el capitalismo se apuntala e impone sin remedio y sin apelación posibles.

CINCO. Pues bien: allí, en la medida de su más extremo impedimento se ofrece la confusa evidencia de ese irreconocible, inadmisibles retrato sin rostro, de esa pura presencia ideacional, de esa inmaterialidad de innegable, envolvente, volátil existencia, de inocultable necesidad que el capitalismo resulta siendo -a partir de la auto-afirmación adicional a su habitual despliegue, en cuanto decide armar ruta propia- la psicosis emerge.<sup>504</sup>

---

<sup>503</sup> Habría que responder por las razones que desde el delirio estabilizan un modelo que torna antídoto frente el suicidio.

<sup>504</sup> El capitalismo como consolidación envolvente que encubre lo figural y que se apuntala como formalización abstracta taponan la opción de emergencia del secreto, su presencia lo forcluye por partida doble y lo cancela del registro de

Parasitismo que cuando aspira a la libertad y al vuelo autónomo termina delatando de ese modo el más falaz de los encubrimientos.

Más aún, se trata de un fenómeno de doble cancelación que es respuesta de impedimento radical frente a esa hecatombe que se ofrece a la normalidad desde la inmediatez impuesta por la captación de ésto que encarna lo psicótico, versión que se da desde el otro, desde lo otro más indomesticado, y de cuanto colocado al frente se repone como si reportara un claro reflejo, una certeza de equivalencia (y, en cuanto tal -haciendo caso omiso de impedimento- demandara automático reconocimiento de complemento).

Más lejos aún de la expropiación de lo matricial, por una ruta -cercana ya al terrorismo- que es todo, menos restringida constatación de predominio de lo ecómico dominante -efecto entonces más que causa- portador en cambio de la certeza de su más primaria linderalidad (de modo simultaneo, fuerza arrolladora e inapelable formalización que arman al tiempo doble negación, pues ni se trata de una fuerza en sí ni de una formalización, pues siendo envolvente no es para nada autónoma ni autodefinida) haciendo gala de esa aplastante y tiránica condición, el capitalismo irrumpe entonces en su más incomparable, contradictoria, y arbitraria contaminación creadora-parasitaria.

Y nadie sabe como el capitalismo se perpetúa quizás apenas cabe asumirlo en cuanto impedimento frente a un posible remontamiento -cada vez más lejano e improbable- como estabilizado, eternizado síntoma que gira sobre sí sin ruta clara ni objetivo distinto a la mera inflamación que le decide su apretencia insaciable, su bulimia ingestora, su aspiración acumulante que carece de límites.

SEIS. Como fuere, en la medida en que desde un retrato imposible -desde espejos impedidos aunque de algún modo presentes a título de pantallas ciegas- el más puro capitalismo se enfrenta -contaminada, compensatoria contraposición de todo ello resultante- a la contundente certeza del delirio alucinatorio por una ruta diversa de la directa contraposición entre modalidades empíricas de lo humano (Schreber de una parte, y el grupo de sus semejante de otra). En realidad, cuanto de esta manera se estaría ilustrando sería la oposición entre impedidos registros de lo humano y modalidades subordinantes y tiránicas que en consecuencia decide la Obra.<sup>505</sup>

El capitalismo, no sólo es la fuerza-forma envolvente e irremontable que ha terminado por asumir la obra de conjunto. Esa fuerza-forma se ha apuntalado así desde que el bucle de dominación hiciera de lo humano Obra misma, desde que la relación inaugural -que diera prelación al productor sobre el producto- se invirtiera tornando en resultado a quien hasta entonces fungiera a título de generador, y dejando un inmenso bache que hace ilusionar con la idea de una directa autogeneración de la Obra (sin opción explicativa alguna, apenas resultante asumible como empírica y arbitraria presencia).

El delirio en cambio comporta un decisivo eslabón adicional: es obra sí pero en tanto desmembrada de la producción de conjunto (Obra propiamente dicha), ajeno de cualquier presupuesto de enlace con la Obra (en cuanto considerada como uniforme encarnación capitalista).<sup>506</sup>

---

conciencia a nivel de sus encarnaciones. Por ello debe reconocerse que no hay nada más ajeno del entrampamiento que arma lo capitalista que el secreto (ni nada más indispensable desde su más radical cancelación forclusiva).

<sup>505</sup> El bucle que arma la Obra para someter lo humano no está menos poblado de secreto, y ello habrá de ser por dos vías. Una de ellas, ésta que apuntala allí el capitalismo y que de algún modo es ya consecuencia de ello. Antes aún, secreto mismo que al ser taponado invierte siempre las prelações (tal cual acontece con lo imaginario frente a lo simbólico -lo figurar frente a lo abstracto-, lo natural ante la avanzada de lo cultural, la producción frente al productor, etc.).

<sup>506</sup> Habría de reconocerse que la Obra admite abordajes diversos según se la piense en referencia con el capitalismo, con la Ciudad (lo escritural), con lo tecnológico-terrorista, con el terror mismo, o apenas con la mera consolidación material de lo civil-urbano. De hecho, no es igual tampoco el enlace entre los productos materiales que permiten reconocer un sustracto empírico allí, que las modalidades intangibles a su vez incluidas por necesidad y que llevan desde lo psíquico



Ruptura con la Obra, el modelo deliro-alucinatorio no demanda la solidaria dependencia del modelo de necesidad que el capitalismo apropiara a partir de la ruptura con la inaugural dependencia natural. Se trata de un estallido de lo más puro estético por fuera de toda urgencia material o económica, de toda coexistente aplicación política.

SIETE. Como fuese, es la obra -en tanto delirio en ejercicio, sin visible sostén capitalista- cuanto desde lo psicótico se enfrenta a obras encarnadas que parten de la certeza de la más definitiva, indispensable versión capitalista (donde, en tanto que tales, los modos de lo humano se reconocen además como indiscutibles retratos de normalidad).

La forclusión se caracteriza porque -mírese como se mire- de modo inevitable se desdobra. Tiene siempre dos fases, pues de manera radical cancela a nivel de cuanto define como interioridad, de una parte, y de otro lado arma espacialidad externa repugnada, imposible de reasimilar (lo cual no comporta que la cancelación desaparezca el afuera que así se crea y que resulta siendo en realidad tanto más constitutivo y definitorio).

De hecho, la forclusión y la doble forclusión retratan del más sintomático de los modos la verdad de la unidad impedida en tanto -independientemente de donde se le ubique- esta última no resulta ser menos constante. Sin duda, es ello cuanto impone la condición de lo forclusivo y de lo doble forclusivo como determinantes a nivel del contrapuesto entronque entre lo normal y lo psicótico.

En el afuera de uno y otro nivel (de lo normal y de lo psicótico) se aloja cada modalidad, a título de indispensable puntal.

La normalidad es el afuera de lo psicótico (y ha de ser por eso que desde la perspectiva de la Obra ello se imponga como capitalismo excluido a partir del antagónico y disímil obraje deliro-alucinante).

A su vez, lo psicótico es -¿cómo, si no?- el afuera de toda ejercida normalidad.

El capitalismo recubre el secreto, pero en la medida en que lo recubre y asfixia, le taponada toda posible expresión. Cabe suponerse por sólo ello que la singularidad debe tener algo que ver allí (al menos el secreto que decide la condición de la singularidad intransferible, dada de entrada y válida en sí).

OCHO. La agrupación humana no es mera sumatoria de individualidades. Si bien coinciden allí -se pueden reunir al menos, a partir de una común formalización- conjuntos que suman modalidades de normalidad, existen dos registros que han de ser diferenciados. La persona aislada reconocería el comportamiento de Schreber como enigma indescifrable y al tiempo -desde la puesta en acto de la instancia de masa que subtiende también en sus registros mentales- de modo compensatorio respondería, suplantando de algún modo el vacío que se crea entre dos humanos, tan semejantes como disímiles, y que no alcanzan a llenar el abismo creado desde entonces, a falta del esperado y recíproco reconocimiento inter-relacional.

En ausencia de respuesta desde el otro normal, el psicótico naufraga en su aislada e incomunicada armazón mental.

Impedido para el inmediato, espontáneo desciframiento, el modelo normal -frente al comportamiento psicótico- no podrá llenar allí más que con compensatoria y contaminante reacción: repletará todo, llenando el bache desde dos modos posibles (o con ambos al tiempo): de una parte, repugnará del

---

(pasando por la generación de lo onírico, de lo delirante, de lo alucinatorio, etc.) hasta los anuncios de inubicables e inculcables trasfondos donde reposan los secretos, donde de hecho subtiende el secreto más envolvente, último y primero.

otro desde la dimensión normalizante y de otra, recurrirá a la suplantación del excluido a partir del refuerzo que impone y permite el ejercicio de la Obra. O sea, dará paso a la sublimatoria labor suplementaria (y habrá de ser por ello que el psicótico sea re-acogido, dado que se buscará -sin remedio- recuperarle desde su destino inadmisibles).

Y es ello posible y para nada contradictorio, desde que dada cualquier respuesta habrá de ser siempre oferta desde el capitalismo -en cuanto alude al imperativo de reposición- mientras que es a partir de lo social como se ejercerá masiva exclusión del modelo en cuestión.

Y en este último sentido, al tiempo se ha de cancelar de modo forclusivo y doble-forclusivo.

Más que buscar recuperar la obra escindida del lado de la Obra (el delirio reasumido desde el lenguaje, como debiera haberlo deseado con más vigor Lacan) se hará imperioso ante todo personalizar el asunto. Por ello -dado que en cambio del reconocimiento de la protesta humana se impondrá la afirmación de lo social- el recurso será manicomial (reclusivo) y se olvidará la verdad del cuadro (clínica consecuente) en tanto se impone el defensivo sometimiento de su portador (empirismo de aplicación).

NUEVE. ¿Cómo se asume este tardío replanteamiento, sin armar necesaria contradicción con cuanto fuera previamente planteado en este escrito?

De hecho, se está intentando ir más lejos buscando explorar, con más finura, señalamientos generales (no se está buscando refutar ni suplantar asuntos, que tornan con ello en cambio aún más válidos).

Que exista al lado de la doble forclusión la forclusión psicótica, no cuestiona que a su vez lo normal participe de esta última (en tanto implica el paso indispensable de la normalidad por el retén de lo psicótico). Es por ello justamente que la forclusión primera (psicótica) se forcluye (doble forclusión).

Ello suma a la clave decisoria de toda normalidad la emergencia suya desde lo psicótico (que -si bien se ve- es declarado y reconocido de antemano así por el propio psicoanálisis).

Que se arroje al psicótico y a la psicosis como reales despojos desde el espacio que ocupa la normalidad, sin reconocer que con ello se altera del modo más tajante la propia condición normalizadora (en tanto repone la cancelación de lo psicótico más inaugural y compartido en la base, por encima de todo recurso de defensa posible o pensable) es a cuanto se impone reconocer como ejercicio de doble forclusión (tan ignorado por la normalidad, como definitorio de su más decisiva realidad).

DIEZ. Ahora bien: si a partir de allí se apuntala la doble forclusión -mientras la forclusión propiamente psicótica se pone afuera- existe un necesario punto de fusión por encima de distinciones claves (normalidad-psicosis, capitalismo/Obra vs. modalidad humana marginada, subordinada a la condición de producto de suplemento, etc.) que en su entronque atan lo forclusivo al secreto indescifrable y arman anestesia desde la forclusión de la forclusión (doble forclusión).

Es esa forclusión primera (psicótica) modalidad basal a cuyo imperativo se ajusta el resto de variedades de lo forclusivo (en la medida de su repudio y franca inversión).

Sin embargo, es como versiones desde modalidades humano-social-urbanas (tanto a nivel de lo personal como de lo grupal) que a pesar de incompletas, periféricas, empíricas, a su vez se apuntalan forclusión y doble-forclusión. Sin esa previa clave de inmediatez contrapuesta, los modelos forclusivos y doble forclusivos no podrían encarnar. Tampoco, incluso, podría darse forclusión del

secreto fundador cuya exclusión, no sólo torna irremontable, si no que es decidida por los propios taponamientos que fundan lo inmediato y lo empírico.

¿Significa ello que el secreto podría ser develado?

Sería ello equivalente a decir que habría de serlo en la medida en que la irremontable capa de recubrimiento que apuntalan lo doble forclusivo y lo forclusivo admitiera ser corrida.

Como fuese, lo cierto es que la forclusión del secreto -vistas así las cosas- no es otra cuestión que la forma más extrema del impedimento, desde donde se decide el despliegue incontenible, interminable, de las resultantes que arman matrices (urbana, social, humana).

ONCE. Otra cosa ha de ser pensar las cosas desde la perspectiva del terror. Lo normal repugna del terror de un modo muy diverso según se trate de la persona misma, del psicótico -que por alguna razón aquella enfrenta-, de la normalidad (entendida como estructura, o bien asumida como armado que se reúne -forclusivamente ya- con lo psicótico) como versión que se apuntala desde la Obra y el capitalismo, como apropiación personal, o grupal, o masiva, en fin, en cada acaso se admiten y se imponen especificidades y divergencias.

El psicótico, la psicosis, el delirio y la alucinación, son versiones forclusivas que si bien se apuntalan al terror y se deciden desde allí lo hacen a cada paso de forma siempre diversificada.<sup>507</sup>

El terror está a un paso del secreto -que es la irrupción más desbordante y envolvente pensable- y que por ello hasta se puede dar como escueta amenaza (o sea, como referencia frente a un acontecimiento no dado, mera constancia sin soporte, contenido vacío que se repleta compensatoriamente con lo apenas pendiente), su condición es con tanta mayor frecuencia puramente cualitativa y negadora, habitualmente se camufla y se ofrece como versión inversa, como máscara encubridora (a título de asfixia, de agonía, de anestesia, de obstrucción y bloqueo, etc.), siempre en la desmesura y como sintomática oferta, que no por ello se podría decir que coincida sin más con el puro silencio, con la perplejidad o con el extrañamiento, ni con la imposibilidad absoluta de irrupción, pues de un modo u otro es ya emergencia de lo más impedido (menos aún, coincide con la escueta pulsión de muerte, ni con asunto semejante).

DOCE. Cuanto Lacan interpreta como forclusión del Nombre del Padre para dar cuenta de la verdad más decisiva que funda a las psicosis hace caso omiso de todos estos señalamientos previos, antes bien da la vuelta al modelo y pretende retratar desde modalidades de normalidad -estatuídas ya, portadoras de un poder que las hace dominantes y recluyentes- la verdad de lo psicótico que no puede ser más que suplemento deformado, malformación siempre derivada. Por todo ello, en esa versión se ofrece, no sólo un irremontable impedimento ya, también la inevitable demarcación que desde lo normal invade cualquier posible aspiración descifradora (por rigurosa que ésta pretenda ser). Tampoco es que el secreto indescifrable interese a la masa capitalista apiñada en humano rebaño doble-forclusivo, decidida desde la anestesiante asunción de modalidades de periferia. Es, de hecho,

---

<sup>507</sup> Si delirio y alucinación son obras ¿cómo se distinguen a ese específico nivel?

Existe una primera clave que podría responder allí. Se trata de la diferencia entre producto, obra concreta, y proceso. Si algo incluye el delirio es la condición de obligatorio encadenamiento que en la alucinación no pareciera resultar siendo determinante (sólo cuando se juntan las alucinaciones en armados compuestos -proceso alucinatorio- logran cumplir también con esta condición, y pasan a reforzarse con registros ideacionales incluidos a partir del delirio).

Otra cuestión aún más determinante es la condición de acontecimiento puro que imprime la contundente presencia de la alucinación. Si el eslabonamiento, el entretejido, hace de lo alucinatorio proceso ha de ser porque subtiende un elemento adicional indispensable (un personaje que asume esa labor, por ejemplo). De igual modo -por supuesto- se imponen asunciones de ese orden cuando se hace directa referencia al delirio.

renuncia al mencionado secreto (asi fuere apenas en tanto sospechado) cuanto decide el despliegue de lo capitalista.<sup>508</sup>

Sin embargo, obligado el capitalismo a enfrentarse a la puesta en acto del obraje psicótico es como si se saliera por los poros de sus humanas modalidades.

Lo psicótico no es el retrato formal que recogiera de algún modo -por encubierto que fuese- la fotografía impedida e inversa del capitalismo, de hecho -abstraida su desmesura en una copia sin modelo visible, como un mero denominador común de desborde, de arbitrariedad e indetenible emergencia- repone su más precisa demencia.

TRECE. Lo cierto es que esa operación de simultánea presencialidad contrapuesta, a nivel de inocultables emergencias en las resultantes, acontece desde un desbordante desacomodo que lo normal impone allí, en tanto obligado a saltar desde su asunción habitual de verdad y de evidencia - que en tanto reunidas de hecho no creyeron urgir de demostración alguna- hasta el reconocimiento de imperioso, desestructurante riesgo de la obigatoria asunción de esa condición que impone a la normalidad no ser en el fondo otra cosa distinta que delirio masivo e inocultable, fusionada demencia colectiva (¿habría de decirse -una vez más- que ésto de hecho no aparece, dado que se impone allí doble forclusión?)

Desde entonces, en cambio de una respuesta de cancelación, el capitalismo pareciera acomodarse, ablandarse, simulando obligarse a aceptar cualquier reto, como si buscara por su propia cuenta y de modo excepcional, salir indemne en tanto la reasumida fuerza irreductible que en el fondo es, y en cuanto renovado desde una confrontación donde de antemano se sabe -sin discusión alguna- vencedor, como el dios de Schreber, el capitalismo se limita a dejarse rodar desde la atrofia, desde la auto-adicción encarnada, que a título de irremontable hábito, se repone de modo inapelable.<sup>509</sup>

Por supuesto, esta certeza no podría darse desde el capitalismo mismo. Es algo que sin duda se apuntala más acá del capitalismo en cuanto tal, desde sus propias encarnaciones, a partir de sumisas, solidarias y complacientes modalidades suyas. Sólo allí el capitalismo es capaz de pelear, de enfrentar, de hacerse lúcido, y de no ser mero poder irrefrenable y ciego (sin Polifemo alguno de necesario complemento metafórico).

Todos sus modos arman en cambio, un injuntable Polifemo cuyas partes dispersas reponen su figura perdida sin remedio en un espejo roto, inservible, olvidado.

CATORCE. Es cuando se impone la clave ideacional enajenante que desde lo doble-forclusivo arma duplicación anestesiante, al tiempo que taponada toda directa, posible, emergencia representacional.

Ahora bien: tampoco se trata entonces sin más de la escueta, grupal, o personal respuesta de equivalencia paranoico-ideacional.

Y así parezca acercarse todo en sugerente amalgama desde instancias de masa que se asumen fusionadas en un silencio cómplice, a partir de una resignación irremontable, a título de envolvente y colectiva adaptación incluso, la verdad misma del rostro inconfundible del capital (que así se supusiera estando frente al repuesto retrato que diera razón de ser al enajenado y común destino apuntalado en tan inconfundible impronta, en la imborrable marca del capitalismo) arma intangible,

---

<sup>508</sup> Y ha de ser esa la razón por la cual -debiendo ser para la versión ético-moral insostenible- el armado capitalista, sin reconocimiento alguno de contradicción, se asume como dado, como evidente punto de partida, como inapelable principio de realidad desde donde cualquier posible versión admite armarse.

<sup>509</sup> ¿Debería explicitarse que entre la fuerza y la formalización existe abismal secreto, tanto más fundante y primordial?

envolvente presencia. En tanto tal, el capitalismo porta una invasora, inseparable marca contaminante sobre la atmósfera de lo urbano.

Pues bien: generado por las urgencias del colectivo -y allí entonces a título de inexpresable, acallado delirio, que se repugna en otro real, indiscutible, intraducible y radicalmente ajeno- se repone mutado el masivo e inextricable vínculo entre el capitalismo y sus encarnaciones en la explosiva irrupción del delirio psicótico. Desde entonces, Schreber ha de ser chivo espiatorio inapelable en tanto aporta la psicosis (así con esto apenas encuentre el asunto un detonante, no la verdad última y primera de que le funda y constituye, que le perpetúa y explica).

QUINCE. Lo cierto es que la certeza común de las formas humanas (recogida como evidencia normalizante) repugna de las urgencias defensivas que deciden las claves forclusivas y doble forclusivas, tanto como excluye -ya que a nivel empírico al menos, no puede cancelar al psicótico sin más (aunque -sin discutirlo- lo reponga repugnándolo, a título de inevitable referencia definitoria). En efecto, desde que la forclusión psicótica resulta ser paso obligado en la instalación de lo normal en lo doble forclusivo) lo forclusivo como tal nunca se resuelve por ello, el secreto que lo funda -al tiempo que le re-aloja siempre allí- no se deja ubicar en ninguna modalidad que pretendiese reducirlo, recubrirlo.

Habrà de ser a su vez por ello, que en insuperable antagonismo, se decidan con toda contundencia las verdades más constitutivas que consolidan por un lado y por otro la envolvencia de lo máquico. Como de hecho sucede al enfrentarse a la más inesperada alucinación cuya verdad refuta cualquier indiscutible y empírica realidad hasta los cimientos, colocando del lado de la ficción más indefensible e insostenible cuanto a partir de entonces -por alguna vía de enlace imprevisible, pero sin duda real e indiscutible- se resulta siendo, ha de ser la puesta en acto de lo máquico cuanto, desde entonces, no permita reconocer esta condición (que en realidad se debiera imponer a lo humano en cuanto tal desde que torna Obra y pierde sus directos soportes matriciales).

DIECISEIS. De otro lado, la tanto más anestesiada perplejidad, que desde un doble bucle de hipercancelación torna coincidente con la indiferencia, con la sensación de “nada pasa”, de “no me toca”, de “no me incluye”, que flota siempre sobre la periferia, y de la cual se cuelgan a cada paso las más diversas modalidades de lo máquico -típica actitud frente a la emergencia terrorista, por ejemplo- resulta siendo por ello característica en las respuestas que da lo normal para saber de sí y de su entorno.

Sobre todo, en cuanto para ello se enfrenta lo normal a lo excluído y tanto más en cuanto desde el máximo repudio el afuera que a cada paso le consolida más, que le retrata en la medida en que resulta indispensable, que así ella se complete (un poco a la manera de la respuesta mezclada y radical de un lisiado, quien al tiempo que sigue sintiendo como inevitablemente presente el miembro perdido de modo irremediable, por sorpresa de pronto se enfrentara a la inesperada aunque invisible presencia del despojo castrado)<sup>510</sup> la normalidad -que contradice al capitalismo desde que la confrontación psicótica devolviera un retrato inesperado, indescifrable, inasimilable- ha dejado de ser a su vez cuanto desde siempre fuera.

Tampoco entonces las psicosis son meras psicosis (a la manera al menos como las conciben las diversas clínicas psicológicas integradas).

---

<sup>510</sup> Suerte de alucinación negativa apuntalada como asumida sensación desde el registro de lo táctil.

Como obras que lo singular pone en el espacio de la exterioridad de la Obra (que deja de ser desde entonces la obra humana en su conjunto, al menos si se la busca hacer coincidir con la armazón capitalista) los armados psicóticos delatan la condición humana en su más definitiva escisión y desde los más dramáticos e irreductibles extremos. Allí -es evidente- el capitalismo no sólo no consigue cubrir lo humano, de hecho tampoco logra realizar otro tanto con la producción toda que consolida Obra.<sup>511</sup>

Ahora bien: cuando ha sido dicho hasta aquí sólo es concebible desde lo normal estetizado, desde lo psicótico neutralizado. Apenas desde una perspectiva de ese orden pareciera posible reasumir la condición misma de lo mórbido.

### (A guisa de conclusión)

#### **En el afuera del final: el capitalismo**

UNO. ¿Qué es entonces a cuanto aquí se viene apelando el capitalismo dado que puede surgir sin más, en un nivel donde nunca al parecer en realidad estuvo?

Para la óptica clínico-estética y dados decisivos análisis y previas demarcaciones, es claro ya que el capitalismo es una matriz de emergencia tardía, consolidada a partir del momento en que la Obra hace de lo humano obra misma, fuente de producción inagotable y definitiva, sin rostro posible (como lo humano en sí, a lo cual -a su modo, en tanto expropiación desde la Obra- suplanta).

O sea que en perspectiva clínico-estética se da capitalismo<sup>512</sup> en el preciso punto donde se truecan las prelación y el productor termina por ocupar el lugar del producto. Con todo ello, lo humano en cuanto tal queda afuera de algún modo (aunque también de la manera más decisiva y contundente). Y ha de ser a partir de ese afuera -en su acepción más fuerte- que resulta convalidada la específica indagación clínico-estética sobre psicosis.

En efecto -dado lo humano impedido- cuando de las psicosis se trata ha de ser ese el lugar de exclusión el que arma escenificaciones invisibles, recursos que se consolidan incluyendo esa suerte de modalidades alucinatorio-negativas, desde las cuales puede consolidarse ficción y resultar siendo dominante principio de realidad ella misma. Incluso, a título de demandas desde el interior de lo

---

<sup>511</sup> Se quiere decir que la Obra al incluir producción desmembrada desde lo singular no se deja envolver por el destino formalizante capitalista, es allí donde lo mental lo desborda a partir de emergencias indomesticables, irreductibles, como de hecho resultan ser las psicosis (así por ello, lo capitalista no pueda renunciar al vínculo engorroso y repudiado que sin embargo le enlaza a lo mórbido y le contrapone a lo normal, empecinado en subsumirlo).

<sup>512</sup> Siempre resulta arriesgado el empleo de conceptos tan abarcantes que parecen no dejar opción alguna de salida por fuera de su involucencia. Sin embargo, a la luz de esta modalidad de abordaje clínico-estético el uso de ellos obliga siempre a reconocer, al lado del concepto, una exterioridad excluida (igual o tanto más definitiva).

Es por ello, que a pesar de su supuesta cobertura -dígase el capitalismo o lo máquico- no suplen las dimensiones que cubren la singularidad y de lo singular (tampoco su falta resultaría suficiente para dejar por fuera irrupciones del orden de las psicosis, la presencia de delirios y alucinaciones por ende). Es claro sí que a otros niveles (dígase interpretativos y/o más ampliamente teóricos) semejantes emergencias no volverán ya a ser cuanto fueran cuando se les pensaba como ajenas de tales inclusiones nocionales.

humano, y en cuanto modalidades del colectivo -tanto como agrupaciones o variantes de masa- surgen opciones de supuestas y utópicas apropiaciones de lo imposible (vía de completamiento para cuanto -desgarrado en la base, escindido por definición- busca el alivio que concede la unidad posible frente a la más impedida auto-captura, a la negada, autónoma apropiación de sí).

Lo humano entonces -en cuanto reducido a mera obra- replica desde su lugar de secuestrado, de marginado, de sometido, con estallidos que se sostienen y soportan, que de hecho coinciden con las eclosiones de lo singular<sup>513</sup> pues en registros extremos de exclusión ensamblan ambos (lo singular y lo humano) a partir de esa clave común que precisamente los oferta a título de radical coerción.<sup>514</sup>

DOS. Si al individuo -en cambio de su específica imagen especular- el espejo le devolviese la vasta graficación que repusiera de manera directa lo humano, sabría tan poco a propósito de sí mismo como de hecho le acontece en relación con este general asunto taponado, de lo cual -salvo escasas excepciones- resulta siendo ciega modalidad.

No es otra la razón por la cual los modos de lo humano no arman redondo ensamble de conjunto ni propician mínima coincidencia con lo humano en sí (más bien a ese nivel todo parece descentrado, desajustado sin remedio).

Es a partir de exterioridades decisivas como con mayor frecuencia se consiguen relativas confluencias, contándose con indispensables ideologías y sumando indefensables creencias. Colectivizado de ese modo lo humano, pareciera por ello más factible la opción de una unidad reconocible (con toda inocencia asumida como inmediata e indiscutible).<sup>515</sup>

Ha de ser por ésto que sin soporte máquico, resulte insostenible la recuperación de lo humano (ya no sólo desmembrado e injuntable, de hecho perdido sin remedio de su lugar fundante).

A su vez, habrá de ser también por la ruta de esa verdad de impedimento que no sólo se dé paso a la opción de despliegue de las más generales y diversas modalidades de emergencia tecnológico-terrorista.

También es por esa causa que la psicología y las clínicas psicológicas -para no hablar del resto de disciplinas que versan sobre lo humano- se suman allí (en cambio de atacar las cuestiones últimas que por encima de todo hicieron de lo humano eso que por definición se desconoce siempre, que nunca termina por caber de modo pleno en su noción).

---

<sup>513</sup> Así lo expropian a cada paso lo humano sigue presente como tal. Si -a pesar de cualquier domesticamiento o sometimiento, del más radical marginamiento, del demérito que genera su versión por fuera de las urgencias del capitalismo- se lo quisiese ver piénsese apenas en la singularidad que desde el cuerpo se sigue manteniendo inalterada. Es, en su versión reinterpretativa, en su reinclusión a nivel de las aspiraciones autoreproductivas del capitalismo, que la singularidad más inmediata y material se confunde o minimiza, se asimila o se margina.

<sup>514</sup> Dando vuelta a la torta -cambiando simplemente las implicaciones, re-asignando al capitalismo toda responsabilidad allí- ¿no connotaría esta manera de entender las cosas la conmutación de toda culpa frente a las expresiones más transgresoras de las cuales es capaz lo humano, a partir de sus más específicas modalidades? ¿Desde dónde irrumpiría lo ético-moral, entonces? ¿Cómo enfrentarse al manejo de tantas ingobernables expresiones?

Pues bien -así con ese señalamiento no se pretenda resolver las cosas ni dar espontánea respuesta frente a asuntos tan graves y hondos-: la presencia incontrolable del terrorismo delata ya que todo ello no está distante de la realidad de las cosas. El tema de lo aplicativo -y esto no lo es menos- no por nada nunca ha sido asumido por la oferta clínico-estética como opción posible. Y no porque no resulte indispensable, es porque -con su ejercicio inconsecuente- se creó un inmenso abismo, que mientras no se cope, torna inviable cualquier empeño que aspire a una real modificación.

<sup>515</sup> Es cuando a lo humano se le apela el Hombre y se arma desde entonces allí mera creencia, paradigma ético, aspiración utópica -que borrada cualquier sintomatología refutante- el concepto (suplantando lo empírico) se adelanta a dar por realizada.

Y ello, al menos por dos vías posibles: o bien, porque a esas obstructivas y sin embargo decisivas realidades se les ignoró de plano, cancelándolas sin más como asuntos de posible incumbencia (quizá sin sospechar a propósito de su existencia, o de la posibilidad de readecuar los métodos para conseguir acceder a su indispensable inclusión), o en cambio porque estando tales realidades siempre allí, innegablemente presentes, no se les supo ver a la luz de la perspectiva obligatoria que la condición definitoria de lo máquico decide e impone

TRES. Pues bien: si de algo intenta despojarse Schreber es de los restos de suplemento que la Obra impone, condicionando y domesticando sin apelación los modos de lo humano.<sup>516</sup> Repugnando de su lugar social de persona, Schreber se marcha de allí desde el desborde imperioso de su delirio y con la certeza de la definitoria imposibilidad de cualquier retorno.<sup>517</sup> Si en algo es radical Schreber (desconectado a su vez -irreversible, progresivamente- desde la autonomización de su delirio) es en este punto donde se hace irrestricto parásito de los otros y pasa a depender de modo absoluto de sus designios y determinaciones.<sup>518</sup> Por ende, si algo suple el delirio es esta perforación que muestra desde Schreber la verdad más oculta que es el sometimiento de todas las modalidades posibles y pensables de lo humano en referencia con la dominación capitalista de la Obra.

Es por esto que el terror torna irremontable y decisivo, aún a niveles donde parece ajeno, remoto o secundario.<sup>519</sup> Pues la verdad es que lo capitalista asumido coincide con la singularidad renunciada y es por ello a su vez que el estallido de lo singular -repuesto por lo psicótico casi de manera paradigmática- retrata el puro envés del reflejo impedido de todo capitalismo asumido de bulto.

Si algo niega lo capitalista es la opción realizadora de la singularidad desde que ésta no pase por sus controles. Las explosiones e implosiones que arma lo singular, por tanto, no pueden ser más que las irrupciones que tal tiranía comporta: afueras del capitalismo entonces que lo deciden más allá de su propia definición.

Sin olvidarse de que si algo se retrata en todo ello es la dependencia parasitaria que porta el capitalismo en cuanto hace referencia al conjunto de las humanas singularidades (sin cuyo alimento - a la manera del dios de Schreber- sucumbiría sin remedio). Debiera ser ésta la razón por la cual no todo estalla desde la especificidad de tal lugar contaminante y pareciera tratarse con mayor

---

<sup>516</sup> Aunque con mayor frecuencia se ha aludido siempre a modos de lo urbano, las matrices -fueren las que fuesen- generan modos suyos de manera inevitable, indispensable. Nada excluye tampoco que así como se habla ahora de modos de lo humano se pudiera asumir otro tanto al nombrar las modalidades que se generan desde las marcas de lo social, o del mismo capitalismo. Y es contra esta dependencia formal que -por encima de toda aspiración reguladora, domesticante o valorativa- la fuerza más primaria así recuperada se insubordina desde lo singular.

<sup>517</sup> Esta condición de obra desmembrada, autonomizada del soporte que supuestamente le encarna, impone a Schreber la urgencia fallida de auto-recuperación suya a través del desborde mental (el cual, también a la manera de un miembro perdido, sólo que en tanto pieza intangible desde lo psíquico, se le escapa a título de delirio). Que se trate de lo imposible de lograr no significa que no esté a cada paso presente.

<sup>518</sup> Se diría que el impulso a escribir, que la génesis misma de las "Mermorias", contradicen ya este supuesto. Y es cierto. Aunque se debe reconocer también que no ha de ser igual la significación ni las implicaciones que ese obrar tiene a nivel del delirio para la psiquiatría o para Schreber mismo. Incluso -después de escrito, el texto que fuere- la escritura como tal empieza sola a decidir de un modo que inicialmente resultaba imprevisible.

Cómo fuese, sin el aporte de los personajes no se sabe cómo intentar entender esta tipo de resultantes.

<sup>519</sup> Aunque el terror pareciera a nivel personal evidentemente decidido por la proximidad de la muerte (riesgo, agonía, indefensión, vejez incluso) su condición más cierta se enlaza con los impedimentos representacionales que allí y siempre acompañan las claves que dan paso a su emergencia, también por ende en resultantes que no son apenas armazones mentales individuales y tanto más aún en dimensiones que trascienden los precisos registros de lo humano (terror animal).



frecuencia de compensados, estabilizados e indiferenciados acumulados, recogidos desde las resultantes de conjunto.

CUATRO. Como fuese, es esa la clave más vigorosa que guía la ruta del schreberiano desborde: irrealizable urgencia que aspira a recuperar la condición de lo humano en tanto tal (comenzando por el empeño de humanizar a un dios en demasía llevado-de-su-parecer y débil en el fondo, como un real “tigre de papel”).

Resulta evidente que la cancelación que se antepone a la directa y global materialización del capitalismo<sup>520</sup> difícilmente podría coincidir -aún en el caso imposible de que se diera-, ser sin más reposición literal del rostro indiscutible del capitalismo (el cual de hecho, siendo envoltura formalizadora, carece de él).

Pero es cuanto se espera conseguir taponar desde la imposición doble-forclusiva.

Se trataría en el mejor de los casos de la urgida máscara -la más cercana posible- que esconde un rostro impedido de vampiro intangible (el cual sorbe intangible sangre humana para hacerse legible). Y es a su vez por ello que la resultante de conjunto -como la cebolla de Peer Gynt- en su fondo repondrá la ficción de una nada, de una nada espantosa puesto que aterra más que cualquier graficación posible. Punto donde lo escritural y el terror se repudian, dando evidencia de impedimento para la coincidencia entre la doble exploración (retro y prospectiva) a la cual se hiciera referencia páginas atrás.

Versión esta -tiránica, de algún modo monstruosa-, acaso no tanto por el capitalismo en sí, sobre todo por su condición castrante de lo humano, de eso humano-en-sí que no se resigna a reconocerse a cada paso desmebrado por sus propias invenciones y desde los más inobjetable recursos con los cuales el orgullo de la Obra debiera en realidad complementar. Y hade ser a partir de allí, que si bien no se hace inevitable la urgencia de literales espejos -ausencia de aparato entre lo humano y lo máquico, se diría- para completarse en el habitual auto-reconocimiento, se resiente más la inapelable ausencia de una imagen de complemento.<sup>521</sup>

---

<sup>520</sup> Si no se desgranara en mil fragmentos, en infinidad de modalidades ¿cómo llamar a esa unidad emergente, a la directa puesta en materia de la pura forma envolvente, a esa suerte de alucinación material, presencia deslumbrante e inconcebible, donde la inmediatez de lo más particular se desdibuja y desvirtúa?

Como fuese, es ese el más irremontable impedimento de lo estético-figural que el capitalismo aprovecha para armar su poderío parasitante y viral, es ese el espejo impedido a partir de donde se delata el bloqueo que clama por la emergencia de lo alucinatorio y que -de un modo u otro- lo justifica.

También ha de ser así para lo humano -como un Drácula, impedido para reflejarse y para hallar con ello el inicio de una posible demarcación- o para la Obra, imposibilitada a su vez para detenerse -por ello desmembrada, portadora de polifémica fuerza ingobernable e imprevisible-. Dobles globalmente impedidos, si es que se quiere recordar las nociones que lo clínico-estético oferta para cubrir franjas decisivas de lo mórbido.

Puntos de impedimento que reponen, todos a su manera, el naufragio de lo estético, sólo que apenas a nivel de lo figural y sin embargo urgido -por ello y desde entonces- de un indispensable soporte clínico (registro que es bien sabido torna inapaleble a partir de la consolidación de la falla).

Nada impone desconocer que en el paso del lado de lo abstracto -donde lo figural de hecho se detiene- no se dé en realidad una ampliación de consecuencias inocultables (y no la mera constatación de un impedimento). Y es que entonces se trata de no ver el secreto que funda el salto. Es por esa razón -una vez más- que se forcluye por doble vía y que torna imperioso optar por una ruta que se ajuste al imperativo que comporta la obediencia al despliegue de lo mórbido (a cambio de ampliar la franja y develar los trasfondo que el secreto oculta y esconderá siempre con vigoroso celo).

<sup>521</sup> ¿Acaso no devuelve el espejo a cada paso su retrato a quien allí se mire? Al tiempo con ello, en esa supuesta certeza redonda e inmediata, ese reflejo esconde el abismo de lo incapturable. En ese engañoso agujero negro -perforación que

En cambio de esa apropiación armonizante la Obra no sólo enajena a lo humano de modo progresivo, en tanto se desborda por rutas imprevistas e incontrolables repone de hecho repliegues que retratan una locura inocultable cuyos efectos no debieran ser distintos al terror.

Pero no es esta constancia del terror igual para el psicótico que para el normal, ni para el individuo en tanto tal, ni para el grupo, o el colectivo humano todo. Es más: si el terror se silencia habrá de ser porque la Obra atónoma arma anestesia allí, mientras sigue sorbiendo espirituales jugos humanos (buscando sostenida re-encarnación desde su vampírico parasitismo).

CINCO. Si no es esta oferta del capitalismo el más próximo retrato del dios schreberiano, que diga quien así lo sepa, qué mejor opción es factible entonces. Incluso, el demonio que falta a esa religión individualizada, no ha de ser otra cosa que el retrato imposible de esa hiper-pesencia del capitalismo -imprevisto, casi detenido, o bastante difuso, si se quiere- desde la versión que impone su borradura a partir del juego de escenificación manicomial-psicótica (modalidades todas sin embargo de lo reclusivo en ejercicio, razón de ser de esta curiosa ausencia del infierno en el delirio schreberiano). Sólo que estando de continuo silenciada la verdadera e inmediata condición del capitalismo, impedida la posibilidad de la emergencia de su rostro real, su aparición ha de coincidir primero con el todo-afuera-de-la-más-plana-periferia.

A título de vínculo, explicitado a cada paso y desde todas las opciones posibles de humana interrelación, que no se ve y que nadie de buenas a primeras aceptaría localizado allí aunque sin duda lo decida todo, el capitalismo -de hallar la opción de desdoblamiento para su autoreconocimiento- se repondría como la figura mostruosa que en realidad es: pura fuerza carente de forma, que sólo en las modalidades de su encarnación múltiple encuentra relativa compensación.<sup>522</sup>

En el más acá de las inagotables máscaras que lo reponen a nivel de periferia, la directa materialización del capitalismo debiera aterrar tanto como el terror mismo.

Y así -para las urgencias de lo escritural- sea en última instancia incapturable la condición envolvente y definitoria del capitalismo, entre otros asuntos torna imperante y se delata la urgencia de inversión de un modelo donde se ha venido camuflando la patología de lo mental.

Morbilidad, presente al interior de tajantes exclusiones, consolidada y expresada por las actuales armazones que lo social impone.

---

sólo vé el psicótico- sólo es posible doble forclusión anestesiante, dicha narcisística y recluyente, enajenación inapelable, paradojas sin fin de las cuales a su vez lo normal urge, y a las cuales recoge sin censura ni distancia (o casi).

Como fuese, una edificación montada desde el artificioso punto de partida especular hace dudar a cada momento de su estabilidad y de su solidez, y tendrá que ser -por todo ello- que lo máquico, que la repleta y refuerza de mil modos y sin detención, sea la consolidación de una verdad de a puño cuya consecuencia inapelable permite entrever por qué, al tiempo que se hace posible la coincidencia feliz con la imagen más particular se pierda en esa franja la opción de estarse viendo en realidad, sumando a eso la posibilidad (de no darse tanto silencio, tanta negación) de encontrar mucho más entonces: si hasta la muerte cabe allí no habrá de ser por nada diferente (también debiera reconocerse que al lado de la muerte se anexa la conciencia como derivado, inabandonable soporte).

El espejo empírico -al tiempo que inaugura la experiencia psíquica que incorpora lo máquico- arma un nudo insoluble, inextricable, desde que no retrata más que lo figural. Dado que lo abstracto subtiende allí impedido y que lo humano a su vez no lograr reponerse sobre esa superficie de manera visible, el retrato que el espejo devuelve es ya constancia inapelable de ficción e insuficiencia definitoria. Deja por fuera ya a cuanto ha sido reconocido como lo simbólico (tanto más aún: hace de lo asumido desde el lenguaje como real, sintomático y arbitrario enlace abstracto-figural donde se oculta -forcluída y doblemente forcluída- la clave del secreto).

El resto de impedimentos, si bien se los vé, se derivan de allí (al menos cuando de la dimensión de lo psíquico se trata).

<sup>522</sup> Ha de ser esa la vía, a su vez, por la cual el humano terror se retrata siempre que lo natural -de un modo u otro- expresa fuerza intangible e informe.

Sin embargo, esa tarea de retrotracción -que se impone a la recuperación de un lugar pertinente para lo clínico- sobrepasa las demarcaciones de este texto, impone un rastreo diverso desde una escritura de otro orden. Lo cual no obsta para resaltar que de continuo esos registros decidieron las ubicaciones que el asunto-Schreber impuso aquí desde que se asumiera su abordaje a partir de una perspectiva de análisis clínico-estético (y a pesar de estar siempre restringido por el contraste obligado que le impuso y demandó la contrastante presencia de lo clínico tradicional).

SEIS. Sirva apenas decir que si el capitalismo es la pieza pendiente que resta después del arduo recorrido que se emprendiera aquí, no podrá pensarse este registro apenas como suma del entrecruzamientos de las mercancías con los productores, o como despliegue del dinero, ni como mera reproducción social, económica y política, de un específico modelo. Versión además que aglutina y responde por el despliegue de la Obra, en su dimensión más tangible y material, ha de ser -desde sus mayores impedimentos para dar cuenta de la producción de lo intangible- desde donde podrá ofrecer un acercamiento más pertinente y completo (dado que se busca incluir cuanto subtiende bajo sus sobredeterminaciones).

Una exploración clinico-estética del capitalismo, si bien no podría aspirar a ser su literal reposición económico-política, podría intentar la tarea imposible de rastrear su retrato pendiente pues nada excluye que se le indague donde nunca se le quiso ver, en los puntos donde de mil maneras torna decisivo, definitorio, desde donde demanda re-encarnar y ser reconocido a partir de allí como decisiva dimensión al interior del armado psíquico.

Más allá de ese primer empeño del marxismo, el cual buscara en su momento armar interdisciplinaria socio-económica, desde una insuficiente y sospechosa oferta de utópica aplicación política (ajeno todo ello sin embargo -si no de un abordaje de orden transdisciplinar- al menos sí, sin suficiente distancia -en general, meramente opositora- frente a la aspiración de recubrimiento disciplinar que la economía clásica desplegara siempre), más allá de todo ello entonces, se debiera reintentar rastrear determinantes asuntos señalados ya allá, aunque siéndolo en buena parte en cuanto derivaciones, como consecuencias, y sobre todo, sin ser de manera suficiente previsivos en relación con asuntos más amplios y no por ello menos decisivos.<sup>523</sup>

SIETE. Un buen punto de resurgimiento reflexivo -¿por qué no?- podría ser a su vez recomenzar incluso más acá de estas localizaciones de segundo orden, a partir de donde Marx dejó cosas pendientes: el tema de las ideologías y del fetichismo, por ejemplo, en tanto se juegan a mitad de camino entre lo teórico marginal y las urgencias aplicativas, entre la renuncia al directo análisis de lo económico y las derivaciones políticas -no siempre literales por supuesto- en fin, allí donde una franja de separación discrimina cada territorialidad temática, donde se apuntalan pequeños y decisivos secretos, donde se delata la opción de ampliación posible de franjas, de fronteras (en tanto tales factibles de desciframientos y de nuevos despliegues).

Indagar a su vez por la decisiva importancia de la forma-dinero y de la forma-mercancía, en cuanto posibles opciones del despojo -un poco a la manera de ignoradas, de olvidadas modalidades del “pequeño a” lacaniano- y desde allí asumir la oferta de una nueva psicología -que ya se ha venido apuntalando a partir del reconocimiento de la involucencia y prelación de lo máquico-, recuperar la reflexión a propósito del despliegue vincular e inter-relacional de los humanos (mediado por la prelación de la versión capitalista de la Obra).

---

<sup>523</sup> Cf. Otero, J. “La psicología en Marx”. En Revista Ciencias Humanas. Vo.5 #2. U.S.B., 2002. Cali.

Abordajes estos que en cuanto ensamblen con las versiones que de su parte develan lo viral y lo doble-virtual -sumados a sus contaminadas y plurales combinatorias- podrían ampliar tales desciframientos iniciales y hallar sorpresas que acerquen al secreto inapelable e irreductible (el cual jalona de modo inagotable e inevitable en pos de su -imposible, urgente- real captura).  
Sea.

## **Bibliografía básica**

- Aristóteles. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1969.
- Aulaugnier, P, y otros. "El deseo y la perversión". Sudamericana, Ed. Buenos Aires, 1986.
- Bataille, G. "El erotismo". Tusquets, ed. Barcelona, 1997.
- Baumeyer, F. y otros. "El caso Schreber" en "Los casos de Freud. #2". Nueva Visión, Ed. Buenos Aires, 1972.
- Calasso. R. "Poética de los dioses". (Internet).  
"La literatura de los dioses. Anagrama, Ed. Barcelona, 2002.
- Canetti, E. "Masa y poder". Alianza, Ed. Madrid, 1987.
- Cervantes, M. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1967.
- Deleuze, G. y Guatari, F. "Mil mesetas". Pre-textos. Valencia, 2000.
- Dostoyevski, F. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, S. A., Ed. Madrid, 1968.
- Eurípides. "Las bacantes" Colección Austral. Espasa-Calpe, S. A., Ed. Madrid, 1966.
- Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires 1978.
- Gody. C. "La paranoia en la enseñanza de Jacques Lacan. Cid, Ed. Bogotá, 2004.
- Ibsen, E. "Peer Gynt (y otras obras)". Porrúa, Ed. México, 1978.
- Kafka, F. OBRAS COMPLETAS. Planeta, Ed. Barcelona, 1972.
- Kant, E. "Lo bello y lo sublime. La paz perpetua" Espasa-Calpe, Ed. Madrid. 1982.  
"Crítica de la razón pura". Losada, Ed. Buenos Aires, 1960.
- Kirk, G. S. y Raven, J. E. "Los filósofos presocráticos". Gredos, Ed. Madrid, 1969.
- Lacan, J. "Escritos". Siglo XXI, Ed. México, 1975.  
"Las psicosis". Libro 3, de los años 1955-1956. Texto establecido por J. A. Millar. (Sin más datas).  
"Aún". Seminario 20. Paidós, Ed. Barcelona, 1981.  
"Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión". Texto fotocopiado (sin datas).  
"Mi enseñanza". Paidós, Ed. Buenos Aires, 2008.  
"El sinthome". Seminario #23. Paidós, Ed. Buenos Aires, 2006.
- Laurent, E. "Estabilizaciones en psicosis". Ed. Manantial. Buenos Aires, 1989.
- Maleval, J-C. "La forclusión del Nombre del Padre". Paidós, Ed. Buenos Aires, 2002.

- Marx, C. "El capital". Ed. F.C. E. México, 1966.
- Murakami, H. "Sputnik, mi amor". Tusquets, Ed. Barcelona, 2005.
- Niederland, W. O. "El mundo "milagroso" de la infancia de Schreber". (En "Los libros de Sigmund Freud" # 2). Nueva Visión, Ed. Buenos Aires, 1972).
- "Nuevos datos y hechos importantes del caso Schreber" (En "Los casos de S, Freud #2". Nueva Visión, Ed. Buenos Aires, 1997.
- Nietzsche, F. "Así hablaba Zaratustra". Ediciones Ibéricas. Madrid, 1964.
- Otero, J. "El gato negro: análisis de un símbolo". Cuadernos Colombianos. Revista #1. Oveja Negra, Ed. Bogotá, 1974.
- "Plutón: análisis de un nombre". Cuadernos Colombianos. Revista # 5. Oveja Negra, Bogotá, 1975.
- "Anotaciones a propósito de "El Tratado del Alma" de Aristóteles". Revista de Investigaciones Psicológicas #2-3. Universidad de Antioquia, Medellín, 1977.
- "La psicología en Marx". Revista Ciencias Humanas 5-#2. U.S.B. Cali, 2002.
- "Prolegómenos al tema de lo psicopatológico desde la perspectiva de la Clínica de lo Social". Ciencias Humanas. U. S. B. Revista 6 #1. Cali, Enero- Junio de 2003.
- "La mujer, lo femenino y lo bello" Cali, 2005. Internet. U. S. C./Comunicación y Publicidad/Rev. Con(textos).Cali, 2009.
- "Los soles nocturnos". Cali, 2002. (Libro inédito).
- "Lo máquico, o de lo psíquico como artefacto". Cali, 2004. (Libro inédito).
- "Darwin y Freud". Conferencia U. Nacional, Manizales, 2008.
- Poe, E, A, OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1964.
- Ricoeur, P. "El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología". Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 2007.
- Rodhe, E. "Psique. La idea del alma y de la inmortalidad entre los griegos". F. C. E., Ed. México, 1948.
- Rousseau, J. J. "Las confesiones". W. M. Jackson. Inc. México, 1972.
- Sastre, J. P. "El hombre y las cosas". Losada, Ed. Buenos Aires, 1960.
- Shakespeare, W. "Hamlet". OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. 1969.
- Schreber, D. P. "Memorias de un enfermo nervioso". Talleres Gráficos Didot, S. A. Buenos Aires, 2001.
- Schejaye, M. A. "La realización simbólica. Diario de una esquizofrénica" F. C. E., Ed. México, 1958.
- Schopenhauer, A. "El mundo como voluntad y representación". Porrúa, Ed. México, 2005.
- Sófocles. "Edipo rey". LAS SIETE TRAGEDIAS. Porrúa, Ed. México, 1969.
- Spengler, O. "La decadencia en Occidente" Espasa, Ed. Madrid, 2002.
- Spinoza, B. "Ética". Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1969.
- Zizek, S. "El frágil absoluto". Pre-textos. Valencia, 2002.
- "El espinoso sujeto". Paidós, Ed. Buenos Aires, 2007.
- "Cómo leer a Lacan". Paidós, Ed. Buenos Aires, 2008.